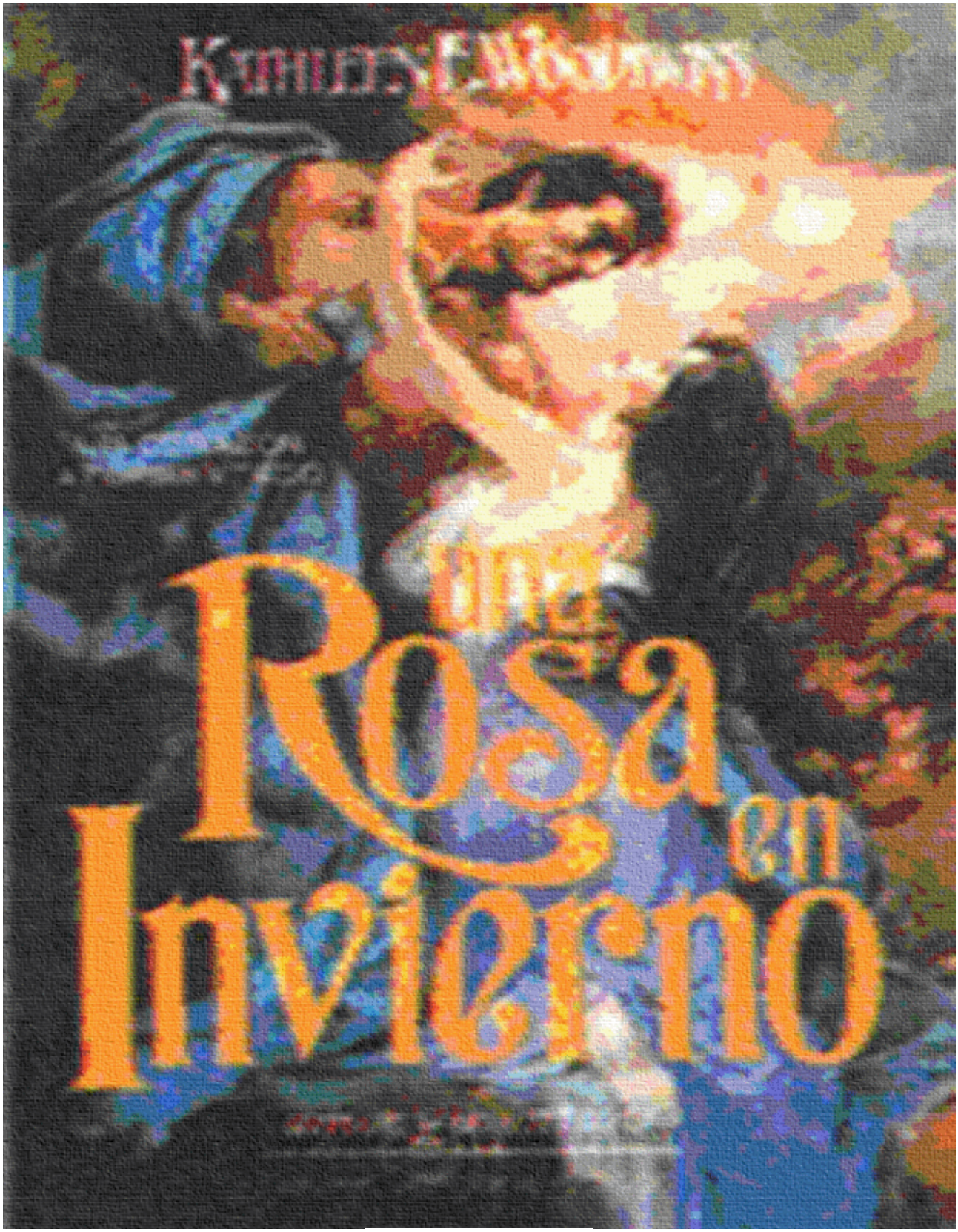
UNA ROSA EN INVIERNO
KATLHEEN WOODIWISS




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

# CAPÍTULO 1

23 de octubre de 1792 Norte de Inglaterra

-¡Casamiento!

Erienne Fleming se apartó de la chimenea y arrojó el atizador sobre el soporte, en un intento por desahogar su fastidio, cada vez más intenso a medida que transcurrían los minutos del nuevo día. Afuera, el viento cabriolaba alegremente, fustigando enormes gotas de lluvia y restos de cellisca contra los cristales de la ventana. Parecía que quisiera mofarse, con su imprudente desenfreno, de la honda opresión que afligía el espíritu de la joven. El desordenado tumulto de nubes oscuras que se agitaban por encima del tejado de la casa del alcalde reflejaba el humor de esta bonita muchacha de cabello oscuro, cuyos ojos lanzaban vivos destellos mientras observaba el fuego que crepitaba en el hogar.

-¡Casamiento!

La palabra volvió a estallar en su mente. Alguna vez, ese mismo término había simbolizado los sueños de una niña; para tornarse, más tarde, en sinónimo de bufonada. No era que ella se opusiera al matrimonio. En absoluto. La escrupulosa educación de su madre la había preparado para convertirse en una excelente esposa para cualquier hombre**.** Pero su padre se había propuesto desposarla con algún bolsillo acaudalado, sin importar cuán fatua, obesa o demacrada fuese la criatura que se presentara frente a su puerta. Todas las demás cualidades, incluyendo modales, no parecían preocupar al señor Fleming. Ni siquiera eran dignas de consideración. Con sólo ser rico y propenso al matrimonio, cualquier hombre podía convertirse en posible candidato para su hija. Y todos ellos habían resultado ser una muestra lamentable, aunque, probablemente -las cejas de Erienne se arquearon en un súbito gesto de duda-, eran lo mejor que su padre podía reunir, sin el atractivo de una dote razonable. -¡Casamiento! ¡Puaj! -Erienne espetó la palabra con renovado hastío. Rápidamente olvidaba las arrobadas fantasías de la infancia y comenzaba a mirar con desagrado la institución del matrimonio. Desde luego, no era extraño que una joven dama detestara a los pretendientes impuestos por la fuerza, pero, tras la serie de ejemplos que habían desfilado, la muchacha abrigaba pocas esperanzas de que la naturaleza dogmática de su padre mejorara su capacidad de selección en el futuro.

Erienne caminó con paso inquieto hacia la ventana y observó el sendero adoquinado que serpenteaba hacia la aldea. Los árboles que flanqueaban el villorrio se veían como delgados esqueletos oscuros tras la despiadada cortina de lluvia. Su mirada se perdió por el camino vacío, y un dolor lento, semejante a una dispesia, se engendró en su interior al pensar que una hora escasa l separaba del encuentro con otro galán no deseado. No sentía deseos de fingir una amable sonrisa para este nuevo bufón; en cambio, deseaba con ansias -incluso rogaba- que el camino permaneciera libre de viajeros. De hecho, si el hombre tuviese la desdicha de caminar por un puente frágil que se desplomara bajo sus pies, cayendo en el agua y sumergiéndose en el olvido, Erienne no lamentaría la pérdida. Ese hombre era un extraño, una criatura sin rostro, apenas identificable por su nombre, un nombre que la joven acababa de conocer: ¡Silas Chambers! ¿Qué clase de pretendiente sería?

Erienne recorrió con la mirada la modesta sala de su casa y se preguntó qué impresión causaría en el desconocido; si su desdén resultaría demasiado evidente. Si bien la cabaña no era peor que cualquier otra en la ciudad, la austeridad de los muebles denotaba una marcada ausencia de riqueza. De no haber sido la morada adjudicada con el puesto, su padre se habría visto forzado a buscar otra.

La muchacha alisó tímidamente el desgastado terciopelo de su vestido color ciruela. Esperaba que el anticuado estro de la prenda no resultara demasiado obvio. Su orgullo había sido herido con demasiada frecuencia, debido a la arrogancia de petimetres melindrosos que se consideraban superiores a ella y no evidenciaban el mínimo esfuerzo por disimular el hecho. La escasa dote poco suponía para sus bolsillos repletos. Erienne anhelaba demostrar a

esos palurdos pertinaces que era mucho más instruida y, sin duda, infinitamente más refinada que todos ellos. Sin embargo, semejante osadía hubiera provocado una severa reprobación por parte de su padre.

Avery Fleming consideraba innecesario, y por demás imprudente, que cualquier miembro del sexo débil recibiera instrucción más allá de las tareas propias de una mujer y, menos aún, sobre el arte de la escritura y las técnicas de hacer números. De no haber sido por la herencia de su madre y la obstinada insistencia de la dama, la joven jamás hubiera sido objeto de una educación tan sólida. Angela Fleming se había preocupado en reservar una parte considerable de su fortuna para la instrucción de su hija. Avery no había osado oponerse, dado el hecho de que él mismo, durante su matrimonio, se había apropiado de la mavor parte de las riquezas para financiar sus propios caprichos. Aun cuando Farrell había gozado de los mismos beneficios, durante el primer año de seminario, el muchacho había declarado sentir un profundo disgusto por «la pomposa predicación v la injusta disciplina impartida por un conjunto de ancianos aburridos». Sin más argumentos, había renunciado a convertirse en un hombre de letras v regresar a casa a «aprender el oficio de su padre», cualquiera que fuese ese oficio.

Los pensamientos de Erienne vagaron a través de los largos meses posteriores a la muerte de su madre, rememorando las innumerables horas que había pasado en soledad, mientras su padre v su hermano se entregaban a la bebida o al juego, en compañía de los vecinos del pueblo; o mientras viajaban a Wirkinton, con los marineros que llegaban al puerto. En ausencia del juicioso raciocinio de Angela, la escasa fortuna de la familia se había consumido rápidamente y, con su pérdida, había sobrevenido un perpetuo período de indigencia que, a su vez, había despertado en Avery Fleming una creciente ansiedad por desposar a su hija. El trance crítico en este proceso se había producido como fruto de un encarnizado duelo, donde el joven Farrell había resultado herido. Las secuelas del suceso ocasionaron la inutilización del brazo derecho del muchacho y, a partir de entonces, Avery parecía agobiado por la necesidad impetuosa de encontrar un esposo acaudalado para su hija.

Un súbito destello de ira brilló en los oscuros confines de la memoria de Erienne, dando vida a sus pensamientos frente al repentino desafío.

-Ahora bien, existe un hombre al que me agradaría conocer -siseó la joven con violencia en el vacío de la habitación-: ¡Christopher Seton! ¡Yanqui! ¡Bribón! ¡Libertino! ¡Truhán!

Cualquier epíteto desagradable parecía encajar. De hecho, unos cuantos títulos que coronaban el linaje de ese hombre revolotearon en la mente de la joven, que saboreaba cada término con satisfacción.

-¡Ay! ¡Si tan sólo pudiera encontrarme con ése cara a cara! Cerró los ojos y visualizó una nariz ladeada y puntiaguda, una melena lacia brotando por debajo del ala de un tricornio,
unos labios delgados dibujando una cruel sonrisa socarrona hasta descubrir unos dientes pequeños y amarillentos. Una verruga en la punta de la barbilla hundida completó su creación. Sintió placer al culminar la imagen y colocarla sobre un cuerpo huesudo y demacrado.

-¡Ah, si tan sólo pudiera conocerlo!

Aunque difícilmente lograra salir victoriosa de una riña, conseguiría, sin duda, desmoronar la soberbia compostura de ese hombre. Durante dos semanas, perduraría el sufrimiento de Christopher Seton tras la severa reprimenda de la joven. Entonces, tal vez, lo pensaría dos veces, antes de infligir su venganza a un muchacho torpe e imprudente, o de causar la ruina a un hombre.

-Si yo fuera varón -Erienne adoptó una pose de esgrima y agitó el brazo extendido como si sujetara un afilado espadín-, ¡de esta forma ajustaría las cuentas a ese rufián! -Lanzó al aire una, dos, tres estocadas, para luego atravesar la garganta de su víctima con su arma imaginaria. Limpió cuidadosamente su espada fantasma y la devolvió a la vaina igualmente insubstancial-. Si yo fuera varón -se irguió para mirar con aire pensativo a través de la ventana-, me aseguraría de que ese bravucón reconociera el error de su comportamiento y, de allí en adelante, el truhán buscaría su fortuna en algún otro confín de este mundo.

Su mirada capturó su propia imagen, reflejada en los paneles de cristal, y entrelazó las manos en un gesto recatado.

-¡Ay de mí! No soy un mozo pendenciero, sino una simple doncella. -Giró la cabeza hacia un lado y otro para observar sus bucles negros. Luego, sonrió con perspicacia ante la imagen. Entonces, mis armas deberán ser mi ingenio y mi lengua.

Por un breve instante, enarcó una de sus delicadas cejas oscuras, que enmarcaban una mirada maléfica, combinada con una encantadora sonrisa, capaz de congelar el corazón del enemigo más feroz. La profunda aflicción que embargaba a la doncella desencadenaba su ira.

Un ronco bramido de ebrio, proveniente del exterior, interrumpió sus reflexiones.

-¡Erienne!

Ella reconoció la voz de su hermano v corrió hacia el vestíbulo con una acalorada amonestación en los labios. Abrió la puerta con violencia y encontró a Farell Fleming apoyado contra el quicio. El muchacho tenía la ropa sucia y desaliñada; su cabello cobrizo parecía un puñado de pajas enmarañadas debajo de su tricornio. Un breve vistazo bastaba para deducir que había estado bebiendo y jaraneando durante toda la noche y la mayor parte de la mañana.

-¡Erienne, mi bella hermanita! -la saludó él a gritos. A duras penas, logró entrar en el vestíbulo, salpicando, al pasar junto a su hermana, una lluvia de agua fría con la capa empapada.

Erienne lanzó una mirada ansiosa hacia el camino para cerciorarse de que nadie había presenciado ese bochornoso suceso. Se sintió aliviada al advertir que, en esa desdichada mañana, no había una sola alma en las cercanías, con la excepción de un solitario viajero que se acercaba cabalgando en la distancia. Cuando el hombre terminara de atravesar el puente para pasar frente a la casa, ya no tendría oportunidad de ver algo inusual.

Erienne cerró la puerta y se apoyó contra el marco, para observar a Farrell con el ceño fruncido. El muchacho se había cogido al pasamanos con su brazo sano, y luchaba por mantener el equilibrio, a la vez que tiraba inútilmente de las cintas que ataban su capa.

-Erienne, ven a dar una mano al pequeño Farrell con esta rebi... eh... rebelde vestidura. Se resiste a abandonarme a pesar de mis intentos. -Esbozó una sonrisa humilde y levantó el brazo inválido con gesto suplicante.

-Buena hora de regresar a casa -le regañó la joven, ayudándolo a despojarse de la recalcitrante capa-. ¿Acaso no tienes vergüenza?

-¡En absoluto! -declaró él, intentando efectuar una reverencia cortesana. El esfuerzo le hizo perder su precario equilibrio, y comenzó a tambalearse.

Erienne se apresuró a sujetarlo del hombro para enderezarlo, y arrugó la nariz al aspirar el fétido hedor a whisky y a tabaco que emanaba de su hermano.

-Al menos, podrías haber regresado a casa cuando aún estaba oscuro -le sugirió ella con voz áspera-. Dedicas la noche entera a beber y jugar a los naipes, para luego dormir durante todo el día. ¿Acaso no puedes encontrar algo más útil con que matar el tiempo?

-Ha sido la tontería del destino lo que me ha impedido continuar con mi trabajo honesto y ganar mi sustento en esta casa. Debes culpar al canalla de Seton, eso debes. El fue el que provocó todo esto.

-¡Sé muy bien lo que hizo ese hombre! -replicó ella, irritada-. Pero eso no es excusa para comportarte de esta forma. -Acaba ya con tus reproches, mujer -farfulló él con palabras apenas comprensibles-. Cada día que pasa, te pareces más a una vieja solterona. Es una suerte que nuestro padre se haya propuesto casarte a corto plazo.

Erienne apretó los dientes para controlar su ira. Sujetó con firmeza el brazo de su hermano e intentó conducirlo hacia la sala, pero se tambaleó al recibir todo el peso del muchacho. -¡Malditos seáis ambos! -grito--. ¡Uno peor que otro! Desposarme con el primer hombre acaudalado que aparezca de manera que podáis seguir con la juerga durante el resto de vuestros días. ¡Bonito par de sinvergüenzas!

-¡Conque eso crees! -Farrell sacudió el brazo para liberarse de su hermana y se las ingenió para caminar con bastante destreza hacia la sala. Cuando logró afianzar el paso sobre el piso traicionero, que no cesaba de ondularse bajo sus pies, se volvió para enfrentarse a la joven, a la vez que intentaba acompasar el vaivén de su cuerpo al constante balanceo de la habitación.

-No eres capaz de apreciar el sacrificio que hice para salvar tu honor le reprochó él, tratando de fijar una mirada acusadora sobre el rostro de la joven. La tarea resultó demasiado ardua para su lamentable estado, y decidió rendirse, permitiendo que sus rebeldes ojos vagaran a su placer-. Tanto nuestro padre como yo queremos verte felizmente casada, libre de los bellacos que podría depararte el destino.

-¿Mi honor? -se mofó Erienne, colocando los brazos en jarras para observar a su hermano con una expresión entre tolerante y compasiva-. Permíteme recordarte, Farrell Fleming, que fue el honor de nuestro padre el que intentabas defender, no el mío.

-¡Ah! -De inmediato, la expresión del muchacho se tornó arrepentida y sumisa, como la de un niño que acaba de ser sorprendido en una travesura-., Es verdad. Fue por papá. -Lanzó una mirada hacia su brazo inválido y lo hizo balancear, para atraer la atención de su hermana y despertar en ella tanta compasión como fuera posible.

-Supongo que, en cierta forma, fue también por mí, puesto que llevo el mismo apellido - razonó Erienne en voz alta-. Y, después de las calumnias de Christopher Seton, es difícil hacer caso omiso de los sucios rumores que andan corriendo por allí.

Sumida en sus pensamientos, la muchacha volvió a desviar la mirada hacia la hierba mojada que se extendía más allá de los vidrios salpicados de lluvia. No prestó atención a su hermano, que, con suma cautela, avanzaba con repetidos virajes hacia una jarra de whisky que había avistado sobre una mesita lateral. Erienne perdió sus esperanzas al ver que el solitario viejo atravesaba sin dificultad la superficie adoquinada del puente, demostrando así que la estructura aún permanecía intacta. A pesar de la incesante llovizna, el hombre continuaba impertérrito su marcha. No parecía llevar prisa, como si estuviera seguro de con
tan con todo el tiempo del mundo. La joven dejó escapar un profundo suspiro: ojalá esa afirmación fuese igualmente válida para ella. Se volvió para mirar a Farrell e, instantáneamente, pisó con furia contra el suelo. El muchacho había tomado un vaso y trataba de quitar el tapón de la jarra.

-¡Farrell! ¿No crees que ya has bebido bastante?

-En efecto, fue el honor de nuestro padre el que intentaba defender -masculló él, sin detener su labor. Le tembló la mano al verter el líquido en la copa. Los recuerdos del duelo no cesaban de obsesionarle. Una vez y otra, oía el ensordecedor estruendo de su propia pistola, mientras veía la expresión atónita y horrorizada del juez, de pie, inmóvil, con el brazo en alto sujetando el pañuelo. La imagen había quedado grabada en la mente del muchacho. Aun así, recordaba haber sentido una extraña mezcla de horror y regocijo, al ver trastabillar a su oponente. La sangre no había tardado en aparecer entre los dedos de Seton, y Farrell había aguardado impávido el colapso de su enemigo. Sin embargo, el hombre se irguió, y el incipiente alivio que había embargado al joven por un breve instante fue arrasado por una inmensa ola de sudor helado. La tontería de disparar antes de la señal se volvió contra él, y el arma de Seton se levantó lentamente hasta detenerse en el centro de su pecho.

-Desafiaste a un hombre mucho más experimentado que tú... y todo por un simple juego de naipes -le amonestó Erienne.

El zumbido en los oídos de Farrell impidió que oyera las palabras de su hermana. Paralizado por la escena que, con lentitud, comenzaba a desplegarse en su mente, el muchacho sólo podía ver el cañón del a pistola que apuntó hacia él aquella mañana, sólo podía oír los atronadores latidos de su corazón, sólo podía sentir el terror desgarrador que aún continuaba atormentándolo. En aquella fría mañana, el sudor había hecho arder sus ojos, pero el pánico no le había permitido siquiera pestañear, temeroso de que el menor movimiento pudiera llevar aparejada una bala mortal.

Presa del terror, Farrell había articulado un violento bramido de cólera, impotencia y frustración, para luego levantar el brazo v apuntar su arma vacía al enemigo, sin advertir que la mira de Ía otra pistola ya se alzaba por encima de su cabeza.

Una segunda explosión había quebrantado la paz de aquel amanecer, para enterrarse bajo un torrente de ecos y convertir el colérico bramido de Farrell en un agudo chillido de agonía. El desgarrador impacto le había atravesado el brazo, causándole un punzante dolor, que retumbaba una y otra vez en su cerebro.

Antes de disiparse la nube de humo, el muchacho se había desplomado sobre el césped helado y cubierto de rocío, retorciéndose y gimiendo, acosado por un dolor intolerable. Una silueta alta se había aproximado hasta detenerse justo detrás de la figura arrodillada del cirujano que le atendía el brazo. A pesar de su obnubilante dolor, Farrell había logrado reconocer el contorno de su oponente contra la velada luz del sol naciente. La compostura de Christopher Seton lo había abochornado. Con increíble calma, el hombre intentaba detener el flujo de su propia sangre con un pedazo de trapo plegado debajo del hombro de la chaqueta.

En medio de su intolerable dolor, Farrell había llegado a comprender que su sucia jugada había comportado mucho más que la derrota en el duelo. Toda su reputación estaba hundida, tras ese golpe devastador. Nadie aceptaría el desafío de un cobarde, y el muchacho no lograba encontrar un refugio seguro donde librarse de la condena de su pro, pla mente.

-Ha sido la estupidez del muchacho lo que ha causado la herida. -Las palabras de Seton llegaron a él para atormentarlo y arrancarle un plañido de desesperación. El hombre había definido el suceso con precisión-. Si él no hubiera disparado su pistola, yo no habría descargado la mía.

El juez había pronunciado su réplica con el mismo tono apagado y distante.

-El dis aró antes de que yo diera la señal. Usted podría haberle mata o, señor Seton, y nadie se hubiera atrevido a cuestionárselo.

Seton había respondido con un gruñido. -Amigo, yo no soy un asesino de niños.

-Puedo asegurarle, señor, que su inocencia en este asunto es irrefutable. Sólo le sugiero que desaparezca, antes de que el padre del muchacho venga a causarle problemas.

Al parecer de Farrell, el juez había sido demasiado indulgente. El deseo de dejar en claro que él no estaba dispuesto a ser tan benevolente había asaltado al muchacho, y una serie de juramentos groseros se había escapado de sus labios, descargando toda su ira sobre el hombre, en lugar de aceptar la realidad de su propia cobardía. Para su desazón, los insultos no habían arrancado más que una leve sonrisa desdeñosa de los labios de su oponente, quien se había marchado sin prestarle mayor atención, como si se hubiese tratado de un niño que merece ser ignorado. La dolorosa imagen se desmoronó para dar paso a la cruda realidad. Farrell observó la copa llena que tenía delante de sí, pero apenas pudo levantarla y, menos aún, fue capaz de mantener el
brazo alzado lo suficiente como para llevarse el whisky a los labios.

-Ahora, lamentas tu terrible derrota. -Las palabras de Erienne, por fin, lograron atraer su atención.- Y, aparecer, te has propuesto arruinar el resto de tus días. Estarías mucho mejor si hubieras dejado en paz al yanqui, en lugar de hacerte el gallito ultrajado.

-Ese hombre es un mentiroso y por eso le reté a duelo. -Farrell miró a su alrededor en busca de un refugio, hasta que divisó un acogedor sillón a su alcance-. Quise defender el honor y el buen nombre de mi padre.

-Defender, ¡bah! Has quedado inválido por el esfuerzo y el señor Seton aún no ha retirado una sola palabra de la acusación. -¡Ya lo hará! -exclamó Farrell-. Ya lo hará, o yo... o yo... -Tú, ¿qué? -inquirió Erienne, ofuscada-. ¿Perderías el otro brazo? Lograrás que te maten si te empeñas en desafiar a un hombre con la experiencia de Christopher Seton. -Alzó una mano en un gesto de aversión-. El hombre te dobla la edad y a veces pienso que también la inteligencia. Fuiste muy tonto al provocarlo, Farrell.

-¡Maldita seas, mujer! Sin duda, creerás que el sol sale y se oculta para tu inigualable señor Seton.

-¡Qué dices! -gritó Erienne, espantada ante la acusación de su hermano-. ¡Jamás he visto a ese hombre! Las únicas cosas que conozco de él son meros rumores que he oído y, ciertamente, no puedo confiar en la exactitud de tales chismorreos.

-Yo también los he oído declaró Farrell con desdén.Todas las reuniones o charlas de mujeres se centran alrededor de ese yanqui y su incalculable fortuna. En los ojos de todas puede verse el brillo de las monedas del hombre, pero, sin tanta riqueza, no es mejor que otro cualquiera. ¿Y hablas de su experiencia? ¡Ja! Probablemente, yo tenga tanta como él.

-No osarás jactarte de haber lastimado levemente a esos dos infelices -replicó ella, irritada-. Sin duda, estaban más atemorizados que heridos y, a la larga, has resultado ser tan tonto como ellos.

-¿Tonto, yo? -Farrell trató de enderezarse para exteriorizar su irritación ante semejante insulto, pero un fuerte eructo pareció desinflar su orgullo, y volvió a desplomarse sobre la mesa, mascullando murmullos de autocompaston-. Déjame en paz, mujer. Has decidido atacarme en un estado de debilidad y agotamiento.

-¡Ja! Querrás decir de embriaguez -le corrigió ella con aspereza.

Farrell se dejó caer en el sillón. Cerró los ojos y reclinó la cabeza sobre el respaldo acolchado.

-Apoyas al bellaco en contra de tu propio hermano -gimió-. Si nuestro padre te oyera...

Centelleantes chispas de indignación brillaron en los ojos de Erienne. Con sólo dos pasos, llegó hasta donde se encontraba su hermano y le cogió por las solapas de la chaqueta. Se forzó a afrontar el hedor rancio que emanaba de la boca del muchacho y se inclinó hacia él.

-¿Es que acaso osas acusarme? -Le sacudió hasta que los ojos de Farrell giraron confundidos-. ¡Te lo explicaré sencillamente, hermano! -Espetó las alabras en un tono sibilante y regañón-. Un extraño navegó asta estos mares para azorar a todos con el tamaño de su buque mercante y, al tercer día de su llegada al puerto -sacudió a Farrell una vez más para recalcar los hechos-, acusó a nuestro padre de hacer trampas con los naipes. Fuera verdad o mentira, no tenía necesidad de proclamarlo a los cuatro vientos, provocando tal pánico entre los mercaderes de Mawbry y Wirkinton, que incluso ahora nuestro padre teme que lo arrojen a prisión por las deudas que no puede pagar. Y para salir de este apuro se ha propuesto desposarme con algún potentado. No creo que al acaudalado de Seton le preocupen los estragos que ha causado en esta familia. No dudo en condenar al hombre por todo lo que ha hecho. Pero tú, mi querido hermano, eres también responsable, por cometer la tontería de rebatir sus acusaciones tan acaloradamente, sin advertir que un fracaso en tus intentos por consolidar tus negativas sólo logra fortalecer la causa del enemigo. Al lidiar con esa clase de hombres, se debe obrar con calma e inteligencia, no con inútiles baladronadas.

Farrell observó a su hermana, atónito ante el feroz ataque descargado contra su persona, y Erienne se percató de que el muchacho no había oído nada de lo que ella acababa de explicarle.

-¡Bah! ¡Es inútil! -Dio un violento empujón a su hermano y se alejó, disgustada. Por lo visto, ningún argumento resultaría efectivo para hacer entender al muchacho la estupidez de su comportamiento.

Farrell lanzó una mirada al rebosante vaso de whisky y se relamió, deseando que su hermana se dignara a alcanzarle la bebida.

-Puede que seas un par de años mayor que yo, Erienne -se sentía terriblemente débil, tenía la boca seca como algodón y hablar le exigía un tremendo esfuerzo-, pero ésa no es razón para regañarme como si fuera un niño. -Arrugó el mentón y comenzó a mascullar para sí de una manera displicente-. Así fue como me llamó... ¡niño!

Erienne caminó inquieta frente al hogar, tratando de encontrar el argumento que pudiera modificar los razonamientos de su hermano, hasta que un leve sonido la detuvo y se volvió,

para encontrar la cabeza de Farrell caída laxamente sobre su pecho. El primer resoplido suave se convirtió rápidamente en un claro y sonoro ejemplo del arte de roncar y, de inmediato, la muchacha tomó conciencia del craso error que había cometido al no conducir a su hermano directamente hacia su dormitorio. Silas Chambers podría llegar en cualquier momento, y Erienne se vería profundamente herida en su orgullo ante la sonrisita socarrona del pretendiente. Su única esperanza se cifraba en que su padre regresara pronto, aunque eso, también, podría llegar a resultar un arma de doble filo.

De pronto, advirtió que el lento repiqueteo de cascos de caballo que había oído hacía un instante en el exterior, acababa de detenerse frente a la casa. Aguardó tensa alguna señal que le indicara los movimientos del viajero, hasta que la fatalidad lanzó su primera marca cuando unas pisadas resonaron sobre los peldaños de la entrada, seguidas por un fuerte golpe a la puerta.

-¡Silas Chambers! -El corazón le dio un vuelco. Miró ansiosamente a su alrededor y se retorció las manos con desesperación. ¿Cómo podía ser que ese hombre llegara en un momento tan inoportuno?

Corrió frenéticamente hacia Farrell e intentó despertarlo, pero sus mejores esfuerzos ni siquiera lograron interrumpir el ritmo de los ronquidos del muchacho. Lo tomó entre sus brazos, tratando de levantarlo, pero ¡ay!, era como intentar alzar un pesado saco repleto de piedras. El peso muerto de su hermano se desplomó y cayó al suelo con violencia. En un instante, el cuerpo de Farrell quedó convertido en una desaliñada pila de huesos, al tiempo que los insistentes golpes del visitante continuaban retumbando por toda la habitación.

Poco pudo hacer Erienne, excepto aceptar la realidad. Tal vez, Silas Chambers no merecía tanta preocupación, incluso era probable que ella llegara a agradecer la infortunada presencia de su hermano. Aun así, se resistía a prestarse al ridículo que, con seguridad, recaería sobre su familia tras esa inoportuna visita. Decidió, al menos, disimular la presencia de su hermano, ocultándolo detrás de una silla y cubriéndole el rostro con una pañoleta, a fin de amortiguar el fuerte tronar de sus ronquidos. Entonces, con suma calma, se alisó el cabello y el vestido, tratando de aplacar los últimos vestigios de ansiedad. De algún modo, todo saldría a las mil maravillas. ¡Así tenía que ser! Los golpes se reiteraron, al tiempo que Erienne caminaba hacia la puerta. Apoyó una mano en el pasador, adoptó una pose femenina y abrió. Por un breve instante, el espacio pareció cubrirse enteramente con una inmensa extensión de tela oscura y empapada. Los ojos de la muchacha viajaron con lentitud desde unas costosas botas de cuero negro, sobre un larguísimo tramo de redingote hasta llegar al rostro que se ocultaba bajo el ala mojada de un sombrero de piel de castor. Y, entonces, ella contuvo la respiración. Era un rostro masculino y, sin duda, el más apuesto que había visto en muchos años. Ante la primera mirada e la joven, unas leves arrugas cincelaron la frente del viajero, y sus rasgos se tornaron pavorosamente severos y amenazantes. Un gesto de tensión, casi de ira, pareció reflejarse en la marcada línea de su mandíbula, en sus pómulos salientes, en su perfil ligeramente aguileño. Sin embargo, el toque de gracia no tardó en iluminar las facciones y plegar las diminutas arrugas a ambos lados de sus ojos. Unos ojos entre verdes y grisáceos, llenos de vida, que, descaradamente, revelaron la aprobación de su dueño al recorrer los femeninos contornos de la muchacha. Una lenta sonrisa se unió a la chispa de sus ojos concentrados en absorber las fuerzas que sostenían las piernas de la joven.

Esta vez no se trataba de un anciano enclenque, ni de un petimetre jactancioso, reconoció Erienne, sino de un hombre enérgico y viril en cada fibra de su ser. Decir que este candidato superaba ampliamente sus expectativas era, ciertamente, subestimar la realidad. Se preguntó qué razones podría tener un hombre como ése para recurrir al trueque a fin de encontrar una esposa.

El extraño se apresuró a quitarse el sombrero en un gesto de cortesía, descubriendo una abundante melena cobriza. Su voz, masculina y sonora, era tan agradable como su aspecto.

-Usted es la señorita Fleming, supongo.

-Mmm, sí. Erienne. Erienne Fleming. -Su lengua parecía desusadamente torpe, y temió que la traicionara. Su mente comenzó a trabajar con rapidez, generando pensamientos totalmente opuestos a sus anteriores ideas. ¡El hombre era casi perfecto! ¡Sin ningún defecto aparente! Empero, la duda persistía. Si, en verdad, estaba dispuesto a casarse, ¿cómo había podido alcanzar una edad madura, sin ser antes atrapado por, al menos, una docena de mujeres?

¡Tenía que haber una falla!, bramó el sentido común de Erienne. Conocía a su padre: sin duda, existía una falla.

Aun cuando su mente no cesaba de operar, su lengua, repentinamente activa, se le adelantó.

-Por favor, pase, señor. Mi padre me advirtió que vendría. -¿En serio? -El hombre pareció asimilar la aseveración de la joven con cierto asombro. La mueca sutil de sus labios se transformó en una divertida sonrisa cuando miró a la muchacha con incredulidad-. ¿Usted sabe quién soy yo?

-¡Por supuesto! -afirmó ella con una alegre sonrisa-. Lo hemos estado aguardando. Por favor, pase.

El atravesó el umbral, y una ligera expresión aturdida le arrugó la frente. Con cierta reticencia, entregó su sombrero, su fusta de montar y sus guantes a la muchacha.

-Usted me sorprende, señorita Fleming -comentó-. Esperaba ser recibido con resentimiento, no con amabilidad. Erienne retrocedió mentalmente ante el sentido de esas palabras. No había imaginado que la indiscreción de su padre pudiera llegar a revelar la renuencia de su hija a contraer matrimonio. ¿Cómo podía haber creído su progenitor que ella rechazaría a un candidato tan apuesto e increíblemente superior a los demás pretendientes?

Con una fingida sonrisa de felicidad, la joven expresó cautelosamente su preocupación.

-Supongo que mi padre le habló de mi renuencia a conocerlo a usted.

El hombre esbozó una sonrisa comprensiva.

-Sin duda, usted me habrá imaginado como una horrenda bestia.

-Me alegra sobremanera descubrir que no lo es -acotó ella, y en seguida temió que sus palabras hubieran expresado demasiado entusiasmo. Rechinó los dientes, deseando que él no la considerara una jovenzuela atrevida; aunque, reconoció, su declaración había sido exageradamente modesta.

A fin de ocultar sus mejillas sonrojadas, Erienne se volvió para cerrar la puerta. Al pasar junto al hombre, un fuerte aroma masculino afectó sus sentidos hasta el punto de aturdirla. Ciertamente, no encontraba allí ninguna imperfección.

Con dedos diestros y ágiles, él desprendió los botones de su redingote y se despojó de la prenda. Por mucho que lo trató, Erienne no pudo descubrir ningún defecto en esas ‹as espaldas, delgadas caderas y larguísimas piernas. La ostentosa masculinidad encerrada en los ceñidos calzones ofrecía claras muestras de la virilidad de ese hombre, y, al recordar súbitamente la razón de la visita, la joven su ruborizó, como si ya hubiese estado desposada.

-Permítame su abrigo -le ofreció ella, intentado aplacar el temblor de su voz. El corte elegante de las ropas era digno de tanta admiración como su dueño. Sin embargo, en alguien de menor estatura, habrían perdido una considerable porción de su actual encanto. La chaqueta verde oscuro cubría un moderno chaleco corto de un claro tono tostado que armonizaba con el color de los calzones. Las elegantes botas de cuero enmarcaban los musculosos contornos de las pantorrillas. Si bien las vestimentas eran distinguidas y costosas, él las lucía con una desenvoltura varonil que no mostraba indicios de la menor presunción.

Erienne se volvió para colgar el redingote de uno de los ganchos que había junto a la puerta. Afectada por el contraste entre el frío del exterior y la calidez del interior, sacudió las gotas de lluvia que bañaban la refinada tela de abrigo, y se dirigió al hombre con un comentario.

-Debe de haberle resultado difícil la cabalgadura en un día como éste.

Los ojos verdes del viajero recorrieron ligeramente a la muchacha y, al toparse con los de ella, le regalaron una cálida sonrisa.

-Difícil, quizá, pero fácilmente tolerable, luego de ser recibido por tan increíble belleza.

Tal vez, ella debería haberlo amonestado por acercársele tan desmesuradamente. Era en extremo difícil sofocar el estallido de placer y, al mismo tiempo, aparentar indiferencia. Se reprendió a sí misma por sus inadecuados pensamientos, pero su mente había comenzado a asumir el hecho de que, en realidad, estaba agasajando al hombre que, por primera vez, satisfacía cada uno de sus deseos. Con seguridad, abría alguna falla. ¡Tenía que haberla!

-Mi padre regresará en cualquier momento -le informó con gazmoñería-. ¿Desea aguardar en la sala?

-Me agradaría, si no tuviera inconveniente -replicó élHa y algunos asuntos de importancia que deseo discutir con su padre.

Erienne se volvió para indicarle el camino, pero se paralizó al entrar en la habitación contigua. El zapato de Farrell se royectaba impertinentemente por debajo de la silla que ocultaba al muchacho. La joven se sintió aturdida ante su propia estupidez, pero se percató de que era demasiado tarde para desviar los pasos de su invitado. En un intento por distraer la mirada del hombre, :e obsequió con su sonrisa más dulce cuando caminó hacia el canapé.

-Me di cuenta de que venía atravesando el río desde el norte. -Se hundió en los almohadones y, con un ademán, le indicó a su huésped que tomara asiento- ¿Vive cerca de aquí?

-Poseo una casa en Londres -respondió él, apartando los faldones de su abrigo para sentarse en la misma silla que ocultaba parcialmente el cuerpo de Farrell.

El aplomo de Erienne tambaleó ligeramente, cuando imaginó cuán ridícula se sentiría si el hombre llegaba a descubrir el indigno cúmulo de huesos que se diseminaba detrás de su espalda.

-Yo... eh... estaba a punto de preparar algo de té -declaró con nerviosismo-. ¿Le apetecería una taza?

-Después de una cabalgata tan desafortunada, lo disfrutaría inmensamente. -Su voz era tan suave como el terciopelo -Pero, por favor, no se moleste usted por mí.

-Oh, no. No es ninguna molestia, señor -le aseguró la joven con premura-. Aquí no solemos recibir visitas con demasiada frecuencia.

-Pero, ¿qué me dice de ésta? -Para la desazón de la muchacha, el hombre extendió un brazo hacia Farrell-. ¿Un pretendiente rechazado, quizá?

-¡Oh, no, señor! El no es más que... quiero decir... es mi hermano. -Se alzó de hombros, derrotada. Tenía la mente demasiado embotada como para encontrar una réplica pronta y aguda. Además, ahora que el secreto había sido revelado, tal vez lo mejor sería recurrir a la verdad, dado que no existía ninguna otra lógica explicación-. Anoche, él... mm... bebió algo de más, v estaba tratando de conducirlo a su dormitorio, cuando usted llamó.

Una controlada expresión divertida jugó en el rostro del hombre cuando se levantó de su asiento. Se arrodilló junto al muchacho, retiró la pañoleta y enarcó una ceja. Los ronquidos continuaban imperturbables v, al levantar los ojos hacia la joven, el humor del hombre se había tornado evidente. Blanquísimos dientes brillaron detrás de una amplía sonrisa.

-¿Necesitará ayuda para cumplir la tarea?

-¡Oh, desde luego, señor! -La sonrisa de Erienne hubiera sido capaz de hechizar a un fantasma-. Le estaría sumamente agradecida.

Él se incorporó con tanta agilidad que ella casi lanza una exclamación de sorpresa. El hombre se quitó la chaqueta y la colocó con cuidado sobre el respaldo de una silla. El chaleco había sido diseñado meticulosamente para ceñir el pecho piramidal que se abría desde una cintura delgada. Cuando levantó a Farrell del suelo, la tela de su camisa se estiró por un instante, descubriendo los tensos músculos de sus brazos y hombros. El peso que ella apenas había logrado mover colgaba naturalmente de la espalda del extraño. El se volvió para mirarla con expresión curiosa.

-Le agradecería que me indicara el camino, señorita Fleming.

-Llámeme Erienne, por favor -sugirió ella, pasando junto al hombre para satisfacer su petición. Una vez más, la proximidad de ese fresco aroma varonil embotó sus sentidos; caminó con prisa hacia el pasillo, deseando que él no hubiera notado el rubor que había coloreado sus mejillas.

Al subir las escaleras, se sintió abrumada por una cuidadosa mirada que -lo sabía instintivamente- no cesaba de estudiarla. Sin embargo, no se atrevió a volverse, por temor a ratificar el dictado de sus instintos. Sin duda, de haber confirmado la admiración de ese hombre al observar sus bamboleantes caderas v su delgada cintura, su incipiente rubor se hubiera intensificado.

Corrió hacia la habitación de Farrell para retirar las cobijas de la cama, y el extraño la siguió para depositar el cuerpo del muchacho sobre la mullida suavidad de las sábanas. Erienne se inclinó sobre su hermano para aflojarle el corbatín y la camisa, y el corazón le dio un vuelco cuando, al incorporarse, advirtió, una vez más, la exagerada proximidad del invitado.

-Creo que su hermano estaría más cómodo sin la camisa v las botas -comentó él, echando una mirada a la joven para descubrir sus blancos dientes con una súbita sonrisa-. ¿Me permite que yo mismo se las quite?

-Oh, desde luego -respondió ella, complacida ante la amabilidad del caballero-. Pero tenga cuidado con su brazo derecho; está inválido.

El hombre la miró con expresión sorprendida. -Lo siento. No lo sabía.

-No tiene por qué lamentarse, señor. Me temo que, en gran parte, él mismo causó su desgracia.

El alzó las cejas, maravillado.

-Usted es muy comprensiva, señorita Fleming. Erienne rió para disimular su confusión.

-Mi hermano no opina lo mismo.

-En general, todos los hermanos suelen disentir. -Su sonrisa volvió a brillar cuando la muchacha levantó la mirada; su mirada viril se posó sobre cada uno de sus delicados rasgos, hasta que se detuvo en la suavidad de sus labios color carmesí.

Erienne se sintió aturdida, atrapada entre los márgenes del tiempo. Absorta en sus propios pensamientos, advirtió que los discos ocultos tras esas oscuras pestañas eran de un color verde cristalino, con un dejo de gris en los bordes. Brillaban con una calidez que hacía ruborizar sus mejillas y acelerar los latidos de su corazón. Se reprochó mentalmente su falta de aplomo y donaire, propios de una dama de alta alcurnia, y se apartó del extraño para merodear por la habitación, permitiendo que él atendiera a su hermano. Puesto que el hombre parecía desenvolverse con soltura, no le ofreció su ayuda, prefiriendo gozar de la seguridad que le otorgaba la distancia. El silencio se prolongó hasta convertirse en tenso, y Erienne decidió reanudar el breve intercambio verbal.

-El día ha sido atroz hasta el momento.

-Ajá -asintió él con la misma originalidad-. Un día de lo más atroz.

El profundo timbre de su masculina voz retumbó en el pecho de la muchacha, que decidió abandonar la búsqueda de los posibles defectos de ese hombre. Comparado con la heterogénea colección de candidatos que le habían precedido, él era lo más cercano a la perfección que ella y sus sentidos podían llegar a imaginar.

El hombre desvistió a Farrell hasta dejarlo en calzones, y se distanció de la cama, llevando la camisa y las botas en las manos. Erienne se le acercó para tomar las prendas y se estremeció cuando los dedos masculinos rozaron los suyos deliberadamente. Una súbita corriente de calor electrificó todo su cuerpo. No tardó en recordar las caricias torpes y empalagosas de sus pretendientes anteriores, que jamás habían llegado a afectarla tan profundamente como ese leve contacto..

-Me temo que el mal tiempo perdurará hasta la primavera -se a resuró a afirmar con nerviosismo-. Aquí, en el norte, suele Mover copiosamente en esta época del año.

-Sin duda, la primavera será bien recibida -asintió él con un ligero movimiento de cabeza.

La brillante conversación logró encubrir el activo trabajo racional. La idea de que ese hombre pronto se convertiría en su esposo obsesionaba los pensamientos de Erienne, cuya mente no cesaba en su labor de descubrir qué circunstancias lo habrían llevado a solicitar su mano. Teniendo en cuenta la selección que su padre le había presentado últimamente, ella se habría considerado afortunada si Silas Chambers hubiera tenido tan sólo un aspecto aceptable y hubiera sido algo más joven que un anciano; pero era mucho más que eso. Era difícil creer que sus más caras esperanzas pudieran verse satisfechas en la figura de este hombre.

En un intento por serenar sus emociones y poner una distancia prudente entre ella y el extraño, atravesó el cuarto y habló por encima del hombro, mientras acomodaba la ropa de su hermano.

-Puesto que viene de Londres, no dudo de que usted notará una marcada diferencia en estos climas norteños. Nosotros advertimos el cambio cuando nos trasladamos hace tres años.

-¿Acaso vinieron por el clima? -preguntó él con un brillo divertido en sus ojos verdes y cristalinos.

Erienne rió.

-Si se habitúa usted a la humedad, es bastante agradable vivir aquí. Es decir, siempre que pueda ignorar los alarmantes rumores sobre los salteadores de caminos y las bandas de asaltantes escoceses. Ya oirá de ellos si permanece por estos lugares más tiempo. Lord Talbot protestó tan ferozmente contra las bandas escocesas que saqueaban los poblados de la frontera, que enviaron a mi padre como alcalde y, luego, nombraron un alguacil para preservar el orden en las tierras más remotas. -Extendió las manos en un gesto de incertidumbre-. Suelo oír numerosos rumores acerca de terribles escaramuzas y de bandidos que asaltan y asesinan en las rutas a los ricos que viajan en sus carruajes. Pero, de momento, lo máximo que han hecho mi padre y el alguacil ha sido atrapar a un cazador furtivo que merodeaba en las tierras de Talbot. Incluso, en ese caso, el hombre no era escocés.

-Sofocaré la necesidad de alardear acerca de mis antepasados escoceses, no sea cosa que me confundan con un salteador de caminos o bandido similar.

Ella lo miró con súbita preocupación.

-Tal vez, convendría que ocultara ese hecho a mi padre. Se altera sobremanera cuando se traba en discusiones acerca de los clanes escoceses e irlandeses.

Su compañero inclinó la cabeza ligeramente para acusar recibo de la advertencia.

-Trataré de no ofuscarlo indebidamente con tamaña revelación.

Ella abrió el camino para abandonar la habitación, hablando por encima del hombro.

-Puedo asegurarle que no se trata de un rasgo familiar. Yo no tengo razones para detestarlos.

-Eso es muy alentador.

Erienne se sintió algo turbada por la calidez de esa voz, y no prestó la debida atención a las escaleras. Al pisar el primer peldaño, tropezó y se tambaleó peligrosamente el borde del precipicio. La respiración se le congeló en la garganta, pero, antes de que pudiera reaccionar, un largo brazo le rodeó la cintura y de
un tirón la resguardó del peligro. Presa contra el ancho y firme pecho del hombre, Erienne ahogó una agitada exclamación de alivio. Finalmente, temblorosa, levantó la mirada, y se topo con aquellos ojos verdes que buscaban, preocupados, los de ella; hasta que, poco a poco, la inquietud se disipó para dar paso a un brillo intenso y ardoroso.

-Señorita Fleming...

-Erienne, por favor. -Fue un susurro ahogado y distante. Ninguno de los dos pudo oír el ruido de la puerta que se abría, m las voces masculinas que se entremezclaban en el piso inferior. Ambos se hallaban atrapados en la intimidad de su propio universo y podrían haber permanecido allí, imperturbables, durante varios instantes más, si un colérico bramido no los hubiera arrojado bruscamente a la realidad.

-¡Vaya! ¿Qué significa todo esto?

Aún en medio de su confusión, Erienne se apartó de su compañero y miró hacia el pie de la escalera, desde donde su padre y otro hombre la observaban con idéntico asombro. Los ojos cada vez más dilatados y oscuros de Avery Fleming bastaron para desbaratar la compostura de la joven; pero lo que realmente la impresionó fue el desagradable rostro del extraño huesudo y demacrado que acompañaba a su padre. Ese hombre se ajustaba con exactitud a la imagen que ella había creado de Christopher Seton. Sólo le faltaba la inmensa verruga del mentón para encarnar al enemigo imaginario.

La desenfrenada ira de Avery Fleming sacudió los muros de la casa.

-Te he preguntado qué significa todo esto. -No le dio tiempo para responder, antes de continuar con su vehemente reprimenda-. Te dejo sola unos pocos instantes y, al volver, te encuentro pavoneándote con un hombre en mi propia... ¡Usted! -Avery arrojó el sombrero al suelo y los escasos pelos que le quedaban se le pusieron de punta-. ¡Maldición! ¡He sido traicionado en mi propia casa! ¡Y por mi propia hija!

Con el rostro rojo de vergüenza, Enenne se apresuró a bajar las escaleras para tratar de calmar a su progenitor.

-Por favor, padre, permíteme explicarte...

-¡Ahhhh, no tienes por qué hacerlo! -gruñó él con escarnio-. ¡Puedo verlo todo con mis propios ojos! ¡Traición, eso es lo que es! ¡Y de mi propia hija! -Extendió un brazo para señalar despectivamente al hombre que descendia por los peldaños y agregó-: ¡Nada menos que con este maldito bastardo!

-¡Padre! -exclamó Erienne, azorada ante semejante insulto-. Este... -También ella señaló al que bajaba las escaleras-. Este señor es el caballero que tú mismo enviaste. Silas Chambers, según tengo entendido.

El extraño de rostro desagradable dio un paso al frente e inclinó la cabeza con expresion aturdida. Golpeó su sombrero para atraer la atención de los presentes y comenzó a tartamudear:

-Yo... y-yo s-soy... qui-quiero de-decir... él... é-él n-no es.. ¡uf!

Esto último fue una abrupta exhalación provocada por Avery cuando dio un paso adelante y agitó los brazos en un gesto de total desagrado. El hombre enjuto fue hecho a un lado, al estallar la cólera del padre.

-¡Tú, mocosita insensata! ¿Es que acaso has perdido la razón? ¡Ese no es Silas Chambers! -Extendió violentamente el pulgar sobre el hombro del demacrado-. ¡Este es tu hombre! ¡Este! -Luego, arqueó las piernas y señaló con un dedo regordete al hombre que se hallaba en los peldaños-. ¡Aquél! ¡Aquel cerdo sin padre...!

Erienne se apoyó contra la pared y cerró los ojos con fuerza. Ya podía adivinar las siguientes palabras de su padre.

-...¡El fue el que destrozó el brazo del pobre Farrell! ¡El es tu señor Seton! ¡Christopher Seton, ése es!

-¿Christopher Seton? -Los labios de Erienne se movieron sin emitir ningún sonido. Abrió los ojos y buscó el rostro de su padre, como si esperara encontrar en él la negativa de lo que acababa de oír. Su mirada se desvió hacia el extraño desgarbado, y la verdad fue muy clara. Ese hombre no era demasiado diferente del resto de los candidatos que su padre le había estado presentando.

-¡Tú, niña estúpida! -prosiguió Avery con vehemencia-. ¡Este es Silas Chambers! ¡No ese truhán engreído con el que te estabas abrazando!

Una azorada expresión de horror atravesó el rostro de Erienne cuando lanzó una mirada a los cristalinos ojos verdes. Christopher sonrió con compasión.

-Le pido mil disculpas, Erienne, pero creí que lo sabía. Como recordará, yo mismo insisti en preguntárselo.

La desazón en el rostro de la joven cedió su lugar a un feroz arrebato de ira. ¡Había sido vilmente embaucada! Y su orgullo exigía una venganza.

Extendió un brazo para lanzar una violenta bofetada sobre la bronceada mejilla de Seton.
-¡Esto es de parte de la señorita Fleming para usted!

El se frotó la mejilla dolorida y rió suavemente, con los ojos aún cálidos y chispeantes. Erienne no pudo tolerar esa cautivante
mirada y le dio la espalda. Christopher Seton la admiró por un instante, antes de desviar la atención hacia el padre.

-He venido para averiguar los pormenores de una deuda que usted prometió saldar, señor. Me pregunto cuándo puedo esperar que tal acontecimiento tenga lugar.

Avery hundió tímidamente la cabeza entre los hombros y su rostro enrojeció de repente.

Evitó la mirada inquisidora de Silas y masculló algo acerca de pagar la deuda lo antes posible.

Christopher caminó hacia el vestíbulo para tomar su redingote y luego regresó tras colocar nuevamente el abrigo en su lugar.

-Desearía que pudiera ser algo más preciso a ese respecto, señor alcalde. No me agradaría tener que abusar de su hospitalidad con demasiada frecuencia, y usted prometió pagarme en el plazo de un mes. Como habrá advertido ese mes ya ha transcurrido.

Avery cerró los puños con violencia, pero no se atrevió a apartarlos de ambos lados de su cuerpo por temor a que el menor movimiento pudiera ser interpretado como un desafío.

-Más le valdrá que se mantenga alejado de esta casa, señor Seton. No permitiré que corteje a mi hija. Ella está a punto de casarse y no quiero que usted interfiera en la boda.

-Ah, sí, oí algunos rumores al respecto -asintió Christopher con una sonrisa sarcástica-. Desde el primer momento de conocerla, me sorprendió que usted no hubiera tenido éxito; aunque me parece bastante injusto que la joven tenga que pagar durante el resto de sus días por una deuda de su padre.

-¡Mi hija no es asunto suyo!

Si bien Silas Chambers había brincado tras cada uno de los gritos ofuscados de Avery, el rostro ligeramente sonriente de Christopher había permanecido impávido. Sin dar muestras de la menor perturbación, replicó:

-Detesto pensar que la joven se verá forzada a desposarse a causa de una deuda de la cual soy acreedor.

Avery ahogó una exclamación de sorpresa.

-¿De veras? No estará pensando en olvidar la deuda, ¿o sí? La carcajada de Christopher disipó la ilusión.

-¡De ninguna manera! Pero como tengo ojos, me doy cuenta de que su hija podría ser una encantadora compañera. Estaría dispuesto a prolongar el plazo de la paga, si usted me permitiera cortejarla. -Se encogió de hombros con naturalidadQuién sabe lo que podría ocurrir más adelante.
Avery casi se atragantó ante semejante sugerencia.

-¡Chantaje y corrupción! ¡Preferiría verla muerta, antes que enredada con tipejos como usted!

Christopher lanzó una mirada a Silas, que estrujaba nerviosamente el sombrero contra su pecho. Cuando -volvió los ojos hacía el alcalde, su sarcasmo fue sutil, aunque directo.

-Desde luego, imagino que sí.

Avery se encolerizó ante tamaño escarnio. Sabía que el aspecto de Silas no era muy agradable, pero el hombre poseía una considerable fortuna. Además, sería mejor para su hija evitar el matrimonio con un apuesto libertino, que no haría más que agobiarla con una sarta de mocosuelos malcriados. Chambers era bastante apropiado para las necesidades de la joven. Claro que, luego de haberla visto con el demonio de Seton, podría llegar a titubear antes de proponer casamiento, por temor a recibir mercadería corrupta.

-Hay un sinfín de candidatos que, de muy buena gana, estarían dispuestos a pagar el precio de la novia -insistió Avery, por si acaso Silas abrigaba alguna duda-. Todos hombres lo su-

ficientemente sabios como para imaginar los tesoros que esa joven podría ofrecerlés, e incapaces de injuriar su linaje.

Christopher se volvió hacia Erienne para obsequiarle una sonrisa ladeada.

-Supongo que esto significa que ya no seré bienvenido en este lugar.

-¡Márchese! ¡Y no vuelva a pisar el umbral de esta casa! -grito ella, luchando por reprimir unas lágrimas de ira y humillacion. Sus labios se curvaron con desprecio y sus ojos ardieron indignados-. Si fuera un trapacero jorobado y maltrecho el único otro hombre sobre la tierra, con seguridad ¡lo escogería a él antes que a usted!

Christopher deslizó la mirada por la armónica figura de la joven.

-En cuanto a mí, Erienne, de encontrarla a usted derribada ante mis ojos, jamás osaría cruzar por encima de su cuerpo para alcanzar la más rebosante res al otro lado del camino. -Sonrió con ironía cuando volvió a mirarla a los ojos-. Sería una tontería mortificarme a mí mismo, sólo para defender mi orgullo.

-¡Fuera! -La palabra abandonó los labios de la joven con resentimiento, al tiempo que su brazo se extendía en dirección a la puerta.

Christopher hizo una breve, burlona reverencia y caminó hacia la percha de donde colgaba su redingote. Avery sujetó con violencia el brazo de su hija y la sacudió hacia la sala.

-Ahora me dirás qué diablos ha sido todo esto -siseó el
alcalde con furia-. Yo salgo en medio de una terrible tormenta, arriesgando mi delicada salud, para ir en busca de tu enamorado y, al regresar, ¡te encuentro arrojándote a los brazos de ese tipejo! .

-¡Silas Chambers no es mi enamorado! -le corrigió Erienne en un apremiante susurro-. El no es más que otro hombre, a quien has traído para que me inspeccionara, como si yo fuera un caballo en exposicion. Además, ¡no me estaba arrojando a los brazos de nadie! Sólo tropecé, y Silas... el señor Seton me sujetó para que no cayera. .

-¡Vi muy bien lo que intentaba hacer ese miserable! ¡Te estaba manoseando, eso hacía!

-Por favor, padre, baja la voz -le suplicó ella-. ¡No fue lo que tú piensas1

A medida que se desarrollaba la disputa y el tono de voz de Avery se elevaba, Silas Chambers retorcía su tricornio con lastimosa incertidumbre. Presa del pánico, el hombre descarnado, de cabello opaco y rostro vulgar no cesaba de lanzar repetidas miradas hacia la sala.

-Creo que la discusión los mantendrá ocupados durante un largo rato -declaró Christopher, mientras se colocaba el redingote. Cuando Silas le miró, él señaló con la cabeza a los dos pendencieros que reñían en la sala-. Una copa de ron le ayudará a serenarse. O, tal vez, prefiera usted acompañarme a comer algo en la posada. Puede regresar aquí más tare, si así lo desea.

-Bueno... eh... creo que... -Los ojos de Silas se dilataron cuando oyó un estruendoso bramido proveniente de la habitación contigua, y tomó una pronta decisión-. Creo que aceptaré, señor. Muchas gracias. -Sacudió con torpeza su tricornio, súbitamente agradecido por cualquier excusa que le permitiera abandonar cuanto antes el lugar.

Christopher ocultó una sonrisa divertida y abrió la puerta, cediendo el paso al otro hombre. Al recibir el viento helado y la persistente lluvia sobre el rostro, Silas se estremeció y levantó con premura el cuello de su abrigo. Su nariz enrojeció instantáneamente y pareció encenderse como la luz de un enorme fanal. Se colocó un arde guantes raídos y se cubrió la garganta con una bufanda deshilachada. Christopher arrugó la frente con expresión escéptica. Si ese hombre poseía una fortuna, no había muchos indicios que evidenciaran el hecho. Su aspecto era el de un contable esforzado que vive de la mezquina limosna de un miserable patrón. Sin duda, sería interesante ver hasta dónde podía el hombre escarbar en su bolsillo, en caso de entablarse una contienda para ganar la bella mano de Erienne Fleming.

## Capítulo 2

La puerta de entrada se cerró suavemente, pero con el mismo efecto que el repentino estampido de un trueno. El inesperado sonido distrajo a Avery de su diatriba, volvió al vestíbulo y descubrió que no sólo se había marchado Christopher Seton, sino también Silas Chambers. Con gruñido de desesperación, el alcalde volvió a dirigirse a su hija y alzó los brazos con violencia.

-¡Mira lo que has hecho! ¡Por tu estupidez, hemos perdido a otro candidato! ¡Maldición, niña! Será mejor que me digas por qué has dejado entrar a ese bellaco en mi casa, ¡o te destrozaré la espalda a latigazos!

Erienne se frotó el codo, aún dolorido por la violenta sacudida de su padre. Echó una mirada al perchero vacío de la entrada y experimentó una sensación de júbilo por haber logrado, al menos, arrojar a ese arrogante bribón fuera de su casa. También se sintió sumamente aliviada por el hecho de que Silas hubiera optado por marcharse con él.

Sin embargo, la embargó asimismo una extraña sensación de pérdida, como si algo efímero e increíblemente agradable se hubiera apartado de su vida para siempre. Habló con cuidado, recalcando cada una de sus palabras, cuando intentó explicarse una vez más.

-Nunca antes había visto a Christopher Seton, padre, y tanto tus descripciones, como las de Farrell, siempre fueron menos que precisas. Me dijiste que Silas Chambers se encontraba en camino y, cuando el hombre llegó, supuse que era él. -Se volvió, para reflexionar en silencio. «Y qué bestia infame fue él, también, ¡atreverse a seducirme de esa forma y permitir que lo confundiera con otro hombre!»

Avery habló en un tono sollozante:

-Mi hija conduce a mi peor enemigo hasta los dormitorios de mi propia casa, y sólo los santos saben qué ocurrió. Y luego, me dice que todo fue un error. Un mero error.

Erienne pateó el suelo con frustración.

-¡Fue por Farrell, padre! Llegó aquí ebrio y se desmayó en el suelo. ¡Justo allí donde estás tu! Y el señor Cham... quiero

decir, el señor Seton fue lo suficiente amable como para llevarle a su dormitorio.

Avery emitió un rugido y sus ojos lanzaron llamaradas.

-¿Tú has permitido que ese desgraciado volviera a poner las manos encima del pobre e indefenso Farrell?

-El no le lastimó. -Abochornada, Erienne frotó la raída alfombra con el pie, y masculló para sí-: Fue de mí de quien abusó.

Su respuesta no logró apaciguar la ira de su padre.

-¡Mi Dios! ¡Le haces quedar como un condenado santo! «El no le lastimó» -remedó con voz chillona y extendió un dedo acusador hacia la puerta-. En primer lugar, fue ese demonio el que arruinó a mi pobre Farrell. ¡El mismo diablo con el que tú estabas coqueteando!

Erienne ahogó una exclamación ante semejante calumnia. -¡Coqueteando! ¡Padre! Llevamos a Farrell a la cama y, cuando comencé a bajar las escaleras, tropecé. ¡El me sujetó! ¡Me salvó de una caída! Eso, padre, eso fue todo lo que sucedió. -¡Fue suficiente! -Avery volvió a levantar las manos con violencia, para luego entrelazarlas detrás de la espalda y• caminar inquieto frente al hogar encendido-. Fue suficiente -repitió por encima del hombro- para brindar al bueno de Chambers una clara imagen de su prometida enredada en los brazos de otro hombre. Pues bien, ahora quizá se encuentre a mitad de camino de regreso a York.

Erienne dejó escapar un suspiro de frustración.

-Padre, Silas Chambers nunca fue mi prometido. No fue más que otro de tus preciados candidatos.

Avery sacudió la cabeza con pesar y gruñó:

-Sólo otro. Y cada vez son menos. Sin una dote, es casi imposible convencerlos de que serás una buena esposa. -Su cólera encontró un nuevo incentivo-. Y, encima, tú y tus rimbombantes ideas sobre el matrimonio. Hay que respetar y querer al fulano con quien te casas, eso dices. ¡Bah! No es más que una excusa para rechazar a todos. Te he traído lo mejor y, aun así, los desprecias.
-¿Lo mejor? -se mofó Erienne- ¿Dices que me has traído lo mejor? Me has presentado a un glotón obeso y asmático, a un anciano semiciego, a un avaro huesudo y con verrugas peludas en las mejillas. ¿Y osas decir que me has traído lo mejor?
Avery se detuvo y miró a su hija con reproche.
-Eran todos hombres honestos, de reputación intachable y excelente linaje, y cada uno de ellos era dueño de un acaudalado bolsillo.
-Padre -Erienne adoptó un tono suplicante-, tráeme un caballero joven, uno de buena fortuna, y prometo amarte y satisfacer todas tus necesidades y deseos hasta el día de tu muerte.
El le lanzó una mirada displicente y se irguió, adoptando su pose más intelectual.
-Ahora bien, hija, es obvio que tu forma de pensar no es la adecuada.
Si hubiera tenido Erienne una silla a su lado, se habría dejado caer con total desazón. Al no haber silla, sólo pudo regalar a su padre con una mirada inexpresiva.
-Ahora, escúchame bien, niña. Voy a darte un sabio consejo. -Le apuntó con el dedo para recalcar sus palabras-. Hay cosas más importantes en un hombre que un rostro bien parecido y un par de hombros anchos. Mira a tu apreciado señor Seton, por ejemplo.
Erienne dio un respingo ante la sola mención de ese nombre, y apretó los dientes con fuerza para contener un torrente de acalorados insultos. ¡El muy sinvergüenza! ¡La había engañado deliberadamente!
Pues bien, allí tienes a un gran astuto. Siempre tramando alguna treta para llevar la ventada sobre los otros.
Erienne casi asiente, pero se contuvo. El hombre había aprovechado la confusión de ella para divertirse a su placer, y se sentía profundamente herida en su orgullo al pensar en la forma en que había sido burlada.
-Es un caballerete tan acaudalado, que supongo que todas esas rameras del puerto estarían orgullosas de arrojarse a sus brazos, pero ninguna dama decente osaría enredarse con los de su clase. El no haría más que llenarle la barriga de bebés, sin ni siquiera una promesa de matrimonio. Y, aunque lograras hacerle tu esposo, cosa que dudo, no tardaría en cansarse de ti y abandonarte sin ninguna otra explicación. Así es cómo se comportan esos galanes bien parecidos. Parecen tan orgullosos de lo que ocultan sus calzones, como de su agraciado aspecto.
Erienne enrojeció de pies a cabeza, al recordar dónde se habían posado sus ojos durante un breve instante, con la misma curiosidad que la de cualquier otra virgen impresionada.
-Es verdad que Seton es bastante apuesto, si es que te gusta esa quijada firme y huesuda. -Avery se frotó su fláccida papada con los nudillos-.Pero, para aquellos que saben, ese hombre es frígido, eso es lo que es. Cualquiera puede notarlo en sus ojos.
Erienne recordó la calidez de esas profundidades cristalinas y no pudo menos que dudar de la exactitud del comentario de
su padre. Había, en esos ojos verdes, una dosis de intensidad y de vida que nadie podía negar.

Avery prosiguió con su diatriba.

-Con esas actitudes embusteras y arrogantes que tiene, compadezco a la pobre mujer que se despose con él.

Aun cuando detestaba al hombre, Erienne tuvo que disentir nuevamente con la opinión de su progenitor. Sin lugar a dudas, la esposa de Christopher Seton sería mucho más digna de envidia que de lástima.

-No tienes por qué preocuparte, padre. -La joven sonrió con cierto pesar-. Nunca más me dejaré embaucar por las artimañas del señor Seton.

Luego de disculparse, Erienne subió las escaleras y se detuvo un instante frente al cuarto de Farrell. Los ronquidos continuaban inalterables. Sin duda, el muchacho dormiría durante el resto del día, para luego, al llegar la noche, salir a embriagarse una vez más.

Frunció ligeramente el entrecejo y miró a su alrededor. Flotaba en el pasillo una leve fragancia masculina y, por un efímero momento, los ojos verdes con destellos grisáceos atravesaron su mente, para insinuar aquello que los labios rectos y poderosos no se habían dignado a expresar. Sacudió la cabeza para borrar esa imagen, y avistó el primer peldaño de la escalera. El recuerdo de la forma en que él la había tomado entre sus brazos la hizo estremecer. Casi podía sentir esos brazos de hierro alrededor de su cuerpo y la delicada firmeza de ese musculoso pecho contra sus senos.

Sintió fuego en el rostro al percatarse del tortuoso curso que habían tomado sus pensamientos, y corrió hacia su habitación, para arrojarse en la cama y mirar fijamente a través de la ventana salpicada por la lluvia. Los delicados sarcasmos de Seton retumbaron por las paredes de su mente.

¡Derribada! ¡Cruzar! ¡Res!

De pronto, sus ojos se dilataron enfurecidos, cuando comprendió el verdadero significado de esas palabras. No era halagüeño en absoluto el hecho de saber que él no osaría pisotearla con el propósito de atrapar una vaca. Maldijo la lengua locuaz de ese hombre, y se reprochó a sí misma por no haber interpretado de inmediato el sentido real de ese sarcasmo. Dejó escapar un gemido de agonía y giró sobre su espalda, para observar las fisuras que atravesaban el cielo raso, pero, al igual que el vidrio mojado, éstas poco hicieron para aplacar el tormento de su mente.

Abajo, en la sala, Avery continuaba caminando enloquecido.

Encontrar un acaudalado esposo para su hija estaba resultando ser la tarea más difícil que jamás hubiera emprendido. Era realmente irónico que, justo cuando a Silas Chambers le estaba entusiasmando la idea de tomar a una doncella joven y hermosa por esposa, el bribón de Seton, no contento con el daño que ya había causado a la familia Fleming, apareciera en escena para desbaratar todos los planes.

-¡Maldición! -Avery se golpeó la palma con el puño, y luego fue en busca de una bebida fuerte para calmar tanto el dolor de la mano como del espíritu. Volvió a caminar enloquecido por la habitación, sin dejar de maldecir su suerte-. ¡Diantre! ¡Maldición!

Había comenzado a abrirse camino a las órdenes de Su Majestad cuando, accidentalmente, durante un enfrentamiento contra los rebeldes irlandeses, había salvado al Barón Rothsman de caer prisionero. Como muestra de su infinita gratitud, el barón había persuadido al maduro capitán a que se retirara del ejército de la corona para sumarse a su séquito en la corte de Londres. Respaldado por las influencias del barón, el señor Fleming había progresado rápidamente a través de los diversos niveles de la política.

Los ojos de Avery adquirieron una expresión distante, mientras bebía un segundo sorbo de la potente bebida.

Atesoraba en la memoria el recuerdo de esos tiempos dichosos, un interminable torbellino de conferencias y reuniones durante el día, y pomposos bailes y eventos sociales en la noche. Y fue en una de esas estas donde había conocido a la joven y bella viuda, de cabello claro y excepcional estirpe, que, aun con ojos perennemente tristes, no había rechazado las atenciones del incipiente canoso señor Fleming. Avery descubrió que el primer esposo de la dama había sido un rebelde irlandés, que había encontrado la muerte en una de las prisiones del reino poco después de la boda. Pero, para entonces, Avery ya estaba locamente enamorado y, sin importarle que la joven hubiese amado a uno de sus enemigos más acérrimos, la presionó a aceptar su proposición de matrimonio.

Nació, entonces, el primer hijo: una niña de rizos tan oscuros, como claros eran los de su madre. Dos años más tarde, llegó el niño, de cabello pardo y tez rojiza como su padre. Un año después de la llegada del hijo, Avery Fleming volvió a ser ascendido en su trabajo. El nuevo puesto le acarreaba responsabilidades que escapaban a su nivel de idoneidad, pero le permitió introducirse en los exclusivos clubes privados de Londres y participar en las cuantiosas apuestas de los juegos de azar que

se desarrollaban entre los distinguidos muros de terciopelo. Obnubilado por la nueva forma de vida, Flaming hizo caso omiso de las advertencias de su mujer y se dedicó al juego, sin advertir el final que le aguardaba, como un pavo que se deja atiborrar hasta el hartazgo antes de ser llevado al asador.

f Su corrupción en el juego e ineptitud en el trabajo fueron tal objeto de bochorno para Rothsman, que el barón se rehusó a atender sus peticiones. También También Angela Fleming lo sufrió a su manera. Poco a poco, vio consumirse su fortuna personal, hasta que la única dote que pudo legar a su hija fue aquello que jamás podría serle arrebatado: una educación y una escrupulosa preparación para convertirse en excelente esposa, cualquiera que fuera el nivel que la muchacha escogiera.

-¡Maldita estupidez! -gruñó Avery-. Con el dinero que esa mujer dilapidó en esa mocosuela tonta..., yo aún podría estar viviendo en Londres.

Destituido de su cargo en aquella ciudad tres años atrás, Fleming había sido desterrado hacia el norte de Inglaterra, donde fue nombrado alcalde de Mawbry, bajo las cuidadosas directrices de Lord Talbot en el cumplimiento de sus simples y limitadas tareas. Al abandonar Londres, Avery había dejado pendientes sus deudas, sin preocuparse por la prisión para deudores, ya que, con seguridad, las tierras del norte le brindarían un seguro refugio para ocultarse sin ser descubierto. Era una oportunidad de comenzar todo de nuevo con las manos limpias y demostrarse a sí mismo que era un hombre de gran inteligencia.

Entonces, sobrevino la muerte de Angela, y Avery atravesó un breve período de luto. Una vivificante partida de naipes pareció ayudarlo a superar la pérdida y, poco tiempo después, adquirió

el hábito de partir con Farrell en excursiones de fin de semana hacia Wirkinton, o de reunirse con sus camaradas en la posada de Mawbry para una o dos partidas de naipes durante la semana. En su insaciable búsqueda de juegos de azar, visitaba a menudo la zona portuaria, donde estaba seguro de encontrar rostros nuevos y bolsillos repletos. Algunos de los hombres podían haber sospechado que su habilidad con los naipes se debía más a su agilidad de dedos que a su suerte, pero un marinero raso jamás osaría hablar en contra de un oficial. Así, él sólo echaba mano a sus talentos cuando las apuestas eran altas, o cuando necesitaba el dinero. No era tan egoísta como para oponerse a compartir una porción de su premio en una o dos rondas de ale o ron, pero los hombres de mar eran, por lo general, malos perdedores, especialmente esa alborotadora, taimada raza de yanquis, y Avery sospechaba que más de uno había ido a quejarse a sus oficiales. Se maldijo a sí mismo cuando Christopher Seton lo invitó a sumarse a la partida, pero los capitanes del mar solían ser fáciles de identificar, y Seton no le había parecido de esa clase. Al contrario, el hombre le había dado la impresión de ser un caballero de vida ociosa, o un petimetre elegante. Su lenguaje había sido tan preciso y refinado como el de cualquier lord de la corte y sus modales, impecables. No había habido ninguna evidencia que indicara que el hombre era el dueño del navío anclado en el puerto y de toda una maldita flota de buques de igual tamaño.

La cuantiosa fortuna del yanqui era asombrosa, y Ave ry se había propuesto arrebatarle una considerable suma. Le había hervido la sangre ante el excitante desafío de apostar contra un caballero adinerado. Cualquiera que fuera el resultado, ésa prometía ser una partida emocionante. Numerosos marineros y sus rameras se habían congregado alrededor de la mesa. Durante un rato, Avery había jugado con honestidad, permitiendo que la caprichosa suerte decidiera su destino. Luego, a medida que las apuestas aumentaban, había comenzado a desplegar su táctica, reteniendo los naipes que necesitaba. Al otro lado de la mesa, esos ojos traicioneros no habían cesado de observarlo y en ningún momento se había borrado la imperturbable sonrisa de ese rostro bronceado. Así, cuando Seton se le había acercado para abrirle la chaqueta y descubrir, ante la vista de todos, los naipes ocultos, Avery había quedado completamente anonadado por la sorpresa. En sus esfuerzos por idear la mejor forma de negar la acusación, sólo había farfullado unos sonidos indescifrables. A nadie habían sosegado sus violentas negativas y, aun cuando recordaba haber mirado a su alrededor en busca de ayuda, ni una sola alma le había prestado su apoyo, hasta que Farrell entró y corrió a defender el honor de su padre. No siendo la sensatez una de sus mejores virtudes, el joven Fleming había desafiado acaloradamente al extraño.

Una sombra torva oscureció los rasgos de Avery. Su negligencia había sido la causa directa de la invalidez de su hijo, lo sabía, pero, ¿cómo podía admitirlo ante cualquiera excepto ante sí mismo? Había esperado que Farrell pudiera matar al hombre, cancelando así la deuda. ¡Dos mil libras le debía al bellaco! ¿Por qué la suerte no podía favorecerlo tan sólo una vez? ¿Por qué Farrell no había podido matarlo? Aun cuando Seton era el dueño de una poderosa flota de barcos, nadie en Inglaterra lamentaría su muerte. El hombre era un forastero. ¡Un desp reciable yanqui!

Un violento gruñido transformó el rostro  Avery, cuando recordó la alegría de los marineros del buque yanqui Cristina al

finalizar la partida. Aún podía verlos reírse y palmear la espalda del enemigo, a quien respetuosamente llamaban señor Seton. Sin duda, habían disfrutado de la victoria del hombre y hubieran estado dispuestos a iniciar una contienda para defenderlo. Todo había resultado bien para el yanqui, pero nada había quedado para enorgullecer a los Fleming. El rumor se había extendido más velozmente que la plaga, y Avery había sido tildado de tramposo. Sus acreedores habían comenzado a acosarlo, cancelando todas sus cuentas v exigiéndole el pago de las deudas.

Los gruesos, redondeados hombros de Avery se desplomaron cansadamente.

-¿Qué se supone que deba hacer ahora un pobre padre abatido? ¡Un hijo inválido! ¡Una hija arrogante y selectiva! ¿Cómo lograremos salir adelante?

Su mente comenzó a agitarse lentamente, mientras decidía sus próximos movimientos para desposar a su hija. Un rico comerciante de Wirkinton le había parecido ansioso por conocer a Erienne, tras haberlo escuchado a él hacer alarde de la belleza y el abundante talento de la joven. A pesar de ser un anciano, Smedley Goodfield era inclinado a gozar de la compañía de una joven dama, v con seguridad se sentiría atraído por la niña Fleming. El único defecto que Avery veía en ese hombre era su desmesurada avaricia. Empero, con una muchacha dulce que entibiara su sangre y su cama, Smedley podría llegar a tornarse mucho más generoso. Y, desde luego, su avanzada edad difícilmente le permitiría vivir muchos años más. Avery visualizó la imagen de una Erienne viuda y acaudalada. De convertirse su sueño en realidad, él podría volver a gozar de los cuantiosos tesoros de la vida.

Se frotó la mejilla áspera, y una sonrisa maliciosa se dibujó en sus labios. ¡Lo haría! Por la mañana, viajaría a Wirkinton para plantearle la propuesta al anciano comerciante. Tenía la certeza de que el hombre aceptaría. Luego, anunciaría las buenas nuevas a su hija,

y ambos irían a ver a Smedley Goodfield. Por supuesto, Avery sabía que a Erienne no le complacería la elección, pero tendría que aceptar. Después de todo, su madre también lo había hecho.

Animado por el proyecto, Avery bebió otro trago de licor para celebrar su decisión. Luego, se levantó y se ajustó el sombrero sobre la frente. Un grupo de ami os estarían apostando sobre los hatos de ganado que pronto legarían al mercado de Mawbry: si el primero sería de ovejas, o de cerdos, y cosas por el estilo. Puesto que Smedley Goodfield iba a formar parte de la familia, podía volver a las apuestas tranquilamente.

El salón de la posada «El jabalí en Mawbry», lugar de reunión adecuado para forasteros y aldeanos, siempre contaba, como mínimo, con la presencia de uno o dos parroquianos. Gi
gantescas columnas de madera sostenían los pisos superiores del establecimiento y conferían un cierto aire de intimidad, en oposición a los del salón inferior. El penetrante olor a ale y el apetitoso aroma a carne asada invadían, incluso, los rincones más oscuros del lugar. Unas largas filas de cuñetes de ron y de cerveza revestían uno de los muros, que daban marco al posadero mientras fregaba, con trapo húmedo, el desgastado mostrador de madera. El hombre lanzó una breve mirada a un borrachín que dormía en un sombrío extremo de la barra, mientras una camarera se apresuraba a servir suculentos platos de comida y rebosantes picheles de ale a un par de hombres sentados a una mesa frailera junto al fuego del hogar, y que hablaban en tono confidencial.

Acomodado frente a la ventana, Christopher Seton arrojó varias monedas sobre la tabla corroída de su mesa, para pagar el menú que había compartido con Silas Chambers. Luego, se reclinó sobre el respaldo de su silla y saboreó lentamente el último trago de ale que quedaba en su copa. El ladrido de los perros en la calle anunció la precipitada partida del señor Chambers y su indescriptible carruaje. Christopher esbozó una sonrisa divertida al observar la escena a través de los cristales. Al hombre, obviamente, le había afectado la disputa desatada entre los Fleming, y ante quien tan amablemente había pagado su bebida, no tardó en confesar su hesitación acerca de tomar a la doncella por esposa. Al parecer, el alcalde había descrito a su hija como una niña tan sumisa como hermosa y, si bien la belleza de la joven había resultado ser cierta, el señor Chambers consideraba que la aseveración acerca de su docilidad era, cuanto menos, discutible. La muchacha había revelado una energía algo mayor de la que él se sentía capaz de dominar. Silas era un hombre muy pacífico, sumamente cauteloso y bastante arraigado a sus costumbres. La posibilidad de deleitarse con semejante beldad y pensar en ella como esposa era, sin duda, motivo de alborozo, pero el despliegue de mal genio de la joven lo había preocupado en demasía.

E Christopher no se había molestado por la partida de Silas Chambers. De hecho, se sentía muy complacido. No había sido necesario deslizar ominosas advertencias o severas insinuaciones ara disuadir a Silas de regresar a casa de los Fleming. Sólo unas reyes inclinaciones de cabeza, un evasivo movimiento de hombros y una expresión compasiva, habían bastado para convencer al hombre de que debía acercarse al matrimonio con infinita precaución. Y Silas se había sentido ansioso en seguir el sabio consejo. Después de todo, había razonado el hombrecillo en voz alta, él tenía una pequeña fortuna que proteger y debería ser muy cauteloso al escoger una esposa.

Christopher percibió una presencia junto a la mesa y levantó los ojos, encontrándose con un borrachín de cabello desaliñado, que miraba ansiosamente el pichel que Silas había dejado sin terminar.

-¿Es usted forastero, jefe? -preguntó el ebrio con voz gangosa.

No era difícil adivinar el motivo que había impulsado al hombre a acercarse, pero Christopher tenía curiosidad por saber más acerca de Mawbry y de su alcalde, y estaba dispuesto a escuchar los barboteos de un borracho de la aldea. Asintió con la cabeza y el hombre esbozó una amplia sonrisa, descubriendo una fila de dientes putrefactos, antes de volver a mirar la copa con ansiedad. -¿Podría el viejo Ben acompañarlo, jefe?

A modo de invitación, Christopher le señaló la silla que Silas había dejado vacante. Apenas cayó sobre el asiento, el hombre se aferró al pichel y vació su contenido con avidez.

Christopher miró a la camarera y le hizo señas para que se acercara.

-Por favor, traiga a mi amigo otro pichel de ale -le ordenó-, y, tal vez, también algo de comer para llenar su estómago.

-¡Usted es un santo, jefe! -exclamó el hombre, haciendo temblar sus mofletes y su roja nariz pesadamente. Un sinfín de venas violáceas le atravesaban el rostro y, de sus ojos azules, el izquierdo estaba cubierto por una fina película blancuzca. Miró a su alrededor con ansiedad, aguardando el menú. La mujer deslizó el ale y un plato de carnes frente a él

y, al inclinarse para recoger las monedas de la mesa, dirigió una sonrisa a Chnstopher, invitándolo a contemplar las voluptuosas dotes que escapaban por encima de su escote. Con un movimiento inesperado, Ben extendió una mano deforme sobre la de ella, sorprendiendo tanto a su benefactor como a la camarera.

-Vigila en no coger más de lo que te corresponde, Molly -gruñó el ebrio-. Son diez peniques por las bebidas y dos más por las carnes, así que, cuéntalo con cuidado. No estoy de humor para ver cómo te guardas dos o tres peniques de más. No has sido muy caritativa con el viejo Ben últimamente, y no permitiré que estafes a este caballero amigo mío.

Al tiempo que Christopher tosía para ocultar su risa, Molly lanzaba al borrachín una mirada amenazante. Aun así, contó cuidadosamente las monedas necesarias y se fue. Satisfecho, Ben concentró su atención en su ale y su comida.

-Es muy bueno al cuidar del viejo Ben, jefe -masculló finalmente, mientras se limpiaba la boca grasienta con la manga de su chaqueta raída. Bebió un largo trago de su pichel, y luego emitió un profundo suspiro-. La gente de por aj$_o$ no es tan amable en regalarme un poco de su tiempo, y mudo menos un banquete de este tipo. El viejo Ben le está a usted muy agradecido.

-¿Necesita usted trabajo? -inquirió Christopher. El hombre se encogió de hombros.

-No hay un alma que confíe en el viejo Ben, y menos aún cuando se trata de trabajo. No ha sido siempre así. El viejo Ben sirvió en la flota de Su Majestad por más de veinte años. -Frotó su barbilla áspera con aire pensativo, y lanzó una mirada al gallardo caballero-. Lo he visto caminar y diría que ha estado una o dos veces en la cubierta de un barco.

-Una o dos veces, tal vez-res ondió Christopher-. Pero, ahora, estov amarrado en tierra. Amenos, por un tiempo. -¿Se aloja en la posada? -Ante el asentimiento del otro, Ben se apresuró a formular la siguiente pregunta-. ¿Ha buscado algún lugar donde establecerse?

¿Tiene usted alguna sugerencia si así fuera?.-preguntó Christopher

Ben fijó sus ojos turbios en el rostro de su acompañante y se reclinó contra el respaldo de su asiento, con las manos entrelazadas sobre el vientre.

-Supongo que un caballero como usted debe pretender una casa lujosa con un lindo parque. ¡Es una lástima! Lord Talbot es el dueño de la mayor parte de las tierras en este lugar. No creo que él quiera desprenderse de ninguna, a menos que a usted le guste la hija y quiera casarse con ella. Claro que eso tampoco es tan simple. Su señoría tiene que conocer primero al hombre, para ver si merece a su niña y, por lo que he oído, es bastante difícil complacerlo. No así a ella, ¡cuidado! -Se rió entre dientesUsted seguro agradaría a la joven. La dama tiene buen ojo para los hombres.

Christopher bajó la cabeza y dejó escapar una breve risita. -En realidad, no estoy pensando en casarme, de momento. -Bueno, si así fuera, dado que es usted un amigo, le sugeriría

que se apareciera por la casa del alcalde para echarle un vistazo a la hija. Ella es la única en Mawbry capaz de mostrar compasión por el viejo Ben y deslizarle un plato de comida por la puerta trasera cuando él se acerca a visitarla. -Soltó una breve risa de

trás de la mano con la que se frotó la nariz-. Por supuesto, al alcalde le daría un colapso si se enterara.

-Si llegara a interesarme seriamente conseguir una esposa, tendría en cuenta su sugerencia. -Christopher bebió otro sorbo de su bebida, y sus ojos verdes brillaron por encima del borde de su vaso.

-¡Ojo!, no recibiría ninguna dote -le advirtió Ben-. El alcalde no tiene medios para pagarla. Ni tampoco tendría oportunidad de obtener tierras, cosa que, probablemente, conseguiría si pusiera sus ojos en la muchacha del viejo Talbot. -Sus ojos enrojecidos observaron el costoso atavío del caballero-. Claro que, quizás, usted no necesite la fortuna de otro. Pero, aunque pueda pagarlas, va no quedan tierras por los alrededores. -

Hizo una pausa y levantó un dedo corvo para rectificarse-. Excepto, tal vez, aquel viejo lugar que se incendió unos años atrás. Saxton Hall se llama, jefe, pero ahora está semidestruido, y no es un refugio muy conveniente para un día de tormenta.

-¿Por qué dice eso?

-Allí fueron asesinados los Saxton que no pudieron escapar. Algunos culpan a los escoceses, otros dicen que no. Hace unos cuantos años, el antiguo lord fue asaltado en mitad de la noche y atravesado con una espada. Su esposa y sus hijos lograron escapar y nadie volvió a saber nada de ellos, hasta que... ah... hace ya tres o cuatro años, uno de los hijos regresó para reclamar las tierras. Ah, era un muchacho muy apuesto, sí que lo era. Tan alto como usted, y con unos ojos que podían fulminar a cualquiera cuando estaba enfurecido. Más tarde, apenas el chico logró afirmar los pies sobre la hierba del lugar, la mansión se prendió fuego, y él murió consumido por las llamas. Algunos dicen que fueron los escoceses otra vez. -Ben sacudió lentamente su zaparrastrosa cabeza-. Otros dicen que no.

La historia despertó la curiosidad de Christopher.

-¿Está tratando de decirme que usted no cree que hayan sido los escoceses?

Ben meneó la cabeza hacia uno y otro lado.

-Hay muchos que saben, jefe, y otros que no. No es muy seguro ser de los que saben.

-Pero usted sí lo sabe -le instó Christopher-. Cualquiera con una mente tan brillante como la suya tiene que saberlo. Ben miró de soslayo a su compañero.

-Usted es de veras sagaz, jefe. Tengo mi dosis de inteligencia, es verdad. Y, en otros tiempos, el viejo Ben solía surcar los mares con los hombres más bravíos. La mayoría de la gente piensa que el viejo Ben es un borracho tonto y semiciego. Pero le aseguro, jefe, que el viejo Ben tiene ojos y oídos muy finos para ver y oír todo lo que acontece. -Se inclinó sobre la mesa y bajó la voz hasta hablar en un susurro-. Puedo contarle historias que le pondrían los pelos de punta.

Un sujeto robusto de roja cabellera espesa y desaliñada, atada en una coleta debajo de un tricornio, apareció por la puerta, sacudiéndose el lodo de las botas y las gotas de lluvia del abrigo. Detrás de él, casi pisándole los talones, trotaba otro sujeto de similar comportamiento, cuya oreja izquierda parecía moverse a propia voluntad.

Ben encorvó los hombros, como si quisiera pasar inadvertido a los ojos de los recién llegados, y tragó con ansiedad el resto de su bebida, antes de levantarse furtivamente de su asiento. -Ya debo marcharme, jefe.

Los recién llegados atravesaron el salón hacia la barra, al tiempo que Ben salía inadvertidamente por la puerta y se escabullía apresuradamente por la calle, con los faldones raídos del abrigo aleteando alrededor de sus piernas y echando breves miradas por encima del hombro, hasta desaparecer detrás de una esquina.

-¡Timmy Sears! -exclamó el posadero con júbilo-. Hacía tanto que no nos veíamos, que ya me estaba preguntando si no te habría tragado la tierra.

- ¿Y así fue, Jamie!- bramó el pelirrojo-¿ Pero el diablo volvió a arrojarme a la superficie!

El posadero sacó un par de picheles y, tras llenarlos de ale, los apoyó sobre la superficie lisa del mostrador y, con gran habilidad, hizo deslizar uno hasta donde se encontraban los dos hombres.

El sujeto andrajoso, de cabello oscuro y oreja inquieta, interceptó el vaso , relamiéndose con regocijo, lo atrajo hacia sí; estaba a punto de llevárselo a los labios, cuando el rudo brazo de su compañero lo detuvo.

-Maldito seas, Haggie. Desde que te caíste del caballo y te golpeaste la cabeza has perdido tus buenos modales. Nunca te atrevas a tomar algo que me pertenece. Ahora que vas a estar trabajando por aquí, espero que lo recuerdes, ¿entendido?

El hombre asintió servicialmente, al tiempo que Timmy Sears, con sumo deleite, hundía los labios en la espumosa bebida. Haggie observó a su compañero con la boca fruncida hasta que llegó el segundo pichel y, entonces, lo atrapó ansiosamente, disfrutando el placer con igual regocijo.

-¿Qué están haciendo ustedes dos aquí en un día como éste? -inquirió el posadero.

. -Este es el único lugar donde puedo estar a salvo de mi regañona esposa -se burló Sears.

Molly se acercó a él y, acariciándole el pecho, lo miró fijo a los ojos con una sonrisa en los labios.

-Creí que, tal vez, habías venido para verme a mí, Timmy. El hombre estrujó a la camarera en un fuerte abrazo osuno y la revoleó por el aire, hasta que ella lanzó un chillido de placer. El la volvió a depositar en el suelo y buscó, por un instante, en el bolsillo de la chaqueta para luego, con mirada lasciva, extraer lentamente una moneda, que sacudió delante de los centelleantes ojos de la muchacha. Ella rió con entusiasmo y tomó la pieza con rapidez, deslizándola dentro del escote de su blusa. Luego, se alejó de él bailando, mientras le miraba por encima del hombro con una seductora sonrisa. La hallar, estaba grabada en sus ojos, y no tuvo necesidad de halar, ya que apenas comenzó a subir las escaleras, el hombre se apresuró a seguirla. Ha ggard Bentworth soltó de inmediato su propio pichel y se tambaleó detrás de la pareja, pero chocó bruscamente contra los talones del pelirrojo, cuando éste se detuvo en el primer peldaño. Sears estuvo a punto de caer de bruces contra los escalones al recibir el fuerte impacto de su compañero, pero logró recuperar el equilibrio. Entonces, se volvió con mirada encendida.

-Aquí no, Haggie -vocifero—. No puedes seguirme hasta arriba. Ve a beberte otra cerveza. -Empinó al otro hombre con violencia y se apresuró a seguir a las cautivantes caderas que, para entonces, ya se contoneaban en el extremo superior de la escalera.

Christopher ahogó una risita divertida y entonces, una vez más, advirtió la presencia de una sombra junto a su mesa. Levantó la mirada y enarcó las cejas con expresión interrogante. El hombre de cabello oscuro que había estado sentado junto a la chimenea se encontraba frente a él, con una mano apoyada en el respaldo de la silla que Ben había dejado vacante. El hombre tenía porte de militar, aunque su vestimenta no sustentaba esa apariencia. Sobre su cuerpo robusto y musculoso, llevaba un chaquetón de cuero sin mangas, una camisa gruesa y unos calzones ceñidos que se perdían dentro de unas botas altas de cuero negro.

-¿Me permite acompañarle un instante, señor? -Sin esperar la respuesta, giró la silla y se sentó a horcajadas sobre el asiento. Se abrió la chaqueta para acomodar las pistolas del cinturón y se inclinó hacia adelante, con las manos apoyadas sobre el res
paldo-. El viejo Ben le ha estado robando uno o dos tragos, ¿eh?

Sin hacer comentario alguno, Christopher observó a su acompañante, preguntándose qué razón habría tenido el hombre para acercársele. El silencio del caballero debería haber ofuscado al intruso. Sin embargo, el sujeto esbozó una rápida y cautivadora sonrisa.

-Discúlpeme, señor. -Extendió una mano amigable-. Yo soy Allan Parker, el alguacil de Mawbry, designado por lord Talbot para preservar la paz de estas tierras.

Christopher estrechó la mano ofrecida y se presentó a sí mismo, esperando la reacción del otro. El hombre no dio muestras de haber oído el nombre con antelación. Christopher encontró muy extraño el hecho de que la historia de su duelo con Farrell no hubiera llegado a oídos del aguacil.

-Considero que es parte de mis obligaciones advertir a los extraños acerca de Ben. Depende de lo que toma, suele llenarse la cabeza con distintas historias sobre fantasmas, demonios y otras criaturas infernales. No debe ser tomado muy en serio. Christopher sonrió. -Por supuesto que no. El alguacil lo escudriñó con la mirada.

-No recuerdo haberlo visto antes por aquí. ¿Es usted de estas tierras?

-Tengo una casa en Londres, pero uno de mis buques está amarrado en el puerto de Wirkinton, y es por esa razón que he venido hasta aquí. -Christopher suministró la información sin titubeos-. Me quedaré en Mawbry hasta que haya finalizado mis negocios aquí.

-¿Qué negocios son esos, si es que puede saberse?

-Vine a cobrar una deuda y, puesto que el hombre parece no contar con los medios para pagarla, puede que deba quedarme aquí por un tiempo para incentivarlo a encontrar el

dinero. De hecho, como están las cosas, es probable que tenga que establecerme temporalmente en Mawbry.

El alguacil echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. -Quizá, le convendría tomar otra cosa en lugar de dinero. Una sonrisa ladeada curvó los labios de Christopher.

-Esa es precisamente mi intención, pero me temo que el hombre se opone tercamente a entregarme lo que deseo. -Bueno, si de veras está pensando en establecer su residencia aquí, es mi deber advertirle que no hay otro lugar para alojarse más que la posada.

-Ben mencionó una mansión incendiada unos cuantos años atrás. Dijo que el caballero de la casa fue asesinado y que no sabe de ningún otro pariente que haya venido a reclamar las tierras. El hombre enredó nerviosamente una mano en su abundante cabellera oscura.

-Yo mismo fui a inspeccionar el solar al poco tiempo de llegar aquí y, aunque oí rumores acerca de un hombre atrapado en las llamas del incendio, no encontré rastros de ningún cadáver. En cuanto a la mansión, la mayor parte aún existe. Sólo se quemó el ala más moderna, que era la única estructura de madera. El viejo edificio de piedra resistió las llamas. Desde el incendio, la casa ha permanecido vacía... excepto, según dicen algunos lugareños, dos fantasmas que suelen vagar por el lugar; el viejo lord con una espada atravesada en el pecho y el otro, horriblemente quemado y mutilado. -Frunció el ceño y meneó la cabeza con expresión confundida-. Sin embargo, los arrendatarios continúan efectuando sus tareas como si esperaran el regreso de los Saxton. Y, cuando lord Talbot hizo averiguaciones acerca de las tierras, se le informó que la familia aún no había renunciado a los derechos de la propiedad y que los impuestos continuaban siendo pagados.

-¿Quién recoge las rentas?

Allan lo observó por un instante con -¿Dónde dice usted que nació?

-¿Qué tiene que ver eso con mi pregunta? -Christopher suavizó sus palabras con una leve sonrisa.

-Fue sólo por curiosidad -respondió Allan afablemente. -Vengo de Boston, y estoy aquí en busca de mercados portuarios para mis buques. -Enarcó una ceja con actitud expectante.

El alguacil se alzó de hombros y por fin respondió:

-Por el momento, creo que es lord Talbot quien recoge las rentas. Lo hace como favor a la familia, hasta que se resuelva algo acerca de la propiedad de las tierras.

-Entonces, no es él quien paga los impuestos, ¿o sí? -No, puesto que desea la posesión de las tierras. Bueno, sería una tontería de su parte si así lo hiciera.

-Pues entonces, es probable que este lord Saxton no esté muerto -concluyó Christopher, al tiempo que se ponía de pie y se colocaba su largo abrigo.

-He sido el alguacil aquí durante tres años y, en todo ese tiempo, no he visto ningún indicio que evidenciara que el hombre aún siguiera vivo -comentó Alfan. Giró la cabeza para ver pasar un enorme carruaje frente a la ventana, y se incorporó de inmediato-. Aquí llega el coche de lord Talbot. El sabe más sobre Saxton Hall que cualquier otra persona del lugar. Venga, se lo presentaré. -Alían obsequió a su acompañante con una brillante sonrisa-. Si tiene suerte, puede que tenga oportunidad de conocer a su hija Claudia, si es que la ha traído con él.

Christopher se colocó el sombrero y siguió al hombre a través del portal hacia el otro lado de la calle empedrada. Un enorme, ornado carruaje se había detenido a corta distancia de la posada. Los cocheros se apearon apresuradamente para colocar un pequeño taburete frente a la portezuela, en cuyo centro se destacaba un espléndido escudo de armas. Los elementos decorativos formaban la mavor parte del emblema, ya que el escudo en sí era pequeño y confuso, circunstancia que disimulaba las tres cintas horizontales que indicaban su ilegitimidad. La riqueza del vehículo podría haber desafiado a aquellos de la realeza, al igual que el aspecto de lord Talbot, que, al descender, dio muestras de idéntica suntuosidad con sus brocados, encajes y sedas propios de épocas pasadas. Se trataba de un hombre de mediana edad, aunque bien conservado. Apenas hubo

bajado, el lord se volvió hacia la portezuela de su coche, de donde aparecía una esbelta mujer de cabellera oscura con atuendo algo más discreto que el del presunto padre. De lejos, la joven guardaba un sorprendente parecido con Erienne Fleming, pero, tras una observación más detallada, Christopher descubrió que su belleza no era, en absoluto, comparable a la de la hija del alcalde. Sus ojos oscuros eran demasiado redondos y carecían de la profusión de pestañas que orlaban las lagunas de amatista. Si bien sus rasgos no podían ser tildados de vulgares, no eran tan finos y delicados como los de la otra muchacha. Claro que, pensó Christopher, le sería muy difícil encontrar una doncella que igualara o, menos aún, superara los encantos de aquélla que ya había conocido.

Claudia Talbot se detuvo un instante junto al lord para cubrirse con la ca p ucha aterciopelada de su capa, a fin de proteger su peinado de la persistente llovizna, y luego deslizó una mano enguantada a través del brazo que le ofrecía su padre. Sus ojos observaron a Christopher de manera tan detallada, que él tuvo la certeza de que estaba evaluando sus atributos físicos.

-Caray, Alían-ronroneó ella al acercarse-. Jamás creí que sería capaz de correr a mi encuentro sólo para presentarme a otro hombre. ¿No siente ni una pizca de celos?

El alguacil rió y respondió con idéntico galanteo. -Claudia, confío en que se mantendría fiel a mí, aun cuando conociera a todo un regimiento de hombres. -Revoleó una mano para señalar al caballero que tenía a su lado-. Permítame presentarle a Christopher Seton, de Boston. Un verdadero ca
ballero según la elegancia de sus ropas y, si no es suficientemente cauteloso, otro más a punto de ser abatido por sus encantos. -Es un honor conocerla, señorita Talbot -declaró Christopher, efectuando una cortés reverencia sobre la mano enguantada de la joven.

-Santo Dios, usted es de veras alto -observó ella con tono afectado.

Christopher estaba habituado a tratar con mujeres audaces y de inmediato reconoció el brillo atrevido en esos ojos oscuros. Si deseaba una compañía femenina, allí tenía una franca invitación.

-Y este respetable caballero es lord Nigel Talbot. -Seton... Seton... -repitió lord Talbot con aire pensativo-. Creo haber oído antes ese nombre.

-Tal vez lo recuerde por el altercado que tuve con su alcalde unas pocas semanas atrás -sugirió Christopher.

Lord Talbot le lanzó una mirada curiosa.

-De manera que usted es el que se batió en duelo con Farrell, ¿eh? Bueno, no puedo culparlo por eso. Ese mozalbete ocasiona problemas dondequiera que va.

-El señor Seton está aquí, en Mawbry, por una cuestión de negocios -informó Alían-. Podría estar interesado en adquirir una propiedad en los alrededores.

Lord Talbot dejó escapar una breve risita.

-Entonces, le deseo buena suerte, señor. Es una tarea muy ardua establecer las tierras y contratar a los arrendatarios, pero, a la larga, si logra acumular el poder necesario, obtiene la re-compensa. Sin embargo, hay que ser dueño de una fortuna para poder continuar con la empresa.

Christopher sostuvo la mirada penetrante del hombre. -Me preguntaba acerca de Saxton Hall.

—Oh, imagino que usted no querrá ese lugar-sugirió Claudia con dulzura-. Está semidestruido y repleto de fantasmas. Cualquiera de por aquí le dirá que esa casa ha estado plagada de desgracias.

-En realidad, no creo que ningún forastero tenga la posibilidad de adquirir ni la mansión, m las tierras. -Lord Talbot miró al yanqui con expresión calculadora-. ¿Tiene usted alguna ocupación, o sólo se dedica al ocio?

-A decir verdad, un poco de ambas cosas. -Christopher descubrió sus blancos dientes con una rápida sonrisa-. Poseo una flota de buques mercantes que comercian en varios puertos del mundo, pero también suelo dedicarme al ocio.

Los ojos oscuros de Claudia adquirieron un nuevo brillo.

-Usted debe ser muy rico.

Christopher se encogió de hombros con naturalidad. -Puedo permitirme unos cuantos lujos.

-Saxton Hall podría llegar a ser una propiedad muy valiosa con la tenencia de sus tierras, pero me temo que no está disponible. -Lord Talbot esbozó una breve sonrisa-. De ser así, yo mismo la habría adquirido hace mucho tiempo.

-Papá, tú te adueñarías de toda Inglaterra, si el rey te lo permitiera -bromeó Claudia, palmeando el brazo de su padre. El le sonrió con pesar.

-Lo necesito para satisfacer tus caprichos.

-Lo cual me recuerda, papá, que prometí a la modista que pasaría a escoger la tela para mi nuevo vestido. Puesto que tú debes arreglar unos asuntos con tu alcalde, Yo me procuraré mi propia escolta. -Curvó los labios con picardía al toparse con la mirada de Christopher-. ¿Me permite el atrevimiento de pedirle que me acompañe, señor Seton?

-¡Claudia! -le reprochó su padre, sorprendido-. ¡Acabas de conocer al caballero!

-Papá, todos los jóvenes aceptables de los alrededores te tienen pavor -protestó Claudia, como si continuara una vieja rencilla-. Si yo no tomo la iniciativa, moriré como una vieja solterona.

Christopher esbozó una sonrisa divertida al mirar al padre de la joven. El hombre parecía anonadado por la audacia de su hija. -Con su permiso, señor.

Lord Talbot asintió con resignación, y una leve risa escapó de los labios de Allan cuando Christopher ofreció decorosamente el brazo. Complacida, Claudia lo tomó y caminó junto a él, con la cabeza erguida y una expresión triunfal en los ojos. Con ese hombre como escolta, ella volvería a gozar de la envidia de todas las mujeres de Mawbry. Al advertir la presencia de una solitaria figura femenina en una de las ventanas de la casa del alcalde, experimentó una emoción especial. Claudia detestaba las comparaciones que constantemente surgían entre ambas mujeres y de las cuales ella resultaba perdedora en cuanto a belleza se refería. Incluso sentía un delicioso regocijo cada vez que alguien hablaba de los lamentables candidatos que el alcalde había presentado a su hija. El deseo más íntimo de Claudia era ver a la otra mujer unida en matrimonio con una horrible bestia.

-Al parecer, Claudia ha encontrado otro hombre a quien cautivar con sus encantos -comentó Allan con humor.

Lord Talbot gruñó con falso pesar.

-Casi desearía que su madre hubiera vivido unos años más. Teniendo en cuenta lo rezongona que era esa mujer, comprenderá usted mi desesperación.

El alguacil rió y sacudió la cabeza hacia la casa del alcalde. -Claudia dijo que usted tenía que arreglar unos asuntos con Avery. ¿Desea que le acompañe?

Lord Talbot rechazó la oferta.

-No. Este es un asunto personal. -Hizo un ademán para indicar a la joven pareja que acababa de partir-. Lo que podría hacer por mí es vigilar a esa desvergonzada jovenzuela. No me agrada la idea de tener a un yanqui en la familia.

Allan sonrió.

-Haré lo que pueda, señor.

-Pues, entonces, no le demoraré más.

Lord Talbot caminó con paso decidido hasta la casa del alcalde y golpeó la puerta con Vaso plateado de su lujoso bastón. La llamada no fue atendida de inmediato; comenzaba a preguntarse si habría alguien en casa, cuando la puerta se abrió levemente. Erienne espió a través de la rendija, y habría experimentado un gran alivio al descubrir que no se trataba de Silas Chambers si el lord hubiera sido de su agrado. No lo era.

Lord Talbot empujó la puerta con el báculo, forzando a Erienne a retroceder un paso.

-No me espíes a través de rendijas, Erienne. -Sus labios se curvaron en una sonrisa, al tiempo que sus ojos recorrían descaradamente el cuerpo de la joven-. Me gusta ver a las personas cuando les hablo. ¿Está tu padre en casa?

Confusa y súbitamente nerviosa, Erienne hizo una pequeña reverencia y se apresuró a contestar:

-Oh, no, señor. Está en algún lugar de la aldea. No estoy segura, pero imagino que, en unos momentos, estará de vuelta. -Bueno, entonces, si me permites, entraré para esperarle junto a la chimenea. Ha sido un día atroz.

Lord Talbot pasó rápidamente al vestíbulo y se detuvo un instante para quitarse la capa y el tricornio y entregárselos a la joven, antes de continuar andando hacia la sala, dejando atrás a Erienne, que, fastidiada, cerró la puerta y colgó los artículos empapados en el perchero. Cuando ella entró en la sala, el hombre ya se encontraba acomodado en un sillón, frente al hogar encendido. Había cruzado las piernas, y los faldones de su levita caían a ambos lados, descubriendo unos finos calzones de seda gris, que hacían juego con las medias. Sus ojos brillaron cuando apareció la joven, obsequiándola con una sonrisa que intentaba ser paternal.

--Mi querida Erienne, has hecho una tarea magnífica al administrar esta casa desde la muerte de tu madre. Espero que hayas sido feliz aquí. Tu padre, ciertamente, parece haberse adaptado bien al trabajo. Sin ir más lejos, apenas el otro día...

El continuó con un interminable torrente de palabras, sin apartar la mirada de la niña, que no dejaba de moverse por toda la habitación. El lord prosiguió sin detenerse, no porque se sintiera incómodo, sino, más bien, para aliviar la tensión de la joven, que parecía bastante turbada por su presencia. Al fin v al cabo, era una mujer de lo más deseable. Nunca le había dejado de sorprender el hecho de que un hombre como Avery Fleming hubiera sido capaz de procrear semejante beldad.

Erienne escuchaba con desinterés el constante zumbido del hombre. Conocía muy bien la reputación de Nigel Talbot. Sus hazañas habían sido objeto de numerosas burlas entre los chismosos del lugar, desde que los Fleming se habían mudado a Mawbry. Por esta razón, la joven insistía en pasar, una y otra vez, junto a las ventanas de la calle, dé manera que cualquier curioso (y Erienne sabía que habría unos cuantos) pudiera ser testigo de su intachable inocencia.

-Prepararé algo de té mientras aguardamos -dijo ella con vacilación. Avivó el fuego, echando otro trozo de leña, y colgó una tetera de agua en el gancho de la chimenea.

Nigel Talbot observó a la joven con creciente ardor. Habían transcurrido varias semanas desde su viaje a Londres, donde se había entretenido con mujeres sensuales, acicaladas, en sus apartamentos lujosamente amueblados. Era una

verdad sorprendente que hubiera pasado por alto una fruta tan fina de su propia huerta, pero, teniendo en cuenta la actitud sumisa y recatada de Erienne, era fácil comprender por qué no se había fijado en ella con anterioridad. Las atrevidas atraían de inmediato la atención; sin embargo, no siempre eran ellas las elegidas. Erienne Fleming era de primera calidad y, sin lugar a dudas, virtuosa.

Se imaginó a la joven en enaguas y corsé, con busto rebosante y diminuta cintura, y su cabello oscuro brillando sobre sus delicados hombros color crema. Entonces, los ojos de Talbot se engrandaron al advertir la oportunidad que tenía delante de sí. Desde luego, ése era un tema muy delicado y debía ser planteado con cautela. No estaba en sus planes proponer matrimonio, pero, sin duda, Avery no sería tan tonto como para despreciar la cuantiosa suma que él estaba dispuesto a ofrecerle a cambio de la hija.

Lord Talbot se puso de pie y adoptó su pose más heroica: la mano izquierda, apoyada informalmente sobre el bastón y la derecha, sujeta a la solapa de su chaqueta, de manera que la joven pudiera admirar su figura masculina. Una mujer más experimentada hubiera observado con descaro aquello que él estaba ansioso por mostrar, en vez de mantenerse ocupada con tareas insignificantes.

-Mi querida, querida Erienne...

Su incipiente pasión lo hizo hablar con mayor potencia de la que hubiera deseado, y el elevado volumen de sus repentinas palabras sobresaltó a la muchacha. La taza y el plato que ella tenía en las manos se tambalearon y estuvieron a punto de caer. Nerviosa, Erienne apoyó la vajilla sobre la mesa y, entrelazando sus dedos temblorosos, se giró.

Nigel Talbot se había convertido en un hombre prudente, dejando atrás los impetuosos años de su juventud. Retrocedió e hizo un nuevo intento, esta vez con mayor cordialidad.

-Mis disculpas, Erienne. No fue mi intención asustarte. Sólo que estaba pensando que nunca te había mirado con detención. -A media que hablaba, lord Talbot se acercaba cada vez más a la muchacha-. Nunca me había percatado de tu increíble belleza.

Extendió una larga, delgada y acicalada mano, y la apoyó sobre el brazo de Erienne. Ella intentó retroceder, pero el borde de la mesa la detuvo.

-Vaya, querida, estás temblando. -Observó los ojos dilatados y atemorizados de la joven, y sonrió con ternura-. Pobre Erienne. No temas, querida. No te lastimaría por nada del mundo. Es más, mi deseo más íntimo es que lleguemos a conocernos... mejor... mucho mejor. -Sus dedos apretaron ligeramente el brazo de la muchacha para brindarle confianza.

De pronto, les interrumpió una violenta maldición proveniente del piso superior, seguida por un golpeteo que descendía por las escaleras. Lord Talbot se apartó de Erienne, al tiempo que Farrell apareció tambaleándose por la puerta. El muchacho estuvo a punto de caer de bruces, pero logró detenerse. Sus ojos giraron una y otra vez, mientras intentaba recuperar el equilibrio. Llevaba puesta una camisa abierta hasta la cintura y unos calzones indecorosamente desprendidos. Los dedos de sus pies se crisparon al pisar los fríos tablones de madera. Cuando logró fijar la mirada en los ocupantes de la sala, dejó caer la mandíbula ante el inesperado impacto.

-¡Lord Talbot! -Se frotó la sien con su mano sana y enredó los dedos en su despeinada cabellera-. Su señoría... -balbuceó, acentuando la «i» de una manera inusual. Masculló una breve disculpa, y comenzó a manosear torpemente los botones de los calzones-. No sabía que usted estaba aquí...

Lord Talbot se esforzó en demostrar una actitud comprensiva. Un leve tic que reflejó un extremo del bigote fue el único indicio que delató sus verdaderos sentimientos.

-Espero que te encuentres bien, Farrell.

El joven se pasó la lengua por los labios, como si una ardiente sequedad le quemara la boca, y se cerró la camisa cuando se topó con la mirada penetrante de Erienne.

-Sólo he bajado por un trago... -se aclaró la garganta al ver la mirada amonestara de su hermana, y agregó-: de agua. -Avistó la humeante tetera sobre el fuego-. O, quizá, té. -Ya estaba recuperando el control de sí mismo, y conocía muy bien los deberes de un anfitrión-. Erienne -adoptó un tono paternal-, ¿serías tan amable de servirnos una taza de té? Estoy seguro de que lord Talbot se ha estado muriendo de sed. -Un espeso trago de saliva confirmó, en silencio, su aseveraciónTodo hombre necesita una buena bebida caliente para aclarar la garganta en una fría mañana.

Por primera vez, Erienne se sintió complacida ante la presencia de su hermano.

-Farrell -dijo, sonriendo con dulzura, mientras obedecía las órdenes del muchacho-, hace ya un rato que pasó el medio

día.

La furia de lord Talbot contra Farrell era infinita, pero difícilmente podría despedir al muchacho de la sala, para regalarse la vista con la hermana. Era obvio que el joven estaba dispuesto a quedarse para impresionar a su invitado con sus excelentes modales, pero lord Talbot conocía los límites de su paciencia, y decidió que una discreta retirada en ese preciso instante sería lo más sensato. Al fin y al cabo, tenía mucho que pensar acerca de la hija del alcalde, antes de arriesgarse a efectuar cualquier movimiento.

-No me quedaré para el té -anunció en tono brusco y agitado-. Con seguridad, mi hija se estará preocupando por mi retraso. Dado que parto hacia Londres por la mañana, veré al señor Fleming a mi regreso. Sin duda, el asunto puede esperar.

## CAPÍTULO 3

El forraje sería escaso en los próximos meses de invierno de rebaños de ovejas, cerdos, gansos y demás, comenzaron - :n ciudades v aldeas, para luego ser vendidos en los mercados y ferias. Los mercaderes arreaban los animales, que, a su paso, levantaban espesas nubes de polvo. Aunque en menor escala, el espectáculo era tan familiar en Mawbry como lo era en York o en Londres, va que¸ sólo un tonto podía ignorar la necesidad de almacenar provisiones para el helado invierno que se avecinaba.

Erienne procuraba abastecer la despensa familiar con la adquisición de un pequeño cerdo, el mejor que sus escasas monedas pudieron comprar. Puesto que no se atrevía a sacrificar al animal con sus propias manos, destinó unos pocos chelines más para el matarife ambulante. La noche anterior a la llegada del

hombre, Avery declaró que la preparación de comida era tarea de mujeres y, temeroso de que lo hicieran trabajar, partió en compañía de Farrell hacia Wirkinton, para un día de «reuniones», según sus propias palabras.

El atareado carnicero llegó al alba, y Erienne se encerró en la casa hasta que él terminó su trabajo. La muchacha ya tenía listos los granos calientes para fabricar morcilla, pero, dado que no era ése su plato favorito, su preparación resultaba ser una tarea sumamente difícil. El corte de intestinos para preparar salchichas le resultaba igualmente penoso. Largas rebanadas y gruesos trozos de carne eran apiñados en un barril con sucesivas capas de sal, mientras la joven continuaba retirando la grasa de los otros pedazos. Una vez cortada la carne, se la comprimía en el barril con una pesada piedra, con el fin de curarla, y luego se llenaba el recipiente con una solución de salmuera.

Detrás de la casa, en un pequeño cobertizo de tres paredes destinado a ese propósito, Erienne encendió una fogata, colgó una cacerola, y comenzó a purificar la grasa para preparar manteca. Los diminutos trocitos de carne adheridos a los pedazos de grasa flotaban en la superficie, y debían ser retirados con una espumadera, a fin de impedir la formación de impurezas que pudieran arruinar el preparado. Pero, una vez enfriados sobre una tela, los crujientes trocitos se convertían. en un sabroso bocado para mascar.

El sabueso de la casa vecina observaba a la joven con anhelo y, apenas ella se giró, se escurrió por debajo del cerco y se le acercó con descaro. Después de echarse pesadamente en un costado, alzó su hocico húmedo para catar el aroma que flotaba en el aire. Luego, bajó su enorme cabeza y, desolado, la apoyó sobre las zarpas. Sus vivaces ojos no cesaban de seguir cada uno de los movimientos de la muchacha. En cuanto se presentaba la oportunidad, se deslizaba para apresar un chicharrón con sus enormes colmillos, y luego salía disparado perseguido por la joven, que empuñaba una escoba mientras le amenazaba con enviar al matarife tras él. Sin embargo, el animal no parecía intimidarse por las advertencias de la muchacha, ya que, enseguida, regresaba con su pesado andar hasta un lugar donde pudiera continuar observándola y, al mismo tiempo, olfatear el tentador aroma.

El aire estaba helado, pero Erienne difícilmente sentía frío mientras trabajaba. De hecho, se había arremangado su desteñido vestido y, con sólo una enagua liviana debajo del traje, recibía con agrado las frescas brisas que, de tanto en tanto, sacudían los bucles que escapaban de su pañuelo. Se había propuesto terminar la tarea antes de que cayera la noche, y no deseaba que nada la distrajera o la apartara de su propósito. Concentrada en sus labores y en vigilar tanto el chisporroteo de la grasa, como al perro invasor, no advirtió que, en las sombras, junto a una esquina de la casa, se había detenido un hombre para observarla.

Los ojos de Christopher Seton recorrieron la armoniosa figura con admiración. La suave brisa volvió a jugar con los rizos oscuros de la muchacha, y ella se detuvo para acomodar los mechones sueltos debajo del pañuelo. Cuando extendió los brazos para emprender otra tarea, el corpiño del vestido se adhirió, por un instante, a su delgada espalda, confirmando así el hecho de que la cintura era naturalmente angosta y no necesitaba la presion de un corsé para tomar su forma. En sus múltiples viajes por el mundo, Chrisstopher había conocido un sinfín de mujeres y había sido muy exigente al elegirlas. De ninguna manera su

experiencia podía ser considerada insuficiente y, sin embargo, tenía la certeza de que la belleza de esta deliciosa dama superaba con creces la de cualquier beldad que pudiera encontrar, tanto allí como al otro lado del océano.

En los últimos tres años, había conducido sus cuatro buques hasta las lejanas costas de Oriente, en busca de nuevos puertos y mercaderías para comerciar. Había llegado a convertirse en un

hombre de mar a menudo se había encontrado confinado en la soledad de un barco, durante largos períodos de navegación. Desde su llegada a Inglaterra, otros asuntos habían requerido su atención, y había decidido abstenerse de iniciar una relación, hasta conocer una compañera que de veras valiera la pena. Así, no podía permanecer impávido ante lo que, en ese instante, se presentaba ante sus ojos. Había una graciosa ingenuidad en la personalidad de Erienne Fleming que no cesaba de atraerlo; y pensó en cómo disfrutaría instruyendo a la joven sobre las cosas del amor y de los enamorados.

Al arrojar otro leño en el fuego, Erienne alcanzó a ver al perro, que se deslizaba hacia la grasa cruda que había sido apilada sobre una mesa cercana. La joven vociferó una feroz advertencia y, con un palo en la mano, se volvió hacia el animal, que se escabullía por el agujero del cerco. Entonces, por fin, divisó la figura alta y elegantemente vestida de su espectador, y el impacto fue tan grande, que la hizo contener la respiración. Observó al hombre atontada, afligida porque él había sido testigo de su indigno comportamiento. Se avergonzó de su desaliñado aspecto, ante la elegancia del caballero, que lucía espléndido con su chaqueta azul marino y sus calzones y chaleco grises. En medio de una nebulosa, se le ocurrió que debería estar ofuscada ante la intromisión, pero, antes de que pudiera reaccionar, él atravesó el cerco y se acercó con pasos largos y presurosos. Aunque ella sabía que estaba a punto de ser cruelmente violada, sus piernas parecían entumecidas y sus pies firmemente arraigados a la tierra.

Entonces, él llegó a su lado, pero, en lugar de arrojarla al suelo con violencia, se inclinó para alejar el borde de su falda de la llameante fogata. Christopher apagó las llamas con el sombrero y, luego, levantó la tela ardiente, sacudiéndola hasta extinguir el último rastro de fuego. Bajo la mirada penetrante de la joven, él se irguió y le mostró un pedazo de la tela chamuscada para que lo inspeccionara.

-Creo, mi querida Erienne comenzó a decir con cortesía, disimulando el humor de su voz con una expresión reprobadora-, que usted tiene una tendencia a la autodestrucción... o, por alguna razón, se ha propuesto poner a prueba, ya sea mi persona... o mi capacidad para protegerla. Considero que esto requiere una investigación más profunda.

Al ver la mirada pícara del intruso, Erienne se percató de que, en realidad, él estaba mucho más interesado en el considerable tramo de pierna que se exhibía bajo la falda levantada. Apartó el vestido de las manos masculinas y, echando una punzante mirada de soslayo al caballero, se alejó para observarlo con curiosidad cuando él se quitó la chaqueta y el sombrero y los acomodó sobre una tabla. El fuego irradiaba bastante calor, lo cual justificaba el hecho de quitarse las ropas, pero, para un hombre cuya entrada a la casa había sido terminantemente prohibida, Christopher Seton se comportaba con demasiada naturalidad.

-Supongo que debo agradecerle lo que ha hecho -admitió Erienne con desgana-, pero si usted no hubiera estado allí, esto no habría ocurrido.

El frunció el entrecejo con expresión inquisidora, al tiempo que sus labios se curvaron en una sonrisa.

-Discúlpeme. No fue mi intención molestarla.

-¿Por qué me estaba espiando? -preguntó ella con brusquedad, al tiempo que se contoneaba hacia un banco, para sentarse a examinar su falda carbonizada.

Los poderosos músculos de las piernas de Christopher se tensaron bajo sus ajustados calzones al apoyarse sobre un alto taburete que tenía a su lado.

-Me cansé de contemplar a las damas que vagaban por los mercados, y vine a ver cómo marchaban mis intereses en la casa del alcalde. -Sus labios dibujaron una sonrisa divertida y sus ojos lanzaron destellos cuando agregó-: Tengo el agrado de informar ¡que los encuentro mucho mejor!

Erienne se levantó irritada.

-¿Acaso no tiene nada mejor que hacer, más que ir por ahí, devorando a las mujeres con los ojos?

-Supongo que podría encontrar algo más en qué ocuparme -respondió él con naturalidad-, pero no se me ocurre nada tan placentero, excepto, claro está, gozar de la compañía de una dama.

-Además de considerarlo un truhán en el juego -declaró ella con aspereza-, estoy comenzando a sospechar que es usted un tenorio libertino.

Christopher esbozó una serena sonrisa, mientras barría a la joven con la mirada.

-He estado mucho tiempo en alta mar. Sin embargo, dudo de que mi comportamiento variara, aun cuando acabara de llegar de la corte de Londres.

Los ojos de Erienne ardieron con ira. ¡Qué ególatra insufrible! ¿Cómo había osado creer que podría encontrar una mujer disponible en la proa casa del alcalde?

-Estoy segura de que Claudia Talbot aceptaría con agrado su compañía, señor. ¿Por qué no pasa a visitarla? Según tengo entendido, su señoría partió para Londres esta mañana.

Christopher rió suavemente al advertir el tono sarcástico de la muchacha.

-Prefiero cortejarla a usted.

-¿Por qué? -se mofó ella-. ;Porque desea fastidiar a mi padre?

Los ojos sonrientes de Christopher capturaron los de ella y los tomaron prisioneros, hasta que Erienne sintió un sofocante calor en las mejillas. Él respondió con deliberada lentitud.

-Porque es usted la doncella más bonita que jamás haya visto, y me agradaría llegar a conocerla mejor. Y, desde luego, tendríamos que ahondar también en ese asunto de sus accidentes.

El rubor coloreó las mejillas de la joven, pero la creciente oscuridad del crepúsculo la ayudó a ocultar su sonrojo. Erienne alzó la nariz con orgulloso decoro y se volvió, lanzándole una fría mirada de soslayo.

-¿A cuántas mujeres le ha dicho usted lo mismo, señor Seton?

Una sonrisa ladeada acompañó la respuesta de Christopher. -A varias, supongo, pero jamás he mentido. A cada una le he dicho la verdad a su tiempo y, hasta la fecha, usted es lo mejor se he conocido. -Extendió el brazo para tomar un puñado de charrones, que comenzó a mascar, mientras aguardaba la reacción de la joven.

El rubor de ella se extendió hasta los delicados lóbulos de sus orejas, y un fuego helado ardió en las profundas lagunas violáceas.

-¡Es usted un grosero salvaje y engreído! -Su voz era tan fría y seca como las estepas rusas-. ¿Acaso supone que puede agregarme a su larga serie de conquistas?

Se encaró con helado desdén a caballero, hasta que él se incorporó y se aproximó a ella.

Los ojos de Christopher adquirieron una expresión distante, y sus dedos tiraron ligeramente de un bucle que se había escapado del pañuelo de Erienne.

-¿Conquista? -Su voz era suave y resonante-. Usted me malinterpreta, Erienne. En los efímeros instantes de lujuria, se compran favores que, en su mayoría, son rápidamente olvidados. Los momentos recordados con cariño no se toman, no se dan, sino que se comparten, para luego atesorarlos como acontecimientos dichosos. -Levantó la chaqueta con la yema de los dedos y se la colgó del hombro-. No le pido que se entregue usted a mí, ni tampoco está en mis planes conquistarla. Lo único que pretendo es que, de tanto en tanto, me dispense usted unos minutos de su tiempo, para brindarme la oportunidad de exponer mi caso, a fin de que, con el tiempo, podamos llegar a compartir algún momento de ternura.

El rostro de Erienne no dio muestras de enternecimiento. Aun así, su belleza deleitó la vista de Christopher y engendró en él un dulce, irrefrenable anhelo, que no podía ignorarse fácilmente, ni saciarse con nada que no fuera lo deseado.

-El daño que usted ha causado a mi familia se interpone entre nosotros -afirmó ella con amargura-. Y yo debo honrar a aquellos que siempre me han respetado.

El la observó por un instante, y luego se colocó el sombrero. -Yo podría prometer paz y comodidad para toda su familia. -Hizo una pausa e inclinó la cabeza, sin apartar la mirada de la joven-. ¿Sería eso benevolencia o maldición?

-¿Benevolencia o maldición? -se mofó Erienne con desdén-. Su sagacidad me supera, señor. Yo sólo sé que mi padre vive inquieto debido a su acusación, y que mi hermano solloza en sueños a causa de su proeza. Cada dia que pasa, yo misma me torno más y más irritable, y eso también se lo debo a usted.

Christopher se colocó la chaqueta sobre sus anchos hombros. -Usted ha dictado su veredicto, sin tan siquiera escuchar mi alegato. No existen argumentos que puedan disuadir una mente cerrada.

-¡Fuera de aquí! -exclamó ella-. Tome toda su sapiencia y vaya a fastidiar a algún oído dispuesto. Yo no estoy interesada en escuchar sus excusas, ¡ni toleraré sus melindrosas sandeces! ¡No aceptaré nada de. usted! ¡Jamás!

Ella contemplo con una leve sonrisa en los labios. -Tenga cuidado, Erienne. Si hay algo que aprendí en la vida, es que las maldiciones echadas a la luz del día, al igual que las palomas, suelen regresar al nido en la oscuridad de la noche. Irritada, Erienne miró a su alrededor en busca de un garrote y, al no encontrar ninguno, tomó la escoba y avanzó hacia él con el palo al hombro.

-¡Es usted un gallo chillón y retorcido! ¿Acaso es tan patán que tenga que arrojarlo a la calle, como he hecho con el sabueso' ¡Fuera de aquí!

Los ojos verdes lanzaron destellos de humor, hasta que ella revoleó su arma improvisada. Christopher eludió el ataque con garbo y luego sonrió, desafiando la furia de la joven. Antes de que Erienne pudiera lanzar otro golpe, él retrocedió con rapidez y se alejó, saltando por encima del cerco. Ella le echó una mirada penetrante cuando él se giró, ya fuera del alcance de la escoba.

-Buenas tardes, señorita Fleming. -Christopher se llevó el sombrero al pecho con una cortés reverencia, y luego volvió a

colocárselo con bizarría. Sus ojos acariciaron brevemente el agitado pecho de la joven, antes de dirigir, sonrientes, una mirada de amatista-. Le ruego que trate de alejarse del peligro, dulzura; puede que yo no me encuentre cerca la próxima vez.

La esto a voló por los aires, pero él logró esquivarla con facilidad y, luego de lanzar una última mirada lasciva, se alejó. Transcurrió un largo rato antes de que Erienne se calmara lo suficiente como para percatarse de que la sensación de pérdida que antes había experimentado, era ahora mucho más intensa.

Irritada, regresó a la fogata y observó airadamente las llamas, hasta que un pequeño objeto de cuero, sobre el suelo de ladrillo, le llamó la atención. Se inclinó para tomarlo y vio que se trataba de un monedero de hombre; y muy pesado, por cierto. Le dio vuelta entre las manos v encontró las iniciales C.S. grabadas en una esquina. Una corriente de ira le recorrió la columna, y el deseo e arrojarlo fue soberbio. Sin embargo, prevaleció la precaución. Si el monedero contenía mucho dinero, tal corno sospechaba, Seton volvería a recogerlo y, si ella no podía entregárselo, la responsabilizaría por la pérdida e, incluso, podría acusarla de robo. Tal vez no había caído de la chaqueta por accidente, sino que él se había propuesto abochornarla. Después de todo, Erienne era el único miembro de la familia que aún no se había visto afectado por ese bellaco.

La joven miró a su alrededor, preguntándose dónde podría ocultar el monedero, hasta que él regresara a buscarlo. No deseaba que su padre lo viera, no con las iniciales que, claramente, revelaban la identidad de su dueño. Ya podía oír las acusaciones del alcalde. Él nunca le creería que no se había ganado el monedero como premio a la máxima traición. Le atormentó la idea de que el regreso del señor Seton podría producirse en un momento inoportuno y empeorar así las cosas. Se estremeció al imaginar los resultados de tal encuentro con su padre y su hermano. Parecía preferible que ella misma devolviera el monedero, pero, hasta que encontrara un momento propicio, debía ocultarlo.

De pronto, avistó el cobertizo donde su hermano guardaba su enflaquecido caballo, Sócrates, y sonrió satisfecha. Era el mejor lugar para ocultar algo perteneciente a un asno rebuznador.

Erienne utilizó la puerta trasera para entrar en la posada. Una angosta escalera junto al postigo conducía al segundo piso y con el monedero de Christopher Seton oculto bajo la pañol eta,

la joven comenzó a ascender los peldaños con cautela. El no había ido a buscar su pertenencia y, por temor a que la acusara de

ladrona, Erienne había decidido devolvérselo v evitar así una escena desagradable.

Apenas había amanecido, y la luz del alba era aún débil v mortecina. Ella llevaba un sencillo vestido azul de recatado escote; sobre él, una pequeña pañoleta era su único abrigo en esa helada mañana. Las gastadas suelas de sus zapatos resonaron silenciosamente sobre los tablones de madera del pasillo. Su intención era encontrar el cuarto de Seton, golpear a la puerta, v devolverle el monedero sin ser vista.

Había oído decir que las mejores habitaciones se encontraban en el lado este de la posada, y no podía imaginar que ese hombre, con su arrogancia, fuera capaz de aceptar algo peor. La mavoríz de los cuartos estaban cerrados, lo cual hacía

su búsqueda más dificultosa. Frente a las puertas de las recámaras que daban al este, se detuvo una y otra vez, para dar un ligero golpe y morderse el labio, mientras aguardaba ansiosa una respuesta. Al no recibir contestación en los dos primeros cuartos, caminó hacia el tercero e hizo una breve pausa, para apoyar el oído contra la puerta antes de golpear.

Un instante después, la puerta se abrió, v Erienne ahogó una exclamación de sorpresa, cuando apareció el yanqui con sólo una toalla sujeta alrededor de las caderas y una ceñuda expresión en el rostro.

-Le he dicho... -comenzó a decir Christopher bruscamente, pero se detuvo al percatarse de su error. Enarcó las cejas con asombro y curvó los labios en una lenta sonrisa. No parecía en absoluto perturbado por su propia desnudez-. Erienne... no la esperaba.

¡Obviamente!

El rostro de la joven ardió. Esos hombros anchos y tostados, ese pecho velloso, acrecentaban su turbación, y no se atrevió a bajar la mirada. Extrajo nerviosamente el monedero y abrió la boca para explicar las razones de su visita, pero el sonido de unas pisadas sobre las escaleras provocó un temor a ser descubierta que la paralizó y le hizo olvidar su misión. Su presencia en el corredor con un hombre semidesnudo arruinaría su reputación ante los ojos de todos. Su padre se enteraría antes de terminar la mañana, y no era difícil imaginar la feroz perorata.

Erienne miró ansiosa a uno y otro lado del pasillo. Debía escapar, y su única salida era bajar las escaleras frontales y atravesar el salón comedor. Ya había dado el primer paso en esa dirección, cuando una poderosa mano la detuvo. Antes de que pudiera resistirse, Christopher la hizo entrar en el dormitorio. Ella describió un pequeño círculo y, al volverse, encontró la puerta

cerrada. Abrió la boca instantáneamente, pero una mano masculina silenció sus protestas. Él frunció el ceño y sacudió la cabeza en señal de advertencia. Con la otra mano, tomó a la muchacha de la cintura y la atrajo hacia sí. Luego, la alzó para apartarse de la puerta hasta llegar junto a la cama.

Las pisadas se detuvieron frente a la entrada del cuarto, y se oyó un leve rasguño sobre la madera. Los ojos de Erienne estaban dilatados y revelaban su preocupación. Su mirada se fijó sobre el rostro bronceado y, en silencio, le suplicó ayuda.

Christopher se aclaró la garganta, como si acabara de despertarse, y gritó:

-¿Quién es?

-Soy yo, señor Seton -respondió una voz femenina-. Molly Harper, la criada. He decidido traerle personalmente el agua para el baño, porque, esta mañana, el chico que se encarga está ocupado. Yo misma he subido la tinaja hasta aquí arriba. ¿Me abre la puerta para que pueda pasar?

Christopher se volvió hacia Erienne con una ceja levantada, indicando que la propuesta de la criada le resultaba tentadora. Ella captó las intenciones del hombre y sacudió la cabeza con desesperación.

-Un momento, por favor -respondió él.

Erienne se sintió desgarrada por el temor de que el yanqui deseara humillarla, tal como había hecho con su padre. Comenzó a forcejear y se encolerizó al notar que él no la liberaba inmediatamente. Christopher se inclinó para susurrarle al oído:

-Manténgase cerca, Erienne. Se me desprendió la toalla. Si se aparta, la responsabilidad será suya.

La joven cerró los ojos con fuerza y, hundiendo el rostro en el hombro del hombre para ocultar el color carmesí de sus mejillas, se aferró a él con un pánico surgido de la desesperación. Y, en esa posición, no pudo ver la divertida sonrisa que dilató los labios de Christopher.

-Vamos, amor, abra. Esta tinaja pesa mucho. -La súplica fue acompañada de otro golpeteo.

-Paciencia, Molly. -Christopher se detuvo un instante para colocarse nuevamente la toalla. Luego, sus músculos se tensaron y,de haber logrado recuperar el aliento, Erienne hubiera gritado, ya que él la cogió entre sus brazos y la depositó sobre la cama. Ella se sentó con la boca abierta para expresar acaloradamente su objeción ante cualquier cosa que ese hombre tuviera en mente, pero él le cubrió la cabeza con las cobijas, suprimiendo asi cualquier comentario.

-Quédese quieta -susurró Christopher con un tono autoritario que exigía inmediata obediencia aun del más rebelde. Erienne pareció congelarse, mientras él, con una sonrisa, removía el otro lado de la cama para simular que acababa de levantarse.

Desesperantes imágenes de un posible destino atravesaron la mente de Erienne. Pensó en la terrible humillación que sufriría si la llegaban a descubrir en la cama de ese hombre. Sus temores florecieron, su ira se acrecentó, y levantó las cobijas para escaparse de la trampa que él le había tendido. En el instante siguiente, contuvo la re *ración y volvió a cubrirse la cabeza con las mantas: la imagen de Seton completamente desnudo, junto a la silla que contenía sus ropas, era demasiado para sus ojos de virgen. Tan sólo fue un segundo, pero esa figura alta, bronceada, de espaldas anchas, bañada por la rosada luz del sol naciente, quedaría grabada para siempre en la memoria de Erienne.

Christopher soltó una breve risita cuando vio como ella se acurrucaba en la cama, obedeciendo, por fin, su advertencia. Se ciñó sus calzones y caminó hacia la puerta.

Molly conocía su trabajo, y el pueblo de Mawbry le cuadraba a la perfección, ya que allí la competencia era inexistente. Cuando Christopher abrió la puerta, ella estuvo adentro en un instante. De inmediato, presionó su cuerpo contra el pecho masculino y enredó los dedos en el ensortijado vello, al tiempo que pestañeaba afectadamente.

-Oh, amor, usted es un maravilloso deleite para los ojos de cualquier muchacha.

-Molly, ya te dije que no necesito tus servicios -declaró Christopher con brusquedad-. Sólo quiero el agua.

-Ah, vamos, amor-murmuró ella con voz cantarina-. Sé que ha estado rrucho tiempo en el mar y necesita un poco de cama. A un hombre como usted, yo estaría más que dispuesta a darle todo lo que quisiera, sin exigir ni una moneda.

Christopher extendió su brazo para indicar la cama. -Ya tengo todo lo que deseo. Ahora, vete.

Los ojos de Molly se agrandaron por la sorpresa, cuando se volvió para mirar el objeto señalado. La curvada figura oculta bajo la colcha era inconfundible, y la criada se enderezó indignada, saliendo de la habitación con un violento ortazo. Erienne aguardó, sin atreverse a salir de su escondite, asta que Christopher la palmeó en el hombro.

-Ya pasó el peligro. Ahora puede salir.

-¿Está usted vestido? -preguntó ella con cautela, y su voz sonó apagada bajo las gruesas cobijas.

Christopher rió.

Tengo puestos los calzones, si es eso lo que la preocupa. y me estoy colocando la camisa. -Se estiró para tomar la prenda y se la puso, al tiempo que las mantas comenzaron a bajarse lentamente.

Erienne espió por encima de las frazadas con la cautela de una liebre acorralada, hasta que vio la expresión divertida de Christopher. La petulancia de esos cristalinos ojos verdes fue difícil de ignorar. Con una violenta sacudida, se deshizo de las cobijas y se puso de pie, sujetándose la falda para evitar otra causa de bochorno.

-¡Bufón! -le gritó ella, al tiempo que le arrojaba el monedero-. Me ha hecho esto a propósito.

El pesado monedero golpeó en el pecho de Christopher, que la cogió al vuelo hábilmente, mientras reía.

-¿He hecho qué?

Irritada, Erienne se sacudió la falda y ordenó los rizos que se habían soltado de su sobrio peinado.

-He venido aquí para devolverle el monedero, lo cual, según creí, era muy cortés de mi parte, considerando todo lo que ha hecho usted a mi familia; y, al llegar, ¡usted me arrastra hasta su cama y me avergüenza de esta manera!

-He pensado que no deseaba ser vista. Además, hasta el momento, no veo razón para que se sienta avergonzada. Yo sólo trataba de ayudar. -Su sonrisa divertida no se había desvanecido en absoluto.

-¡Ja! -se mofó ella, y se dirigió hacia la puerta. Al llegar, se volvió para lanzarle una mirada penetrante-. No me agrada que se burlen de mí, señor Seton, pero usted, obviamente, disfruta fastidiando a la gente. Sólo espero que, algún día, se encuentre con alguien tan hábil con las armas como parece ser usted. Me encantaría presenciar tal contienda. ¡Que tenga un buen día, señor!

Erienne salió airadamente del dormitorio, dando un violento portazo tras sí. Saboreó el ensordecedor ruido que había producido, que reflejaba a la perfección la furia que la quemaba por dentro. Más aún, deseó haber dejado una impresión duradera en ese bellaco.

El menosprecio de una mujer suele ser la ruina de muchos hombres y la causa de más de un conflicto. En el caso de Timmy Sears, el galanteo de Molly Harper a Christopher Seton generó

un obstáculo del tamaño de una gigantesca piedra. Molly no era Precisamente mujer de un solo hombre, pero no era eso lo que preocupaba a Timmy. Al fin y al cabo, la muchacha tenía que

ganarse el sustento de alguna forma. Era sólo que él se había acostumbrado a ser «el primero de la fila», como quien dice, cada vez que visitaba la posada «El jabalí». No era un gran honor, pero él había llegado a considerarlo un privilegio.

Timmy era un sujeto bravío, con una abundante cabellera roja que, por lo general, se proyectaba desordenadamente por debajo de su tricornio. Era bastante inteligente, aunque algo superficial y, siempre que tuviera una complaciente mujer en una mano y un pichel de ale en la otra, podía ser muy' generoso y y jovial. Era grande y fornido, con una marcada tendencia a desata`. rencillas, en especial, cuando contaba

con varios hombres de menor tamaño como oponentes. Hacía ya muchas semanas que no participaba de una buena riña, ya que la mayoría de los mozos insensibles del lugar se habían vuelto reticentes a sufrir fracturas de cráneo o piernas, v deliberadamente evadían las altaneras insinuaciones de Sears para iniciar una disputa.

Sin embargo, últimamente, había penetrado en el mundo de Timmy un hombre que, por decirlo llanamente, le sacaba de sus cabales. En primer lugar, el extraño era más alto que Timmy, con hombros tan anchos como los suyos y, quizás, algo más angosto de cintura. Por si eso fuera poco, el hombre era muy refinado, y limpio como una patena, puesto que, obviamente, tomaba, por lo menos, dos o tres baños por mes. Para empeorar las cosas, el fulano tenía una envidiable reputación con las armas, y se comportaba con tal desenvoltura que hacía recapacitar a cualquiera antes de cometer una tontería.

He aquí, pues, el dilema de Sears: Molly había comenzado a actuar como si él no existiera, mientras se deshacía en halagos para ese tal Seton, el mismo que producía comezón en los nudillos de Timmy y que se había instalado en su lugar de esparcimiento favorito, que, por otra parte, era el único de toda la aldea de Mawbry. La misma mujer, cuando se trataba de servir al que la abastecía de chucherías, dejaba apresuradamente plato y pichel, y corría a atender al otro con esmero. Una bagatela lograba iluminar los ojos de la muchacha, pero la recompensa era, por lo general, precipitada y, aunque temporalmente satisfactoria, dejaba a Timmy con la mortificante sospecha de que la dama le hacía pagar a él con creces lo que ofrecía al yanqui sin cargo.

Lo peor de todo era que este señor Seton claramente ignoraba las lisonjeras atenciones de la joven, negando a Timmy una causa para retarlo a duelo. Y, aunque Timmy no dejaba de observarlo con ojos de águila, el hombre jamás se dignaba a pellizcar esas tentadoras nalgas que se contoneaban tan cerca de él, ni a acá

rico esos pechos rebosantes que se ofrecían alevosamente, cada vez que Molly se inclinaba a servirlo. Ella usaba blusas con escotes tan profundos, que hacían rugir a Timmy en su agonía y, sin embargo, el yanqui no les prestaba la menor atención. Este hecho hacía el insulto aún más ultrajante a los ojos de Timmy. Rechazar a la dama que despertaba sus celos era como volver la estocada asesina hacia él.

El ánimo de Timmy había sido hostigado con fuerza, y su ira prov$_{o}$cada por la total falta de respeto que el extraño mostraba h su reputación como bruto, de la aldea. Mientras todos los sujetos respetables y valientes del condado se apartaban del ca$^{s}$u$^{j}$etos Timmy Sears, el hombre aguardaba pacientemente a que Tnnmy se alejara del suyo. Eso era suficiente para revolver el estómago del pelirrojo, que comenzó a imaginar la forma de quebrantar la arrogancia del yanqui. No se contentaría hasta desatar una feroz camorra para satisfacer su amor propio.

Alborozo y seriedad se mezclaban en el negocio de compra y venta, cuando los mercados de Mawbry se encontraban abiertos. Los músicos tocaban sus laúdes y sus gaitas para los

desenfrenados bailarines, mientras un sinfín de manos aplaudían al compás de la melodía, tentando a los más rezagados a probar su destreza. Erienne observaba atentamente el espectáculo, robar

por añadirse, pero sin lograr persuadir a Farrell para que la acompañara, Él había aceptado visitarlos mercados y no se había opuesto a detenerse para presenciar el baile, debido a que allí se
encontraba Molly Harper, pavoneándose y revoleando la falda con total desenfado. Sin embargo, rehusaba exponerse al ridículo a la vista_ de todos. Al fin y al cabo, él era un inválido.

Erienne comprendió y no quiso presionarlo, aunque no aprobaba la forma en que su hermano se estaba aislando del resto del inundo. Aun así, éste era un día de júbilo, y las carcajadas y sonrisas eran contagiosas, Los pies de la joven bailaban y sus ojos lanzaban destellos. Comenzó a golpear las manos al compás de la música, hasta que divisó la alta figura de un hombre, apoyado indolentemente contra un árbol cercano. Lo reconoció de inmediato, y notó que la estaba observando con una sonrisa divertida,Los ojos verdosos brillaban con intensidad y su lento, Meticuloso y desfachatado escrutinio produjo el rubor y la ira de la joven. Él estaba tratando de fastidiarla deliberadamente, ¡de eso estaba segura! Ningún caballero pundonoroso miraría a una dama de semejante forma.

Erienne elevó la nariz con soberbia y volvió la espalda al hombre con frialdad. Con sorpresa, descubrió que Farrell la había abandonado a su suerte y se encontraba caminando con Molly en dirección a la posada. La criada había pasado tres horas tratando de llamar la atención del yanqui, y ahora buscaba incitar sus celos. Nunca había intentado con tanto ahínco atraer un hombre a su cama y• nunca había fracasado tan rotundamente. La forma en que ese hombre la ignoraba era suficiente para aniquilar el amor propio de una pobre doncella.

Mientras Erienne rechinaba a causa de la irritación, una mano se posó sobre su brazo. Se sobresaltó, azorada ante la rapidez con que Christopher Seton había logrado cubrir la distancia que los separaba. Se sintió aliviada al descubrir que no se trataba del yanqui, sino de Allan Parker.

El alguacil se llevó una mano al pecho, para efectuar una breve pero cortés reverencia y enunció lo evidente con una complacida sonrisa en los labios.

-Su hermano la ha dejado sin escolta, señorita Fleming. Nunca se sabe qué momento elegirán los miserables bandidos escoceses para atacar la aldea y llevarse a nuestras bellas doncellas. Por lo tanto, he venido a ofrecerle mi protección.

Erienne rió vivazmente, deseando que ese yanqui odioso y sinvergüenza fuera testigo de los finos modales de este hombre. Al menos, había alguien en la aldea que sabía comportarse como un caballero.

-¿Le agradaría unirse a la danza? -invitó Allan.

Ella sonrió, arrojó la pañoleta sobre un arbusto y apoyó su mano sobre la del hombre, echando una subrepticia mirada hacia el mequetrefe libertino, mientras el alguacil la conducía hasta la ronda de bailarines.

El yanqui continuaba sonriendo como un estúpido engreído, y la sospecha de que todo le divertía echó a perder el momentáneo placer de la muchacha.

Sin embargo, el alegre rigodón la hizo olvidar al observador, para concentrarse en la danza. Christopher se situó delante de los demás espectadores y, con los brazos cruzados sobre el pecho y las largas piernas apenas separadas, daba la impresión de ser un rey de la Antigüedad frente a la multitud de su pueblo, como si, con su espada mágica, los hubiera rescatado de algún cruel opresor. El

extraordinario aspecto de ese hombre no pasaba inadvertido a las mujeres, ya fueran jóvenes o ancianas. Coquetas miradas y sonrisas seductoras lo escoltaban a su paso, pero él no parecía advertirlas; sus ojos seguían a la esbelta joven de cabello oscuro y vestido morado, que danzaba al compás de la música. El cuidadoso estudio de Erienne Fleming por parte del caballero se tornó evidente para casi todas las damas del lugar, y el hecho

provocó un duro golpe de desilusión, capaz de detener varios corazones.

Un enorme vehículo, identificable como el carruaje de los Talbot, se detuvo en las cercanías, y Christopher aprovechó la excusa para estorbar al alguacil. Se abrió paso entre los bailarines y, al llegar al hombre, lo palmeó ligeramente en el hombro.

-Discúlpeme, Allan, pero he creído oportuno avisarle de la llegada de la señorita Talbot.

Allan se giró y, al ver el coche, frunció levemente el ceño. Con un gesto de disgusto, presentó sus excusas a su compañera y se alejó apresuradamente. Erienne lanzó una mirada helada al hombre que permanecía a su lado, bajo los ojos curiosos de la multitud, que los observaba con amplias sonrisas. Suaves codazos atrajeron la atención de los más distraídos y, entre risas ahogadas, comenzaron a esparcirse conjeturas, en susurros.

-¿Desea continuar la danza, señorita Fleming? -inquirió Christopher con una sonrisa cortés.

-¡Desde luego que no! exclamó Erienne, y se alejó con la cabeza erguida y el paso decidido, a través de la multitud boquiabierta. Se abrió camino entre las tiendas y cabañas provisionales de los mercaderes, tratando de ignorar al hombre que parecía empeñado en acosarla. Al ver que no podía ganar distancia, debido a las enormes zancadas del yanqui, le vociferó una orden por encima del hombro.

-¡Aléjese! ¡Me está molestando!

-Vamos, Erienne -insistió él con voz dulce-. Sólo estoy tratando de devolverle la pañoleta.

Ella se detuvo, percatándose de que se había olvidado de la prenda, se volvió para mirarle. Sus ojos violáceos ardieron de ira bajo a mirada burlona del hombre y, en un arrebato de furia, intentó arrancarle la pañoleta de las manos, pero la encontró firmemente sujeta a los dedos del hombre. Dirigió una mirada fulminante hacia aquellos brillantes ojos verdes, pero las palabras acaloradas que estaban a punto de abandonar su boca, fueron interrumpidas por una voz femenina que llamaba:

-¡Hiuju, Christopher!

Claudia se acercó presurosa, con Allan pisándole los talones. Erienne sintió una súbita y aguda irritación cuando vio a la mujer, pero dejó caer la culpa sobre su propio estado de ánimo. Claudia tenía puesto un vestido de seda color coral y un sombrero de ala ancha al tono. El atuendo parecía algo exagerado para un mercado de campo, pero teniendo en cuenta su avidez por atraer la atención, no podía esperarse de esa joven una entrada menos ostentosa.

Claudia lanzó a Erienne una irónica mirada de desdén y, sin prestar más atención a la muchacha, se volvió hacia Christopher. -Me agrada ver que aún continúa usted en Mawbry, Christopher -trinó-. Temía no volver a encontrarlo nunca más.

-Aún no he finalizado mis negocios en Mawbry y, según marcha todo, puede que deba quedarme algún tiempo más. -Se giró para observar la mirada desafiante de Erienne y sonrió con indolencia.

Claudia advirtió el intercambio y ardió de ira al pensar que la otra mujer compartía algún secreto con el yanqui. A fin de llevarse al caballero, revoleó una mano para señalar la posada.

-Durante la feria, el posadero suele preparar unos manjares dignos de reyes. Me preguntaba si le agradaría comer algo conmigo. -Sin esperar la respuesta, se volvió para regalar al alguacil con una afectada sonrisa-. Y, desde luego, usted nos acompañará, Allan.

-Encantado. -Se volvió cortésmente hacia Erienne-. ¿Sería tan amable de acompañarnos?

El deseo de patear las canillas de Allan tuvo que ser reprimido, y Claudia no pudo hacer otra cosa que atravesar a Erienne con una mirada penetrante. Debajo del ala ancha de su sombrero, los ojos de la señorita Talbot se entornaron amenazadores. La muchacha se percató de la advertencia.

-No... no puedo. -Erienne observó la sonrisa complacida que afloró a los labios de la mujer, y deseó poder borrársela con una respuesta diferente; pero no podía despilfarrar el dinero. Sin embargo, el permitir que la dama se creyera victoriosa en sus intentos por intimidar a su rival, era un amargo trago para su orgullo-. En realidad, debo regresar a casa. Mi familia estará esperándome.

-Pero su hermano está ahora en la posada -le hizo notar Allan- No puede usted negarse a acompañarnos.

-No... no. De veras, no puedo. -Al ver que los hombres esperaban impacientes una excusa plausible, Erienne se encogió de hombros y admitió-: Me temo que no tengo dinero.

Christopher no tardó en desechar el problema.

-Estaré encantado de correr con los gastos, señorita Fleming. -Ella le envió una mirada furibunda, pero los ojos de él brillaron desafiantes, retándola a aceptar-. Por favor, permítame invitarla.

Claudia era lo bastante inteligente como para saber que sería severamente criticada si expresaba en voz alta sus protestas. Probó, una vez más, con su mirada fulminante, exigiendo a Erienne, en silencio, que captara la advertencia, sin percatarse de
que precisamente esa mirada colérica decidiría a la otra muchacha.

-Gracias -murmuró Erienne-. Estaré encantada de acompañarlos.

Ambos hombres se adelantaron para ofrecerle sus brazos, transformando la sorpresa de Claudia en exasperación. La mujer se irguió indignada, pero se apaciguó al ver que Erienne claramente ignoraba el brazo de Christo her para tomar el de Allan.

Erienne no estaba muy segura de querer que Farrell la viera en compañía de Christopher, y sintió un gran alivio al descubrir que su hermano no se hallaba presente en el salón comedor. Pero, entonces, recordó la mañana en que Molly se había acercado al dormitorio del yanqui para brindarle placer, y lanzó una mirada inquieta a la escalera, temerosa de que la mujer estuviera ofreciendo a Farrell los mismos servicios.

De pronto, se percató de que Christopher la estaba observando y, cuando se volvió para mirarlo, las profundidades del Mar del Norte no podrían haber sido

más heladas que sus ojos azul-violáceos. Ella esperaba una mirada lasciva y burlona. En cambio, la sonrisa del hombre denotó compasión. Aun así, la idea de que él pudiera sentir lástima por ella o por algún miembro de su familia la enfureció y, silenciando su ira, se acomodó en la silla que Allan le estaba ofreciendo.

Christopher ayudó a Claudia a sentarse al otro lado de la mesa y él se situó entre ambas jóvenes, intensificando así la furia de Erienne. La cercanía de ese hombre era mortificante para su pasado, presente y, sin duda, futuro estado de ánimo.

A la manera de alguien habituado a ejercer la autoridad, Christopher ordenó los platos de todos y un vino suave para las damas. Pagó por adelantado, y Allan pareció complacido de concederle el honor. Al llegar el banquete, Claudia se dignó a quitarse, por fin, el sombrero; pero, antes de probar bocado, se arregló cuidadosamente la melena.

La puerta se abrió, y Erienne palideció ante la llegada de su padre. La joven estaba de espaldas a la entrada, y no se atrevió a girarse para mirarlo mientras caminaba airosamente hacia el mostrador. Avery arrojó el dinero para un ale y, al recibir su pichel, se apoyó sobre la barra para observar el salón mientras bebía. De pronto, escupió violentamente la cerveza, cuando sus ojos se toparon con Erienne y Christopher sentados a la misma mesa. Atravesó la habitación con paso tambaleante, atrayendo todas las miradas hacia si. Erienne lo oyó acercar se y el corazón le dio un vuelco. Avery estaba más allá de sus cabales y sólo podía ver el hecho de que su hija se hallaba en compañía de su enemigo más acérrimo. Sujetó violentamente el brazo de la joven y la arrastró fuera de la silla, frente a la sonrisa presuntuosa de Claudia, oculta tras un vaso de vino.

-¡Mocosa endiablada! ¡Cómo te atreves a salir a mis espaldas con este yanqui bastardo! -la regañó Avery con vehemencia-. ¡Te juro que ésta será la última vez que lo haces!

El alcalde levantó un puño con suficiente fuerza como para fracturar la mandíbula de su hija, y Erienne trató de protegerse, segura de que el golpe la alcanzaría brutalmente, pero, una vez más, su fiel protector salió en su defensa.

En un arrebato de cólera, Christopher se levantó de su silla y atrapó la muñeca de Avery, para apartarlo de la hija con violencia.

-¡Quíteme sus sucias manos de encima! -bramó el hombre corpulento, intentando liberarse, pero la poderosa mano del otro continuaba sujetándolo con firmeza.

La voz de Christopher sonó devastadoramente tranquila. -Le suplico que modere sus exabruptos, alcalde. Su hija ha venido aquí con que alguacil y la señorita Talbot. ¿Sería usted capaz de insultarlos con tan desagradable escándalo?

Como recién salido de las tinieblas, Avery se percató de la presencia de los otros dos sentados a la misma mesa. Con el rostro enrojecido, se apresuró a farfullar una disculpa, y Christopher lo soltó, refrenando el impulso de empujarlo. Le hubiera encantado ver al alcalde tirado por el suelo.

Avery volvió a asir el brazo de su hija y la arrastró hasta la puerta.

-Ahora, vete a casa y prepárame una buena comida. Yo regresaré cuando haya pro ado uno o dos manjares aquí.

Con lágrimas de humillación rodando por sus mejillas, Erienne corrió hasta su casa. Ahora deseaba no haber aceptado el desafío que había lanzado Claudia con

su mirar amenazante. Con la ignominia que había sufrido en la posada, le resultaría extremadamente difícil mantener la cabeza erguida frente a la arrogante mujer.

Luego, estaba otro asunto. Claudia llegaba a ser perversa en su desmedida ambición de ser proclamada la belleza sin par del condado del norte y, para alcanzar tal fin, utilizaba la lengua en difamar, injuriar o destruir, ignorando la verdad. Como un latigo, la lengua de esa dama tenía la habilidad de hacer a uno retorcerse en agonía. Erienne estaba segura de que, en los labios de esa mujer, su reputación sería vilmente desollada. Sin duda, Claudia pintaría una imagen tergiversada ante los ojos del yanqui.

-¿Qué me importa? -murmuró Erienne, acongojada-. Al fin y al cabo, Claudia y el señor Seton fueron ciertamente hechos el uno para el otro.

## CAPITULO 4

La vibrante luz de la mañana penetró a través de las ventanas del cuarto de Erienne y la sacó de un agitado sueño. La joven refunfuñó y hundió el rostro bajo la almohada: le desagradaba la idea de partir hacia Wirkinton en busca de otro pretendiente. Sabía que su padre no vacilaría en llevar a cabo su plan, en especial luego de haberla encontrado cenando con el yanqui en la posada.

Malhumorada, se levantó de la cama y caminó hacia la cocina. Sólo llevaba puesta una bata raída y temblaba de frío cuando atizó el fuego de la chimenea y colgó la enorme tetera de ara sobre las llamas. De un rincón del cuarto sacó una tina de coge que había pertenecido a su madre y encontró los últimos restos del jabón que Farrell le había comprado. Alguna vez, el muchacho había sido lo bastante considerado como para traerle regalos desde Wirkinton, Va, eso parecía haber sucedido siglos atrás. Cada día que pasma, su hermano se asemejaba más y más a su padre y olvidaba los sanos consejos de su madre.

Sólo en contadas ocasiones, se le permitía a Erienne traspasar los límites de Mawbry o sus alrededores y, aunque la razón del viaje era, indudablemente, muy poco atractiva, la joven decidió acicalarse con cuidado y lucir el mejor atuendo que tenía. En la ciudad portuaria, al menos, nadie estaría harto de verle el vestido de pana morado.

Como cualquier caballero decoroso, Avery dejó a su hija frente a la puerta de la posada, a fin de que ella aguardara la carroza, mientras él efectuaba una visita al bar. Acomodado en su lugar favorito, con un pichel de ale en la mano, el alcalde entabló una conversación con el posadero, sin esforzarse por bajar el tono de voz, al comentar las razones de su viaje a Wirkinton en compañía de su hija. Además del juego y la bebida, el ejercicio de sus cuerdas vocales parecía ser el mayor deleite de Avery. Enfrascado en tal placer, no advirtió la presencia de una alta figura que emergía desde la sombra de una maciza columna. La puerta de entrada se abrió y volvió a cerrarse, pero Avery no le prestó atención, mientras ávidamente aplacaba su sed.

La helada brisa matutina coqueteaba con los delicados bucles de Erienne y jugaba con sus faldas, al tiempo que coloreaba sus mejillas con un fresco tono rosado. De un recato riguroso y melindrosamente pulcra, la joven constituía un

espectáculo atractivo para cualquier hombre, y muchos de ellos detenían su marcha para volverse a observar su belleza con descaro. Aquél cuya compañía había sido vedada se detuvo un instante frente a la puerta de la posada, para admirar la encantadora y acicalada figura. El hecho de que la joven se hubiera convertido en una fruta prohibida para él, sólo servía para aumentar su interés.

Christopher avanzó hasta detenerse detrás de la dama. Erienne percibió su presencia, pero, creyendo que se trataba de su padre, tardó en reaccionar. Al volverse, sus ojos se toparon con unas altas y costosas botas negras y entonces se sorprendió. Levantó la cabeza y se encontró observando el rostro apuesto y sonriente del que no cesaba de acosarla.

Christopher la saludó con el sombrero y le sonrió con cortesía. Luego, entrelazó las manos detrás de la espalda y elevó los ojos al cielo, donde un rebaño de nubes lanudas brincaban al compás de la brisa del oeste.

-Un día bastante agradable para viajar -comentó—— Aunque sospecho que, más tarde, nos sorprenderá la lluvia. Erienne hizo rechinar los dientes, tratando de contener su irritación.

-¿Ha salido a devorar mujeres con los ojos, señor Seton? -En realidad, no es ése mi principal propósito esta mañana -respondió él con calma-. Aunque sería un tonto si ignorara semejante espectáculo.

Ella no pudo sino advertir el significativo brillo en los ojos del hombre, y preguntó de manera tajante:

-Entonces, ¿cuál es su principal propósito?

-Bueno, estoy aguardando la carroza para Wirkinton. Erienne apretó los labios para reprimir una acalorada réplica. Se sentía azorada ante tamaña coincidencia, pero, puesto que él estaba en todo su derecho, ella no podía oponerse. De pronto, avistó el caballo bayo del yanqui atado al poste, lo cual indicaba que el medio de transporte del hombre acababa de experimentar un precipatado cambio. Erienne sabía que él había salido del salón donde se encontraba su padre, y podía asegurar q$_u$e Christopher había oído algún intercambio verbal que lo había impulsado a viajar en carroza. La joven extendió una mano para señalar el animal.

-Usted tiene un caballo. ¿Por qué no lo monta? Christopher esbozó una sonrisa burlonamente simpática.

-Prefiero la comodidad de un coche para los viajes largos. Ella se mofó.

-Sin duda, usted oyó a mi padre comentar que viajaríamos a Wirkinton y se ha propuesto fastidiarnos durante el trayecto. -Señorita Fleming, le aseguro que debo atender un asunto de suma importancia en Wirkinton. -No le aclaró que todo lo referente a ella era de primordial importancia para él-. Si usted cree que no puede tolerar mi compañía, le sugiero que se quede en casa. Yo no lo forzaré a,partir.

-Nosotros también tenemos que arreglar unos asuntos en Wirkinton -declaró ella, levantando el mentón con altivez. -¿Otro pretendiente, quizá? -preguntó Christopher amigablemente.

-Usted... ¡Ah! -El intenso rubor de sus mejillas, que nada tenía que ver con el viento, expresó una rápida respuesta-. ¿Por qué no nos deja en paz?

-He hecho una inversión en su familia. Sólo busco lo que es mío o, al menos, alguna recompensa, si acaso la deuda no llegara a saldarse.

-Ah, sí, la deuda -dijo ella con desdén-. El dinero que usted le quitó suciamente a mi padre.

-Querida, yo no tengo necesidad de trampear a nadie. Enenne pateó el piso con furia.

-Señor Seton, puedo ser cualquier cosa, ¡pero no soy su querida!

Una suave risa reveló el deleite de Christopher.

-Usted es lo más digno de querer que he visto en mucho tiempo. -Sus ojos verdes recorrieron el cuerpo de la joven, deslizándose sobre sus redondeados pechos y su delgada cintura, hasta llegar a los pequeños zapatos negros que aparecían por debajo del vestido. Erienne instantáneamente deseó haber soportado la incomodidad de su pesada capa de lana, en lugar de dejarla junto a su bolso, ya que el cuidadoso escrutinio de ese hombre no le dejaba una sola curva sin tocar. De hecho, esa atenta mirada masculina parecía arrancarle cada una de sus ropas. Cuando los ojos verdes volvieron a toparse con los de ella, sus delicadas mejillas brillaban con indignación-. En efecto. -Christopher sonrió-. Es usted muy dulce y, sin duda, deseable.

-¿Suele usted desvestir a las mujeres con los ojos? -inquirió Erienne en tono severo.

-Sólo a aquéllas a quienes deseo.

En un arrebato de ira, Erienne se giró y trató de ignorarlo, pero la tarea le resultó imposible. Ese hombre era tan fácil de
desechar de la mente, como un hambriento jaguar de la espalda. Sin embargo, había una forma de protegerse de esa implacable mirada. Tomó la capa y se la extendió sobre los hombros, amenazando silenciosamente a Christopher con los ojos, cuando él se acercó a mudarla.

Christop er se alzó de hombros y se apartó, con una sonrisa en los labios. Concentrada en atar las cintas de su capa, Erienne no advirtió la cercanía del hombre, hasta que él le susurró al oído, provocándole una tibia, electrizante sensación.

-Huele usted como un jazmín en una noche de verano. Erienne se cubrió la cabeza con la capucha, por temor a que él notara su turbación. De ahí en adelante, permaneció en silencio, hasta que la carroza se detuvo delante de la posada. El cochero se apeó, se frotó los labios secos, y anunció a los pasajeros del vehículo que harían un breve descanso. Luego, se volvió y caminó con paso decidido hacia el salón comedor. Un sujeto corpulento y su compañero, alto y delgado, se abrieron paso entre la pareja de jóvenes, obligándolos a apartarse para no ser atropellados.

Cuando Erienne fue a coger su bolso, éste ya se encontraba en las manos de su adversario. La joven levantó las cejas con expresión reprobadora, pero Christopher aguardó con una sonrisa paciente y divertida, capaz de convertir la resistencia en una tonta, trillada farsa. Erienne lo ignoró deliberadamente y se levantó la falda para subir al vehículo, cuando sintió una mano masculina que la tomaba del codo para ayudarla en el ascenso. Christopher arrojó el bolso de la joven al portaequipajes y luego se alejó, forzando a Erienne a estirar el cuello al máximo, en un esfuerzo por averiguar adónde se dirigía, hasta que lo vio regresar conduciendo su caballo. La muchacha se apresuró a acomodarse una vez más en su asiento, recuperando su aire altivo, antes de que él pudiera advertir su interés. Luego de atar las riendas del animal ala parte trasera del portaequipajes, Christopher se subió al carruaje, para tomar asiento directamente enfrente de la dama.

Los otros pasajeros, tras haber satisfecho su sed y sus diversas necesidades, regresaron en tropel a la carroza. Avery fue el último en salir de la posada y, con un estado de ánimo festivo, brincó hasta la portezuela del vehículo. Sin embargo, apenas reconoció a su companero de viaje, se congeló. Sumamente irritado, pataleó y refunfuñó, hasta que, por fin, sin ninguna alternativa, se sumó al pasaje. Se sentó junto a

su hija y le echó una mirada fulminante, evidenciando así su sospecha de que ella había invitado al bellaco.

Las ruedas chapotearon en un enorme charco mientras el coche giraba para tomar el camino, y Erienne se apoyó contra el respaldo para protegerse de las continuas sacudidas. El paisaje de la campiña no logró atraer su atención, ya que la presencia de Christopher Seton se había apoderado de su mente. La implacable mirada de ese hombre no cesaba de rozarla cálidamente. Una sonrisa iluminaba sus ojos verdes y sus labios viriles. Ni aun la presencia de su padre parecía molestarle, ni le inmutaba su ceñuda expresión, que se acentuaba progresivamente, ante la cuidada atención que el yanqui le dispensaba a su hija.

Los otros viajeros estaban encantados con la compañía de Christopher, quien les hablaba y reía con ellos sin reserva. Les relataba historias y experiencias recogidas en sus múltiples viajes ydescubría sus blanquísimos dientes al narrar sus anécdotas más humorísticas. A su lado, el hombre corpulento festejaba sus bromas con regocijo, pero la furia de Avery se acentuaba con la más efímera de las sonrisas.

Forzada a observar, Erienne tuvo que admitir, aunque sólo para sí, que el yanqui poseía el encanto, el ingenio y los modales necesarios para desenvolverse con soltura en compañía de cualquiera. De hecho, representaba tan bien el papel de caballero, que podría haber sido el autor del libro de normas hidalgas. Aun así, Erienne tenía el presentimiento de que el hombre sería capaz de comportarse con la misma naturalidad en medio de una tripulación de marineros obscenos y libertinos. El canalla parecía disfrutar de cada aspecto de la vida.

Bajo la sombra de unas largas pestañas, los ojos de la joven recorrieron cuidadosamente el cuerpo del yanqui. Sus imponentes hombros estaban cubiertos con una elegante chaqueta de color azul oscuro, y los calzones, de un claro tono de gris que combinaba con el chaleco, se adherían a los músculos de sus p.ernas. Una simple mirada bastaba para saber que se trataba de un caballero sumamente viril, incluso sin su refinado atuendo. Irritada, Erienne se percató de que, de ahí en adelante, aquel hombre pasaría a ser el modelo con el que tendrían que competir los siguientes candidatos que se acercaran a solicitar su mano.

A medida que el carruaje avanzaba hacia el sur, la muchacha comenzó a sentirse más relajada, casi complacida por los relatos y las bromas ocasionales del señor Seton. El viaje tenso y formal al que ella tanto había temido, se estaba convirtiendo en un paseo agradable, e incluso llegó a experimentar una leve desilusión cuando llegaron a destino.

Un pequeño letrero, que identificaba a la posada como «La Garra d el León», giraba sobre sus goznes, chirriando y aleteando, como un pájaro aturdido en medio de una fuerte brisa.

Avery mantuvo a su hija a su lado, mientras Christopher y los dance pasajeros se apeaban. Luego, bajó presuroso y llamó a la joven con nnpatienda. .

-No te demores, niña -le advirtió con rudeza. Inclinó el ala del sombrero contra el viento, y echó una mirada cautelosa a su alrededor, viendo cómo Christopher desataba las riendas de su caballo de la parte trasera del carruaje. Al recordar el incidente de la posada de Mawbry, Avery bajó la voz cuando decidió continuar-. El coche del señor Goodfield ya está aquí, aguardándonos, pero, antes de partir, tengo que reservar nuestras habitaciones en la posada. Así que será mejor que te apresures.

p La falta de entusiasmo de Erienne enfureció a su padre, y no bien la joven apoyó los pies sobre el suelo, él la tomó ferozmente del brazo y la condujo a empellones hasta el landó que los esperaba. La niña pataleó y rogó le fuera concedido algo de tiempo para

refrescarse, pero su padre ignoró todas las súplicas, temeroso de lo que ese yanqui maleante pudiera llegar a hacer si se demoraban. Tal vez, Avery tenía razón para preocuparse. Mientras acomodaba las riendas sobre el cuello del padrillo, Christopher no cesaba de observar la escena muy atentamente. En particular, advirtió la resistencia de la joven a subir al vehículo.

El cochero se acercó a la maletera y retiró la lona que protegía el equipaje. Con un gesto y una pregunta, Christopher dirigió la atención del hombre hacia el landó.

-Pues ese carruaje pertenece al señor Gocdfield. El comerciante más rico y más viejo de los alrededores -respondió el cochero-, primero, siga por esta ruta; luego, al llegar al cruce de caminos, doble al norte. No puede dejar de verla; es la casa mfs grande que jamás haya visto.

Como muestra de gratitud, Chrístopher deslizó una moneda en la mano del cochero, pidiéndole que bebiera un trago de ale a su salud. El hombre rió y le dio las gracias con profusión, saliendo luego disparado hacia la posada.

Erienne titubeó antes de subir al carruaje y se volvió, para encontrar los ojos verdes fijos en su persona. Christopher le reuna lenta sonrisa y la saludó cortésmente con el sombrero. very siguió la mirada de su hija, y se indignó al descubrir el objeto de la atención de la niña. La sujetó con fuerza del brazo y la empujó hacia el interior del vehículo, para luego regresar al otro coche a reclamar el equipaje.

-Deje ya de mirar a mi hija -le advirtió a Christopher con tono amenazador-. Tengo muchos amigos aquí que, con una sola palabra mía, pueden acabar con usted. Después de eso, ya no le quedarán ganas de mirar a ninguna mujer.

El joven devolvió la amenaza con una sonrisa tolerante. -A usted le cuesta aprender, ¿eh, alcalde? Primero, envió a su hijo y ahora, ¿me quiere atemorizar con sus amigos? Tal vez, ha olvidado usted que tengo un buque anclado en este puerto, con una tripulación que ha afilado los dientes luchando contra piratas y corsarios. ¿Acaso desea enfrentarse a ellos otra vez?

-¡Deje en paz a mi niña! -Avery arrastró las palabras a través de sus dientes.

-¿Por qué? -Christopher soltó una risita despectiva-. ¿Porque así usted puede desposarla a cambio de una buena fortuna? Yo poseo fortuna. ¿Cuánto pide por ella?

-¡Ya se lo dije! -rugió Avery-. Ella no es para usted, ¡no importa cuánto pese su bolsillo!

-Entonces, será mejor que salde su deuda, alcalde, porque no quedaré satisfecho hasta que lo haga. -Christopher montó su caballo y, con un suave taloneo, el animal salió al galope ligero, dejando atrás la mirada furibunda del alcalde.

Un abrumador sentimiento de depresión embargó a Erienne al ver, por primera vez, a Smedley Goodfield. Era una hombre anciano y arrugado, con el tamaño y el aspecto de un
enano enjuto. Su espalda encorvada y sus hombros deformes fueron un lastimoso recordatorio del sarcasmo que la joven había lanzado a Christopher. Fuera lo que fuera lo que ella había dicho entonces, ahora tenía la certeza de que Smedley Goodfield sería el último hombre del mundo que elegiría como esposo.

Poco después de llegar, su padre había sido alevosamente invitado a contemplar los jardines, sin ofrecerle ninguna otra alternativa al respecto. Por otro lado, Erienne fue llamada a sentarse en el sofá, junto a Smedley. Ella se negó y, en su lugar, escogió una banqueta frente a la chimenea. No obstante, pronto descubrió que, con esa actitud, sólo había logrado invitar al anciano a acompañarla. No bien él se sentó a su lado, la joven

tuvo que luchar para impedir que las manos deformes invadieran la intimidad de sus ropas. En su torpe ansiedad, Smedley le des

ró el corpiño del vestido y, a juzgar por lo recatado del escote, acciones del viejo no aparentaban ser accidentales. Ante semejante ultraje, Erienne se deshizo de aquellas huesudas manos y se puso de pie, tratando de sujetarse el corpiño, al tiempo que se cubría con la capa.

-¡Me marcho, señor Goodfield! -Se esforzó por no levantar la voz-. ¡Que tenga un buen día!

Su padre se encontraba caminando ansiosamente por el ves

tíbulo, cuando la vio salir hecha una fiera. Se produjo una breve disputa cuando él trató de forzarla a regresar a la sala.

-¡No permitiré ninguna de tus malditas impertinencias! ¡Yo decidiré cuándo nos marchamos! -gruñó, hundiéndose el pulgar en el pecho-. ¡Y eso no ocurrirá hasta que hayamos arreglado el asunto de tu casamiento!

El rostro de Erienne se convirtió en una rígida máscara, mientras ella luchaba por reprimir la furia que la quemaba por dentro. Respondió a su padre de una manera lenta pero enfática.

j-¡El asunto ya está arreglado! -Respiró hondo varias veces, intentando serenarse-. Sólo atándome de ples y manos lograras retenerme aquí. Y, aun así, será mejor que busques alguna forma de silenciarme, porque gritaré tantos insultos contra ese viejo inmundo, que nos arrojará a ambos a la calle. Ya he tenido bastante de esas manos pegajosas y libertinas. -Se abrió la capa para mostrar su vestido desgarrado-. ¡Mira lo que ha hecho! Era mi meor vestido, y lo ha destrozado.

-¡El te comprará diez trajes más! -gritó Avery con desesperación. No podía permitir que la joven se marchara, no cuando estaba en juego su libertad. ¿Qué importancia podía tener un vestido desgarrado cuando el hombre deseaba casarse con ella? La mocosa sólo lo estaba poniendo difícil-. Si te retiras de esta casa, te advierto que tendrás que marcharte a pie. El señor Goodfield tuvo la amabilidad de mandarnos a buscar en su carruaje, y no tenemos otra forma de regresar.

Erienne levantó el mentón y caminó decidida hacia la puerta. -Tal vez, tú aún no estés dispuesto a partir, padre, pero yo sí.

-¿Adónde vas? -inquirió Avery .

-Tal como te he dicho -respondió ella por encima del hombro-, ¡me marcho!

Avery se encontró en un dilema. No se le había ocurrido que su hija pudiera partir sin él; al menos, no en un lugar desconocido. Comenzó a abrigar la sospecha de que la joven sólo estaba intentando probarlo y, en realidad, no tenía intención de marcharse sola. Soltó un resoplido burlón. Le demostraría a esa mocosa que él era un hombre de palabra.

-Tendrás que regresar a la posada sin mí, niña. Yo me quedaré con el señor Goodfield...

La puerta se cerró en su cara, dejándolo balbuceando con asombro. Estaba a punto de seguir a la insolente para arrastrarla de regreso a la casa, cuando el bastón de Smedley golpeó impenosamente el suelo, exigiéndole atención. Avery caminó inquieto hacia el sonido, mientras intentaba encontrar alguna excusa que explicara la actitud de su hija y apaciguara el ultrajado orgullo del comerciante. Nunca antes se habían agitado tanto los pensamientos de Avery en un lapso tan breve.

Erienne caminó por el sendero que la alejaba de la mansión del comerciante. Su mente estaba alborotada y su cuerpo, rígido por la furia que sentía. Había soportado las

atenciones de un interminable desfile de candidatos provenientes de todos los rincones de Inglaterra. Había tolerado el hecho de que su padre juzgara a los pretendientes de acuerdo con su fortuna v su disposición para cancelar las deudas. Había aceptado ser utilizada como medio para sosegar a los acreedores del alcalde, ansiosos por recuperar su dinero. Pero complacer a un anciano decrépito por temor a ofenderlo... ¡Eso era demasiado!

Sintió un hormigueo en todo el cuerpo cuando recordó las garras de los numerosos candidatos y sus interminables picardías: un roce accidental sobre sus senos, una caricia furtiva sobre sus muslos, una descarada presión de caderas contra su trasero, y unos burlones ojos lascivos como respuesta a sus miradas furibundas.

De pronto, se detuvo, cerrando las manos en un puño y haciendo rechinar los dientes. Sabía muy bien lo que le depararía la tarde si regresaba a «La Garra del León». Su padre llegaría lloriqueando, en compañía de Smedley Goodfield, y la forzaría a acordar un arreglo compatible con el comerciante. Desde luego, Smedley se sentaría a su lado para manosearla y aprovecharía cualquier oportunidad para acariciarle las caderas o acercársele con su sonrisa ladeada y susurrarle al oído algún comentario libidinoso. Luego, cacarearía con júbilo ante la reacción horrorizada de la muchacha o, si ella no se inmutaba, interpretaría su calma como un estímulo para proseguir.

Erienne se estremeció con repugnancia. Sabía que su padre temía a la prisión de deudores, y ése era el último lugar donde ella deseaba verlo. Pero también sabía que ya no podría seguir rebajándose de la manera en que él pretendía.

Su pánico se tornó aún más intenso cuando imaginó al anciano comerciante, aguardándola en la posada con su sonrisa nerviosa, congraciadora. Volvió a pensar en ese rostro enjuto, esos ojos colorados e inquietos, esa mano huesuda y salvaje que le había desgarrado el vestido con atolondrado frenesí...

De pronto, divisó un monolito de piedra con una flecha que indicaba el camino hacia Mawbry, y una idea comenzó a gestarse en su mente. Wirkinton y «La Garra del León» se encontraban a sólo unos pocos kilómetros hacia el sur. El viaje a Mawbry sería

largo; la caminata le llevaría todo el resto del día y parte de la noche. El viento no cesaba y el aire se tornaba cada vez más helado, pero ella llevaba puesta su capa más gruesa y no había nada en la posada que le fuera indispensable. De hecho, su equipaje no sería más que una carga y, si regresaba, sería carnada tierna para las aficiones de Smedley Gocdfield.

Erienne tomó la decisión, y el deseo de llegar a Mawbry antes de medianoche la impulsó a apresurar la marcha. Sus zapatos no eran adecuados para caminar sobre el ripio y, a menudo, tenía que detenerse para retirar las piedras. Aun así, tras una hora de caminata, se sintió complacida y no se arrepintió de haber evitado otro encuentro con Smedley. Sólo cuando unas nubes comenzaron a oscurecerse y a arremolinarse, le asaltó el primer asomo de duda. Una incidental gota de lluvia la golpeo en el rostro y, con la fuerza del viento, la capa se enrolló alrededor de sus piernas y pareció empeñada en impedirle el avance.

Erienne trepó obstinadamente otra colina, pero, al llegar a la cresta se detuvo, cuando encontró dos caminos que se unían para lucio abrirse en direcciones opuestas. Ninguno le resultaba familiar, Y la posibilidad de tomar el camino equivocado debilitó su confianza. Poco a poco, las nubes se convertían en una masa desordenada, confusa, que ocultaba el sol y, con él, todo indicio que pudiera señalarle el camino. .

Tembló al recibir los azotes de un viento cada vez más frío, pero el aire helado le reveló su proveniencia: sonrió con determinación y retomó la marcha por lo que esperaba fuera el camino hacia el norte.

-¡Casamiento! -se burló en voz baja. Estaba comenzando a detestar la palabra.

Se inclinó para quitarse otra piedra del zapato, pero, al mirar accidentalmente por encima del hombro, se detuvo y comenzó a enderezarse con lentitud. Detrás de ella, sobre la colina, dibujado en el horizonte como un malvado brujo rodeado de vapores negros y turbulentos, había un hombre montado en un caballo oscuro. El viento azotaba su capa, dándole alas a su fi
y, al observarlo, Erienne sintió un terror súbito y arre
tador. Había oído múltiples historias de asesinatos y estupros
ocurridos en las rutas y caminos de Inglaterra del Norte, de bandidos que despojaban a sus víctimas de fortuna, virtud o vida, y estaba segura de que este hombre constituía una amenaza para ella.

Erienne comenzó a retroceder, y el extraño puso al trote su corcel. El brioso animal corveteó de costado durante un instante, brindando a la joven una clara visión de ambos. Erienne contuvola respiración, y su ansiedad pronto se desvaneció, cuando reconoció al magnífico, brillante potrillo y al hombre que lo montaba.

¡Christopher Seton! La sola mención de ese nombre le hizo hervir la sangre con indignación. Sintió una necesidad imperiosa de gritar. De todos los hombres del mundo, ¿por qué tenía que ser él el que había trepado a la colina?

La joven intentó apartarse del camino y Christopher apresuró el galope de su caballo. El potro era ágil y no tardó en acortar la distancia entre ambos, levantando nubes de polvo, mientras seguía a la niña a través de la suave hierba que se extendía al costado de la ruta. Erienne trató de esquivar al perseguidor, levantándose las faldas por encima de las rodillas para correr en dirección opuesta. Christopher se apeó del caballo y, con sólo dos largas zancadas, llegó hasta la muchacha y la tomó entre sus brazos.

-¡Suélteme, asqueroso patán! ¡Suélteme! -Erienne pataleó y golpeó el imponente pecho masculino en un frenético esfuerzo por liberarse.

-¡Quieta, muchachita atrevida, y escúcheme! -le ordenó él con tono severo y ofuscado-. ¿Acaso no comprende lo que podría sucederle en esta ruta? Las bandas de pillos y asaltantes que merodean por estos lados la verían a usted como un exquisito bocado. La usarían para entretenerse una o dos noches... si acaso lograra sobrevivir. ¿No se le ha ocurrido pensarlo?
Erienne rehusó a aceptar la lógica advertencia, y sacudió la cabeza.
-Insisto en que me suelte, señor. -Sólo cuando esté dispuesta a razonar. Ella le lanzó una mirada fulminante. -¿Cómo ha sabido dónde me encontraba? Los ojos verdes brillaron con desenfado.
-Su padre y ese despojo humano fueron a buscarla a la posada. El alcalde se enfureció al no encontrarla. -Christopher soltó una breve carcajada-. Después de ver a Smedley, supuse que usted había decidido escapar, antes de soportarle de nuevo, y estaba en lo cierto. Dejó usted una clara serie de huellas en su prisa por huir.
-Es usted un engreído, señor Seton, si cree complacerme con su protección o su compañía.
-No necesita ser tan formal, Erienne -bromeó él con una sonrisa pícara-. Puede llamarme Christopher, o querido, o mi amor, o cualquier otro apodo cariñoso que le parezca adecuado. Los ojos de Erienne lanzaron chispas de indignación.
-Mi deseo -dijo con voz tajante- es ser liberada en este instante.
-Como guste, milady. -Christopher retiró el brazo con el que sostenía las rodillas de la joven, de manera que las piernas de ella se deslizaron sobre sus firmes contornos. El contacto con ese cuerpo hizo estremecer a Erienne y, en seguida, visualizó la imagen de un hombre desnudo, bañado conos rosados rayos del sol naciente.
-¡Quíteme las manos de encima! -le ordenó, tratando de ocultar el rubor de sus mejillas. Ninguna dama pundonorosa sería capaz de permitir que semejante imagen echara raíces y floreciera en su mente-. No necesito la ayuda de nadie para mantenerme en pie.
Christopher la tomó de la cinturay la depositó sobre un peñasco que se levantaba a un costado del camino.
-Quédese aquí-le dijo-, hasta que regrese con mi caballo. -No soy una niña para que me esté dando órdenes -protestó ella-. ¡Soy una mujer madura!
Él enarcó una ceja y la estudió con detalle. Los ojos verdes parecieron quemar a Erienne, aun debajo de su gruesa capa. -Bueno, ésa es la primera verdad que le oigo decir.
La joven se sonrojó y se envolvió con la prenda.
-¿Al uien le ha dicho alguna vez lo detestable que es?
Los bancos dientes de Christopher brillaron detrás de una sonrisa ladeada.
-Hasta el momento, mi querida, cada uno de los miembros de su familia.
-Entonces, ¿por qué no nos deja en paz? -preguntó ella con rudeza.
Él rió, se alejó para recoger las riendas de su caballo y comentó por encima del hombro:
-Como están las cosas, Erienne, estoy comenzando a pensar que su padre nunca logrará desposarla. -Condujo el potrillo hasta donde se encontraba la joven-. Sólo me gustaría asegurarme de que no voy a perder totalmente mi dinero.

-¿De veras piensa que tiene algún derecho sobre mí? -preguntó ella con tono despectivo-. ¿Como el derecho de fastidiarme y atormentarme con su presencia?

Christopher se encogió de hombros.

-Tengo tanto derecho como cualquiera de los otros candidatos. De hecho, con las dos mil libras que me debe su padre, probablemente tenga más. Me pregunto si alguno de sus gallardos admiradores accederá a desprenderse de esa suma. -Dejó escapar una risita burlona-. Tal vez, hasta lleguen a colocarla a usted sobre una plataforma, para que cada uno pueda hacer sus ofertas. Eso, sin duda, ahorraría a su padre mucho tiempo p esfuerzo en su búsqueda de un esposo magnánimo para su hija.

Erienne abrió la boca para expresar su objeción ante semejante sugerencia, pero fue silenciada abruptamente, cuando él la alzó entre sus brazos y la depositó sobre la montura de su caballo. Luego, montó detrás de ella, sin darle otra alternativa a la joven más que aceptar la compañía del yanqui.

-¡Esto es ultrajante, señor Seton! -exclamó ella, ofuscada-. ¡Haga el favor de bajarme!

-Por si no se ha dado cuenta, cariño, estamos a punto de empaparnos -le dijo con calma, al tiempo que las primeras gotas del luvia comenzaban a mojarlos-. Puesto que no puedo dejarla aquí sola, tendrá que venir conmigo.

-¡Yo no iré a ningún lado con usted! -gritó Erienne. -Pues yo no estoy dispuesto a permanecer aquí, bajo la lluvia, mientras discuto con usted. -Taloneó al potrillo y el animal arrancó a todo galope, silenciando las protestas de la joven. Ella comenzó a chocar contra el robusto pecho del hombre y, por su bien, tuvo que acceder a que él la rodeara con su brazo. Aun cuando le hubiera agradado *resistirse, se* sentía agradecida por la protección que *le* brindaban los poderosos brazos de ese hombre. La lluvia no tardó en penetrar a través de su capa y empaparle el corpiño desgarrado de su vestido. Erienne levantó los ojos hacia el cielo, pero las enormes gotas le hicieron volver el rostro para buscar refugio en el imponente pecho de Christopher. El la miró y la cubrió con su propia capa para protegerla, pero, en el siguiente instante, todo el torrente de agua pareció desatarse sobre ambos. Ráfagas heladas cayeron sobre ellos, empapándoles la ropa hasta congelarlos. El viento y la lluvia no cesaban, azotándolos desde todos los ángulos.

De pronto, a través de la densa cortina de agua, divisaron la inconfundible figura de un edificio que se levantaba en la distancia. Christopher aceleró la marcha de su corcel para cabalgar, por entre los árboles, en dirección a la casa. Los troncos desnudos no los protegían de la tormenta, sino que se precipitaban sobre ellos, arrebatándoles las vestiduras, como si quisieran impedirles el paso.

A medida que se acercaban, la confusa figura se convertía en un viejo establo abandonado. A su lado se levantaba una cabaña destruida que, al carecer de techo, no parecía *proveer* refugio ni a las criaturas más pequeña*s.* Las puertas del establo se encontraban abiertas, y una de ellas pendía de una vieja bisagra oxidada. A pesar de su lamentable estado, el granero ofrecía bastante más protección que la cabaña.

Christopher se apeó del caballo frente al edificio y extendió los brazos para alzar a Erienne. El viento abultaba la capa de la joven, enviando una ráfaga de aire helado que penetraba a través e su empapado vestido. Ella tembló

incontrolablemente, mientras él la llevó al interior del establo. Luego de depositarla en el suelo, echó una mirada a su alrededor.

-No es tan acogedor como «La Garra del León», pero, al menos, nos servirá de refugio para protegemos de la tormenta --declaró. Se quitó la capa mojada y miró a la joven, enarcando una ceja con expresión curiosa-. Parece usted un conejo empapado.

Erienne alzó el mentón con arrogancia y le lanzó una mirada helada. Un violento temblor le impidió responder con suficiente encono, pero, aun así, hizo el intento:

-S-supongo que cr-cree que Claudia se vería me-mejor en un mo-momento así.

Christopher rió al imaginar a Claudia tratando de lucir elegante bajo su fino sombrero de ala ancha chorreándole sobre el rostro.

-No debe sentir celos de ella -respondió con naturalidad-. Fue a usted a quien perseguí hasta Wirkinton.

-¡Ajá! Ent-entonces lo ad-admite. -Desde luego.

Erienne lo miró estupefacta, sin poder encontrar ni una réplica ante tan súbita confesión.

Christopher soltó una leve risa y se volvió, para conducir al potrillo hacia el interior del establo. Erienne se acurrucó, envuelta en sus ropas empapadas, y él abrió su redingote y se lo arrojó para cubrirla. Luego, se volvió para desensillar al caballo y le aconsejó por encima del hombro:

-Será mejor que se ponga eso antes de que pesque un resfriado.

Ella se cubrió con su propia capa y volvió el rostro. No deseaba herir su orgullo, descubriendo su vestido desgarrado. -Ahórrese sus galanterías, señor Seton. No me interesan en absoluto.

fru cídostopher volvió la cabeza para mirarla con el entrecejo -¿Está tratando de convencerme de que es usted una tonta? -Tonta o no, no me pondré su abrigo.

-Sí lo hará -declaró él de manera tajante. Se quitó la capa y el chaleco y los arrojó sobre unas tablas-. Trataré de armar una fogata para que podamos secamos.

Se aseó por todo el establo, estudiando los enormes agujeros del techo. Sin lugar a dudas, contaba con una variada selección de chimeneas y un buen suministro de leña; sólo faltaba encender el fuego. A ese fin, la yesquera que llevaba consigo sería suficiente.

Sin poder controlar el temblor de sus piernas, Erienne se arrodilló lentamente sobre el suelo. Podía ver los movimientos de Christopher, que no cesaba de juntar y cortar leña para la fogata, pero la idea de un fuego tibio le parecía muy distante. Se sentó, apesadumbrada, con el cabello empapado chorreando sobre su espalda. Sus manos y mejillas estaban entumecidas y su nariz, rola y congelada. Incuso sus zapatos se hallaban empapados.

Cuando vio la primera llama ardiendo en la oscuridad, se encontró demasiado helada y aterida como para aproximarse al calor. Tembló incontrolablemente, hasta que Christopher se le acercó.

Ella mantuvo la mirada gacha, demasiado cansada para seguir luchando contra ese hombre y, quizá más pertinentemente, demasiado temerosa para deslizar los ojos sobre los ceñidos calzones mojados que atrapaban su masculinidad.

-¿No quiere acercarse al fuego? -preguntó él con dulzura. Erienne sacudió la cabeza, tan entumecida por el frío, que no logró pronunciar una respuesta. Tenía su orgullo, y prefería que la consideraran porfiada antes que débil. No tuvo en

cuenta que Christopher, Seton no era un hombre que se dejara vencer tan fácilmente. El se inclinó para levantarla y luego la alzó entre sus poderosos brazos. Ella balbuceó una protesta a través de sus dientes apretados, temerosa de convertirse en una masa temblorosa si intentaba hablar. A pesar de su débil negativa, los brazos de Christopher continuaron brindándole tibieza y protección. Un instante después, él la depositó junto al fuego y comenzó a desatarle las cintas de la capa. Aterrorizada, Erienne se aferró a la prenda y trató de apartarse, al tiempo que sacudía violentamente la cabeza.

-¡N-no! ¡Déjeme en paz!

-Si usted misma no se ayuda, Erienne, alguien más tiene que hacerlo.

Apartó las manos de la joven y le des ptendió laca a, para luego arrojarla al piso. Observó con asombro los deshilachados jirones del vestido, que revelaban los delicados, pálidos senos, apenas cubiertos por la tela mojada de la enagua. Erienne unió ansiosa los pedazos desgarrados del corpino, resistiéndose a encarar la mirada inquisidora de Christopher.

-Puedo comprender el anhelo desenfrenado de Smedley -le dijo con tono irónico-. Pero, ¿la ha lastimado?

-¿Acaso eso podría importarle? -preguntó ella, azorada ante el encono de Christopher.

-Claro que sí -respondió él con brusquedad-. Todo depende de si su padre puede pagar sus deudas o no. Además, he adquirido el hábito de acudir en su rescate y, puesto que, al parecer, necesita usted con frecuencia mis servicios, no tengo intenciones de detenerme justo ahora.

Sin más preámbulo, la hizo volverse y, para el horror de la joven, comenzó a desprenderle el vestido. Ella luchó con violencia para sujetar el corpiño sobre su pecho, mientras trataba de apartarse. El corsé presionó sus senos, hasta que casi escaparon por encima del escote de la enagua, y entonces Erienne supo que, sin el vestido, nada podría protegerla de esos curiosos ojos verdes.

Christopher era más resuelto... y mucho más fuerte. El vestido y el corsé pronto cayeron a los pies de la muchacha. Sólo entonces, logró Erienne recuperar su libertad.

-¡Déjeme en paz! -exclamó, alejándose del fuego. Trató de cubrirse con las manos, ya que la enagua húmeda se había convertido en una película transparente que modelaba las curvas de su femenina figura.

Christopher la siguió, para envolverle el tembloroso cuerpo con su redingote.

-Si pudiera ver más allá de su bonita nariz, se daría cuenta de que sólo estoy tratando de ayudarla. -La estrechó con fuerza entre sus brazos-. A pesar de su furia, está tan fría y tan pálida como un témpano. -Sus ojos verdes brillaron al mirarla-. Y, como le dije antes, debo proteger mi capital.

-¡Es usted un salvaje! ¡Un bribón! -bramó ella, indignada. Él se rió.

-Sus apodos me cautivan, cariño.

La sentó junto al fuego y luego se arrodilló para quitarle los zapatos. Erienne ahogó una exclamación de asombro, cuando las manos masculinas se deslizaron por debajo de sus enaguas para desprenderle las ligas. A pesar de sus denodados esfuerzos, él le quitó las medias y las apoyó sobre una piedra junto a la fogata.

-Sería un placer para mí despojarla también de la enagua --dijo Christopher con una sonrisa diabólica-. Por lo tanto, debe agradecerme el que le haya permitido conservar algo de su recato.

-No vaya usted a pensar que es mejor que el señor Goodfield -le advirtió ella con furia. Aunque ya comenzaba a sentir más calor y podía hablar con mayor claridad, la ira le impedía experimentar la mínima porción de gratitud-. Me ha arrastrado hasta este lugar desértico para imponer su voluntad. Créame, señor, ¡mi pare se enterará de esta ofensa!

-Como usted quiera, Erienne, pero le advierto que no logrará amedrentarme con amenazas de su familia. Además, lo que estoy haciendo es por su propio bien. Si desea que alguien resulte herido debido a su obstinado orgullo, entonces, usted tendrá que cargar con las culpas, no yo.

-Supongo que cuando hirió a mi hermano, también lo hizo por su propio bien.

Christopher soltó una breve risa.

-Su hermano sabe muy bien lo que sucedió. Pídale que se lo cuente. O puede preguntárselo a los testigos que asistieron al duelo. No necesito defenderme ante usted, ni ante ningún otro miembro de su familia.

-Y, desde luego, usted es el pobre inocente. Por mi bien, señor Seton, no puedo creer semejante cosa.

Los ojos de Christopher brillaron bajo la luz del fuego cuando esbozó una sonrisa.

-Nunca he dicho que fuera un inocente, cariño, pero tampoco soy un perverso villano.

-De ser así, yo no esperaría que lo admitiera -replicó ella con frialdad.

-Soy una persona bastante honesta. -La cautivante sonrisa regresó a sus labios y se tornó aún más amplia cuando ella lo miró con expresión incrédula-. Pero, claro, hay momentos en que es necesario ocultar la verdad.

-¿Está tratando de decirme que miente cada vez que se le antoja?

-No es eso en absoluto lo que intento decirle.

-Pues entonces, explíquemelo -lo instó ella, lanzándole una mirada helada.

-¿Por qué habría de hacerlo? -se mofó Christopher con una sonrisa en los labios-. De todos modos, no me creería. -Tiene usted razón. Jamás creería una sola palabra suya. -Entonces, le sugiero que trate de dormir. Pasaremos aquí toda la noche, y no veo razón para seguir molestándola con mis mentiras.

-¡Yo no me uedaré en este lugar! ¡No con usted! -Sacudió la cabeza con violencia-. ¡Nunca!

El la observó con una expresión medio reprobadora, medio sonriente.

-¿Acaso prefiere regresar a la tormenta?

Erienne se volvió, rehusándose a responder. No deseaba abandonar el confort de ese refugio, pero tampoco podía confiar en ese hombre. El solo verlo bastaba para prevenirla. Sólo le faltaba un arete en la oreja para convertirse en un pirata bravucón. La camisa blanca abierta hasta la cintura revelaba el firme, musculoso pecho con su ensortijado vello. Con sus hombros anchos y su cintura delgada, su sonrisa diabólica y su cabello oscuro, cayéndole húmedo sobre el rostro, podría haber representado al bucanero más apuesto.

-Puesto que se niega a responderme, debo dar por sentado que ha decidido quedarse. ¡Bien! -Su tono burlón se tornó más evidente cuando ella le lanzó una mirada fulminante-. Si cesa la lluvia durante la noche, veré si puedo llevarla a casa antes del amanecer. Dado que su padre se encuentra aún en Wirkinton y su hermano, probablemente, esté durmiendo otra de sus borracheras -se abstuvo de hacer cualquier comentario acerca de Molly-, nadie tiene por qué enterarse de que usted ha pasado la noche aquí, conmigo.

-¡Cómo se atreve usted a difamar a Farrell! -Unas chispas de indignación brillaron en los ojos de Erienne- ¡Cómo se atreve!

-No debe sentirse insultada, cariño -dijo él con una sonrisa--. No sería capaz de juzgarla a usted por los vicios de su hermano.

-¡Es usted un sinvergüenza! ¡Un verdadero sinvergüenza! ¡Farrell no sería así si usted no le hubiera disparado!

-¿De veras? -Christopher la miró con expresión incrédula-. Según los rumores que he oído, su hermano ya había tomado un mal camino antes de conocerme.

Recogió las ropas de Erienne y comenzó a extenderlas junto al fuego. Cualquier protesta por parte de la joven fue silenciada por sus movimientos, puesto que se le veía muy familiarizado con los intrincados detalles de las prendas. Avergonzada, ella se acurrucó en un ovillo y se cubrió con el redingote hasta el cuello. Transcurrió un largo rato antes de que lograra calmar su irritación. Permaneció inmóvil, exhausta, contemplando el chisporroteo de las llamas, hasta que los párpados comenzaron a pesarle y sus fuerzas la abandonaron, para dar paso a un profundo sueño.

Erienne se despertó sobresaltada con la molesta sospecha de que la estaban observando, y sintió un leve pánico al no poder reconocer los alrededores. Una vela bañaba el pequeño lugar con una tenue luz dorada, y el calor del fuego encendió sus mejillas.

Más allá de la luz, unas sombras oscilaban en un muro impenetrable de intensa oscuridad. Unos enormes tablones de madera rústica trazaban un dibujo desconocido sobre su cabeza, demasiado bajo y oscuro para formar parte de su propio dormitorio. Debajo de la áspera cobija que la cubría, sintió una tela húmeda adherida a su piel y, al pasarse la mano, recordó que se trataba de la enagua... la única prenda que Christopher Seton le había dejado, luego de despojarla del resto.

Todo le volvió a la memoria de repente, y se sentó boquiabierta, buscando al bellaco con los ojos. Lo encontró sentado con la espalda apoyada contra un poste, lo suficientemente cerca como para inquietarla. Los ojos verdes no dejaban de observarla y cuando bajaron ligeramente, ella les notó un significativo brillo, que le reveló su propio estado de semidesnudez. El redingote se le había deslizado hasta la cintura y, cuando bajó la mirada, advirtió con horror que ningún detalle de su pecho quedaba libre a la imaginación. Su pálida piel brillaba bajo la tenue luz del fuego y los delicados capullos rosados de sus senos presionaban contra la tela de la enagua. Anonadada, Erienne volvió a cubrirse con el abrigo.

-¿Cuánto tiempo ha estado usted allí, observándome mientras dormía? -le preguntó.

Una lenta sonrisa curvó los labios de Christopher. -Lo suficiente.

Ella no estaba de humor para juegos. -¿Lo suficiente para que.

Él la quemó con la mirada.

-Lo suficiente para llegar a la conclusión de que usted vale mucho más que cualquier deuda.

Erienne observó a Christopher sorprendida, sin percatarse de su propio aspecto, con el cabello desaliñado cayéndole sobre los hombros.

-Señor Seton, supongo que usted no me considerará una indemnización por una deuda impagada. Si es así, le diré que ha perdido una buena parte de razón.

-Si su padre logra lo que se propone, eso es exactamente en lo que se convertirá usted. Será comprada y vendida por una miseria.

-Yo no diría que dos mil libras son precisamente una miseria -se mofó ella-. Y, además, si no fuera por usted, yo no tendría que casarme. Al menos, no por una fortuna.

Christopher se encogió de hombros con naturalidad.

-Su padre no necesita buscar un esposo rico. Su compañía a cambio de dos mil libras es un trato justo para mí.

-¡Mi compañía! -Erienne rió cáusticamente-. Usted se refiere a la compra de una amante, ¿no es así?

-Sólo si usted lo desea, dulzura. Jamás he forzado a una dama.

-y sin duda, ha probado a muchas.

La sonrisa de Christopher fue tan serena como su voz. -Un caballero jamás revela sus secretos, cariño. Erienne sacudió la cabeza.

-Usted se valora demasiado.

-Mi madre hizo lo que pudo, pero yo también colaboré. -Su sonrisa se hizo aun más evidente-. Siempre he tratado de adaptarme a las circunstancias.

j-Quiere decir que ha logrado convertirse en un sinvergüenza por esfuerzo propio -dijo ella con firme convicción. -Sí, Erienne, pero nunca se aburrirá conmigo. Eso puedo urárselo.

La calidez de esa voz masculina sofocó las mejillas de Erienne, quien, al pronunciar las siguientes palabras, habló con sumo cuidado y lentitud, como si estuviera instruyendo a un alumno retrasado.

-Señor Seton, le estaría inmensamente agradecida si me llamara señorita Fleming.

Él soltó una carcajada grave y profunda.

-Creo que, después de compartir una cama y de pasar la noche juntos, podríamos tratarnos con mayor intimidad, al menos cuando estamos solos. Ahora, mi amor, me agradaría que considerara las múltiples ventajas de las que podría gozar si me permitiera ser su pretendiente. No soy tan anciano como mis antecesores. Soy fuerte y honesto. Jamás he osado abusar de las mujeres. -Ignoró la leve burla de la joven-. Y poseo suficiente fortuna como para vestirla a usted elegantemente, de acuerdo con su belleza. En cuanto a mi aspecto... -se señaló a sí mismo con la mano-, usted misma puede apreciarlo.

-Tengo la clara sensación de que me está usted haciendo una propuesta comercial, señor Seton -afirmó Erienne, irritada. -Sólo estoy tratando de que aprecie usted mis valores, mi amor.

-No lo intente. Sería una pérdida de tiempo. Yo siempre lo odiaré.

-¿En serio, mi querida? -Enarcó las cejas con expresión interrogante-. ¿Acaso me odia más que a Silas Chambers? ¿O mas que a Smedley Goodfield, quizás?

Ella volvió el rostro, sin atreverse a responder la pregunta. Creo que no. -El se contestó a sí mismo-. Sospecho que preferiría que un verdadero hombre diera calor a su cama, en lugar de uno de esos tontos decrépitos con quienes su padre pretende desposarla. Ellos han dejado atrás su juventud v, aunqu$_e$ se esfuercen por cumplir con los deberes íntimos de un esposo, es bastante improbable que logren hacer algo más que babear con impotencia.

Las palabras de Christopher tiñeron de brillante tono rosado las mejillas de Erienne.

-Cómo se atreve a insultarme con sus estúpidas proposiciones, como si fuera usted un espléndido regalo para la feminidad? Tal como le dije, señor Seton, Preferiría casarme con un ogro, ¡antes de compartir una cama con usted!

Christopher expresó su respuesta con voz sumamente calma y, sin embargo, tuvo en Erienne un efecto tan desgarrador como los alaridos amenazadores de su padre.

-¿Desea que le demuestre cuán insinceros son sus insultos? Ella se levantó, envolviéndose desesperadamente con el redingote. De pronto, sintió terror de encontrarse a solas con ese hombre y de lo que él pudiera hacer si se proponía ultrajarla. Sin embargo, decidió que no le daría el placer de verla acobardada por sus amenazas.

-Es usted muy arrogante, señor, si cree que alguna vez me arrojaría yo a sus pies, cautivada por sus encantos. Christopher se incorporó con un rápido y ágil movimiento. Al ver esa sonrisa seductora y ese imponente pecho semidesnudo, Erienne se percató de la tontería que había cometido al desafiara ese hombre. Él no había hecho más que declarar que no era un caballero, capaz de lograr todo lo que se propusiera. Y bien podría proponerse poseerla.

Ella retrocedió, sujetándose el abrigo sobre los hombros, mientras Christopher avanzaba con pasos deliberadamente lentos y una sonrisa diabólica en los labios. Al acercarse, sus botas pisaron el dobladillo del redingote, deteniendo abruptamente el retroceso de la joven. Erienne luchó por liberarse, pero él continuó avanzando, hasta que ella soltó el redingote y corrió hacia el otro lado del establo, profiriendo un desgarrador alarido. El frágil muro no le ofreció ningún refugio para protegerse contra el avance de ese hombre, y miró a su alrededor en busca de un arma, pero no logró encontrar nada útil a mano.

¡Apártese de mi! -Echó una mirada salvaje en derredor y pronto descartó la idea de esquivarlo. Tal como lo había demostrado en anteriores ocasiones, Christopher era tan ágil como fuerte. Se detuvo frente a ella, y sus imponentes hombros masculinos limitaron el mundo dula joven a un espacio oscuro y reducido. Erienne lo golpeó con furia, pero al intentar apartarlo,

sólo logró desprenderle la camisa. Él le apretó la cintura con sus poderosos dedos.

,.Orgullosa y tonta -le dijo con un tono burlón, al tiempo que la quemaba con los ojos.

Enenne trató de apartarse, pero él la estrechó con fuerza contra sí. Al siguiente instante, los labios de Christopher se apoderaron de los de ella con un beso ardiente. Su boca, exigente, implacable, se retorció sobre la de la joven para saborear lentamente su dulzura. Erienne intentó volver el rostro, temerosa de que su voluntad y su odio se derrumbaran ante ese ataque sensual. Se sintió atrapada en un torbellino de pasión, con la cintura fuertemente sujeta por el poderoso brazo de aquel hombre y sus delicados senos apretados contra el musculoso pecho. Christopher le deslizó la mano por la cadera, para atraerla hacia sí, hasta que ella no pudo dejar de advertir la evidencia de su fogosa pasión.

Cuando la boca de él descendió por su cuello, Erienne percibió que sus sentidos se enardecían en una bola de fuego que seguía las seductoras caricias de esos labios masculinos. No podía respirar, ni liberarse de los besos húmedos, acalorados. Sacudió la cabeza lentamente para expresar una débil negativa, deseando que él se detuviera antes de que ella llegara a consumirse. Luego, la boca de Christopher se posó sobre sus pechos, y contuvo el aliento, al recibir una arrolladora ola de calor que le quemaba sus tensos pezones. Con su recato

ultrajado, intentó apartarse, con la certeza de que desfallecería si no lograba detener a ese hombre. —Christopher... i no!

El soltó una breve risa y se apartó, dejándola en medio de una total confusión. Erienne se apoyó exhausta sobre la pared, tratando de recuperar el aliento. Se cubrió el pecho con las manos álo pudo mirarlo, como si ella, él y el mundo hubieran enloquecido. Ninguna tontería virginal podría borrar la maravillosa expresión de su rostro, ni apaciguar los caóticos latidos de su corazón.

-Conténtese con sus ancianos pretendientes, Erienne Flesi si es que puede. O afronte la verdad de lo que he dicho. Aturdida, Erienne observó como daba media vuelta y se di

rigía hacia el potrillo, que había comenzado a resoplar nerviosamente. Se sentía muy confundida por sus propias emociones. Lo que acababa de aprender con respecto a Christopher Seton eran como un ratón royendo el interior de un muro: amenaza de un peligro venidero, pero imposible de detener en el presente.

Chtistopher salió del establo y, durante un largo rato, esperó

en silencio. Giró la cabeza hacia uno y otro lado, para captar el más leve murmullo y, entonces, llegó: un sonido suave, confuso a lo lejos, como una sombra atravesando la quietud de la noche o como un lento golpeteo de cascos de caballo, sólo que mucho más suave, como si...

Regresó corriendo al establo y comenzó a recoger las ropas que se encontraban tendidas junto a la fogata.

-Vístase. Tenemos que marcharnos. Se acercan unos jinetes, puede que sean unos cuantos, y los caballos tienen los cascos cubiertos. -Le arrojó la ropa a la joven-. Dudo de que algún hombre honesto salga a cabalgar a esta hora de la noche y de esa forma.

Erienne obedeció presurosa y se estaba atando las cintas del corsé, cuando Christopher se le acercó y le apartó las manos para completar él mismo la tarea.

-Esto es lo menos que puedo hacer, milady --le susurró al oído.

Erienne reprimió su cólera en silencio, y se colocó el vestido. -¿Está seguro de que oyó a alguien acercarse? Christopher la cubrió con el re dingote, sin darle tiempo para abrocharse el vestido, y la empujó hacia el caballo. -Si duda de mí, ¡quédese! Pronto lo averiguará.

Erienne aceptó la respuesta or el momento y se hizo a un lado, cuando él cogió el cubo p madera ue había usado para dar de beber a su potrillo. Corrió hacia el fuego y lo extinguió; luego, echó tierra sobre las humeantes brasas hasta que quedaron totalmente apagadas y la oscuridad volvió a reinar en el destruido granero. Christopher cogió las riendas y arrojó las dos capas, su chaleco y su levita sobre la montura. Luego, sacó el potrillo del establo y lo condujo hacia un matorral que había a cierta distancia del camino. Erienne no se separó ni por un instante de la cola del animal, mientras se internaban en la tenebrosa oscuridad. Aguardaron en las sombras, hasta que el sonido amortiguado de cascos se acercó. Una voz grave gritó, y la banda se detuvo en medio del camino. Enseguida, un trío de jinetes dobló hacia el establo.

-Te digo que huelo a humo -insistió uno de los hombres en voz baja-. Y he cabalgado lo suficiente por este camino, como para saber que éste es el único lugar de donde puede provenir.

-Tu hombre ha desaparecido, y es inútil que lo busques en cada rincón o rendija. Has dejado que se te escapara de las manos, eso os lo que has hecho.

El jinete que había llevado la delantera se apeó del caballo,

entró en el establo y se detuvo junto a la puerta para echar una ndrada escudriñadora. Luego, regresó a montar su corcel.

-Si ha estado alguien, ya se ha marchado.

-Ahora, puedes descansar en paz, Timmy -gritó uno de los jinetes- Nadie se va abalanzar sobre ti en la oscuridad. -Cierra ya ese pico, desgraciado. Si he vivido todo este tiempo, ha sido por ser precavido, por eso.

-Regresemos con los otros --dijo el primer hombre-. Todavía nos queda un largo camino por delante.

Cuando los bandidos retornaron al camino, Erienne dejó escapar la respiración, que, hasta ese momento, había contenido inconscientemente. Agradeció que sus instintos la hubieran impulsado a seguir a Christopher, en lugar de permanecer en el granero. Mientras aguardaban que los jinetes se alejaran, se le ocurno que podría haber quedado a la merced de esos pillos si Christopher Seton no se hubiera encontrado a su lado.

Cabalgaron hasta Mawbry, atravesando la neblina húmeda y grisácea ue envolvía los páramos y las laderas rocosas. La bruma serpentea alrededor de añejos troncos de robles y cubría el zigzagueante camino, hasta hacerles creer estar nadando en un mar de densos vapores, apartado del mundo real.

Inquieta por la presencia del hombre que cabalgaba a sus espaldas, Erienne trató de sentarse erguida, pero el viaje era largo y se sentía agotada. El redingote le servía de abrigo y, a pesar de sus intentos por conservar la distancia, se encontró reclinándose repetidamente sobre él. Empero, no bien rozaba ese pecho ancho, musculoso, se incorporaba de inmediato y, una vez más, trataba de reforzar su débil estado de ánimo.

-Relájese, Erienne -la amonestó Christopher finalmente-. Pronto podrá deshacerse de mí.

Esas palabras trajeron a la memoria de Erienne la abrumadora sensación de pérdida que había experimentado al verlo marcharse de la casa o alejarse del patio trasero. El recuerdo del apasionado beso hizo el tormento aún más intolerable. Con otros hombres que sólo habían intentado robarle una mínima caricia, ella había C
.experimentado una inmediata aversión. Pero con Christopher había sido diferente, y temía estar destinada a recordar ese ardoroso abrazo durante el resto de sus días.

La luz del amanecer comenzaba a filtrarse por entre la neblina cuando avistaron Mawbry. Christopher rodeó la pequeña aldea rumbo a la casa del alcalde y detuvo el animal frente a la puerta trasera. No se oía ningún ronquido desde la ventana abierta del cuarto de Farrell, y Erienne supo que su hermano aún no había regresado Se apeó del caballo ayudada por el brazo de Christopher y, una vez en el suelo, le arrojó el redingote, para lueg$_o$ alejarse presurosa, pero la pregunta de él la detuvo.

-¿No va a invitarme a pasar?

Erienne se volvió ofuscada y encontró, tal como había sospechado, la divertida y burlona sonrisa desafiándola. -¡Claro que no!

Christopher dejó escapar un suspiro de fingida desilusión. -¡Así es la gratitud una mujer veleidosa!

-¡Veleidosa! -exclamó ella-. ¿Se atreve a llamarme veleidosa? ¡Pues usted es un engreído... bufón! Es un... un... Christopher taloneó su potrillo y se alejó galopando ágilmente por el sendero, dejando atrás sus estruendosas risotadas. Erienne estampó el pie contra el suelo y lo observó enfurecida, mascullando tenebrosas amenazas entre dientes. Nunca había conocido a un hombre que se deleitara tanto en fastidiarla, y se sentía muy lastimada por su rotunda derrota frente a él.

Avery regresó a media tarde y Erienne, al verle llegar por el sendero con pasos largos e irritados, se retorció las manos con preocupación. Farrell aún no había vuelto a casa y, afortunadamente, no podía relatar nada del retorno de su hermana. Aun así, ella había aguardado ansiosa durante todo el día, temerosa de la posible reacción de su padre. Esbozó una sonrisa falsa cuando lo vio atravesar la entrada y cerrar violentamente la puerta detrás de él. Al ver a su hija en la sala, Avery le echó una mirada colérica, al tiempo que se quitaba la chaqueta.

-Conque ya estás en casa, ¿eh? Y yo, preocupado durante todo el trayecto, pensando que algún sinvergüenza te había llevado a su guarida.

Erienne no se atrevió a revelar cuán cercana a la verdad era la suposición de su padre. Desde su partida, Christopher se había apoderado de sus pensamientos y hubiera recibido con agrado la bendición de olvidarlo.

-Diablos, niña. No entiendo qué te sucede. Despotricas contra Smedley Goodfield porque te manosea, cuando sabes muy bien que tiene todo el derecho de hacerlo si vas a ser su esposa.

La joven experimentó una inmediata sensación de repugnancia.

-Esa es precisamente la razón por la que me marché. No podía tolerar la sola idea de casarme con ese hombre. -¡Aaah! -Avery la miró con los ojos entornados-. Conque tienes tus pretensiones, ¿eh? Ese canalla de Seton te manosea y tú no dices ni una sola palabra. Pero viene un buen hombre

Con intenciones de casarse, y armas un escándalo porque te puso las manos encima. Deja ya de volar con tus fantasías y entiende que Christopher Seton no tiene intenciones de desposarte. -Soltó una risita burlona-. Eso sí, él estaría muy dispuesto a tender su imponente cuerpo sobre el tuyo para gozar de un momento del lacen Por supuesto, si resulta que quedas embarazada puedes estar segura de que te abandonará con un pequeño en el vientre y ningún esposo en el brazo.

Erienne se ruborizó ante la crudeza de esas palabras. Incapaz de afrontar la expresión desdeñosa de su padre, se volvió para decir en voz baja:

-No te preocupes por el señor Seton. El es el último hombre al que elegiría

Ella misma percibió una nota de insinceridad cuando repitió esa afirmación.

-¡Ja! -se mofó Avery incrédulamente-. ¡El primero, quizá! ¡Pero no el último! Apuesto a que el viejo Smedley estará al menos, uno o dos lugares por debajo de tu elegante señor Seton.

## CAPITULO 5

Si pudiera existir algo semejante a un albino gris, entonces ése era, sin duda, el siguiente candidato de Erienne. Con su cabello gris arratonado, su rostro grisáceo, sus acuosos ojos grises

y• un leve tono azulino alrededor de sus labios, Harford Newton no podía ser descrito de otra forma. Sus regordetas manos grises eran sudorosas, y constantemente se llevaba un pañuelo a los labios o a la nariz, que no dejaba de

gotearle. A pesar de su enorme tamaño, parecía sufrir terriblemente el frío del invierno, ya que, aun cuando el día era bastante templado, llevaba las solapas del abrigo levantadas y una gruesa bufanda alrededor de su macizo cuelo. Su forma y postura se asemejaban a un melón sobremaduro: no demasiado gordo, pero bastante fláccido. Sus modales eran los de un gato consentido, exigente y arrogante. Sin embargo, a diferencia de los del gato, sus ojos, al toparse con una mirada directa, parecían ocultarse en la redondez de su rostro.

La idea de esas manos calientes, húmedas, acariciándola anhelantes en la cama, provocó una aguda sensación de pánico en Erienne. Recordó una vez cuando, siendo niña, se había lanzado a correr velozmente por los páramos, para sufrir luego un terrible malestar de estómago: algo semejante a lo que ahora experimentaba al mirar a Harford Newton. Al percatarse de que no le sería posible tolerar a este nuevo candidato, se le congeló la mente, como se forma el hielo en la superficie de una pe quena laguna y, entonces, le vinieron a la memoria las palabras de Christopher. El hombre había sido arrogante al creer que ella lo preferiría antes que a cualquier otro pretendiente, y se irritó al pensar que las suposiciones de ese bellaco podrían ser acertadas.

Con enorme fuerza de voluntad, Erienne logró conservar una máscara de fría cortesía con el nuevo candidato. Una y otra vez, esquivó sus avances, esperando inútilmente que él interpretara el significado de sus constantes negativas. El hombre no dejaba de rozarle el pecho con el brazo, o de acariciarle el muslo con la mano, como si ya hubiera establecido sus derechos sobre ella. Erienne tenía miedo de volver a romper la paciencia de su padre,

pero, al llegar a un estado de total desesperación, no tuvo más remedio que disculparse. Corrió a encerrarse en su cuarto y, negándose a escuchar las amenazas de Avery, rehusó regresar a la sala hasta asegurarse de que Harford Newton se había marchado para no volver jamás. Cuando vio alejarse el anticuado carruaje de su pretendiente, dejó escapar un largo suspiro de alivio. Sin embargo, la idea de lidiar nuevamente con la furia de su padre anuló por completo su efímero sentimiento de satisfacción. Al regresar a la sal a, lo encontró sirviéndose una bebida fuerte, e intentó juntar fuerzas cuando él le lanzó una siniestra mirada.

-He tenido que hacer maravillas para lograr que este hombre viniera, niña, y juro que se le iluminaron los ojos cuando te vio. Estaba seguro de que habíamos encontrado al candidato ideal. ¡Pero no! -Sacudió una mano con desdén-. ¡Tú y tus arrogantes modales! ¡Te quedarás sin ninguno!

Erienne sacudió la cabeza y soltó una risa nerviosa. -Bueno, aún nos queda la oferta del señor Seton.

Avery golpeó la mesa con el puño y le echó una mirada furibunda.

-¡Prefiero verte calcinada en el infierno, antes de permitir que ese hombre te ponga las manos encima!

Erienne rió para ocultar el dolorido tono de su voz.

-¡De veras, padre! Tu interés en mí es conmovedor, y el valor que me asignas, al menos en libras esterlinas, es casi sorprendente.

El la observó por un instante, atravesándola con los ojos. -¿Y qué supones que haré para preservar tu maldita castidad, niña? ¿Pasarme el resto de mis días en la prisión de deudores? -Se rió con desprecio-. Es verdad que, alguna que otra vez, he invertido algo de dinero en los juegos de naipes, pero también he gastado la misma

cantidad en ti y en tu hermano. No me parecería mal si decidieras devolverme una parte aceptando a un hombre con algo de oro en el bolsillo y capaz de perdonar tu falta de dote. No te pido demasiado. De todos modos, ya te estás haciendo vieja. Pero no, ¡preferirías verme en la prisión de Newgate, antes que arriesgar tu condenada virginidad!

Erienne se volvió para ocultar las lágrimas que amenazaban con asomar en sus ojos.

-Es mi virginidad la que está en juego. ¿Pero a ti qué te importa? Tú te ríes como un sabueso satisfecho, mientras tu propia hija tiene que luchar contra las fieras.

-Conque fieras, ¿eh? -Avery sacudió la cabeza y bebió el último trago de licor, para luego mirar el vaso vacío con desagrado-, Lo peor que le puede ocurrir a un hombre es que su propia hija se vuelva tan presuntuosa, que ni siquiera sea capaz de satisfacer sus deseos. -Tomó a la joven de un brazo y la sacudió con violencia para atraer su atención-. ¿Acaso crees que existe alguna otra forma? -La perforó con sus ojos dilatados y se llevó la mano al estómago-. Siento un desgarrador miedo aquí, cuando pienso que tendré que acabar mis días en una celda fría y húmeda. Estoy muy presionado, niña, y no tengo otra salida. Pero te advierto que buscaré uno y otro candidato, ¡hasta que encuentre al que satisfaga tus exquisitos gustos!

-Bien sabes que no me gustaría verte en una celda-sostuvo Erienne-. Pero yo también tengo algo de orgullo, y no deseo venderme a uno de esos pavos sonrientes por el precio de dos mil libras. ¿No crees que una esposa vale más que eso, padre?

-¡Dos! -Avery echó la cabeza hacia atrás y soltó una estruendosa carcajada-. ¿Qué te parece si doblas esa cantidad, niña? Dos mil libras le debo a ese galán engreído, y otras tantas a los comerciantes aprovechados de Wirkinton.

-¿Cuatro? ¿Cuatro mil? -Erienne miró a su padre, azorada-. ¿Quieres decir que te has jugado dos mil libras con Christopher Seton cuando ya debías esa cantidad?

Incapaz de enfrentar los ojos reprobadores de su hija, Avery se miró sus dedos cortos y regordetes.

-Habría pagado mis deudas si ese bellaco no hubiera sido tan rápido con los ojos.

Una corriente helada trepó por la columna de Erienne. -¿Quieres decir que... que hiciste trampa?

-Era demasiado dinero para perderlo. ¿Entiendes? ¡Tenía que hacer algo!

La joven quedó anonadada por el impacto. ¡Christopher Seton tenía razón! ¡Su padre había hecho trampas! ¿Y Farrell? ¿Había él defendido el honor inexistente del alcalde?

Erienne se volvió para evitar seguir mirando a su padre. El había permitido que su hijo desafiara a Christopher, sabiendo ue uno de ellos podía morir. ¡Por supuesto! Había esperado que muerto resultara ser Christopher Seton. Hubiera sido capaz de cometer un asesinato, sólo para evitar la deshonra de la que era merecedor.

Pero habría sido Farrell el que hubiese pagado el precio de su engaño y ahora le correspondía a ella ser utilizada, tal como lo habían sido su hermano y su madre.

Habló con tono severo, ofuscado, sin ocultar su sarcasmo. -¿Por qué no me colocas sobre una plataforma y me ofreces al mejor postor? Puedes venderme como esclava, tal vez, por diez o quince años. Después de todo, siempre que puedas pagar tus deudas, ¿qué importancia tiene si me convierto en esposa o en esclava?

Erienne hizo una pausa, esperando una pronta negativa, pero, ante el silencio de su padre, se volvió lentamente para mirarlo con horror. Él apoyó un codo sobre el respaldo de una silla y le devolvió la mirada con un brillo salvaje en los ojos.

-¿Sobre una plataforma, dices? -reflexionó en voz alta, frotándose las manos con júbilo-. ¿Sobre una plataforma? ¿Sabes que no es una mala idea, niña?

-¡Padre! -Se asombró al percatarse de lo que acababa de hacer. Había repetido el sarcasmo de Christopher, y éste se había vuelto como un alud sobre ella. Entonces, trató de explicarse-: Lo he dicho en broma, padre. Con seguridad, tú no lo tomarás en serio.

Avery no pareció haberla oído.

-Eso atraería a unos cuantos candidatos. La mejor oferta... a cambio de una esposa amable y hermosa.

-¿Esposa? -repitió Erienne con desesperación.

-Una esposa capaz de trabajar con los números y escribir correctamente podría valer una buena suma, probablemente más de dos mil libras. Y una vez cerrado el trato, ella no puede rehusarse al manoseo.

Erienne cerró los ojos, tratando de serenarse. ¿Qué diablos había hecho?

-Claro que tendría que pensar en alguna forma para evitar que el bastardo de Seton la obtenga. Está deseoso por conseguirla, ese asqueroso. Vi cómo la miraba en el carruaje, como si hubiera estado a punto de poseerla en ese mismo lugar. Sí, tiene que haber algún modo de evitarlo.

-Padre, te lo ruego -suplicó Erienne-. Por favor, no me hagas esto.

Avery rió, sin prestarle atención.

-Pegaré los anuncios en las calles, eso haré. Le pediré a Farrell que los escriba. ¡Así será! -Levantó un dedo para señalar su supuesta citación-. Al señor Christopher Seton no le estará pe= Participar en la subasta.

Con la risa de un niño travieso, Avery se dejó caer sobre el borde de una silla y se palmeó una rodilla con expresión jubilosa. Sus ojos brillaban, puesto que ya podía saborear la venganza con que se desquitaría de su peor enemigo. Y ni se inmutó cuando su hija salió corriendo de la habitación.

A media mañana del día siguiente, los anuncios ya se encontraban clavados en diversos postes de la aldea. Proclamaban

que, En diez días a partir de la ficha, tendría lugar un inusual acontecimiento. La dama Erienne Fleming sería vendida como esposa al mejor postor. La subasta si desarrollaría frente a la posada o, in caso de mal tiempo, en el salón comedor. El anuncio convocaba a todos aquellos hombres que contaran con una considerable suma di dinero in el bolsillo, ya que si fijaría un precio mínimo para la adquisición di tan talentosa y bella mujer. Al pie del escrito, se advertía a un tal Christopher Seton que no le sería permitido tomar parte en el evento.

Ben salió tambaleándose de la posada cuando vio al yanqui montado en su oscuro potrillo frente al tablero de anuncios. Miró a Christopher y, descubriendo sus dientes negros con una mueca, señaló el letrero.

-Aquí dice que usted está excluido di la subasta, jefe. El rumor si ha extendido rápidamente. Como usted mi dijo que no pensaba casarse, el viejo Ben si ha estado preguntando cuáles son sus intenciones. Quizás, el alcalde tenga otras razones, además di su hijo, para mantenerlo a usted alejado di su niña.

-Aún no. -La respuesta fui directa. El anciano cloqueó con regocijo. -Eso suena como una amenaza, jefe.

Christopher asintió con la cabeza y dio riendas a su potrillo, para alejarse al trote.

Christopher Seton se despidió del maestre, bajó del buque, trepó hasta el muelle, y comenzó a caminar lentamente hacia «La Cierva Roja», una taberna del puerto, famosa por su cerveza hilada, enfriada junto a bloques di hielo in un sótano. Iba hilando sus pensamientos, mientras atravesaba las callecitas angostas de la zona portuaria.

El capitán Daniels había regresado di Londres con el buque, cargando varias compras que Christopher había ordenado. A primera hora de la mañana, volvería a zarpar hacia el lugar que Seton había marcado en las cartas náuticas. Allí, el capitán depositaría la carga in puerto y retornaría a Wirkinton por un tiempo, antes di navegar nuevamente hacia Londres, para luego surcar los mares di la costa. Si habían fijado turnos para que, antes (le levar anclas, parte di la tripulación dispusiera di algunas horas libres in las tabernas, al tiempo que los otros ocupaban sus puestos de vigilancia in la nave.

«La Cierva Roja» estaba vacía a esa hora de la tarde. Christopher cogió su ale y eligió un lugar confortable, junto al inmenso hogar encendido que caldeaba el salón. Observó las inquietas llamas, que lo hipnotizaban con su danza; pero sus pensamientos estaban concentrados en una sedosa masa de cabellos negros. Unos ojos azul-violáceos brillaban con luz propia, y el color de sus profundidades lanzaba destellos, como una exquisita gema multicolor. Una expresión airada unió las curvadas cejas, y las lagunas violáceas se tornaron frías y penetrantes. Christopher buscó en su memoria y encontró un momento in el que los ojos brillaban llenos di risa, y atesoró esa imagen in la mente.

Luego, se sumó una nariz. Fina, recta, delicada, algo graciosa, casi perfecta. Los rasos eran suaves; el rostro, m demasiado alargado, ni demasiado redondo, sino ovalado, con pómulos salientes, coloreados con un ligero toque de rubor.

Un par de labios completó la imagen. No los fruncidos capullos rosados de las damas sonrientes di la corte, sino dos líneas apenas curvadas, lo bastante anchas para ser expresivas y enérgicas. .

Una expresión reprobadora hundió la comisura y, una vez más, Christopher buscó en sus recuerdos, hasta encontrar un instante en que los labios se curvaron in una dulce sonrisa. Allí se detuvo su mente y ardió al rememorar la suavidad de esa boca bajo la suya.

El resto apareció di repente. Unas piernas largas, esbeltas, y un cuerpo que poseía la gracia de una gata, no excedida en grasas, como las delicadas mujeres de la noche, ni demasiado flacucha y huesuda; sino di una sutil fuerza y honestidad, que le conferían una natural, casi ingenua elegancia. Con todo, ella no parecía consciente de su propia belleza, y era sólo Erienne, apartada y por encima de las otras, quien se había apoderado los recuerdos de Christopher.

Ella prometía ser una de esas mujeres que no si retrasan ni se adelantan, sino que caminan junto al hombre de su elección. El hecho de verse privado de la compañía de esa dama era, para Christopher, un severo castigo. Tenía la certeza de que Erienne estaría mucho mejor lejos del tierno cuidado de su padre y de la buena influencia de su hermano. Pensó, entonces, que la subasta lograría apartarla de su familia. Sin embargo, eran muchas las posibilidades de que la joven saltara de la sartén, sólo para aterrizar en el fuego. Los candidatos que él había conocido le bastaban para reunirlos a todos in la categoría di fuego; y estaba seguro di que, al menos, unos cuantos asistirían para efectuar sus ofertas.

El sarcasmo de Erienne le volvió a la memoria. ¡Trapacero! ¡Jorobado! ¡Maltrecho! La joven tenía altas probabilidades de ganar un hombre con, por lo menos, uno de esos tres calificativos.

De hecho, como estaban las cosas, difícilmente lograría ella evitarlo.

El ensueño de Christopher fue interrumpido. por un bullicioso grupo de hombres que atravesaron la entrada principal de la taberna. Se trataba de una docena aproximada de sujetos, y no resultaba difícil adivinar que no era ésa la primera cantina que visitaban. Una voz ronca y estridente se levantaba por encima del resto, y Christopher volvió la cabeza para encontrar a Timmy Sears en el centró del grupo, comportándose cómo si fuera su líder.

-Aquí, muchachos -bramó el pelirrojo con desusado buen humor-. Arriba esas barrigas, que Timmy los invita a otra vuelta de cerveza.

Un alborotador coro de vítores reveló la favorable disposición de los otros por aceptar semejante acto de generosidad, a la vez que el señor Sears arrojaba un pesado monedero sobre el mostrador. Un servicial cantinero se apresuró a preparar sus picheles más grandes, para luego llenarlos con generosas medias de ale. Las crudas bromas y las conversaciones vulgares fueron silenciadas por un momento, mientras los ávidos sujetos tragaban ruidosamente su bebida. Incluso el eterno Haggard hundió la nariz en la espuma y sorbió ávidamente la cerveza, mojándose hasta las mejillas y el cuello. Una vez aplacada la sed, se reanudó la conversación.

-¡Aargh! -Timmy se aclaró la garganta-. Hasta las mejores cervezas pierden el gusto cuando se las enfría demasiado. Deben estar templadas cómo el día, para que un hombre pueda disfrutar de su sabor. -Su sabiduría no pasó inadvertida entre sus compañeros, que, al unísono, asintieron con la cabeza y murmuraron su consentimiento.

-¡Eh, Timmy! -gritó una voz estridente, a la vez que unos nudillos repletos de cicatrices golpeaban el mostrador junto al monedero del pelirrojo-. Tienes un buen botín aquí dentro. ¿Vas a participar en la subasta de Avery?

-¡Sí! -Sears hinchó el pecho y apoyó las manos sobre la barra-. Y estoy dispuesto a ofrecer tanto cómo... eh... quizás unas cien libras.

-¡Guau! -Otro sacudió una manó fláccida en un fingido gestó de asombro-. ¿Cien libras por una simple mujer? Timmy lanzó una mirada ceñuda al bromista.

-¡No se trata de una simple mujer! La quiero para esposa. -Pero tú ya tienes una esposa -protestó el otro.

Timmy Sears se incorporó y miró al techó con aire pensativo.

-Pero si consigo ésta, puede que organice yo mismo una subasta para vender a la otra.

-¡Jo!-gritó Haggard-. Esa no vale ni diez chelines, menos aún cien libras.

-¡Claro que sí! -declaró Timmy, tratando de reforzar el presunto valor de su actual mujer-. A la dama todavía le quedan unas cuantas noches de placer.

-Si es así -se interpuso otro-, ¿por qué quieres a la otra? -Porque me hierve la sangre cada vez que la veo -admitió Timmy con una amplia sonrisa-. Por eso.

-¡Apuesto a que sí! -se rió un miembro no identificadoDesde que Molly te hizo a un la... ¡ay! -Un codazo en las costillas advirtió al hombre, pero llegó demasiado tarde.

-¿Qué ha sido eso? -Timmy miró a su alrededor, frunciendo el entrecejo con expresión amenazadora-. ¿Qué ha sido lo que acabó de oír? ¿Dices que Molly me hizo a un lado?

-Ahh. -El hombre trató de enternecer al pelirrojo con su compasión-. Todos sabemos que la muchacha ha perdido el juicio por ese yanqui.

Timmy giró su cabeza gacha, al modo de un toro que está a punto de atacar, mientras trataba de identificar al intrépido que había osado mofarse de él de una manera tan despiadada.

-¿Yanqui? repitió con los dientes apretados-. ¿Que Molly me hizo a un lado, dices?

-Ay, Timmy -el tonto se delató-, no fue por tu cul... Sus palabras fueron interrumpidas por un fuerte "punch», producido por un inmenso puño que descendió violentamente sobre su quijada.

El hombre se tambaleó hacia atrás, sacudiéndose de forma convulsiva, mientras su atontado cerebro luchaba por mantener el equilibrio, hasta que cayó desarticulado sobre la pequeña mesa que se encontraba junto al mismísimo sujetó del que habían estado hablando.

Christopher había previsto la caída y, luego de tomar su pichel, se incorporó y se hizo a un lado rápidamente. El maltratado cayó al suelo y rodó, lanzando gemidos de dolor. El yanqui caminó con calma por encima del cuerpo tendido del hombre, emergiendo de las sombras que lo habían ocultado hasta el momento.

Sears casi se atraganta al reconocerlo.

-Bueno, muchachos... -caminó dándose aires en frente de sus camaradas, mientras trataba de abrirse camino por entre las mesas hacia su enemigo, el culpable de todas sus desdichas-—aquí está el yanqui del que estábamos hablando. Ahora pueden verlo claramente. Una especie de mequetrefe elegante, como si no pudiera vestirse como el resto de nosotros.

Haggard se inclinó hacia adelante para tener una mejor visión, pero su cabeza se interpuso en el camino del brazo de Timmy, que se extendió para señalar al caballero norteamericano. El andrajoso sacudió el miembro golpeado y luego se metió un dedo en el oído para librarse de un persistente zumbido.

-Señor Sears -Christopher se dirigió al pelirrojo con voz suave pero firme, interrumpiendo así el repentino silencio que había llenado la habitación-, las tonterías que he oído en estos últimos minutos me bastan ya para el resto de mis días. -Su humor no era de los mejores cuando entró el grupo en la taberna. Su paciencia había sido puesta a prueba reiteradamente en esos últimos días, y estaba a punto de perderla por completo. No se sentía con ánimos para tolerar más sandeces.

Timmy no era ningún tonto. Conocía la agilidad del yanqui y decidió que lo mejor sería recurrir a una pe quena ayuda. Entraría en la contienda una vez que los otros hubieran ablandado al hombre.

Aquí lo tienen, muchachos -desafió a sus compañeros-. Este es el rebelde que vino a nuestra aldea de Mawbry para volver locas a todas nuestras mujeres. Bueno, por la forma en que todas

lo han estado nombrando, pueden ustedes apostar a que este hombre no ha hecho más que arrastrarse de cama en cama. Incluso Molly se ha alterado, y pueden estar seguros de que él jamás le ha pagado a la muchacha su precio, con la cantidad de damas que se le ofrecen gratuitamente.

Timmy no se percató de que, mientras él hablaba, otros hombres habían llegado a la taberna, entremezclándose con sus compañeros. Ha ggard fue el único que se preocupó por el hecho de que, al caer la tarde, las tripulaciones de los barcos solían bajar a tierra, y los recién llegados vestían de una forma muy extraña para ser marineros ingleses. Tiró nerviosamente de la manga de Timmy para atraer su atención.

-Ahora no, Haggie. -El pelirrojo lo apartó, sin siquiera mirarlo, y continuó tratando de incitar a su grupo-. Aquí tenemos al señor Seton, que se ha mostrado demasiado cariñoso

con la hija del alcalde y or eso fue excluido de la subasta. Es demasiado elegante para ra buena de Molly.

Un airado murmullo se desató entre sus compañeros ante la evidente afrenta contra la gentil damita que todos conocían tan bien. Christopher bebió tranquilamente un sorbo de su cerveza, al tiempo que la puerta de la taberna volvió a abrirse para dar paso a otros cuantos marineros. Uno de ellos era alto y canoso,

y llevaba puesta una chaqueta azul marino, como las que suelen usar los capitanes. El hombre se sumó al resto de sus compañeros para presenciar la escena.

Haggard se acercó a Timmy para suplicarle nuevamente su atención, tirándole de la manga, mientras miraba nervioso en derredor.

-¡Apártate! -le ordenó Sears, empujando al compañero con rudeza-. ¿Ven cómo se ríe tontamente detrás de su ale, muchachos? Tiene miedo de decirnos lo que piensa de los hombres de Mawbry.

-Si usted de veras desea saber lo que pienso, señor Sears -respondió Christopher con tono gentil, pero lo suficientemente fuerte como para superar las ofuscadas protestas de los compinches de Timmy-, en mi opinión, *usted* es un tonto. El alcalde difícilmente aceptará sus miserables cien libras, cuando me debe veinte veces esa cantidad. Además, dudo de que la joven estuviera dispuesta a complacerlo a usted. Según tengo entendido -una amplia sonrisa se dibujó en su rostro-, ella sólo come cerdo cuando está bien salado.

-¿Cerdo? -Timmy reflexionó confundido por un instante, hasta que interpretó el significado del sarcasmo-. *¡Cerdo! ¡Us*tedes lo oyeron, muchachos! -bramó-. ¡Me llamó cerdo! -Dio un paso hacia adelante e hizo un ademán para indicar a sus compañeros que lo siguieran-. ¡Démosle su merecido a este canalla! ¡Vamos, muchachos!

Luego de una breve agitación, sus compañeros se detuvieron para mirar con cautela los poderosos puños que los sujetaban de los hombros. Sus miradas se elevaron hacia las sonrisas diabólicas, que parecían formar un interminable muro detrás de sus espaldas, y enseguida descartaron la idea de respaldar a Timmy en su contienda.

Haggard tomó con desesperación el brazo del pelirrojo, hasta que, por fin, logró atraer su atención.

-¡¡E... ellos... ellos son...!! -No pudo culminar la frase, pero apuntó repetidamente el dedo hacia los hombres. Timmy se dignó a mirar y se le endureció la mandíbula cuando vio a la veintena de sujetos formados en silencio detrás de sus compañeros. Haggard sacudió el pulgar por encima de su propio hombro para señalar a Christopher-. ¡Sus hombres!

El caballero de chaqueta azul marino dio un paso al frente. -¿Alguna dificultad, señor Seton?

-No, ca itán Daniels -respondió Christopher-. Ninguna dificultad. Amenos, nada que yo no pueda amansar. *¡Amansar!* La palabra se atascó en la garganta de Timmy.

¡Cómo si él fuera un animal para ser amansado! Una vez más, encaró a su enemigo.

Christopher esbozó una sonrisa serena. -Una simple disculpa bastará, señor Sears. -¡Disculpa!

La sonrisa no se desvaneció.

-En realidad, no tengo propensión a luchar contra un borracho.

Timmy sacudió la cabeza.

-No me importa cuántas propensiones tiene o deja de tener. Christopher bebió otro sorbo de cerveza e hizo el pichel a un lado.

-Sin embargo, estoy seguro de que entendió usted lo de borracho».

Timmy lanzó una mirada cautelosa por encima del hombro. -¿Sólo usted y yo, entonces, señor Seton?

-Sólo usted y yo, señor Sears -respondió Christopher, al tiempo que se quitaba la chaqueta.

Sears se escupió las manos, para luego frotarse las palmas. Sus ojos brillaron cuando contempló con satisfacción perversa el cuerpo esbelto de su oponente, bastante más delgado que el suyo. Bajó la cabeza y, profiriendo un salvaje rugido de júbilo, se lanzó al ataque.

Llegó al otro extremo de la habitación, antes de percatarse de que sus brazos aún continuaban vacíos. Se detuvo contra la pared y se volvió para ver adónde había ido el endemoniado yanqui. El hombre se encontraba a mitad de camino, con la imperturbable sonrisa aún dibujada en sus labios. Timmy soltó un feroz resoplido y volvió a abalanzarse en dirección a su blanco. Christopher volvió a hacerse a un lado, pero esta vez, hundió un puño en el grueso vientre del pelirrojo, dejando al hombre sin aliento. Cuando Sears regresó tambaleante para iniciar otro ataque, un violento derechazo lo arrojó en la dirección contraria.

Timmy volvió a aterrizar junto a la pared, pero esta vez tardó algo más en recuperarse. Sacudió la cabeza para librarse de las telarañas, y aguardó hasta que las múltiples imágenes se unificaron y pudo enfocar una vez más a su adversario. Extendió los brazos y, lanzando un alarido de ira, se arrojó hacia el centro de la habitación, para luego planear hábilmente frente a su oponente, al recibir el violento impacto de una bota aplicada con fuerza sobre su trasero.

Cuando el velo rojizo se disipó, Timmy descubrió que sólo había destrozado un par de mesas y tres o cuatro sillas. Se hacía difícil el cálculo con todos los pedazos diseminados. Mientras se

abría camino entre los muebles astillados, miró a su alrededor en busca del condenado Seton, y lo encontró a sólo unos pasos de distancia, sin siquiera un rasguño. Sears se incorporó y volvió a abalanzarse, esta vez en silencio. Christopher permaneció inmóvil, para hundir un puño en el estómago de Timmy y luego otro en su mandíbula. Repitió los golpes una y otra vez, y el pelirrojo se sacudió violentamente tras cada impacto, pero no se apartó, tratando de rodear a su adversario con sus macizos brazos. Esos sólidos miembros habían fracturado las costillas de más de un oponente, y los ojos ensangrentados brillaban con la esperada victoria, mientras él intentaba encarcelar a su enemigo.

Con la palma de la mano, Christopher sacudió repetidas veces el mentón de su adversario. Timmy se sorprendió al advertir que estaba siendo lentamente doblegado. Fue forzado a retroceder, hasta que sus talones tocaron el mostrador y sintió el borde de la barra presionándole la espalda. Justo cuando pensó que su columna estaba a punto de quebrarse, Christopher lo soltó. El yanqui dio un paso atrás y, tomando a Timmy de las solapas, lo hizo girar por el aire, para luego arrojarlo. Sears aterrizó al otro lado de la habitación y, luego de rodar y golpearse repetidas veces la cabeza, se detuvo contra la chimenea. Tardó en incorporarse, mientras intentaba recuperar el aliento. Cuando, por fin, se levantó, lanzó una mirada penetrante a Christopher y se desplomó sobre una silla que tenía a su lado. Ese maldito de Seton sabía cómo desenvolverse en una riña, y Timmy le había perdido el gusto a la camorra.

El tabernero había diseminado el dinero de Sears sobre el mostrador para ir tomando la cantidad correspondiente, luego de cada ruptura. Sonrió complacido a Timmy, al arrojar un puñado de monedas dentro de su caja.

-¡Sácale también a éste! -bramó el pelirrojo, señalando a Christopher con el pulgar.

El tabernero se encogió de hombros y respondió: -El no ha roto nada, ni siquiera su pichel.

Timmy atravesó violentamente la habitación para recoger su enflaquecido monedero. Se volvió justo en el momento en que Christopher depositaba su pichel intacto sobre el mostrador. El yanqui tomó su abrigo y se dirigió hacia su capitán, mientras se o o ponía.

-¿Te agradaría ir a dar un paseo, John? -le preguntóNecesito serenarme.

El capitán sonrió y encendió su pipa, y los dos hombres se marcharon de la taberna. Haggard ofreció un brazo a Timmy e intentó apaciguar su irritado estado de ánimo.

-No le hagas caso a ese patán, compañero. Has sido tan rápido, que apenas ha podido ponerte una mano encima.

Las palabras de Avery Fleming ardían en la memoria de Erienne con el sabor amargo de la traición. El hecho de que él hubiera tomado en serio su sarcástica sugerencia echó a perder la imagen que ella tenía de su padre. Los pensamientos de la joven rastrearon los sucesos que habían provocado su conflicto actual, tratando de precisar el momento exacto en que todo parecía haberse descarriado. Hasta el día anterior, no hubiera titubeado en culpar a Christopher Seton por todas sus desgracias, pero la verdad revelada por los propios labios de su padre, había modificado su opinión. Ahora comenzaba a ver con claridad la verdadera personalidad de Avery Fleming, y eso la avergonzaba hasta lo más profundo de su ser.

En un rincón de su mente, comenzaba a gestarse la idea de que esa casa había dejado de ser un hogar. Sin embargo, no tenía otro lugar adonde ir. No contaba con ningún otro pariente, ningún otro lecho donde buscar refugio. Si se marchaba, tendría que procurarse los medios para subsistir.

El dilema de Erienne se ramificaba, y su solución se mantenía oculta detrás del caótico torbellino de sus pensamientos. Se sentía como una balsa, navegando a la deriva en medio de un turbulento océano... sin conocer su destino e incapaz de esta ar a su suerte.

Aún quedaba, desde luego, la propuesta e Christopher. Erienne se reclinó sobre el respaldo de su asiento y se imaginó en los brazos de ese hombre, vestida con un elegante traje y centelleantes joyas alrededor de su cuello. El podría mostrarle las maravillas del mundo y, en la intimidad de la recámara, los secretos del amor. Ella dedicaría su corazón y su mente a satisfacer todos los deseos de su amado hasta que...

Visualizó una imagen de sí misma con una enorme panza, frente a la robusta figura de su hombre. Con el brazo levantado y una expresión de disgusto en el rostro, él le ordenaba, en silencio, que partiera.

Erienne sacudió la cabeza para desechar la imagen de su mente. Lo que Christopher Seton le proponía era, decididamente, inaceptable. Si se entregaba a él, estaría condenada a vivir con el torturante temor de ser tan sólo uno de los tantos caprichos de ese hombre: amada hoy, olvidada mañana.

Una profunda quietud se apoderó de la casa cuando su padre y su hermano se retiraron a dormir. En esos últimos días, Farrell había parecido algo avergonzado por su participación en los preparativos para la subasta. Tal como le había ordenado su padre,el muchacho había redactado los anuncios, para luego colocarlos en los diversos postes de la aldea; pero, desde entonces, se había tornado más melancólico y sombrío con el transcurrir de las horas. Había dado muestras de desusada cortesía hacia su hermana; sin embargo, Erienne no abrigaba esperanzas de que el muchacho diera ayudarla, puesto que eso significaría oponerse a la voluntad de su padre, a quien Farrell siempre había mirado con admiración.

El fuego ardió y luego comenzó a morir. La turba brilló y chisporroteó, como si se hubiera fijado el estoico propósito de consumirse a sí misma. Erienne observó absorta la tenue luz de las brasas, hasta que el reloj tocó dos campanadas. Miró a su alrededor, sorprendida, y se frotó las manos súbitamente con-geladas. El cuarto estaba helado y, sobre la mesa de noche, la ama de una vela titilaba débilmente en medio de un charco de sebo derretido. Se estremeció cuando sus pies se posaron sobre los fríos tablones del piso, y corrió a buscar la acogedora tibieza de las pesadas colchas de su cama. Mientras se acurrucaba bajo las mantas, sus pensamientos convergieron en una firme decisión. Se marcharía en la mañana. En algún lugar, alguien tendría necesidad de su habilidad con las palabras o su rapidez con los números, y estaría dispuesto a pagarle un estipendio por la correcta aplicación de una o ambas virtudes. Tal vez, una duquesa viuda de Londres necesitara la compañía de una joven honrada. Con esta esperanza ardiendo en su interior, Erienne se relajó, para buscar, por fin, la dulce bendición del dios Morfeo.

El plan de Erienne no se extendía más allá del inmediato momento de la huida. Al menos, había decidido la dirección de su viaje. Londres era una ciudad que conocía, y resultaba el lugar apropiado para buscar empleo.

Se vistió con ropa abrigada para el viaje que la alejaría de su hogar. Su padre no estaba y los ronquidos de Farrell continuaron llenando el silencio, mientras ella babó las escaleras hacia la puerta trasera de la casa. En su bolso cargaba todas sus posesiones. No era mucho, pero tendría que bastarle.

Se colocó la capucha para protegerse de la helada cellisca y se levantó las faldas para correr velozmente a través del patio, hacia el cobertizo donde guardaban el caballo. Dado que Farrell había dejado de atender al animal y ella se había hecho cargo de los cuidados del establo, se sentía con todo el derecho de apropiárselo. Debía estar mejor pertrechada que cuando había partido a pie desde Wirkinton.

La montura era suya, puesto que se la había regalado su madre, pero difícilmente habría valido la pena venderla, gracias a lo cual, sin duda, seguía siendo de su pertenencia. De haberla creído costosa, su padre se la hubiera confiscado mucho tiempo atrás.

El caballo era alto y, aun con la ayuda de un banquito, tuvo que saltar para montarlo. Se sacudió torpemente para acomodarse las faldas y fijar los pies en los estribos, mientras intentaba sujetar con fuerza las riendas para detener los corcovos del animal.

-Camina sigilosamente si te importa mi pellejo, Sócrates -lo previno, frotándole el cuello-. Necesito tu discreción esta mañana; no deseo despertar a toda la aldea.

El caballo relinchó y sacudió la cabeza, demostrando su deseo de partir. Erienne no vio la necesidad de retenerlo. Ya había tomado una decisión, y estaba tan ansiosa como el animal por ponerse en camino.

El posadero se acercó a la ventana frontal para interrumpir los ronquidos de Ben con un fuerte codazo.

-Eh, tú, búscate otro lugar donde dormir. Estoy cansado de oír ese ruido. -Hizo una pausa para mirar a través de los vidrios y lanzó un breve gruñido-. Bueno, aquí viene una valiente -comentó, señalando al jinete que se acercaba cabalgando por la calle-. A la pobre se le van a congelar todos los huesos dentro de unos minutos. Me pregunto quién... --Observó la figura con mayor atención y quedó anonadado al reconocerla-. ¡Santo Dios! Acérquese, alcalde. ¿No es ésa su hija?

Avery sacudió una mano con gesto despreocupado.

-Sin duda, debe de estar yendo al mercado. -Movió el pulgar en dirección al letrero que estaba colgado en la pared opuesta-. Hemos tenido un pequeño altercado por eso, eso pasó. Apenas si me ha dicho dos palabras desde que mi muchacho los pegó. La niña se vuelve un tanto altanera cuando las cosas no resultan como ella quiere. El hecho de que salga en un día como éste, dejando el buen fuego caliente de la casa, te demuestra que no tiene sesos en la cabeza. Bueno... -Comenzó a dar muestras de una incipiente preocupación y se acercó a la ventana, acomodándose los calzones sobre el abdomen-. Podría morirse con este tiempo tan frío... también me echaría a perder la subasta si empieza a sonarse l nariz y a lloriquear sobre la plataforma.

-Yendo al mercado, ¡ja! -se burló Jamie- Consiguió un caballo y lleva un bulto detrás de la espalda. -Reprimió sus carcajadas al ver el rostro súbitamente rojo y la ex resion ceñuda de Avery, y prosiguió con una voz apenas audible-. Creo que

no está yendo al mercado, alcalde. Me parece que... que está a punto de abandonarlo.

Avery se abalanzó hacia la puerta y la abrió justo en el momento en que pasaba su hija. El alcalde corrió hacia la calle, gritando el nombre de la muchacha, pero Erienne, al reconocer la voz, azotó los costados de Sócrates, para alejarse a todo galope por el camino.

-¡Erienne! -la llamó Avery una vez más, y luego se ahuecó las manos alrededor de la boca para gritar a la veloz figura-. ¡Erienne Fleming! ¡Vuelve aquí, mocosa tonta! ¡No existe un solo lugar de aquí a Londres donde puedas esconderte de mí! ¡Regresa! ¡Te digo que regreses!

Una sensación de pánico se apoderó de Erienne. Tal vez, no había sido más ue una advertencia de, su padre, pero la amenaza desbarató sus panes. Ayery la seguira. Despertaría a Farrell, y ambos no tardarían en conseguir algún vehículo para perseguirla. Si continuaba en la ruta hacia el sur, ellos podrían alcanzarla; aunque lograra llegar a Londres, su padre le pediría a sus

amigos para que la buscaran, prometiendo, sin duda, una considerable recompensa si la llevaban de regreso a Mawbry.

De pronto, se le ocurrió una idea. Si continuaba cabalgando hasta perder de vista la aldea y luego se dirigía hacia el oeste para tomar la vieja ruta de la costa que conducía hacia el norte, podría escapar de las garras de sus perseguidores. Sonrió ante su propia astucia, mientras imaginaba a su padre cabalgando hacia el sur a una velocidad vertiginosa. Se pondría furioso al no encontrarla.

A escasa distancia de Mawbry, Erienne aminoró la marcha de su caballo y comenzó a buscar un lugar rocoso donde abandonar la ruta sin que nadie lo advirtiera más tarde. Después de dejar el camino, serpenteó a través de un pequeño bosque durante un tiempo y luego condujo a Sócrates sobre una cuesta rocosa y a través de un pequeño arroyo. Cuando inició su marcha hacia el norte, estaba segura de que nadie podría seguirle el rastro.

Una vez que terminó de dar la enorme vuelta alrededor de Mawbry, permitió que Sócrates fijara su propia velocidad. El animal no se encontraba preparado para soportar largas carreras, y se cansaba fácilmente yendo al galope. A paso lento, Erienne sintió mucho más el frío, y se cubrió con la gruesa capa de lana para entrar en calor tanto como fuera posible.

A medida que avanzaba hacia el norte, el terreno se tornaba cada vez más irregular y montañoso. Unos páramos ondulantes salpicados de pequeños lagos se extendían frente a sus ojos, para luego internarse en lo desconocido, donde el cielo plomizo descendía hasta tocar el horizonte.

Cerca del mediodía, se detuvo para comer y descansar al abrigo de un árbol. Se acurrucó dentro de la capa, y comenzó a mascar un trozo de carne fría con un pedazo de pan. Luego, compartió el agua con el caballo, que pastaba por los alrededores. Intentó dormir, pero la imagen de unos ojos verdes que no dejaban de observarla frustró todos sus esfuerzos. La irritaba que, aun en su ausencia, Christopher Seton pudiera fastidiarla.

Nuevamente en la montura, se vio obligada a concentrarse en el terreno una vez más.

Al finalizar la tarde, un terrible cansancio se apoderó de la joven, que comenzó a acariciar la idea de buscar algún refugio. De pronto, en medio del silencio, una roca cayó detrás de ella, y la sobresaltó. El corazón le latió con violencia cuando se giró para mirar por encima del hombro, bajo la creciente oscuridad. No vio ningún movimiento; sin embargo, tenía la sensación de que había algo a sus espaldas. Inquieta, condujo a Sócrates hacia un punto más alto del sendero y, ocultándose tras un inmenso árbol, se giró para observar el camino sin ser vista. Mientras aguardaba preocupada, recordó las tenebrosas advertencias de Christopher en cuanto a viajar sin compañía. En ese momento, pensó que recibiría con agrado la presencia del yanqui. Al menos, él no era amigo de su padre.

El sonido de unos cascos de caballos interrumpió sus pensamientos. Taloneó a Sócrates para salir a toda velocidad, manteniéndose al borde del camino, donde el terreno era suave y amortiguaba el ruido de su propio galope. Avanzó en línea recta por el angosto, zigzagueante sendero. Pasadas las retorcidas raíces de un gigantesco árbol, el camino se hundía v volvía a salir, rara luego hacerse mucho más empfinado. Sócrates resbaló, pero logró mantener el equilibrio y, al llegar a una curva, se abalanzó con salvaje desenfreno contra un numeroso grupo de galgos que rastreaban ansiosamente el rastro de una cierva. Los perros estaban muy excitados y comenzaron a morder las patas del caballo, hasta que el animal se asustó y se alzó de un salto. A Erienne se le soltaron las riendas de las manos y, con desesperación, se sujetó con fuerza a la crin, luchando por mantenerse en la montura. Uno de los sabuesos hizo sangrar a Sócrates, y el tibio y húmedo sabor de la sangre fue suficiente ara hacerlo reaccionar. Cuando el caballo salió disparado en frenética carrera, el perro giró la cabeza y lanzó una señal de caza. Al oírlo, los otros galgos se lanzaron a la persecución de esa nueva presa que corría velozmente por el sendero.

El camino doblaba para atravesar un arroyo, y el caballo viró bruscamente para seguir el curso del agua. Corrió a lo largo del

lecho rocoso contra la corriente, levantando, a ambos lados, una copiosa lluvia de agua. Erienne gritó para detenerlo, al ver frente a sí la ladera de una colina sobre la que el arroyo se precipitaba burbujeante. Al intentar la carrera en ascenso, el caballo cayó sobre sus patas delanteras, y Erienne tuvo g$_u$e luchar para mantenerse en la montura. Luego, el animal se a alanzó una vez más hacia arriba, tratando de trepar por el lecho del arroyo. Resbaló y tropezó, hasta arañar el arre con las cuatro patas cuando comenzó a caer.

El grito de alarma de Erienne fue silenciado bruscamente, al chocar contra la ribera rocosa del arroyo. Su cabeza se golpeó con violencia contra una piedra cubierta de musgo; un fogonazo blanco de dolor estalló en su cerebro. Poco a poco, la luminosidad se desvaneció, para dar paso a una profunda oscuridad. Vio las figuras negras de los árboles, oscilantes, borrosas, como a través de una cortina de agua. En un intento por combatir las oscuras mortajas del olvido, rodó y trató de incorporarse. Se aferró con fuerza a la orilla, luchando contra la corriente, con las piernas entumecidas por el agua helada, ondulante del arroyo.

Los ladridos se habían transformado en una mezcla de gruñidos y aullidos, y Erienne pudo ver un desorden de turbios tonos blancos y pardos, que se aproximaba desde el borde del valle. Entonces, la joven se percató de que los galgos se estaban acercando. Uno de ellos se abalanzó, gruñendo y mordiendo; y ella, en su desesperación, le pegó débilmente con la fusta que aún llevaba agarrada del puño. Al recibir el impacto, el perro aulló y se apartó de un brinco. Otro hizo la prueba y, en recompensa, recrió el mismo tratamiento, pero los brazos de Erienne se debilitaban progresivamente y su visión se tornaba cada vez más borrosa. El dolor de la cabeza ya se le estaba extendiendo hacia el cuello y los hombros, despojándola de sus fuerzas y de su voluntad. Los galgos presintieron la debilidad de la muchacha y se amontonaron a su alrededor. Erienne luchó por aclarar la visión y sacudió ligeramente la fusta delante de sus ojos.

Los sabuesos vieron en ella a una bestia herida, y el celo de la caza los enardeció. Gruñeron y se mordieron uno a otro, envalentonándose para la matanza. Erienne resbaló v ahogó una exclamación de horror al sumergirse en el agua helada. Volvió a levantar la fusta, pero sus fuerzas se estaban desvaneciendo y, aunque logró golpear el lomo de uno de los galgos, sabía que la victoria de los perros sería sólo una cuestión de tiempo.

De pronto, cruzó el aire un grito penetrante, seguido por el chasquido de un látigo. Se oyó el ruido de un galope, que se acercaba por el lecho del arroyo; las patas largas, veloces del caballo levantaban géisers de agua a su paso. El jinete lanzó su látigo sobre los perros, haciendo sangrar a varios, hasta que los galgos escondieron las colas se alejaron, aullando.

Erienne se aferró con amas manos a las enmarañadas raíces de la orilla, y dejó caer la cabeza sobre los brazos estirados. Vio al hombre como a través de un túnel interminable. Él se apeó del caballo de un salto y, al caminar apresuradamente hacia la joven, su capa comenzó a volar, confiriéndole al aspecto de un inmenso pájaro con gigantescas alas. Erienne esbozó una sonrisa y cerró los ojos, mientras oía el chapoteo del hombre, que continuaba aproximándose por el lecho rocoso del arroyo. Enseguida, sintió que un brazo masculino se deslizaba por debajo de sus hombros y una voz ronca murmuraba unas palabras que, en su aturdimiento, ella no pudo comprender. Unos poderosos brazos de acero la alzaron para estrecharla contra un musculoso pecho. Reclinó débilmente la cabeza sobre el hombro del extraño, y ni siquiera el temor de haber caído en las garras de una tenebrosa bestia alada pudo apartarla de la creciente oscuridad de su mundo.

## CAPÍTULO 6

Un brillo dorado se convirtió en su sol; una luz que centelleaba a través de la oscuridad, para calentarla placenteramente y brindarle comodidad.

La joven luchó por librarse de los pegajosos filamentos del sueño y se percató de que su sol no era más que un fuego ardiendo en una enorme chimenea de piedra. Le pesaban los párpados; su visión era borrosa. Sentía un dolor sordo en la cabeza y una increíble lasitud en las

piernas. Su cuerpo lastimado, despojado de sus ropas húmedas, se hallaba envuelto en algo suave,

ludo. Unas cortinas de terciopelo colgaban a ambos lados de cama, para resguardarla de las ráfagas heladas que atravesaban la habitación. Con el calor del fuego, la carpa envolvente de pana y las suaves colchas de piel, la muchacha se sentía protegida del frío helado que la había acosado en un tiempo anterior.

Al girarla cabeza sobre la mullida almohada, aspiró el dulce aroma masculino de las colchas que la cubrían. La fragancia le trajo a la memoria el recuerdo de unos poderosos brazos que la rodeaban, al tiempo que su delicada mejilla descansaba sobre un imponente hombro. ¿Y había habido acaso... había habido un momento en que unos labios tibios rozaron los suyos?

Sin miedo ni pánico, advirtió que, desde el instante en que había despertado, había oído inconscientemente la respiración regular y profunda de otra presencia en la habitación. Escuchó atentamente y decidió que el sonido provenía de las sombras que rodeaban la chimenea. Un alto sillón se encontraba dispuesto frente a la cama, apenas distinguible a contraluz del fuego, y en él se hallaba sentado un hombre, algo encorvado, con el rostro y el torso ocultos en la oscuridad. La destellante luz danzaba sobré sus piernas, y la sombra de una de éstas parecía retorcida y deformada.

Erienne debió de haber suspirado, va que la profunda respiración se detuvo, y una gigantesca figura negra se levantó del sofá. El se acercó a la cama y, a contraluz de las llamas, su inmenso cuerpo encapado parecía moverse y crecer y ensancharse de una manera fría, desarticulada. Oculto en las sombras, el rostro carecía de rasgos. Los dedos, semejantes a las garras de un águila, se extendieron hacia la joven, y ella trató de apartarse. La tarea le resultó demasiado ardua, y Erienne no intentó luchar, $y_a$ que la realidad parecía escaparse de sus débiles manos.

La mente de la muchacha navegó sin rumbo a través de $u_n$ espejismo de llama y sombra, huyendo de una, incapaz de encontrar alivio en la otra. El fuego era intenso, y atrapaba su cerebro y su cuerpo con un calor sofocante, que la hacía girar y retorcerse. Unas palabras incoherentes escaparon de sus labios en sus esfuerzos por combatir el tormento. Luego, la oscuridad le envió su ráfaga helada, haciéndola estremecer. De la quietud de la noche emergió una criatura alada, que se posó al pie de la cama. Giró su grotesca cabeza de lado alado y observó detenidamente a la joven, con unos ojos que lanzaban destellos rojizos bajo la tenue luz del cuarto. Al ver acercarse a la criatura, Erienne gimió, y sus sordos sollozos reflejaron su miedo.

Con fiebre y aturdida, la niña se deslizó a través de la bruma gris de los días y las oscuras mortajas de las noches. Ace taba dócilmente el contacto de las manos que la despojaban ep sus ro húmedas cuando hervía en sus delirios, o la cubrían con la coch$^{as}$ a de piel cuando temblaba de frío. Un poderoso brazo le rodeaba los hombros, mientras una inmensa mano acercaba una taza a sus labios resecos y un susurro áspero le rozaba el oído, ordenándole beber. Luego, la oscura criatura se apartaba de la cama, para sentarse agazapada en las sombras, junto a la brillante bola de llamas. Los ojos parecían deleitarse con los movimientos de la joven, aguardando el momento en que ella abandonara sus delirios y los afrontara; Erienne no se atrevía a pensar cuál sería el precio que esa extraña bestia exigiría a cambio de sus cuidados.

Los párpados de Erienne se abrieron lentamente, cuando la tibia luz de la mañana interrumpió su sueño para traerla a la realidad. Los cortinajes de la cama habían sido atados a los pilares
para permitir el paso del sol. El mundo real había llegado para quedarse; sin embargo, la mente de la joven aún continuaba en una confusa maraña de pensamientos que no le permitían dilucidar dónde se encontraba. Le parecía que hacía siglos que había escapado de la casa de su padre, pero, desde el momento de su liberación hasta el presente, su memoria apenas podía recordar unos tramos deshilvanados de sueños espeluznantes.

Le llamó la atención la pana de color verde oscuro del pabellón que se extendía por encima de su cabeza; y observó los delicados bordados de la tela, preguntándose cómo habría llegado hasta esa recámara y hasta ese lujoso lecho.

El dormitorio era inmenso y antiguo, invadido por el olor
húmedo del abandono.
La chimenea estaba manchada y ennegrecida por el uso y, en su interior, danzaba y chisporroteaba una vivaz fogata. A su lado, había un enorme sillón de madera tallada y, frente a éste, una réplica algo más pequeña.
A a derecha de la cama, otros cortinajes de pana apenas ocultaban un pequeño lavabo, lujo ciertamente inapropiado en la cabaña de un plebeyo.
Erienne se incorporó lentamente y se acomodó las almohadas detrás de la espalda. Sus ojos recorrieron la habitación y luego se posaron sobre la colcha de piel que la cubría. Pasó la mano por la sedosa suavidad de la manta y, al levantarla, sintió el delicado contacto sobre su pálida piel. Al ver su propia desnudez, una mezcla de imágenes fugaces y confusas le atravesaron la mente. Imágenes de una gigantesca figura negra, enmarcada por un sol rojo, que se entrelazaban con ásperos, incomprensibles susurros. Incapaz de identificar las fantasmagóricas impresiones bajo la clara luz de la realidad, Erienne experimentó la inquietante sensación de que lo que allí había ocurrido era mejor olvidarlo.
Oyó el ruido de platos al otro lado de la puerta, y se cubrió con la colcha hasta la barbilla. Un instante después, una graciosa mujer de cabello cano entró en la recámara, cargando una bandeja cubierta. La dama se detuvo sorprendida, cuando sus ojos se posaron sobre la cama y encontraron a su ocupante apoyada contra las almohadas.
-Oh, está usted desierta. -El tono de su voz era tan vivaz como sus ojos y su sonrisa-. El amo dijo que creía que la fiebre la había abandonado v que, probablemente, se sintiera usted mejor esta mañana. Me alegro de que así sea, señora.
-¿El amo? -Erienne no pasó por alto el significado de la palabra.
-Sí, señora. Lord Saxton. El es el amo. -La mujer acercó la bandeja a la cama y la destapó, para descubrir una taza de té y un tazón de caldo-. Ahora que ha vuelto a ser usted, es probable que quiera algo más suculento que esto. -Soltó una breve risita. Veré si el cocinero puede encontrar algo más que polvo en la cocina.

La curiosidad de Erienne fue más fuerte que el hambre. -¿Dónde estoy?
-Pues en Saxton Hall, señora. -La dama inclinó la cabeza Y miró a la joven con expresión curiosa. Encontraba bastante extraña la pregunta, puesto que lord Saxton sólo había proporcionado la mínima información-. ¿No sabe usted dónde se encuentra?

-Me golpeé la cabeza, y no tenía idea de adónde me habían llevado.

-¿Llevado? ¿Quiere usted decir que el amo la trajo hasta aquí, señora?

Erienne apenas logró asentir con la cabeza, confundida. -Al menos, eso creo. Me caí del caballo, y eso es todo cuanto puedo recordar. ¿No estaba usted aquí?

-Oh, no, señora. Después de que el ala este se incendió unos cuantos años atrás, todos los sirvientes fuimos a trabajar para el marqués de Leicester, puesto que era amigo de nuestro viejo lord. El amo ha hecho los arreglos para nuestro regreso esta misma semana. Sólo estaba él aquí cuando usted llegó.

Erienne sintió que una ola de calor le trepaba por el cuello hasta las mejillas. Quienquiera que fuera este lord Saxton, no le había dejado una sola hilacha para preservar su recato.

-¿Es ésta la recámara del amo? -preguntó con cautela-. ¿La cama de lord Saxton?

-Sí, señora. -La mujer sirvió una taza de té y la colocó sobre la bandeja-. El mismo ha estado viviendo aquí durante una semana, o dos como máximo.

-¿Salió a cazar su amo ayer? -inquirió Erienne. La dama frunció ligeramente el entrecejo.

-No, señora. El amo dijo que se había quedado aquí, con usted.

La mente de Erienne se transformó en un remolino de confusión. Le parecía que apenas había transcurrido una noche desde su accidente con Sócrates, pero, al no conocer con exactitud la realidad de los hechos, no podía estar segura. Tomó la taza de té con dedos temblorosos y casi contuvo la respiración cuando preguntó:

-¿Dijo su amo cuánto tiempo había estado yo aquí? -Hoy es el cuarto día, señora.

¡Cuatro días! Cuatro días había estado sola con lord Saxton, sin nadie que cuidara de ella más que él. Sintió deseos de retorcerse bajo la agonía de esa vergüenza.

-El amo dijo que usted estaba muy enferma, señora. -Eso supongo -susurró Erienne con desconsuelo-. Yo no recuerdo nada.

-Ha tenido usted mucha fiebre y, con ese golpe en la cabeza, entiendo que pueda estar algo confundida. -Colocó una cuchara junto al tazón de caldo-. ¿Por qué me preguntó si el amo había salido a cazar? ¿Fue acaso entonces cuando lo conoció?

-Fui atacada por una jauría de galgos. Creí que, tal vez, pertenecían a su amo. -El recuerdo de los afilados colmillos de esas bestias la hizo estremecer.

-Oh, lo más probable es que esos perros pertenecieran a algún entrometido que husmeaba en las tierras del amo. Suele haber muchos cazadores furtivos por estos lados. Ya teníamos problemas con ellos antes de que la mansión se incendiara; especialmente con ese bribón, Timmy Sears. Me parece recordar que ya había una jauría de galgos entonces, y eran capaces de clavar sus colmillos en un hombre con la misma facilidad con que lo hacían con cualquier presa.

-Me temo que me tomaron por una bestia salvaje -murmuró Erienne. Bebió un sorbo de la taza de porcelana y esbozó una sonrisa-. Gracias por el té, ...señora ...eh...

-Señora Kendall. Aggie Kendall. Soy el ama de llaves. La mayor parte de mi familia trabaja aquí, y no le miento si le digo que somos unos cuantos. Mis hermanas y sus hijas, junto con mis pro***pias niñas,*** y mi marido y su hermano. Los otros que trabajan aquí son el encargado del establo y sus hijos. Ellos están a cargo de la parte exterior. No son de aquí; vienen de las tierras del amo.

Erienne trató de formarse una imagen del amo a partir de sus confusos sueños, pero no logró colocar un rostro a la figura negra que moraba en su mente.

-¿Dónde se encuentra lord Saxton ahora?

-Oh, se ha marchado por un tiempo, señora. Partió justo ués de nuestra llegada. Nos recomendó que la cuidáramos a 2d hasta que se sintiera mejor y que luego la lleváramos en el carruaje a la casa de su señor padre.

Erienne dejó la taza cuando un súbito sentimiento de pánico la embargó.

-Preferiría no regresar a Mawbry. Si no es demasiada molestia, les ro... les rogaría que me llevaran a otra parte. No impbrta dónde.

--Oh, no señora. El amo fue muy firme cuando dijo que la regresáramos a usted con su padre. Cuando esté lista, debemos ponerla en el coche y entregarla directamente a él.

Erienne observó a la mujer, preguntándose si ella o lord Saxcon sabían adónde pretendían enviarla de regreso.

-¿Está usted segura de que su amo desea que yo regrese con Mi padre? ¿No podría haber algún error?

-Lo siento, señora. Las órdenes de su señoría fueron muy claras. Usted debe ser llevada junto a su padre.

Erierme se sintió atrapada por una tormentosa desesperación y se dejó caer sobre las almohadas. Era en verdad deprimente

pensar que, luego de haber logrado escapar de las garras de su progenitor, fuera llevada nuevamente a él, debido al simple capricho de un hombre al que ella ni siquiera conocía. Sin duda, era el destino cruel lo que la había llevado hasta ese lugar. De hecho, si Sócrates no se hubiera lanzado a correr entre los galgo$_s$, provocando así sus ladridos, tal vez lord Saxton no se le hubiese acercado en absoluto. Muy probablemente, ella no hubiera logrado sobrevivir, pero, en el presente momento, prefería la muerte antes que casarse ya fuera con Harford Newton, o con Smedley Goodfield.

Aggie Kendall no encontró palabras para conciliar a la joven con las órdenes de su amo, y se retiró sigilosamente de la habitación. Erienne estaba tan concentrada en su actual situación, que apenas advirtió la salida de la dama. Exhausta por su penosa experiencia y

asaltada por una abrumadora depresión, la joven pasó el resto de la mañana llorando y durmiendo.

Al mediodía le llevaron una bandeja y, aunque su apetito era escaso, se obligó a comer. La comida la ayudó a reavivar algo de su adormilado espíritu, y le preguntó a Aggie si podía conseguirle un cántaro de agua para tomar un baño.

-Me encantará traérselo yo misma, señora -respondió el ama de llaves con tono jovial. Ansiosa por complacer a la joven, la mujer abrió el armario y extrajo un vestido raído que Erienne enseguida reconoció. La muchacha se sorprendió al ver toda su ropa prolijamente colocada en el ropero. Aggie le siguió la mirada y le respondió la silenciosa pregunta-. El amo las acomodó, señora.

-¿El me cedió su recámara? -inquirió Erienne, curiosa por saber si ese tal lord Saxton la forzaría a compartir la habitación antes de llevarla de regreso a su padre. Ella no había olvidado su reunión con Smedley Goodfield y, si ese lord era de la misma calaña, sabía que no estaría muy segura en su dormitorio.

-No es que se la haya cedo, señora. Puesto que el amo acababa de llegar, aún no se había instalado en ninguna habitación en particular, aunque ésta era la recámara del antiguo lord. Como usted habrá notado -Aggie revoleó una mano para señalar el cuarto-, ha estado mucho tiempo desocupada. -Miró en derredor con aire pensativo y dejó escapar un suspiro melancólico-. Yo estaba aquí cuando el amo nació, cuando el antiguo lord y su dama ocupaban estos cuartos. Desde entonces, han sucedido muchas cosas, y es muy triste ver cómo el tiempo y. la negligencia han estropeado la mansión. -Por un instante, miro con añoranza a través de la ventana; luego, pareció detener sus erráticos pensamientos y sonrió alegremente, para volver a ob

servar a Erienne, no sin antes secarse las lágrimas que habían comenzado a asomar a sus ojos-. Esta vez, nos quedaremos, señora. El amo lo aseguró. Limpiaremos y fregaremos la mansión hasta que vuelva a brillar como antes. No volverán a echarnos de aquí.

Como avergonzada por su propia locuacidad, Aggie se giró y salió apresuradamente de la habitación, dejando a Erienne sumamente desconcertada. En el tiempo en que su familia se había mudado a Mawbry, circulaban numerosas historias acerca de los Saxton y su mansión. Dado que entonces era una extraña en el condado del norte, no había prestado demasiada atención a los comentarios. Y ahora le resultaba imposible recordar los detalles, sólo el hecho de que todos habían imputado a los bandidos escoceses el incendio de la casa.

Llegó el agua para el baño, así como toallas limpias de lino y una pastilla de jabón. Aggie trabajó con ahínco para colocar todo cerca de la cama, aun cuando Erienne no hacía más que asegurarle que ya se sentía mucho más fuerte. Sin embargo, la mujer estaba ansiosa en obedecer las órdenes de su amo, que establecían que los sirvientes debían brindar especial cuidado a la huésped.

Con cierta timidez por revelar su cuerpo desnudo, Erienne aguardó a que el ama de llaves se retirara para comenzar a bañarse. Se arrastró hasta el borde de la cama y, con sumo cuidado, se puso de pie. Las piernas le temblaron y le latió la cabeza, y transcurrió un largo rato antes de que la habitación dejara de balancearse. Se percató de que no había juzgado bien sus propias fuerzas, pero estaba resuelta a vestirse sin ayuda y, si lord Saxton había regresado, lo buscaría para exponerle su caso.

Luego de reflexionar sobre la situación, Erienne llegó, a la conclusión de que su única esperanza era implorar por su libertad. Tal vez lord Saxton, ignorando los planes del señor Fleming, creía estar realizando un acto honorable al enviar a la joven de regreso a su casa. Si ella le mostraba la realidad de los hechos, quizás el hombre fuera capaz de compadecerse y permitirle continuar el viaje hacia la libertad. Y Erienne anhelaba que así fuera.

El baño le resultó reconfortante y, mientras se pasaba el trapo húmedo por la piel, tuvo la extraña sensación de que eso mismo había sido hecho recientemente por unas manos retorcidas y deformadas. Se estremeció ante la idea. Sin embargo, el pensamiento era tan ridículo, que no podía

encontrarle ningún sentido. Supuso ue sólo se trataba de una pesadilla que había soñado y desecó la impresión, al tiempo que se colocaba la enagu$_{a.}$Encontró su cepillo y su eme en el armario y, aunque se fatigaba rápidamente y debía tenerse a descansar, se desenredó con esmero todos los nudos de su cabello, para luego atarse un visible rodete en la nuca.

Se puso, entonces, su vestido azul -que desde entonces debería ser considerado el mejor-; y caminó cuidadosamente hacia la puerta.

Más allá de la recámara, era evidente que varios meses, e incluso años, habían transcurrido sin que la casa recibiera la atención y el cuidado de la servidumbre. Las telarañas formaban complicados dibujos a través de los techos abovedados de los pasillos; los muebles habían sido cubiertos con fundas que ahora ostentaban gruesas capas de polvo gris. Erienne continuó caminando, hasta que, finalmente, se encontró en el extremo superior de una escalera de caracol. Al descender, la joven penetró en lo que parecía el interior de una inmensa torre. A la izquierda, una sólida puerta de madera con un gigantesco cerrojo señalaba la entrada a la residencia. Al otro lado de una pequeña ventana de cristal, se extendía un ancho y zigzagueante sendero que accedía a la casa.

En la dirección opuesta, un corto pasillo conducía a la enorme sala de la mansión. Había allí una mujer, atareada en fregar el monumental suelo de piedra. La sirvienta se levantó al ver a Erienne y, ante la pregunta de la joven, realizó una cortés reverencia y extendió un brazo para señalar la parte trasera de la casa.

Erienne siguió las indicaciones de la criada, y guiada por el suave sonido de unas voces, empujó una pesada puerta, encontrando al ama de llaves y otras tres mujeres restaurando diligentemente la antigua cocina. Un joven se encontraba arrodillado junto a la chimenea, tratando de rascar las cenizas muertas y las costras de hollín, mientras un hombre mayor se esforzaba por lustrar una enorme tetera de cobre. El cocinero ya había limpiado una mesa y estaba preparando carne de venado y verduras para la comida de la noche.

-Buenas tardes, señora -la saludó la jovial ama de llaves, al tiempo que se limpiaba las manos con un largo delantal blanco-. Es un placer verla levantada. ¿Se siente usted algo más animada?

-Mucho mejor, gracias. -Erienne echó una mirada a su alrededor. No esperaba encontrar al amo en la cocina, pero, al menos, deseaba buscar algo que indicara su paradero-. ¿Ha regresado ya lord Saxton?

-Oh, no, señora. -La mujer se le acercó lentamente-. El amo dijo que estaría ausente varios días.

-Oh. -Erienne frunció el entrecejo, sumamente desilusionada. Ya no tendría oportunidad de discutir su caso, antes de que los sirvientes la llevasen de regreso a la casa de su padre. -¿Señora?

Erienne levantó la mirada. -¿Sí?

-¿Necesita usted algo?

La joven dejó escapar un suspiro.

-No, nada por el momento. Si no le importa, voy a caminar alrededor de la mansión para echar una mirada al lugar. -Oh, desde luego, señora -respondió Aggie-. Si llega a necesitar algo, no deje de avisarme. Yo estaré ocupada aquí durante un largo rato.

Erienne asintió y regresó a la sala. La criada y su tabla de madera se habían marchado, pero el cepillo aún seguía en una tinaja de agua sobre el piso, indicando que la niña pronto estaría de regreso. Se gun el estado de la residencia, era fácil suponer que los sirvientes iban a estar ocupados en sus tareas de limpieza durante un largo tiempo. De hecho -la idea se encendió súbitamente en la mente de Erienne-, estarían tan atareados que, tal vez, ni siquiera notaran su ausencia si ella escapaba.

Erienne dejó de lado su debilidad y sus dolores al pensar que, si no huía en ese momento, podría verse forzada a desposarse con Harford Newton, el ratón gris, o con Smedley Goodfield, el enano libidinoso. Abrió la puerta de entrada e hizo una mueca el oír el delatador chirrido de los goznes. Aguardó con el corazón en la garganta hasta estar segura

de que nadie se acercaba a investigar. Dio un vistazo al exterior y descubrió que los establos se encontraban al oeste de la casa. La parte trasera de un inmenso carruaje negro se pro y ectaba entre las puertas abiertas. Desde donde ella se encontraba, parecía bastante fácil penetrar en el establo para ver si allí se hallaba Sócrates.

Estaba a punto de salir, cuando un joven salió del granero cargando un cubo de madera y un cepillo de mango largo. Erienne a ardó un instante, y el muchacho comenzó a limpiar el lodo y la mugre de la parte trasera del coche. La joven miró en derredor y advirtió que ya no había tiempo de idear otro plan, ya que la criada estaba caminando hacia la casa con el cubo de madera rebosante de agua. Al ver que la niña se acercaba presurosa a la entrada, Erienne cerró rápidamente la puerta y, más débil que antes, trepó las escaleras y alcanzó el segundo descanso, antes de que el portal volviera a abrirse.

En busca de otra salida, recorrió los pasillos y vestíbulos del piso superior, abriendo y cerrando puertas una y otra vez, pero sus esfuerzos resultaron inútiles, ya que sólo conducían a otras salas o recámaras. Sus fuerzas se desvanecían progresivament$_e$, pero la imagen de Harford Newton la animó a continuar. Llegó a una amplia galería. Allí, como en las otras habitaciones, faltaba aún hacer la limpieza; le llamaron la atención unas huellas de pisadas masculinas, que atravesaban el cuarto formando una serie de hileras. Una de ellas conducía hasta el otro lado de la habitación, donde se levantaba una gigantesca puerta de madera cerrada con tablas. Otra serie de pisadas regresaba, dándole pocas esperanzas de encontrar una salida a través de ese camino. Empero, se sintió picada en su curiosidad, y quiso averiguar qué se ocultaba detrás de esos tablones.

Sin embar o, reflexionó seriamente antes de probar la puerta. Si había algo etrás de ella que necesitaba ser guardado bajo llave, podría cometer una tontería si intentaba abrirla. Había oído comentarios acerca de fantasmas que moraban en Saxton Hall y, si bien ella jamás había prestado demasiada atención a tales historias, no deseaba desafiar a su suerte, en especial, cuando se sentía tan débil para escapar.

Las imágenes de Smedley y Harford le volvieron a la mente y la impulsaron a caminar hacia la puerta. Con dedos temblorosos, tocó las tablas que la atrancaban y le sorprendió descubrir que se encontraban lo suficientemente flojas como para retirarlas con facilidad. Sin embargo, puesto que no sabía con qué podría encontrarse del otro lado, decidió actuar con cautela. Acercó el oído y golpeó ligeramente la superficie de la puerta, al tiempo que preguntó en voz baja:

-¿Hay alguien allí?

Ningún penoso gemido ni chillido aterrador respondió a su llamada, pero el hecho no logró tranquilizarla demasiado. Volvió a golpear, esta vez con más fuerza, pero siguió sin obtener ninguna respuesta. Sin poder desechar de la mente las imágenes del enano y el ratón, se armó de coraje y retiró las tablas.

La puerta en sí parecía bastante nueva, como si acabara de ser colocada en reemplazo de otra más vieja. Giró una enorme llave que había en el cerrojo y empujó. Para su asombro, los rayos del sol inundaron la galería, y descubrió que se hallaba de pie, frente a la entrada de un balcón. El lugar estaba ennegrecido y chamuscado, como si se hubiera quemado. Caminó hacia el borde y ahogó una exclamación: allí abajo, se extendían las ruinas incendiadas de lo que había sido una importante ala de la casa.

De pronto, sintió que las piedras que la sostenían empezaban a ceder y, con un fuerte chirrido, se desmoronaban. Unas cuantas rocas se derrumbaron para sumarse a la montaña de cenizas que se encontraba abajo y, por un terrible instante, Erienne pensó que ella misma las seguiría en la caída. Presa del pánico, se abalanzó hacia la puerta, mientras las piedras del borde continuaban desmoronándose. Inquieta y aturdida, cerró la puerta y volvió a cerrarla con la llave. Las piernas le temblaban cuando se apoyó débilmente contra el muro. Sólo entonces, comprendió or qué la puerta había sido atrancada de esa forma. Sin duda, original había sido atrapada por las llamas del incendio y, al reemplazarla, se habían agregado unas tablas a la nueva para impedir el paso

de algún inocente intruso. Erienne era de la idea de que debería haberse tomado alguna medida para detener también a los curiosos.

Con una cantidad de preguntas triturándose en el molino de la mente, la joven regresó a la recámara. Ya no se sentía con fuerzas para continuar la búsqueda, aun con los rostros de Smedley y Harford acosándola. Se tendió sobre la cama totalmente vestida y se cubrió con la colcha de piel. Sólo le restaba esperar que, en algún momento durante la noche, tuviera oportunidad de deslizarse hacia los establos, liberar a Sócrates y escapar.

Al anochecer, le llevaron una bandeja de comida y, algo más tarde, Aggie regresó para ayudarla a cambiarse, cargando un vaso de ponche tibio.

-Esto le calmará los dolores y la ayudará a recuperar energías. Por la mañana, verá que vuelve usted a sentirse tan bien como antes, señora.

Erienne probó un sorbo de la bebida y la encontró muy sabrosa y reconfortante.

Aggie soltó una breve risita y abrió las cobijas de la cama. -Con ese ponche, no le resultará difícil dormirse, señora. Es sabido que cura los cuerpos débiles y las noches de insomnio. Erienne se acurrucó en la suavidad de las sábanas y se sorprendió al advertir que la tensión comenzaba a abandonar sus doloridos músculos. Casi ronronea de placer, y se preguntó vagamente cuál era la razón por la que había decidido resistirse al sueño que, con rapidez, comenzaba a embargarla.

Un viento helado, violento, barría las nubes lanudas que surcaban el cielo matutino, mientras Erienne aguardaba tristemente a que el cochero se situara en su asiento. Era innegable

que viajaría a Mawbry de manera muy elegante. El inmenso carruaje negro era antiguo, pero lujoso y cómodo.

El carruaje se hundió al recibir el peso del cochero. Erienne se reclinó sobre los almohadones de pana y exhaló un suspiro. Su capa, ya limpia y seca, le servía de abrigo contra el helado clima, pero no lograba combatir la frialdad que invadía su corazón.

Al ver a Sócrates trotando detrás del carruaje, toda la gente de Mawbry se acercó corriendo. El propio coche despertó su curiosidad, ya que el enorme, elegante vehículo con su lujosa

cimera forjada no era totalmente desconocido para ellos, aun cuando habían transcurrido tres años desde que lo habían visto por última vez.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la casa del alcalde, la multitud ya se había congregado en derredor, y el padre de Erienne, que había corrido apresuradamente desde la posada, tuvo que abrirse camino entre los anonadados vecinos para llegar el centro del círculo.

Farrell salió de la casa justo a tiempo para recibir las riendas de Sócrates y observó admirado al lacayo, que abrió la portezuela del coche para permitir que saliera Erienne. Al ver a su hija, Avery Fleming separó las piernas y colocó los brazos en jarras. No intentó realizar ningún esfuerzo para suavizar el agudo tono de su voz.

-¡Conque aquí estás, endiablada mocosuela! Has regresado a mí, eso has hecho. Y supongo que tendrás una linda historia para explicarme dónde has estado durante esta última semana.

Erienne se com ort [1] de manera fría v distante. No le agradaba ser insultada rente a los vecinos de la aldea. Su padre ya conocía la razón que la había impulsado a escaparse, y su respuesta fue simple, casi brusca.

-Llevé a Sócrates a dar un largo paseo.

-¡Un largo paseo! ¡Has estado cinco días fuera de casa y me vienes con eso! ¡Ja! ¡Tú te habías escapado! -La miró con ojos suspicaces-. Me pregunto por qué has regresado. Creí que no volvería a verte jamás, pero aquí llegas, en un lujoso carruaje, como si fueras una maldita princesa que viene a visitar a sus súbditos.

La respuesta de Erienne reveló algo de su cólera.

-De haber tenido alternativa, jamás hubiera regresado. Lord Saxton... -Una exclamación ahogada por parte de los espectadores la detuvo y, al mirar a su alrededor, se percató de que todos los vecinos aguardaban ansiosos sus siguientes palabras-. Lord Saxton se hizo cargo del asunto y ordenó a sus sirvientes que me trajeran de regreso. -Se topo con los ojos de Avery, y enarcó sus delineadas cejas-. Sin duda, un amigo tuyo, padre.

-No ha habido ningún lord Saxton desde que murió quemado en el incendio-profirió él con cólera-. ¡Estás mintiendo! -Estás equivocado, padre. -Esbozó una triste sonrisa-. Lord Saxton no está muerto, sino vivo.

-¡Hay testigos que le vieron en la ventana con el fuego consumiéndole la espalda! -sostuvo Avery-. ¡No puede estar vivo!

-Sin duda, lo está -respondió Erienne con calma-. Está viviendo en Saxton Hall con un plantel de sirvientes... -¡Entonces, debe de ser un fantasma! -se mofó su padre¡o alguien que te está jugando una broma! ¿Qué aspecto tenía el hombre?

-En realidad, nunca llegué a verlo claramente. Su rostro siempre estaba oculto en las sombras... o cubierto con algo. -Una rápida y fugaz imagen de una oscura figura dibujada contra la luz la impulsó a agregar-: Parecía listado o deforme... -Un murmullo se extendió por entre los vecinos de la aldea y algunos de ellos se persignaron. Erienne se apresuró a explicar-: No estoy muy segura de lo que vi. Me golpeé la cabeza y todo estaba muy oscuro. He podido haberlo imaginado.

-¿Intentas decirme que, durante casi toda una semana, no has podido ver al hombre? -Avery soltó una risa burlona-. Debes pensar que soy un tonto, niña, si esperas que crea ese cuento.

-No tengo por qué mentir -afirmó Erienne.

El lacayo colocó el bolso y la montura de la muchacha junto al portal de la casa y regresó a cerrar la portezuela del carruaje. -¡Eh, usted! -Avery apuntó al hombre con el dedo y miró de soslayo a los vecinos, esperanzado en poner fin a la descabellada historia de su hija-. ¿Podría usted decirnos qué aspecto tiene... eh... su amo?

-No estoy muy seguro, señor. Avery quedó desconcertado. -¿Cómo?

-Hace tres años que no lo veo.

-¿Cómo es posible que no lo haya visto? Usted trabaja para él, ¿no es así?

-No tuve oportunidad de ver a lord Saxton desde que regresé a Saxton Hall.

-Entonces, ¿cómo sabe que está trabajando para lord Saxton?

-Me lo dijo la señora Kendall, señor, ella sí lo vio. -¿La señora Kendall? -Avery frunció el ceño. Erienne se apresuró a suministrar la información.

-Es el ama de llaves de lord Saxton.

Las cejas de Avery se unieron en un gesto ofuscado. No podía entender lo que esos dos sostenían, y sospechaba que estaban intentando hacerlo pasar por tonto. Sacudió la mano con rudeza para indicar a Erienne que entrara en la casa. Cuando la joven se hubo retirado, él volvió a dirigirse al lacayo.

-No conozco a su amo, ni tampoco entiendo sus razones, pero puede usted agradecerle, a quienquiera que sea, por devolverme a mi hija. Será bienvenido en mi casa, si alguna vez decide visitar nuestra aldea de Mawbry.

El coche se alejó en dirección al norte. El grupo de aldeanos se dispersó, con una buena historia que relatar y en la cual podrían explayarse. El incendio de Saxton Hall se había desvanecido en sus memorias. Los detalles habían sido olvidados, pero ese hecho no les impediría narrar lo sucedido como si lo recordaran con precisión.

El alcalde lanzó una mirada ceñuda a su hijo, que permanecía inmóvil, sujetando aún las riendas de Sócrates.

-Pon ese animal donde tu hermana no pueda volver a cogerlo, o haré que lo devoren los perros.

Avery caminó hacia la casa y cerró violentamente la puerta detrás de sí, encontrando a Erienne, que aguardaba al pie de las escaleras. El hombre cruzó los brazos a la altura del pecho y preguntó:

-Ahora, mi agraciada muchachita, estoy dispuesto a escuchar tus razones para haberte escapado de mi casa.

La joven se volvió ligeramente y alzó el mentón al responder. -Decidí que ya no deseaba seguir sometiéndome a tus caprichos. Tenía pensado conseguir un empleo donde pudiera encontrarlo, y andar mi propio camino por el mundo. Nunca hubiera regresado si lord Saxton no hubiese ordenado que me trajeran de vuelta a casa.

Los ojos de Avery perforaron a la niña.

-Bueno, mocosita, puesto que te has propuesto desobedecer a tu propio padre, no me queda otra alternativa más que quitarte toda mi confianza. Estuve preocupado, de veras inquieto, con la subasta a sólo un par de días de distancia y todos los hombres de la aldea preguntándose si les estaría engañando.

Erienne respondió con valentía.

-Comprendo tu terrible preocupación, padre, de veras. Pero, a diferencia del mío, tu tormento fue provocado por ti. En cambio, todas mis desgracias fueron causadas por otro.

-¡Causadas por otro! ¿Causadas por otro, dices? -gruñó Avery con el rostro rojo por la ira-. Te he cuidado todos estos

meses desde que murió tu madre. Te he dado todo lo que he podido: alimento para llenar tu barriga y un techo para cubrir tu cabeza, y hasta algún vestido de tanto en tanto sólo para hacerte feliz. -Ignoró la suave risa burlona de su hija y prosiguió-. Y también he hecho todo lo posible para encontrarte un buen esposo.

-¿Un buen esposo? ¿Así llamas a un flacucho enclenque, o a un obeso que apenas si puede contarse los dedos de los pies? ¿A un ratón aboso con manos pegajosas? ¿O a un solterón demasiado viejo para buscarse una esposa por sus propios medios? ¿Un buen esposo, dices? -Rió con desprecio-. Yo diría, más bien, una buena fortuna para un hombre desesperado.

-Llámalo como quieras -refunfuñó su padre-, pero hasta que te vayas de esta casa, encontrarás la puerta de tu cuarto cerrada con llave durante la noche. No irás a ninguna parte si no es con Farrell o conmigo... Luego, vendrá la subasta y veremos qué precio me ofrecen por ti.

-Ahora, me retiraré a mi habitación -anunció Erienne de manera tajante-. Y permaneceré allí, aunque no cierres la puerta con llave. Y, luego, iré a la subasta. Pero te sugiero que hagas todos los arreglos por adelantado. La boda deberá celebrarse al día siguiente, porque no pienso quedarme en esta casa más que una sola noche después de haber sido vendida. Y, una vez que me haya marchado, dejarás de tener autoridad sobre mí, porque ya no te reconoceré como padre.

## CAPÍTULO 7

Durante treinta minutos antes de la hora señalada, Farrell se mantuvo en pie, frente a la posada, para llamar a todo aquél que pasara.

-¡Eh, usted! ¡Oiga! La subasta de la hija del alcalde está a punto de comenzar. ¡Oiga! ¡Oiga! Únase al grupo. Haga sus ofertas por la mano de la joven.

Erienne se estremecía cada vez que los quejumbrosos avisos de su hermano penetraban por la ventana abierta de su dormitorio. En pocos minutos, se encontraría sobre la plataforma y no tendría alternativa más que tolerar las miradas escudriñadoras de los hombres. La multitud comenzaba a agolparse frente a la posada.

Sin lugar a dudas, muchos de ellos se sumaban al grupo por curiosidad, más que por el deseo de participar en la subasta. Después de ese día, muv difícilmente los aldeanos de Mawbry llegarían a olvidar a los Fleming. Ciertamente, era esto lo único que su padre

había hecho para garantizar su fama, ya que había dedicado la mayor parte de su tiempo a sus propios placeres, sin intentar erigirse como un alcalde memorable.

Erienne cerró la ventana. Ese día sería vendida y al siguiente desposada. Ya había aceptado esa realidad. Aún no sabía si sería capaz de tolerar a su marido, y sólo rogaba que no se tratara de Smedley Goodfield ni de Harford Newton.

Se alisó distraídamente un bucle que le había caído sobre la frente. Para desafiar las órdenes de su padre acerca de dejarse la melena suelta, se había recogido su cabello negro con el habitual moño sujeto en la nuca. Pretendía parecerse a una solterona madura, pero no lograba en absoluto alcanzar su cometido. Su suave y extraordinaria belleza permanecería joven durante muchos años más y, con el cabello recogido, la perfección de sus delicados rasgos y el contorno ovalado de su rostro resultaban aún más evidentes.

Comenzó a descender lentamente la escalera, al pie de la cual aguardaba su padre.

-Por fin -gruñó él-. Creí que tendría que subir a buscarte

-No tenías necesidad de preocuparte, padre -respondió ella con tono suave-. Te prometí que iría a la subasta.

Erienne se colocó la capa de lana y se cubrió la cabeza con la capucha, no sólo para protegerse de las miradas curiosas, sino tambien ara ocultar la palidez de su rostro. Se sentía herida en su orgullo, pero el temor de lo que podría depararle el destino la acobardaba profundamente. Había dado su palabra de que asistiría a la subasta y desposaría al hombre que la comprara: sin embargo, su promesa no eliminaba sus miedos v ansiedades.

El carruaje de lord Talbot se encontraba a un lado del camino cerca de la casa de los Fleming, y cuando Avery estiró el cuello para espiar en el interior, el rostro de Claudia apareció en la ventanilla. La joven miró a Erienne con una sonrisa condescendiente en los labios.

-Mi querida Erienne, deseo que tengas la buena suerte de encontrar un esposo en ese grupo de almas descarriadas. Al parecer, has despertado el interés de todos los sinvergüenzas acaudalados de nuestra sociedad. Me complace no estar en tu lugar.

Erienne ignoró el comentario y continuó su camino. La risa desafiante de la mujer la impulsó a aceptar su destino con la mayor dignidad posible. ¿Qué otra cosa podía hacer cuando sabía que ninguna plegaria podría surtir efecto alguno?

El habitual grupo de aldeanos se encontraba presente en la reunión, a la cual se habían sumado, también, unos cuantos extraños. Cuando Erienne se acercó, los hombres la observaron detenidamente y las sonrisas que iluminaron sus rostros revelaron que sus mentes marchaban a toda velocidad. Si, alguna vez, ella se había sentido desnuda bajo la mirada de Christopher, los ojos lascivos de esos canallas la hacían sentir indecente.

Farrell había construido una pequeña plataforma delante de la posada y, cuando la multitud se separó para darle paso, la muchacha fijó la mirada sobre la estructura, a fin de evitar toparse con los rostros que tanto temía encontrar. No deseaba ver a Harford, Smedley, o a cualquiera de los otros pretendientes que había rechazado.

Muy aturdida, Erienne avanzó para subir los peldaños y, en medio de su confusión, encontró una mano preparada para ayudarla. Era una mano fuerte, delgada, y su piel bronceada contrastaba con el delicado puño blanco de la camisa. Al verla, el corazón le dio un vuelco y, aun antes de levantar la mirada, supo que, a su lado, encontraría la figura de Christopher Seton. Estaba en lo cierto, y la imagen de ese hombre tan apuesto la dejó sin aliento

Avery se abrió paso entre ambos con rudeza.

-Señor Seton, si ha leído el anuncio, sabrá que no le será permitido participar en la subasta.

Christopher asintió con un breve movimiento de cabeza, y una sonrisa burlona se dibujó en sus labios.

-Ha sido usted muy claro en ese punto, señor. -Entonces, ¿por qué ha venido?

Christopher soltó una carcajada.

-Bueno, cierto interés financiero me une a los acontecimientos. Como recordará, se trata de una deuda de juego que usted prometió pagar.

-¡Ya se lo dije! -bramó Avery-. ¡Usted obtendrá su dinero!

Christopher buscó en el interior de su chaqueta y extrajo un fajo de papeles cuidadosamente atados.

-Si la memoria no le falla, alcalde, podrá usted reconocer estos documentos como evidencia de las deudas que dejó impagadas en Londres.

Avery observó estupefacto al caballero, sin poder expresar una respuesta, o una negativa.

Christopher desplegó los pergaminos y señaló el nombre que se hallaba cuidadosamente escrito en cada uno de ellos.

-Es ésta su firma, según creo.

Luego de una breve, vacilante mirada, Avery enrojeció de ira. -¿Qué significa esto? ¿Qué pueden interesarle a usted estos papeles?

-Las deudas son de sumo interés para mi -respondió Christopher con tono afable-. Con mi dinero he pagado a los comerciantes de Londres y de esa forma sus obligaciones para conmigo, señor alcalde, se han incrementado.

Avery no podía salir de su asombro.

-¿Y por qué ha hecho usted semejante cosa?

-Oh, me doy cuenta de que no puede usted pagarme en este momento, pero estoy dispuesto a ser generoso. No acostumbro a tomar decisiones precipitadas cuando se trata de una relación duradera, pero usted me ha presionado. A cambio de la mano de su hija, le daré un documento que certifique el pago de estas deudas.

-¡Jamás! -gritó Farrell, extrayendo una exclamación de sorpresa de los labios de Erienne. El muchacho se encontraba de pie al borde de la plataforma y sacudía el puño en dirección a Christopher-. ¡Nunca permitiré que mi hermana se case con un canalla como usted!

Christopher alzó los ojos para mirar al joven con expresión burlona.

-¿Por qué no le pregunta a su hermana qué le agradaría hacer?

-¡Yo mismo lo mataría antes de permitirle que se casara con ella! -gruñó Farrell-. Tómelo como una advertencia, señor Seton.

Christopher dejó escapar una risa irónica.

-Sea más cuidadoso con sus amenazas, señor. No creo que pudiera usted tolerar la pérdida de otro brazo.

-Usted tuvo suerte esa vez. Pero eso no volverá a suceder -rugió Farrell ferozmente.

-De acuerdo con sus antecedentes, creo que, en realidad, no tengo que preocuparme demasiado. -Christopher se volvió hacia Avery, ignorando abruptamente al muchacho-. Le sugiero que considere usted mi oferta, alcalde. Puede elegir entre arriesgarse a obtener una considerable suma de dinero con la venta de su hija en la subasta, o entregármela ahora como pago de todas sus deudas.

Erienne recordó las noches que había pasado sentada junto a la cama de su hermano, mientras el muchacho se retorcía de dolor. Ella había jurado vengarse de ese yanqui, el mismo que ahora exigía su mano o el pago de una deuda, como si no le importara cu de los dos obtendría. ¿Podía ese hombre ser tan arrogante como para suponer que ella caería rendida a sus pies en una muestra de gratitud, después de todo lo que él había hecho a su familia y cuando jamás se había dignado a mencionarle una promesa de amor o devoción? Con un tono de voz vacilante, Erienne inquirió:

-¿Acaso tomaría usted por esposa a alguien que lo detesta? Christopher la observó por un instante, antes de formular su propia pre unta.

-¿Preferiría acaso desposarse con alguno de los hombres que veo yo aquí?

La joven bajó la mirada, ya que él había sabido apuntar a la raíz de su congoja.

-Ella correrá el riesgo -gruñó Avery-. Hay muchos aquí que estarían dispuestos a pagar un alto precio por una esposa tan bella. Además, me vería en un serio problema si decepcionara a los caballeros aquí presentes, entregándosela a usted antes de que ellos tuvieran oportunidad de probar su suerte. Dado que muchos de estos hombres son amigos míos, no me parece correcto engañarlos de esa forma. -Asintió con la cabeza para confirmar su declaración-. No puedo engañar asi a mis amigos.

Christopher volvió a guardar los documentos en el bolsillo de su chaqueta.

-Ha hecho usted su elección; a mí, sólo me resta aguardar el resultado. Puede estar seguro de que, sólo con el reembolso total de las deudas, consideraré solucionado este asunto. -Se tocó levemente el ala del sombrero-. Los veré más tarde, entonces.

Avery empujó a su azorada hija, forzándola a subir los escalones. Fue un momento difícil para Erienne. Deseaba conservar un aire despectivo, enfrentarse a todos esos hombres con sereno desafío, pero su machacado orgullo y una penosa desconfianza en el futuro acosaron sus sentidos. Momentáneamente enceguecida por un torrente de lágrimas, tropezó con el borde del vestido. Una vez más, encontró una mano poderosa dispuesta a ayudarla. Unos dedos largos la tomaron del hombro y la sujetaron con firmeza, hasta que ella logró recuperar el equilibrio. Furiosa consigo misma por tal demostración de debilidad, Erienne levantó el mentón y se encontró con los ojos verdes, que la observaban con expresión compasiva. Esto fue demasiado para ella.

-Por favor... no... no me toque -susurró.

Christopher retiró la mano y soltó una risa breve, despectiva. -Cuando diga eso a su marido, mi querida, recuerde ser algo más autoritaria. Tal vez le resulte más efectivo.

Se apartó con paso decidido, y Erienne lo observó alejarse a través de un manto de lágrimas. En ese mismo instante, el carruaje de los Talbot se detuvo junto al yanqui y el rostro de Claudia volvió a aparecer por la ventanilla.

-Christopher, ¿qué está haciendo aquí? -preguntó la joven con tono ofendido, mientras él se acercaba al coche-. No me dirá que ha venido a comprar una esposa. Sin duda, un hombre de su clase y su fortuna puede aspirar a algo mejor que a una simple Erienne Fleming.

A Christopher no le fue difícil imaginar a quién se refería la muchacha.

-Vine a cobrar una deuda. Claudia rió con alivio.

-Bueno, eso me parece comprensible. Lo otro me preocupaba sobremanera. Creí que había perdido usted la razón. Una suave sonrisa curvó los labios del joven.

-No completamente.

-Vamos, caballeros -animó Avery-. Vengan a deleitarse con esta encantadora belleza. Nunca verán a nadie que pueda comparársele una vez que ella hay sido vendida. Acérquense y mírenla. La subasta comenzará apenas dentro de unos minutos.

Avery tomó la capa de Erienne y, cuando ella intentó sujetarla, él rió con expresión burlona y se la arrebató de las manos.

Un estridente rugido de aprobación provino de la audiencia y los ávidos ojos de los hombres se posaron sobre el premio. Entusiasmado, el alcalde soltó el firme moño de Erienne, para que el oscuro cabello de seda le cayera sobre los hombros.

-Observen, caballeros. ¿Acaso esta muchacha no vale una fortuna?

Erienne endureció la mandíbula, y sus ojos se toparon con un mar de miradas lascivas. Sintió una terrible comezón en todo el cuerpo y tuvo que luchar para sobreponerse a un duro momento de pánico. Alzó la cabeza y contuvo la respiración al encontrar la atenta mirada de Christopher. De pronto, deseó no haber sido tan orgullosa y tan tonta como para despreciar la oferta de ese hombre, ya que no lograba ver un solo ser entre la audiencia que no le causara un tremendo malestar de estómago.

Claudia entornó los ojos al advertir hacia dónde iba dirigida la mirada de Christopher. Se aclaró la garganta y sonrió amablemente cuando él se giró.

-Me agradaría invitarle a un paseo por la campiña, Christopher, pero parece usted muy interesado en la subasta. Tal vez preferiría permanecer aquí. -Con un destellante brillo en los ojos, aguardó una negativa.

-Discúlpeme, señorita Talbot. -Una breve sonrisa rozó los labios de Christopher-. Pero se me debe una considerable suma de dinero, y puede que ésta sea mi única oportunidad de recuperarlo.

-Oh, ya veo. -Se sentía agraviada por el rechazo, pero logró ocultar su fastidio-. Lo dejaré que atienda sus negocios, entonces. -No pudo evitar formular una esperanzada pregunta-. ¿Lo veré más tarde?

-Me marcharé de Mawbry esta misma tarde. Para entonces, habré terminado mis negocios aquí, y no sé cuándo regresaré. -¡Oh, pero tiene que volver! -exclamó ella-. ¿Cuándo volveré a verlo si no regresa?

Christopher trató de disimular su sonrisa divertida ante la falta de discreción de la joven.

-Conservaré mi habitación en la posada. No pasará mucho tiempo antes de que regrese.

Claudia exhaló un suspiro de alivio.

-No deje de avisarme cuando venga, Christopher. Ofreceremos una fiesta durante el invierno y supongo que usted no querrá perdérsela. -Se le congeló la sonrisa cuando él miró por encima del hombro sin ofrecer una respuesta. La muchacha co***menzaba*** a sospechar ue los negocios del hombre giraban alrededor de la hija del alcalde-. Debo marcharme, Christopher,

pero si llegara a cambiar sus planes con respecto a su viaje, estaré sola en casa durante toda la noche. -Sus labios se curvaron en una tímida sonrisa-. Mi padre continúa aún en Londres y estará ausente por algún tiempo.

-Lo recordaré -respondió Christopher y saludó con el sombrero-. Buenos días.

Claudia inclinó la cabeza brevemente en un gesto de despedida, irritada ante la indiferencia de ese hombre, que no había hecho ningún esfuerzo por retenerla.

Se consoló con la idea de que, si él estaba interesado en Erienne, perdía su tiempo. Después de la subasta, la muchacha se convertiría en la esposa de otro hombre y quedaría fuera de su alcance.

El carruaje se alejó por el camino, y Christopher se dispuso a concentrar toda su atención en el evento, inclinándose sobre un poste con los ojos fijos en la hija del alcalde.

-Caballeros, han venido hasta aquí con la esperanza de encontrar una esposa, y esta muchacha, en pocos minutos, pasará a ser la esposa... ¡de uno de ustedes! -Avery rió, señalando con el dedo a aquéllos que se apretujaban por conseguir una mejor visión. El alcalde adoptó una pose solemne y se tomó las solapas del abrigo-. Ahora bien, le prometí a la joven que todos ustedes, caballeros, sólo se le acercarían con intención de desposarla, y espero que no me permitan faltar a mi palabra. Yo mismo seré testigo de la boda y no toleraré ninguna jugarreta. ¿Está claro?

Erienne se estremeció cuando sus ojos se toparon con el hombre a quien había apodado «el ratón gris». El se había abierto camino hasta llegar a la primera fila y su complacida sonrisa lo delató como uno de los más interesados participantes. Si ese hombre hacía la oferta más tentadora, sin duda, pretendería una recompensa por haber sido rechazado en su primera visita a la casa del alcalde, y Erienne jamás volvería a tener un pacífico día o una noche serena.

La joven recorrió con la mirada los numerosos rostros de ¡a audiencia. Smedley Goodfield, al menos, no se encontraba en el grupo, pero Silas Chambers se hallaba presente. Su modesto carruaje estaba aparcado junto al camino y el viejo, enjuto cochero temblaba bajo su chaqueta raída.

En su mayoría, los hombres que se habían congregado alrededor de la p ataforma no parecían poseer grandes fortunas. Todos ellos tenían su atención concentrada en la joven, excepto un individuo canoso, elegantemente vestido, que había transportado una= silla plegable sobre la cual se encontraba sentado con mirada fija en un libro que tenía abierto sobre las rodillas.

En apariencia, el hombre se hallaba totalmente absorto en las cifras escritas en las páginas.

Avery extendió los brazos para pedir silencio.

-Ahora bien, caballeros, como sabrán, me encuentro penosarrtente acosado por mis acreedores, de otra forma, jamás hubiera organizado esta subasta. Pero ellos no dejan de presionarme, y éste, incluso -señaló con el dedo a Christopher Seton-, ha venido hasta mi casa para exigirme el pago de mis deudas. Teman piedad de mí y de esta joven mujer que jamás ha manteni o relaciones con un hombre. Ella ha sido una bendición para Farrell y para mí durante estos últimos años, desde que aconteció la muerte de su pobre madre. Pero ha llegado el momento en que la muchacha debe desposarse y desembarazarse de la ardua tarea de cuidar de su familia. Poi lo tanto, les ruego, caballeros, que sean generosos en sus ofertas. Acérquense todos aquellos que hayan venido hasta aquí con serias intenciones. Adelántense. Aquí, permítanles acercarse. -Extrajo su reloj de bolsillo y se lo mostró a la audiencia-. Es casi la hora, y comenzaremos ya. ¿Qué dicen, caballeros? ¿Cuál es la primera oferta? ¿Mil libras, dicen? ¿Mil libras?

El primero en responder fue Silas Chambers, quien levantó tímidamente una mano. Con un tono vacilante, afirmó: -Sí... Sí, ofrezco mil libras.

Desde el fondo, Christopher desplegó el fajo de documentos y extrajo un par de papeles. Los agitó en el aire para atraer la atención de Avery y, en silencio, esbozó con los labios las palabras «Una miseria».

Avery enrojeció y redobló sus esfuerzos.

-Ay, caballeros, observen el premio que podrían ganar. Mi preciosa hija, de indiscutible belleza. Inteligente. Capaz de leer y escribir. Llena de talento para los números. Un motivo de orgullo para cualquier hombre.

-Mil quinientas -gritó una voz grosera entre la multitud-. Ofrezco mil quinientas libras por la moza.

-Moza, por ahora. -Avery se tornó algo irritado-. ¿Comprenden ustedes que esta venta sólo se llevará a cabo bajo promesa de matrimonio? Y habrá boda, eso puedo asegurarlo. Por lo tanto, no piensen que podrán comprar a mi hija para sumarla a algún indecoroso harén. Sólo la venderé bajo promesa de matrimonio. No quiero trampas, y me aseguraré de que no las haya. Ahora, vamos, caballeros. Anímense. Abran sus monederos, se lo ruego. Ustedes mismos pueden ver a ese hombre que espera tan ansioso. Vamos, ciertamente pueden ofrecer más de mil libras. Ciertamente, más de mil quinientas.

El hombre que se hallaba sentado en la silla plegable, elevó su pluma y dijo con tono desinteresado:

-Dos mil.

Avery se animó con la oferta.

-¡Dos mil! Dos mil ofrece el caballero. ¿Quién ofrece dos mil quinientas? ¿Dos mil quinientas?

-Eh, dos mil cien libras-dijo Silas Chambers con tono suave-. Dos mil cien. Sí, ofrezco dos mil cien.

-¡Dos mil cien, entonces! ¡Dos mil cien! ¿Alguien mejora la oferta?

-¡Dos mil trescientas! -,-exclamó Harford Newton, mientras se secaba sus gruesos labios con un pañuelo-. ¡Dos mil trescientas!

-¡Que sean dos mil trescientas, entonces! ¡Dos mil trescientas libras! Vamos, caballeros. Ni siquiera se acercan ustedes al monto de mis deudas, y debo velar también por mi bienestar y el bienestar de mi pobre hijo con su brazo inválido. Busquen en sus bolsillos. Extraigan hasta la última moneda. Hasta ahora, no han ofrecido más que dos mil trescientas libras.

-¡Dos mil cuatrocientas! -gritó la misma voz grosera desde el fondo.

Preocupado, Silas se apresuró a reafirmar su osición. -¡Dos mil quinientas! ¡Dos mil quinientas liras!

-¡Dos mil quinientas libras por aquí! -exclamó Avery-. ¡Dos mil quinientas! Ay, caballeros, se lo imploro, tengan piedad de un anciano y de su hijo inválido. Tienen delante de sus ojos a un exquisito modelo de mujer. Se lo dije antes y se lo repito ahora, un motivo de orgullo para cualquier hombre. Una compañera útil para aliviar sus tensiones, brindarles placer y obsequiarlos con numerosos niños.

Erienne se a artó de su padre al oír ese último comentario. Era consciente la mirada implacable de Christopher y, al alzar los ojos, observó que él había extraído, quizá, la mitad de los documentos del fajo, y los agitaba entre los dedos, como si también estuviera implorando a los otros que mejoraran sus ofertas. La joven sintió un punzante dolor en el pecho que le cortó la respiración. El hombre la había sorprendido con su propuesta de matrimonio, pero ahora parecía haber desechado la idea, como si, en primera instancia, hubiera pensado en la boda como una mera compensación por el dinero que se le adeudaba.

-¡Dos mil quinientas! ¿Alguien ofrece dos mil seiscientas? -instó Avery-. ¿Dos mil setecientas?

-¡Tres mil! -gritó el ratón gris.

Se oyó un fuerte murmullo entre la multitud, y las rodillas

de Erienne comenzaron a temblar. Silas Chambers se apresuró a abir su monedero y comenzó a contar su contenido. Hubo un barullo de voces en el fondo cuando el participante ebrio consultó a sus amigos. La sonrisa de Avery se ensanchó ligeramente, hasta que Christopher agitó otro documento y lo sumó al resto.

-¡Tres mil! -exclamó Avery, y levantó una mano-. ¿Quién da más? ¿Tres mil quinientas? ¿Tres mil quinientas? ¿Quién ofrece tres mil quinientas?

Un silencio respondió a la súplica del alcalde, mientras Silas continuaba contando sus monedas y los otros conversaban entre ellos. El destello en los ojos del ratón gris se tornó más brillante.

-¿Tres mil cien? Antes de que sea demasiado tarde, caballeros, les ruego que consideren el premio.

El hombre de la silla plegable cerró el libro de un golpe, colocó la pluma firmemente en su estuche y se levantó de la discutible comodidad de su asiento.

-¡Cinco mil libras!-exclamó con frialdad-. Ofrezco cinco mil.

Un repentino silencio reinó entre la multitud. Silas Chambers cesó de contar su dinero: va no podría mejorar la oferta. El rostro del ratón gris expresó su derrota. Incluso el

borracho del fondo supo que la oferta excedía con creces sus medios. Cinco mil libras no era una suma fácilmente superable.

Christopher observó la escena con expresión incrédula. Estudió atentamente a Erienne, como si estuviera juzgando el valor de la muchacha y luego pareció dudar, cuando frunció el entrecejo. En ese preciso instante, ella tuvo la certeza de que, si lo hubiera tenido cerca, habría intentado arrancarle los ojos.

-¡Cinco mil libras, entonces! -declaró Avery con tono alegre-. ¡Cinco mil libras, uno! Ultima oportunidad, caballeros. ¡Cinco mil libras, dos! -Miró en derredor, pero no encontró más postores-. ¡Cinco mil libras, entonces! La oferta es de este caballero. -Palmeó las manos y señaló al hombre elegantemente vestido-. Se ha ganado usted un magnífico premio, señor.

-Oh, no, no es para mí -explicó el caballero. Avery enarcó las cejas con expresión sorprendida. -¿Quiere decir que ha estado ofreciendo precios a nombre de otro? -Ante el ademán afirmativo del hombre, preguntó--: ¿Y quién es ese otro, si puede saberse, señor?

-Pues, lord Saxton.

Erienne ahogó una exclamación y observó al hombre azorada. Más allá de una figura indistinta que revoloteaba en su memoria como un fantasma disforme, ella no tenía un rostro, una

forma, para identificar a quien la había atendido durante su enfermedad.

Avery no estaba totalmente convencido.

-¿Tiene usted alguna evidencia que pruebe que ha venido en su nombre? Alguna vez oí que el lord había muerto.

El hombre extrajo una carta marcada con un sello y se la entregó al alcalde.

-Mi nombre es Thormon Jagger-explicó-. Tal como se dice en la carta, he sido abogado de la familia Saxton durante varios años. Si tiene usted dudas, estoy seguro de que muchos de los aquí presentes pueden atestiguar que el sello es auténtico.

Un zumbido de voces corrió entre la multitud, y enseguida se convirtió en una confusa mezcla de chismes, conjeturas y algunas verdades, indistinguibles unos de otros. Erienne alcanzó a oír las palabras «quemado», «deforme», «horripilante», entre el ininteligible barullo .y una lenta sensación de horror comenzó a enviar corrientes heladas de aprensión por todo su cuerpo. Luchó para mantener la calma, mientras el abogado trepaba los peldaños. El hombre depositó un saco de dinero sobre una pequeña mesa que servía de escritorio y comenzó a escribir su nombre al pie de los bandos, identificándose como apoderado de lord Saxton.

Christopher se abrió paso entre la multitud y subió a la plataforma, para agitar el fajo de documentos delante de las narices de Avery.

-Reclamo toda esa suma, excepto cincuenta libras, que dejo a su entera disposición. Cuatro mil novecientas cincuenta libras es mi precio por estos documentos. ¿Alguna objeción?

Avery observó estupefacto al gigantesco hombre que lo increpaba. Hubiera deseado encontrar la forma de quedarse con una mayor parte de la fortuna, pero sabía que las deudas impagadas de Londres y el dinero que debía a Christopher sumaban mucho más de cinco mil libras. Era un trato justo, y no pudo sino asentir con la cabeza y dar así su mudo consentimiento en el arreglo.

Christopher tomó el saco, contó cincuenta libras y arrojó las monedas sobre la mesa. Guardó el resto en el bolsillo de su chaqueta y señaló con el dedo el fajo de documentos.

Jamás pensé que alcanzaría esa suma, pero lo ha logra do, y me siento satisfecho. A partir de hoy, hemos terminado con todas nuestras deudas, alcalde.

-¡Maldito sea! -refunfuñó Erienne cerca del hombro del yanqui. La facilidad con que ese hombre ponía punto final al asunto la encolerizaba aún más que la actitud de su padre. Antes

de que nadie pudiera detenerla, le arrebató el fajo de documentos de a mano y tomó un puñado de monedas de la mesa. Luego, se lanzó a correr, deseando no volver a verlos nunca más.

Avery intentó seguirla, pero perdió tiempo al tener que esquivar repetidas veces el enorme cuerpo de Christopher. -¡Quítese de mi camino! -gritó-. ¡La mocosa se ha llevado mi dinero!

Christopher finalmente aceptó hacerse a un lado. Al tiempo que Ave ry salía apresuradamente, Farrell sujetó al yanqui de la inanga y o acusó con furia:

-¡Lo ha hecho a propósito! ¡Yo lo vi!

Christopher se encogió de hombros con indiferencia.

-Su hermana tiene todo el derecho de llevarse lo que desee. Sólo quise asegurarme de que aventajaría a su padre.

Ante semejante declaración, el muchacho no pudo encontrar ningún válido argumento. Recogió el resto de las monedas y luego de guardárselas en el bolsillo, expresó con tono despectivo: -Al menos, logramos librarnos de usted.

Christopher lo observó con la misma sonrisa tolerante, hasta que Farréll apartó la mirada. Tras esquivar al yanqui groseramente, el muchacho descendió los peldaños y se apresuró a seguir a su familia.

Avery corrió detrás de Erienne, ansioso or recuperar las monedas que la joven le había arrebatado. Legó a la casa sudoroso y jadeando para recuperar el aliento. Cerró la puerta violentamente, y encontró a su hila frente a la chimenea de la sala con la mirada fija en las brillantes llamas, que lamían vorazmente el fajo de documentos. .

-¡Eh, niña! ¿Qué demonios estás haciendo? -preguntó-. Esos. papeles son muy importantes. Son mi única prueba para demostrar que he. pagado mis deudas a ese canalla. ¿Y qué diablos has hecho con mi dinero?

-Ahora me pertenece -declaró Erienne con tono helado¡Es mi dote! ¡Mi parte del dinero de la novia! Un miserable valor que me llevo de esta casa. Ocúpate de hacer todos los arreglos para mañana, porque ésta será la última noche que duerma bajo este techo. ¿Has entendido, padre? -Acentuó el título con una amarga sonrisa de desprecio-. Y no regresaré jamás.

l

## CAPITULO 8

Los raquíticos caballos fueron alquilados para trasladar$_a$ la familia Fleming desde Mawbry hasta una iglesia en las afueras de Carlisle, va que era allí donde se llevaría a cabo la ceremonia.

El día había amanecido muy frío, con un viento congelado que abofeteaba los árboles con un movimiento frenético. El transcurso de las horas no prometía calor, puesto que ya había pasado el mediodía v el aire seguía helado, al igual que el silencio que reinaba en el interior del coche.

El vehículo traqueteaba y se sacudía, incrementando así el malestar de Farrell. El muchacho se sujetó la cabeza entre las manos y cerró los ojos, pero no pudo conciliar el sueño que había perdido durante la juerga de la noche anterior. Avery no se sentía mucho mejor, ya que dado que no todos los días un hombre puede ganar un lord para su familia, se había quedado hasta las primeras horas de la mañana haciendo alarde de su suerte. Sus amigos opinaban que lord Saxton era un alma generosa, que había invertido una extravagante suma de dinero en la compra de la jovencita y que, probablemente, lo más correcto sería que la niña se desposara con él. Luego de la estancia de Erienne en Saxton Hall, los rumores y conjeturas habían circulado en boca de todos, y más de uno se había preguntado si su señoría no se habría tomado ciertas libertades con la muchachita. Sin embargo, de ser así, al menos el hombre había decidido enmendar su erróneo comportamiento pronunciando los votos matrimoniales con la joven. Desde luego, los chismosos aún no cesaban de hacer alharaca alrededor del asunto, y recogían y saboreaban cada bocado que flotaba en sus caminos, para exprimirlo una y otra vez, a fin de extraer toda la dulzura que pudiera brindarles.

Durante todo el trayecto, Erienne permaneció enfrascada en sus propios pensamientos, sin deseos de parecer amable frente a su padre. Ni por un instante se apartó de la esquina del carruaje, acurrucada dentro de su capa, tratando de encontrar algo de calor en el helado vehículo. Para la ceremonia, se había puesto el vestido que había pasado a ser el mejor de su guardarropa. No llevaba traje de novia. En realidad, prefería lucir ese aspecto algo desaliñado, puesto que así expresaba su tristeza. Empero, era ése el día de su boda, y se había bañado y acicalado con cuidado. Eso era lo menos que podía hacer.

El carruaje traqueteó por las angostas calles de Carlisle. Avery sacó la cabeza por la ventanilla y, a ritos, le indicó al cochero que los condujera hasta la pequeña iglesia de las afueras. Cuando llegaron, el coche de lord Saxton ya se encontraba aparcado en un lado del camino. El cochero y el lacayo -vestidos con calcetas blancas, chaquetas a juego y calzones de color verde oscuro- aguardaban junto a un grupo de brillantes caballos negros. El vehículo estaba vacío y, al no ver señales de su señoría en el

parque, el alcalde enseguida supuso que el hombre estaba esperando a la novia en el interior de la iglesia.

iAvery se abrió paso por entre las pesadas puertas del edificio y atrajo bruscamente la atención de Thornton Jagger y del buen clérigo, que se encontraban junto a una mesa alta, angosta, frente a la larga fila de asientos. Junto a la entrada, un hombre de amlio pecho, vestido con chaqueta y calzones negros, había adopo una pose de espera, con las piernas separadas y los brazos cruzados. No había nadie más en la capilla. Aun cuando el atuendo del hombre era, sin duda, más tétrico que el de lord Talbot, Avery se dijo que no había nada escrito en cuanto a los variados gustos de la nobleza. El alcalde se aclaró la garganta.

-Eh... su señoría... --comenzó a decir. El sujeto enarcó las cejas sorprendido.

-Si se refiere usted a mí, señor, mi nombre es Bundy. Yo soy el criado de lord Saxton... señor.

Avery se ruborizó al percatarse del error que acababa de cometer y soltó una breve risita para disimular su vergüenza. -Desde luego... eh... lord Saxton. -Miró a su alrededor, pero no encontró a nadie que pudiera ser depositario de ese título-. ¿Dónde se encuentra su señoría?

-Mi amo está en la rectoría, señor. Vendrá cuando sea la hora.

La puerta de entrada se abrió lentamente y apareció Farrell con la cabeza muy erguida, como si temiera que ésta se le desprendiera del cuerpo. El muchacho se situó en uno de los bancos del fondo y cerró los ojos. Allí permanecería, con la esperanza de no ser molestado, hasta el final de la ceremonia.

Erienne caminó hacia el primer asiento con la espalda tensa y erguida. Sabía que su vida estaba a punto de culminar y se sentía como un criminal que se preparaara el cadalso y se pregunta si la horca marcará el final de todas sus penurias, o si en verdad le aguardará un infierno en el más allá.

Con piernas temblorosas, se dejó caer en el banco, y permaneció muda, sola en su infortunio, con la certeza de que su padre la avisaría cuando la ceremonia estuviera por comenzar.

El reverendo Miller no pareció preocupado por la ausencia del novio, mientras se ocupaba de preparar los documentos, inspeccionaba los textos y colocaba su sello y rúbrica al pie de los bandos. Thornton Jagger estampó su firma con elegancia, identificándose como un testigo, y luego el alcalde se inclinó sobre el pergamino y garabateó su propio nombre con cuidado. Entonces, llamaron a Erienne al ente y le entregaron la pluma. La joven sobrellevó el momento, realizando enormes esfuerzos para ocultar su turbación.

El clérigo hizo una señal a Bundy, y el sirviente desapareció por un largo y oscuro pasillo. Transcurrió una eternidad antes de que volvieran a oírse las pisadas en el corredor. Esta vez, el sonido era extraño. Primero, un golpe, y luego el ruido de algo que se arrastraba. Mientras escuchaba atentamente, Erienne recordó las palabras de la multitud.

¡Lisiado! ¡Deforme! ¡Horripilante!

El eco de las pisadas se desvaneció al aparecer la figura de lord Saxton. En un primer momento, sólo se divisó una forma negra cubierta con una larga capa. La parte superior del cuerpo era indistinguible en la oscuridad del pasillo, pero cuando el hombre se acercó a la luz, Erienne ahogó una exclamación al advertir la razón que lo llevaba a moverse de una manera tan peculiar. La suela de la bota derecha era muy gruesa y pesada, como si estuviera enderezando un pie deforme o retorcido. Después de cada paso, el hombre arrastraba su pesada pierna para unirla con la otra.

Erienne lo observó con horror. Con cierta renuencia, levantó la mirada y, cuando finalmente la luz de la vela iluminó la figura completa de su futuro esposo, las rodillas comenzaron a temblarle. Lo que vio era lo más aterrador que jamás había visto 0 imaginado.

La cabeza y el rostro de lord Saxton estaban totalmente cubiertos por un yelmo de cuero negro, al cual le habían hecho dos agujeros para los ojos, dos diminutos orificios para la nariz v una serie de aberturas para la boca. La máscara no dejaba ver ni un solo rasgo, ya que incluso los ojos se hallaban ocultos en las sombras de los pequeños agujeros.

En medio de su perplejidad, Erienne pudo notar algunos otros detalles de su futuro esposo. Salvo una camisa blanca, vestía enteramente de negro. Unos guantes de cuero del mismo tono cubrían sus manos, que sujetaban un pesado bastón con mango

de plata. Debajo de la capa, tos hombros se veían anchos y fuertes. El izquierdo parecía algo más levantado que el otro, pero Erienne no pudo e terminar si eso se debía a una deformidad, o a la desequiI ibrada forma de caminar. En general, el hombre presentaba un aspecto terrorífico para una joven novia que veía por primera vez a su futuro esposo.

Lord Saxton se detuvo ante el grupo e hizo una ceremoniosa reverencia.

-Señorita Fleming. -Su voz sonó retumbante, mientras su respiración producía un sonido tenebroso a través de las aberturas de la máscara. Se volvió hacia el padre e inclinó levemente la cabeza-. Alcalde.

Avery logró cerrar la boca y asintió con la cabeza. -Lor... Lord Saxton.

¡El enmascarado volvió a concentrar toda su atención en la oven.

-Le ruego me disculpe por mi aspecto. Alguna vez, fui como cualquier otro hombre, fuerte y erguido, pero tuve la desgracia de sufrir algunas quemaduras. Ahora, los perros ladran a mi paso y se atemorizamos niños; por esa razón, debo usar esta máscara. El resto de mi cuerpo es tal como lo ve. Tal vez, pueda usted comprender por qué prefiero permanecer oculto y llevar a cabo mis asuntos a través de un representante. Sin embargo, ésta era una ocasión que no podía ignorar. Después de haberla visto en mi casa, cuando se me presentó la posibilidad de convertirla en mi esposa, me apresuré a hacer los arreglos necesarios. Ahora, es su turno de elegir. -La observó detenidamente, mientras esperaba un comentario,

pero la joven permaneció callada-. ¿Se atiene usted a las palabras de su padre? ¿Me acepta usted como esposo?

Erienne recordó la promesa que le había hecho a su padre, en cuanto a abandonar la casa para siempre. Estaba segura de que él no la recibiría con agrado, si eso implicaba la devolución de los fondos de lord Saxton. Al parecer, no le quedaba otra alternativa, y respondió con voz entrecortada:

-Sí, milord. Me atengo a las palabras de mi padre. Durante el transcurso de la ceremonia, la joven permaneció junto al lisiado, sintiéndose empequeñecida por su presencia. Con tonos suaves, trémulos, respondió a las preguntas del reverendo Miller. La voz retumbante de lord Saxton resonó fantasmagórica en la quietud de la iglesia, cuando él también pronunció sus votos matrimoniales.

En pocos minutos, todo estuvo terminado. Ella se había convertido en la esposa del tenebroso lord Saxton, y se preguntó si le sería posible vivir en una constante pesadilla. ¿Qué otra cosa podría ser su vida, cuando se encontraría unida a una criatura que parecía haberse arrastrado desde las puertas del infierno?

En una admirable muestra de afecto, Avery tomó a su hija de los hombros y la besó en la mejilla. Luego, le estrechó la mano entusiasmado para observar la costosa sortija. Sus ojos brillaron con codicia, tanto como las piedras incrustadas en el anillo, y por un fugaz instante, su sonrisa delató los pensamientos que atravesaban su ambicioso cerebro. De algún modo, tendría que atraer a Erienne nuevamente a su casa y tejer una historia que revelara a su señoría cuánto sufría la niña al abandonar a sus parientes. Así, existiría la posibilidad de que el marido invitara a toda la familia a vivir en la mansión. Una vez allí, sólo le faltaría un escalón para acceder a las acaudaladas arcas del hombre.

Avery trató de serenarse y adoptó una expresión condolida, antes de acercarse a su flamante hijo político.

-Estoy pensando que mi hija deseará regresar a casa para recoger sus pertenencias, milord.

-No será necesario -afirmó la áspera voz al otro lado de la máscara-. Ella tendrá todo lo que desee en la mansión. -Pero la niña no ha empacado más que unas pocas ropas. -Señaló el pequeño bolso de Erienne al decir su mentira.Apenas una que otra prenda.

-Recibirá vestidos en Saxton Hall. Y se le comprarán tantos como desee.

-¿Me está usted negando el placer de pasar unas pocas horas con mi hija? -insistió Avery-. He sido un buen padre, y no me agrada lo que he tenido que hacer por el bien de la niña. Debo asegurarme de que se ha desposado con un hombre que sabrá cuidar de ella... v de su familia.

El inexpresivo rostro de cuero se volvió directamente hacia el alcalde y los agujeros de los ojos brillaron con penetrante frialdad. Avery se estremeció y sus baladronadas se desvanecieron de inmediato.

-Usted ha recibido una considerable suma de dinero por su hija -dijo la sibilante voz en tono brusco y helado-. No habrá más regateo. El trato ha sido cerrado y no le daré una sola moneda más. Ahora márchese, antes de que decida que el arreglo no me ha sido favorable.

Avery se tambaleó, estupefacto ante la amenaza, y se apresuró a partir. Tomó su tricornio y comenzó a correr por el pasillo, gritando para interrumpir el sueño de su hijo. Sin conocer nada de lo que había ocurrido, Farrell siguió a su padre atontado, y el alcalde abandonó la iglesia, sin siquiera despedirse de su hija.

El violento golpe de la puerta retumbó en los oídos de Erienne. Allí culminaba una forma de vida que había conocido desde la muerte de su madre; sin embargo, no sentía pena ni dolor, sino un tremendo temor por lo que le depararía el mañana.

Al volver a la realidad, la joven vio la enorme, oscura figura de su marido alejándose por el pasillo. Thornton Jagger caminó hacia ella y la tomó del brazo.

-Lord Saxton desea marcharse ahora, señora. ¿Está usted lista?

Erienne asintió con la cabeza, se colocó la capa y permitió que el abogado la escoltara hasta la puerta. El sirviente, Bundy, los siguió y, cuando llegaron al carruaje, lord Saxton ya se encontraba sentado en su asiento. La joven se sintió aliviada al ver que él no le había dejado lugar para sentarse a su lado. Se hallaba acomodado en la mitad del banco con las manos apoyadas en el bastón, las rodillas separadas y la grotesca bota extendida hacia un costado.

Con la ayuda del señor Jagger, Erienne trepó al lujoso interior del vehículo. Aturdida por la presencia de su flamante esposo, se dejó caer en el asiento opuesto y, durante un momento, se concentró en acomodarse las faldas y la capa, resuelta a evitar la mirada del hombre.

Bundy se dirigió a la parte delantera del vehículo y se situó junto al cochero. El carruaje comenzó a alejarse de la iglesia, y Erienne lanzó una última mirada al pequeño edificio de piedra.

Thornton Jagger continuaba de de pie donde lo habían dejado, y la imagen de esa solitaria figura le recordó a sus propios sentimientos. A pesar de la presencia de su esposo, se sentía muy sola y desamparada.

Su rostro debía reflejar su pena, ya que lord Saxton decidió quebrar su estoico silencio.

-Anímese, señora. El reverendo Miller tiene suficiente experiencia como para saber la diferencia entre un entierro y una boda. Este carruaje no la lleva a usted al infierno... -Se encogió ligeramente de hombros-. Ni al cielo.

El yelmo de cuero confería a la voz un tono resonante, artificial, y sólo el ocasional brillo que se reflejaba en los agujeros de los ojos revelaba la presencia de un hombre detrás de la máscara. Ante las palabras de su marido, Erienne supo que él era consciente de su propio aspecto y, tal vez, comprendía la inquietud de su esposa, si no su aversión.

El viaje desde la iglesia transcurrió en medio de un penoso, profundo silencio. Erienne no se atrevía a hablar por temor a liberar sus emociones y expresar sus angustias. El pensamiento reprochador volvió a girar en su mente. ¿Cómo podía haber sido tan arrogante de rechazar a Christopher Seton o, incluso, a cualquiera de los otros pretendientes? Detestable uno, horripilante$_s$ los otros, siempre hubieran sido más tolerables que esta criatur$_a$ encapuchada que la observaba como un halcón hambriento.

A medida que se acercaban a Saxton Hall, el camino comenzaba a ascender por la ladera de una colina, y Erienne se dispuso a contemplar la tierra que pronto sería su hogar. Hacia el oeste, una tenue luz rosada iluminaba el cielo, anunciando la llegada del crepúsculo y, en la distancia, la oscura silueta de la mansión contrastaba con las suaves, ondulantes nubes que se amontonaban sobre el horizonte. A lo lejos, una angosta franja de mar brillaba como un zafiro incrustado entre las colinas.

El carruaje se hundió en el valle, acercándolos a la bóveda que pronto se convertiría en la prisión de Erienne. Ella experimentó una terrible sensación de pánico. Se sentía atrapada en una cárcel de horror, de la cual no había forma de escapar.

Con demasiada rapidez, el vehículo se detuvo frente a la entrada de la casa. Erienne aguardó tensa, mientras lord Saxton se apeaba del coche. Le repugnaba la idea de que esas manos enguantadas, impersonales, volvieran a tocarla; empero, no podía encontrar la forma de impedir que él la ayudara a bajar del carruaje. Cuando lord Saxton se giró, ella se estremeció y trató de protegerse con los brazos. La mano enguantada se elevó, pero sólo para hacer un rápido ademán al lacayo. El muchacho caminó presuroso hacia la portezuela y extendió un brazo. Erienne respiró con alivio y aceptó con agrado el reemplazo. Se sintió aturdida ante la clemencia de su esposo y se preguntó si él de veras sabía cuánto ella lo detestaba. ¿O se trataba sólo de un rasgo de personalidad fríamente calculadora?

Al pisar el suelo, la joven se detuvo frente a su marido, al tiempo que el lacayo se les adelantaba para abrir la puerta de la mansión. Erienne trató de evitar la mirada de lord Saxton, hasta que él habló.

-Puesto que no soy muy ágil, señora, preferiría seguirla. -Alzó una mano, invitándola a caminar.

La joven no necesitó más aliento para alejarse presurosa por el sendero. Intentó ignorar el sonido del pie que se arrastraba a sus espaldas, pero ni el estampido de una horda salvaje hubiera podido sofocar ese aterrador shhhhh ...clop ...shhhh ...clop:

La señora Kendall aguardaba junto al mayordomo, Painee, frente a la puerta y, por un instante, el rostro alegre de la dama logró sosegar la ansiedad de Erienne. La joven siguió al ama de llaves a través del vestíbulo, mientras que Paine permaneció en la entrada para esperar a su amo. Al entrar en la sala, Erienne se detuvo sorprendida. Las mortajas mugrientas que cubrían los muebles habían desaparecido. La habitación relucía, desde los pisos de piedra hasta las vigas de roble que sostenían el techo. Por primera vez, la muchacha advirtió que los gigantescos muros estaban revestidos de tapices, escudos y otras piezas de antigua hidalguía. En la enorme chimenea de piedra, un crepitante fuego lanzaba tibios destellos hacia un pequeño grupo de sillones acomodados sobre una inmensa alfombra. Cerca de la cocina, solidas sillas de respaldos altos y almohadones de pana verde oscuro se reunían en perfecto orden alrededor de una larga mesa de madera. Los rincones más oscuros estaban iluminados por la luz de las velas que se consumían en las ramas de unos gigantescos candelabros. Sus diminutas, vacilantes llamas se combinaban con el fuego del hogar para proveer una acogedora calidez freírte a las crecientes sombras de la noche.

-Hemos hecho todo lo posible para que luciera resplandeciente cuando usted llegara, señora -afirmó Aggie, mirando la habitación con una sonrisa satisfecha ante el logro alcanzado-. Supongo que era difícil para un extraño imaginar que debajo de toda esa mugre se escondía una sala tan magnífica. Yo viví aquí en mi juventud, por lo tanto sabía lo agradable que era este lugar cuando el antiguo lord gobernaba en la mansión.

Una voz retumbante llamó al ama de llaves desde la entrada, y ambas mujeres se volvieron sobresaltadas. Aggie recuperó rápidamente la compostura p no pareció en absoluto intimidada por la presencia del aterrador amo encapuchado de la casa.

-¿Me llamaba, milord?

Paine tomó la capa de su amo y se hizo a un lado cuando lord Saxton se dirigió a la mujer.

-¿Podría usted conducir a la señora a sus habitaciones? Tal vez desee refrescarse antes de la cena.

-Sí, milord. -El ama de llaves realizó una pequeña reverencia. Cogió el bolso de Erienne que llevaba el lacayo, y se volvió hacia la joven con una sonrisa jovial-. Haga el favor de seguirme, señora. Hay un agradable y cálido fuego esperando por usted.

Al caminar hacia la torre, Erienne percibió la mirada de su esposo que la seguia a través de la habitación. La constante atención de ese hombre la atemorizaba. ¿Cómo haría para tolerar lo que aún le restaba afrontar? ¿Cómo podría aguantar las largas, oscuras horas de la noche, envuelta en los brazos de esa criatura, sin revelar un indicio de aversión cuando ese aliento áspero o esas manos cicatrizadas le tocaran la piel?

El ama de llaves la condujo bajo la tenue luz de un pasillo en el piso superior y, aun en las penumbras, era evidente que el corredor había sido cuidadosamente pulido. La luz provenía de unas velas, que lanzaban un brillo suave sobre los suelos de mármol.

-Usted dormirá en la recámara del amo, señora, igual que la otra vez -anunció Aggie-. La hemos limpiado para usted, y ahora luce apropiada para un rey -miró a Erienne con una leve sonrisa en los labios-, o, tal vez, su reina.

-La mansión parece en verdad diferente -comentó la joven con una voz tan suave, que podría haber delatado su falta de entusiasmo; pero Aggie no pareció advertirlo.

-Sólo espere a ver lo que el amo ha comprado para usted, señora. Los vestidos más bonitos que haya visto jamás. Sin duda, deben de haberle costado unas cuantas monedas para que

los hicieran en tan poco tiempo. -Sus ojos brillaron cuando miró a Erienne-. Usted parece haberlo cautivado, señora.

¡Sí!, asintió la joven en silencio. ¡Y con su fortuna, se aseguró de comprarme!

Se detuvieron frente a la inmensa puerta de madera que Erienne recordaba de su primera visita y, tras efectuar una breve reverencia, Aggie la abrió. Al entrar en la habitación, la joven se sintió inmediatamente acosada por el recuerdo de las noches que allí había pasado. La limpieza había aumentado, hasta el punto de brillar, y el cuarto se veía totalmente diferente. Sin embargo, la imagen de una figura oscura arrellanada en un sillón, hundido en las sombras, era tan clara como el estado actual de las ventanas. La mente de Erienne completó la forma vaga de sus sueños, imaginando la cabeza encapuchada, la pesada bota y los hombros anchos de su marido.

Se estremeció ante el horror, el pánico parecía que iba a empujarla a escapar de la habitación. Le costó un tremendo esfuerzo aguardar a que esa espantosa sensación se esfumara. Luchó como aquél que surca los mares en medio de una terrible tempestad y, sabiendo que en cualquier instante perderá la vida, aprieta los dientes y se aferra a la vida, mientras aguarda el final.

Aggie caminó rápidamente hacia el armario y abrió las puertas, mostrando la variedad de ropas que éste contenía. Extrajo varios vestidos lujosos para que Erienne los admirara, y señaló el delicado encaje de las enaguas y camisones. Con entusiasmo, la dama prosiguió con unos zapatos con tacones altos y exquisitos adornos, y unos sombreros con plumas y encajes, capaces de despertar la envidia de Claudia Talbot.

Erienne se despertó de su atontamiento y advirtió que la ama

ble mujer estaba aguardando una respuesta. Había esperanza en ese rostro ajado de mejillas rosadas, y la joven no se sintió capaz de decepcionar a la dulce dama.

-Todo es encantador, Aggie -murmuró con una sonrisa. En realidad, pocas novias eran obsequiadas con tantas galas en el día de su boda. En general, era el marido el que recibía la dote de su esposa. Y Erienne sabía que precisamente esa ausencia de dote era lo que había causado su desgracia.

-El amo pensó en todo, así es -dijo el ama de llaves, al tiempo que corría los cortinajes para descubrir el pequeño receptáculo del baño-. Él deseaba que usted se sintiera cómoda.

En el cuarto de baño que ahora brillaba inmaculado, había toallas bordadas, listas para usar; un alto espejo en una esquina y numerosos frascos de sales aromáticas y perfumes. Todo parecía pensado para satisfacer hasta el último capricho.

Sin embargo, pese a la visión de todos su regalos, Erienne no pudo evitar dirigir la conversación hacia el hombre mismo. -Usted parece conocer a lord Saxton mejor que nadie, Aggie. ¿Cómo es él?

El ama de llaves observó a la joven por un instante y, al leer la agonía en el rostro de la niña, comprendió algo de la batalla que se libraba en su mente. Aun cuando la muchacha le inspiraba compasión, la dama se sentía atrapada por su fidelidad hacia lord Saxton. En un intento por que la nueva señora entendiera parte de los infortunios que habían acontecido a la familia Saxton, Aggie habló con un tono que se alejó de la efusividad de su habitual carácter.

-Conozco al amo lo suficiente como para entender por qué se siente forzado a hacer las cosas que hace, señora. Su familia sufrió mucho en manos de asesinos y de aquellos que creían poseer autoridad suprema. El antiguo lord fue asaltado en la noche or una banda de criminales que le mataron ante los ojos de su amilia. Mary Saxton temió que terminaran con todos, y decidió escapar con sus niños. Tres años más tarde, el hijo mayor regresó para reclamar el título y las tierras. -Aggie dirigió la cabeza en dírección al Este-. Usted ya ha visto las ruinas del ala más moderna-Algunos afirman que fue incendiada deliberadamente por los mismos que mataron al antiguo lord y, al enterarse de que su hijo había vuelto...

-El mencionó las quemaduras... -le instó Erienne-. ¿Su amo quedó atrapado en el incendio?

Aggíe se volvió para observar con aire pensativo los inestables colores de las llamas que ardían en la chimenea.

-Mi amo ha sufrido mucho también, pero me ha ordenado no decirle nada a usted acerca de su vida. Yo sólo itentaba disipar el temor que usted le tiene.

Erienne bajó los hombros decepcionada, y un abrumador cansancio se apoderó de sus fuerzas. Los acontecimientos del día le habían demandado un tremendo esfuerzo, tanto físico como mental, y la revelación del ama de llaves sólo había logrado acrecentar su aprensión.

-Si no le importa, Aggie... -murmuró con desgana-; siento una apremiante necesidad de estar sola.

La mujer comprendió el sufrimiento de la joven.

-¿Desea que le prepare la cama para que pueda descansar, señora? ¿O quizá pueda preparar algunas ropas para usted? Erienne sacudió la cabeza.

-Ahora no. Tal vez, más tarde.

Aggie asintió y caminó hacia la puerta. Luego, se detuvo con la mano en el picaporte y aguardó a que Erienne alzara los ojos. -Señora, sé que no es asunto mío -comenzó a decir el ama de llaves en tono vacilante-, pero le ruego que tenga fe. Lord Saxton es... bueno, como le he dicho, me ha ordenado que no le contara nada, pero sólo le diré esto: cuando lo conozca mejor, se sorprenderá de la clase de hombre que encontrará bajo sus vestiduras. Confíe en mí, señora, le aseguro que no se desilusionará. Gracias, señora.

Transcurrió más de una hora antes de que Erienne se animara lo suficiente como para acercarse al armario. Ante sus ojos tenía todos los lujos que una mujer podía anhelar; sin embargo,

no habría dudado en rechazarlos, si eso hubiese implicado también la anulación de su matrimonio. Se acercaba la hora en que tendría que someterse a su esposo, y eso la aterraba más, incluso, que la misma idea de la muerte.

Sin ninguna preferencia en particular, descolgó un vestido de satén rosado con ribetes verdes. La idea de reunirse con su marido para la cena de bodas la llenaba de pesar, pero si permanecía en la recámara, él podría subir y prescindir de las formalidades que aún existían entre ambos. No deseaba aparentar estar ansiosa por una escena de amor, así que decidió apresurarse.

Como respuesta a su llamada, Aggie apareció con una joven llamada Tessie, que había venido de Londres para trabajar como doncella privada de la nueva ama de la casa. La muchacha preparó un refrescante baño con sales aromáticas. Luego, secó la piel de la señora con suaves toallas de lino y la perfumó con una delicada fragancia. Una vez puesto el corsé y las enaguas, Erienne se sentó para que Tessie le cepillara el cabello y recogiera sus

largos bucles oscuros con cintas de satén verdes y rosadas. Al verse con el vestido puesto, se arrepintió de su elección.

El corpiño del traje se ajustaba estrechamente a su cintura. Las mangas, largas y estrechas, terminaban en un decorativo puño de pana verde. El mismo motivo se repetía en el cuello, y allí radicaba la mayor preocupación de Erienne. La profunda línea del escote descubría la mayor parte de sus senos, ocultando, apenas, los rosados capullos de los pezones. Dada la aversión que sentía por su esposo, la elección del vestido resultaba sumamente inadecuada. Sin duda, durante su enfermedad, él había visto mucho más de lo que el traje revelaba y, a juzgar por la exactitud del talle, no se había sentido en absoluto intimidado por la desnudez de la joven. Aun así, ella no tenía deseos de provocarlo con un escote exagerado. Sin embargo no se atrevía a cambiarse, después de que Tessie se había esmerado tanto en recoger las cintas que combinaran con el color de ese traje. Inquieta, Erienne trató de

encontrar la manera de enfocar el asunto con el mayor tino posible, y su dilema se complicó con el regreso de Aggie.

-Oh, señora, está usted tan radiante como el sol de la mañana -exclamó el ama de llaves.

-El vestido es encantador -respondió Erienne-. Sin embargo, creo que hace un poco de frío abajo. Tal vez debería ponerme otra cosa.

-No se preocupe, señora, le daré una pañoleta. -La mujer buscó afanosamente en el armario, hasta que encontró una de encaje negro. Se la llevó a Erienne y se encogió de hombrosMe temo que no hay otra, señora, ésta es tan delgada que probablemente no la abrigue demasiado.

-Supongo que con eso bastará -respondió Erienne con desilusión y se la colocó sobre los hombros, cubriéndose deliberadamente los senos-. Lord Sax... -Se detuvo para rectificar la pregunta-. Mi esposo, ¿dónde se encuentra?

-En la sala, señora -le informó Aggie en tono amable-. La está aguardando.

La respuesta de la mujer fue suficiente para estremecer a Erienne. Respiró hondo para armarse de valor, y salió de la habitación. Los altos tacones de sus zapatos retumbaron en la quietud del pasillo e indicaban su descenso por la escalera de caracol. El acompasado sonido se parecía al redoble de un tambor que anunciaba el advenimiento de un inminente desastre; y, cuando oyó el lento shhh-clop de las pisadas de su esposo que se acercaba a la torre, supo que su condena se encontraba allí, aguardándola.

Al bajar los últimos peldaños, encontró a lord Saxton al pie de la escalera. Su mirada no pudo penetrar la máscara, pero pertibió que la mirada del hombre la estudiaba minuciosamente, deteniéndose en cada detalle de su cuerpo. El corazón de Erienne comenzó a latir con violencia. Se detuvo frente a él y descubrió que, aun sobre el primer escalón, no lograba sobrepasar su altura. Alzó ligeramente la mirada, para toparse con el brillante destello que se reflejaba en los agujeros de los ojos.

-Erienne, debo decirte que tu hermosura es infinita. -Levantó las manos para apartar la pañoleta de los hombros de la joven-. Sin embargo, puesto que tu belleza no necesita adornos, prefiero la sencillez del vestido.

Depositó la pañoleta sobre la barandilla de la escalera, v Erienne notó que el brillo de los agujeros de la máscara se posaba sobre la redondez de sus senos. Le costó un tremendo esfuerzo no cubrirse sus curvas desnudas para protegerse de esa penetrante mirada. El corazón le latía con tanta fuerza, que se preguntó si él notaría el temblor de sus pechos. En el instante siguiente, se confirmaron sus sospechas.

-Acércate al fuego, Erienne-le dijo él con dulzura-. Estás temblando.

El lord se hizo a un lado, y la joven caminó hacia la sala. Se acercó al hogar y se sentó tensa, apoyada contra el respaldo de su sillón, como un pájaro posado en una rama, dispuesto a escapar ante la primera señal de amenaza. Lord Saxton llenó una copa de plata con vino y se la ofreció.

-Esto te ayudará.

Paine entró en la sala para anunciar solemnemente que la cena estaba a punto de servirse. Lord Saxton se incorporó y se acercó al sillón de Erienne. Una vez más, no hizo ningún intento de tocarla, sino que se comportó con los modales de un caballero. Ella se levantó y caminó hacia la mesa, donde advirtió que sólo había un plato colocado en el extremo más cercano al fuego.

-Milord, hay sólo un lugar-declaró la joven con sorpresa. -Yo cenaré más tarde -le explicó él.

Las razones eran obvias, y ella aceptó la decisión agradecida, ya que no deseaba ver a ese hombre sin la máscara. Ya bastante difícil le resultaría afrontarlo en la intimidad de la recámara, sin tener que contemplar la imagen de ese rostro deforme al otro lado de la mesa.

Erienne recogió la larga falda de su vestido y se dispuso a tomar asiento. Su esposo le acomodó la silla, y luego se detuvo durante un largo, interminable momento detrás de ella. La joven quedó paralizada, no sólo por la proximidad del hombre, sino también porque sospechaba que los ojos, tras la máscara, la observaban atentamente. No se atrevió a mirarse el pecho, o a vol

verse hacia él, por temor a confirmar sus sospechas. Sintió un asfixiante nudo en la garganta, hasta que, finamente, el lord se apartó, arrastrando su pesado pie hasta su asiento en la cabecera de la mesa. Erienne echó una rápida, nerviosa mirada hacia su pecho y descubrió con horror que uno de sus rosados pezones aparecía parcialmente por encima del escote de su enagua. Avergonzada, se cubrió el pecho con el vestido, y no pudo evitar el comentario.

-¿Pretende usted que me exponga ante cualquiera que desee mirar, o debo culpar al vestido?

La carcajada del lord sonó como un silbido a través de las aberturas de la máscara.

-Preferiría que seleccionaras tus vestidos con más cuidado cuando tengamos visitas y reservaras tales espectáculos para mi exclusivo deleite. No soy un hombre demasiado generoso en ese aspecto. De hecho, no pude tolerar la idea de que otro hombre obtuviera lo que yo anhelaba para mí y, puesto que no parecías tener una preferencia en particular por ninguno de tus pretendientes, decidí complacer mis deseos. -Hizo un pausa para observarla-. No había ninguno que prefirieras en particular, ¿o sí?

Erienne apartó la mirada cuando, repentinamente, la imagen de Christopher Seton apareció en su mente, pero la desechó con la misma rapidez con que había aparecido. Odiaba a ese hombre. A pesar de sus insistentes propuestas de matrimonio, se le había visto muy complacido de que la hubieran vendido a otro y había reclamado vehemente su dinero al finalizar la subasta. La joven respondió con un melancólico susurro:

-No, milord, no tenía ninguna preferencia. -¡Bien! Entonces, no tengo por qué arrepentirme.

Si bien el cocinero poseía una habilidad excepcional, Erienne apenas pudo saborear la comida. Masticó lentamente, sabiendo que, aunque se retrasara, el final de la cena llegaría demasiado pronto para ella. Bebió vino en abundancia, pero éste no logró embotar sus sentidos, ni minimizar su hastío. Tardó todo lo que pudo; pero el fin no tardó en llegar.

-Tengo algunos asuntos que atender -anunció lord Saxton cuando se levantaron de la mesa-. Me llevará unos pocos minutos hacerme cargo de ellos. Puedes esperarme en tu recámara.

El lento redoble del tambor volvió a retumbar en la mente de Erienne, y el corazón comenzó a latirle con violencia. Las piernas le pesaban y cada movimiento le demandaba un tremendo esfuerzo. Deprimida, caminó hacia la torre y subió lentamente las escaleras. Una vez en la recámara, observó el gigantesco lecho donde su virginidad pronto encontraría su tumba. A pesar de su ominosa apariencia, era una cama magnífica. Los cortinajes la mantenían tibia y proveían toda la intimidad que una pareja de recién casados podría necesitar en una fría noche de invierno... o amortiguaban los desesperados gritos de una mujer atrapada en los brazos de un marido salvaje...

Los granos de tiempo se filtraban con demasiada rapidez a través de la angosta cintura de vidrio. Tessie fue a ayudarla con la ropa de noche y desplegó el cubrecama para revelar el fino encaje de las sábanas y colchas. La doncella era discreta y se retiró tan silenciosamente como había llegado. Sola en su infortunio, Erienne se paseó nerviosa por la habitación, implorando desesperadamente contar con el coraje y la fortaleza necesarios para enfrentarse a lo que la aguardaba en el futuro, e incluso, rogó le fuera posible evitar algo del horror que imaginaba. -Erienne...

La joven ahogó una exclamación y se volvió hacia el intruso que había mencionado su nombre. No la reconfortó encontrar a su esposo junto a la puerta. No lo había oído entrar en medio de su aturdimiento.

Al recordar la transparencia de su atuendo, Erienne se cerró la bata y se giró, al tiempo que su esposo caminaba hacia la chimenea. Oyó que él se acomodaba en un sillón y experimentó un ligero alivio al descubrir que no sería presionada en forma inmediata. Sin embargo, se sentía al borde de la histeria y se esforzó por controlarse antes de derrumbarse por completo.

-Creí que vendría algo más tarde, milord -murmuró con franqueza-. Necesito más tiempo para prepararme.

-Luces hermosa tal como estás, mi amor.

Ella caminó hacia el sillón opuesto al de su marido.

-Creo que usted sabe a qué me refiero, milord. -Al no recibir respuesta, respiró hondo y prosiguió-. He oído algo acerca de los males que ha sufrido su familia, y me pregunto por qué decidió tomarme por esposa. Me viste usted con elegantes trajes y habla profusamente de mi belleza, cuando ha habido tanta amargura en su propla vida.

El apoyó un brazo sobre el muslo y se inclinó hacia adelante para observarla.

-¿Te parece extraño que intente deleitarme con tu belleza? ¿Me crees un pervertido, que sólo desea vestirte elegantemente para atormentarme a mí mismo... o a ti? Créeme, no es ésa mi intención. Así como alguien privado de talento puede deleitarse con la obra maestra de un genio, la perfección de tu hermosura me produce placer. Puede que sea deforme pero no soy ciego. -Se inclinó sobre el respaldo de su asiento y miró el puño de
su bastón al agregar-: Hay también algo de orgullo involucrado en la posesión de una pieza valiosa.

Erienne temía despertar su ira. Con un aspecto tan tenebroso, su temperamento podría resultar más violento de lo que ella era capaz d e dominar. Sin embargo, no pudo resistirse al sarcasmo.

-Usted parece estar en condiciones de conseguir todo lo que desea, milord.

-Tengo lo suficiente como para satisfacer mis necesides. -Con todo lo que ha acontecido a su familia, ¿no sería la venganza el néctar más dulce? ¿Acaso su fortuna no puede lograr eso también?

-No te equivoques, Erienne. -Su voz era suave, serena-. Existe la venganza y también existe la justicia. A veces, ambas se encuentran aunadas.

La fría lógica de esa afirmación hizo estremecer a la joven. Atemorizada, inquirió:

-¿Y su venganza... o justicia... está dirigida hacia mí... o alguno de mis parientes?

El respondió con otra pregunta. -¿Acaso me has hecho algún mal?

-¿Cómo podría haberle causado algún daño si hoy ha sido la primera vez que lo he visto?

El volvió a observar el retorcido puño de su bastón. -Los inocentes no tienen nada
que temer de mí.

Erienne caminó hacia el fuego para calentar sus congelados dedos, y contestó con un susurro tenso, desesperado.

-Me siento como un zorro apresado en una trampa. Si usted no tiene nada contra mí, entonces, ¿por qué ha hecho esto? ¿Por qué me compró?

La cabeza enmascarada se inclinó hacia atrás, hasta que ella estuvo segura de que los ojos ocultos tras las pequeñas aberturas la observaban detenidamente.

-Porque te deseaba.

Las temblorosas rodillas de Erienne amenazaron con desmoronarse y ella buscó la seguridad del sillón. Transcurrió un largo momento antes de que la joven controlara sus violentos temblores y recuperara su compostura. La bata le brindaba escasa protección contra el calor del fuego o contra los dos agujeros negros que no cesaban de observara. Recordó la mañana en que se había despertado en esa misma recámara, para encontrarse totalmente desnuda en la cama del amo. Aun cuando el suceso hubiese sido improvisado e inocente, el matrimonio había sido el resultado del accidente y, a pesar de lo que ese hombre afirmaba,

Erienne tenía la certeza de que el enlace había sido la argucia de una mente pervertida resuelta a provocar la degradación de una joven.

-Creo que usted me envió de regreso a la casa de mi padre porque, planeaba comprarme -dijo ella con voz apenas audible-. Esa fue su intención desde el principio.

La mano enguantada hizo un gesto espontáneo cuando él admitió el hecho.

-Me pareció lo más sencillo. Mi hombre tenía instrucciones muy precisas. Debía superar la mayor oferta sin importar el valor. Como ves, mi amor, tu valor es para mí ilimitado.

Los nudillos de Erienne palidecieron cuando sus manos se aferraron al posabrazos del sillón. Ella percibió el calor del fuego en las mejillas, pero éste no logró detener la corriente helada que se extendía por todo su cuerpo.

-¿Estaba usted tan seguro, entonces, de que me deseaba? -Hizo un débil intento de reír-. Al fin y al cabo, usted no sabe nada de mí. Podría ser que se arrepintiera de su compra.

-Cualesquiera sean tus defectos, dudo de que modifiquen mi deseo por ti. -Su carcajada resonante reveló un acento de burla-. Como notarás, me he aferrado desesperadamente a mi anhelo. Has cautivado mis sueños, mis pensamientos, mis fantasías.

-Pero, ¿por qué? -gimió ella, confundida-. ¿Por qué yo? Él respondió maravillado.

-¿Acaso eres tan indiferente con respecto a tu propia belleza, que no tienes conciencia del efecto que produce? Erienne sacudió la cabeza en un gesto de frenética negativa. -Yo no diría que los postores de la subasta estaban precisamente ansiosos o locamente enamorados. Considere, por ejemplo, a Silas Chambers. ¿No cree usted que su dinero era más importante para él que la posesión de mi mano?

La risotada de lord Saxton retumbó en los oídos de la joven. -Hay hombres que acumulan fortunas para convertirse en mendigos. Dime, mi querida, ¿qué valor tiene el oro si no puede comprar lo que un hombre desea?

Ella se fastidió ante tan cruda honestidad.

-¿Tal como su fortuna le ha comprado a usted una esposa? -No una esposa cualquiera, mi querida Erienne, sino la mujer de mi elección... ¡tú! -La cabeza encapuchada asintió lentamente-. Yo nunca hubiera podido ganarte de otra forma. Tú hubieses rechazado mis propuestas, como seguramente rechazaste a todos aquellos que acudieron a la llamada de tu padre. ¿Me reprocharás el haber utilizado mi ingenio y mi fortuna para obtener lo que deseo?

En un ligero despliegue de altanería, Erienne levantó apenas el mentón.

-¿Y qué espera usted de una esposa comprada? Él se encogió de hombros.

-Lo que todo hombre espera de su esposa...: que le brinde paz, ¸que lo escuche y le dé consejo cuando pueda, que le proporcione hijos a su debido tiempo.

Los ojos de Erienne se agrandaron y lo observaron fijamente, incapaces de ocultar su sorpresa.

-¿Dudas de mi capacidad ara procrear, mi querida? -preguntó él a modo de reprimen.

La joven enrojeció de furia y apartó la mirada.

-No... no... no creí que usted desearía tener hijos, eso es todo.

-Al contrario, Erienne. Mi amor propio necesita algún consuelo, y no se me ocurre nada más reconfortante que el hecho de que tú des a luz al fruto de mi simiente.

Tan rápidamente como había llegado, el rubor se esfumó de las mejillas de la joven.

-Me exige usted demasiado, milord -respondió con voz trémula-. Antes de subir a la plataforma, me pregunté si podría someterme a un hombre que, en el mejor de los casos, resultara un extraño para mí. -Entrelazó las manos con fuerza para controlar sus temblores-. Sé que he dado mi palabra, pero me será muy difícil cumplirla, porque usted es mucho más que un extraño para mí. -Alzó la mirada y sus ojos se toparon con los

agujeros oscuros de la máscara. Entonces, afirmó con tono asperó, susurrante-: Usted es todo cuanto temo.

El se puso en pie, y su gigantesca y amenazadora sombra se levantó bajo la tililante luz del fuego. La terrorífica figura de ese hombre llenó la habitación, y Erienne lo observó con la misma cautela con que un ratón atrapado vigila al gato al acecho. Frente a la constante mirada de su esposo, se cubrió con la bata hasta el cuello y se encogió en su asiento hasta que finalmente él se giró. Lord Saxton caminó hacia una mesa que había junto a las ventanas, tomó un botellón que se encontraba apoyado sobre una bandeja y sirvió una copa de vino. Luego, volvió a acercarse a la joven.

-Bebe esto -ordenó la voz espectral con tono de cansancio-. Te ayudará a disipar tus temores.

Aun cuando el vino de la cena no había logrado aliviar su angustia, Erienne tomó obedientemente la copa y se la llevó a los labios, observando a su esposo, que aguardaba en silencio. La atormentó pensar que la hora de consumar su matrimonio se encontraba ya muy cerca, y sólo estaba siendo preparada para dicho evento. Resuelta a retrasar ese terrorífico momento, bebió el vino lentamente, tratando de prolongar su vida a través de la copa. Lord Saxton esperó con paciencia, hasta que no quedó una sola gota de liquido que pudiera demorar la ejecución de la joven. El le arrebató el vaso de sus temblorosas manos, lo puso a un lado, y extendió los brazos para levantarla del sillón. Los poderes del vino, sin embargo, no habían sido totalmente infructuosos en Erienne. La bebida proporcionó fortaleza y estímulo a sus perturbados nervios. Ella se deslizó hacia el otro lado del sillón, esquivando la ayuda al modo de una enroscada serpiente. Se sintió indefensa ante la imponente figura de su esposo, y supo que sus esfuerzos serían vanos si intentaba resistírsele. Aun así, dio un paso atrás, preparada para escapar si él trataba de acercársele.

La mano enguantada descendió, y ella respiró con alivio. Temía irritar a ese hombre y provocarlo hasta un nivel de violencia que pudiera destruirla. El estupor no era un buen comienzo para un matrimonio, pero tampoco podía entregarse dócilmente a esa criatura. Su mente trató de encontrar algún razonamiento que lo alejara de una manera pacífica.

Lo miró con expresión desesperada, suplicante, deseando que él pudiera ver más allá de la barrera negra de su máscara. -Lord Saxton, le ruego que me permita tiempo para conocerle y apaciguar mis temores. Por favor, comprenda -le suplico--. Le aseguro que tengo toda la intención de cumplir con mis promesas. Sólo necesito tiempo.

-Sé que el mío no es el más deseable de los aspectos, señora-Su tono de voz era abiertamente sarcástico-. Pero, a pesar de lo que puedas creer, no soy una bestia salvaje, capaz de atraparte en un rincón y obligarte a hacer lo que no quieras.

La afirmación no resultó nada alentadora para Erienne. Al fin y al cabo, no eran más que palabras, y mucho tiempo atrás, ella había aprendido que sólo los hechos revelaban la verdadera personalidad de un ser humano.

-Yo soy como todo hombre, tengo los mismos deseos y necesidades que cualquiera. El mero hecho de verte aquí, en estas habitaciones, sabiendo que eres mi esposa, me revuelve las entrañas. Mi cuerpo anhela liberar la pasión que has despertado en mí. No obstante, debo aceptar que tu impresión ha sido grande y que te hallas aturdida frente a tan difícil circunstancia. -Exhaló un largo suspiro, como si no deseara continuar, y no hubo humor en su voz cuando prosiguió-. Siempre que tenga yo, la fortaleza suficiente para controlar lo que provocas en mí, solo hazme saber tus deseos y trataré de satisfacerlos. Pero debo ha
certe una advertencia. Aunque la yegua que he comprado no pueda ser montada, me dedicaré a contemplar su gracia y su beIleza,y así calmaré mis necesidades hasta que ella esté dispuesta a recibir mi mano y otorgarme mis derechos como esposo. Erienne -la mano enguantada señaló la sólida puerta de la recámara, en cuyo cerrojo brillaba una enorme llave de bronce-, te ordeno que jamás gires esa llave ni trabes esa puerta de ninguna otra

forma para impedirme el paso. Así como tú gozarás de libertad para pasearte por toda esta casa y sus tierras, así también deseo yo entrar en esta recámara, o salir de ella, cuando me plazca. ¿Comprendido?

-Sí, milord -murmuró ella, dispuesta a ceder ante todo, si eso aceleraba la partida de ese hombre.

El se le acercó y Erienne percibió la suave caricia de su mirada. Las manos enguantadas se extendieron y ella, aterrada, contuvo la respiración. Se paralizó cuando los dedos de cuero le desprendieron las cintas de la bata y se la apartaron de los hombros. La prenda cayó al suelo, dejando sólo el delicado velo del camisón para preservar el recato de la joven, lo cual resultó infructuoso bajo la brillante luz del fuego. El fino linón se adhirió al cuerpo de Erienne como un vapor translúcido, revelando los suaves contornos de sus caderas y muslos y adaptándose a las seductoras curvas de sus senos.

-No tienes por qué temer -le aseguró la voz áspera-, pero deseo verte como mi esposa antes de irme. Quítate el camisón y permíteme que te observe.

El tiempo dejó de existir mientras Erienne vacilaba. Deseaba rechazar la petición, pero sabía que sería tonto probar la paciencia de ese hombre después de que él había aceptado someterse a tal restricción. Con dedos temblorosos, ella se des rendió el camisón y aguardó en silencio a que éste se deslizara asta sus pies. No se atrevió a encarar la mirada inexpresiva, inhumana de la máscara, que la recorrió con deliberada lentitud, deteniéndose en sus pálidos senos y en las esbeltas curvas de sus caderas. Ella fijó los ojos en un punto distante y luchó por sofocar un alarido de pánico que se estaba gestando en su interior. Si él volvía a tocarla, sabía que se desmoronaría hasta arrastrarse y suplicar clemencia a los pies de su marido.

El susurro resonante del lord fue suficiente para hacerla estremecer y observar, con ojos agrandados por el terror, a la austera, insensible máscara.

-Métete en la cama antes de que cojas frío.

La orden penetró en la mente paralizada de la joven. Con ansiedad, buscó la protección de su bata y corrió como una gacela asustada a buscar el refugio de las colchas. Se hundió en la aterciopelada suavidad de las sábanas y se cubrió hasta el mentón con las mantas. Lord Saxton permaneció inmóvil, como si estuviera librando una difícil batalla en su interior. Erienne lo observó con cautela, hasta que él se giró y caminó hacia la puerta, arrastrando su pesada bota detrás de sí. El sólido panel de madera se cerró, y el silencio invadió la habitación. Sólo se oyó el sonido de las pisadas que se alejaban por el pasillo, pero eso bastó para despedazar las emociones de la esposa. Con inmenso alivio y desgarradora pena, la joven sollozó contra la almohada. Lloró y lloró, sin advertir el pasar de la luna, ni la oscuridad que se apoderaba de la habitación a medida que el fuego se consumía, hasta convertirse en un brillo tenue que apenas resplandecía en la inmensa chimenea de piedra.

## CAPÍTULO 9

La brillante luz del sol inundó la recámara cuando Aggie corrió los pesados cortinajes. Erienne se despertó lentamente, y se cubrió los ojos hinchados por las lágrimas, para protegerse de

la enceguecedora luminosidad. Luego, se acurrucó en la suave tibieza de las colchas, incapaz de enfrentarse a un nuevo día como esposa de lord Saxton.

-El amo vendrá a verla, señora -anunció el ama de llaves con gentil, pero indiscutible, premura-. Y sé que usted querrá estar lo más bonita posible para él.

Erienne expresó su rebelión entre gemidos y sacudió violentamente la cabeza debajo de las mantas. En ese momento, unos dientes retorcidos y una inmensa verruga en la punta de la nariz se hubieran ajustado mucho mejor a sus necesidades, ya que ganar la aprobación de lord Saxton

era, sin duda, lo más lejano a sus deseos. De hecho, hubiera preferido no atraerlo en absoluto, y no veía la razón para despertar aún más el interés que el hombre ya tenía.

-Vamos, señora -la instó Aggie- Tiene usted un rostro demasiado hermoso como para ocultarse, especialmente, del amo. Recuerde mis palabras, señora. Llegará el día en que se arrepentirá de no haber sido más amable con él.

Erienne levantó las cobijas y se incorporó, para mirar a la mujer con expresión preocupada.

-Supongo que usted no sabrá -comenzó a decir con ansiedad- si lord Saxton alguna vez se ha mostrado afecto a la violencia.

El ama de llaves dejó escapar una risa jovial y giró lentamente la cabeza de lado a lado.

-Los Saxton siempre han sido muy gentiles con sus mujeres. No tiene por qué temerle, señora. Pero si es usted inteligente -enarcó una ceja y fijó la mirada en los enormes ojos color amatista al destacar la palabra-, lo tratará con razonable respeto y se preocupará por satisfacerlo. El es un hombre muy rico... más que la mayoría de los lores... y...

-¡Puaj! -Erienne se retorció con hastío-. No me importa ni un ápice su fortuna. Todo lo que siempre quise fue un esposo amable, comprensivo, un hombre que me inspirara cariño. No alguien que me aterre con su mera presencia.

No le importó que fuera una simple sirvienta a quien estaba confiando sus emociones. Dadas las circunstancias, sus sentimientos debían ser evidentes ante los ojos de todos, y si era insensato sincerarse con esta mujer, entonces, era referible conocer a los enemigos desde el principio, antes que levar toda una vida de decepción.

-El temor se disipará, señora -la alentó Aggie Kendall con dulzura-. Hasta entonces, le sugiero que trate de estar lo mejor posible en cada ocasión, por si acaso algún día se arrepiente. -Vertió agua en el lavabo, sumergió allí una toalla y, tras escurrirla, se la ofreció a su joven ama-. Para sus ojos, señora, para quitarles el sueño.

Unos minutos más tarde, cuando el amo de Saxton Hall entró en la recámara, ya no quedaban rastros de la agitada noche de Erienne. Con el cabello cepillado y brillante, una bata roja de pana y las sienes y muñecas perfumadas con esencia de rosas, la joven estuvo lista para recibir la aprobación de cualquier hombre. Erienne culpó a la dulce pero implacable insistencia de Aggie, ya que el ama de llaves no se había apartado del hombro de Tessie para asegurarse de que el acicalamiento se llevase a cabo sin demora, no fuera que el amo tuviera que esperarlas.

Complacida con el resultado, la señora Kendall echó una última mirada a la pareja y se apresuró a salir, empujando a Tessie hacia el pasillo, para dejar a lord Saxton en compañía de su joven esposa.

-Buenos días -dijo la voz con un suspiro a través de las aberturas de la máscara.

Una tensa inclinación de cabeza reveló la incesante cautela de Erienne.

-Milord.

El tono de lord Saxton se suavizó con una nota de humor. -No parece haberte afectado tu primera noche como ama de la casa.

Ella se encogió de hombros.

-Tessie es muy esforzada... y Aggie, muy persistente. -Debes disculpar a Aggie, mi querida. Ella es increíblemente fiel a la familia, y ve en ti una esperanza de perpetuarla. De hecho, está ansiosa por que demos a luz a un heredero.

Erienne tuvo la sensación de que ese hombre se estaba riendo de ella, pero no pudo encontrar la causa de tanta comicidad. Era ése un tema que la joven particularmente deseaba evitar. Su si
lencio reveló un frío desinterés. Lord Saxton no pareció perturbarse.

-Yo no tengo preferencias. Una niña con los ojos de su madre me resultaría muy agradable.

La joven se acercó al tocador y echó una cautelosa mirada de reojo a su marido, mientras acomodaba los frascos de cristal. -¿Y un hijo, milord? Si fuera a parecerse al padre, ¿cómo sería?

-No temas, mi querida. Las cicatrices no son hereditarias. Ella suspiró y miró en derredor: la jaula de la desesperación ya comenzaba a atraparla.

-¿Es ésa la razón por la cual me compró? ¿Para prolongar la familia?

-Tal como te dije, te compré porque te deseaba. Todo lo demás es secundario. Tus hijos serán, sin duda, adorados, porque tú serás la madre. La prole de otra mujer, probablemente, no sería tan amada. Tú eres, mi querida Erienne, quien ha invadido mis pensamientos y mis sueños.

-¿Seré, entonces, su prisionera en esta mansión?

-Desde luego que no. Eso puedo asegurártelo. Si deseas salir, sólo tienes que informarme a mí, o a alguno de nuestros sirvientes, y el carruaje estará a tu disposición. Si te agrada montar, hay una preciosa yegua de buen temperamento en los establos. Keads estará encantado de ensillarla para ti. Sin embargo, debo advertirte que seas precavida. Sin la escolta adecuada, no es aconsejable alejarse demasiado. Te ruego precaución cuando viajes más allá de los confines de la mansión. Es por tu propia seguridad.

-He oído muchas historias acerca de bandidos que merodean por estas tierras del norte, pero jamás he encontrado más villanos que aquellos que intentan advertirme. -Erienne ignoró el incidente que los había obligado a ella y a Christopher a abandonar el establo abandonado. Después de todo, no estaba muy segura de que aquellos hombres hubieran sido criminales.

-Es mi deseo que jamás conozcas a aquellos que rapiñan en los caminos.

Erienne lo miró sarcásticamente. -¿Los ha conocido usted, milord?

-Puedo asegurarte que no fueron los escoceses quienes incendiaron Saxton Hall. Puesto que mi vida puede depender de mi precaución, he a rendido a ser muy cauteloso con muchos.

Frente a la mira inexpresiva de la máscara, la joven bajó los ojos y habló en voz baja.

-Me intriga saber por qué fue incendiada la mansión. Si fue un acto deliberado, ¿puede usted decirme la razón?

-No sé mucho acerca de los responsables, pero sí sé que tienen un marcado instinto de supervivencia. Como una manada de lobos, atacan a todo aquello que los amenaza.

-¿Acaso usted los amenazó?

-Mi sola presencia es una amenaza para ellos. Erienne frunció ligeramente el entrecejo. -Entonces, con seguridad, lo intentarán de nuevo. El asintió con frialdad.

-Sí, pero no me tomarán desprevenido. -Parece usted muy seguro.

-Tú más que nadie tendrías que saber que yo dejo lo menos posible librado a la suerte.

Los siguientes días transcurrieron lentamente, v Erienne no logró aplacar su terror por lord Saxton. Cuando él caminaba por los oscuros pasillos de la mansión arrastrando su pesada bota, la joven se paralizaba, atenta, expectante. Sin embargo, si bien ese ominoso sonido la alteraba, ella había a rendido a desconfiar aun más del silencio. A pesar de su invalidez, en ocasiones lord Saxton parecía capaz de moverse sin producir el menor ruido, como un fantasma o una sombra en medio de la noche. Y era precisamente durante la noche cuando la inquietud de la joven se acentuaba, puesto que solía encontrarlo súbitamente en la habitación, con su inexpresiva máscara frente a ella, sin revelar el mínimo destello detrás de su tétrica sonrisa.

No había transcurrido aún una semana cuando Aggie entró en la recámara con la bandeja del desayuno y anunció que lord Saxton requería la presencia de la señora en la sala. Erienne aceptó la directiva con un grave, inarticulado murmullo; pero, en su interior, se estremeció. Tenía la certeza de que él intentaba sacar a colación el tema de su matrimonio, para regañarla por no comportarse como la amante esposa que había prometido ser, y la idea del enfrentamiento la aterraba.

La joven se detuvo un instante antes de entrar en la gran sala y respiró profundamente, tratando de serenarse. No estaba muy segura de haberlo logrado cuando atravesó la entrada para penetrar en la guarida de la bestia. Lord Saxton se hallaba de pie, frente a la chimenea, con un brazo apoyado sobre el respaldo de un sillón. Erienne atribuyó al terror que sentía en ese momento el hecho de que él pareciera dos veces más alto de lo normal. Y el gigantesco tamaño del hombre no disminuyó cuando ella se le acercó.

Aun cuando su vestido era de terciopelo y el escote la cubría hasta el cuello, la vestimenta le pareció inadecuada bajo la atenta mirada de su esposo. Sin embargo, en el breve tiempo que llevaba de casada, había aprendido que él no perdía oportunidad de observarla, o de admirar lo que había reclamado para sí. La joven se dejó caer en un sillón, intentando aliviar la tensión de sus temblorosas piernas. Las pocas fuerzas que había logrado reunir se habían desvanecido para convertirse en una perturbadora aversión. Se concentró en alisarse el vestido para evitar la mirada de su esposo, pero él fue paciente y, finalmente, ella no pudo menos que alzar los ojos para enfrentarse a la inexpresiva máscara que la observaba con atención.

-Se necesita comprar algunas cosas en Wírkinton -declaró él con su extraña, grave, susurrante voz-, y pensé que podrías disfrutar del paseo. Le pedí a Aggie que te acompañara.

-¿No vendrá usted con nosotras, milord? -preguntó Eríenne, disimulando apenas el tono de esperanza de su voz. -Tengo otros asuntos que atender. No me será posible acompañarlas.

-¿Qué se supone que debo hacer?

-Bueno, sólo espero que dediques el día a comprar todo aquello que desees --respondió él con tono sorprendido. Arrojó un pequeño monedero de cuero sobre una mesa que había junto a la joven, y el ruido que hizo el objeto al caer delató la fortuna que contenía-. Creo que con esto bastará por hoy. Si hay algo de mayor valor que desees comprar, sólo tienes que informar a Tanner y él regresará más tarde a adquirirlo.

-No dudo de que esto será más que suficiente, milord -le aseguró Erienne con voz suave, al tiempo que tomaba el monedero.

-Entonces, no te retrasaré más. Estoy seguro de que Aggie está ansiosa por partir. -Hizo una pausa antes de agregarImagino que serás considerada con ella y no le causarás ninguna inquietud...

-¿Milord? -inquirió Erienne, confundida.

-Aggie sentirá que se ha descuidado en sus obligaciones si algo llega a salir mal.

Erienne percibió la mirada sarcástica de su esposo y bajó los ojos, al tiempo que una súbita ola de calor acentuó el rubor de sus mejillas.

Puesto que la idea de escapar se había cruzado más de una vez en sus pensamientos, le resultaba difícil sostener la mirada de lord Saxton y simular inocencia. La joven inclinó ligeramente la cabeza con actitud sumisa.

-Aggie no tendrá razones para inquietarse, milord. Yo no me apartaré del convenio.

La emoción de ser libre por un día bulló en el interior de Erienne,y le fue difícil mantener sus pasos en un andar decoroso. Sus pies la impulsaron velozmente fuera de la sala, para dejar a lord Saxton observándola en silencio.

Con el entusiasmo de un niño, Erienne se acomodó en el elegante asiento del carruaje y se acercó el terciopelo de la capa a su sonriente rostro. La presencia de Aggie le recordó que no era completamente libre, pero la alegre charla de la dama sirvió para animar el trayecto.

El carruaje se internó por las angostas calles de Wirkinton, hacia la posada de Miriñaque, donde se detuvo. Allí permanecería Tanner, mientras las damas disfrutaban de una agradable comida y visitaban los negocios más cercanos.

Luego de fortalecerse con una humeante taza de té y algún ligero alimento, Erienne estudió la lista de mercaderías por comprar y, con Aggie a su lado, se dispuso a emprender la tarea.

La idea de la huida estaba lejos de atravesar la mente de Erienne cuando ordenó a Aggie que comprara fruta fresca en el mercado al final de la calle, mientras ella buscaba alguna cobrería donde adquirir una olla para la cocina. La mujer no tibubeó y partió presurosa. La joven se acomodó los numerosos paquetes que cargaba, antes de emprender su búsqueda.

Al no encontrar la cobrería de inmediato, la muchacha estaba pensando en regresar al carruaje para deshacerse de su carga, cuando varias prostitutas excesivamente acicaladas salieron de un negocio cercano. Antes de que las mujeres pudieran moverse, un grupo de marineros se abalanzaron sobre ellas y, para su horror, Erienne se sintió atrapada por la espalda. Todos sus paquetes cayeron al suelo y, al volverse, ella se encontró frente a un marinero barbudo, con la forma y el tamaño de una morsa.

-¡Guau, niña! ¡Tú sí que eres bonita! Nunca antes había visto a una mujerzuela como tú.

-¡Déjeme ir! -exclamó Erienne, luchando por conservar su dignidad, mientras intentaba esquivar los rojos labios fruncidos que ansiosamente buscaban su boca. El hombre exhaló una bocanada de aliento impregnada de un fuerte olor a cerveza, cuando emitió un libidinoso gemido, al tiempo que, con las manos, acariciaba la espalda de la joven y la acercaba a su ancho, peludo rostro.

-¡Suélteme! ---chilló Erienne, al tiempo ue extendía el brazo contra el cuello del hombre, intentando Merarse. El ma
rinero soltó una carcajada y a artó fácilmente la mano de la niña. La estrechó con más fuerza, asta que ella se estremeció con repugnancia al sentir que unos labios húmedos le rozaban la mejilla y se deslizaban hacia su garganta.

-Mmm, ¡qué bien hueles, niña! -dijo él entre risas.

De pronto, una enorme figura se acercó a ellos, y Erienne levantó la mirada para encontrar a Christopher Seton detrás del hombro del marinero. Ante la exclamación de la joven, el hombre se giró.

-¿Qué quiere usted ahora? -preguntó el borracho con desdén-. ¿Acaso ha puesto sus ojos en mi niña? Vaya a buscarse otra, hombre. Esta es mía.

Una leve sonrisa tolerante iluminó el bien parecido rostro, pero los ojos verdes lanzaron un destello tan frío como el hielo. -Si no quiere que sus amigos lloren su muerte esta noche, mi querido señor, le sugiero que suelte inmediatamente a la dama -le advirtió Christopher con un leve tono de reproche-. El dueño de Saxton Hall tomaría a mal que usted abusara de su esposa.

El marinero abrió lentamente la boca, revelando así su confusión. Observó al otro, preguntándose si debía o no creerle. -El dueño de Saxton Hall. ¿Acaso nunca ha oído hablar de él? -preguntó Christopher con asombro.

-¡No! -respondió el otro rudamente.

-Algunos lo llaman el fantasma de Saxton Hall -explicó Christopher con cortesía-. Otros dicen que había muerto en un incendio, pero él aún vive. Dada la forma en que ha estado co-

rriendo el rumor, usted debe de ser sordo o forastero, si jamás ha oído hablar de ese hombre. En su lugar, yo tendría sumo cuidado de tratar gentilmente a su dama; de lo contrario, podría llegar a arrepentirse muy pronto.

El marinero se apresuró a enmendar su error.

-No sabía que esta agraciada niña era casada. Los muchachos y yo sólo estábamos tratando de divertirnos. -Apartó a Erienne y comenzó a recoger nerviosamente los paquetesAquí no pasó nada, ¿ve?

-Si es así, puede que entonces lord Saxton sea indulgente con usted. -Christopher se giró hacia la joven, que se ruborizó bajo la descarada inspección de los ojos verdes-. Por lo visto, la dama no ha sido dañada en absoluto. -Le ofreció el brazo cortésmente-. Señora, le ruego me permita escoltarla a través de este grupo de pendencieros.

Erienne ignoró la invitación y caminó erguida entre las rameras y marineros azorados, que abrieron un sendero a su paso.

Christopher la siguió, golpeándose indiferentemente la pierna con la fusta mientras observaba el contoneo indignado de las faldas de la joven. Él esbozó una amplia sonrisa y aceleró el paso. Con sus largas zancadas, no tardó en alcanzar el andar enérgico, enconado de la muchacha.

-Usted sí que tiene valor -dijo ella, lanzándole una mirada indignada.

-¿Perdón? -preguntó él con tono inocente, al tiempo que sus ojos brillaron con humor.

-¡Cómo se atreve a contar historias falsas sobre mi esposo! -le acusó Erienne, y luego se detuvo para acomodar varios de los numerosos paquetes que cargaba.

-¿Me permite ayudarla en eso? -inquirió Christopher solícitamente.

-¡No! -respondió ella con vehemencia, y luego soltó una exclamación cuando una pequeña caja se le cayó de las manos. Christopher cogió el paquete en el aire con gran habilidad. Con curiosidad, se lo llevó a la nariz para aspirar el aroma, y luego miró a Erienne con incertidumbre.

-¿Perfume para la dama? Ella le arrebató el paquete.

-Especias para la cocina... si tanto le interesa, señor Seton. -Eso me tranquiliza -respondió él-. El aroma era bastante picante, nada parecido a su dulce fragancia habitual. -Estábamos hablando de mi esposo -le recordó Erienne con tono vivaz.

-Al igual que todos aquí. De hecho, la sola mención de su marido es suficiente para hacer estremecer de terror incluso a los más valientes.

-Y usted ayuda a avivar las llamas con esas tontas historias de fantasmas y demonios.

-Sólo intentaba convencer al marinero de que la soltara para evitar un derramamiento de sangre. Me gané su desaprobación por defenderme contra su hermano. A fin de no lastimar aún más mi reputación, sencillamente utilicé palabras gentiles y advertencias. ¿Acaso me he equivocado? ¿Hubiera usted preferido que le diera a ese hombre su merecido y lo matara?

-¡Claro que no! -exclamó Erienne con desaliento. Divertido ante la irritación de la joven, Christopher bromeó. -Le pido mil disculpas por no haberme comportado como el pretendiente enamorado que defiende a su dama con el sable en la mano. -Miró a su alrededor como si estuviera buscando a alguien-. Creí que su esposo seguiría suspirando tras sus faldas. ¿Dónde está el sujeto?

-No... no vino conmigo -respondió Erienne con vacilación.

-¿En serio? -preguntó Christopher con un evidente tono esperanzado, y se volvió para mirar a la joven con expresión expectante.

-Tenía unos asuntos que atender -se apresuró a explicar ella.

-¿Quiere decir, entonces, que ha venido usted sin escolta? -inquirió él con ansiedad.

-Aggie... es decir, nuestra ama de llaves ha venido conmigo. -Erienne miró hacia el otro lado de la calle, rechazando encarar el cálido, divertido brillo de esos ojos verdes con reflejos grisáceos-. Ella debe de estar por aquí, en algún lado.

-¿Quiere decir que aún no está usted dispuesta para abandonar Saxton Hall?

Erienne levantó la cabeza, sorprendida, y sus ojos buscaron los de él.

Christopher esbozó una amable sonrisa.

-Conozco bien a lord Saxton y no diría que es precisamente el marido ideal para una joven hermosa como usted. -Percibió el destello de fuego en las profundidades azul violáceas, pero prosiguió sin inmutarse-. A pesar de su declarado odio hacia mí, Erienne, ¿no encontraría usted más agradable mi compañía que la de esa criatura deforme? Mis apartamentos de Londres son, sin duda, más confortables que esa enorme, congelada mansión.

-¿Y cuál sería la renta que debería yo pagar a cambio de tal residencia? -preguntó ella con sarcasmo.

Christopher hizo caso omiso de la ironía de la joven. De hecho, su sonrisa hubiera revelado una gran compasión, de no haber sido por la expresión lasciva de sus ojos.

-Estoy seguro de que podría responder a esa pregunta sin ninguna dificultad. Si bien las palabras brotan con belleza de sus labios, no es hablar con usted lo que tengo en mente.

Erienne se volvió para alejarse tan súbitamente, que él tuvo que apresurar el paso para alcanzarla. Cuando la alcanzó de nuevo, ella le lanzó una mirada fulminante.

-¡Usted me sorprende, señor! ¡Usted de veras me sorprende! Llevo menos de una semana de casada, un tiempo bastante breve para terminar de conocer bien a mi esposo...

-Si es que empezó -se mofó Christopher en voz baja. -Y, sin embargo --continuó ella, ignorando la interrupción-, usted insulta al hombre, cuando apostaría que no lo conoce en absoluto. Puedo asegurarle que hay mucho más en él de lo que otros ven. Ha sido amable y gentil conmigo, se ha preocupado por brindarme comodidad, y jamás me ha hablado con groserías, como otros que podría mencionar. -Sacudió la cabeza con gallardía-. Se ha comportado como un verdadero caballero.

-Le ruego me diga, dulce dama el libertino insaciable rió en el oído de Erienne-, ¿qué otra cosa podría hacer el hombre? ¿La ha tomado entre sus brazos para demostrar su virilidad?

La joven lo miró fijamente, estupefacta ante la vulgar ofensa. Una leve sonrisa curvó los labios de Christopher, al tiempo que sus ojos verdes la acariciaron cálidamente.

-Le aseguro, mi amor -murmuró él con suavidad-, que yo no hubiera perdido el tiempo. Para estos momentos, usted no tendría ninguna duda acerca de mi pasión.

Erienne ahogó una exclamación y sintió una fuerte ola de calor que le brotaba del pecho.

-¡Es usted un... intolerable, grosero bellaco! -balbuceó con furia-. Hace unos instantes me propuso que me convirtiera en su amante, y ahora me habla con su descarada lascivia. ¿De veras cree que yo podría tomar mis votos a la ligera? ¡Pues no! ¡Estoy firmemente comprometida a mis promesas! Así que le ruego que me haga el honor de retirarse de mi vista y, en el futuro, no vuelva a acercárseme.

-Me temo que eso no me será posible -dijo él con un suspiro-. Usted ha capturado mi deseo más íntimo y, con eso, probablemente mi corazón.

-¡Probablemente! ¡Probablemente! ¡Ohhh!

Erienne giró uno de sus delicados pies con propósitos malignos, pero Christopher se hizo a un lado con gran agilidad y, entre risas, esquivó el golpe en su canilla.

-¡Qué carácter! -la regañó él.

-¡Aléjese de mí, patán! ¡Déjeme antes de que me vengan náuseas con sólo verlo!

Christopher esbozó una amplia sonrisa y efectuó una profunda reverencia.

-Como usted desee, milady. Puesto que presumo que Aggie es aquella dama que está estirando el cuello con desesperación, en sus esfuerzos por descubrirla, me retiraré e iré a atender mi, propios asuntos.

Erienne vio a Aggie al otro lado de la calle haciendo exactamente lo que Christopher había descrito. La joven apretó los dientes con furia y comenzó a caminar con paso indignado, cuando oyó un último comentario.

-Si milady llegara a cambiar de opinión, mi buque estará
anclado aquí o en Londres. El capitán Daniels sabrá dónde encontrarme.

Erienne se rehusó a complacerlo con una respuesta, pero tuvo que realizar un tremendo esfuerzo para recuperar la compostura cuando se le acercó el ama de llaves.

-¡Señora! ¿Está usted bien? -preguntó Aggie con preocupación al ver el rostro enrojecido de su ama. Su siguiente comentario subestimó la realidad-. Parece usted algo enrojecida.

-Sí, desde luego, estoy bien -respondió Erienne con voz tensa-. Es sólo que hay demasiados bribones por aquí como para que una mujer decente pueda vagar sola por las calles. -Echó una mirada hacia el final de la calle, pero no encontró señales de su detractor. Ante la ausencia del hombre, se sintió algo más aliviada. Aun así, estaba demasiado irritada como para dedicar su atención a hacer compras-. En cuanto encontremos una marmita, me agradaría regresar a casa.

-Pero, señora, ¡aún no ha comprado nada para usted! -Lord Saxton ha sido muy generoso. No se me ocurre nada que pueda faltarme.

-Muy bien, señora.

Pocos minutos más tarde, compraron la olla y, cuando salieron del negocio, Erienne se sorprendió al encontrar el carruaje aguardándolas a poca distancia de allí. Al parecer, la presencia del coche había llenado la calle de curiosos boquiabiertos, que intentaban observar sin ser vistos. Varios grupos de mujeres se encontraban cuchicheándose al oído, pero, al apercibir la mirada de Erienne, se dispersaron y comenzaron a inspeccionar con atención las bagatelas de algún buhonero. El asombro de la joven se desvaneció repentinamente cuando la portezuela del carruaje se abrió y la figura encapada de su esposo descendió para recibirla.

Consciente del repentino silencio que había inundado la calle, ella caminó rápidamente hacia él. Bundy se adelantó para tomar los paquetes y colocarlos sobre el portaequipajes. La joven dejó escapar un trémulo suspiro al dirigirse a lord Saxton.

-Milord -su voz tembló ligeramente-, no esperaba encontrarle aquí.

-He tenido que arreglar unos negocios con el señor Jagger como él se marchaba hacia Londres, le he pedido que me trajera hasta aquí. -Contempló a su esposa durante un instante¿Has terminado con tus compras?

-Sí, milord.

El levantó el brazo para ofrecerle ayuda. Erienne lo observó, incapaz de moverse.

-Coge mi brazo -le instó él con dulzura-. No es decoroso que me avergüences delante de tanta gente.

La joven sofocó un escalofrío y, con renuencia, colocó la mano sobre el brazo de su marido. Se sorprendió al encontrarlo bien formado y firmemente musculoso bajo la tela del abrigo, nada desagradable al tacto. Era evidente la fuerza que ella tanto había temido y que jamás había dudado que existiera. Sin embargo, al tocarlo, lord Saxton no le pareció tan siniestro, como si, por primera vez, pudiera imaginarlo como un hombre de carne y hueso y no como una criatura fría y deforme proveniente del infierno.

Cuando habían atravesado la empedrada calle hacia el camino que los alejaría de la ciudad, lord Saxton emitió una suave risa resonante. La joven lo miró fijamente, curiosa por saber qué lo había divertido.

-¿Ha visto, señora? -La extraña voz entre áspera y susurrante atrajo toda la atención de la muchacha-. Tocarme no ha sido tan repugnante como agarrar una serpiente.

Súbitamente avergonzada, Erienne desvió la mirada. Era como si él le hubiera leído el pensamiento desde el principio, pesto que esas mismas palabras habían atravesado la mente de la[1] joven. Ella nunca lo había imaginado como un hombre, sino como algo diabólico.

-Yo soy un hombre, Erienne -le aseguró él. La risa desapareció de su voz y, una vez más, pareció capaz de leer el pensamiento de la joven-. Tengo todas las necesidades y los deseos de un hombre. Y tú, mi querida Erienne, eres tan hermosa que me torturas.

Ella advirtió que los ojos detrás de la máscara la observaban, pero no se atrevió a mirar el rostro de cuero. Su respuesta fue apenas audible.

-Estoy luchando conmigo misma, milord. Mis pensamientos vuelan, y creo que no me atemoriza tanto su máscara como imaginar lo que se esconde detrás. Tal vez, si pudiera ver su rostro...

-Te retorcerías con horror -la interrumpió él bruscamente-. Puede que, algún día, tu desenfrenada imaginación sea vencida por un sueño; pero si te enfrentas a la realidad de mi rostro, jamás llegaremos a unirnos. Si es necesario, prolongaré la espera, pero debes saber que aun debajo del aspecto más borren o puede esconderse un valor; que incluso el carruaje más viejo y destartalado puede brindar un viaje confortable.

Erienne guardó silencio, mientras trataba de protegerse contra las sacudidas del coche. Las palabras de su esposo la inquie
taron. El la deseaba, y algún día tendría que entregársele. Pero, por el momento, el rostro oculto bajo la máscara le inspiraba un temor muy difícil de superar.

Cuando Erienne se despertó a la mañana siguiente, descubrió que lord Saxton se había marchado de la mansión, avisando que estaría ausente durante varios días. La joven consideró ese hecho como un descanso temporal, pero aun así, no pudo experimentar una completa libertad. Se preparó para trabajar y decidió demostrar que era un ama de casa competente, aun cuando no pudiera comportarse como una buena esposa. Organizó a los sirvientes, asignándoles a unos el mantenimiento de los cuartos habitados de la mansión, mientras otros se dedicarían a limpiar aquellas áreas que aún se hallaban aisladas por el polvo y el paso del tiempo.

Si bien algunos de los arrendatarios pagaban sus rentas con productos comestibles, siempre quedaban algunas especies y raros condimentos que debían comprarse, y la cocina necesitaba ser reabastecida de víveres. La joven preparó una lista de todos los productos que justificaban un viaje al mercado, esta vez, a cargo de Paine.

Resuelta a satisfacer su curiosidad con respecto a los arrendatarios, Erienne ordenó a Tanner que preparara el carruaje. Pertrechada con verbas medicinales, tés y bálsamos curativos, partió en compañía de Tessie a visitar las cabañas para ver si había alguna necesidad que pudiera satisfacer. Un sinfín de sonrisas dieron la bienvenida a la joven ama, y efusivas carcajadas y rostros alegres revelaron que, a pesar del aterrador aspecto del amo, todos se sentían complacidos por el regreso de lord Saxton. Erienne se sorprendió ante la firme

lealtad que esos hombres demostraban por la familia, y advirtió cómo las bocas de todos se fruncían ante la mera mención del nombre de lord Talbot. Los últimos años no habían sido fáciles, pero, con el legítimo amo en su lugar, los hombres abrigaban nuevas esperanzas para el futuro.

Erienne se despidió con un nuevo brote de respeto hacia su esposo, puesto que en la breve visita se había enterado de que el lord ya había comenzado a reducir las rentas y había abolido las leyes impuestas por lord Talbot, reemplazándolas por estatutos justos y fáciles de cumplir. Lord Saxton también había importado de Escocia un par de toros y una docena de carneros, todo lo cual prometía la producción de un ganado más fuerte v saludable para los arrendatarios. Por numerosas razones, la joven comenzaba a comprender por qué la gente recibía con beneplácito el regreso de su esposo.

## CAPITULO 10

Un grito impaciente respondió a la insistente llamada de lord Saxton a la puerta de la casa del alcalde. Luego de un breve sonido de pisadas tambaleantes, el portal se abrió para descubrir
a un desaliñado Farrell. El muchacho tenía la mirada abatida y obviamente no se sentía muy bien. Su rostro estaba pálido y unas pequeñas bolsas rojizas enmarcaban sus ojos. Al levantar la mirada, observó sorprendido a la figura negra y, por un instante, pareció olvidar su malestar.

-Tengo algo que discutir con el alcalde -anunció lord Saxton con brusquedad-. ¿Se encuentra él en casa?

Farrell asintió y se apartó de la puerta para permitir la entrada de la aborrecible criatura en la casa. Al ver el landó aparcado en la calle, el muchacho señaló al cochero con un gesto vacilante.

-Quizá su hombre quiera pasar y esperar junto al fuego de la cocina. Es un día espantoso para estar fuera.

-Mi estancia aquí será muy breve -respondió lord Saxton-. Y Bundy parece preferir el frío.

-Llamaré a mi padre -se ofreció el muchacho-. Está tratando de cocinar algo para comer. Creo que mi padre empieza a valorar las cualidades de Erienne.

Una estrepitosa carcajada provino de la máscara. -Demasiado tarde para eso.

Los músculos de las mejillas de Farrell se tensaron, y el muchacho se frotó el brazo inválido.

-Supongo que ahora que usted la ha comprado, ya no la veremos nunca más.

-Eso depende enteramente de mi esposa. Farrell miró la máscara con expresión desafiante. -¿Quiere decir que nos permitirá verla?

-No hay cadenas en las puertas de Saxton Hall. El muchacho soltó una risita irónica.

-Bueno, debe de haber alguna razón por la cual mi hermana aún no se ha escapado. Lo hizo cuando vivía aquí. Y usted no es precisamente... -tragó saliva cuando se percató del insulto que estaba a punto de articular- ...quiero decir...

-Vaya a buscar a su padre -le ordenó lord Saxton de manera tajante. Luego, arrastró su pesado pie hacia la sala y se acomodó en la silla que había junto a la chimenea. Con una mano apóyada sobre el puño del bastón, echó una mirada a su alrededor y advirtió que la casa se encontraba en un lamentable estado. Había ropas diseminadas por todas partes y un montón de platos apilados sobre la mesa. Era evidente que los dos hombres que ocupaban la cabaña no sólo carecían de las aptitudes de Erienne para la cocina, sino también de las prolijas costumbres de la muchacha.

Avery titubeó antes de entrar en la sala, tratando de adoptar una expresión en el rostro que no revelara el temor que le inspiraba su hijo político.

-Ahhh, milord -lo saludó con fingido entusiasmo cuando entró en la habitación-. Veo que se ha decidido a visitarnos. -¡No precisamentel -La frase fue brusca.

El alcalde observó al otro hombre confundido, sin saber cómo reaccionar.

-Supongo que ha venido aquí para quejarse de mi niña. -Alzó una mano para declarar su inocencia-. Cualquier cosa que la muchacha haya hecho, no ha sido culpa mía. Su madre es la responsable. La dama no hizo más que llenar la cabeza de la mocosa con basura, eso es lo que hizo. Todos esos estudios de letras y números... no es bueno para una niña saber esa porquería.

Lord Saxton habló con un tono tan helado como el viento del norte.

-Usted la vendió a un precio demasiado bajo, alcalde. La suma de cinco mil libras no es más que una mínima parte de lo que yo pensaba pagar. -Soltó una breve risa que no reveló ni una leve nota de humor-. Pero se trata de su pérdida, señor. El asunto está zanjado, y yo obtuve lo que deseaba.

Avery se dejó caer lentamente sobre el sillón que tenía a su lado y cerró su boca entreabierta por el asombro.

-¿Quiere decir... que hubiera estado dispuesto... a pagar más por la mocosa?

-Fácilmente hubiese doblado la oferta.

El alcalde lanzó una mirada en derredor, sintiéndose repentinamente desgraciado.

-Pues... yo habría sido un hombre rico.

-Yo no me sentiría muy mal si fuera usted. Probablemente, la fortuna no le hubiera durado mucho tiempo.

Avery miró al otro hombre atentamente, incapaz de comprender el insulto con claridad.

-Si no era su intención fastidiarme con quejas, entonces, para qué ha venido?

-He pensado que le interesaría saber que Erienne está bien. -Ah... bien, ella siempre ha sabido cuidarse. Nunca me preocupo demasiado por la niña. Es fuerte... y testaruda.

La mano enguantada se aferró con fuerza a la empuñadura del bastón durante un largo momento, hasta que lord Saxton optó por responder.

-No es común que un padre demuestre tanta confianza en su hija. -Dejó escapar una breve, irónica risita-. Cualquiera podría confundirse e interpretarlo como una falta de interés.

-¿Eh? -Avery quedó momentáneamente aturdido.

-No tiene importancia. -Lord Saxton se puso en pieDebo marcharme ahora. Tengo que atender unos asuntos en York.

-Ah... señor-comenzó a decir el alcalde y se aclaró la garganta-. Me preguntaba si, tal vez, dado que usted es el esposo de mi hija, le sería posible disponer de unas pocas libras para la pobre familia de la niña. El muchacho y yo no hemos tenido mucha suerte últimamente, y apenas si nos quedan algunas monedas. Tuvimos que vender al viejo Sócrates... y, puesto que usted afirmó que estaba dispuesto a pagar más...

-He fijado una pensión para su hija el caballero con tono brusco-. Si ella desea ayudarlos, puede hacerlo, pero yo no les daré nada sin el consentimiento de mi esposa.

-¿Permite usted que una mujer lleve sus asuntos? -preguntó Avery, sorprendido.

-La familia de mi esposa no es asunto mío -respondió lord Saxton con rudeza.

-Ella se ha vuelto muy mezquina conmigo desde que la vendí.

-Eso, alcalde, es problema suyo, no mío.

Lord Saxton llevaba ya cuatro días de ausencia , aun cuando se había mantenido atareada con las obligaciones' inherentes a su posición en la mansión, Erienne se sentía cada vez más inquieta entre los inmensos muros de piedra. Recordó lo que le había dicho su esp oso acerca de montar la yegua del establo cada vez que ella lo deseara. Decidió tomar la palabra del hombre y se vistió con la ropa adecuada para cabalgar, para luego presentarse ante Keats.

Desde su llegada a Saxton Hall, la joven no se había acercado a los establos, aunque la idea de la huida había vagado insistentemente por su mente. El avasallador terror de que él le diera alcance para Luego tener que enfrentarse a la ira del hombre había sofocado tales pensamientos. El único lugar donde ella podría encontrar seguridad era junto a Christopher Seton, pero su orgullo jamás le permitiría rendirse ante él. Si el yanqui en verdad hubiera estado tan interesado en la joven como' había afirmado, entonces, al menos, podría haber elevado alguna queja acerca de la subasta. En cambio, él había aceptado de inmediato el pago de sus deudas, sin expresar ninguna objeción al ver que otro hombre se la llevaba. Cuando Erienne lo había visto por última vez, Christopher le había parecido muy satisfecho con su libertad, y si ella ahora corría hacia él, dispuesta a complacerlo en todas sus demandas, entonces, sólo estaría alimentando su vanidad. Estaba segura de que una relación con ese hombre podría resultar muy excitante, pero algún día tendría que afrontar la realidad de que él sólo intentaba usarla por un tiempo. Todo terminaría en cuanto él se sintiera atraído por otra mujer. Era mejor para Erienne protegerse contra tanto pesar, antes de enamorarse locamente de ese hombre.

Al entrar en el establo, la joven vio a un muchacho de unos quince años que, afanosamente, limpiaba una de las caballerizas. El se irguió al oír el ruido de la puerta, y sus ojos se agrandaron cuando divisó a la dama.

El muchacho corrió al encuentro de su ama, y se quitó el sombrero cuando se detuvo frente a ella. Inclinó la cabeza varias veces en lo q$_u$e pareció una vacilante reverencia, y la mueca que curvó sus la ios hizo sonreír a Erienne.

-¿Tú eres Keats? -preguntó ella.

-Sí, señora -respondió él, al tiempo que efectuaba una nueva reverencia.

-Creo que no nos conocemos. Yo soy...

-Oh, yo sé quién es usted, señora. La he visto yendo y viniendo, y... le ruego me disculpe, señora... pero tendría que ser ciego para no notar a una ama tan hermosa como usted. Erienne rió.

-Bueno, muchas gracias, Keats.

El muchacho se ruborizó y, algo aturdido ante su propia desfachatez, señaló una yegua negra con patas blancas que se encontraba en una caballeriza cercana.

-El amo dijo que probablemente usted vendría a buscar a Morgana. ¿Desea que se la ensille, señora?

-Me encantaría.

El muchacho amplió aún más su sonrisa y se volvió de manera jovial. Sacó la yegua de la caballeriza y la condujo ante Erienne para que ella la inspeccionara. El animal parecía tranquilo, amigable y con un porte que hubiera hecho marchitar a Sócrates de vergüenza. Era negra y sedosa, con crin y cola muy largas. Erienne acarició el oscuro cuello del caballo.

-Es bellísima.

-Así es, señora, y es suya. Eso dijo el amo.

La joven quedó sin habla. Nunca antes había poseído un caballo y, ciertamente, jamás había imaginado que podría ser la dueña de un animal con la belleza de Morgana. El regalo la complació y confirmó aún más la generosidad de su esposo. Aunque ella no había cumplido sus promesas, los presentes continuaban afluyendo. Cualquiera que fuera la profundidad de sus cicatrices, ese hombre parecía estar muy por encima de Smedley Goodfield y todo el ejército de pretendientes, que hubieran revelado su avaricia ante el mínimo rechazo de la joven.

-¿Desea que la acompañe, señora? -preguntó Keats, una vez ensillada la yegua.

-No, no es necesario. No tardaré demasiado, y pienso mantenerme cerca de la mansión.

Keats juntó las manos para recibir el esbelto pie de su ama, se sorprendió ante la agilidad de la joven cuando fue impulsada acia la montura. De hecho, le pareció que apenas una pluma le había rozado brevemente las manos. Cuando Erienne se alejó, el muchacho permaneció junto a la puerta del establo, para asegurarse de que ella no tendría problemas; y luego, regresó a sus tareas, silbando una alegre melodía. Él ya había llegado a la conclusión de que el amo tenía tanto talento para la elección de una esposa, como para la selección de caballos. Cada uno de ellos era una exquisita pieza digna de admiración.

Erienne deliberadamente evitó los escombros del ala este, puesto que le recordaban la inexpresiva máscara de su marido y su propia incapacidad para adaptarse a su condición de esposa.

El aire helado le azotaba el rostro al cabalgar velozmente por los páramos; sin embargo, le resultaba vigorizante; y aspiró su frescura. La yegua era ágil y dócil, y la joven sintió que la tensión que la hala encadenado en las últimas dos semanas comenzaba a esfumarse.

Alrededor de una hora más tarde, se encontraba en un valle de la mansión, en un claro rodeado de árboles. Había aminorado el paso del caballo, cuando el distante ladrido de unos perros atrajo su atención. El corazón de Erienne comenzó a latir con violencia cuando el recuerdo de unos afilados colmillos le atravesó la mente. De pronto, tuvo un terrible presentimiento y, aunque podía ver la mansión detrás de una colina a sus espaldas,

la casa se hallaba demasiado lejos como para proporcionarle la reconfortante idea de una segura protección.

Tuvo que luchar contra el pánico cuando condujo a la yegua de regreso por el sendero que atravesaba el valle. Los temores de la joven comenzaron a desvanecerse cuando se acercó al pequeño bosque. En pocos, instantes, pensó, podría hallar refugio en la mansión, y se sintió más relajada, sin percatarse de los ojos que la observaban desde los árboles.

Timmy Sears taloneó su caballo, que se echó a correr desde los árboles hacia el sendero donde cabalgaba Erienne, que, al verlo, lanzó una exclamación de horror. La yegua, saltó ante tan inesperado encuentro, y la joven tuvo que luchar para mantener el equilibrio sobre la montura. Sears extendió su gigantesca mano para apoderarse de las riendas de la muchacha, pero ella, irritada por la osadía del pelirrojo, le azotó la muñeca con su fusta.

-¡Aléjese de mí, patán! -Hizo girar a la yegua, hasta que las riendas quedaron fuera del alcance de Timmy, y luego lanzó al hombre una mirada fulminante-. Los cazadores furtivos y sus asquerosos sabuesos no son bienvenidos en estas tierras. ¡Fuera de Taquí!

Timmy se lamió la mano lastimada y traspasó a la joven con los ojos.

-Para ser una mujerzuela vendida en una subasta, te has vuelto muy arrogante desde que te has casado con su señoría. -Cualuiera que haya sido mi situación, Timothy Sears replicó ella-, siempre he tenido más clase que usted. Tiene usted la costumbre de pisotear despiadadamente a la gente, y ha transgredido los límites de las tierras de mi esposo con demasiada frecuencia.

-Esta vez, no sólo me meteré en sus tierras, milady.

Un escalofrío de terror trepó por la columna de Erienne, mientras que un nudo helado se atascó en la boca de su estómago. Había oído suficientes historias acerca de Timmy Sears como para saber que se hallaba frente a un peligroso, indómito bribón. Im pulsada por un instinto de conservación, hizo girar a la yegua. Timmy estaba preparado para eso. Taloneó su caballo y alcanzó a la joven, antes de que ella pudiera escapar. Se aferró a la brida de la yegua para impedirle avanzar, pero Erienne aún conservaba la fusta en la mano y, encarnizadamente, azotó el brazo y rostro del pelirrojo.

Timmy lanzó una maldición y giró el brazo con violencia, asestando un fuerte golpe en los hombros de la joven. Erienne quedó sin aliento, pero luchó por mantenerse en la montura a pesar de los brincos de la yegua. Sears extendió los brazos paratomar a la joven y le desgarró la manga al tratar de empujarla fuera del caballo.

Erienne volvió a blandir el látigo, esta vez con más furia que terror. Estaba resuelta a no dejarse vencer por ese tosco sujeto. La fusta alcanzó la mejilla del pelirrojo, y luego la joven golpeó el flanco de su yegua, haciéndola retroceder. Timmy casi se cae del caballo, antes de que la brida de Morgana se desprendiera de su gigantesca mano. Erienne clavó los talones a ambos costados de su yegua, y ésta echó a correr a toda velocidad.

-¡Perra! -rugió Sears, mientras perseguía a la joven-. ¡Me las pagarás!

De pronto, un disparo llenó el aire con el estruendoso sonido de una explosión. Asustada, Erienne se agachó en la montura, creyendo que Timmy le estaba disparando.

Entonces, por el rabillo del ojo, Erienne vio a otro jinete cabalgando desde los árboles hacia el claro, y reconoció a Bundy. El hombre estaba cargando su mosquete, al tiempo que se le acercaba.

-¡Ven aquí, bastardo! -gritó-. ¡Acércate y déjame llenarte el pellejo de plomo!

Timmy Sears vio al hombre maniobrar el cargador de su arma v supo que estaba listo para volver a disparar. El pelirrojo no se detuvo un sólo instante. Se inclinó sobre la montura y azotó los flancos de su caballo con el sombrero, en un frenético esfuerzo por eludir el tiro que, sabía, no tardaría en llegar. Otra fuerte explosión atravesó el aire, y Timmy se sintió aliviado al escuchar, una fracción de segundo más tarde, el eco del ensordecedor estampido. Cacareó con regocijo al oír el bramido de una violenta maldición detrás de sí, pero, sabiendo que el otro no tardaría en recargar su arma, se lanzó a la carrera, sin siquiera volverse para descargar

un escarnio. Ya tendría otra oportunidad de deleitarse con la mujerzuela, y entonces sí, la muchacha pagaría esto con creces.

Erienne se volvió para observar la huida de Timmy Sears. Lo último que vio de él fueron los faldones de la chaqueta volando sobre la cima de una colina. La joven exhaló un profundo suspiro de alivio.

Bundy detuvo su caballo junto a ella y le preguntó con ansiedad:

-¿Está usted bien, señora? ¿La lastimó ese pillo?

La muchacha había comenzado a temblar como una reacción nerviosa y apenas pudo asentir con la cabeza.

-Ese Timmy Sears es un perverso -declaró él, mirando hacia la colina por donde había desaparecido el pelirrojo. Luego,
dejó escapar un suspiro de desaliento-. Su señoría no hubiera fallado.

Erienne fue incapaz de articular una pregunta con sus labios temblorosos.

-Es una suerte que el amo y yo hayamos regresado justo a tiempo, señora.
j-¿Ha regresado lord Saxton? -logró por fin balbucear la oven.

-Sí, y cuando advirtió que usted no estaba, me mandó a buscarla. No le gustará cuando le cuente lo que ha sucedido. No le gustará en absoluto.

## CAPÍTULO 11

La brillante luna formaba un halo de plata alrededor de las nubes de ébano y trazaba un caprichoso, variante dibujo de sombras y luces a través de las colinas. Una fresca brisa llegaba desde el mar para mecer las copas de los árboles y barrer el polvo de los páramos. Unas pocas cabañas, arracimadas aquí y allá, parecían manchas oscuras con sus lámparas extinguidas y sus postigos cerrados para recibir la noche. Bajo el murmullo del viento, una profunda quietud confirmaba que todo estaba bien. Nadie oyó el estruendoso galope de un feroz potrillo negro, ni vio al ominoso jinete encapuchado que conducía el corcel a una velocidad vertiginosa. El animal avanzó a todo galope por el angosto camino que atravesaba el valle. Sus cascos brillaron como mercurio al pasar por un breve claro de luz, y la capa del jinete revoloteó para descubrir los fuertes músculos que ocultaba. Los ojos del corcel lanzaban llamaradas, confiriéndole el aspecto de un dragón listo para atacar, y la silenciosa figura que lo montaba confirmaba la idea de que esa correría iba camino a la muerte. La capa, al volar, brindaba alas a la imagen; sin embargo, ambos se hallaban afirmados a la tierra, y cabalgaban sin cesar, sin aminorar el paso, sin detenerse por el bien del hombre o de la bestia.

A poca distancia, la robusta ama de una pequeña cabaña deambulaba fuera de la cama, incapaz de dormir junto a los atronadores ronquidos de su esposo. La mujer arrojó unos trozos de turba seca en el fuego y permaneció observando la brillante luz de las llamas. Intranquila por la ansiedad que la embargaba, se estremeció y apartó la mirada. Experimentó una sensación helada en su protuberante barriga, como un terrible presentimiento de que algo espantoso estaba a punto de ocurrirles. Caminó por el piso mugriento, con las zapatillas aleteando contra sus talones, y se sirvió un abundante vaso de ale. Luego, regresó hacía la chimenea y se acomodó junto a una mesa toscamente labrada, rara sorber la bebida mientras observaba las doradas llamas del uego.

Ya había vaciado la mitad del contenido de su pichel, cuando
inclinó la cabeza para escuchar, alarmada ante un rugido suave, distante. ¿Habría sido un trueno? ¿O sólo el viento?

Levantó el vaso para beber otro sorbo de cerveza, pero se detuvo, para concentrarse atentamente en el sonido. Éste se hacía más fuerte y más definido... y regular... como el galope de unos cascos de caballo.

La mujer depositó el pichel sobre la mesa y, tan rápido como pudo desplazar su inmenso volumen, corrió hacia la ventana para abrir los postigos. Lanzó un pequeño, tembloroso chillido cuando vio a la negra figura deslizarse entre las sombras de los árboles. La capa volaba detrás

del jinete,y el caballo parecía abalanzarse sobre la cabaña. La mujer quedó paralizada por el pánico, y ahogó una exclamación de terror cuando el corcel se detuvo en seco frente a su puerta. El animal retrocedió de un salto, escarbando el aire con sus cascos brillantes, y quebró la quietud de la noche con un furioso relincho.

La dama prorrumpió en sollozos y se apartó de la ventana, con una mano aferrada a la garganta y el rostro deformado por el terror. La capucha de la capa ocultaba las facciones del jinete, pero tenía la certeza de haber visto una calavera sonriente y estaba segura de que ése era el ángel de la muerte_ que iba a llevárselos.

-¡Timmy! ¡Ha regresado! ¡Timmy, despierta! -balbuceó la mujer entre llantos-. ¡Ay, Timmy, amor! Jamás dudé de tu palabra ni por un instante.

Timmy Sears levantó la cabeza de la almohada y se restregó los párpados adormecidos, hasta que distinguió a su esposa. La expresión de horror en el rostro de la dama logró espabilarlo. El pelirrojo cogió sus calzones, se metió dentro de ellos, y se tambaleó hacia la ventana para ver qué había aterrorizado a la mujer. El corazón le dio un vuelco cuando descubrió la causa de tanto horror.

-¡Timmy Sears! -La pavorosa voz hizo estremecer al pelirrojo-. ¡Acércate y muere! ¡Eres un asesino, y el infierno te aguarda!

-¡Lo estoy viendo! -gritó Timmy-. ¿Pero qué es?

-¡La muerte! -respondió su esposa con convicción-. ¡Ha venido a llevarnos!

-¡Cierra los postigos! ¡No podemos dejarla entrar! -Timmy Sears -le llamó la voz espectral-. ¡Acércate y muere!

-¡No iré! -bramó Timmy, y cerró los postigos con violencia.

Una horrenda risotada estalló en el silencio de la noche.

-Entonces, ¡quédate y muere incendiado! ¡Quédate v quemate, demonio!

-¡Quiere decir que nos va a incendiar la casa! -exclamó Timmy con voz chillona.

-¡Te quiere a ti! ¡No a mí! -gritó su esposa. De inmediato, la mujer abrió la puerta y, antes de que él pudiera detenerla, echó a correr fuera 'de la cabaña, a la vez que gritaba por encima del hombro-: ¡No moriré por ningún asesino!

Timmy tomó un hacha y se lanzó a través de la entrada, considerando que el tormento del fuego sería mucho peor que una rápida muerte. Había visto morir una vez a un hombre por las llamas y, aunque en *ese* momento le había resultado divertido, no estaba dispuesto a sufrir el mismo final. Por otro lado, la muerte se le tendría que enfrentar, y él siempre había sido habilidoso en las riñas.

-¡Prepárate, perverso bastardo! -rugió el pelirrojo-. ¡No me rendiré tan fácilmente!

Una estruendosa carcajada retumbó entre las paredes del valle.

-¡Timmy Sears! ¡He venido a vengar un asesinato! Tú has matado más de una vez, y es justo que tu muerte sea lenta. Una espada salió de su vaina y azotó el aire, lanzando destellos de acero bajo la luz de la luna. Luego, la muerte desmontó con la gracia de una sombra nacida en la oscuridad de la noche. -¿Qué buscas? -preguntó Timmy con voz chillona-. ¡Jamás te he hecho nada!

-No, pero has causado mucho daño, Timmy. Has asesinado y provocado la desgracia de muchos, y recibirás tu merecido. -¿Quién eres? ¿Quién eres?

-¿Recuerdas la antorcha que arrojaste a la mansión, Timmy? ¿Recuerdas al hombre que viste incendiarse?

-¡Tú no eres él! -Sears sacudió la cabeza, horrorizado¡El está muerto! ¡Muerto! ¡Yo mismo vi como moría! ¡Murió incendiado! Le oí gritar cuando cayó entre las llamas. ¡Otros también lo vieron!

-¿Y quiénes eran, Timmy, aquellos que aseguras que también me vieron? ¿Acaso no me ves ahora frente a ti, afirmando que fuiste tú el hombre que provocó el incendio?

-Sólo un fantasma podría haberse librado de esas llamas. -Ahora ya lo sabes, Timmy. Ahora ya lo sabes.

-¡Santo Dios! ¡Sí que eres él! ¡Hasta tienes su misma voz! -He venido a llevarte al infierno conmigo, Timmy.

-¡No tienes derecho a culparme sólo a mí! ¡Puedo nombrarte más de una docena de sujetos que también estaban allí!

-Sí, y estoy dispuesto a escucharte, mientras afilo mi espada con tu hacha.

Timmy se encogió y sollozó, al tiempo que la afilada hoja de la espada blandía a su alrededor, hiriéndolo superficialmente, sin que él pudiera detenerla con su pesada hacha.

-Dímelo ahora, Timmy, antes de que sea demasiado tarde. No te queda mucho tiempo aquí, en la tierra.

La muerte rodeó al pelirrojo con su turbulenta capa negra, invadiendo la noche con sus estruendosas carcajadas. Aun cuando el aire estaba helado, Timmy va podía sentir las lenguas de fuego, ardiente que lo quemarían en el infierno. Desesperado, se arrodilló y comenzó a balbucear entre sollozos, implorando por su vida y confesando cosas que nunca antes se había atrevido a recordar.

La fragancia a rosas inundó la recámara cuando el vapor del baño aromático se disipó en el aire. El agua actuó como un bálsamo tibio y sedante sobre los doloridos músculos de Erienne. La joven se relajó en la tina y apoyó la cabeza contra el borde, al tiempo que se pasaba la esponja sobre los hombros, los mismos que Timmy Sears había magullado brutalmente, apenas el día anterior. Sus pensamientos retrocedieron hasta el momento en que había entrado en la mansión, fa` ra encontrar a su esposo aguardándola ansiosamente junto a chimenea. Al oír los pasos de la muchacha, él se había girado para saludarla, pero las palabras se habían esfumado de sus labios al ver las ropas desgarradas de la niña. Bundy se encontraba a uno o dos pasos detrás de ella, y había sido quien había respondido la pregunta de su amo, mientras Erienne observaba las manos enguantadas cerradas fuertemente en dos puños. Lord Saxton había mascullado una ronca, salvaje maldición, jurando que Timmy Sears recibiría su merecido. Al volverse una vez más hacia su esposa, el lord la encontró encogida, preparada para recibir toda clase de reprimendas. Asombrosamente, no hubo ninguna. En su lugar, el hombre había mostrado un gentil interés por el bienestar de la joven y le había ordenado tomar asiento, mientras le servía una copa de exquisito coñac. Al tiempo que la muchacha sorbía la sedante bebida, su esposo se había paseado por la sala, mascullando en voz baja cosas incoherentes, hasta que ella había comenzado a relajarse. Más tarde, él la había ido a ver a la recámara, pero apenas unos instantes después, se había marchado, con la promesa de regresar en la mañana.

La puerta de la habitación se abrió, causando una considerable consternación en Erienne, hasta que ella reconoció el veloz,

enérgico paso de Tessie. Entonces, la joven volvió a relajarse, agradecida porque la hora de la visita de su esposa aún no había llegado. El sonido de las pisadas se tornó más suave cuando la doncella atravesó la alfombra hacia el pequeño receptáculo del baño. Llevaba en el brazo una pila de toallas limpias y perfumadas, que colocó junto a la tina, para luego escoger un frasco de aceite aromatizado.

Erienne se entregó al orden metódico de Tessie y salió de la bañera. De inmediato, la doncella se le acercó para secarle la espalda con las toallas de lino, que hacía a un lado no bien comenzaban a humedecerse. Tessie empezó a masajearle la espalda con el perfume, y Erienne levantó los brazos para sujetarse los mechones de cabello que le habían caído sobre los hombros. La pálida piel de su cuerpo brillaba con un lustre tenue bajo la luz de la mañana. La perfección de sus esbeltas piernas y de sus redondeados pechos no podía pasar inadvertida ante cualquiera que la observara.

De pronto, Tessie soltó una exclamación, y Erienne se giró para ver qué había sorprendido a la niña. Entonces, descubrió que la negra figura de su esposo llenaba la abertura enmarcada por los cortinajes de pana. La entrada imprevista de su marido nunca dejaba de amilanar a la joven, y el corazón comenzó a latirle con violencia.

-Buenos días, mi amor. -La voz áspera y susurrante reveló un evidente dejo de humor.

Erienne apenas inclinó la cabeza, al tiempo que echaba una mirada de reojo en busca de algo para cubrirse. Las toallas se hallaban apiladas junto a los pies de su esposo, y la bata se encontraba apoyada en la banqueta frente al tocador, decididamente fuera de su alcance.

Lord Saxton entró, se dirigió hacia esa misma banqueta y se sentó sobre el almohadón, atrapando la prenda con sus caderas. Erienne enseguida abandonó la idea de rescatarla y trató de no sentirse incómoda mientras Tessie continuaba afanada en sus tareas. La doncella se inquietó más y más cuando la inexpresiva máscara se volvió hacia ella. El horrible aspecto del amo marcaba un pronunciado contraste con la completa desnudez de su ama, hasta que finalmente la niña no pudo resistirlo más. Luego de mascullar una disculpa incomprensible, se retiró apresuradamente de la habitación.

Al cerrarse la puerta, una suave carcajada retumbó detrás de la máscara, y luego la abrumadora mirada se posó sobre Erienne. El recato erizó la piel de la joven bajo esa implacable inspección. Su profundo tono escarlata descendió hasta los capullos rosados de sus pechos y, cuando intentó cubrirse con los brazos, la máscara emitió otra leve risotada.

-En realidad, mi amor, hasta que te has ruborizado, yo no hacía más que observarte el rostro.

Sin saber qué hacer con las manos, Erienne miró a su esposo, mientras luchaba por combatir su bochorno. Era imposible ver qué había detrás de la máscara, pero el calor de esa mirada la quemaba hasta las entrañas.

-No es que vaya a ignorar todo lo demás que intentas ocultar. -Una nota de humor suavizó el áspero tono de su vozDe hecho, con que apenas curvaras un dedo como señal de bienvenida, yo te llevaría ansioso hasta la cama, para satisfacer mis necesidades de esposo.

-Milord, usted... usted se burla de mí -balbuceó ella, cogiéndose las manos por miedo a que él interpretara el menor gesto como señal de bienvenida.

-¿Deseas probarme? -Se levantó parcialmente de la banqueta-. Con un simple «sí», bastará.

-Aguardó hasta que Erienne olvidó su recato y extendió ambas manos delante de sí como para detenerlo.

-Milord, yo... -Las palabras de rechazo se le atascaron en la garganta.

-Me imaginaba que no. -Puso a un lado la bata de Erienne, se volvió a acomodar sobre su asiento y arrojó la prenda a la joven.

Ella la cogió agradecida y miró a su esposo con incertidumbre: se sentía como si hubiera traicionado a un amigo. -Milord -murmuró con suavidad, tratando de aplacar su sensación de culpa-, confío en su paciencia y comprensión. -¿Has pensado que es mejor superar y dejar atrás lo que tanto se teme?

Erienne apenas asintió con la cabeza. -Lo sé, milord, pero...

-¡Ya sé! -la interrumpió él, sacudiendo la mano-. Para ti es muy difícil afrontar ese momento. -Apoyó un codo sobre la rodilla y se inclinó hacia adelante, y la joven percibió un brillo severo detrás de los agujeros de los ojos-. ¿Estás segura de que puedes afrontar ese momento, Erienne?

-Pro... prometo que lo haré...

-Si hubieses podido elegir -la interrumpió él-, ¿podrías nombrarme un hombre con quien habrías deseado desposarte? Si existe tal sujeto, entonces, tal vez, yo podría ir a verlo...

-No existe tal hombre, milord -murmuró ella, tratando de borrarse la imagen de Christopher Seton de la mente. Tenía la certeza de que lo que sentía por el yanqui no era más que una

fascinación pasajera y que en poco tiempo lo olvidaría por completo. Al menos, eso esperaba.

-Muy bien. -El se enderezó antes de proseguir-. En realidad, he venido aquí por otro asunto. Tengo que tratar unos negocios con el marqués de Leicester en Londres, y he hecho arreglos para llevarte conmigo.

-¿El marqués de Leicester?

-Un viejo amigo de la familia, mi querida. Estoy seguro de que te agradará conocerlos a él y a su encantadora esposa. Nos quedaremos con ellos unos cuantos días, de manera que necesitarás que te preparen alguna ropa. Te sugiero que lleves algo adecuado para reuniones sociales.

-¿Y preferiría usted que me pusiera algo en especial, milord? -Pareces poseer una particular habilidad para elegir lo apropiado. Será mejor que escojas, puesto que mi preferencia, probablemente, no sería muy práctica

Erienne enarcó sus bien delineadas cejas con expresión interrogante.

-Estás encantadora así -le explicó él-. Pero me temo que de esta forma atraerías más miradas de las que estoy dispuesto a tolerar.

La joven apartó la mirada, incapaz de responder. En cada giro de la conversación, su esposo se ocupaba de dejar en claro cuánto la deseaba y cuán impaciente estaba por afirmar sus derechos como esposo.

-Vístete, querida. -Se puso de pie y caminó hacia el cortinado, desde donde anunció-: Para no provocar a mis instintos, te aguardaré en la sala.

Los preparativos del viaje resultaron aburridos para Erienne y el acicalamiento tedioso y sin sentido. Si su esposo decidía abandonarla por otra mujer, ella se sentiría gratamente aliviada. No deseaba ser expuesta con sus mejores galas. Aun así, Tessie trabajó con esmero para tal fin, sin dejar un solo detalle sin atender. El cabello negro del ama se convirtió en un sedoso racimo de bucles recogido sobre la nuca. Unas primorosas ligas de encaje sostenían las finas medias de seda a la altura de las rodillas. Un corsé fue ajustado sobre la delicada tela de la enagua, para luego cubrirlo con un exquisito vestido de pana de color verde azulado. El cuello y las mangas estaban decorados con finos hilos de seda. Un encaje rosado delicadamente fruncido bordeaba el escote y los puños. Por último, un gracioso sombrero con plumas fue colocado en ángulo sobre el elaborado peinado, y entonces fue cuando Erienne elevó una protesta. Si

bien el sombrero era de un gusto exquisito, ella no deseaba dejar la mínima impresión de que estaba compitiendo con Claudia Talbot en cuanto a poseer la más extravagante colección de tocados.

-Pero, señora, usted ahora es la esposa de un lord -sostuvo Aggie- Es su deber vestirse como corresponde. No querrá que la gente rumoree que el amo es avaro con usted, ¿o sí? Sobre todo, cuando él ha gastado una fortuna en sus vestidos. Vea que espléndida luce con las ropas que él le compró. Sería una lástima que usted no se deleitara con los lujos que su esposo le ha brindado. Vamos. Mírese. -Condujo a Erienne hasta el inmenso espejo y aguardó, mientras la joven ama contemplaba su propia imagen-. ¿Y bien? ¿Luce usted como la hija de una ordeñadora, o como una gran dama?

Erienne tuvo que admitir que Tessie había hecho maravillas. Incluso pudo entender, hasta cierto punto, por qué lord Saxton la consideraba hermosa. Ella tenía bonitos rasgos, piel clara, un cuello largo y delgado y una abundante y lustrosa melena. Aunque delgada y algo más alta que lo normal, no tenía necesidad d e rellenar el pecho de su enagua, ni redondear las curvas de sus caderas.

Un dejo de rebelión se reflejó aún en su rostro cuando pensó en la posible reacción de lord Saxton al verla. Con el largo viaje a Londres por delante y sin conocer cuáles serían los

arreglos para la noche, ya fuera en la ruta o tras la llegada, temía atraer más atención de la que su esposo ya le dispensaba.

Aggie le pellizcó ligeramente las mejillas para darles algo de color.

-Usted es muy hermosa, señora, y cualquiera puede ver que ha logrado cautivar al amo. Es usted encantadora. Realmente encantadora. Y no estaría nada mal si pudiera esbozar una sonrisa.

Erienne apenas logró curvar los labios en una insatisfactoria mueca.

El ama de llaves le correspondió con una mirada reprobadora. -Señora, si me permite decirlo, las he visto mejores en algunas almejas.

Tessie se llevó una mano a la boca para ocultar una breve risita, y un rubor más profundo coloreó las mejillas de Erienne. La joven intentó con una nueva sonrisa, hasta que Aggie emitió un suspiro de resignación y caminó hacia la puerta.

-Si es eso lo mejor que puede conseguir, supongo que tendremos que conformarnos.

Erienne se sintió desolada. Puesto que, al parecer, el principal objetivo de Aggie era prolongar la familia Saxton, ella comenzaba a sospechar que la mujer no se compadecía en absoluto por su sufrimiento y sólo intentaba persuadirla a complacer a lord Saxton.

f Poco tiempo más tarde, la joven se toparía con una prueba más contundente de que la señora Kendall estaba tratando de afianzar una relación íntima y agradable entre su amo y su ama. El coche había sido cargado con el equipaje, frente a la puerta principal de la mansión. Lord Saxton se encontraba discutiendo la ruta con Tanner, cuando Erienne salió de la casa, atrayendo de inmediato la mirada de su marido, y el mutismo de él ante la pregunta del cochero evidenció el hecho de que su esposa había acaparado su completa atención. Sin embargo, no fue ese comportamiento lo que confirmó los esfuerzos de Aggie por conciliar a la pareja, sino la aparición de Tessie y su rápido ascenso hacia el asiento del conductor. La doncella se colocó una pesada capa de lana sobre los hombros y tomó su lugar junto a Bundy.

Erienne lanzó una mirada inquisidora a su marido, creyendo que él había ordenado a la niña viajar en el asiento delantero. Él malinterpretó la silenciosa pregunta de su esposa y declaró: -Necesitarás la ayuda de Tessie en la casa de los Leicester. -Una risita burlona retumbó detrás de la máscara-. A menos, claro está, que puedas tolerar mi ayuda para el baño.

Erienne no deseaba darle la satisfacción de verla ruborizarse, y se apresuró a sugerir:

-Creo, milord, que la niña podría compartir la comodidad del carruaje con nosotros.

-Oh, no, señora. -Tessie sacudió la cabeza y su redondeado rostro reveló un rebosante entusiasmo-. Aggie me hizo prometerle que viajaría aquí arriba, con Tanner.

Erienne frunció el entrecejo al confirmar sus sospechas acerca de Aggie. Suplicó en silencio que este arreglo casamentero pudiera frustrarse tras la primera parada. Sin duda, la doncella estaría más que dispuesta a aceptar la oferta de su ama, tras haber experimentado los violentos empellones de los dos gigantescos hombres que la escoltaban.

Esta vez, cuando Erienne subió al carruaje y eligió su asiento, su esposo se quitó la capa y se acomodó a su lado. El lord se reclinó sobre el respaldo de almohadones y estiró su pie deforme hacia un costado, con su pierna izquierda apoyada descuidadamente contra la de la joven. Ella lanzó una mirada furtiva hacia el miembro agresor y lo notó bien formado, largo y muy musculoso. Lo mismo pudo advertir en el otro muslo. Las botas negras le llegaban a las rodillas, ocultando cualquier defecto, y un chaleco largo le cubría el contorno de las caderas.

Resuelta a evitar el menor contacto, Erienne se acurrucó en la esquina, pero cada golpe o sacudida del carruaje la hacía deslizarse hacia su esposo, que no realizaba el mínimo esfuerzo por moverse. Así vil' aron d urante una cierta distancia, y la joven continuaba luchando infructuosamente por mantenerse en su lugar.

-Es una tontería, ¿sabes? -La voz áspera y grave por fin quebró el silencio y atrajo de inmediato la atención de la muchacha.

-¿Tontería, milord? -El ni siquiera se había girado a mirarla, y ella le observaba desconcertada.

-Ese continuo esfuerzo por evitar tocarme. Es una tontería. La verdad de esas palabras sofocó cualquier negativa en la boca de Erienne. Era la esposa de ese hombre, y algún día tendría que darle niños, sin importar cuán desagradable le resultaba la idea. Resistirse a lo inevitable era como nadar contra la corriente en un fuerte torrente de agua. En algún momento, tendría que entregarse y permitir que la poderosa fuerza la arrastrara.

En el breve lapso que llevaba de casada, ella había aprendido que lo esencial era la inteligencia al tratar con lord Saxton. Sin importar cuán grotesco era el aspecto de ese hombre, su mente era rápida y podía interpretar a su esposa con increíble facilidad. Esto colocaba a la joven en una posición desfavorable, puesto que ella no sabía absolutamente nada de él. Se le ocurrió que, si deseaba sobrellevar su matrimonio sin dañar su cordura, tendría que comenzar por aceptar a lord Saxton como hombre y entonces, tal vez, podría llegar a conocerlo como esposo.

Deslizó lentamente la mirada sobre el perfil de la máscara. Tenía mucho que saber acerca de ese hombre y, para lograrlo, debería depender de un interrogatorio, puesto que no era muy hábil para adivinarle el pensamiento. Algo atemorizada, Erienne respiró hondo para apaciguar los nervios, y abordó el tema que más la intrigaba.

-Me preguntaba, milord, cómo le fue posible sobrevivir al incendio. No queda nada del ala este de la mansión, sólo escombros, lo que parece indicar que la magnitud de las llamas fue bastante considerable. Lo he intentado, pero no puedo imaginar cómo logró usted escapar...

-No soy un fantasma -afirmó él con brusquedad. Jamás he creído en fantasmas, milord -murmuró la joven suavemente.

-Tampoco me crees un hombre de carne y hueso. -Se hizo un profundo silencio, hasta que él preguntó-: ¿Temes encontrar un monstruo deforme en tu cama?

Las mejillas de Erienne ardieron con el calor de la vergüenza. Bajó la mirada hacia sus delicadas manos, que había entrelazado en el regazo, y habló con un suave tono de voz.

-No fue mi intención provocar su ira, milord. El se encogió de hombros.

-Todas las mujeres sienten curiosidad por sus esposos. Tú tienes más razones que la mayoría.

-Yo siento curiosidad... -comenzó a decir ella con voz trémula-, no porque me preocupe ir a la cama con usted, sino... -De pronto; se percató de que sus, palabras podrían ser malinterpretadas, y se mordió el labio preocupada, para aguardar la reacción del lord.

Tal como había sospechado, él cogió al vuelo la afirmación. -Si es ése el caso, entonces tal vez sea yo bienvenido en tu recámara esta noche. Me sentiré más que complacido si me permites demostrarte mis habilidades como esposo. Puedo pedir una sola habitación para ambos en la posada, y tendremos oportunidad de calentarnos uno al otro durante toda la noche.

-Pre... preferiría que no lo hiciera, milord -respondió ella en un forzado susurro.

La cabeza encapuchada se inclinó levemente. -Como quieras, mi amor. Aguardaré.

Aun cuando su alivio fue grande, Erienne no se atrevió a exhalar un suspiro audible. A veces, lo más seguro era el camino de la ignorancia, y se contentó con permitir que el silencio se prolongara hasta que él decidiera quebrarlo.

Cuando se acercaron al puente de Mawbry, la joven concentró su atención en la multitud que había allí congregada. Todos se hallaban inclinados sobre la balaustrada para ver algo que flotaba en el arroyo. Al ver que el carruaje se abalanzaba sobre el puente, el grupo se dispersó, pero un pequeño carro aparcado al otro lado del camino imposibilitó el paso del vehículo. Erienne se inclinó hacia adelante para ver qué había atraído a los espectadores. Estudió los rostros de todos para identificar a alguno que le resultara familiar. Sus ojos se agrandaron cuando descubrió el objeto de tanto interés en los hombres. Junto a la orilla del arroyo, yacía un sujeto con los brazos extendidos de una manera grotesca. Su cabeza y la parte superior de su cuerpo estaban cubiertos de sangre, y sus ojos observaban inmóviles el cielo plomizo. Incluso a través de la máscara mortuoria, la joven pudo ver la expresión de horror que aún curvaba los labios de la víctima.

Erienne se retrajo en su asiento, cerró los ojos para borrar la horrenda imagen y se llevó una temblorosa mano a la boca para
reprimir una súbita sensación de náuseas. Lord Saxton vio el rostro pálido de la joven y se inclinó hacia la ventanilla para averiguar qué cosa la había afectado y, no bien descubrió la causa, golpeó el techo del carruaje con su bastón. La pequeña compuerta bajo el asiento del cochero se abrió y apareció la cara de Bundy.

-¿Sí, milord?

-Mira si puedes averiguar qué ha sucedido allí abajo y quién es ese pobre diablo -ordenó el amo.

-Enseguida, milord.

Luego de intercambiar unas pocas palabras con la gente del puente, Bundy llamó a Ben, quien se le acercó y le suministró la información.

-Se trata de Timmy Sears. Alguien lo golpeó y luego le abrió la garganta para darle muerte. Su pobre viuda está en la posada ahora, y jura que la última vez que vio a su esposo, él se estaba preparando para luchar con un ángel de la muerte que había ido a buscarlo a su propia casa. Un jinete de la noche todo vestido de negro.

-¡Maldición!

El juramento fue apenas audible, incluso para Erienne, quien se volvió hacia su esposo sorprendida. El apretó el puño del bastón con tal intensidad, que sus dedos se proyectaron como garras bajo el suave cuero de sus guantes. La joven recordó el incidente con Sears y se preguntó si sería ése el método de lord Saxton para sojuzgar a pendencieros revoltosos. Si la

furia de su marido frente a la muerte de Timmy era una reacción sincera o un mero truco para ocultar su culpa en un asesinato, ella no podía decidirlo.

-Diles que llamen al alguacil -gritó lord Saxton a Bundy con tono brusco-. Luego, encárgate de que alguien quite ese carro del camino.

-Sí, milord -respondió el sirviente, y cerró la compuerta.

El lord apoyó ambas manos sobre el bastón y se reclinó contra el respaldo de su asiento. Aunque la máscara sin rass no reflejaba ninguna emoción, Erienne percibió la tensión su esposo, pero no se atrevió a interrogarlo hasta que el carro fue retirado del puente y el carruaje emprendió nuevamente la marcha. Entonces, la joven se armó de coraje y preguntó:

-¿Está usted enojado porque asesinaron a Timmy? -¡Mmm! -Fue un gruñí do evasivo.

Erienne no pudo decidir si la respuesta había sido un sí o un no. Pero sabía que se sentiría acosada por demasiadas sospechas si no prosegula con el tema.

-¿Habló usted con Timmy... acerca de lo que sucedió ayer? El rostro enmascarado se giró, y ella se sintió perforada por el brillo de los ojos.

-Yo no lo maté.

La respuesta fue breve y terminante, y Erienne se apoyó sobre el respaldo de su asiento, sin atreverse a articular una sola palabra más, ni siquiera una disculpa. Ya se había arriesgado demasiado.

El rostro enmascarado se,volvió hacia la ventanilla opuesta. Y ella no tuvo otra alternativa más que imitar a su esposo en la silenciosa contemplación del paisaje que pasaba a su lado.

Ya estaba cayendo la noche, cuando el carruaje se detuvo frente a una posada. La vacilación de Erienne fue evidente cuando lord Saxton le ofreció la mano para ayudarla a descender. Al ver que la joven no lograba dominar sus dudas, él le rodeó los dedos con infinita dulzura. Cuando ella descendió, el lord no hizo ningún intento de soltarle la mano, sino que la observó durante un largo momento. Incapaz de controlar sus temblores, Erienne buscó en la aterradora máscara algun indicio que le revelara las intenciones de su esposo, pero la creciente oscuridad del crepúsculo ocultó incluso el brillo de los ojos. Él inspiró como si estuviera a punto de hablar, y la joven aguardó, pero el lord volvió a exhalar el aire con un profundo suspiro, sacudiendo, al mismo tiempo, su cabeza de cuero. Sus dedos de hierro soltaron los de la muchacha, para señalar a Bundy indicándole que lo siguiera.

Sólo unos pocos parroquianos ocupaban el salón comedor, y todos se silenciaron abruptamente al ver a la dama seguida por lord Saxton. Una tjuietud mortuoria inundó la habitación, hasta que un mequetrefe borracho llamativamente engalanado depositó su pichel vacío sobre la mesa y ordenó a gritos que volvieran a llenárselo.

Erienne tomó su cena en el cuarto, y luego lord Saxton le hizo una breve visita, hasta que Tessie comenzó a preparar la ropa de cama. Para el alivio de Erienne, su esposo se retiro por la noche. Sus pisadas retumbaron por las paredes del corredor vacío, hasta que ella oyó una puerta que se abría y se cerraba al otro lado del pasillo. Mucho después de que Tessie se hubiera marchado, la joven se sentó junto a la chimenea de la habitación, para contemplar las llamas, mientras intentaba convencerse de que no había razón para temer a su esposo. Si de algún modo lograba ella aplacar sus ansiedades y cumplir con sus promesas,

quizás, una vez superado el primer obstáculo, su aversión cedería. Pero ahora la imagen de Timmy Sears cubierto de sangre se inmiscuía en sus pensamientos, y supo que pasaría much o tiempo antes de que pudiera borrar ese recuerdo.

Un profundo silencio inundó la posada cuando los huéspedes se retiraron a dormir. Al deslizarse entre las aterciopeladas cobijas, Erienne detectó el golpe de unas pisadas distantes; pero luego el sonido se detuvo, y ella se relajó y permitió que el sueño se apoderara de sus perturbadores pensamientos.

Entrada la noche, la joven volvió a oír el mismo sonido. Un golpe y un pie que se arrastraba; luego, unos suaves golpes a su puerta. Por un Instante, las neuronas de Erienne no lograron reaccionar. Acababa de despertar, y las hebras entrelazadas de su profundo sueño se rehusaban a liberar su mente. Los sonidos se repitieron y la joven se despejó sobresaltada, al percatarse de que sólo lord Saxton podía encontrarse al otro lado de la puerta. La única razón que podía haber impulsado a su esposo a visitarla en la mitad de la noche era el deseo de compartir la cama con ella.

Un incontrolable temblor se apoderó de la joven cuando se puso de pie. Se obligó a aceptar su destino y, apresuradamente, se colocó la bata. Encendió una vela con el fuego de la chimenea y la titilante luz de la llama delató su nerviosismo. No necesitaba que nada le recordara cuán aterrorizada se sentía, y dejó la vela sobre una mesa, para luego atravesar la habitación. La llamada se repitió una vez más, y se detuvo frente a la puerta para reunir todo el coraje que pudiera conseguir.

Apenas había girado la llave en el cerrojo, cuando el portal se abrió bruscamente y ella fue arrojada hacia atrás. Ahogó una exclamación al percatarse de su error. No era su esposo, sino el libertino borracho del salón quien se había acercado a visitarla. Vestido con unos calzones, unas medias y una camisa desprendida para revelar su pecho fláccido, el hombre se apoyó con descaro sobre la jamba de la puerta y le mostró un botella de vino.

-Mira, niñita. -Sacudió la botella para tentarla-. Te he traído algo para que saborees, antes de ir a nuestro asunto. -Soltó una carcajada, entró en la habitación y cerró la puerta de una patada.

Erienne había recobrado el coraje al advertir que la hora de su condena no se hallaba tan cerca, pero por precaución, retrocedió, al tiempo que echaba al hombre una severa advertencia.

-No he venido :.ola. Mi esposo está en la habitación al otro lado del pasillo.

-Sí, vi al inválido, y supuse que necesitabas una buena compañía para esta noche. -El mequetrefe rió y encorvó los brazos

de manera grotesca-. Tendría que estar en mi tumba, si es que no puedo superar al cojo.

-Si no abandona usted esta tontería -replicó ella-, tendrá que vérselas con él. Está considerado como un excelente tirad or...

-¡Bah! Yo ya me habré ido cuando él logre arrastrarse desde su cama. -El borracho dejó a un lado la botella y posó sus ojos lascivos sobre la joven. Hinchó el pecho para bajar el cinturón que ajustaba su fláccida barriga y se quitó la camisa fuera de los calzones-. Si tu marido fuera realmente un hombre, estaría aquí contigo. Yo no dejaría sola a una niñita tan bonita como tú. De veras que no.

-¡Le juro que gritaré si no se marcha! -exclamó Erienne, furiosa ante la osadía del hombre.

-Eh, vamos, bonita. -El sujeto no se amilanó ante las amenazas de la joven. Estaba seguro de que ella gozaría con lo que él podía brindarle-. No tienes por qué enfadarte. Sólo un poco de placer, y me marcharé. No sufrirás ningún daño, más que el desgaste natural.

Se abalanzó sobre la muchacha, pero Erienne había lidiado con más de un desfachatado y ágilmente lo esquivó. Antes de que él se volviera, ella tomó el atizador de la chimenea y lo golpeó con fuerza en la espalda. El hombre profirió un alarido, al tiempo que se tambaleaba hacia el muro. Luego, giró, frotándose la piel cruelmente magullada.

-¡Ah! Conque quieres jugar sucio, ¿eh? -Lanzó una mirada fulminante a la joven-. Bien, el viejo Gyles puede ser tan rudo como quiera milady.

f Extendió los brazos y se lanzó hacia la muchacha. Sus ojos revelaban venganza tal como lo había hecho su voz, pero Erienne no se inmutó. En su mirada ardió el fuego del desafío cuando lo enfrentó, sacudiendo el atizador delante de sí, al tiempo que retrocedía, hasta que, para su desazón, se topó con el borde de la cama y quedó allí, atrapada frente a su agresor libertino. AL encontrarse tan cerca de su objetivo, Gyles rió con regocijo y se abalanzó hacia la joven. Erienne fue más rápida. Se agachó y giró hacia un lado, esquivando los brazos del borracho, pero el atizador le fue arrebatado de las manos antes de que pudiera golear. Gyles se

estrelló contra la cama y rebotó en el colchón; luego, volvió a incorporarse, al tiempo que ella corría hacia la puerta. El hombre estiró un brazo y cogió a la muchacha por la bata. Erienne no perdió un solo instante en luchar por su prenda: se liberó de ella, dejándola en manos de su agresor.

Gyles vio el esbelto cuerpo, apenas oculto bajo la diáfana tela del camisón, volando hacia el pasillo. Sus ojos lascivos brillaron con mayor intensidad, y se lanzó tras la joven, sin preocuparse por la sábana que se le había enredado alrededor del pie, asta que ésta lo atrapó a la manera de un lazo. Erienne oyó el golpe del pesado cuero contra el piso, y rápidamente se volvió, para cubrir al borracho con las cobijas. Él inundó la habitación con sus violentas maldiciones, al tiempo que se retorcía y rodaba, intentando liberarse. La joven no se detuvo a ayudarlo, sino que corrió hacia el corredor. Cuando Gyles logró sacar la cabeza de la maraña de mantas, sólo vio el forro de un vestido desaparecer detrás de la puerta. Luego de mascullar una promesa lujuriosa, el hombre se incorporó y salió, tambaleante, en persecución de su víctima.

Erienne se detuvo en el pasillo y miró a su alrededor, indecisa. Si bien temía a su esposo, lord Saxton era el único que podía brindarle refugio. Oyó las pisadas de su agresor detrás de sí v, súbitamente decidida, corrió hacia el otro lado del pasillo. Tras un ligero golpe a la puerta, giró el picaporte e irrumpió en la habitación de su esposo. El cuarto estaba en penumbras; sólo un tenue rayo de luz de luna penetraba por la ventana. Suficiente para esbozar la figura del hombre que se levantaba desnudo de la cama. Al verlo en ese estado, Erienne se detuvo confundida, sin saber si quedarse o marcharse. El mequetrefe la ayudó a decidir. Al ver la silueta de la joven delineada contra la ventana, él intentó abrazarla, sin percatarse de la sombra que se movía en la oscuridad. En el instante en que GvIes se lanzaba para agarrarla, Erienne se volvió para esquivarlo, pero se cayó de rodillas y la mano del borracho logró cogerla del camisón. La delicada tela se rasgó por delante, y el libertino se estremeció y profirió un gruñido salvaje.

Gyles ahogó una exclamación cuando la mano del otro lo cogió de la muñeca y, en el instante siguiente, sintió el sólido golpe le un puño en la mitad de su estómago. El borracho se encorvó y gimió de dolor, cuando una rodilla desnuda lo golpeó en el mentón y lo arrojó violentamente al suelo. Gyles rodó y se arrastró hacia la entrada, hasta que llegó al pasillo y, entonces, sollozó con alivio, tras haberse librado de ese demonio furioso de la habitación. La puerta se cerró con fuerza detrás de él, y Erienne se cubrió con el camisón rasgado, al tiempo que su esposo se acercaba con su paso renqueante. La luz de la luna era tenue, pero un débil haz plateado atravesaba el cuerpo del hombre desde la cintura hasta la parte superior de los muslos, revelando más detalles de los que la joven deseaba observar. Ella no descubrió ninguna deformidad. Las caderas eran delgadas: el abdomen, plano y firme. De hecho, a pesar de su castidad, el cuerpo de ese hombre le pareció digno de admiración.

El debió de haber percibido la mirada de su esposa, porqu$_e$ su reacción provocó una ola de calor en las mejillas de Erienne. Ella bajó inmediatamente los ojos y se incorporó, agradecida de que su larga cabellera formara un espeso escudo frente a su sonrojado rostro. Su esposo dio un paso adelante para prestarle su ayuda cogiéndola de la cintura, y Erienne sintió el calor de ese contacto a través de la delgada tela del camisón.

-¿Estás bien? -El susurro de lord Saxton ya no tenía ese tono sibilante que le confería la máscara, pero aun así, su voz sonó extrañamente forzada.

Erienne no se atrevió a mirarlo.

-Lamento la intromisión, milord. Oí un golpe en la puerta y, como creí que era usted, la abrí.

-No necesitas disculparte -le aseguró él con voz áspera-. Puedo entender por qué ese hombre hizo el intento. Eres, sin duda, un premio extraordinario. Y yo no puedo sentirme ofendido por la disposición de mi esposa a admitirme en su recámara. -Acarició

ligeramente la espalda de la joven a través de la delicada tela del camisón, y ella permaneció inmóvil, tensa-. ¿Te quedarás aquí, conmigo?

Erienne se mordió el labio. Era ése el momento de poner a un lado todas las negativas; sin embargo, no pudo articular una sola palabra. Lo había visto desnudo y sabía que, al menos, no era totalmente monstruoso; pero la certeza de que existía una deformidad seguía atormentándola.

-Pre... prefiriría regresar a mi habitación, milord, ...si no le impórta.

El apartó la mano.

-Aguarda un minuto, entonces. Veré si el posadero está enterado de la tendencia de este hombre por atacar a sus huéspedes. El lord cogió la bata que había a los pies de la cama y se la colocó. Erienne levantó la mirada, pero la oscuridad ocultó el perfil de su marido, y ella no pudo satisfacer su curiosidad. Pero pronto se sintió complacida, puesto que, pensó, podría haberse arrepentido de verle el rostro lleno de cicatrices. El se colocó la máscara, las botas y los guantes, antes de entrar en la escasa laguna de luz que penetraba por la ventana. Luego, caminó hacia la cama y levantó las cobijas.

-Puedes abrigarte aquí mientras esperas -le dijo y, al ver que Erienne titubeaba, esbozó una sonrisa burlonamente-. No te molesta compartir mi cama una vez que yo la he dejado, ¿o sí?

La joven no se atrevió a emitir ningún comentario y se deslizó

entre la tibia suavidad de las sábanas. De inmediato, recordó aquel perfume que había percibido al desertar por primera vez en la habitación del lord en Saxton Hall . La misma agradable fragancia que había afectado sus sentidos entonces, tal como lo volvía a hacer ahora. Había algo especial en ese aroma que le recordaba otro tiempo y lugar. Sin embargo, por alguna razón que no alcanzaba a comprender, le resultaba imposible precisar ese momento.

## CAPÍTULO 12

Cuando el carruaje giró por el camino que conducia a la inmensa propiedad de los Leicester, Erienne se percato de que su esposo contaba con amigos influyentes. Allí las tierras estaban bien cuidadas, a diferencia de los terrenos áridos, escarpados, que rodeaban Saxton Hall. La mansión reinaba con majestuoso esplendor y, al verla, Erienne agradeció que Tessie la hubiera aconsejado utilizar un exquisito vestido de pana color rojo intenso.

Lord Saxton habló sin preámbulo cuando se acercaron a la casa.

-Puede que tú me detestes y repudies mi aspecto, pero te aseguro que los Leicester son personas excepcionales. Son viejos amigos de la familia, y yo de veras aprecio esa amistad. Hav varias cosas que debo rectificar, y ellos me han brindado inestimables consejos para ayudarme a lograrlo.

Un mayordomo, majestuosamente vestido con una peluca blanca, una chaqueta colorada v unos calzones blancos, les salió al encuentro para recoger el equipaje. Pronto fueron escoltados hasta la sala, donde el marqués y su mujer aguardaban para recibirlos.

Erienne quedó algo impresionada por el lujoso decorado, pero cuando el marqués atravesó la habitación para estrechar con entusiasmo la mano de lord Saxton, la atención de la joven se volvió hacia él y hacia la pequeña, bonita mujer que, vacilante, no se atrevía a avanzar hacia el enmascarado.

De cabello blanco, apariencia delgada y algo encorvado, el marqués daba la impresión de ser un hombre de edad. Sin embargo, sus mejillas rosadas, sus vivaces ojos azules v su constante sonrisa eran la viva imagen de la eterna juventud.

-Es muy amable de tu parte venir tras apenas unos días de tu boda, Stuart --dijo con tono afable-. Deseaba conocer .a tu joven esposa y, ahora que la veo, comprendo el motivo de tu exaltación en los últimos tiempos.

Lord Saxton deslizó su mano enguantada debajo del brazo de su esposa.

-La exaltación debe de ser contagiosa. Hemos tenido que lidiar con un ardoroso enamorado en la ruta.

Los ojos del marqués brillaron cuando cortésmente besó la mano de Erienne.

-Supongo que Stuart no se ha preocupado de contarle nada acerca de nosotros.

-¿Stuart? -La joven miró a su esposo con incertidumbre-. Por lo visto, son muchas cosas las que ha olvidado contarme. -Debe usted disculparlo, pequeña -suplicó el marqués con tono risueño-. Ea fascinación que siente por usted parece haber afectado sus modales. Estoy seguro de que su madre está tan horrorizada como usted.

El asombro de Erienne se tornó aún más intenso. Era ésa la Primera referencia que tenía acerca de otro miembro vivo de la familia Saxton, v se volvió hacia su esposo con expresión interrogante.

-¿Su madre

Lord Saxton le apretó el brazo suavemente.

-Ya tendrás oportunidad de conocerla, mi amor.

-El padre de Stuart y yo fuimos como hermanos -intercaló el marqués-. Su muerte fue horripilante, sencillamente horripilante. Y, desde luego, el incendio de la mansión... ¡perverso! No descansaré hasta encontrar a los responsables. -Sacudió la cabeza y, por un instante, pareció algo afectado. Luego, se animó súbitamente y palmeó la mano de Erienne- Es usted encantadora. Tan encantadora como mi Anne.

Extendió una mano hacia su esposa y ella rió. Luego, se le acercó y le apoyó una larga, delgada mano sobre el brazo. -Oh, Phillip, tus ojos te delatan. Jamás he sido tan hermosa como esta pequeña. -Se volvió para tomar la mano de Erienne-. Espero que seamos buenas amigas, querida.

En todo momento, Anne trataba de mantener los ojos apartados de lord Saxton y, cada vez que se atrevía a mirarlo, fruncía el entrecejo.

-¿Has comenzado a odiarme en mi ausencia, Anne? -le preguntó él.

Irritada, la dama sacudió una mano en dirección a la máscara y declaró con bastante brusquedad:

-¡Odio esa cosa!

Erienne quedó confundida ante la reacción de la mujer, pero tuvo poco tiempo de meditar sobre la respuesta, dado que lord Saxton la cogió inmediatamente del brazo. La joven intentó apartarlo, pero él lo sujetó con firmeza y le palmeó la mano con dulzura.

-Créeme, Anne, si te digo que mi propia esposa odia lo que se oculta abajo mucho más de lo que tú detestas la máscara. -Se volvió e hizo una reverencia sobre la mano que había atrapado- Regresaremos con ustedes, tan pronto como terminemos con nuestros asuntos. Hasta entonces, mi amor, te dejo en la tierna compañía de nuestra amable anfitriona.

Lord Saxton se enderezó y con su vacilante paso siguió a PhiIlip fuera de la habitación. Anne pareció rechinar los dientes y dar un respingo cada vez que la pesada bota golpeaba contra el suelo. Cuando la puerta se cerró detrás de los hombres, ella la observó durante un largo rato. Erienne no estaba segura, pero creyó haber oído que la mujer mascullaba entre dientes:

-¡Muchacho obstinado!

-¿Señora? ¿Ha dicho usted? -preguntó la joven, sorprendida.

Anne se volvió hacia ella con ojos inocentes y una brillante sonrisa en los labios.

-No ha sido nada, querida. Nada en absoluto. Estaba murmurando sola. Viene con la edad, ¿sabes? ...eso de hablar sola. -Apoyó dulcemente un brazo alrededor de la joven-. Querida, debes de estar famélica después de un viaje tan largo, y esos hombres nos han abandonado por el bien de sus espantosos negocios. Comeremos algo juntas y luego daremos un paseo en carruaje por la ciudad. El día es magnífico y sería una lástima desperdiciarlo aquí, aguardando a nuestros maridos. Bueno, si lo planeamos bien, podríamos ausentarnos toda la tarde.

Eso hicieron, y Erienne se sorprendió por la forma en que pudo disfrutar del paseo en compañía de una extraña. Anne Leicester era tan alegre y amable, como tierna y ocurrente. Su festivo encanto era contagioso, y Erienne sentía que su tensión se desvanecía con la risa.

La velada transcurrió en medio de una atmósfera agradable y pacífica. En presencia de la otra pareja, lord Saxton no parecía tan aterrador. Mientras cenaban, Erienne logró incluso consentir la calma bajo la implacable mirada de su esposo. Tal como era su costumbre, él se abstuvo de comer o beber y eligió, en cambio, concentrar toda su atención en su esposa e ingerir sus alimentos a otra hora.

Ya era tarde cuando se retiraron, y Erienne se deslizó lentamente hacia su habitación, acalorada por el vino que había bebido durante la cena. Sabía que su esposo la seguía con su horripilante paso, pero parte de su temor había comenzado a disiparse tras su llegada a la casa de los Leicester, y el sonido ya no le provocaba los acostumbrados estremecimientos.

Lord Saxton era quien se sentía inquieto al observar el suave contoneo de las caderas y la increíble estrechez de la cintura de su esposa. Su capacidad de control estaba siendo probada más allá de los límites imaginables y, consciente de que ya no le sería posible dominarse, se refugió en la recámara contigua a la de la joven.

Mientras se acurrucaba en la cama, Erienne meditó sobre la proximidad de su aterrador esposo, ya que el renqueante caminar no cesaba, hasta que sus ojos se cerraron por el cansancio. Sus sueños comenzaron a volar, como las nubes que perseguían la luna más allá de las puertas del balcón.

Por momentos, su mente despertaba somnolienta, o volvía a sumergirse en el reino de Morfeo, sin estar nunca segura de cuál de los dos caminos transitaba. Las sombras revoloteaban alrededor de su cama cuando unos rayos de plata penetraban por los cristales, formando imágenes que se entrelazaban con las figuras de sus sueños.

De pronto, una forma masculina tomó consistencia en la espesa bruma de su mente, y luchó por pormenorizarlo en medio de la intensa oscuridad. El hombre se encontraba a los pies de su cama, en silencio, con su imponente torso desnudo, y un pulgar apoyado en la cintura de sus calzones. Tenía el cabello oscuro, corto, despeinado; su mandíbula era delgada y firme; y Erienne imaginó unos ojos de color verde grisáceo brillando entre las sombras. La figura permaneció inmóvil, sin tocarla, sin cesar de observarla. Ella dejó escapar un suspiro y giró la cabeza sobre la almohada. Entonces, entre sueños, vio que él se le acercaba. Unos dedos poderosos le desprendieron el camisón, y Erienne se sintió invadida por las llamas del deseo cuando una boca tibia acarició los suaves capullos de sus pechos. Los violentos latidos de su corazón comenzaron a expandirse por sus venas.

El rostro se inclinó sobre ella y, entonces, al reconocer súbitamente al hombre que había imaginado en sus sueños, lanzó una exclamación.

-¡Christopher!

Erienne miró a su alrededor, observando, entre las sombras, los rincones más oscuros de su cuarto. Todos estaban vacíos. Nada se movía en la quietud de la noche y, con un tembloroso suspiro, volvió a recostarse sobre la almohada, perpleja y... ¿desilusionada?

Los rayos del sol penetraron por la ventana, bañando la habitación con abundante luz. Erienne se desperezó en la suntuosa cama y luego frunció el entrecejo, turbada, al recordar el camino que había recorrido su mente mientras dormía. Ni siquiera en sueños podía liberarse del yanqui.

Aturdida por el traicionero juego de su inconsciente, se puso una bata de terciopelo y unas zapatillas, v caminó hacia el balcón. El fresco aroma de la helada mañana flotaba en una suave brisa que revoloteaba alrededor de los árboles y arbustos. Ella aspiró profundamente la fragancia y, al exhalar, la nube blanca de su aliento se desvaneció en el aire congelado. El frío penetró su ropa, pero se sintió complacida con tanta frescura, que le despejaba la mente, acosada por el recuerdo de su perturbador sueño.

De pronto, una suave ráfaga de viento llevó hasta sus oídos el sonido distante de unas voces. Al mirar entre los árboles, Erienne reconoció la figura negra de su esposo, que caminaba por el cuidado parque. A su lado, había una mujer vestida con una larga capa con capucha. Ella era más alta que Anne y se movía con el donaire de alguien que estaba muy seguro de su lugar en la vida. Erienne no pudo oír lo que decían, pero la mujer parecía estar implorando algo al lord Saxton mientras caminaban. Una y otra vez, ella extendía un brazo en actitud suplicante, y él respondía sacudiendo apenas la cabeza. Luego de un tiempo, la mujer se detuvo y se dirigió a la negra figura, apoyándole una mano sobre el brazo mientras le hablaba. El enmascarado se giró ligeramente, como si se negara a escucharla, y aguardó en silencio hasta que ella terminó. El explicó algo y, una vez más, la mujer volvió a elevar su súplica. El lord sacudió nuevamente la cabeza y, tras una breve reverencia de despedida, giró su pesado pie y se marchó. La mujer hizo un movimiento para detenerlo, pero luego de un momento se volvió y, con la cabeza inclinada, caminó lentamente hacia la casa.

Confundida por lo que acababa de ver, Erienne regresó a la recámara. Por supuesto, no le concernía lo que su marido pudiera discutir con cualquiera. No tenía derecho de interrogarlo, ni tampoco el valor. Aun así, la escena que había presenciado despertó su curiosidad. Era obvio que la mujer no había sentido miedo de lord Saxton, puesto que lo había tocado con toda libertad, cosa que la propia esposa no podía hacer.

Poco tiempo después, Erienne se reunió con los Leicester en el desayuno, y su perplejidad se acrecentó cuando le informaron que lord Saxton se había marchado. Dado que ocupaban habitaciones contiguas, le pareció extraño que su esposo no hubiera pasado a visitarla en la recámara para dejar el mensaje en persona. -¿Ha dicho cuándo regresaría? -preguntó la joven.

-No, querida -respondió Anne con tono amable-. Pero

puedo asegurarte que no tendrás tiempo de echarle en falta. Iremos a una reunión esta noche, y estarás tan ocupada divirtiéndote, que ni siquiera te acordarás de pensar en tu esposo.

Erienne dudó de la afirmación de la dama. Stuart Saxton no era una figura que se pudiera olvidar fácilmente. Su terrible aspecto oprimía la mente de la joven, como una pesada carga, durante cada minuto del día.

Esa tarde, cuando la muchacha se estaba arreglando para la reunión, una sirvienta, cuidadosamente vestida, fue hasta su recámara para entregarle un pequeño estuche de seda, anunciándole que se trataba de un regalo de lord Saxton. Una nota firmada con la inicial

.S» pedía a la muchacha que honrara a la familia Saxton luciendo el presente en la fiesta. Erienne se sintió algo aturdida ante la manera reservada en que su esposo le estaba entregando mensajes y regalos. No creyó posible que él se hubiera vuelto tímido súbitamente temió que esta ausencia se debiera a un creciente sentimiento de ira dirigido hacia ella.
Cuando abrió la tapa del estuche y vio el collar de tres sartas de perlas que yacía sobre la almohadilla de seda azul marino, todos sus miedos cesaron de existir. Le parecía imposible que su esposo le entregara tan costosa joya si estuviera realmente encolerizado.
Unos pequeños diamantes y un enorme zafiro adornaban el broche, y otras gemas de la misma clase embellecían el par de aretes de perlas que completaban el conjunto. El regalo era más de lo que ella merecía, pensó la joven, al tiempo que los sueños de la noche regresaban a acusarla. Sería más beneficioso para su matrimonio si dirigía sus fantasías por el sendero de una esposa.
Resuelta a satisfacer los deseos de lord Saxton, Erienne eligió un vestido de satén azul claro que combinaba con las alhajas. Se cubrió los hombros con una delicada pañoleta blanca de encaje bordado con diminutas perlas. Tessie le recogió el cabello en un cuidado ramillete de ensortijados bucles, que caía desde la coronilla hasta el final de la nuca. La doncella le colocó el collar v los aretes, y la imagen de Erienne confirmó el hecho de que, al menos, el nombre Saxton no sería deshonrado en su persona.
La joven sólo había oído historias de su madre acerca de las reuniones sociales de la nobleza, y la inquietaba pensar en el resultado de su primera experiencia. Cuando llegaron, Anne la presentó a diferentes lores y sus damas como la nueva señora de Saxton Hall, explicando alegremente que la mansión se encontraba tan al norte de Inglaterra como Londres al sur. La mujer se preocupo por mantener conversaciones frívolas y dedicó poco tiempo a las preguntas más comprometidas y, si alguien se volvía demasiado curioso, ella abandonaba entre risas a su invitado para dirigirse al siguiente grupo.
Al parecer, los Leicester conocían a todos los presentes, $y_a$ que el círculo alrededor de ellos no cesaba de aumentar. Varias damas, ansiosas por hablar con Anne, se abrieron paso delante de Erienne, separando a la joven de la anciana acompañante. La muchacha aprovechó ese instante de soledad para inspeccionar el lugar. Los salones, aunque elegantes, eran algo pomposos y sofocantes y, sintiendo necesidad de respirar aire fresco, caminó hacia los ventanales que conducían a un estrecho balcón. Casi había alcanzado su meta, cuando un caballero la tomó del brazo. Sorprendida, la joven se volvió, para encontrarse frente a la sonrisa afectada de lord Talbot.
-¡Pero si es Erienne! ¡Dulce, pequeña Erienne!-El hombre estaba asombrado de su buena fortuna y apenas hizo algún esfuerzo para controlar el brillo lascivo de sus ojos mientras inspeccionaba minuciosamente a la muchacha-. Mi querida, estás sencillamente cautivadora. Es sorprendente lo que puede lograr una vestimenta adecuada.
Erienne trató de liberar su brazo diplomáticamente, pero él no pareció notarlo y miró a su alrededor, enarcando las cejas. -¿Has venido ...sola?
-Oh, no, milord -se apresuró ella a responder-. Estoy aquí con los Leicester. Nos ...eh ...hemos separado... -¿Quieres decir que tu esposo no ...? -Dejó que la pregunta incompleta terminara con una evidente insinuación. -N-no -tartamudeó Erienne, sintiendo la pesada carga del abandono implícito-. Él ...tenía unos asuntos urgentes que atender.
-Mm, mm. -Lord Talbot se retorció el extremo del bigote y frunció los labios en un gesto despectivo-. ¡Qué idea! Dejar desamparada a una mujer tan encantadora. Bueno, por lo que sé de él, comprendo su renuncia a aparecer en público y por qué lleva puesta esa horripilante máscara. ¡Pobre diablo!
Erienne se puso tensa, v le sorprendió la acalorada indignación que experimentó al oír que difamaban a su marido. Al fin y al cabo, todas esas afirmaciones habían atravesado más de una vez sus propios pensamientos.

-No he tenido ninguna evidencia que me indicara que lord Saxton no sea otra cosa que un hombre, milord.

Nigel Talbot apoyó una mano en su cadera, flexionó una rodilla y se inclinó hacia la joven, con el propósito de admirarte la redondeada curva de los pechos debajo de la pañoleta.

-Dime, mi querida -le susurró-, ¿cómo es él realmente detrás de esa máscara? ¿Es su rostro tan deforme como todo el mundo imagina?

Erienne se puso rígida, molesta ante la afrenta.

-Si él deseara que la gente lo supiera, milord, estoy segura de que dejaría de usar esa máscara.

-Es posible -lord Talbot se enderezó y lanzó una breve mirada hacia ambos lados, para luego llevarse un pañuelo perfumado a los labios, como si quisiera sofocar una incontenible risita- que ni siquiera tú conozcas su verdadero rostro.

-Lo he visto en la oscuridad -afirmó ella, irritada ante la arrogancia del hombre. Por primera vez, deseó que lord Saxton apareciese. Tenía la certeza de que la mera presencia de su esposo podría sofocar esa risita irónica e, incluso, empalidecer las sonrojadas mejillas de Talbot.

-¿En la oscuridad, dices? -preguntó él con un brillo intencionado en los ojos.

Ella alzó la nariz con gesto altivo y rehusó responderle. No estaba dispuesta a satisfacer las inclinaciones morbosas del hombre explicándole que el momento al cual ella se refería no tenía nada que ver con las intimidades de un matrimonio.

Lord Talbot permaneció impávido. Con su mirada lenta y descarada, estudió el suave, exquisito resplandor de la joven. -Hay algo en todo matrimonio que siempre intensifica la belleza de una mujer, Debo halagar el excelente gusto de tu marido, al menos, para elegir una esposa. Sin embargo, me permito reprenderlo por abandonar a tan bella criatura. -Se volvió ligeramente para observar el concurrido salón-. He venido aquí con varios amigos, todos caballeros de importancia, por supuesto. -Hinchó el pecho, como si tal asociación acrecentara su propio valor-. Cuando los vi por última vez, ya todos habían conseguido compañía para la noche y se preparaban para partir. Pero yo no puedo ignorar mis deberes para con Avery y abandonara su hija desamparada en medio de tantos extraños. No hay otra solución, querida. Tendrás que venir conmigo.

-Le aseguro, milord, que estoy muv bien acompañada-insistió Erienne. No necesito que me cuiden.

-Tonterías, pequeña. -El desechó la afirmación de la joven agitando su pañuelo de encaje-. Si alguien te estuviera cuidando, no te encontrarías aquí, sola. Algún deshonroso patán podría apoderarse de ti, y. nadie lo notaría.

-¡Cuánta verdad! -exclamó ella con tono sarcástico.

De pronto, Talbot saludó con la mano a alguien que se encontraba al otro lado del salón, y Erienne se volvió para ver a tres hombres suntuosamente vestidos, cada uno del brazo de una dama exageradamente engalanada. Uno de ellos devolvió el saludo a Nigel y miró hacia la entrada con una sonrisa lasciva en los labios; luego, las tres parejas caminaron en esa dirección.

-Vamos, querida -ordenó Talbot, dando por sentado el consentimiento de Erienne. Ella abrió la boca para protestar, pero la oscilación de un dedo frente a su nariz la hizo callar-. En verdad debo ocuparme de la hija de Avery. No permitiré que te quedes sola en este lugar.

-¡Lord Talbot, no estoy sola! -gritó ella con desesperación.

-Claro que no, puesto que estoy contigo, mi querida. -Aprisionó con firmeza la mano de la joven con el ángulo de su codo y la arrastró por entre la multitud-. Te aseguro que me sentí muy disgustado cuando tu padre decidió venderte en la subasta sin consultarme. Yo podría haber llegado a un arreglo justo.

Erienne trató de oponer la mayor resistencia posible sin provocar un escándalo.

-No creo que mi padre supiera que usted buscaba una esposa.

-¡Dios no lo permita! -exclamó lord Talbot entre risas-. La idea del matrimonio jamás me cruzó por la mente.

-Era la condición para la venta -acotó Erienne con voz entrecortada, mientras él continuaba arrastrándola con rudeza. -¡Tonterías! -afirmó Talbot con desdén-. Unos cuantos cientos de libras hubieran acallado a tu padre en ese punto. Ya se encontraban en el vestíbulo y, al pasar junto a una delgada columna, Erienne la rodeó con un brazo. Liberó su otro brazo tirando con tal violencia, que enseguida temió haber dejado atrás un pedazo de piel.

Talbot se volvió hacia ella con las cejas enarcadas por la sorpresa y, al ver la mirada fulminante de la joven, se apresuró a explicar con tono conciliador:

-Mi querida pequeña, sólo quise decir que podrías haber ocupado un... eh... lugar especial en mi familia. Estoy seguro de que eso te hubiera agradado más que tu situación actual. Avery nunca debería haberte forzado a desposarte con esa bestia deforme.

Un intenso tono rosado comenzaba a colorear las mejillas de Erienne.

-Puede que mi esposo sea deforme, señor, pero no es una bestia.

-Mi querida niña. -Entornó los párpados, mientras saboreaba la belleza que el enfado confería a la joven-. Sólo deseo

asegurarte que, si el horror de tu enlace se torna intolerable, aún puedes refugiarte en mi familia. Yo, a diferencia de muchos, no considero que el matrimonio sea una mancha. -Chasqueó los dedos para atraer la atención del mayordomo, quien se encontraba atendiendo a varios invitados que acababan de entrar-. Mi capa y mi sombrero -le ordenó con arrogancia-, y traiga también el abrigo de lady Saxton.

-¡Lord Talbot, por favor! -protestó Erienne con vehemencia-. ¡No puedo ir con usted! He venido aquí con los Leicester, y se preocuparán si no me encuentran.

-Calma tus miedos, pequeña -la tranquilizó lord Talbot-. Les dejaré un mensaje informándoles que te has marchado conmigo y -esbozó una sonrisa confiada- que recibirás el mejor de los cuidados. Ahora, vamos, querida. Mis amigos nos están aguardando en el carruaje.

Tomó a la joven del brazo e ignoró los intentos de ella por liberarse.

-¡Por favor! -susurró Erienne con desesperación. Temía despertar la ira de un hombre tan poderoso, pero aun así, luchó por soltarse, resuelta a permanecer donde estaba-. ¡Me está lastimando!

Uno de los recién llegados se apartó de su grupo y se acercó al mayordomo, que estaba a punto de alcanzarle las capas, el bastón y el sombrero a lord Talbot. Cuando el hombre caminó hacia Nigel, su propia capa se deslizó de su brazo y cayó a los pies de su señoría. El desconocido se agachó para recoger la prenda y, al incorporarse, su cabeza golpeó el antebrazo de Talbot con suficiente fuerza para liberar a Erienne. Ella, rápidamente, aprovechó la oportunidad para levantarse las faldas y escapar, sin mirar atrás. Entretanto, el hombre continuó enderezándose y, con el hombro, golpeó a Talbot en las costillas, al tiempo que su puño chocó pesadamente contra el mentón de su señoría. El lord se tambaleó hacia atrás, hasta estrellarse contra un muro. El se llevó una mano a la boca lastimada y se balanceó hacia adelante, tratando de recuperar el equilibrio, hasta que el otro hombre lo cogió de la muñeca con una fuerza desmesurada.

Así, lord Talbot quedó colgando con un pie en el aire y el brazo estirado hacia arriba.

-Mis disculpas, señor-le rogó su agresor con tono amable. Lord Talbot se miró con horror la mano ensangrentada. -¡Me he mordido la lengua, reverendo tonto!

El hombre lo soltó y su señoría casi cae al suelo, pero fue nuevamente sujetado, esta vez, con más dulzura.

-De veras lo siento, lord Talbot. Espero que no se haya lastimado demasiado.

Talbot levantó la cabeza y sus ojos se agrandaron cuando reconoció la alta figura.

-¡Seton! ¡Pensé que se trataba de algún papanatas campesino! -Una fugaz imagen del brazo inválido de Farrell Fleming le cruzó por la mente, y enseguida desechó la posibilidad de un abierto desafío.

Christopher se volvió hacia el mayordomo y depositó su capa sobre la de Erienne, que el hombre aún llevaba en el brazo, y con un gesto le indicó que regresara ambas prendas al guardarropas. Luego, esbozó una sonrisa de pesar al dirigirse de nuevo a su señoría.

-Una vez más, le ruego me disculpe, lord Talbot. Debo admitir que mis ojos estaban concentrados en la dama que lo acompañaba.

-Era la hija del alcalde -dijo Talbot con tono brusco. Luego de recorrer el salón con la mirada y no encontrar señales de la joven, soltó un gruñido sarcástico-. O, tal vez, debería llamarla «lady Saxton».

-La niña es realmente encantadora, pero supongo que lord Saxton lo sabe mejor que ninguno.

j-Por lo visto, la fortuna le sienta bien a la mujerzuela. -No notó el ligero parpadeo de los ojos verdes grisáceos y, con un breve suspiro, se resignó a aceptar una derrota pasajera-. Si el hombre ni siquiera puede montar un caballo, ¿cómo puede hacer usticia a una mocosa tan bella?

-¿Montar un caballo? -repitió Christopher, sorprendido. -¡Sí! Se rumorea que es demasiado torpe incluso para cabalgar. -Talbot se tocó una costilla, temiendo habérsela fracturado-. Si me disculpa, Seton, debo reparar mi aspecto.

-Desde luego, milord. -Christopher hizo un ademán para llamar al mayordomo, que le ofreció una capa de satén-. Si piensa marcharse, sin duda, necesitará esto.

Talbot agitó la mano con arrogancia para despedir al sirviente.

-He cambiado de opinión. Me quedaré un rato más. -Esbozó una sonrisa vanidosa-. La mocosa tiene bríos. Puede resultar muy divertido perseguirla.

Los labios de Christopher se curvaron en una sonrisa ladeada.

-He oído decir que lord Saxton es bastante hábil con las armas. Tenga cuidado en no involucrarse.

-¡Bah! -Lord Talbot se llevó el pañuelo a los labios-. El

hombre es tan torpe para caminar, que podría oírle llegar a más de un kilometro de distancia.

Erienne buscó ansiosamente, hasta que encontró a Anne sentada con una pareja en una de las pequeñas mesas dispuestas para el juego de naipes. El rostro de la anciana se iluminó cuando vio a la joven, y palmeó la silla contigua, invitándola a sentarse.

-Siéntate aquí, querida. Te has ido durante tanto tiempo, que ya comenzaba a preocuparme y envié a Phillip a buscarte. Ahora que estás aquí, puedes sumarte al juego.

A Erienne no le agradaba el recordatorio de lo que había arruinado a su padre, pero tras su reciente experiencia con lord Talbot, se apresuró a aceptar la seguridad que le brindaba la cercanía de la dama.

-Me temo que no sé nada de naipes.

-El Triunfo es bastante sencillo, querida -le aseguró Anne con tono alegre-. Te llevará apenas uno o dos minutos aprenderlo y luego no querrás detenerte jamás.

La afirmación no logró acallar las dudas de Erienne acerca de la perversidad de los naipes, pero, considerándolos un mal menor que lo que lord Talbot tenía planeado para ella, aceptó jugar. Comenzaron la partida y la joven intentó concentrarse en aprender las reglas, pero se distrajo inspeccionando a aquellos que se detenían a mirar, hasta que estuvo segura de que ninguno de los espectadores llevaba puesta la chaqueta de satén plateado que inmediatamente identificaba a su arrogante señoría. Luego de unas pocas manos, ella se sorprendió al descubrir que, en realidad, disfrutaba del juego. Tuvo un

momento de inquietud, sin embargo, cuando Phillip regresó a la mesa y pidió hablar en privado con su mujer. Anne se disculpó, prometiendo volver tan pronto como le fuera posible, y Erienne se obligó a mantener la calma. Otra mujer ocupó el asiento libre, y se comenzó a distribuir una nueva mano de naipes.

La recién llegada se disculpó con una risita. -La verdad es que no soy muy buena en esto. Erienne sonrió a la elegante dama.

-Si lo fuera, yo me encontraría en un problema.

Los otros dos contrincantes intercambiaron miradas confiadas. Esta prometía ser una partida fácil para ellos.

-Yo soy la condesa Ashford, querida -murmuró la mujer con una amable sonrisa-. Y usted es...

-Erienne, milady. Erienne Saxton.

-Es usted muy joven -comentó la condesa, observando el rostro terso de la niña-. Y muy hermosa.

-¿Me permite corresponderle con el mismo cumplido? -respondió Erienne con franqueza.

Aun cuando aparentaba tener más de cincuenta años, la condesa poseía una serena belleza que los años venideros no lograrían apagar.

-¿Podemos comenzar? -sugirió el hombre del grupo. -Por supuesto -se apresuró a responder la condesa, al tiempo que recogia sus naipes.

El primer descarte correspondía a Erienne, y la joven se dispuso a estudiar sus naipes con cuidado, hasta que advirtió a alguien a sus espaldas. Aguardó un instante con cautela, pero entonces, por el rabillo del ojo,vio una delgada pierna oscura y un zapato negro. Su ansiedad se calmó. Siempre que no se tratara de lord Talbot, podría concentrarse libremente en el juego. No muy segura con los naipes, meditó concienzudamente antes de escoger la sota de diamantes.

-Le convendría tomar el rey, milady -le aconsejó el hombre que tenía atrás.

Erienne se paralizó por un instante, ya que la conocida voz turbó sus pensamientos. El corazón comenzó a latirle con violencia, y sus mejillas se sonrojaron. No necesitaba ver el rostro del intruso para saber quién se encontraba a sus espaldas. Entonces, percibió la presencia del hombre en cada fibra de su ser y, a pesar de su sorpresa, se sintió embargada por una reconfortante ola de calor que derritió sus helados temores. Enseguida, atribuyó la sensación a la seguridad que le brindaba el hecho de tenerlo cerca, aunque la idea no concordaba con sus anteriores experiencias con el mundano Christopher Seton.

La joven levantó la mirada para ver si alguno de sus compañeros había advertido su turbación. Los dulces ojos sonrientes de la condesa se posaron sobre ella y, con una voz muy suave, la mujer le recordó:

-Juega usted, querida.

Erienne dirigió la mirada hacia los naipes. Su familia podía atestiguar que Christopher era un experto en el juego, y su consejo no debía ser desechado. Con repentina decisión, la joven regresó la sota a su lugar y jugó, en cambio, el rey. Cayó entonces una reina, y cuando todos los naipes estuvieron echados. Erienne había ganado la mano y las apuestas.

La condesa Ashford soltó una breve risita.

-Creo que estaría acertada, señor, si le permitiera jugar a usted en mi lugar. Siempre he preferido observar a la gente competir con sus ingenios, antes que poner a prueba el mío.

-Gracias, señora. -Christopher esbozó una encantadora sonrisa en dirección a la dama y se acercó una silla junto a Erienne-. Espero poder probar que soy digno de su confianza.

-No tengo dudas de que así será, señor.

Erienne le lanzó una fría mirada cuando él se sentó a su lado. El recuerdo de su sueño no se debilitó cuando vio al apuesto caballero vestido con su chaqueta azul marino y su impecable camisa blanca.

Christopher le devolvió la mirada con un brillo en los ojos e inclinó levemente la cabeza para saludarla.

-Buenas noches, milady. Ella le correspondió. -Señor.

Christopher se presentó a los otros y cogió la baraja para comenzar a mezclar los naipes. Sus dedos largos y bronceados se movieron con destreza, y Erienne pensó que su padre tendría que haber sido ciego o tonto para no reconocer la habilidad del hombre. Pero, tal vez, Avery había estado demasiado concentrado en sus trampas como para notarlo.

-¿Qué está haciendo usted en Londres? -preguntó ella, tratando de que su tono pudiera resultar amable-. Creí que se encontraría en Mawbry, o Wirkinton... o en alguno de esos lugares.

Christopher comenzó a distribuir los naipes, sin apartar su atención de la joven. Ella estaba radiante, y los ojos de él se deleitaban con tan encantadora belleza.

-No vi razón para quedarme si usted no estaba allí.

Los ojos de Erienne recorrieron la mesa disimuladamente, y encontraron que los otros dos jugadores se hallaban concentrados en sus naipes. La condesa bebía con calma una copa de jerez y por el momento, parecía distraída, lo cual brindó a la joven la oportunidad de lanzar a Christopher una mirada de advertencia.

El le correspondió con una brillante sonrisa, y señaló los naipes de Erienne.

--Creo que es su turno, milady.

Ella intentó concentrarse en el juego, pero sus esfuerzos resultaron vanos. Decidió que sería mejor no fugar, antes que ponerse en ridículo.

-Paso.

-¿Está usted segura? -preguntó Christopher con interés. -Muy segura. -La joven ignoró deliberadamente el brillo burlón en los ojos verdes.

-Nunca va a ganar de esa forma -la reprendió él-. Además, esperaba un mavor desafío de su parte.

-¿Por qué no dice usted? -replicó ella, enarcando sus encantadoras cejas.

-Eso haré -respondió Christopher, y se dirigió hacia la otra pareja-. Tres.

-Cuatró -declaró el hombre con una sonrisa traviesa.

La mujer sacudió la cabeza y la atención volvió a centrarse en Christopher.

-No lo hace usted muy fácil para mí, señor -afirmó él con una breve risa-. ¡Qué sean cinco!

-Es usted muy intrépido en sus apuestas -le hizo notar Erienne.

-Cuando me lo permiten -asintió él, lanzándole una mirada ligeramente irónica-. No es fácil persuadirme y, en general, suelo tomar la iniciativa si creo que puedo ganar.

-Así parece con los naipes.

Los ojos verdes brillaron y una sonrisa se dibujó en los labios de Christopher.

-Con todo, milady.

Erienne no osó contradecirlo. Si hubiesen estado solos, ella le habría recordado que, luego de proponerle matrimonio, él había aceptado el resultado de la subasta sin elevar ninguna protesta.

El hombre se había comportado como un pasivo ratón de iglesia, que había perdido una codiciada porción de queso frente a un roedor más resuelto y luego, imperturbable, había continuado su camino, satisfecho con haber recuperado el dinero de su deuda.

Resuelta a debilitar la ambiciosa declaración del yanqui, Eríenne estudió sus naipes con cuidado. Christopher echó un as de espadas y aguardó a que los otros bajaran su juego. El otro hombre soltó un rey y gruñó con fingida frustración.

-Tiene suerte d e que yo no tenga más espadas.

En la siguiente partida, Christopher venció la sota de Erienne con su reina. Ella guardó su as de diamantes para el final, esperando haber encontrado una falla en la estrategia del yanqui. El echó su último naipe y esbozó una sonrisa a la joven.

-Un as de corazones, milady. ¿Tiene usted algo mejor? Ella rehusó a responder, y arrojó un solitario diamante con un leve deje de irritación. Christopher se veía muy alegre mientras recogía los naipes. Aceptó las fichas de la otra pareja y, cuando los dos se volvieron para hablar con la condesa, el se dirigió a Erienne con una sonrisa ligeramente perversa.

-Creo que me debe usted una ficha, milady. ¿O desea que le extienda un crédito?

-¿Qué, y permitir que usted luego venga a reclamarme alguna otra recompensa? -dijo ella con una risita despectiva, al
tiempo que le arrojaba una ficha de madera-. ¡Decididamente no!

Christopher dejó escapar un exagerado suspiro de desilusión. -Es una lástima. Estaba ansioso por recoger más adelante. -Usted siempre está ansioso -murmuró Erienne, mientras él se inclinaba para recoger la ficha.

-No puede culparme por eso -susurró Christopher, y sus ojos acariciaron a la joven con ternura-. Usted no hace más que poner a prueba mi capacidad de control, milady.

-¿Control? -Erienne enarcó las cejas con expresión incrédula-. Jamás ha dado muestras de tenerlo.

-Señora, si usted de veras supiera, me creería un bribón. -Ya lo creo.

-Supongo que su esposo no la habrá dejado venir sin escolta. -Él aguardó ansioso la respuesta.

-Tranquilícese, señor. Esta vez, he venido con los Leicester. -Estaba esperando un golpe de suerte, pero supongo que tendré que aceptar la realidad. -Se puso de pie , extendió una mano hacia la !oven-. Me agradaría invitar a estos acaudalados señores a saborear una verdadera belleza. Los Leicester no se opondrán a que usted se divierta, y la música es realmente fascinante. ¿Me haría usted el honor de concederme esta pieza, milady?

Erienne estaba a punto de articular una punzante negativa, pero la encantadora melodía que llegaba desde el salón le despertó el deseo de bailar. Por un breve instante, se imaginó siriendo los pasos de la contradanza en los brazos de Christo - r. La enseñanza que había recibido en la escuela y de su madre había abarcado varias horas de danza. Hasta el momento, no había tenido oportunidad de poner en práctica sus conocimientos. Una corriente electrizante le recorrió el cuerpo, sus mejillas se sonrojaron, y no pudo sino aceptar el brazo que le ofrecía su constante perseguidor.

Se puso en, pie y apoyó apenas una mano sobre la manga de Christopher. El le sonrió con los ojos y, luego de disculparse ante los otros, se despidió de la condesa con una leve inclinación de cabeza. Luego deslizó una mano bajo el brazo desnudo de Erienne y la guió hasta el salón donde se estaban congregando los invitados. No bien se incorporaron a la contradanza, Christopher extendió una pierna y, al enderezarse, la cálida, brillante luz de sus ojos verdes aceleró el pulso de la joven. Ella realizó una profunda reverencia, sintiéndose positivamente malvada. Acababa de desposarse, y se encontraba con un hombre que debía ser el libertino más envidiado de todo Londres. Experimentó un pasajero remordimiento cuando el oscuro rostro enmascarado de Lord Saxton se dibujó en su mente, y se preguntó qué diría él de una esposa que se contoneaba como una insensata doncella en la pista de baile con un hombre como Christopher Seton.

-Usted baila divinamente, miladv -comentó él al pasar junto a la joven-. ¿Me permite preguntarle quién fue su instructor? ¿Algún apuesto pretendiente, quizá?

Erienne entornó los ojos y le lanzó una mirada de soslayo. Cómo le gustaba a este hombre fastidiarla con la infortunada colección de candidatos que habían solicitado su mano. -Principalmente, mi madre, señor.

-Una gran dama, sin duda. ¿Heredó usted de ella su belleza? -En realidad, soy un caso raro en la familia. -Aguardó a que él volviera a acercársele antes de continuar-. Mi madre era muy bella.

Christopher frunció los labios en una mueca picara.

-No hay duda de que usted no se parece en absoluto a su padre.

La risa de Erienne emergió a la superficie como la cristalina agua de una fuente, fresca y burbujeante, clara v vivaz. El sonido penetró suave y dulcemente en la mente de Christopher; sin embargo, su efecto corrosivo fue devastador, ya que arrasó todos sus pensamientos, excepto uno. Su deseo por la !oven se estaba tornando una realidad asfixiante, y no encontraba forma de aplacarlo.

Al culminar la contradanza, lord Talbot apareció junto a ellos como por arte de magia y adoptó una pose solemne frente a la muchacha, mientras le ofrecía una disculpa, ignorando deliberadamente a Christopher.

-Si te ofendí, de veras lo siento mucho. Tu belleza me vuelve descuidado y me temo que algo grosero también. ¿Podrás perdonarme?

Erienne sintió un apremiante deseo de rechazar tan pomposa disculpa, pero debía considerar las consecuencias que sus palabras podrían tener en las familias Fleming y Saxton. Con demasiada frecuencia, el hombre había hecho sentir su poderío en el condado del norte, y ése era un hecho que ella no podía ignorar. Rígidamente, la joven asintió con la cabeza para expresar su consentimiento.

-Entonces, me darás el placer de concederme la siguiente pieza. -Extendió el brazo con actitud expectante.

Aun cuando Christopher permaneció impávido, Erienne pudo percibir su creciente indignación por el hombre, ya que sus ojos verdes se posaron despiadadamente sobre el lord. La ¡oven

sabía que lord Talbot insistiría si ella rehusaba, y también era consciente de que Christopher no se vería afectado por el poder del hombre. Resuelta a evitar un furioso enfrentamiento, ella aceptó el brazo ofrecido.

Tras haber ganado a la niña, lord Talbot alzó una mano e indicó a los músicos que interpretaran un vals, una danza escandalosa que se había iniciado aproximadamente un siglo antes en la corte austríaca, pero que aún continuaba provocando miradas reprobadoras en Inglaterra. Erienne se sintió algo aturdida cuando los dedos del hombre le tomaron la cintura con firmeza. En los primeros círculos, la joven se comportó de manera tensa, mecánica, hasta que el vivaz ritmo de la música alivió parte de su tensión.

r -Eres una dama graciosa y encantadora -comentó Talbot. Sus ojos se toparon con Christopher, quien, de pie junto a la sta, los observaba con los brazos cruzados sobre el pecho. El rd tuvo la impresión de que el yanqui no perdería de vista a la muchacha, ni siquiera por un instante-. ¿Conoces mucho al señor Seton?

Erienne no podía confiar en lord Talbot, ni aun cuando el tema tratara de alquien por quien ella, a menudo, manifestaba su odio.

-¿Por qué me lo pregunta?

-Me preguntaba cómo ha podido llegar este hombre hasta aquí. ¿Acaso posee él algún título?

-No, que yo sepa -res podió ella con cierta inquietud al percibir que la mano del lord ascendía por su costado.

-Por lo general, estas reuniones son sólo para caballeros de la nobleza y lores con propiedades -declaró Talbot con arrogancia-. Debe de haber sido invitado por alguna alma descarriada.

La joven, deliberadamente, volvió a colocar la mano de su señoría sobre su cintura antes de responder.

-Los Leicester me dijeron que estas reuniones se están tornando más informales, que cualquier caballero con modales y medios aceptables puede asistir con la pertinente invitación.

-Sí, así es, y me asombra que tengamos que permitir la entrada a los plebeyos. Es gente que no sabe comportarse en sociedad. Por la forma en que ese sujeto me ha atropellado al entrar, estaré dolorido durante una semana.

-¿Christopher?

-¡Sí! Ese torpe bufón -asintió Talbot con desdén.

Erienne miró a uno y otro hombre con asombro y recordó el cabello castaño oscuro y los anchos hombros que había llegado

a divisar antes de escaparse de las garras de lord Talbot. Una divertida risita amenazó con delatarla cuando descubrió la identidad de su protector.

-El hombre debería estar agradecido de que yo no haya decidido retarlo a duelo.

Ella se abstuvo de hacer algún comentario. Sin duda, el lord había actuado con sensatez por el bien de su propia salud. -Míralo -le sugirió Talbot con tono burlón-. Parece un potrillo luchando con la brida. -Deliberadamente, el lord revoleó a la joven frente al yanqui, antes de volver a apartarla. Le producía cierto placer balancear la exquisita confitura frente a los ojos del otro, tal vez, por la misma razón por la que se suele fastidiar a un niño agitándole su preciado juguete fuera del alcance de su mano.

La descripción de lord Talbot era bastante acertada, pensó Erienne. Con el ceño fruncido, Christopher observaba los giros de la pareja sobre la pista, como sí tuviera algún derecho de estar celoso porque ella bailaba con otro hombre. Antes de que la última nota de la melodía se desvaneciera en el aire, el yanqui se encontraba junto a ellos.

-Reclamo la siguiente pieza. -Su tono fue severo; sus palabras, terminantes.

Esta vez, fue lord Talbot quien frunció el entrecejo cuando el joven se apartó con Erienne. Tal como lo había hecho antes su señoría, Christopher indicó a los músicos que interpretaran otro vals. Luego, tomó a la joven de la cintura y la miró con un significativo brillo en los ojos, mientras la hacía girar en amplios, garbosos círculos. Al igual que su personalidad, los movimientos del hombre eran vigorosos y seguros, sin los melindrosos pasos que habían caracterizado la danza de su señoría. Conforme la pareja se deslizaba graciosamente por la pista, otros se detenían a observarlos con admiración. La belleza de ambos era extraordinaria, y un torrente de murmullos comenzó a esparcirse por entre los espectadores, que se intercambiaban preguntas y suposiciones. Sin embargo, entre los dos jóvenes, el silencio era profundo, incómodo. Erienne no se atrevía a afrontar la mirada de su compañero y rehusaba acercarse más de lo debido, demasiado consciente del increíble magnetismo de la poderosa figura de ese hombre.

-¿Está milady irritada por algo? -preguntó finalmente él, frunciendo los labios en una leve mueca.

Erienne meditó la respuesta durante uno o dos giros. Por consideración a su orgullo, no podía confesarle lo mucho que él turbaba sus pensamientos, ni que la serenidad que ella demos
traba ocultaba, en realidad, turbulentas emociones provocadas por su proximidad. Resuelta a protegerse contra cualquier sarcasmo, a joven decidió atacar, antes que revelar su debilidad.

-Usted trató a lord Talbot con increíble rudeza. -¿Rudeza? -Christopher soltó una carcajada irónica-. El hombre estaba dispuesto a llevársela de aquí, y le aseguro, milady, que sus intenciones no eran precisamente honorables. Ella se inclinó hacia atrás y alzó la barbilla, descubriendo su largo y, encantador cuello adornado con la exquisita alhaja. -El se disculpó y, en general, se comportó como un caballero mientras danzábamos.

-Es evidente que necesita usted unos cuantos consejos en cuanto a la definición de un caballero, señora. Lord Talbot es un verdadero libertino, y le prevengo que tenga mucho cuidado con las atenciones de ese hombre.

Irritada, Erienne volvió el rostro hacia un lado y respondió con arrogancia.

-No creo que sea peor que otros que conozco.

-¿Le explicaria lo mismo a lord Saxton si él estuviera aquí para advertirle acerca del hombre?

Erienne miró a Christopher a los ojos, sintiéndose algo herida por el sarcasmo.

-Siempre he sido sincera y honesta con mi marido.

-Y, por supuesto -él esbozó una leve sonrisa-, le ha contado usted todo acerca de nosotros.

La joven se detuvo, abrumada por la ira. Ya era irritante el hecho de que ese hombre se apoderara de sus pensamientos y de sus sueños, pero permitir que la ridiculizara... ¡era intolerable!

-¿Nosotros? Le ruego me diga, señor, qué hay que decir acerca de nosotros.

El se inclinó hacia adelante y le habló en voz baja.

-Como recordará, señora, su actitud no fue precisamente fría frente a mis besos.

-¡Oh! -Esa breve exclamación fue lo único que pudo escalar de los labios de Erienne. La joven se volvió abruptamente e hizo un movimiento para salir de la pista, pero Christopher la cogió con fuerza de la muñeca y la guió a través de las puertas que conducían a una oscura galería repleta de plantas. Una vez fuera de la vista de los otros bailarines, Erienne liberó su muñeca y se frotó el miembro afectado, al tiempo que lanzaba un gruñido de furia-. ¡Hombres!

Christopher se le acercó, pero ella le dio la espalda y, aunque no pudo ignorar la tensión que le provocaba la proximidad del hombre, logró mantener una fría actitud de desdén. La irritación de Christopher se aplacó cuando sus ojos se deleitaron con la belleza de los largos, brillantes bucles y la suave y delicada p$_a$lidez de los hombros de la joven. La fragancia del perfum$_e$ de Erienne alertó sus sentidos, renovando su arrollador anhelo. Sintió un intenso deseo de abrazarla, que ardió en su interior y se apoderó de su mente. Le deslizó un brazo alrededor de la delgada cintura y la atrajo hacia sí, para murmurarle al oído:

-Erienne, mi amor...

-¡No me toque! -exclamó ella y se apartó violentamente, porque ese susurro había penetrado hasta el fondo de su ser, perforando la delgada máscara de su compostura. Luego, se volvió, temblorosa, y alzó ambas muñecas en un gesto acusador-. ¿Ve usted? Me ha lastimado. No es mejor que el lord. Durante la mayor parte de la noche, he sido arrastrada de aquí para allá por hombres que afirman que su único deseo es protegerme.

Christopher advirtió la furia de la joven y realizó una breve, irónica reverencia.

-Discúlpeme, milady. Sólo intentaba advertirle acerca de un hombre cuyas intenciones son bastante menos que honorables. -¿Y qué puede decirme de sus intenciones, señor? -preguntó ella con sarcasmo-. Si nos encontráramos al abrigo de un apartado establo, entonces, ¿podría usted abstenerse? ¿O se apoderaría de mi virtud?

Él se le acercó, pero evitó el contacto, aunque sus ojos devoraron a la joven con increíble deseo.

-Ha acertado usted, señora. -Su voz era tierna y áspera-. Mi más íntimo anhelo es tomarla entre mis brazos v terminar con esa condenada virginidad. Si su esposo no puede hacerlo, entonces, por piedad, permítame usted el honor, pero no desperdicie sus encantos con ese pavo arrogante de Talbot. Él la usaría hasta aburrirse, para luego entregarla despiadadamente a sus amigos para quién sabe qué fines.

Erienne lo miró fijamente y le habló casi con espanto. -¿Y qué me dice de usted, Christopher? ¿Acaso podría usted respetarme si yo me le entregara?

-¿Respetarla? --repitió él con voz susurrante-. Mi dulce Erienne, ¿cómo podría no hacerlo? Usted está siempre presente en mis pensamientos, acosándome y obsesionándome asta en los más recónditos confines de mi mente. Todo mi cuerpo tiern-bla cada vez que usted se acerca, y agonizo al imaginar la suave caricia de sus manos. E! deseo que siento por usted me consume por dentro, y si por un solo instante, no creyera que usted me odiaría para siempre, satisfaría mis anhelos esta misma noche, con su consentimiento o sin él. Pero prefiero que sus delicados labios pronuncien mi nombre con palabras de amor, en lugar de irlo con exclamaciones de odio. Eso es lo único que la protege mí, Erienne. Lo único.

Ella permaneció mirándole, sus labios se entreabrieron cuando un estallido de emociones le atravesó el pecho. En su interior, ardió el recuerdo de una noche en un establo abandonado, cuando los besos de ese hombre vencieron su resistencia y la dejaron temblorosa ante la revelación de su propia pasión.

Las sensaciones emergieron de nuevo, y la joven sintió un devastador y profundo temor, al advertir que, si permanecía allí ***sólo*** un instante más, podía deshonrar su

propio nombre, el de su esposo y el de su familia. Erienne dio media vuelta y escapó, temiendo por su propia respuesta si él llegaba a exigírsela.

## CAPITULO 13

Con la sien apoyada contra el marco de la ventana, Erienne observó a través de los cristales. Antes de caer la noche, unas nubes se habían acumulado en el cielo y ahora formaban un delgadísimo velo que ocultaba la cara de una tímida luna menguante. Erienne se frotó la frente contra la madera, como si quisiera aplacar la confusión que ardía en su interior. Agradeció que lord Saxton aún no hubiera regresado de su viaje, puesto que no se creía capaz de ocultar su agitación frente a su esposo.

Se sentó en una pequeña banqueta frente a la chimenea. Las luces del cuarto se habían extinguido, salvo una única vela que aún ardía sobre la mesa de noche. Las crepitantes llamas del hogar inundaban la recámara con una tenue luz dorada, alargando y distorsionando las sombras.

Luego del largo y agitado día, un profundo cansancio se había apoderado de ella, pero sus pensamientos tumultuosos continuaban acosándola, sin permitirle el descanso. Las palabras de Christopher se resistían a enterrarse en los confines de su mente, donde ella deseaba sepultarlas, y trepaban a la superficie como demonios delgados y grises, sin cesar de acosarla y atormentarla.

-Ese yanqui libertino me ataca por todos lados -gimió Erienne, y sacudió la cabeza con desolación-. ¡Su osadía no tiene límites! ¿Por qué no me dejará en paz!

Las titilantes llamas no emitieron respuesta, y ella buscó otro motivo, en un desesperado intento por sosegar su inquietud. -Fue la música -se excusó-. El ritmo y la danza me excitaron.

Sus propias palabras le sonaron huecas, sin consistencia. ¡Eran los brazos de Chrístopher los que la habían enervado! ¡Su voz lo que le había enviado diminutos dardos de placer! ¡Su proximidad lo que le había enardecido los sentidos!

Erienne luchó contra el torbellino de emociones que amenazaba con arrastrarla hacia otro abismo de desesperación. Había un temblor en su pecho que no obedecía las órdenes de su razón, Luego, lentamente, se fue perfilando una imagen más oscura, y

los fantasmas se disiparon ante la amenaza de la nueva figura. La desnuda máscara de cuero observaba a la joven con una mirada acusadora.

Erienne sacudió la cabeza y sus ojos se abrieron, mientras buscaban por el cuarto a quien, más de una vez, había encontrado espiándola. Aunque ja recámara se hallaba vacía, la joven se puso en pie y comenzó a caminar ansiosamente por toda la habitación. Al parecer, no tenía forma de escapar a su sufrimiento. Cuanto más trataba de encontrar alguna razón lógica que justificara sus sentimientos, tanto más confundida se sentía; hasta que, finalmente, soltó un gemido de impotencia y se quitó la bata para acostarse en la cama. Permaneció allí, inmóvil, dejando que el aire fresco atravesara la delgada tela de su camisón y penetrara en su cuerpo. Sus temblores disminuyeron lentamente, y la serena quietud de la recámara adormeció su mente. Sus párpados se entornaron, a la vez que sus pensamientos comenzaron a vagar, remolineando entre las danzas y los momentos en que los ojos verdes grisáceos la habían tomado prisionera. La sombra volvió a aparecer a los pies de su cama, pero, esta vez, ella no pudo imaginar ningún rasgo masculino en las penumbras. La cosa la observó con una sonrisa tensa y unos brillantes ojos rojos atravesaron la oscuridad, paralizándola con una repentina sensación de pánico. Entonces, cayó un tronco en el fuego y, con el destello de luz, Erienne pudo ver los anchos hombros, las ves***tidurasnegras*** y la inexpresiva máscara de su esposo.

La joven se incorporó súbitamente y dejó escapar una exclamación de sorpresa. La sonrisa y los ojos rojos no eran más que oscuros agujeros en el rostro de cuero, pero el terror de la muchacha no se disipó.

-Discúlpame, Erienne --dijo él con voz áspera-. Te vi tan quieta que creí que estabas dormida. No fue mi intención asustarte.

Las palabras tranquilizadoras no lograron aplacar los violentos latidos del corazón de Erienne.

Se ha ausentado usted durante tanto tiempo, milord, que ya comenzaba a creer que, o bien me había olvidado, o había decidido abandonarme -susurró ella, tratando de serenarse.

La máscara emitió una risa asmática. -Muy difícil, mi querida.

La joven advirtió la anhelante mirada de su esposo y se estremeció. Una mano enguantada se adelantó, y ella se puso tensa. Los dedos de cuero se deslizaron sobre su brazo en una prolongada ,lenta, interminable caricia y, aun a través de la delgada tela su camisón, Erienne pudo sentir la frialdad inhumana de ese

contacto. Su pulso se aceleró cuando él se le acercó y entonces, de un salto, ella salió de la cama. Atravesó nerviosamente la habitación y cogió el pequeño estuche que Anne le había entregado antes.

-Mire esto, milord -dijo la joven, y caminó hacia él, mostrándole la caja en su palma extendida, sin preocuparse por la transparencia de su camisón. En ese momento, lo único que le interesaba era evitar las caricias de su esposo y, de ser posible, aplacarle también el ánimo-. ¿No es encantador?

Lord Saxton abrió la caja forrada de terciopelo y, por un breve instante, demostró cierto interés en el obsequio. Luego, sin alzar la mirada, sobresaltó a la joven con un murmullo ronco. -¿Tienes conciencia de cuánto te deseo, Erienne?

Ella bajó la caja y observó con impotencia las aberturas de la máscara cuando él levantó la cabeza. Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas, mientras luchaba por vencer el torbellino de emociones que bullía en su interior.

Sabía que no tenía derecho a rechazar a su esposo, pero no podía reunir el valor para entregarse. Le resultaba imposible ignorar el temor que le inspiraba aquello que podía ocultarse tras la máscara.

Un profundo suspiro se escapó a través de las aberturas del cuero.

-No importa. Veo que aún no estás lista para convertirte en mi esposa.

Erienne extendió una mano hacia él con gesto suplicante, pero, aunque lo intentó, no logró tocarlo. No podía pensar en ese hombre como un esposo.

Lord Saxton caminó lentamente hacia la puerta, donde se detuvo y habló por encima del hombro.

-Tengo otros negocios que atender por la mañana. Me marcharé antes de que despiertes.

Luego de pronunciar esas palabras, él salió de la habitación y cerró la puerta detrás de sí, dejando a Erienne en medio de una des arradora desdicha. La joven empezó a temblar, emitiendo somos sollozos, y un torrente de lágrimas comenzó a rodar por sus delicadas mejillas.

Al reunirse con los Leicester para el desayuno, Erienne se sorprendió de encontrarlos en la sala con otra visita, alguien que de inmediato logró convertir las emociones de la joven en un
turbulento mar de sensaciones. Al verlo, con su figura alta y elegante, tuvo que sofocar un abrasadora onda de excitación. Luego, la furia y el resentimiento comenzaron a trepar por su pecho, cuando pensó en la osadía del hombre al presentarse ante los amigos de su esposo.

Anne atravesó la habitación hacia la joven y se detuvo junto a la puerta para cogerla del brazo.

-Ven, querida. Hay alguien que deseo que conozcas. Erienne evitó deliberadamente la mirada divertida de Christopher y respondió en voz baja:

-Discúlpeme, milady, pero el señor Seton y yo ya nos conocemos.

-Tal vez, ya se conozcan, Erienne -insistió Anne con tono amable-, pero apuesto a que nunca han sido debidamente presentados. -Condujo a la reticente joven a través de la habitación y se detuvo frente al hombre-. Lady Saxton, permíteme presentarte a Christopher Seton, un pariente tuyo, según creo.

Erienne miró a su anfitriona con asombro, no muy segura de haber oído correctamente. Con lentitud, repitió la palabra que había causado su asombro.

-¿Pariente?

-¡Oh, sí! Déjame pensar. Los Saxton y los Seton están relacionados de diversas maneras. -Anne reflexionó durante un breve instante y luego agitó una mano, dejando a un lado el asunto-. Bueno, no importa. La última conexión fue por medio de una boda, y creo que también había un ancestro común en alguna parte. Eso los convertiría, al menos, en primos.

-¿Primos? -La voz de Erienne delató su consternación, y ella tuvo la sensación de que alguien había cerrado una pesada puerta para impedirle la huida.

-Como mínimo -le aseguró Anne seriamente-. Y, muy posiblemente, algo más también.

-¡Pero si él es americano! -protestó Erienne. Un destello de humor brilló en los translúcidos ojos verdes, provocando la ira de la joven.

-En serio, mi querida -le reprochó Anne con dulzura-. No todos podemos ser tan afortunados de pasar la totalidad de nuestras vidas en la adorada tierra inglesa. Pero no debemos ignorar los lazos de sangre. Yo, por ejemplo, he perdonado por completo a mi hermana...

¡Uf! -El marqués interrumpió a su esposa bruscamenteNo empecemos a detallar nuestro árbol genealógico, querida. Estoy seguro de que Christopher puede explicarlo todo muy sencillamente. -Se volvió hacia su invitado con actitud expectante.

-En realidad -Christopher se encogió de hombros-, la madre de Stuart se apellidaba Seton antes de casarse. Siempre he sido considerado algo así como un vagabundo en mi familia y, por esa razón, suelen empeñarse en denegar todas mis posibles reclamaciones.

-Creo que los entiendo perfectamente -acotó Erienne con un sutil sarcasmo.

El inclinó la cabeza y esbozó una sonrisa pícara. -Gracias, prima.

-¡Yo no soy su prima! -lo corrigió ella, indignada-. De hecho, de haber sabido que usted era pariente, jamás hubiera aceptado este matrimonio.

-¿Quiere decir que aún no se ha enamorado perdidamente de Stuart? -la regañó Christopher. Sus ojos verdes brillaron con malicia y, cuando Erienne abrió la boca

para replicar, él alzó una mano para detenerla-. No necesita explicármelo, prima. Yo mismo no siento un desmesurado amor por él. Nos toleramos uno al otro sólo porque la situación así lo exige. De hecho, parece que ambos existimos para provocar la hostilidad del otro. Yo le envidio su recién adquirida esposa, y él siente celos de mi gallardía, lo cual -se encogió de hombros- nos hace sencillamente incompatibles.

Phillip se volvió hacia su esposa, buscando aliviar la tensión del momento.

-Será mejor que tomemos el desayuno, querida, si queremos emprender nuestras tareas.

-Christopher, ¿puedes acompañar a Erienne? -le pidió Anne con dulzura, al tiempo que tomaba el brazo de su marido y caminaba hacia el comedor.

-Desde luego, señora. -Christopher ofreció gentilmente su brazo a la belleza de cabello oscuro y, al mismo tiempo, le cogió la mano para colocarla en el ángulo de su codo, sin darle oportunidad a la joven de negarse.

Erienne cedió para evitar un escándalo, pero, a las espaldas de Anne, le lanzó a su compañero una mirada fulminante. -¡Es usted insoportable! -siseó.

-¿Le ha dicho alguien esta mañana -le susurró él al oído, ignorando alegremente la irritación de la joven- que está usted increíblemente hermosa?

Ella alzó la nariz con arrogancia y rehusó dar una respuesta. Aun así, no le fue posible detener el infinito placer que le produjeron esas palabras.

Christopher meditó sobre el silencio de la joven por un instante, mientras la acariciaba suavemente con los ojos.

-Anne me contó que mi primo está muy enamorado, pero, como su aspecto no es precisamente agradable, rehúsa aparecer en público con usted. -Sus labios dibujaron una amplia sonrisa

cuando ella lo miró sorprendida-. Por esa razón, estoy pensando ofrecerle mis servicios como escolta.

Erienne esbozó una breve, helada mueca.

-Parece tenerlo todo muy bien planeado... excepto una cosa. Yo no tengo intenciones de ir a ninguna parte con usted. -Pero necesitará algún cicerón competente -insistió él. -Gracias por la oferta, pero prefiero arriesgarme sola. Creo que así estaré más segura..

-Los Leicester tienen un compromiso esta mañana y, dado que Stuart no se encuentra en casa, he pedido que me permitieran llevarla a dar un paseo por la ciudad.

Boquiabierta, Erienne observó el rostro bronceado, desconcertada por la arrogancia del hombre. Sospechaba que él le estaba tendiendo una trampa, y se propuso evitarla.

-Es mi intención rehusar, señor. Christopher no pareció perturbarse.

-He creído que podría usted disfrutar del paseo, pero si prefiere quedarse aquí conmigo, estoy seguro de que podremos encontrar algo con qué entretenernos en ausencia de los Leicester. -Echó una mirada de soslayo, aguardando la reacción de la joven.

Los ojos azul violáceos lanzaron destellos de ira cuando Erienne se percató de que había sido atrapada. Sabía que sería una tontería permanecer en la mansión con la única compañía del yanqui libertino. Primo o no, se veria en apuros tratando de evitar las inclinaciones amorosas de ese hombre, y no estaba muy segura de seguir conservando la castidad para cuando regresaran los Leicester.

-Su perseverancia me sorprende, señor.

-Simplemente, sé lo que quiero, eso es todo -respondió él con ternura.

-¡Soy una mujer casada! -exclamó Erienne. -¡Si lo sabré yo!

Una vez que llegaron a la mesa, Christopher le sostuvo la silla para que ella se sentara y luego dio la vuelta para ocupar asiento frente a ella.

Para Erienne, la presencia de ese hombre era tan inquietante como la de su propio esposo. Con esos brillantes ojos verdes constantemente sobre ella, la joven sentía que estaba siendo devorada en lugar de la excelente comida.

Poco después del desayuno, los Leicester se disculparon y se apresuraron a partir, dejando a Erienne sin otra alternativa más que aceptar la escolta de Christopher hasta el carruaje. Era obvio que él había gastado una importante suma de dinero en alquilar tan refinado vehículo, y se comportó como un cortés caballero cuando ayudó a la joven a subir al interior.

-Puesto que tengo el honor de gozar de su compañía, intentaré poner en práctica el mejor de los comportamientos -l$_e$ dijo, mientras se acomodaba en el asiento junto a ella.

-Si no es así, mi esposo no tardará en enterarse, señor -le advirtió Erienne con tono severo.

Christopher soltó una breve risita.

-Trataré de recordar todo lo que me enseñó mi madre acerca de los buenos modales.

Ella movió los ojos con desconfianza.

-Éste puede resultar un día muy interesante.

Christopher se reclinó sobre el respaldo de su asiento y le sonrió.

-¿Me permite comenzar diciéndole que me siento honrado por el privilegio, señora? Usted es una mujer extraordinariamente bella y es un deleite verla correctamente vestida. Al menos,Stuart no es tacaño con su esposa.

El estaba en lo cierto, desde luego. Lord Saxton era más generoso que la mayoría de los esposos. Y ese hecho le recordaba a Erienne que ella jamás le había dado nada a cambio, ni siquiera el derecho de satisfacer sus necesidades como hombre, o como marido.

La joven se alisó la falda de muaré color crema y se sintió una dama de la aristocracia. El corpiño de terciopelo verde esmeralda tenía el corte de un chaleco corto, pero con un llamativo cuello y unas mangas largas y angostas. Unas delicadas borlas de seda adornaban el sombrero de pana que Tessie le había inducido a usar, y una larga seda color crema caía graciosamente sobre sus hombros.

-¿Sería impertinente preguntarle adónde me está llevando? -preguntó ella con evidente tono sarcástico.

-Donde desee, milady. Los jardines Vauxhall podrían ser un buen sitio para comenzar.

-En realidad, no es ésta la mejor estación para visitar los jardines -comentó la joven.

Christopher la miró sorprendido. -¿Ha estado usted allí?

-Mi madre me llevó varias veces. Él hizo otro intento.

-Podríamos tomar el té en La Rotonda. -Me pregunto si estará muy cambiado.

-Ha estado allí también --declaró él, con desinflado entu siasmo.

-Bueno, Christopher -dijo Erienne, y se rió al detectar la desilusión de su acompañante-. Yo solía vivir en Londres. En realidad, no puedo mencionarle un solo lugar que no haya visto.

Christop er meditó sobre esa respuesta durante un instante y luego su rostro se iluminó con una sonrisa.

-Existe, al menos, una cosa de Londres que usted no ha visto jamás.

Erienne quedó observándole con desconcierto mientras abría l$_a$ pequeña compuerta que se comunicaba con el cochero y hablaba con el hombre, para luego volver a acomodarse en su asiento con una sonrisa confiada.

-Nos llevará unos cuantos minutos llegar a este lugar, milady. Puede usted relajarse y disfrutar del paseo.

Era éste un consejo muy difícil de seguir, y Erienne pronto llegó a la conclusión de que este hombre era tan fácil de olvidar como su esposo. Con ninguno de los dos podía sentirse cómoda, aunque el contraste entre ambos era como el día y la noche.

-¿Conoce bien a Stuart? -preguntó ella, tras decidir que la conversación era mejor que el silencio. Aunque había prometido comportarse como un caballero, Christopher estaba aprovechando la oportunidad para estudiarla con detalle.

-Tan bien como cualquiera, supongo -respondió él con seguridad-. Claro que, en realidad, nadie lo conoce demasiado ,en.

-¿Se ha enterado de que Timmy Sears murió? Christopher asintió imperceptiblemente con la cabeza. -Eso he oído.

-Stuart pareció ... eh .. afligido por la muerte del hombre. La respuesta de Christopher tardó en llegar.

Tal vez, Stuart teme la posibilidad de que alguien lo acuse de asesinato. Unos cuantos arrendatarios de su esposo expresaron sus sospechas de que fuera Timmy Sears uien hubiera incendiado la mansión, principalmente por despeo, ya que varias veces había sido echado de las tierras. Nada pudo probarse, ero el hombre era un constante buscapleitos. Stuart perdió mudo a causa de ese incendio.

-¿Usted realmente piensa que fue Timmy quien prendió fuego a la mansión?

Christopher se encogió de hombros, revelando así su incertidumbre, y respondió con cautela.

--He oído una gran variedad de historias acerca de ese su. Una tan aceptable como cualquiera es que, tal vez, lord Saxton, cabalgando, se topara por accidente con un campamento de bandidos y reconoció a algunos de ellos. El marqués recibió un mensaje a ese respecto, pero antes de que llegaran las autoridades, el ala nueva e la mansión donde lord Saxton había construido sus recámaras fue incendiada. -Christopher se giró para mirar por la ventanilla, cuando agregó-: Él a menudo se quejaba de las ráfagas de viento en la antigua casa, y supongo que ahora tendrá que tolerar el frío.

En ese momento de silencio, Erienne percibió una profunda tristeza en su compañero, pero no pudo encontrar la razón, salvo que él sintiera compasión por su primo. Esa reacción no parecía concordar con la personalidad del yanqui.

-Pero si Stuart conoce a los responsables del incendio, sin duda podrá llevarlos ante la corte para hacerlos pagar sus cul as. Una vez más, se hizo una prolongada pausa, hasta que legó la respuesta.

-Lord Saxton no es el mismo de antes. Ahora piensa diferente. Vio asesinar a su padre, y recuerda cómo tuvo que ocultarse detrás de las faldas de su madre y luchar por sofocar un plañido de terror, por temor a que los hombres los descubrieran y los mataran a ellos también. El incendio de la mansión le hizo comprender todo claramente. Es posible ver los sucesos como una larga serie de hechos inconexos, desde el asesinato del antiguo lord y la huida forzada de la familia, hasta el incendio e, incluso, la piratería de que han sido objeto las tierras de Cumberland. Pero, tal vez, Stuart ve una única mano detrás de todo esto,p busca una minuciosa forma de justicia que pueda alcanzar a los líderes y a la máxima autoridad involucrada.

Erienne reflexionó seriamente esa respuesta y se preguntó qué papel jugaba ella en todo eso. ¿Estaba su esposo empeñado únicamente en la revancha? ¿Estaría él buscando alguna forma más amplia de venganza? Si ella se retrasaba mucho, ¿sería ese hombre capaz de volcar toda su furia contra su esposa?

-¿Sabe usted por qué fue asesinado el padre de Stuart? -preguntó la joven con calma.

Su compañero dejó escapar un largo suspiro.

-Es difícil decirlo, Erienne. Varias acusaciones severas cayeron sobre él cuando trató de promover un convenio de paz con los escoceses en las tierras de la frontera, y algunos lores de la corte cuestionaron la lealtad de Saxton porque se había casado con la hija del jefe de un clan de las Tierras Atas de Escocia. Al mismo tiempo, una banda de

salteadores de caminos comenzó a vagar por el condado del norte, robando y asesinando. Muchos acusaron a los escoceses, pero el padre de Stuart sostenía que eran algunos nativos que se habían agrupado. El hombre se propuso probar sus sospechas, pero fue asesinado antes de lograrlo.

Desde luego, la culpa de su muerte cayó también sobre los escoceses.

-Si todo eso es verdad, no comprendo por qué Stuart regresó a Saxton Hall.

-¿Por qué desea cualquier hombre volver al patrimonio de sus ancestros? Para limpiar el nombre de su familia. Para tomar su legítimo lugar como lord de sus tierras. Para vengar el asesinato y la destrucción de su familia y condenar a los responsables.

-Después de todo, usted parece saber mucho acerca de mi esposo - e hizo notar Erienne. ,

Christopher esbozó una sonrisa irónica.

-Aunque deteste admitirlo, milady, soy pariente del hombre y he aprendido todos los secretos de la familia.

-¿Qué puede decirme de la madre? ¿Dónde está ella? -Tras la muerte de su esposo, Mary Saxton cogió al resto de su familia y abandonó las tierras del norte. Fue viuda durante muchos años y luego se casó con un viejo amigo de la familia. Sin duda, la dama dispondrá una visita a Saxton Hall después de que su hijo pueda poner la casa en orden. Hasta entonces, ella no desea inmiscuirse.

-Lo que le sucedió a su hijo debe de haberla entristecido mucho.

-Ella es una gran mujer. Creo que a usted le agradará. -¿Pero le agradaré yo a ella? ¿Una esposa comprada en una subasta?

-Le aseguro, milady, que no tiene usted nada que temer. La dama temía que Stuart no fuera a casarse jamás y, puesto que es usted una exquisita joya para su hijo, ella no podrá sino amarla. -Su sonrisa se amplió-. Si no es así, espero que persuada a Stuart de abandonar a su esposa, de manera que yo pueda tomarla. Luego de haber estado desposada con una bestia, tal vez usted pueda tolerarme mejor.

-¡Stuart no es una bestia! -protestó Erienne con impaciena-. Y me desagrada que alguien lo llame de ese modo.

-Sale usted muy rápidamente en su defensa. -Obsevó a la joven con atención y luego bromeó-: Supongo que no se estará enamorando del hombre.

-Por lo que he oído, él necesita alguien que lo ame, ¿y quién más indicado que su propia esposa?

-Usted me aflige, Erienne. -Frunció los labios en una mueca burlona-. No deja ninguna esperanza para mi.

-No tengo por qué hacerlo -replicó ella con tono vivaz . Soy una mujer casada.

Christopher dejó escapar una breve risa.

-Parece usted gozar de un especial deleite al recordármelo. -Si usted no hubiese estado tan interesado en su preciada deuda, podría haber... -Se detuvo bruscamente, horrorizada ante lo que había estado a punto de decir. Ella tenía su orgullo, y no odia permitir que él descubriera su decepción.

Cristopher la observó detenidamente y advirtió la repentina turbación de la joven.

-¿Podría haber hecho qué, milady?

Erienne permaneció en silencio. No había sido su intención acusar al hombre abiertamente, pero tenía la certeza de que si él de verdad la hubiera deseado, habría hecho algo más en la subasta, en vez de ace tar el resultado con indiferencia.

-¿Podría haber comprado como esposa? -insistió él. -¡No sea ridículo! -exclamó ella, y alzó su pequeña nariz, a la vez que giraba el rostro hacia el frente.

-¿Tan pronto se ha olvidado usted, milady? Su padre me prohibió participar en la subasta. -Sus ojos verdes no se apartaron de la joven-. ¿Acaso esperaba usted algo más de mi parte?

-Por favor, dígame, ¿qué otra cosa podría haber hecho usted? -Su voz reveló un evidente sarcasmo-. Usted incitó a mi padre, hasta que él se vio forzado a buscar una oferta más elevada. -Sacudió una mano en el aire-. Y luego vino afanosamente a cobrar su dinero, cuando se estaban contando las monedas.

-Señora, ¿puede ser que esté usted resentida conmi o porque no la arrebaté de las manos de su padre para arrastrara hasta algún oculto valle? -preguntó Christopher en tono sobresaltado.

La indignación coloreó las mejillas de Erienne.

-Tiene usted razón, desde luego. Estoy, sin duda, resentida con usted, pero no por las razones que acaba de mencionar. -¿Me permite recordarle que yo le propuse matrimonio, y fue usted quien rechazó mi oferta? Con términos bastante precisos, me hizo saber que me detestaba. ¿Acaso me mintió? -¡No! -exclamó ella con furia.

-Usted parece estar contenta con Stuart --comenzó a decir Christopher lentamente, y la joven frunció el entrecejo-. ¿De verdad prefiere al lisiado antes que a mí?

Erienne inclinó la cabeza en un difícil, rígido gesto de afirmación.

-Stuart ha sido muy amable.

-Inútil como hombre -murmuró él con desprecio. -¡Eso no es justo! -exclamó la joven. Christopher la observó con expresión curiosa.

La afirmación es justa, a menos que sea usted quien lo man$_{ga}$ apartado.

El rostro de Erienne palideció, y ella se apresuró a concentrar su atención en la ventanilla, incapaz de afrontar la mirada inquisidora de su compañero.

-No comprendo cómo logra usted eso, señora -declaró Chr¡stopher, interpretando el silencio de la joven como una resp~ afirmativa-. En este momento, el hombre debe de vivir atormentado, sabiendo que usted le pertenece, pero no le permite tocarla. Puedo entender muy bien el sufrimiento de Stuart.

-¡Por favor! -Erienne le lanzó una rápida mirada. -Esta no es una discusión adecuada, ¡ni siquiera entre primos! Christopher se enterneció, al menos por el momento, y per-***mitió*** que la ira de la joven se aplacara. Cuando pudo volver a concentrarse en el paisaje, Erienne advirtió que el carruaje se dirigía hacia la zona portuaria. Se sintió aliviada cuando se detuvieron, ya que los límites del vehículo no le habían permitido escapar a la implacable contemplación de su compañero. La joven miro en derredor y descubrió que habían aparcado cerca de un inmenso buque de tres mástiles amarrado en el muelle. La figura de una mujer de largo cabello rojizo adornaba la proa del barco y el nombre Cristina se hallaba grabado en la popa.

Christopher abrió la portezuela y se apeó del carruaje. La joven depositó su mano enguantada sobre la que él le había ofre***cido*** y descendió hacia el empedrado. Si bien sus ojos brillaron sonrientes, él permaneció callado bajo la mirada curiosa de Erienne: la cogió del brazo ara conducirla entre los cuñetes, barriles y atados de cáñamo, asta la pasarela de desembarco del navío. Habíá varios buques en el muelle, pero ninguno podía compararse con la dama, Cristina. Como una or ullosa reina, ella se levantaba alta y serena, en medio de su escota. A bordo, un hombre con una chaqueta azul se acercó hacia la pasarela de desembarco. Al ver a la pareja, sonrió y agitó la mano en un saludo que Christopher correspondió de inmediato.

--Capitán Damels, ¿tenemos permiso para subir a bordo? '- le gritó.

El hombre soltó una ronca carcajada y les indicó que ascendiera.

El viento desbarató la oscura cabellera castaña cuando Christopher se quitó el sombrero y sonrió a la joven con pesar. ¯Señora, ¿me haría usted el honor de subir a bordo? Erienne observó los rostros de los hombres que se habían

acercado a la balaustrada para satisfacer su curiosidad. La joven no podía oír lo que ellos murmuraban entre risas, pero presintió que ella y Christopher eran el tema de tan animada conversación. -Con todos los que han venido en mi ayuda, no es necesario que continúe usted representando el papel de caballero galante. Supongo que estaré bastante segura -declaró ella con sarcasmo. Christopher emitió una risita divertida.

-Señora, si fuéramos arrojados a una isla solitaria con estos mismos hombres, estoy seguro de que su increíble belleza pronto los abrumaría y entonces usted tendría que depender de mi protección. No siempre se encuentra seguridad en las multitudes, querida, y, en ocasiones, las circunstancias suelen afectar el comportamiento de los hombres.

Incapaz de encontrar una réplica adecuada, Erienne aceptó el brazo que su compañero le ofrecía y le permitió escoltarla a través del a pasarela. Cuando miró hacia abajo y advirtió a qué altura se hallaban sobre el nivel del agua, la joven se sujetó con fuerza y trató de ignorar el hecho de que él le estaba rozando el pecho accidentalmente.

El capitán saludó a Christopher con una amplia sonrisa y un caluroso apretón de manos.

-Bienvenido a bordo, señor.

Christopher se mantuvo cerca de Erienne, mientras hizo las presentaciones.

-Erienne, permítame presentarle al capitán John Daniels, un hombre con quien, a menudo, he surcado los mares. John, ella es lady Saxton. Creo que me has oído mencionarla.

jEl cal Daniels estrechó la delgada mano enguantada de la oven y habló con un tono afectuoso y jovial.

-Creí que Christopher había perdido la razón cuando me contaba cuán encantadora era usted. Me tranquiliza ver que sus afirmaciones estaban muy bien fundadas.

Erienne se sintió complacida ente el halago, y murmuró su gratitud antes de toparse con la mirada impertérrita de Christopher.

-¿Le pertenece este buque? -preguntó la joven, y dirigió los ojos hacia el mástil más alto, cuyo extremo parecía tocar el cielo. La altura del palo logró marearla, y pronto tuvo que bajar la mirada para detener el alanceo de su mundo. Entonces, se sintió feliz de contar con el apoyo del brazo de su escolta.

-Sí, milady -respondió Christopher-. Éste es el más grande de los cinco barcos que poseo.

-¿Le agradaría verlo? -le ofreció el capitán.

Erienne advirtió el orgullo del hombre por su buque y rió alegremente.

-Estaba esperando que me lo ofreciera.

El capitán Daniels caminó junto a la pareja, mientras se dirigían hacía el alcázar.

Cuando el recorrido hubo terminado, el capitán condujo a Erienne y a Christopher a su camarote, donde les sirvió una copa de licor. Señaló con la cabeza cada uno de los dos dormitorios que se hallaban a ambos lados del cuarto principal y lanzó un comentario informal.

-Los cuartos pueden parecerle algo estrechos, señora, pero es aquí donde el señor Seton y yo hemos compartido largas horas en al ta mar.

¿Planea usted viajar próximamente? -preguntó ella, esperando haber logrado ocultar su interés por saber si Christopher dejaría Inglaterra en un futuro cercano.

-Yo estoy a la disposición del señor Seton mientras nos encontramos aquí. Él decidirá cuándo debemos marcharnos. Erienne se sorprendió ante la afirmación del capitán Daniels. Le parecía extravagante la idea de que toda una nave y su tripulación dependieran de los caprichos de un solo hombre, y pensó que sólo una extraordinaria fortuna podía sustentar semejante lujo.

*Los* tres compartieron el almuerzo en el barco. El capitán contaba con un sinfín de historias y cuentos, tan divertidos como sus anécdotas reales acontecidas en sus viajes. Erienne se entretuvo con el agudo humor de los hombres y, pese a sus anteriores escrúpulos, no pudo pensar en ningún otro momento en que hubiera disfrutado tanto de una conversación.

En comparación, el resto de la tarde transcurrió de manera serena. *Los* jardines Vauxhall se prestaban más para un paseo de verano, pero no podía negarse la tranquilidad del par ue en un día invernal. La joven se sintió dichosa cuando su escota la guió a través de los pabellones de estilo barroco y los senderos bordeados de árboles. De acuerdo con lo prometido, Christopher se comportó como un verdadero caballero, haciendo sentir a la dama que era la única mujer en el mundo. Tomaron el té en las glorietas del «palacio encantado de La Rotonda, donde una orquesta interpretó una suave melodía para acompañar una agradable conversación.

En general, el día resultó muy placentero, y Erienne experimentó un leve pesar cuando éste llegó a su fin. Sabía que, or la mañana, se encontraría en el viaje de regreso a Saxton Halen COmpañía de su marido; y no pudo impedir sentir cierta melancolía cuando observó el carruaje alquilado alejarse de la mansión Leicester, llevando consigo a su escolta. Christopher apenas le había tomado la mano frente a la puerta, para posar un beso de primo en su mejilla, y luego marcarse definitivamente. Fue un contacto breve, pero el recuerdo perduró en ella demasiado tiempo como para desestimar su efecto.

La neblina se negaba a levantarse cuando el carruaje de los Saxton dejó la mansión Leicester para emprender su marcha hacia el norte bajo el aire helado de la mañana. Los rayos del sol na

ciente pintaban de fucsia unas nubes agrupadas sobre el horizonte. El coche dejó atrás las granjas que se extendían al norte del Támesis y atravesó unos puentes de piedra, donde unos densos vapores revoloteaban sobre los arroyos y pantanos. Conforme avanzaba el día, el cielo se tornaba gris y sombrío; el aire, decididamente helado. Tessie había cedido ante las súplicas de su ama para tomar su asiento en el interior del vehículo. Erienne comprendía la timidez de la niña en presencia de lord Saxton, pero ni aun el gigantesco tamaño de los dos hombres que

viajaban en el asiento del cochero podía proveer suficiente calor en un día tan destemplado. La joven doncella evitó mirar en dirección a su amo y se contentó con dormitar en una esquina, mientras su ama hacía lo mismo en el asiento contiguo.

De pronto se oyó un grito en la distancia y la pequeña compuerta del asiento del cochero se abrió.

-Un coche se acerca por detrás, milord-anunció Bundy-. Uno muy grande con una pequeña tropa de jinetes.

-Sean precavidos, y en cuanto se ensanche la ruta, déjenlos pasar.

-Sí, milord. -Bundy cerró la compuerta.

Erienne no pudo ver nada desde su asiento trasero, pero el golpeteo de los cascos de caballos que se acercaba por detrás se volvió más y más nítido. Su propio carruaje aminoró la marcha y se sacudió cuando Tanner se arrimo a un costado del camino. Un látigo chasqueó con un fuerte estampido, y el cencerreo de los arneses se tornó atronador. Erienne vio primero a los caballos, magníficos, cuidadosamente elegidos. El carruaje era grande y negro, con cortinas de terciopelo que cubrían las ventanillas. Un cochero y un guarda compartían el asiento delantero, mientras que dos lacayos viajaban en la parte posterior. Los seguían ocho jinetes, armados como cualquiera de los hombres del rey. Aun cuando la riqueza del veloz séquito era evidente, un parcjte recientemente colocado en la puerta cubría el espacio alguna vez ocupado por un escudo de armas.

Erienne no pudo entender por qué una familia tan aristocrática podría decidir viajar con su escudo de armas tapado. Sin duda, no era la intención ahuyentar a los ladrones, cuando había tanta ostentación de riqueza.

oLord Saxton observó el paso del vehículo sin comentario. Su única reacción fue consultar su pequeño reloj de bolsillo una vez que el coche se había alejado. Luego, se reclinó en el rincón de su asiento y cruzó los brazos como si quisiera dormitar, pero un intermitente brillo de luz emitido detrás de la abertura de los ojos, reveló a Erienne que estaba siendo atentamente observada.

Al caer la tarde, se detuvieron en una posada. En el aire flotaban los murmullos acerca del misterioso carruaje negro que había pasado a toda velocidad. Unos cuantos huéspedes aseguraban haber oído hablar de un lord deforme y lisiado del condado del norte, que usaba una extraña máscara de cuero. Todos a ostaban que era él quien viajaba oculto detrás de las cortinas de, terrciopelo. Luego, cuando por fin divisaron el tenebroso rostro de lord Saxton, esos mismos hombres ahogaron exclamaciones de asombro... palidecieron... y tartamudearon confundidos. Con el mismo asombro, murmuraron acerca de la belleza igualmente sorprendente de la dama. Erienne tuvo la vaga impresión de que su esposo disfrutaba con las diferentes reacciones y le divertía observarlas. Sin embargo, se preocupaba también de dejar en claro sus derechos sobre la joven, de manera que nadie osara traspasar los límites, como lo había hecho el tonto libertino durante el viaje al sur. Una de sus gigantescas, enguantadas manos apoyada posesivamente sobre la cintura de su esposa se encargaba de transmitir el mensaje.

Al parecer, el carruaje negro seguía la misma ruta que los Saxton, porque los comentarios acerca del misterioso vehículo continuaron durante todo el día. Las huellas sobre los primeros aterciopelados copos blancos confirmaron su ruta, pero, a medida que ellos avanzaban hacia el norte, la nieve se volvía más intensa, borrando así cualquier otro rastro. El helado manto blanco les entorpeció la marcha, y sólo a la siguiente noche lograron dejar atrás la aldea de Mawbry. El inmenso edificio de Saxton Hall fue un agradable espectáculo incluso para Erienne.

Aún no había transcurrido una semana desde su regreso, Y ni una sola de sus noches había pasado sin el rumor de que un misterioso jinete nocturno había sido visto merodeando por las

colinas del norte. Las puertas de las cabañas, anteriormente sin asegurar mientras los ocupantes dormían en sus camas, eran ahora cerradas con tablones para impedir la entrada de cualquier Intruso.

Christopher Seton regresó a Mawbry, y el comentario de su retorno llegó a la mansión. Si bien lord Saxton no acostumbraba a hablar de su primo, las jóvenes doncellas estaban ansiosas por chismear acerca del hombre, y sus murmuraciones solían alcanzar los oídos de su ama.

Molly había comenzado a parlotear sobre la mujerzuela con quien lo había encontrado en la posada varias semanas atrás, pero rehusaba revelar la identidad de la dama. Como resultado de esos comentarios, el nombre de Claudia fue vinculado con el de Seton, puesto que una o dos veces se había visto a la muchacha en compañía del yanqui. Cuando llegaron a oídos de Erienne, los rumores ya se encontraban exageradamente agrandados por las indiscreciones de las dos mujeres. Las historias causaron un profundo dolor en el corazón de la niña, un sentimiento que no pudo hacer a un lado fácilmente con argumentos tales como que ella, en realidad, aborrecía al hombre.

Lord Saxton formuló una petición a su esposa en aquella tarde del viernes siguiente a su regreso y, sumisamente, Erienne bajó a cenar con el mismo vestido que había usado la noche de

la boda. La joven entendía por qué ese traje era el preferido de su esposo. El profundo escote era muy revelador, y la reacción del hombre esta noche no fue diferente de la de aquella primera vez. Él aguardó al pie de las escaleras con un brazo detrás de la espalda, mientras observaba con atención el descenso de su esposa. . ,

-Señora -le dijo con su áspera voz-, es usted una exquisita joya, una rosa entre los brezos y, cada día que pasa, su belleza se intensifica.

Erienne se detuvo frente a su esposo y, al ver el brillo de los ojos detrás de las aberturas de la máscara, se preguntó si su vestido estaría revelando totalmente su pecho como en aquella primera cena de bodas. La joven aceptó con docilidad la atenta mirada, sabiendo que cualquier intento de cubrirse sólo provocaría la burla del hombre.

l-Alguna vez te dije que tu belleza no necesitaba adornos, y, aunque mi opinión no ha cambiado, creo que una pequeña chuchería no la desmerecería demasiado. -Retiró el brazo que escondía tras la espalda y agitó un lujoso collar frente a los ojos de a joven-. Me honrarías si lo usaras, mi amor.

El la miró expectante, sujetando la magnífica alhaja, y Erienne se percató de que estaba esperando el permiso para colocársela. Ella asintió con vacilación, no muy segura de poder tolerar el contacto de su esposo contra su piel desnuda. Las manos enguantadas se deslizaron detrás de su delicado cuello, para

rodearlo con el exquisito collar de esmeraldas y diamantes. La joven inclinó. la cabeza hacía adelante y aguardó con el corazón palpitante, mientas él trataba de cerrar el broche.

-¿Puede abrocharlo con los guantes puestos? -murmuró ella.

-Aguarda un minuto -le ordenó él, y detrás de la espalda dé la niña, se quitó primero un guante y luego, el otro. Erienne contuvo la respiración hasta que los dedos desnudos de su esposo la rozaron y, entonces, suspiro con alivio. Las manos eran cálidas, humanas y firmes.

Una leve fragancia masculina emanó de la ropa del lord, activando confusos recuerdos en la mente de la joven y acariciándola con una extraña sensación de placer. Erienne trató de buscar alguna lógica que explicara tal reacción, pero sólo pudo recordar con claridad aquel primer instante cuando se había despertado en la cama de lord Saxton tras su accidente con Sócrates.

El broche del colllar fue ajustado con un sonido apenas perceptible, y Erienne, esperando que él se apartara, se so tendió al sentir los dedos masculinos nuevamente sobre su espalda, rozándole la piel desnuda con suaves, dulces caricias. Ella volvió la cabeza con lentitud para enfrentar el rostro enmascarado, y los ojos detrás de las pequeñas aberturas se toparon con su mirada inquisidora.

-Mis manos han temblado ante la sola idea de tocarte -susurró él con tono áspero-. Pero puede que haya cometido un error al hacerlo.

La joven enarcó sus delicadas cejas en silenciosa pregunta. -A partir de este momento, la tentación puede resultar muy difícil de resistir. El hecho de haberte acariciado sólo intensificará mi deseo de poseerte. -Hizo una pausa y exhaló un profundo suspiro, al parecer, librando una dura batalla en su interior-. ¿He sido un tonto en tomarte por esposa, Erienne? Tal vez, siempre continuarás odiándome; o quizás, encuentres otro hombre al que prefieras. Puede que yo haya sido injusto con ambos, y que mis celos crueles hayan sido los que me impidieron dejarte ir. -Pronuncié mis votos con plena conciencia, y juro que cumpliré mis promesas, milord. Usted es mi esposo, y sólo le ruego algo de tiempo para acostumbrarme. Usted comprende que existe una barrera entre nosotros. Mis temores son tan difíciles para mí, como sus cicatrices lo son para usted. Pero, tal vez, con el tiempo, ambos logremos vencer los obstáculos que nos separan. Si usted sabe esperarme, le aseguro que yo desearé, tanto en mi corazón como en mi mente, no ser otra cosa que una excelente esposa... en todo sentido.

La mano del lord se apartó de la espalda de la joven y le revoloteó por encima de la cabeza, como si quisiera acariciarle le mejilla, pero luchara contra tal impulso. Tras un momento de silencio, él volvió a bajarla sobre el hombro de su esposa. Tras la espalda, Erienne pudo percibir que él volvía a colocarse los guantes e, impulsivamente, le apoyó una palma sobre el pecho, encontrándolo firmemente musculoso bajo la delgada textura de la camisa.

-¿Ve usted, milord? Ahora puedo tocarlo, y eso no me hace temblar.

Con sumo cuidado para no alarmar a la joven, él alzó su mano enguantada y dulcemente le pasó los nudillos por la mejilla.

-Mi querida Erienne, debajo de este aspecto deforme, palpita el corazón de un hombre muy conmovido por tu belleza. Es doloroso para mí aguardar, pero lo soportaré todo, sabiendo que existe una esperanza. -Se enderezó y, en un gesto de cortesía, le ofreció el brazo a la joven-. Señora, debe de estar usted famélica, y yo necesito urgentemente el frío de la sala para desechar de mi mente los amorosos pensamientos lascivos que me consumen.

Erienne soltó una carcajada y apoyó una delgada mano sobre la manga negra.

-Tal vez, debería ser yo la que llevara la máscara o, al menos, algo más de ropas.

-Si dependiera de mí, llevarías menos incluso que eso -respondió él, a la vez que dirigía los ojos hacia la mayor de las esmeraldas, anidada entre las redondeadas curvas de los pechos de su esposa-. Pero no debo olvidar la presencia de los sirvientes.

Erienne se tocó el collar tímidamente, consciente de la mirada devoradora de su marido.

-Cuando me mira usted de esa forma, siento como si estuviera totalmente desprovista de ropas.

El lord respondió con una risita irónica.

-Si mirar es un crimen castigable por la horca, entonces prefiero satisfacer cada faceta de mi deseo y ser colgado como un león y no como un cordero. Estoy ansioso por afirmar mis derechos de esposo; de manera que si yo malinterpreto tu aversión hacia mí y aguardo más de lo indicado, te ruego encarecidamente que te asegures de informarme al respecto, y yo me encontraré muy honrado en responder.

Erienne percibió la sonrisa que debía de haberse dibujado. en los labios de su esposo, y sus mejillas se ruborizaron bajo la nplacable mirada. Ella desvió los ojos, y la máscara emitió una suave risa, al tiempo que la otra mano del lord se apoyó sobre la suya para estrecharle los dedos afectuosamente.

Erienne sabía que estaba soñando. Podía verse a sí misma con sus oscuros bucles, arrodillada y absorta junto a su madre, quien se hallaba sentada frente al clavicordio, interpretando,
como era su costumbre, una dulce melodía para sus hijos. La imposibilidad de este sueño despertó a la joven, y permaneció inmóvil, totalmente confundida, porque los vibrantes acordes del clavicordio aún retumbaban por 1 as paredes de la mansión desde el piso de abajo. El instrumento estaba desafinado, y las notas eran tocadas con tal fuerza e intensidad, que ella se estremeció. Casi podía sentir la ira que transmitía la música.

Transcurrieron varios minutos antes de que Erienne reconociera la melodía. Se trataba de una antigua canción, y los versos acosaron a la joven con su amarga mordacidad, penetrando a través de sus pensamientos con el perturbador estribillo: «¡Ay, mi amor, me lastimas al desecharme con tanta crueldad!»

Erienne se levantó de la cama y apresuradamente se colocó la bata. No recordaba haber visto el clavicordio en la casa, pero aún quedaban muchas habitaciones sin usar y ella todavía no había levantado cada una de las fundas para admirar los tesoros ocultos.

Los sonidos de los violentos acordes la condujeron al ala aún no habitable de la mansión. Una vez en el pasillo, una luz tenue la guió hasta una puerta entreabierta, que ella empujó con cautela. En la mitad de la habitación, había una pequeña mesa con un inmenso candelabro, cuyas velas amarillas emanaban el reflejo que la había atraído. Una vez más, la joven se estremeció. Los muebles seguían cubiertos con las fundas, excepto una banqueta que se levantaba al otro lado del cuarto. Frente al teclado, con la cabeza y los hombros afortunadamente ocultos entre las sombras, se dibujaba la silueta de un hombre sentado. La máscara y los guantes de cuero se encontraban apoyados sobre la repisa del clavicordio, y ella alcanzó a ver el cabello despeinado, que debía de haber crecido parcialmente entre las cicatrices. El casi atacaba el instrumento, arrancándole las notas conforme descargaba su frustración con el mundo en general, y, Erienne temió, con su esposa en particular.

Como movidos por voluntad propia, los pies de la joven se adelantaron de manera lenta, vacilante. Entonces, la música se detuvo de repente, desvaneciéndose en una nota discordante, cuitado la cabeza del hombre se levantó. Los ojos, pensó Erienne, lanzaron un destello feroz, enloquecido.

-¿Lord Saxton? -preguntó ella en un susurro entrecortado. -¡Deténte! -La orden fue brusca y servera-. No te acerques, a menos que quieras perder la cordura, mujer.

Erienne se detuvo, ya que el tono de su esposo no toleraba desobediencia y sólo entonces advirtió que había olvidado las zapatillas en la recámara. Sintió el helado piso de piedra bajo los pies, y un leve temblor le trepó por las piernas.

Lord Saxton se apresuró a colocarse los guantes y el yelmo de cuero y se levantó el cuello de la bata, sin prenderse las cintas que sujetaban la máscara.

Luego, extendió los brazos sobre la repisa del clavicordio y preguntó:

-¿Sabes tocar?

-Solía hacerlo hace mucho tiempo, milord, pero sólo podía interpretar unas pocas piezas sencillas y, ciertamente, sin la emoción que acaba usted de exponer.

El dejó escapar un profundo suspiro y agitó la mano en un gesto de impaciencia. .

-Parece que ya no tengo la habilidad de otros tiempos. -Tiene usted demasiada furia en su interior -dijo Erienne en voz baja.

El lord soltó una risita burlona.

Acaso eres una vidente, que puede interpretarme con tanta facilidad?

Por primera vez, la joven sintió que podía entender, en cierta medida, a su esposo.

-No, milord, pero he conocido la desgracia y la furia y el odio, y los he visto en otros a mi alrededor. De hecho... Stuart -el nombre no le salía con facilidad en presencia del hombre-, no he conocido mucho más que eso en estos últimos dos años. Mi madre fue la única capaz de expresarme su amor, y ella se ha ido hace ya muchos meses. Aun debajo de la máscara, puedo ver en usted muchas de esas emociones... y ellas me atemorizan. -No debería ser así. No es mi intención lastimarte.

Ella bajó la mirada, y se volvió apenas para observar la oscuridad.

-Sin importar cuántas cicatrices pueda tener su cuerpo, me doy cuenta de que su alma sufre mucho más, y es por esta razón que lo compadezco.

Él soltó un resoplido sarcástico.

-Te sugiero que guardes tu compasión para alguna otra alma que de veras la merezca. Es eso lo último que deseo de ti. -Stuart...

-Y también te sugiero que tengas especial cuidado cuando te diriges a mí. El uso de mi nombre de pila en público podría causar tu viudez antes de tiempo.

-Seré cuidadosa, milord. -La joven se adelantó, mirando a su alrededor con curiosidad-. ¿Sería ésta la sala de música? -Este era el estudio de mi padre. El idolatraba la habilidad de su dama con esto.

-Usted parece conocer bien la mansión. -¿Por qué lo dices, mi amor?

-Yo he vagado por este lugar durante varios días -respondió ella con suavidad-, pero no encontré el clavicordio.

-Yo soy un hombre normal disfrazado de bestia. Mientras tú sueñas sobre la almohada, yo me veo acosado por imágenes de quien se ha apoderado de mi corazón, y deambulo por la casa en agonía. Cualquier distracción que pueda encontrar aquí, es bienvenida.

-Yo no lo critico en nada, milord -afirmó ella con dulzura. El lord se incorporó y con su característico andar caminó hasta detenerse frente a su esposa.

-Te ocultarías en tu recámara, temblando de miedo, si conocieras la pesada carga de emociones que ahora estoy tratando de controlar.

El levantó un brazo lentamente y Erienne luchó para vencer el impulso de huir cuando la mano enguantada le tocó uno de sus pechos. Todo el cuerpo de la joven tembló ante el contacto, y necesitó de todas sus fuerzas para permanecer inmóvil, serena, cuando el pulgar masculino le acarició el suave pezón. Entonces, él le deslizó un brazo por la delgada cintura para atraerla hacia sí, y ella no lo soportó: se deshizo del abrazo y huyó, corriendo resa de un terror repentino, a través de la casa, sin detenerse asta refugiarse, una vez más, en su recámara. Con la espalda apoyada contra la sólida puerta de madera, jadeó para recuperar el aliento, con las rodillas débiles, temblorosas, y desde abajo, se oyó el resonante eco de una carcajada áspera, burlona.

## CAPÍTULO 14

La noche era fría, clara y estrellada. Con el aire helado, el manto de nieve crujía bajo los pies, y había que caminar suavemente para pasar inadvertido en el silencio nocturno.

En un pequeño valle, cerca de la cima de un elevado páramo, se había establecido un campamento. Los faroles estaban encendidos, y una decena de tiendas se hallaban rodeadas de paja y hojas muertas para protegerse del frío. Al final del valle, una cueva de escasa profundidad se encontraba provista de cuñetes de pólvora, cajas de madera y otros suministros. En un lado, una serte de precarios establos guardaban más de una docena de caballos. En el centro del campamento, un par de hombres se hallaban agazapados sobre unos troncos junto a una fogata.

-Pobre Timmy -dijo uno de ellos con un suspiro-. Fue ese jinete de la noche quien lo atacó. Primero le atravesó las entrañas y luego le cortó la garganta.

-Sí -asintió el otro, a la vez que bebía un trago de ale de un pequeño tazón de barro-. Ese diablo malvado se está acercando demasiado. Esa vieja viuda dice que vio al jinete nocturno a menos de tres kilómetros de aquí.

-Será mejor que el capitán nos busque otro escondite. En un negocio como éste, Luddie, no es sensato permanecer demasíado tiempo en un mismo lugar.

-Sí, ya tenemos bastante para una buena borrachera. Incluso sin contar lo que Timmy sacó para gastar en su ramera, nos alcanza para divertirnos en Carlisle. ¿Te acuerdas de aquella linda taberna, Orton? ¿Y de esa dulce pelirroja rolliza que atendía las habitaciones?

Orton inspeccionó los elevados peñascos que los rodeaban; luego, se incorporó y estampó sus entumecidos pies sobre la tierra. Hizo un ademán de cabeza hacia el sombrío claro que indicaba la entrada al oculto valle.

-¿Quién está de guardia?

Luddie se acurrucó bajo su capa oscura.

John Turner. Regresará alrededor de medianoche para despertar a Clyde.

-Entonces, me iré a acostar --declaró Orton, al tiempo que arrojaba un enorme leño al fuego. Un instante después, entró en una de las tiendas y apagó enseguida la luz de la lámpara.

Luddie vigiló durante un momento; luego, se estremeció y se fue a su propia carpa. Una profunda quietud reinó en el campamento. Las lámparas se apagaron una a una, y pronto sólo quedó la tenue luz que emanaba del farol del establo y de las crepitantes llamas del fuego. El conjunto de ronquidos se volvió aún más estridente, y nadie oyó el gruñido emitido a la distancia cuando John Turner fue golpeado por la espalda. Un lazo azotó el aire quieto de la noche al engancharse de la gigantesca rama de un árbol. La figura fláccida fue colgada de los pies, y el hombre comenzó a oscilar como un péndulo para marcar el paso del tiempo.

Una forma negra, vaga, emergió de la oscuridad a la entrada del valle. La figura se detuvo frente al fuego, y las danzarinas llamas lanzaron una luz tenue sobre la forma negra, amortajada, ysobre el majestuoso potrillo de ébano que ésta montaba. Como la espectral calma anterior a una violenta tormenta, el jinete fantasmal aguardó en mortífero silencio.

Su brazo es extendió para arrojar una forma oscura al final de un largo lazo, que aterrizó en el fuego. Hubo un breve chisporroteo y, en un instante, un tejo muerto, quizá de la altura de un hombre, se encendió en llamas blancas, ardientes. El noctámbulo hizo dar vuelta al caballo, sin preocuparse ahora por el ruido. Dio un tirón con el lazo, y el árbol llameante se desplazó, El jinete profirió un estruendoso bramido y taloneó su musculoso corcel, que comenzó a galopar en un amplio círculo, arrastrando el árbol tras de sí. Las ramas rebotaron, se retorcieron, se quebraron y volvieron a rebotar, como si se tratara de una criatura salvaje al límite de sus fuerzas. Los trozos de leña en llamas volaron en todas direcciones, y los refugios de cáñamo pronto se prendieron fuego. El jinete dio una amplia vuelta alrededor de las tiendas, encendiéndolas todas.

El campamento se convirtió en una confusión de bramidos. Los hombres salieron de sus carpas, aullando y gritando, sacudiéndose los trozos de cáñamo chamuscados o llameantes que llevaban adheridos, tratando desesperadamente de salvar el pellejo, o el cabello, o cualquier otra parte del cuerpo que aún quedaba sin quemar.

El jinete nocturno guió su caballo hacia la cueva y arrojó su antorcha sobre los pequeños cuñetes que se hallaban apilados junto al muro,

Los caballos relincharon despavoridos y rompieron sus lazos para escapar, saltando y pataleando, entre los aturdidos hombres del campamento.

El viejo Clyde se encontraba caminando hacia la entrada cuando, súbitamente, se detuvo con horror. Gritó, y la nieve se derritió bajo sus pies, cuando intentó

impulsarlos en alguna dirección. Delante de él se hallaba el negro potrillo con su jinete envuelto en la capa oscura y una espada de acero azul pálido en la mano. El fantasma rió y Clyde más tarde juraría que los ojos del jinete lanzaban llamaradas, al tiempo que él gritaba para todos aquellos que desearan escucharlo.

-¡Criminales y asaltantes como ustedes no encontrarán refugio en estas colinas! ¡Yo los buscaré dondequiera que vayan, hasta que tengan que dispersarse y huir para conservar la vida!

Clyde aguardó, con los ojos firmemente cerrados. Tenía la certeza de que su fin había llegado y estaba seguro de que el brillante acero le había arrebatado la vida sin que él lo hubiera notado. Luego de un momento, bajó los brazos con que se había protegido la cabeza y volvió a abrir los ojos.

La imagen había desaparecido. Sólo quedaba de ella una carcajada que retumbaba en las paredes del valle.

Clyde se volvió para encontrar a sus amigos boquiabiertos. El hombre sacudió la mano por encima del hombro.

-¿Lo habéis visto? -Su voz, exageradamente aguda por el pánico, se quebró, y volvió a intentarlo-. ¿Lo habéis visto vosotros? Yo lo ahuyenté.

Su mano buscó desesperadamente un arma para sustentar la afirmación. El poste de una tienda incendiada apareció como por arte de magia, y él lo tomó, con el alivio de continuar aún con vida.

Alguien, en el campamento, disparó un mosquete, y el proyectil rebotó en un peñasco, para luego gemir en la quietud de la noche. Entonces, una voz graznó despavorida:

-¡Incendio! ¡Los cuñetes de pólvora! ¡Se han prendido fuego!

Para continuar la aseveración, un brillante destello iluminó la cueva, y una veintena de barriles llameantes comenzaron a rebotar a través del valle. Los caballos corrieron en todas direcciones, y las ropas y las tiendas se desintegraron, formando una confusa masa de escombros húmedos con la nieve y las rocas pulverizadas. Los hombres saltaron, buscando refugio, o con sus manos desnudas, cavaron pequeñas trincheras en la tierra helada, para esta par de los llameantes cuñetes de pólvora que parecían perseguirlos con sed de venganza.

A aproximadamente un kilómetro de distancia, un jinete vestido de negro se detenía en la mitad de un puente, para observar el estrago que él mismo había causado. Un sinfín de rápidos des***unes*** iluminaban el oscuro cielo de la noche. Unas feroces llamas dibujaban perfectos arcos en el aire p ara luego caer. chisporroteando, al tiempo que un hato de caballos galopaba a toda velocidad a través de una colina distante. Incluso desde donde él se encontraba, podían oírse los bramidos de ira y los aullidos de dolor.

El jinete de la noche se rió. El refugio más cercano se hallaba a unos diez kilómetros de distancia, y una larga caminata con el cuerpo casi desnudo en una helada noche de invierno les daría a todos esos bandidos en qué pensar.

Las habitaciones de lord Saxton daban a la parte frontal de la mansión y, desde los cristales romboidales de las ventanas, había una clara visión del camino, que serpenteaba a través del

valle hacia la torre de la entrada. Erienne se había atrevido a visitar las habitaciones en compañía de Aggie para estudiar la necesidad de nuevos muebles y, por primera vez, la joven pudo ver el dormitorio de su esposo, que era algo más reducido que el suyo. Un pequeño gabinete separado proveía intimidad para el baño y el acicalamiento y, al igual que en el cuarto principal, allí todo se hallaba prolijamente en su lugar. Los pies de la lujosa cama endoselada daban sobre una inmensa chimenea, donde un par de sillones isabelinos estaban dispuestos a ambos lados de una pequeña mesa. Cerca de las ventanas, dos altos armarios -asegurados con cerrojo

contra la intrusión de extraños- vigilaban ambos flancos de la habitación. Bajo los cristales, descansaba un amplio escritorio, con una lámpara de aceite y un lujoso libro de cuero sobre la lustrosa tapa de madera.

Aggie señaló el volumen y declaró en tono firme:

-Aquí guarda el amo los registros de los arrendatarios. En estas páginas, podrá encontrar una reseña de todos los nacimientos y muertes de aquellos que alguna vez vivieron en las tierras de Saxton. Algún día, señora, el nacimiento de sus pequeñitos estará anotado aquí con puño y letra de su señoría.

1Erienne no estaba muy segura de apreciar el recordatorio de sus deberes como esposa, pero no podía culpar a la mujer por el entusiasmo que revelaba cada vez que el tema concernía a la prolongació$_n$ de la familia. La joven estaba comenzando a aceptar el hecho de que Aggie sentía un extraordinario cariño por su amo , al igual que una amante madre, parecía ciega frente al tenebroso aspecto del lord.

Ese mismo hecho, sin embargo, no era válido para la esposa,

que aun sabiendo que él se había marchado una hora antes, no podía sentirse totalmente cómoda en la recámara vacía. Lord Saxton la había sorprendido tantas veces apareciendo sin previ$_o$ aviso, que la joven nunca estaba muy segura acerca del paradero de su esposo. Ella se había mostrado algo reticente a visitar las recámaras del amo, pero sabía que si continuaba evitándolas, despertaría la curiosidad de los sirvientes.

-Se acerca un carruaje, señora-anunció Aggie desde la ventana.

Erienne caminó hacia donde se encontraba el ama de llaves para mirar a través de los cristales. Sintió una profunda aversión al reconocer el vehículo, y se preguntó qué clase de asunto habría llevado a lord Talbot hasta la mansión y a quién desearía ver el hombre.

La joven permaneció juto a la ventana hasta que el coche se detuvo, reacia a correr al encuentro de la visita. Recordaba con demasiada claridad el comportamiento de Talbot en la fiesta, como para desear entretenerlo en ausencia de lord Saxton.

-Caray, señora -Aggie se inclinó hacia adelante cuando una falda abultada se asomó por la portezuela del carruaje-, es la señorita Talbot. Santo Dios, me pregunto qué la trae por aquí.

La sorpresa se reflejó en los encantadores rasgos de la joven, y pronto fue reemplazada por una expresión de desaliento. Erienne se alisó la falda tímidamente. Dado que se había vestido para trabajar, no era éste su mejor traje, pero se resistía a cambiarlo por uno de los exquisitos vestidos que le había obsequiado lord Saxton sólo para impresionar a la otra dama. De alguna manera, la idea le parecía sencillamente vana y presuntuosa.

La joven echó una última mirada a su alrededor y decidió que una alfombra frente a la chimenea haría más acogedora la habitación.

Mientras descendía las escaleras para ir al encuentro de la recién llegada, se percató de que le desagradaba tanto recibir la visita de Claudia como la de lord Talbot. Ninguno de los dos era deseable como amigo.

La visitante había sido conducida a la sala principal, y se encontraba sentada en el sillón de lord Saxton junto a la chimenea cuando entró Erienne. Claudia Talbot se volvió para mirar a su anfitriona, v esbozó una sonrisa burlona al ver el sencillo vestido de lana que llevaba lady Saxton.

-¡Qué bien estás, Erienne! comentó-. Imaginaba que habrías envejecido al menos diez años después de tu boda. Erienne fingió una risita divertida y preguntó:

-¿Qué te ha hecho pensar eso, Claudia?

-Bueno, he oído que lord Saxton es una verdadera bestia, $_q$ue es terriblemente desagradable el solo mirarlo.

Erienne logró esbozar una sonrisa benévola. -¿Has venido para satisfacer tu curiosidad?

-Mi querida Erienne, he venido a ofrecerte mis condolencias.

-Qué amable de tu parte, Claudia -respondió la anfitriona con dulzura-. Pero has cometido un terrible error. Mi esposo no ha muerto.

-Pobre Erienne -susurró Claudia con un exagerado suspiro de consternación-. Es admirable ver cómo tratas de ser valiente. -Se inclinó hacia adelante ansiosamente y preguntó-: Dime, ¿te pega tu esposo? ¿Es perverso contigo?

Una fuerte carcajada desechó la idea.

-Oh, Claudia, ¿acaso me veo como si hubiera sido golpeada?

-¿Es él tan espantoso como aseguran los rumores?

-En realidad, no puedo responderte esa pregunta -replicó Erienne, encogiéndose de hombros, y luego señaló la mesa que tenía junto a ella cuando entró Aggie con el té.

El rostro de Claudia reveló sorpresa. -Santo Dios, Erienne, ¿por qué no?

-Porque jamás he visto el rostro de mi esposo. -La respuesta fue sencilla-. Siempre lleva puesta una máscara. -¿Incluso en la cama?

Las tazas tintinearon en sus platos cuando Aggie casi tira la bandeja. Tres recuperar la compostura, el ama de llaves colocó el servicio donde su ama le había indicado y preguntó:

-¿Necesita algo más, señora?

Erienne recibió con agrado la interrupción, por breve que fuera. Al menos, le sirvió para aplacar la ira que sentía ante la brusca pregunta de Claudia.

-No, Aggie. Gracias.

Sólo la anfitriona adivirtió la mirada dudosa que su ama de llaves lanzó a la visita antes de retirarse diligentemente. Cuando Erienne volvió a encararse a Claudia, su sonrisa divertida, esta vez, fue genuina.

Jamás he visto el rostro de mi esposo, sin importar el momento -declaró, al tiempo que servía el té-. El lo prefiere así. Claudia tomó la taza que le ofrecía su anfitriona y se arrellanó en el respaldo de su asiento.

-Debe de ser terriblemente turbador no conocer el rostro de propio esposo. -Soltó una risita tonta-. Incluso a plena luz del día, no serías capaz de reconocerlo sin su máscara.

-Por el contrario, creo que reconocería a mi esposo de cualquier manera. Camina con una marcada renquera.

-Oh, querida, es mucho más horrible de lo que había imaginado. ¡Una verdadera bestia! ¿Puede lamer su comida, o tú tienes que alimentarlo?

Los ojos azul violáceos lanzaron airadas chispas de indignación, y Erienne tuvo que realizar un tremendo esfuerzo para hablar con voz calma.

-Mi esposo es un caballero, Claudia, no una bestia. La mujer rió con desdén.

-¿Un caballero? Mi querida Erienne, ¿de veras conoces el significado de la Cabra?

-Quizá mudo mejor que tú, Claudia. He visto a los peores hombres y el tratar con ellos me enseñó a juzgar a un caballero por su comportamiento y no por la forma de su nariz. Puede que mi esposo no tenga el agraciado aspecto de un bebé de pecho, pero él es, sin duda, mucho más caballero que la mayoría de los que he conocido.

más que una humilde despedid

-Si estás tan orgullosa de él, Erienne, tal vez te agradaría exhibirlo en una fiesta que daremos en casa. Sin lugar a dudas, tu esposo se sentiría mucho más cómodo en un baile de disfraces, pero ésta será una reunión algo más formal. Papá me pidió que te extendiera una invitación a ti y a tu... eh... esposo. -Recorrió brevemente a Erienne con los ojos-. Espero que puedas encontrar algún vestido adecuado para la ocasión.

Una puerta se cerró detrás de Erienne, y los pasos lentos de lord Saxton atravesaron la sala. Los ojos de Claudia Talbot se agrandaron al descubrir a la gigantesca figura negra que se les acercaba.

Erienne se volvió cuando su esposo se detuvo junto a su sillón.

-Milord, no imaginé que regresaría tan pronto. -Tenemos una invitada-declaró él con su voz potente pero áspera, mientras esperaba una presentación.

Erienne se apresuró a complacerlo y se volvió hacia Aggie, que, aparentemente sin habla por una vez en su vida, continuaba observando boquiabierta al recién llegado.

-La señorita Talbot acaba de invitarnos a una fiesta, milord. -¿Oh? -Los ojos encauchados se posaron sobre la mujer, que tragó saliva, aterrorizada-. ¿Se celebrará la reunión en un futuro cercano?

Claudia asintió nerviosamente.

-Pues... eh... sí... dentro de dos semanas. Lord Saxton se volvió hacia su joven esposa.

-¿Y tienes un vestido apropiado para tal evento? Erienne sonrió.

-Sí, cualquiera de los muchos que usted me ha obsequiado, milord. .

-Entonces, no veo razón para no asistir al baile de los Tal

bpG

Claudia se pudo de pie y, con una mano delicadamente cuidada en la garganta, habló con tono vacilante.

-De... debo marcharme ahora, pero informaré a mi padre que ambos asistirán a la fiesta. -Sintió que los ojos ocultos tras la máscara podían ver las profundidades más íntimas de su ser, i$_{m}$pulso

había mucho de gritar allí ya había hecho temblar su voz, y no osó irresistible $^{a}$rti-

La mujer caminó presurosa hacia la puerta, sin siquiera atreverse a mirar atrás.

-No dejes de repetir la visita, Claudia -le gritó Erienne en tono amable-. Tal vez, cuando tengas algo más de tiempo. Reprimió la carcajada, hasta que oyó el carruaje alejarse por el sendero de acceso. Entonces, se reclinó sobre el respaldo de su asiento y rió con regocijo-. Mi querido Stuart, ¿notó usted la mirada de esa mujer cuando lo vio entrar? Estaba absolutamente aterrorizada.

-Mi querido Stuart -remedó él entre risas-. Es ésa una frase que mi corazón anhelaba oír. ¿Puedo esperar que esté usted tomándome cariño?

Erienne respondió tímidamente.

-Al menos, ya no le temo tanto como antes.

-Entonces, tal vez, debería yo agradecer a su amiga por haber mejorado las relaciones entre nosotros.

La joven arrugó la nariz con disgusto.

-Discúlpeme, milord, pero esa mujer no es amiga mía. Vino aquí porque oyó rumores acerca de usted, y necesita alguna rareza para animar su fiesta. La gente dice que ella y yo nos parecemos, y creo que se siente agraviada por eso.

Lord Saxton se inclinó hacia adelante con las manos apoyadas sobre el bastón y miró a su joven esposa.

-Antes de quedar impedido, yo era considerado por muchos algo así como un calavera. Por lo tanto, mi opinión es experta, Y te aseguro que esa joven siente mucha envidia y, en consecuencia, increíbles celos por ti.

-Pero Claudía lo tiene todo -sostuvo Erienne.

-No todo, mi amor, y necesitará mucho más que belleza Para ser feliz. -Se detuvo un momento, hasta que su esposa se topó con la mirada inexpresiva-. ¿Y tú, mi amor? ¿Qué más necesitarías para ser feliz?

Ella bajó los ojos, confundida, y una repentina ola de calor le sofocó las mejillas. Las palabras que una vez había expresado a Aggie con tanta valentía, ahora se ocultaban tras una pared de inquietud y temor. Había afirmado que sólo deseaba un hombre común, sencillo, por quien ella pudiera mostrar afecto, pero era inútil soñar lo imposible. Tenía que contentarse con el hecho de que ya podía mirar a su esposo sin estremecerse de terror.

La visita de Claudia aún no había sido desechada de la mente, cuando otro carruaje fue visto acercándose a la mansión. Ocurrió poco antes del mediodía de la mañana siguiente, cuando Aggie entró jadeando en el estudio del antiguo lord, donde Erienne se encontraba limpiando cuidadosamente el dorado clavicordio. Dos doncellas habían sido destinadas a la limpieza de los otros artefactos y muebles y, con el trabajo de las tres, la habitación estaba adquiriendo un aspecto elegante.

-Si mis ojos no me engañan, señora, el carruaje alquilado de Mawbry se está acercando por el sendero. Lo he visto una o dos veces y con sinceridad puedo decirle, es un milagro que pueda moverse.

-¿Mawbry? -Erienne se frotó la frente con el dorso de la mano, sin advertir la mancha negra que se dejaba al hacerlo. -¿Quién puede venir a vernos desde Mawbry?

Aggie se encogió de hombros.

-Su padre, quizá. Tal vez extrañe a su hija.

Más probablemente extrañe el dinero, pensó Erienne, al tiempo que se limpiaba las manos en el delantal.

-Yo bajaré a recibirlo.

-Discúlpeme, señora, pero ¿no le convendría arreglarse primero? No querrá usted que sus parientes piensen que no es más que una criada aquí.

La joven se miró y descubrió que tanto el vestido, como el delantal, estaban bastante sucios. De inmediato, comenzó a desatar las cintas del delantal y caminó apresuradamente hacia la puerta.

-¿Ha visto usted a lord Saxton?

-El amo y Bundy ya se habían marchado antes de que yo me levantara esta mañana, señora, y no ha habido señales de ellos desde entonces.

-Si lord Saxton regresara, por favor, infórmele que tenemos otra visita.

-Sí, señora. Eso haré.

Erienne había subido las escaleras y se encontraba corriendo

hacia su recámara, cuando una enorme figura identificable como su esposo salió del pasillo que conducía al ala este. La joven ya había pasado, cuando la presencia del

hombre la detuvo, pero antes de que ella pudiera volverse, él se le acercó y la tomó de la cintura, haciéndol a girar para mirarle.

-¿Adónde te diriges con tanta prisa? -El humor en su voz fue evidente cuando la regañó-: Y parece como si acabaras de salir de un cubo de basura.

-Lo mismo puede decirse de usted, milord -respondió la joven, al tiempo que sacudía el polvo y la telaraña adheridos a la chaqueta de su esposo. Miró hacia el sombrío corredor, y se preguntó cómo había logrado él regresar sin ser visto y encontrarse en una ala donde no había salida al exterior-. ¿Acaso ha desarrollado usted alas últimamente para poder deslizarse sin que nadie lo note? Aggie ha dicho que usted había salido.

-¿Eso ha dicho? Bueno, con lo atareada que está, no me sorprende que no haya advertido mi regreso. ¿Me estabas buscando?

-Se acerca otra visita... y... y creo que puede ser mi padre. -Tu padre, ¿eh? ¿Y piensas que él finalmente ha recuperado la razón y viene a buscar a su hija?

-Lo dudo mucho, milord. Es más probable que haya venido a buscar dinero.

-¿Y crees que debería yo ayudarlo en ese aspecto?

-Me temo que lo perdería en los naipes o permitiría que Farrell se lo bebiera. Probablemente, ambos estén mejor sin su ayuda.

Erienne retiró la mano del brazo de su esposo, y se ruborizó al percatarse de cuán familiar había sido su gesto. Aturdida por su propio comportamiento, la joven se apartó, dando una débil excusa.

-Será mejor que vaya a arreglarme un poco.

Lord Saxton la siguió hasta la recámara y apoyó un brazo sobre el antepecho de la ventana, mientras ella buscaba ropa limen el armario. El vestido que llevaba puesto se abrochaba en espalda y, sin la ayuda de Tessie, no podía desprenderlo. Erienne miró en dirección a su esposo, no muy segura de querer pedirle un favor tan íntimo, cuando se sentía reacia a comprometerse con una famialiaridad más allá de la ya establecida entre ambos. El lord la observó con atención, y ella sospechó que él Podía leerle claramente el pensamiento. La joven dejó escapar un tembloroso suspiro y, luego de acercarse a la ventana, se levantó el cabello para presentarle a su esposo la espalda. Ella permaneció en silencio y no se atrevió a mirar por encima del hombro, mientras él se quitaba los guantes y, tras desprenderle el vestido, volvía a colocárselos. Entonces, Erienne se apartó y se encorvó hacia adelante, hasta que el corpiño le cayó so b re los brazos y se deshizo de la prenda.

-¿Te has dado cuenta de que está nevando? -preguntó el lord, admirando el suave contoneo de las caderas de la esposa antes de que desapareciera detrás del cortinaje-. Si la tormenta continúa, es muy probable que nuestra visita deba pasar la noche aquí.

-Me estoy dando prisa -gritó ella, interpretando la afirmación de su esposo como una advertencia. Luego de pasarse una toalla húmeda por el rostro y de cepillarse unas cuantas veces el cabello, Erienne reapareció en paños menores. Con el apresuramiento, no se percató del espectáculo que brindaba al inclinarse para colocarse el vestido. La delicada tela de su enagua se apartó de su pálida piel para descubrir los rosados capullos de sus pechos, provocando una intensa ola de calor en el hombre. Sin advertir la perturbación de su esposo, la joven metió los brazos en las largas mangas de su traje y corrió hacia él para mostrarle nuevamente la espalda, pero, esta vez, lo miró por encima del hombro con una tímida sonrisa en los labios..

Lord Saxton dejó escapar un sus iro entrecortado, al tiempo que se quitaba los guantes. El impuso de efectuar algo más que esa sencilla labor magulló brutalmente su capacidad de control, y una vez finalizada la tortuosa tarea, él tuvo la certeza de ser un hombre que había labrado su propio infierno.

Al descender las escaleras del brazo de su esposo, Erienne sintió que sus nervios se tensaban más y más en cada uno de los peldaños. Por las paredes de la mansión retumbaba la voz de su padre, quien, dirigiéndose a Farrell, hacía alarde de todo aquello que alguna

vez había poseído en Londres, y de los numerosos lores que habían prestado oídos a sus sabios consejos.

-Ahhh, todo eso tuve yo y, algún día, volveré a tenerlo, muchacho. Sólo espera y verás. Viviremos en un lugar tan lujoso como éste y tendremos un montón de sirvientes para atendernos. Oh, será maravilloso, Farrell. De veras, maravilloso.

Las potentes pisadas de lord Saxton atrajeron la atención de Avery, que dio media vuelta para ver a la pareja que acababa de entrar en la sala. Los ojos del alcalde estudiaron brevemente al matrimonio, y su rostro reveló una cierta tensión pasajera al observar el vestido de su hija. Si bien era un traje sencillo, tanto la tela como el corte superaban todo aquello que él pudiera pagar. No era justo que la mocosa gozara de tanto lujo y no lo compartiera con la familia.

-¡Buenos días, Erienne! -la saludó con tono exageradamente fuerte---. El paso del tiempo parece haberte sentado muy bien.

La joven pasó junto a su padre con fría dignidad e inclinó levemente la cabeza en dirección a Farrell, antes de acomodarse en el sillón que su esposo acababa de acercar para ella. Avery se actuó la garganta y se sentó en la larga banqueta que había frente a la chimenea.

-Supongo que ambos se estarán preguntando para qué he venido. Bueno, les traigo algunas noticas, eso es. Malas noticias, me temo. Y, dado que usted es ahora pariente mío, milord, pensé que lo mejor sería advertirles.

-¿Advertimos sobre qué? -preguntó lord Saxton.

-Yo y Allan Parker... como usted sabe, él es el alguacil de Mawbry... bueno, los dos estábamos en la casa de lord Talbot el otro día, y yo, por casualidad, los oí hablando... a Allan y a su señoría, quiero decir. Fue apenas un breve intercambio de palabras, usted entiende, antes de que me pescaran escuchando. -Hizo hincapié en el hecho, mirando fijamente a su anfitrión.

-¿Y bien? -La pregunta fue pronunciada con evidente tono de impaciencia.

Avery exhaló un largo sus *ro.

-Ellos estaban hablando usted, milord, y decían que pensaban que era usted el jinete nocturno.

Erienne ahogó una exclamación y miró a su esposo, quien, luego de un instante, comenzó a reír.

-Yo también lo encontré divertido, milord -expresó Avery entre risas-. Pues, por lo que sé, usted ni siquiera puede subirse a un caballo, y parece algo lento... -Sacudió una mano para negar su afirmación y se señaló la cabeza-. No lento aquí, ojo, pero como es usted lisiado y todo eso... Bueno, me parece bastante rebuscado eso de creer que usted anda cabalgando por los páramos como un lunático. -Agitó la cabeza enérgicamente-. Le dije eso mismo a su señoría, pero, entonces, él me preguntó quién pensaba yo que era el responsable, y no supe qué decir.

La voz de lord Saxton reveló un acento de humor al preguntar:

-¿Y pudo usted convencer a lord Talbot de mi inocencia? -No sé decirle, pero si puede usted probar dónde estuvo anoche, me gustaría escucharlo.

¿Porqué anoche? -inquirió el anfitrión.

-Ese jinete nocturno volvió a atacar durante la noche, y esta vez dejó el cadáver del viejo Ben estrujado contra la puerta trasera de la posada.

Erienne se llevó una mano a la garganta, impresionada, pero sólo un silencio mortuorio provino de lord Saxton. Luego, casi con calma, él preguntó:

-¿Cómo puede estar usted tan seguro de que fue el jinete de la noche quien asesinó a Ben? ¿Acaso alguien lo vio?

Avery se irguió con actitud autoritaria.

-El maldito asesino liquidó al viejo Ben tal como lo hizo con Timmy Sears. Primero le atravesó el pecho y luego le cortó la garganta, y lo dejó ahí...

Erienne se estremeció y volvió el rostro hacia un lado. -Ahórrese los *detalles,* hombre -le ordenó lord Saxton con tono *severo.* Luego, sirvió jerez en una copa y la depositó en la mano de su esposa-. Toma, esto te ayudará.

-Debe de ser algo que comió -declaró Avery entre risas-. Yo no la eduqué para que fuera una tonta debilucha. -Miró al lord con una sonrisa ladeada y divertida-. A menos, claro está, que usted haya hecho crecer algún *pequeñito* en esa panza.

Lord Saxton se volvió para enfrentarse a su suegro y, de algún modo, la *inexpresiva* máscara areció adoptar una expresión amenazadora. Avery inclinó cabeza bajo esa mirada *tenebrosa* y, luego de aclarar una vez más la garganta, clavó los ojos en el pie que nerviosamente arrastraba sobre el piso de piedra.

Erienne luchó por borrar la horripilante imagen de Ben herido y ensangrentado. Pálida y temblorosa, se volvió hacia su padre y habló con cautela.

-Lord Saxton... estuvo conmigo... anoche. El... no pudo... ser... el jinete nocturno.

El alcalde alzó los hombros con indiferencia.

-No he sido yo quien lo ha pensado. Pero le informaré al alguacil sobre lo que acabas de *decirme,* que su señoría estuvo aquí, contigo, toda la noche.

Erienne abrió la boca para corregir la afirmación y luego volvió a cerrarla *lentamente.* Su *esposo la* miró, como si esperara que ella hablara, y *se* sorprendió de que no lo hiciera.

Como si quisiera cambiar el tema, repentinamente se dirigió a Farrell:

n-Tengo entendido que era usted un *excelente* tirador antes de que le hirieran el brazo, señor Fleming. ¿No se le ha ocurrido desarrollar la misma habilidad con la mano izquierda? Podría resultar difícil, pero si es perseverante, es posible aprender a maejar las armas correctamente con uno u otro brazo.

-Luego de que hayamos comido algo, le mostraré unas cuantas piezas que poseo -prosiguió-. Alrededor de diez o

doce años atrás, Waters fabricó una pistola con bayoneta a resorte. Es un arma *realmente* extraordinaria.

Farrell reveló más entusiasmo del que había logrado reunir en los últimos dos *meses* cuando respondió:

-¿Y usted *cree* que yo podría disparar algo así?

-Puede que hoy le sea difícil, pero si trabaja para *fortalecer* el brazo, con *el tiempo,* podría llegar a manejarla sin dificultad. Desde luego, *necesitará* usted una mente lúcida y una mano firme.

Conforme avanzaba el día, los vientos invernales soplaron a través de los páramos, barriendo la *nieve* para formar esculturas semejantes a las olas congeladas de un mar blanco, obstaculi

zando así el paso de los carruajes. Los hogares encendidos calentaron la mansión al caer la noche, y las lámparas de *aceite* brindaron la luz *necesaria* para conducir a los huéspedes a sus habitaciones. Cuando por fin el silencio reinó en la casa, Erienne se colocó una delgada bata sobre el camisón y fue a golpear ligeramente a la puerta de lord Saxton.

-Milord, soy Erienne -dijo la joven en voz baja a través del sólido panel de madera-. ¿Puedo pasar?

-Un momento, por favor, querida -respondió él.

r Luego de un instante, las lentas pisadas se acercaron a la m y ésta se abrió para descubrir a su esposo con una larga de pana roja. La máscara v los guantes estaban en su lugar, y la pesada bota asomaba por debajo del forro.

-¿Le molesto, milord? -preguntó Erienne con timidez. -Sí, pero no por la razón a la que tú te refieres.

Aun cuando se sintió aturdida por esas palabras, ella se dispuso a explicar la causa de su visita.

-Quería agradecerle todo lo que ha hecho hoy por Farrell. Lord Saxton se apartó de la entrada y movió el brazo hacia el interior de la recámra invitando a la joven a pasar. Erienne obedeció y caminó hacia la chimenea. Sin advertir la transparencia de sus ropas contra la luz del fuego, ella extendió ambos brazos hacia el calor de las llamas. Su esposo tomó asiento entre las sombras, donde podía *deleitarse* con la esbelta belleza de la joven, sin arries ar su estoico comportamiento.

Erienne haló con tono suave por encima del hombro, sabiendo que él se encontraba allí, aun cuando no pudiera verlo. -Hoy noté una chispa de vida en Farrell, cosa que temía no volver a ver jamás en mi hermano. Incluso llegó a reír durante cena.
--Tu padre está ciego frente a las necesidades del muchacho.

-Es uted demasiado amable al expresarlo de ese modo, Stuart. Si mi padre insiste en minar la confianza de Farrell, mi hermano no será mejor que lo que fue Ben. -Sacudió la cabeza con tristeza y se secó las lágrimas que le enturbiaban la visión-. Pobre Ben, era un anciano digno de compasión. -Ahogó $u_n$ sollozo y enseguida se secó las mejillas húmedas-. Alguna gente de Mawbry lo echará de menos.

De las sombras, emergió una pregunta.

-¿Por qué has permitido que tu padre creyera que yo había pasado toda la noche contigo?

Erienne se encogió de hombros.

-No creí necesario explicar nuestro... nuestro arreglo. Sé que usted no asesinó a Ben, como también he llegado a la conclusión de que no fue usted quien mató a Timmy Sears. Esos fueron crímenes efectuados por un cobarde, y si algo aprendí desde el día de la boda, milord, es el hecho de que usted no es un cobarde. -Soltó una carcajada-. Si hay un cobarde en esta familia, ésa soy yo.

Él habló con voz áspera y susurrante.

-Gracias por tu confianza y me alegra que utilices el término «familia». Tal vez, en un futuro cercano, lleguemos a convertirnos en una verdadera familia.

Erienne se volvió vacilante hacia su esposo, cuya respiración se detuvo cuando la silueta de la joven quedó perfectamente delineada a través de la diáfana tela de sus ropas. La mirada del lord se posó en las curvas de las caderas de su esposa, y observó fascinado el juego de las llamas entre las esbeltas piernas, al tiempo que ella se le acercaba.

-¿Stuart? -Erienne se detuvo frente a él, y entonces los ojos tras la máscara se elevaron para toparse con el rostro sonriente de la joven-. Gracias, Stuart.

Ella se inclinó hacia adelante y posó levemente la mejilla sobre la capucha de cuero y luego salió rápidamente de la habitación. Transcurrió mucho tiempo antes de que su señoría pudiera regular la respiración y extinguir el fuego que lo consumía por dentro.

La nieve se derritió, y Avery Fleming regresó a su cabaña al día siguiente, tan pobre como cuando se había marchado. No había encontrado la oportunidad de abordar ni a su hija, m a su
esposo, en el tema de un préstamo. En consecuencia, había decidido retirarse tristemente de la mansión. Farrell, en cambio, se había entusiasmado con la habilidad de su anfitrión con las armas, y había elegido permanecer hasta el fin de semana. Ya n$^{o}$ sentía la necesidad de entregarse a la bebida mientras practicaba con las pistolas. Aunque el cargarlas le resultaba difícil, con el empleo de los dientes, los muslos y una mano que, hasta el momento, había considerado inútil, lograba hacerlo sin ayuda, príneipalmente,porque lord Saxton se negaba a brindársela.

Cuando Cuandol legó el momento de partir, Farrell ya había adquirido el aspecto de un hombre nuevo. Frente a la insistencia de Erienne, el muchacho se había sumergido en una tina de agua caliente, mientras sus ropas eran lavadas y arregladas. Luego, él

se sentó frente a la chimenea envuelto en una toalla, mientras su hermana le peinaba el cabello y le afeitaba la escasa pero desagradable pelusa del mentón, ignorando alegremente todas sus protestas. Las prendas regresaron al muchacho almidonadas y cuidadosamente remendadas y, por primera vez en varias semanas, sus botas se vieron negras y lustradas.

A su regreso a la aldea, hubo muchos en Mawbry que no lo reconocieron cuando descendió del carruaje de los Saxton. Sus compinches de, juerga silbaron maravillados, pero gruñeron su decepción cuando averiguaron que el amigo no llevaba consigo ni una sola moneda para gastar. Todos lanzaron exclamaciones incrédulas cuando Farrell declaró que buscaría algún trabajo en que ocuparse, y luego se sorprendieron aún más cuando el muchacho anunció que, en aproximadamente tres semanas, repetiría su visita a Saxton Hall, respondiendo a la invitación del propio ***lord*** Saitton.

Apenas faltaban tres días para la fiesta de los Talbot, y Erienne aún continuaba indecisa sobre la selección de su atuendo. Deseaba lucir las esmeraldas, pero el vestido que mejor combinaba con el collar era el que más claramente descubría su busto. La idea de entretener a lord Talbot y a sus invitados con seme***jante*** espectáculo era, desde luego, inaceptable. Los otros trajes eran suficientemente lujosos, pero no constituían el marco adecuado para la alhaja, ya fuera por el color discordante, o or la inadecuada línea del escote. Aun cuando la idea de desecar el uso de la gargantilla le resultaba desalentadora, parecía ser la única solución a su dilema.

Requerida su presencia en la recámara de lord Saxton, Erienne, nerviosa, golpeó a la puerta de la habitación de su esInmediatamente, una voz desde el interior le ordenó que pasara La joven respiró hondo, giró el picaporte y se lanzó a la guarida del león.

Primero que vieron sus ojos fue una inmensa caja atada con cintas de raso que se encontraba sobre la cama. Lord Saxton acababa de levantarse de su escritorio. Obviamente, había estado trabajando en sus cuentas, porque tenía un libro de balances delante de sí y se estaba poniendo el último de sus guantes.

-Pasa, querida. Tengo algo para ti.

Erienne se sintió más relajada,¿ logró esbozar una sonrisa serena cuando cerró la puerta tras de sí.

Él señaló con la mano una caja.

-Bundy ha ido hasta Mawbry para recibir el carruaje que venía desde Londres, y ha traído esto de regreso. Anne lo envió... a petición mía.

-Pero qué...

-Ábrelo. -Su tono fue suave, pese a la aspereza de su voz. Erienne se sintió como un niño sorprendido con un regalo. Era una experiencia tierna, agradable, llena de tensión, y trató de prolongarla al máximo, desatando las cintas con cuidado, para luego levantar la tapa. Entonces, observó con asombro el contenido de la caja, temiendo estropear con sus manos el delicado encaje o el exquisito satén color marfil del fabuloso vestido.

-Es hermoso, milord. -Miró a su esposo con ojos tiernos y dulces, y sacudió la cabeza lentamente-. Usted ya me ha dado tanto... ¿Cómo puedo aceptar más cuando yo ni siquiera he...?

-Hago sólo lo que me complace -la interrumpió él-, y me complace ver a mi mujer vestida acorde con su belleza. ¿De verdad te gusta?

Erienne sonrió y extendió los brazos para levantar el traje con sumo cuidado.

-M*lord, usted conoce demasiado bien a las mujeres y sus preferencias. ¿Cómo podría dejar de gustarme esta hermosura? Es el vestido más encantador que haya visto jamás e, indudablemente, que haya poseído.

La joven alzó el vestido delante de sí y fue a mirarse al enorme espejo del cuarto de vestir. El corpiño de satén estaba recubierto de encaje, con festones bordeando el escote. Las mangas de encaje abultadas terminaban en el codo, adheriéndose al corpiño por debajo de los brazos hasta dejar los hombros descubiertos. Una ancha

faja verde iba atada a la cintura, terminando en dos largos lazos que caían en la parte posterior de la falda de encaje y satén, que llegaban hasta la pequeña cola del traje.

Lord Saxton le habló a sus espaldas.

-He dejado que Aggie se encargara de los detalles y, como de costumbre, no me ha decepcionado. -Su esposa dio media vuelta para mirarlo, y él se apoyó sobre el bastón e inclinó¡!' cabeza hacia la cama-. Hay algo más en la caja que he creído que podrías necesitar.

Erienne dejó el vestido y fue a inspeccionar el paquete. Sobre una suntuosa capa de pana verde, había un par de medias de seda blancas, una delicada enagua y unos zapatos de satén color crema adornados con hebillas de plata repujada.

-Ha pensado usted en todo, milord.

El respondió con una breve inclinación de cabeza. -Eso he intentado, señora.

## CAPÍTULO 15

En la tarde del gran evento, Erienne se hallaba sentada frente al tocador, mientras Tessie recogía cuidadosamente su cabello en un elegante peinado. El corsé del ama ya había sido asegurado a la enagua: el busto quedaba alzado hasta oprimir con sus curvas la delicada tela. La transparencia del encaje bordado apenas cubría los suaves capullos rosados de los pechos. De hecho, la prenda parecía especialmente diseñada para revelar cada detalle del cuerpo de la dama.

El vestido se encontraba extendido sobre la cama, esperando ser utilizado, y el collar yacía preparado sobre la mesa. Todo estaba dispuesto, y la tensión y el entusiasmo crecían por partes iguales en el pecho de Erienne, a medida que transcurrían las horas. La joven no confiaba en que Claudia Talbot tratara a su esposo con cortesía, y empezó a imaginar penosas escenas de enfrentamiento. No dudaba de la habilidad de lord Saxton para manejar las ridículas situaciones a que, con seguridad, se vería sometido. Era, más bien, su propia reacción la que la preocupaba.

Con una pregunta, Tessie hizo girar su atención hacia un tema más pertinente en ese momento. Las dos mujeres se hallaban concentradas discutiendo los últimos detalles del peinado y, una vez más, les pasó inadvertida la llegada de lord Saxton en la recámara.

-¿Estás lista? -preguntó la voz áspera, sobresaltando a ambas damas y haciéndoles dirigir su atención hacia el hombre que se encontraba de pie, junto al cortinaje.

Tessie se apresuró a ajustar el último bucle, y luego realizó una leve reverencia.

-Sí, milord.

La mano enguantada indicó a la doncella que se retirara, y, de inmediato, la niña desapareció de la habitación. Con la ayuda del bastón, entró dificultosamente en el baño y se detuvo a espaldas de su esposa. La inexpresiva máscara contempló la imagen reflejada en el espejo y, aunque no podía ver los ojos, Erienne sintió la caricia de esa mirada sobre su pecho apenas oculto.

Lord Saxton extendió una mano y, muy lentamente, le pasó un dedo enguantado a lo largo de la columna, descendiendo desde la nuca hasta el bordee la enagua, para luego volver a ascender, hasta que la mano de cuero se detuvo sobre los hombros de la joven.

-Si algún anciano te viera en este momento, sufriría, sin duda, un ataque cardíaco.

Los labios de Erienne se curvaron en una dulce sonrisa. -Se burla usted de mí, Stuart. No soy más que una sencilla mujer.

Una carcajada grave retumbó en el interior de la capucha de cuero.

-Sí, tan sencilla, que cuando esa querida niña engreída, Claudia, la vea, sufrirá tal ataque de celos, que todas las ranas del pantano gemirán de envidia.

La joven rió y se llevó el brazo al hombro para estrechar la mano de su esposo como señal de gratitud.

-Milord, o usted es demasiado benevolente, o la carga de sus dolencias le ha debilitado la mente. Si alguien llegara a admirarme esta noche, sería sólo por el lujoso atuendo que llevo.
Erienne se puso en pie, y él la siguió hasta la chimenea, donde ella se sentó y se levantó el ruedo de la enagua por encima de las rodillas. Desde la intimidad de la máscara, Stuart admiró las largas y esbeltas piernas de su esposa, mientras ella se ponía las medias. Cuando la joven se inclinó hacia sus pies, él contuvo la respiración, ya que le estaba ofreciendo una cautivadora visión de sus pechos.
-He decidido, querida, que no mereces pasar desapercibida en esta fiesta, sino que debes presentarte como una flor única, perfecta, que avergüence a todos. Por esa razón he venido a hablar contigo.
Ante el susurrante tono de su esposo, Erienne se detuvo y lo miró atentamente.
-He pensado que, pese a que éste debería ser un acontecimiento feliz, podrías recibir muchas injurias debido a mi persona ya lo que los demás ven en mí. -Aunque con firmeza, las palabras fueron pronunciadas lentamente, como si él las estuviera eligiendo con cuidado-. En consecuencia, he decidido actuar de manera tal que los dientes de víbora sean arrancados, y desbaratar las macabras intenciones de la señorita Talbot y su comitiva. He dispuesto una escolta para ti, un hombre de tan temible reputación, que en su compañía nadie se atreverá a molestarte. -Alzó una mano para acallar las protestas de la joven-. Soy muy firme en este asunto y, como tu esposo, te ordeno que entiendas mi causa. No toleraré discusión. El hombre no tardará

en llegar; aunque puedes abrigar temores, y ciertamente comprendo que los tengas, él me ha asegurado que te escoltará co$_n$ la misma atención que yo podría brindarte.

La inexpresiva máscara observó a la joven con una severidad que no permitía negativas. Erienne se sintió arrastrada por esa mirada, y sólo pudo murmurar en voz baja:

-No es mi deseo contrariarlo, milord.

Lord Saxton se dirigió al tocador para tomar el valioso collar de esmeraldas y diamantes. Cuando él la llamó con un gesto, Erienne se le acercó y le ofreció la espalda. Un instante después, los cálidos dedos desnudos de su esposo le acomodaban la gargantilla alrededor del cuello. Finalizada la tarea, las manos masculinas acariciaron la suave curva de los hombros y descendieron hasta detenerse en su delgada cintura. Tras aclararse la garganta, el lord se apartó y habló con brusquedad.

-Le ordeno que se divierta, señora. Ya no te volveré a ver antes de que te marches. -Caminó con dificultad hacia la puerta y se detuvo para echar una última mirada-. Te enviaré a Tessie ara que puedas completar tu aderezo. Aggie te informará de la legada del caballero. Buenas noches, mi amor.

Los preparativos finalizaron, y cuando Aggie anunció la visita, Tessie siguió a su ama, sosteniendo con cuidado la pesada capa de pana para que no se arrastrara por el suelo. A Erienne
le embargaban temores en cuanto a la identidad de su escolta, y descendió las escaleras de la manera más silenciosa oíble, alentando ala doncella a imitarla. Tras considerar las imitadas opciones de su esposo, la joven sólo pudo imaginar a ayunos de los amigos de T albor ofreciéndole sus servicios, a la sa ud de su anfitrión, desde luego. La advertencia de Christopher la había afectado, pese a la arrogante indiferencia que había demostrado en su momento.

Antes de entrar en la gran sala, Erienne se detuvo y se llevó una mano al corazón que, súbitamente, comenzó a latirle con violencia, cuando vio quién la estaba aguardando. Le pareció difícil de creer que su esposo pudiera ser tan tonto como para confiarle al yanqui la protección y preservación de la castidad de su esposa.

El se encontraba de pie, frente a la chimenea, observando el movimiento de las llamas. Alto, de caderas delgadas y anchos hombros, el físico de Christopher Seton era tan agraciado corno su rostro. Vestido con su chaqueta de seda gris pata, su camisa blanca y su corbatín, parecía un miembro de la aristocracia provinciana. La tibia luz del fuego apenas iluminaba su definido perfil. La creciente opresión en el pecho de Erienne confirmaba la día del hombre.

En un intento por recobrar la calma, la joven exhaló un lento, prolongado suspiro y. entró en la habitación, haciendo girar a Cristopher con el ruido de sus tacones sobre el piso de piedra. El ue a su encuentro con una sonrisa en los labios, mientras sus ojos verdes se sumergían en las profundidades de la belleza de la niña. Al detenerse frente a ella, el hombre realizó una profunda, majestuosa reverencia. .

-Lady Saxton, me honra usted con su presencia.
__Christopher Seton. -Ella se esforzó por revelar una marcada nota de sarcasmo a fin de ocultar el temblor de su voz-. Ni siquiera es usted digno de desprecio.
-¿Señora? -Él se incorporó con expresión azorada.
-De algún modo, ha logrado usted convencer a mi esposo de que el zorro debería vigilar el gallinero.
Una lenta sonrisa asomó con la respuesta.
-Lady Saxton, la habilidad de su esposo con las armas es ampliamente conocida, y no dudo de que él sería capaz de retar a duelo a cualquiera que osara abusar de su dama. Tiene usted mi palabra de que, mientras nos encontremos en público, me comportaré con tal corrección y dignidad, que no tendrá razones de temer por la integridad de su reputación.
Erienne le observó con una mirada escéptica.

-¿Y lord Talbot? ¿Cree que le permitirá a usted la entrada a su casa?
No tema, señora. Yo no estaría aqui si no tuviera la certeza de que así será.
-He prometido a mi esposo que complaceré todos sus de
~ en este asunto -declaró ella-. Por lo tanto, le propongo un trato. Sólo por esta noche, usted me respetará como a una dama y yo trataré de considerarlo como un caballero, tal como ***hicimos*** en nuestro último encuentro.
`` Christopher inclinó apenas la cabeza.
` -Hasta que finalice la fiesta entonces, milady.
¯Acordado.
Hubo algo sutil en la forma en que el yanqui alteró su sonrisa
que inquietó a Erienne. En Londres, sin embargo, él había lo
controlarse satisfactoriamente, y con Tanner de cochero y
y acompañándolos como protección adicional contra los la
drones ella sólo tendría que gritar socorro para recibir inmediatamente ayuda. Ya más segura, la joven se dirigió a Tessie.
-No necesitas esperarme despierta. Podríamos regresar has***tante*** tarde.

La doncella efectuó una rápida reverencia. -Sí, señora.

Erienne se le acercó para recibir la capa, pero Christopher le tomó de manos de la criada.

-Permítame, milady -le ofreció.

Casi sin aliento, la joven aguardó a que las delgadas y poderosas manos le colocaran la prenda sobre los hombros, y luego, con suma cortesía, él la acompañó hasta el carruaje. Una vez en el interior, Erienne se acurrucó bajo la piel que había sobre el asiento trasero y acercó los pies al calentador. Unas cortinas de ana cubrían las pequeñas ventanillas, brindando más intimida de la que ella hubiera deseado. Cuando Christopher subió, la muchacha le lanzó una mirada aprensiva, pero, para su alivio, él se acomodó en el asiento opuesto. Al ver la expresión de la joven, el hombre sonrió.

-Temo que su cercanía destruya por completo mis buenas intenciones, milady. Es más seguro que me siente aquí. Erienne se relajó sobre el respaldo. La velada había tenido un buen comienzo. Sólo esperaba que el control de ese hombre continuara y que su propia resistencia no fuera puesta a prueba. El mero recuerdo de aquel beso en el establo lograba debilitar sus piernas y hacer vibrar su pecho frente al deseo de otra caricia. Unos pequeños faroles de interior emitían una luz tenue que iluminaba apenas el apuesto rostro del caballero. Erienne advirtió la constante mirada de los ojos verdes, pero pronto sus inquietudes fueron aplacadas por la cálida, masculina voz de su compañero. Christopher supo entretenerla con sus vívidas historias, que ella escuchó con sumo interés, riendo de tanto en tanto, ante el toque de humor que él solía adjuntar a sus cuentos. Los dos jóvenes, felices de gozar de la compañía del otro, apenas reaccionaron cuando, en menos de una hora, el carruaje enfiló el sendero de acceso a la mansión Talbot. Cuando el coche se detuvo frente a la casa, Erienne hizo el gesto de levantarse, instantáneamente tensa y nerviosa. Christopher advirtió la mirada ansiosa de la joven y le cogió la mano, estrechándola con dulzura para inspirarle confianza.

-Los cautivará usted a todos, Erienne -susurró.

Ella esbozó una trémula sonrisa y observó a su compañero, que se llevó los delicados dedos femeninos a sus labios para besarlos lentamente. La ternura de ese gesto desgarró el corazón de la joven y plantó en su interior la semilla de un amargo y, a la vez, dulce deseo.

Entonces, él levantó la cabeza y acarició el hermoso rostro de la muchacha con la mirada.

--Creo que será mejor bajar, antes de que olvide mi promesa y le haga el amor aquí y ahora.

Erienne aguardó, mientras Christopher se apeó del carruaje, y luego se volvió para ofrecerle una mano. Aun cuando el solo tocarlo le aceleraba el pulso, ella aceptó la ayuda del poderoso brazo hasta la puerta e la mansión. Una vez en el interior del recargado vestíbulo, él le quitó el abrigo de los hombros con una breve aunque suave caricia. Una doncella recibió las capas, y ambos fueron conducidos hasta la entrada del gran salón. Allí, el nnayordomo dio un paso adelante y anunció solemnemente:

-Lady Saxton...

Un repentino silencio reinó en la sala cuando todos los presentes se volvieron para satisfacer su curiosidad acerca de esta dama y su esposo, la presunta bestia de Saxton Hall. Lo que vieron los confundió, porque la pesadilla que esperaban no era *sino* una verdadera hada blanca del brazo de un alto, apuesto caballero.

-...Y señor Seton.

De inmediato, el silencio se rompió, y un confuso murmullo *de preguntas* inundó la habitación. Aquellos que se encontraban cerca de Claudia la oyeron exclamar y la observaron anonadados, cuando ella corrió apresurada hacia la pareja. Al acercárseles, clavó primero los ojos en Christopher, para luego lanzar una mirada reprobadora a

Erienne. Sus palabras no fueron exactamente las que había intentado pronunciar, pero no podía pensar con cordura en medio de un arrebato de ira.

-¿Qué hace usted aquí?

Christopher se adelantó de manera protectora, cubriendo el cuerpo de Erienne con su gigantesco tamaño.

-Usted me ha invitado, ¿recuerda? Aquí tengo la invitación. --Se metió una mano en el bolsillo de la chaqueta-. Escrita con *su* propio puño, según creo.

-¡Ya sé que le he invitado! -replicó ella con impaciencia-. ¡Pero se suponía que debía venir solo!

El esbozó una amable sonrisa.

--Mis disculpas, Claudia. Lord Saxton se encontraba ocupado y deseó que yo escoltara a su dama.

Claudia apretó los labios, y una mirada helada congeló sus ojos oscuros. No era esto lo que ella había planeado, en absoluto. Lamentó no poder enviar a lady Saxton de regreso a casa con su bestial esposo. Era ése el castigo que esa mujerzuela merecía por atreverse a presentarse sin él.

Estás increíblemente divina, Erienne. -No realizó el menor esfuerzo por disimular su fatua sonrisa-. Estoy en verdadsorprendida. ¿Quién hubiera creído que la hija del alcalde podría verse tan bien engalanada con joyas y demás? Dime, querida, ¿son reales esas chucherías?

Christopher soltó una breve risita y respondió él mismo al sarcasmo.

-Según tengo entendido, han pertenecido a la familia Saxton durante bastante tiempo, y sospecho que son reales. Desde luego, cualquier conocedor de piedras preciosas reconocería su valor de inmediato, ¿no cree?

Claudia le echó una mirada de soslayo.

-Dígame, Christopher, ¿por qué desearía lord Saxton confiarle a usted el cuidado de su dama? Es de esperar que el hombre sienta temor de usted.

El brillo divertido asomó a los ojos verdes grisáceos al hacer un claro ademán en dirección al salón.

-¿Acaso no estamos bien vigilados, Claudia? Además, aún quedan Bundy y el cochero, Tanner. Ambos correrían apresuradamente en ayuda de su señora ante el menor indicio de indecoro. Sin duda, habrá oído usted hablar de la facilidad con la que lord Saxton es capaz de ahuyentar a los maleantes. Estoy seguro de que el caballero no dudaría en castigar a cualquiera que intentara arrebatarle a su dama.

Claudia esbozó una sonrisa insulsa.

-Entonces, espero que sea usted cauteloso, Christopher. Detestaría ver a un hombre tan apuesto y encantador tendido en una tumba, sólo porque se ha enamorado de su protegida.

-Gracias, Claudia. Su interés es conmovedor. Juntó con fuerza los talones y efectuó una breve reverencia-. Seré precavido.

La mujer quedó totalmente desarmada ante la suave defensa del hombre y, tras lanzar una última mirada fulminante a Erienne, Claudia se retiró. Allan Parker se encontraba conversando con otros dos hombres en un rincón de la sala, y ella caminó decididamente hacia él.

El alguacil se veía casi tan resplandeciente como el entorno. Su chaqueta azul oscuro estaba lujosamente adornada con hilos de plata, lo cual le confería una apariencia militar, aunque la ausencia de honores o tango era bastante evidente. Los hombros de la prenda parecían pedir a gritos charreteras, y el pecho vacío, medallas de valor e insignias de campaña.

Claudia le cogió del brazo, y Allan se volvió hacia ella con expresión bastante escéptica. Parecía algo confundido por el atento gesto de la joven, hasta que dirigió la mirada hacia la entrada y vio a Christopher con Erienne. La imagen de la pareja

fin a su confusión y arrancó una sonrisa divertida a sus labios Pero cuando sus ojos se posaron sobre Erienne, sus costillas recibieron un rápido y agudo codazo. Claudia no estaba
dispuesta a permitir que otro hombre distrajera su atención en apreciar a belleza de su rival.

-Milady -susurró Christopher al oído de Erienne-, me trino que usted ha dejado a todos anonadados con su hermosura. Están decepcionados porque no vino Stuart -murmuró ella Pero si pensaban convertirlo en el hazmerreír de la fiesta, estaban muy equivocados. Mi esposo no es el bufón de nadie.

-Habla usted como si admirara al hombre -resaltó Christopher.

-Así es.

Él enarcó las cejas al contemplarla.

-Usted me sorprende, Erienne. Yo tenía toda la esperanza de que huyera horrorizada tras dos semanas de matrimonio con Smart. Esperaba recibirla con los brazos abiertos. Ahora, me siento aturdido y no sé qué hacer. ¿En verdad debo creer que prefiere usted a un lisiado deforme antes que a mí?

Erienne miró a su alrededor los rostros pálidos con sonrisas esperanzadas y los ojos que observaban a Christopher con ansiosa expectativa. Ella podría haberse dejado llevar por el sueño del momento, con un hombre tan apuesto a su lado, pero el recuerdo de lord Saxton reflejado detrás de ella en el espejo del tocador la volvió a la realidad.

-Soy una mujer de palabra-declaró con firmeza-. Lo que se ha hecho hecho está. He hecho una promesa, y jamás me echaré atrás.

Christopher recorrió el salón con la mirada y observó a los hombres que continuaban admirando a su compañera. Supo que los pensamientos de todos no eran muy diferentes de los suyos. Poco sabían ellos cuán firme y decidida era la dama. Empero, él siempre había sido perseverante y no se dejaba vencer tan fácil~te como otros.

Con suma cortesía, él le ofreció el brazo a la joven. -Venga, encanto. La gente está observando, y prefiero bailar esta pieza, antes de que algún enamorado fervoroso me la arrebate.

Condujo a Erienne del brazo, y los invitados abrieron un pasillo hacia la pista de baile, donde los músicos comenzaron a interpretar una animada melodía. Sin embargo, antes de que pudiera„ unirse a las demás parejas, fueron interceptados por un sirviente uniformado majestuosamente. De hecho, el atavío del hombre emulaba al de la casa real.

-Lord Talbot requiere la presencia de lady Saxton en su estudio -anunció con tono monótono y arrogante, y realizó una reverencia hacia la joven-. Si me hace el favor de seguirme, mi-lady.

Erienne lanzó una mirada preocupada hacia Christoph$_{er,}$ pero él ya la había tomado del brazo.

-Muéstrenos el camino -le ordenó al sirviente.

El criado enarcó las cejas ante la osadía del hombre de invitarse por sí solo.

-Creo que lord Talbot sólo requiere la presencia de la dama, señor.

Los labios de Christopher dibujaron una sonrisa ladeada, -Entonces, puede él elegir entre recibir más de lo que pide, o nada en absoluto. Prometí a lord Saxton que no dejaría a su dama fuera de mi vista.

Por un instante, el sirviente pareció algo confundido, vacilante en cuanto a la actitud que debería tomar y, finalmente, decidió dejar el asunto en manos de su amo.

-Por aquí, señor.

Christopher guió a su compañera detrás del impaciente criado. Atravesaron un largo, espacioso corredor, hasta llegar a un par de puertas con adornos dorados. Luego de ordenar a los jóvenes que aguardaran, el sirviente golpeó ligeramente y entró. Al regresar, mantuvo una de las puertas abiertas para permitir el acceso de la pareja.

Erienne efectuó una cortés inclinación. -Lord Talbot...

-Mi querida pequeña, es muy agradable volver a verte-dijo él. Cuando la joven se incorporó, el lord le tomó ambas manos y le besó cada una, antes de alzar, una vez más, su ardiente mirada-. Estás increíblemente encantadora -murmuró, para luego mirar en derredor. No había logrado convencer a su hija de que no invitara al yanqui, y deliberadamente decidió ignorarlo-. ¿Pero dónde está tu es oso? Creí que vendría contigo.

-Lord Saxton no ha podio venir -respondió ella-. Encargó al señor Seton que me acompañara en su lugar.

-En realidad, lord Saxton me pidió dos favores, señor -le explicó Christopher, al tiempo que extraía un paquete del interior de la chaqueta y se lo entregaba al hombre. Sus labios se curvaron en una lenta sonrisa-. Su señoría también me ha pedido que le trajera a usted esta carta.

Los ojos de Nigel se posaron sobre el yanqui con manifiesto disgusto. Talbot rompió el sello del documento y estudió someramente el contenido. Luego de un instante, lanzó una mirada

coontrolada e inexpresiva a Christopher, quien continuaba sonriendo amablemente.

Con un rápido movimiento de muñeca, el lord arrojó la carta sobre una pequeña mesa.

--Más tarde, habrá suficiente tiempo para los negocios. -Su arrogancia había desaparecido, y se volvió hacia Erienne, tratando de moldear los tensos músculos de su rostro en algo semejante a una sonrisa-. Esta noche, nos dedicaremos a disfrutar de la fiesta. Tenemos muchos invitados de Londres y York, que han venido hasta aquí para divertirse. Espero que sea ésta tu intención, Erienne.

Pese a sus tumultuosos pensamientos, Erienne logró articular una respuesta gentil.

-Más tarde, te pediré me concedas una o dos piezas de baile -declaró él con expresión algo más dulce-. Pienso insistir al respecto. Considerando que acabas de adquirir tu actual condición social y que tu esposo es apenas conocido entre las clases aristocráticas, creo que necesitarás a alguien que te enseñe cuál es el comportamiento adecuado en estas reuniones. Estaré ansioso por ofrecerte mi ayuda en ese aspecto.

-Tal vez se equivoce usted con respecto al linaje de los Saxton -dijo Christopher con voz calma-. Por si no lo sabe, se trata de una familia muy antigua, probablemente mucho más antigua que la suya.

Lord Talbot miró al hombre con expresión interrogante. =Parece usted saber mucho acerca de esa gente, joven. En cuanto a mí, a enas si los he tratado. Conocí al antiguo lord poco antes de que fuera asesinado por esos criminales. El lord actual se ha mantenido bastante apartado.

La sonrisa de Christopher se tornó más intensa. -¿Puede usted culparlo?

Lord Talbot soltó un resoplido ronco.

-Supongo que si yo fuera tan deforme como él, también odiaría presentarme en público. Pero el hombre debería aprender a confiar en alguien, y puedo asegurarle que no es mi Intención hacerle daño.

--Siempre consideré que lord Saxton era un hombre razonable, siempre dispuesto a confiar en aquellos que lo merecen ¯respondió Christopher, y deslizó una mano bajo el codo de Erienne-. Ahora, si nos disculpa, milord, lady Saxton prometió concederme una pieza.

Talbot se irguió con indignación. Tenía la certeza de que ese sujeto había perdido por completo la razón, o desconocía totalmente la correcta etiqueta frente a un miembro de la nobleza.

Nadie osaba retirarse de la presencia de un lord, sin antes ser despedido.

Christopher abrió la puerta y, luego de inclinar apenas la cabeza hacia el anonadado hombre, condujo a Erienne fuera de la habitación. Sólo cuando estuvieron en el corredor, se atrevió la joven a soltar la respiración.

-Lord Talbot nunca le perdonará por eso -susurró, preocupada.

Una risa suave precedió la respuesta de Christopher. -No creo que eche de menos su afecto.

-Debería usted ser más cauteloso -le advirtió ella-. Él es un hombre de gran influencia.

-Es un hombre de mucha arrogancia, y no puedo resistirme a rebajar ese orgullo. -Miró a la joven, y sus ojos lanzaron destellos verdes al estudiar el bellísimo rostro-. ¿Debo interpretar esa advertencia como una demostración de interés, encanto?

-Cuando es usted tan imprudente, alguien debe intentar hacerlo entrar en razones -dijo Erienne con impaciencia. -Me halaga que se preocupe.

-Esa no es razón para engreírse -respondió ella con sequedad. .

-Ah, milady me pincha con sus espinas y me hiere en lo vivo.

j-Su pellejo es más grueso que el de un buey -se mofó la oven-. X su cerebro, igualmente torpe.

-No sea perversa, mi amor -le instó él-. Regáleme una tierna sonrisa para aquietar este corazón que sólo late para usted. -He oído historias que me aseguran que su corazón es bastante veleidoso, señor.

-¿Señora? -Christopher enarcó las cejas, sorprendido¿Acaso cree usted en los chismes?

-Tal vez, debería preguntarle a Claudia si es verdad que acostumbra usted visitarla en ausencia de lord Talbot. -Erienne lo miró con suspicacia.

El soltó una carcajada divertida ante la sarcástica acusación de la joven.

-Después de haber gastado todas mis energías en usted, señora, ¿cómo puede creer que podría yo interesarme en alguna otra- mujer?

Ella miró en derredor para ver si alguien podía oír la conversación. Luego, segura de que se encontraban solos en el corredor, se inclinó hacia adelante para susurrar con tono reprobador:

-Usted ha logrado acumular una larga serie de mujeres risueñas en Mawbry. ¿Qué razón tengo yo para dudar de los rumores?

¿Y qué podría importarle a usted si fueran ciertos? -respondió él con otra pregunta-Es usted una mujer casada.

Los labios de Christopher dibujaron una divertida sonrisa, inútilmente reprimida.

-He creí d o que necesitaba que se lo recordara, amor mío. -¡Yo no soy su amor! -protestó ella, tanto por sofocar la súbita ola de placer que le habían producido esas palabras, como para desalentar a su compañero.

_-Oh, sí que lo es -murmuró él con ternura.

Los ojos verdes grisáceos ardieron dentro de Erienne, bañándola con un efluvio de calor. La joven comenzó a temblar una vez más, y nuevamente se debilitaron sus piernas. ¿Cómo podía alegar desinterés por el hombre cuando unas pocas palabras emanadas de su boca lograban enardecer, de forma tan increíble, sus sentidos?

La mirada de Christopher descendió y acarició ligeramente el busto de la muchacha, donde la gema verde brillaba entre los pálidos pechos. Erienne contuvo la respiración, hasta que los ojos verdes volvieron a toparse con los de ella.

-Si aún no lo ha notado, señora, soy bastante testarudo en mis búsquedas. Usted es la mujer que deseo, y no estaré satisfecho hasta poseerla.

--Christopher, Christopher -gruñó ella-. ¿Cuándo aceptará el hecho de que soy una mujer casada?

-Sólo cuando se convierta usted en mi esposa. -Alzó la cabeza y escuchó atentamente la melodía que los violines comenzaban a interpretar-. Lord Talbot tiene cierta inclinación por los valses -pensó en voz alta-, y si conozco bien al hombre,pronto estará aquí solicitando su mano. -Resueltamente,

Cogió a la joven del brazo y la condujo hasta la pista de baile.

-Tal vez, lo he juzgado a usted injustamente, Christopher ¯-comentó Erienne, mientras él la hacía girar en un amplio círculo or el salón.

--¿Cómo es eso, mí amor? -Observó el rostro de su compañera,buscando algún indicio que le revelara el significado de palabras.

Usted cuida de mí tan atentamente como Stuart -afirmó ella con aire pensativo-. Quizá más.

Aún no he perdido la esperanza de que algún día será mía, de mí y deseo protegerla contra cualquiera que intente apartarla

-¿Y qué me dice de Stuart? -Erienne enarcó sus encantadoras cejas con actitud expectante.

Transcurrió un largo momento, antes de que Christoph$_{er}$ emitiera una respuesta.

-En términos de amor, no considero a Stuart una amenaza, sino, más bien, un estorbo.

-¿Un estorbo? -inquirió la joven.

-Con el tiempo, tendré que lidiar con él, y ésa será la parte difícil. No puedo desechar al hombre sin volver a despertar el odio de mi dama. Es un problema de lo más inquietante.

-Usted me asombra, Christopher. -Erienne sacudió la cabeza, aturdida ante la tranquilidad con que el hombre descartaba a su esposo-. Usted en verdad me asombra.

-El sentimiento es mutuo, amor mío. -La voz de Christopher fue como una suave caricia que despertó un torbellino de sensaciones en el interior de la joven.

Lord Talbot frunció el ceño cuando vio a la pareja, y se enfureció cuando oyó los murmullos que elogiaban la belleza y el talento de ambos jóvenes. Al toparse con la mirada del alguacil, Nigel Talbot sacudió la cabeza en dirección a su estudio y regresó allí para aguardar al hombre.

Claudia también había notado los ágiles pasos de la agraciada pareja por el salón, y su odio por Erienne continuó acrecentándose. Al ver a Allan Parker, se apresuró a solicitarle el siguiente baile, resuelta a mostrarle a la insípida hija del alcalde una o dos cositas acerca de los valses.

-Lo siento, Claudia -se excusó Allan-. Su padre desea verme.

Los oscuros ojos llamearon. Se retiró del salón plantando al alguacil, mascullando entre dientes e ignorando las numerosas miradas que había atraído su ofuscada salida. ¡Esta era su fiesta! ¡Y prefería morir antes que permitir que Erienne Saxton la estropeara!

Abrió la puerta del estudio de su padre y, cuando la joven avanzó hacia el interior, Talbot soltó un bufido de impaciencia. Como de costumbre, sería difícil lidiar con su hija.

-Papá, ¡no tienes derecho a llamar a Allan justo cuando estaba a punto de bailar conmigo! -se quejó Claudia.

-Hay un asunto importante que deseo discutir con él -le explicó el padre.

En un arrebato de cólera, la joven se dejó caer en la silla mas cercana y gesticuló.

-Bueno, ¡datos prisa! No estoy dispuesta a esperar toda la noche.

Nigel Talbot controló su irritación y habló con tono persuasivo.

-Claudia, mi querida pequeña, ¿podrías, por favor, ir hasta mi recámara y traerme el bastón con mango dorado? La vieja herida me está molestando otra vez.

-Envía a alguno de los sirvientes, papá. Estoy agotada. -Sé una buena niña, mi pequeña, y haz lo que te he pedido. --Esbozó una sonrisa forzada.

Ella exhaló un suspiro airado y se retiró de la habitación, cerrando violentamente la puerta tras sí.

El eco del portazo aún no se había desvanecido, cuando Nigel Talbot cogió la carta de la mesa y la golpeó airadamente con el dorso de la mano.

-¡Ese maldito Saxton! Me exige que vaya a Saxton Hall, Como si yo fuera un plebeyo, para discutir las rentas que he cobrado mientras la familia no se hallaba en la residencia.

Allan se sentó en el borde del gigantesco escritorio y apoyó un Pie sobre un sillón de seda decorado con brocado. Luego, cogió un dulce de una bandeja cercana y, saboreando el bombón, comentó con desinterés:

-Eso significaría una bonita suma.

-¡Es mucho más que unas cuantas monedas! -Talbot arrojó la carta sobre la mesa y comenzó a caminar airadamente por la habitación-. He estado recolectando las rentas durante casi diez años

El alguacil reflexionó durante un instante.

-¿Debo entender que usted ve a este lord Saxton como una amenaza?

Talbot recorrió la habitación con una mirada fulminante. -Ojalá hubiera venido él mismo, en lugar de enviar a ese Yanqui impertinente. Entonces, habríamos visto si es el que buscamos.

-Los rumores afirman que el hombre ni siquiera puede montar un caballo -acotó Allan.

-Yo también lo he oído, pero, ¿dónde más podemos buscar? El único otro extranjero en la zona es Christopher Seton, y sería `demasiado obvio.

Allan se encogió apenas de hombros.

-Hasta ahora, ése ha sido quien afirma ser. Posee varios bu[q]u[e]s y uno de ellos, el Cristina, ha entrado y salido de Wirkinton varias veces en estos últimos meses. Siempre parece tener alguna carga para comerciar o vender.

--De todas maneras, no deberíamos perder de vista al hombre -dijo Talbot con una sonrisa afectada-. ¿Quién sabe? Tal vez, se tope con el jinete nocturno y lo encontremos en alguna parte ensangrentado.

Una sonrisa curvó los labios del alguacil.

-Si eso sucediera, ¿supone usted que lord Saxton permitirí$_a$ que alguno de nosotros escoltara a su dama?

Su señoría soltó una risa breve, despectiva.

-El hombre tiene que ser bastante ingenuo para confiar en Seton. Me pregunto si no habrá perdido la razón.

El alguacil asintió con la cabeza, al tiempo que elegía otro dulce.

-Logró derrotar a Sears y a su banda con bastante facilidad. -¡Ese estúpido patán! -Talbot agitó una mano, ofuscado-. ¿Quién sabe el daño que podría haber hecho?

Allan se sacudió las manos y se puso de pie.

-¿Ha tenido usted noticias de su hombre en la corte de Londres?

Lord Talbot volvió a caminar con paso airado. -Nada. Nada en absoluto. Sólo lo acostumbrado.

El alguacil apretó los labios, pero no hizo ningún comentario, ya que, en ese instante, Claudia abrió violentamente la puerta. La joven atravesó apresuradamente la habitación y entregó a su padre el pesado bastón con mango de plata.

-Este es el único que he podido encontrar. ¿Estás seguro de que no...? -Se detuvo al ver el bastón apoyado junto a la chimenea-. Pero si ahí está el dorado. Lo has tenido contigo todo el tiempo. -Rió tontamente y estrechó el brazo de su padre.Has estado muy olvidadizo últimamente, papá. De verdad creo que te estás haciendo viejo. -Dejó escapar una risita afectada y dio media vuelta, sin advertir la mirada fulminante que le lanzaba su señoría-. Vamos, Allan. -Se contoneó hacia la puerta-. Insisto en que olvide los negocios y venga a bailar conmigo. Después de todo, ¡ésta es mi fiesta!

Lord Talbot ignoró ambos bastones y siguió a la pareja hacia el corredor, acariciando la fláccida piel de su mentón.

La fiesta continuó con gran majestuosidad, y aunque la noche envejeció para algunos, parecía estar nutrida en una fuente de juventud perpetua para Erienne. La música vivaz, las animadas danzas y el entusiasmo de ser escoltada y cortejada de forma evidente, inundaron a la joven con un nuevo regocijo que nunca antes había experimentado. Se sentía completamente feliz, y ni aun las miradas heladas de Claudia pudieron penetrar la aureola de dicha que la rodeaba. Otros hombres se presentaban ansiosos para atraer la atención de la muchacha, y el júbilo, en cierta medida, se desvanecía cada vez que ella era apartada del brazo de Christopher.

Lord Talbot solicitó su turno para la danza, y la hizo girar en un turbulento vals. Claudia no tuvo reparos en abandonar al alguacil y se dirigió inmediatamente hacia Christopher, para exigirle una pieza como recompensa por la invitación. Como si se hubiera fijado un arreglo previo, los músicos interpretaron un

o popurrí de melodías, y la joven Talbot se acurrucó en la tibieza de los viriles brazos de su compañero. Cada vez que la danza lo permitía, la niña presionaba su pecho casi desnudo contra el del él y le acariciaba acariciaba los musculosos muslos con sus caderas. Si los ojos verdes la miraban, ella instantáneamente esbozaba una sonrisa sensual, como si sólo estuviera aguardando la propuesta.

Por su parte, lord Talbot comenzó como un caballero, concentrándose en imitar los audaces movimientos del yanqui, pero la belleza de la dama lo cautivó, y Erienne tuvo que mantenerse a la defensiva para preservar su recato.

Apenas sonaron las últimas notas de la música, Christopher se apartó de su compañera, seguro de haber sufrido los ataques sensuales más intensos que jamás había experimentado en público. El tenía, desde luego, una meta mucho más ambiciosa en mente, y no estaba dispuesto a dejarse arrastrar hasta la recámara de la dama, aun cuando ella lo había intentado concienzudamente. El joven vio a Allan Parker y se le acercó para saludarlo. Un instante después, se desembarazó hábilmente, murmurando una breve excusa. Claudia abrió la boca para emitir su protesta, pero él ya se había alejado y caminaba con paso decidido hacia su destino.

Erienne había logrado esquivar la última palmadita de lord Talbot, para dejar al enrojecido y enardecido anciano mascullando su indignación. La joven recibió con agrado el regreso de su escolta para volver a confiarle la preservación de su castidad de acuerdo con lo pactado. Ambos se encontraron nuevamente en medio del laberinto de invitados y, de allí en adelante, Christopher se mantuvo a la mayor distancia posible de su anfitrión, mientras Talbot permanecía en el borde de la pista, estirando el cuello con ansiedad para divisar a quien tan claramente lo eludía.

-Está siendo usted demasiado evidente -advirtió Erienne a Su compañero.

-El también -respondió Christopher-, y si insiste en esa actitud, tendrá suerte de no recibir un puntapié en el trasero. --¿Por qué está tan empeñado en fastidiar a lord Talbot? -Usted conoce mis razones para odiar al hombre.

-¿Por mí? -preguntó ella con incredulidad.

-Detesto compartir con ese hombre el poco tiempo que puedo pasar con usted.

-Bueno, Christopher-los ojos azul violáceos brillaron con travieso humor y una casi imperceptible sonrisa curvó los labios de la joven cuando le dijo con tono de guasa-: Me parece que está censurando al hombre exageradamente.

El siguió mecánicamente los pasos de la danza, mientras su mente se sumergía en profundidades que Erienne no pudo penetrar. Cuando volvió a concentrar la atención en su compañera, Christopher asintió con la cabeza.

-¡Sí, al hombre! Censuro su arrogancia, su constante ostentación de poder. Censuro la forma en que se revuelca en sus riquezas, mientras sus arrendatarios trabajan laboriosamente para ganarse una pobre subsistencia. Sí, censuro al hombre, y, repudio la posibilidad de que algo confiado a mi cuidado pueda caer en sus manos.

La sombría expresión que acompañó ese arrebato de ira sorprendió a Erienne. La joven se inclinó hacia atrás para ver con claridad el rostro de su compañero. Jamás hubiera imaginado que la naturaleza frívola y caprichosa de Christopher Seton pudiera abrigar una faceta tan profundamente seria.

El oscuro aspecto de la personalidad del hombre fue tan fugaz como el salto de una trucha en un arroyo y, tan velozmente como había aparecido, se desvaneció sin dejar rastros de su existencia. Una vez más, Christopher volvió a ser el calavera sonriente, sereno, confiado, moviéndose con majestuosidad por todo el salón con turbulento ritmo que hacía que las otras parejas parecieran increíblemente torpes. Hizo girar a la joven frente a lord Talbot, pero antes de que el hombre pudiera alzar una mano para detenerlos, ellos volvieron a perderse en la multitud. Cerca de la puerta más lejana, Christopher se detuvo y, cogiendo a Erienne del brazo, la condujo a través de la entrada.

-¿Algún refrigerio, milady? -Se topó con la mirada inquisidora de la joven y sonrió-. Lord Talbot estaba a punto de alcanzar un estado de apoplejía. Sin duda, hará detener la música para buscarla a usted entre la multitud de invitados.

Se acercaron a la mesa que ofrecía toda suerte de manjares, y él cogió un pequeño plato de porcelana.

-¿Una golosina? ¿Algún bocadito, quiza? -Sin aguardar la respuesta, sirvió varios manjares en el pato y, una vez que éste estuvo repleto, se lo entregó a la joven.

-De verdad, Christopher, no tengo hambre -insistió Erienne.

-Entonces, sólo sostenga el plato, amor mío -susurró él, también le traeré un vaso, y si aparece Nigel, usted tendrá una excusa para negarse. .

En el salón, la música se detuvo tal como había predicho Christopher. Un suave murmullo corrió entre los turbados bailarines, mientras Talbot se abría paso entre ellos, buscando a Erietme y a su escolta. El murmullo se hizo más intenso, a la vez que el anfitrión insistía en describir numerosos círculos por la habitación, hasta que divisó su objetivo en la sala contigua.

Hacia allí avanzó su señoría, abandonando a los invitados a su suerte, y fue Claudia quien, con un ligero ademán, indicó a los músicos que volvieran a trabajar. Talbot luchó por controlar su irritación mientras se acercaba a su presa. Erienne tembló en su interior, pero se dejó llevar por Christopher, quien regresó a su lado para depositarle una copa de champaña en la mano. Ella sorbió el burbujeante líquido dorado, tratando de absorber el coraje de su compañero.

-Aquí estás, mi querida niña -dijo Talbot con una sonrisa, aunque su bigote tembló por la ira reprimida. El hombre adoptó una po se señorial cuando se detuvo frente a la pareja-. Te h e estado buscando por todas partes. Desde luego, serás tan gentil de concederme otra danza.

Erienne rió, al tiempo que le mostraba el plato.

-Su mesa está tan espléndidamente provista, que temo que me llevará toda una hora finalizar lo que tengo aquí. Además, estoy algo mareada después del baile.

-En ese caso, mi querida... -Él le arrebató el plato y lo hizo a un lado, para luego interponerse entre la pareja y tomar a Erienne del brazo. Su voz adquirió un leve tono triunfal cuando prosiguió-. En vista de tu malestar, juzgo absolutamente necesario que te retires conmigo para descansar en mi sala.

-; Su sala? -preguntó Christopher con una suave sonrisa. Talbot lanzó una mirada arrogante, autoritaria, para desafiar la interferencia del yanqui. Luego, curvó la piernas en una posición majestuosa y extendió una mano para apoyarse sobre la mesa. La mano cayó en medio del plato de Erienne que él mismo había apartado. Al sentir la consistencia viscosa del caviar entre los dedos, su señoría sacudió el brazo. El plato dio un pequeño salto y desparramó todo su contenido en la manga de Talbot, para luego caer violentamente al suelo, salpicándole los zapatos Locos con las huevas negras y las astillas de porcelana.

El hombre se giró, y los faldones rígidos de su chaqueta de satén barrieron la mesa, desparramando una jarra de vino. El lord lanzó una exclamación cuando el líquido helado comenzó a penetrar por sus calzones, que se tiñeron de un tono azul violáceo, al igual que la medias. El caviar confirió una apariencia moteada a la manga de la chaqueta, y un canapé de color rojo intenso se le posó encima del hombro, a modo de una serpiente amaestrada.

Un murmullo de risas disimuladas comenzó a circular, per$_o$ se extinguió cuando él dirigió una mirada severa en derredor. Erienne volvió a beber de su copa y luego tosió delicadamente detrás de un pañuelo. La sonrisa de Christopher continuaba sin alterarse, mientras otros aprovechaban el momento para admirar la pintura del techo, o los decorados barrocos de la habitación.

Con los puños firmemente cerrados a ambos lados, lord Talbot se retiró de la vista de esos palurdos. Pocos momentos más tarde, comenzaron a circular rumores de cómo el lord de la mansión había ascendido las escaleras hacia su recámara, maldiciendo la fiesta, a su hija, al cocinero, a los sirvientes, al criado que lo había seguido ansioso, y sobre todo, a ¡ese condenado yanqui!

El majestuoso reloj del vestíbulo había marcado las doce, y el número de invitados había quedado reducido a la cuarta parte. Claudia no había encontrado oportunidad de forzar a

Christopher a satisfacer sus demandas, pero todavía parecía muy confiada cuando se unió a su padre para dar la despedida a un par de invitados que se marchaban.

-Espero que se hayan divertido. -La joven sonrió y asintió ante la respuesta de la pareja. Apenas se marcharon, se giró con una mueca despectiva en los labios-. Margaret se está volviendo algo rolliza, ¿no crees, papá? Tendremos que ensanchar las puertas si no para de comer.

Talbot suspiró cuando un recuerdo le vino a la mente. Rememoró los tiempos en que sus caricias habían encontrado a la dama increíblemente tierna y llenita en los lugares apropiados.

-Era una muchacha muy bonita de joven. J a más he visto una mujer tan ansiosa por complacer los deseos de cualquiera. -Eso tiene que haber sido, al menos, veinte años atrás, pa á. Tanto tú como ella habéis dejado de ser pajarillos primaveras. El ensueño de Talbot estalló como una burbuja. ¿Acaso había pasado ya tanto tiempo?

El lord se aclaró la garganta y se vengó por el crudo recordatorio de su hija.

--Con seguridad, te habrás decepcionado con la velada, mi querida. Esa pequeña Erienne acaparó la atención de los hombres y te arrebató al yanqui delante de tus propias narices.

Ja, Christopher sólo trataba de ser amable porque se sentia responsable por la mujerzuela. Una vez que haya ido a acostarse,

la niña no seguirá estorbándonos, y yo tendré mucho tiempo para asegurarle a él que no estoy enfadada.

-Si tu intención es que ambos pasen aquí la noche, querida, será mejor que te apresures. -Señaló con la cabeza hacia el vestíbulo-. Se acaban de despedir.

Claudia ahogó una exclamación al ver que Christopher ya estaba recibiendo las capas de manos del mayordomo. Sin perder un instante, la joven se dirigió el vestíbulo para hacer oír sus protestas.

-No se estarán marchando, ¿verdad? Pues, sencillamente, no lo permitiré. Hemos preparado las habitaciones para ambos. -Se inclinó hacia Christopher y esbozó una sonrisa sugestiva-. Separadas, desde luego.

Erienne se apresuró a desechar la oferta.

-Por supuesto, dejaré en libertad al señor Seton para que tome cualquier decisión. Yo, por mi parte, regresaré a Saxton Hall.

-Qué gesto tan dulce, querida -dijo Claudia con voz cantarina, pero sus esperanzas se frustraron rápidamente cuando Christopher apartó el brazo que ella le había cogido.

-Yo continúo ligado a mi promesa -afirmó él-. He dado mi palabra de que acompañaría a la dama hasta su casa. Lord Saxton esperará que así sea.

-¡Pero usted no puede... ! -exclamó Claudia, intentando idear cualquier excusa para ganar la compañía del caballero-. ¡Mire! Está nevando afuera. Se avecina una terrible tormenta.

Christopher se volvió hacia Erienne con una sonrisa interrogante.

-¡Debo irme! -declaró ella sin rodeos.

El miró a la otra mujer y se encogió de hombros. -Debo irme.

Claudia observó al hombre y entreabrió los labios una y otra vez, en un vano esfuerzo por encontrar otra súplica convincente. -Buenas noches, Claudia-le saludó Christopher, al tiempo que ayudaba a Erienne con la capa-. Gracias por invitarme.

-Sí -intercaló lady Saxton, intensificando la confusión de Claudia-. Ha sido una velada encantadora. Muchas gracias. Erienne se acurrucó en uno de los rincones del asiento trasero de carruaje, protegiéndose del constante balanceo. Frente a ella, Christopher se envolvió con la capa, levantando el cuello para ahuyentar el frío. La joven se inclinó hacia adelante y, evitando deliberadamente la mirada de su compañero, abrió la cortina de pana durante un instante para observar el vuelo de los enormes copos de cristal que atravesaban la pálida luz del farol. Luego,volvió a reclinarse sobre el respaldo y se extendió la gruesa manta de piel sobre la falda.

No transcurrió mucho tiempo antes de que Christoph$_{er}$ abandonara sus esfuerzos por encontrar calor y, con un ronco gruñido de inconformidad, dejara su lugar y su capa para mudarse al asiento trasero junto a la niña. Levantó la manta y se cubrió las piernas. Luego, se apoyó contra el respaldo y, en silencio, desafió a su compañera a protestar.

Erienne se inquietó ante el descaro del hombre v pensó que lord Saxton debería haber calculado el frío de la noche v enviado otra manta. Sus ansiedades se intensificaron cuando Christopher colocó el brazo sobre el respaldo del asiento. Los ojos verdes afrontaron la mirada cautelosa de la joven, hasta que ella la desvió. Entonces, él pudo admirar el leve rubor de las pálidas mejillas; la nariz recta y suave y los delicados labios, que parecían exigir una caricia de los suyos. Christopher observó a la muchacha como quien contempla una temblorosa rosa bañada de rocío, maravillado por su increíble belleza.

Las oscuras, espesas pestañas se inclinaron con timidez bajo la constante mirada del hombre, y en ese momento, Erienne experimentó un placer que era completamente desconocido en su mundo. El había representado el papel del caballero durante la mayor parte de la velada, y el recuerdo de esa galantería ardía como una inmensa fogata en la felicidad de la joven. La noche era silenciosa tranquila, y ella se encontraba cómoda y protegida del muno exterior. Ninguna amenaza parecía inminente.

El coche experimentó un fuerte vaivén, y la mano de Christopher cayó sobre el hombro de Erienne. Ella le miró y no encontró otra cosa reflejada en aquel rostro viril que una expresión ligeramente perplejay pensativa. La temperatura y el confort del lugar adormecían a la joven; inclinó su cabeza hacia atrás y la apoyó sobre el brazo de su companero. Y así permaneció, con naturalidad, como un pájaro que ha encontrado su nido. Con los ojos entornados, Erienne vio que él le acercaba la mecha de la lámpara y, entre sueños, observó la llama hasta que se extinguió.

Los largos dedos de su acompañante desplazaron suavemente el mentón de la joven y su barbilla hasta quedar hacia él. La sombra de Christopher cubrió el cuerpo de Erienne y, entonces, sus labios se apoderaron de los de ella, moviéndose lentamente y despertando un fuego que la niña jamás hubiera imaginado que existiera. La mano de Erienne ascendió para acariciar el musculoso cuello del hombre y enseguida, como si hubiese regresado a la realidad, se apoyó contra el poderoso pecho masculino y lo apartó. Mientras ella recuperaba el aliento, él se apartó, frun

ciendo el ceño con expresión ofuscada, sentándose de cara a la pared opuesta del carruaje. Los violentos latidos del corazón de e rehusaban serenarse, mientras ella, aturdida, trataba de analizar sus turbulentos pensamientos. De no haber sido por su fuerza de voluntad, sus temblorosas manos hubieran instado a Christopher a continuar. No era más que un simple beso y, sin ***duda,*** no podría provocar ningún desastre. Pero ella sabía que el hielo era frágil, y debía pisarse con cuidado si no deseaba encontrarse navegando en un tumultuoso mar sin posibilidad de so

Erienne trató de incorporarse, pero sus hombros aún seguían atrapados bajo el brazo de Christopher. Él la sujetó con más fuerza y se acercó de nuevo a ella sin titubear. Súbitamente, los labios masculinos volvieron a apoderarse de la boca de la joven, insistiendo, provocando, exigiéndole una respuesta afirmativa o negativa. Erienne, sin embargo, no podia decir sí, porque estaba ligada a otro hombre. Tampoco podía pronunciar el no, porque era ése el preciso momento que tanto había anhelado vivir.

La respuesta fue tan tenue como la caricia del rocío en primavera. Ni sí ni no, sino que su mente imploró en agonía: «Oh, amor mío, por favor, no te alejes. »

Christopher entendió la súplica, sintió el casi imperceptible movimiento de los labios de la joven bajo los suyos, la leve rendición de la mano que intentaba apartar su pecho. Entonces, él *le* deslizó un brazo alrededor de la cintura y atrajo a la niña hacia *sí,* intensificando el beso.

Ella se estremeció cuando los labios del joven abandonaron la boca para recorrer sus mejillas, su frente y sus frágiles párpados, que se entornaron a la espera del sensual contacto.

Un intenso deseo creció en el interior de Christopher. Había actuado con paciencia, pero ahora ésta se desvanecía frente al t multo de sus pasiones. Su consideración por la timidez de la

desapareció, conforme se acrecentó su necesidad, y su poderosa mano aferró uno de los delicados pechos femeninos. Erienne ahogó una exclamación y se incorporó, apartando el imponente pecho del hombre con ambas manos. Mantuvo a Cbristopl her a una distancia prudente y se encaró con un susurro entrecortado:

¡Ha traspasado los límites del decoro, señor! ¡Dio usted su palabra!

--Sí, señora, la di -murmuró él-. Pero escuche bien, amor, I _separe las fronteras. -Se inclinó hacia la joven-. Dulce Erienne la fiesta ha finalizado.

Christopher rodeó con el brazo la cabeza de la muchacha, que lo miró sorprendida, y entonces, los labios de Christoph er volvieron a atraparla. Las agitadas quejas de Erienne se desvanecieron para convertirse en un gemido de desesperación. ¿0 quizá cautivación? .

Él volvió a acariciar uno de los delicados senos, pero esta vez abrazó a la joven de manera que no pudiera mover los brazos. El ardor de esas caricias se encendió en el interior de Erienne, extendiéndose a cada fibra de su ser. La manga del vestido le molestaba el

hombro, y se destensó para aliviar la presión. Sintió, entonces, un tironcito en la espalda, y el corpiño cayó. Sus ojos azules se agrandaron cuando él liberó comel etamente las curvas de sus pechos, y se alertaron todos sus sentidos cuando la mano del hombre retiró la delicada tela de la enagua para acariciar su piel desnuda. Erienne se volvió, en un débil intento por escapar de la pasión de Christopher y aplacar sus propios deseos. Pero él la retuvo, y la atrajo hacia sí. Ella intentó gritar, pero sólo emitió otro gemido entrecortado, sofocado por un apasionado beso. Los labios del hombre absorbieron toda su dulzura con una ferocidad que reveló todo su anhelo reprimido. Fue un beso interminable, implacable, exigente, que estimuló los sentidos de la joven hasta encender todo su ser con la llama de una devastadora pasión.

-Dulce, querida, amor -susurró él, sin apartar los labios de la boca de la niña-. Te deseo. Entrégate a mí, Erienne. -¡No, Christopher, no puedo!

El se separó para mirarla, y sus verdes ojos se recorrieron las sonrojadas mejillas y las doradas curvas de sus pechos. -Entonces, mienta, señora, y niegue que también me desea. Aunque ella abrió la boca, no fue capaz de articular palabra, y sólo pudo mirarlo, indefensa, atrapada en la red de sus propios deseos. Christopher se inclinó lentamente y volvió a besarla, saboreando la suavidad de sus delicados labios. Erienne no opuso resistencia y, con un leve gemido, permitió que la aprisionara contra la manta de piel. Ambas bocas se fundieron en tibia comunión, girando, retorciéndose, devorando, hasta que las necesidades de ambos desembocaron en una búsqueda ávida, insaciable. El musitó alabras roncas, incomprensibles, mientras lanzaba una lluvia f besos ardientes en el cuello de la joven, cuyo mundo comenzó a girar en medio de un caos de sensaciones. La boca apasionada del hombre se posó sobre el capullo rosado de uno de sus senos, y ella contuvo la respiración. Erienne entreabrió los labios, pero no pudo gritar, porque las devastadoras llamas de pasión la consumieron. Por propia voluntad, sus delicadas manos acariciaron el imponente hombro de Christopher y sus dedos se enredaron en su brillante cabello ***oscuro.***

***El le*** deslizó un brazo alrededor de las rodillas y colocó las delgadas piernas de la joven sobre su regazo. Erienne lanzó una breve excl amación cuando la mano masculina se abrió paso por entre sus faldas y comenzó a ascender, acariciándole el muslo desnudo. .

-Christopher, no puede hacer esto -susurró ella con desesperación-. Pertenezco a otro.

-Me perteneces a mí, Erienne. Has sido mía desde el primer Comento.

-Pertenezco a él -protestó ella débilmente, pero los labios de Christopher volvieron a posarse sobre su boca. Erienne se etrameció cuando la mano de él se apoderó de su feminidad, acariciándola donde nunca nadie había osado tocarla. Los ojos verdes brillaron con mayor intensidad, a medida que las caricias se tomaban más audaces. La joven contuvo la respiración y le miró turbada. Entonces, una extraña sensación la invadió, enardeciendo todo su ser, y se estremeció incapaz de detener las turbulentas convulsiones de su mundo. Tembló y se acurrucó junto a él, sintiendo los labios de él sobre su cuello, y oyendo su nombre pronunciado por aquellos labios en voz profunda, áspera.

Un golpe en el techo del carruaje los sobresaltó. Christopher se separó ligeramente y entreabrió la cortina de pana. Sobre una colina distante, a través de los copos de nieve, se divisaban las tenues luces de las torres de Saxton Hall. Él volvió a cerrar el Cortinaje, exhaló un suspiro entrecortado y se incorporó, levantando consigo a la joven.

-Por lo visto, señora, deberemos continuar esto en otro momento -declaró-. Ya casi estamos en casa.

Sumamente aturdida, Erienne se apresuró a colocarse el corpiño del vestido, sin atreverse a afrontar la mirada de los ojos verde grisáceos. Se giró para ocultar su desnudez, pero las manos del joven acudieron en su ayuda, abrochándole los broches del traje.

-Pasaré la noche en la mansión -susurró Christopher, dejando caer un beso en la nuca de la joven.

Erienne ahogó una exclamación y se dio media vuelta, dirigiendo una mirada rápida, nerviosa.

-Márchese, Christopher -le suplicó-. Se lo ruego. Por favor márchese.

Tengo un asunto que discutir con usted, señora, y debe ser esta noche. Iré hasta su recámara...

--¡No! -Ella sacudió la cabeza con fuerza, asustada de lo

que podría suceder si él volvía a acercársele. Había logrado escapar de ese momento, no completamente intacta, pero aun así, virgen. Ese estado, sin embargo, era muy frágil y no resistiría a otro ataque sensual de ese hombre-. ¡No lo dejaré entrar, Christopher! ¡Márchese!

-Muy bien, señora. -El pareció elegir las palabras con cuidado-. Trataré de contenerme hasta mañana. Entonces, terminaremos con este asunto y usted será mía antes de que culmine el día.

Erienne le observó anonadada, segura de que él hablaba en serio. El coche se zarandeó por última vez y se detuvo, imitando el mismo proceso que tenía lugar en el interior de la joven. Christopher no se apiadaría de ella, y acabaría con cualquiera que se le interpusiese en el camino. ¡Ella no podía permitir que eso sucediera!

## CAPÍTULO 16

Bundy abrió la portezuela del carruaje y, antes de que colocara la ***escalerilla,*** Erienne saltó a tierra, sin esperar ayuda. Era como si un demonio cabalgara sobre sus hombros y, con espuelas

de páníco, la impulsara a avanzar. Casi corriendo, la joven se dirigió al sólido portal de Saxton Hall, ignorando la nieve que cubría sus zapatos. Sus faldas dejaron una estela ancha, apenas interrumpida por las diminutas huellas de sus rápidas pisadas.

El violento golpe de la gigantesca puerta al cerrarse retumbó en la quietud de la noche, y Bundy echó una mirada circunspecta hacia el interior del vehículo, donde Christopher, con una irónica sonrisa en los labios, doblaba la manta de piel para colocarla en el asiento delantero. Tras tomar su capa y la de la dama, el joven bajó y se detuvo por un instante, mirando a su alrededor y permitiendo que el aire fresco de la noche le refrescara el cuerpo y la mente.

E rienne pasó junto a un aturdido Paine, que, al oír la llegada del coche, había acudido a cumplir con sus obligaciones. Sin preocuparse por la confusión del hombre ante su vuelo veloz, la joven comenzó a subir las escaleras y, al alcanzar la seguridad de su recámara, cerró con igual violencia la puerta de roble, asegurando el cierre con un rápido giro de muñeca. Sólo entonces se detuvo para recuperar el aliento. Debido al alivio de haber logrado escapar del yanqui, por el esfuerzo de la carrera, o simplemente por un terrible, devastador pánico, el corazón le palpito con tal fuerza, que pareció sacudirle el cuerpo entero en cada latido.

Los pensamientos de Erienne comenzaron a correr bajo el impacto de los sucesos de esa noche. Por primera vez desde la boda, había cerrado con seguro la puerta de su recámara, y temía que lord Saxton decidiera hacerle una visita y encontrara la entrada obstruida. Pero mucho más la atemorizaba que Christopher pudiera penetrar en el cuarto, a fin de culminar lo que había comenzado. La joven tenía la certeza de que no podría resistirse al ataque implacable, persuasivo del libertino. El le seguía las pisadas, y Erienne tenía la sensación de que, aun cuando embarcara hacia el más lejano confín de la tierra, no pasaría mucho tiempo antes de que divisara sobre el horizonte los altísimos mástiles gigantesco Cristina.

La joven contuvo la respiración al oír unas lentas pisadas qu$_e$ se acercaban por el pasillo y, tras detenerse durante largo tiempo junto a su uerta, volvían a desvanecerse en dirección al cuarto de huéspedes. La inquietaba que el yanqui fuera a alojarse en Saxton Hall durante la noche, puesto ue tendría que enfrentarse a él por la mañana. En el carruaje, ella había

estado a punto de entregarse, y la promesa de Christopher de continuar con su búsqueda, la tenía atemorizada. Todo su ser aún ardía con el fuego que él había encendido. Sabía que el contacto de esas viriles ma. nos sobre su cuerpo, de esos insistentes labios sobre los suyos, y el irresistible poder de persuasión de ese hombre, habían provocado su perdición. No había sido capaz de resistirse a tanta pasión, y su orgullo se había tambaleado ante el deliberado ataque infligido a sus sentidos. Él la había arrastrado hasta ese momento de éxtasis, sabiendo muy bien lo que estaba haciendo, y ahora ella jamás podría dejar de anhelar la repetición de tan devastadora dicha.

Erienne dejó escapar un sollozo entrecortado, y se apartó de la puerta. Se llevó los dedos a la sien y comenzó a caminar inquieta por la habitación. Había pronunciado los votos sagrados en una iglesia y, aun cuando el matrimonio no se había consumado, se hallaba obligada moralmente a convertirse en una verdadera esposa. No podia traicionar a su esposo de una manera tan despreciable. El también la deseaba y, sin embargo, había sabido controlarse. Y si, en ese momento, el lord decidía visitarla, con seguridad vería que algo marchaba mal, y entonces, ¿ella qué le diría? ¿Que había estado a punto de entregarse a otro hombre?

Un violento temblor se apoderó del cuerpo de la joven. Sus emociones la despedazaban y no lograba encontrar paz en sus pensamientos. Lo que su corazón anhelaba contrariaba todo aquello que ella juzgaba honorable, pero, a la vez, le resultar imposible cumplir con lo que el honor demandaba. ¿Ser la esposa de lord Saxton en algo más que en el nombre? ¿Someterse a las pasiones de su esposo? No se sentía capaz de tolerarlo.

Erienne se detuvo junto al inmenso sillón donde lord Saxton solía sentarse y apoyó una temblorosa mano en el respaldo. Recordó su sorpresa cuando tocó a su esposo por primera vez. 14[4]bía esperado experimentar una abrumadora sensación de repugnancia y, sin embargo, la había sorprendido no encontrar ningún indicio de deformación o debilidad. Bajo sus dedos, había sentido la calidez, la vitalidad de unos músculos firmemente desa$_r$rollados.

De algún modo, tendría que serenarse antes de enfrentarse a su esposo. No podía permitir que él adviniera el color de la pasión sobre sus mejillas, o el tibio brillo de deseo en sus ojos. Temía provocar algún conflicto entre ambos hombres. Los dos eran capaces de recurrir a la violencia, y si alguno de ellos resultaba herido o muerto, ella sufriría para siempre el tormento de la culpa y la tristeza.

En la casa reinaba un silencio de muerte, tan sólo quebrado por la campanilla de un reloj distante al marcar las dos de la mañana. No pisadas audaces, ni pasos lentos y arrastrados, se oían cerca de su cuarto; ni una llamada suave a la puerta, ni un violento golpe de bastón se o yo en la noche. Una inmensa sensación de alivio comenzó a invadir a la joven cuando se percató de que ni Christopher ni lord Saxton se hallaban en camino a su recámara.

Erienne borró los últimos vestigios que le quedaban de la fiesta y se vistió con bata y camisón. Se sentó en la banqueta del toca dor y comenzó a cepillarse lentamente el cabello, al tiempo que meditaba sobre los acontecimientos de la velada. Mil imágenes le cruzaron por la mente: el baile, la suntuosidad de la mansión Talbot, la insistencia del hombre, las sonrisas despectivas de Claudia; y sus propios pensamientos regresaron a Christopher. Recordó el momento en que le conoció por primera vez. Había esperado tan ansiosamente la visita de algún apuesto candidato, que inmediatamente le había acogido con agrado. Pese a que su padre había sido el responsable del conflicto entre ambos, no podía dejar de sonrojarse ante la mera mención del nombre de Christopher. Todavía avergonzaba a la joven el que Avery pudiera ser tan indiferente a sus propios actos, como si fuera él quien merecía ser considerado inocente.

Erienne dejó el cepillo y echó hacia atrás su larga cabellera, permitiendo que le cayera en ondulantes mechones oscuros sobre la espalda.

-¿Soy de verdad hija de mi padre? -murmuró en voz baja-. ¿Es acaso mi frente lo que revela el parecido? -Se inclinó hacia el espejo para mirar su imagen atentamente-. Tal vez tenga yo sus ojos, o su nariz. -Movió la vela para obtener una mejor visión de sí misma. Luego, alzó la barbilla y giró la cabeza de lado a lado, señalándose el labio inferior con un dedo interrogante-. ¿Dónde está el parecido? ¿Será físico? -Sus ojos se agrandaron con horror-. No es físico, ¡sino espiritual! ¡Eso es! -Cerró la mano en un puño y se la llevó al corazón, al tiempo
que observaba la imagen que, boquiabierta, se reclinaba con disgusto-. He negado a mi esposo sus derechos legítimos y sin embargo, crece en mí este devastador deseo de entregárselos a otro. Mi padre se entregó al juego y a su propia codicia, y me vendió en la subasta. Es exactamente lo mismo. ¡Yo llevo la sangre de mi padre!

Se puso en pie y apoyó las manos sobre la mesa, inclinándose hacia el espejo para negar lo que éste reflejaba de su persona. -¡No lo permitiré! ¡Mi esposo tendrá lo que le he prometido!

Sin desearlo conscientemente, la joven se encontró en el pasillo y luego frente a la puerta de las recámaras de lord Saxton. Antes de que pudiera percatarse del horror que la aguardaba, abrió el sólido panel de madera, entró y lo cerró tras sí, pan luego volverse a correr el cerrojo.

Un pequeño fuego crepitaba en la chimenea, y aunque los cortinajes de pana cubrían ambos lados de la cama, a los pies se hallaban abiertos para recibir el calor de las llamas. Entre las sombras del interior del lecho, hubo un leve movimiento y luego un murmullo sordo, profundo, que quebró el silencio de la habitación.

-¿Quién se acerca?

El corazón de Erienne comenzó a latir con violencia, pero al igual que Juana de Arco al caminar hacia la hoguera, la joven no pudo retroceder. Avanzó lentamente hasta llegar a los pies de la cama. Bajo la titilante luz del fuego, pudo divisar la acurrucada, retorcida figura de su esposo bajo las mantas, y vio cómo se cubría apresuradamente la cabeza con una delgada tela de seda.

-Soy Erienne, milord. -Ella se desató el cinturón de la bata y se la quitó, para luego apoyar una rodilla sobre la cama. El silencio continuó, y entonces, levantando la otra rodilla, trepó hacia el colchón, para sentarse sobre los talones. Su voz tembló, al anunciar las razones de su visita-. Milord, me atemoriza menos su aspecto, que lo que podría llegar a ser yo si no me convierto de lleno en su esposa. Le ruego que me posea ahora, de manera que no haya más objeciones involucradas en nuestro matrimonio.

La joven se inclinó hacia adelante y extendió un brazo para retirar la máscara de seda, pero su esposo la detuvo, tomándola de la muñeca. Aún a escasa distancia, Erienne no pudo ver más que la oscura sombra de los ojos tras la sábana.

Lord Saxton sacudió la cabeza y susurró con dulzura: -De verdad, mi amor, este rostro provocaría tu huida. Erienne extendió la mano para coger la de él, y la cabeza de
su esposo se inclinó sobre ésta. A través de la tela, los labios masculinos le besaron los dedos, y la joven se enterneció ante la infinita dulzura de ese beso. Tras un instante, él se incorporó y, al hablar, su voz fue tierna, con una extraña nota de compasión, como si comprendiera la dura batalla que se libraba en el interior de su esposa.

-Enenne, mi amor... cierra las cortinas.

La joven se enderezó sobre las rodillas y extendió los brazos para correr los cortinajes. La luz del fuego descubrió su belleza a través de la diáfana tela del camisón, revelando las esbeltas curvas de su cuerpo. Luego, el tenue reflejo desapareció para otorgar plena oscuridad a la cama. Para Erienne fue como cerrar una pesada puerta detrás de sí, sin la posibilidad de volver a abrirla jamás. Obligada por el honor, había acudido a cumplir con

sus deberes de esposa. Sin embargo, ahora no lograba reunir las fuerzas suficientes para dar el último paso hacia tal ejecución. La joven se quedó paralizada, luchando contra sus miedos y el arrollador deseo de huir.

La cama se hundió cuando lord Saxton se incorporó para arrodillarse frente a ella. Como una pluma volando hacia la tierra, las manos del hombre se deslizaron sobre los brazos de su esposa y luego la armadura simbólica del camisón se alzó sobre la cabeza de la joven. A la vez que la prenda caía a un lado, la joven se vio rodeada por los poderosos brazos de su esposo y atrapada en la calidez del cuerpo masculino. Erienne ahogó la exclamación que salía de su garganta. La sorpresa que experimentó no tuvo nada que ver con una sensación de repugnancia, sino más bien con las caricias audaces de su esposo.

La fuerza de ese hombre era inesperada. Alzó a la joven fácilmente para tumbarla en el lecho. Aun cuando la tela continuaba separando el rostro deforme del de ella, los labios desnudos del lord le acariciaron el cuello y descendieron hasta posarse, cálidos y húmedos, sobre su pecho, encendiéndole un fuego que Erienne jamás se imaginó pudiera prender. Una palabra asomó a los labios de la joven, pero la reprimió con violencia, porque era el nombre de otro. Al advertir el descarriado
curso de su mente, se decidió a concentrarse con fuerza en sus propósitos. Apretó ansiosamente su cuerpo contra el de su esposo, y al deslizarle una mano por el cuello, encontró una larga y rugosa cicatriz que le delineaba los prominentes músculos de la espalda .

. Eso sirvió para convencerla de que era lord Saxton quien le estaba haciendo el amor. Era su esposo, no Christopher Seton.

La joven se aferró a esa idea, al tiempo que las caricias del hombre se tornaban más audaces, explorando los secretos de su cuerpo femenino con la seguridad de un amante experto. Ella no dejaba de sorprenderse, porque había esperado una brusca ansiedad y una insegura torpeza. Pero él era tan dulce... tan increíblemente dulce... La mano del lord recorrió con deliberada lentitud cada rincón de los contornos de su esposa como si saboreara cada uno de sus descubrimientos, y ella temblaba una y otra vez ante la más ligera caricia.

Él se movió entre los muslos de la joven, y ella soltó una breve exclamación cuando la feroz espada se introdujo en la delicada tibieza de su femineidad. Erienne experimentó un dolor repentino, fugaz, cuando la carne se desgarró bajo la avasalladora presión. La masculinidad de su esposo la penetró, y ella se mordió el labio para sofocar un grito, ocultando el rostro bajo el musculoso cuello del lord. La joven le clavó las uñas en la espalda, pero él no pareció notarlo y, con los labios, continuó acariciándole las orejas y la frente. La respiración de lord Saxton se torno áspera, ronca, entrecortada, y Erienne pudo percibir los violentos latidos del corazón de su esposo contra su pecho desnudo. Con increíble cuidado él comenzó a moverse, lentamente al principio, y el agudo y punzante dolor desapareció. Los suaves capullos rosados se erizaron bajo el endurecido vello que cubría el pecho del hombre. La joven comenzó a seguir los movimientos

de las caderas de su esposo, y ambos se entregaron a un salvaje frenesí que los hizo ascender hasta vertiginosas alturas. El increíble placer que Erienne acababa de experimentar la hizo retorcerse y arquear las caderas contra las del hombre. Los dos remontaron en un precipitado vuelo, ascendiendo juntos hasta que la atmósfera se tornó densa, embriagadora. Erienne gimió, deseando más y más, y él se lo entregó. Era una meta conjunta que ambos cuerpos buscaban alcanzar, flexionando los músculos, entrelazando las piernas.

E Un suave grito escapó de los labios de la joven cuando la aureola de dicha los rodeó, bañándolos con una ola de placer que arecía destinada ano morir jamás. Lenta, muy lentamente, atnbos s regresaron a tierra, agotados, exhaustos, pero plenamente satisfechos con la unión de sus cuerpos.

En la estela de la pasión, Erienne se acurrucó contra su w

poso, convencida de que Stuart Saxton no era un caracol ***vacío*** sino un hombre de extraordinaria capacidad y destreza. Al igual que la mansión, aunque cicatrizado y quemado en el exterior' guardaba en su interior un sinfín de cualidades superiores a b normal. La joven deslizó una mano por el ensortijado vello. del pecho masculino y descendió hacia la pierna que el lord cuidadosamente había apoyado sobre ella. Una vez más, los poderosos dedos de su esposo la detuvieron, tomándola de la muñeca. -Recuerda lo que tienes, Erienne-le advirtió él en un suave susurro-. Es tuyo todo lo que puedo darte en este mundo. No tientes a la suerte más allá de este instante, porque me apenaría terriblemente ver esta noche convertida en un momento de odio. Erienne intentó protestar, pero el dedo del lord se posó sobre sus labios para silenciarla.

-Tú puedes estar reparada, mi amor, pero yo no. -El se movió para cubrir a la joven con la manta y protegerla del fríoMe agrada sentirte entre mis brazos, y es mi deseo que duermas junto a mí, hasta despertar en la mañana. ¿Te quedarás?

-Sí, Stuart. -Se acurrucó junto a él, pero la risa grave, asmática de su esposo la hizo retirarse, intentando ver los ojos que no eran sino oscuras sombras detrás de la tela de seda-. ¿Acaso hay algo que te divierte?

-¡Duerme! A mí me será imposible contigo en mis brazos. -¿Prefieres que me retire? -preguntó Erienne, apoyándole una mano sobre el echo.

-¡Jamás! -Él la estrechó en un fuerte abrazo, enterrando el rostro contra el cuello de la joven-. He aguardado esto durante toda una eternidad -le dijo con voz áspera-, y aunque pueda ser maldecido en la mañana, no permitiré que finalice tan pronto. -¿Maldecido? ¿Cómo es eso?

-Te lo explicaré más tarde, mi amor. Ahora, me dedicaré a saborear los deleites que has traído hasta mí.

La luz del sol penetró suavemente en el sueño de Erienne, y sus ojos se abrieron cuando presintió una presencia en el borde de la cama. La inmensa figura negra de su esposo llenaba casi por

completo la abertura que quedaba entre los cortinajes de pana. Detrás de él, la luz del nuevo día inundaba la recámara y, recortado en la brillante luz, la joven ya no divisó la

forma de una bestia, sino la de un hombre de anchos hombros, oculto bajo una máscara de cuero oscuro y un tétrico atuendo negro. Con seguridad, después de una noche tan dichosa, era sólo un truco de la mente lo que le hacía verlo más alto y más erguido. Erienne percibió el calor de la mirada de su esposo y pestañeó para desechar los últimos rastros de sueño de sus ojos.

-Buenos días -murmuró, con una dulce sonrisa en los labios.

-Un excelente día, mi amor, y todo gracias a ti -respondió el con voz áspera.

Ante el tierno recordatorio de la intimidad que ambos habían compartido, un suave tono rosado coloreó las mejillas de la joven p se extendió hacia su delicado cuello de marfil. La noche había brindado a la pareja un placer sublime, inesperado, y ella aún no salía de su asombro.

Erienne se cubrió con la sábana y aceptó la mano enguantada que él le ofrecía, para incorporarse y girar sus largas piernas hacia un costado de la cama. Lord Saxton saboreó el espectáculo de los esbeltos miembros de seda y, cuando la sábana cayó, las cautivantes curvas de los senos. E extendió un brazo para alisar los despeinados bucles sobre los hombros de la joven y, con un dedo, le recorrió la pálida piel del cuello hasta la oreja. Erienne frotó la mejilla contra la mano enguantada, sorprendiendo al lord con el cálido brillo de sus ojos.

-¿Ya no me temes, querida? -le preguntó él con voz ronca. Entonces, la joven advirtió que toas sus ansiedades se habían desvanecido. Aun cuando la máscara continuaba siendo una barrera entre ambos, ya no la inquietaba y, con el tiempo, desaparecería también.

-Me siento feliz de ser tu esposa en todos los sentidos, Stuart -murmuró ella.

El compromiso que esas palabras implicaban anonadó a lord Saxton, quien no pudo pronunciar una respuesta válida. Jamás había esperado que la niña se entregara a una horripilante bestia y, menos aún, que intentara ahora destruir los obstáculos que los separaban. ¿Qué tenía que pensar de esa joven? ¿Acaso se había enamorado de la bestia? ¿Había él ganado, o perdido, la partida? Erienne le apoyó una mano vacilante sobre el brazo.

-Ambos tenemos muchas cosas que aprender del otro, y nos queda toda una vida por hacerlo. Me inquieta no haber visto tu rostro jamás, y me pregunto si podrías ceder...

-No, no puedo. -El se apartó y arrastró su pesada bota sobre la alfombra. Se detuvo frente a la chimenea y, tras observar las ondulantes llamas durante largo tiempo, echó la cabeza hacia atrás, moviéndola lentamente de un lado a otro, como si quisiera aliviar un terrible dolor. Ahora que la joven se le había entregado, le resultaba más difícil deshacerse de la máscara. Con eso, sólo lograría que su esposa le odiara, y entonces, él lo perdería todo.

-Tú me has dado tiempo -le dijo ella con suavidad, interrumpiéndole los pensamientos-. Del mismo modo ahora esperaré yo.

El se volvió para mirarla y encontró una dulce sonrisa esperándolo. En ese momento, tuvo que luchar para controlar un irresistible impulso. Sólo eso pudo hacer para evitar tomar a su

esposa entre sus brazos, deshacerse de la máscara y los guantes, y besar esos tiernos labios hasta maullarlos. Pero el sentido co$_m$ún prevaleció. Tendría que aguar ar el momento justo, o perder la perfecta rosa que, con tanto cuidado, había sostenido entre sus manos.

-Hoy estaré ausente por un tiempo -declaró él, midiendo l$_a$s palabras con cautela-. El señor Seton se reunirá contigo en la sala para el desayuno. No creo que yo regrese antes de que él se marche. ¿Podrías presentarle mis disculpas?

Erienne apartó la mirada de la inexpresiva máscara al percibir la repentina ola de calor que ascendió por sus mejillas. Christopher era la última persona que deseaba ver

esa mañana, pero no pudo encontrar ninguna excusa adecuada para negarse a la petición de su esposo. Cuando por fin respondió, su gesto afirmativo fue apenas perceptible.

Con desesperación, Erienne intentó aferrarse a su reciente condición de esposa, pero un molesto recuerdo la atormentaba y le hacía estar reacia en presentarse frente a ese hombre. Incluso
en el clímax de su pasión, en ese instante de dichoso éxtasis, un suave aroma había penetrado en su mente, acosándola con efímeras imágenes del bien delineado perfil del yanqui.

La joven se detuvo en la torre para recuperar la calma, aunque nada parecía capaz de aminorar los violentos latidos de su corazón. Aturdida, observó un pequeño charco de agua que había quedado sobre el suelo, después de que algún pie descuidado hubiera transportado nieve hasta la entrada. Le miró, ero no logró verle, puesto que su mente se encontraba embotada por la presencia del hombre que la aguardaba en la sala. Se estremeció ante la sola idea de enfrentarlo, y supo que su consternación no podría haber sido más intensa aunque le hubiese entregado su virginidad. El calor de la vergüenza le subió a las mejillas, y ningún pensamiento reconfortante acudió a aliviarla frente al recuerdo de aquellos momentos que, juntos, habían compartido en el carruaje.

Cuando la joven entró en la sala, lo encontró frente al fuego, sentado en el sillón de lord Saxton, con las piernas extendidas. Ella se le acercó, y él de inmediato se puso en ie para observarla. Una leve sonrisa vacilante se dibujó en los labios del hombre y, aunque los ojos verdes recorrieron por completo la figura de la niña, éstos no lanzaron los destellos lascivos que, otras veces, la habían hecho ruborizar.

-Es.., esperaba que usted ya se hubiera marchado -comentó Erienne con tono titubeante.

-He esperado para verla, milady -murmuró él.

La joven apanó ansiosamente la mirada. Esa voz cálida, masculina, nunca dejaba de alterar sus sentidos.

r -No ha debido hacerlo, Christopher. La noche ha transcurrido, y de ella no quedarán secuelas. Me... me siento apenada or haberlo alentado, en cierto modo, a olvidar su decoro, pero prometo que no volverá a suceder.

-¿De veras prefiere usted a la bestia, Erienne? -preguntó
él con calma.

-Siento afecto por lord Saxton -afirmó la joven con desesperación, y unas lágrimas comenzaron a asomar en sus ojos, Cerró fuertemente los puños contra sus faldas de seda, y miró al hombre para hablarle en tono casi suplicante-. Él es mi esposo. Y no estoy dispuesta a deshonrarle, ¡ni a él, ni al nombre Saxton!

Erienne reprimió un sollozo y, llevándose una mano a su boca temblorosa, se giró. Christopher se le acercó e, inclinándose por encima del hombro de la joven, le habló con tono suave, mientras ella se secaba con furia las humedecidas pestañas.

-No llore, cariño -suplicó él-. No puedo tolerar verla tan apenada.

-Entonces, márchese -le rogó ella-. Márchese y déjeme en paz. .

Christopher frunció el entrecejo con expresión preocupada. -Por mi propia vida, mi amor, no puedo hacer eso. -¿Por qué no? -preguntó la joven, girándose para mirarle a la cara.

Él bajó la mirada y, con aire pensativo, observó el suelo de piedra durante un largo momento. Cuando sus ojos volvieron a toparse con la niña, su mirada fue directa y penetrante.

-Porque me he enamorado de usted.

Erienne le observó en silencio, aturdida por semejante declaración. ¿Cómo podía ser posible? El era un hombre de mundo, habituado a las conquistas y victorias fáciles. No se trataba de un muchacho inexperto, capaz de entregar el corazón a la primera damisela bella que le sonreía. ¿Qué había hecho ella para merecer tal distinción? En su mayor parte, se había comportado como una joven arisca y testaruda, siempre desconfiando de las intenciones del hombre. ¿Cómo podía él amarla?

-No se hablará más de esto -murmuró ella con desesperación.

-¿Acaso el no hablarlo calmará la herida? -preguntó Christopher, y comenzó a pasearse por la habitación con creciente furia-. ¡Maldición, Erienne! La he seguido de una punta a otra del país, lo he intentado todo para lograr que usted me viera como un hombre, pero mis esfuerzos han sido inútiles. Usted aún sigue considerándome un malvado monstruo que ha ultrajado cruelmente a su familia. Prefiere acercarse una bestia al pecho y nutrirlo con los dulces placeres del matrimonio, antes que tomarme a mí como esposo. ¿Acaso me he vuelto loco? ¿Puede decirme por qué un hombre cuerdo podría querer apegarse a sus faldas, esperando recibir una mínima porción de afecto, mientras usted se dedica a deleitar a la más horripilante de las bestias? Si cree que no siento celos de su esposo, permítame asegurarle, señora, ¡que está muy equivocada! ¡Detesto esa máscara! ¡Odio esa pierna deforme! ¡Aborrezco ese pesado bastón! El tiene lo que yo deseo, ¡y el silencio no suavizará en absoluto ese tormento!

Un titileo de vajilla anunció la entrada de un sirviente en la sala, pero Christopher estaba exasperado y, sin apenas girarse, hizo un ademán para indicar a Paine que se retirara.

-¡Fuera de aquí, hombre!

-¡Christopher! -exclamó Erienne, y dio dos pasos vacilantes para seguir al aturdido criado, pero Christopher se le acercó dirigiéndole una mirada fulminante.

-¡Quédese donde está, señora! Aún no he terminado con usted.

-Usted no tiene derecho a impartir órdenes aquí -protestó ella con creciente ira-. ¡Ésta es la casa de mi esposo!

-Yo imparto órdenes donde demonios me plazca, y por una vez, ¡usted se quedará quieta y me escuchará hasta el final! Sumamente irritada, Erienne le respondió:

-Usted podrá dirigir a los hombres de su buque a su placer, señor Seton, ¡pero no tiene tal autoridad en esta casa! ¡Buenos días!

Luego de levantarse las faldas, la joven dio media vuelta y se dirigió airadamente hacia la torre, hasta que oyó el sonido de unas rápidas pisadas que la seguían. Entonces, un repentino pánico la invadió, temerosa de protagonizar tal escándalo que no le fuera posible levantar la vista ante los sirvientes... o ante su esposo. Corrió hacia la entrada y, esquivando el charco, comenzó a subir las escaleras a toda velocidad. Apenas había alcanzado el cuarto peldaño, cuando oyó una patínada, un violento golpe, y luego un potente gruñido seguido por una furiosa maldición. Cuando Eri enne se giró, Christopher acababa de estrellarse contra la pared, luego de deslizar la espalda sobre el suelo. Durante un instante, ella lo observó turbada ante la imagen del digno caballero, despatarrado por el piso de la manera más indigna. Pero cuando él alzó la cabeza para mirarla con ira apenas

reprimida, Erienne no pudo contener la risa, provocando en el hombre una sombría expresión de cólera.

-¿Se ha lastimado? -preguntó la joven con dulzura. -¡Sí! ¡Mi orgullo ha quedado bastante magullado!

-Oh, eso se remediará, señor -dijo ella entre risas, recogiendo las faldas para sentarse decorosamente en el primer escalón; movió los ojos con picardía-. Pero debería ser cuidadoso. Si tan pequeño charco de agua puede hacerlo caer tan brus. camente, le aconsejaría no navegar más allá de estas costas.

-No fue el charco de agua lo que provocó mi caída, sino una irascible mujercita que dirige sus dardos hacia mí cada vez que se le presenta la oportunidad.

-¿Osa usted acusarme después de que ha venido aquí bufando y resoplando como un toro encolerizado? -Soltó una risa ronca, escéptica-. De veras, Christopher, debería sentirse avergonzado. Atemorizó a Paine y casi me hace tragar el corazón.

-Eso es imposible, señora, porque esa cosa seguramente la tiene usted de frío y duro acero.

-Está usted resentido -le regañó Erienne con arroganciaporque no he caído desmayada a sus pies.

-¡Estoy furioso porque usted no hace más que negar el hecho de que debería ser mi esposa! -declaró él con firmeza. Unas pisadas en las escaleras atrajo la mirada de ambos. Aggie bajó los peldaños con indiferencia, al parecer, sin advertir la expresión sombría de Christopher. La dama pidió permiso y pasó junto a su ama. Finalmente, al llegar al nivel del suelo, contempló al hombre con un brillo travieso en los ojos.

-¿No está usted algo crecido para andar jugando por el suelo, señor?

El lanzó una mirada reprobadora a Erienne, que acababa de sofocar una leve risita, y se puso de pie, sacudiéndoselos calzones y las mangas de la chaqueta.

-Veo que aquí no soy bienvenido. Por lo tanto, me marcharé y dejaré que ambas se deleiten, sí es que pueden, con la presencia de lord Saxton.

-No se vaya enojado, señor -le suplicó Aggic-. Aún no ha probado bocado. Quédese a comer con la encantadora amita. Christopher soltó un ronco gruñido despectivo.

-Sin duda, encontraré más cálida compañia en la posada el jabalí».

Erienne alzó la cabeza. La idea de que él pudiera buscar consuelo en los brazos de Molly la angustiaba y despertaba sus ***celos.*** La imagen de la inmensa, musculosa figura de Christopher atrapada entre las piernas de esa sensual mujerzuela desgarró el corazón de la joven. No podía tolerar que él le hiciera el amor a otra mujer, aun cuando apenas unas oras antes, ella se había entregado a su esposo. Las mejillas de Erienne se ruborizaron ante el conflicto que se libraba en su interior, y entonces la muchacha estalló con furia.

-¡Entonces, márchese! -gritó-. ¡Y apresúrese! Con suerte, ¡hasta podré olvidarme de que usted existe!

Christopher miró a la joven con el ceño fruncido, al tiempo que Aggie se retiraba rápida y discretamente.

-¿Es eso lo que realmente quiere? -preguntó él-. ¿No volver a verme jamás?

-¡Sí, señor Seton! -exclamó ella con amarga ira-. ¡Así es cómo lo quiero!

Christopher maldijo en silencio, antes de gruñir:

-Si es eso lo que la dama desea, entonces, ¡es exactamente eso lo que tendrá!

Abrió la puerta y salió haciendo que la puerta se cerrara violentamente a sus espaldas. Con los ojos llenos de lágrimas, Erienne subió rápidamente las escaleras hacia su recámara, donde, imitando los modales de Christopher, se apartó del resto del mundo con un violento portazo.

Después del almuerzo, la persistente ira impulsó a Erienne a buscar aire fresco más allá de los muros silenciosos y oscuros de la mansión.

Malhumoradamente, la joven pateó una pequeña piedra que tenía delante de sí. Esta rebotó, y ella la siguió con la mirada hasta un lugar cerca del muro, donde un brote de color quebraba la monotonía de la nieve y de los opacos grises y tostados de un arbusto. Allí, temblando desamparada frente a la brisa, había una minúscula rosa roja. La planta era

débil, pe quena, con ese único capullo que, por algún milagro, había despegado su belleza en la mitad del invierno.

I Maravillada, Erienne tomó el frágil brote entre las manos y se inclinó para aspirar la delicada fragancia que emanaba de los pétalos color carmesí. Sus pensamientos retrocedieron al pasado, cuando, largo tiempo atrás, sus sueños abrigaban la imagen de un principe ofreciendo una bella rosa para expresar su amor a la dama, y recordó una antigua leyenda, donde una rosa encontrada en invierno entrañaba la promesa del verdadero amor.

Erienne tocó los delicados pétalos y, por un instante, imaginó a un caballero con brillante yelmo plateado y rostro demasiado familiar. En la ilusión, él luchaba concienzudamente para rescatarla de su desdichado destino y, al hacerlo, se convertía en su héroe, su único amor. Él se inclinaba para tomarla entre sus brazos,y entonces, el caballero de yelmo plateado se desvanecía en la helada brisa que barría el jardín, para desaparecer para siempre de la vista de la joven.

Erienne dejó escapar un trémulo y prolongado suspiro. El corazón parecía pesarle como plomo, y suplicaba un alivio para semejante carga. Pero no hubo auxilio. Ningún brillo resplandeciente acudió a iluminar su sombría tristeza. Christopher se había ido y, tal vez, no regresara jamás.

Lord Saxton regresó tarde esa noche. Unas cuantas velas interrumpían la penumbra de los oscuros pasillos, y bajo la tenue luz de las llamas, el amo andaba, como un fantasma, a través de

la casa. Con silenciosas pisadas, subió las escaleras y se dirigió por el corredor hacia el cuarto de Erienne. El hombre entreabrió apenas la puerta y se apoyó contra el marco, para deleitar su anhelante mirada con la figura tendida en la cama. La suave, regular respiración de la joven reveló la profundidad de su sueño. Ella se encontraba acostada con el rostro hacia la chimenea y una mano debajo de la almohada. Su larga cabellera se perdía en la oscuridad, y él supo que si se acercaba a abrazarla, la abundante melena lo bañaría con su encantadora fragancia. La figura de Erienne frente a sus ojos hizo realidad la imagen que le había asaltado durante todo el día: el de una mujer increíblemente bella que le calentaba la sangre más allá de lo tolerable.

Con sumo cuidado para no delatar su presencia, el lord atravesó la habitación y corrió los cortinajes de pana para oscurecer el interior de la cama. Caminó hacia un lado del lecho y se quitó los guantes y la máscara. Enseguida, convertido en una pálida sombra nocturna, se deslizó bajo las cobijas. Circundado por las cortinas de terciopelo, el hombre se transformó en un mero movimiento en medio de la completa negrura, Un suave suspiro escapó de los labios de Erienne, y él la abrazó por la espalda. Luego de aspirar la fragancia de la oscura cabellera, el lord hizo a un lado las ondas de seda para besar la tierna nuca de la joven. Entonces, deslizó la mano por debajo del camisón, buscando la femenina suavidad de la mujer.

Erienne se adaptó a las suaves caricias masculinas, oscilando entre un mundo real y fantasioso, mientras escurridizos ojos verde grisáceos la observaban con un singular destello. Un Potente perfume embriagó sus sentidos, y el calor de ese cuerpo firme, musculoso, penetró a través de la delicada tela de su camisón. Ella se estremeció, y entonces el hombre susurró:

-No puedo dejarte sola. -Posó los labios sobre el delicado

hombro de la joven-. El solo pensar en ti acelera los latidos de mi corazón y despierta en mí tan ferviente anhelo, que debo buscarte, o tolerar el tormento de no tenerte. Me has cautivado, Eríenne. La bestia se ha convertido en tu esclavo.

El camisón desapareció en la oscuridad, con sólo un murmullo que evidenciara su caída sobre el suelo. La mente de Eríenne emergió a la superficie del mundo real cuando el lord la estrechó contra la cálida desnudez de su masculino cuerpo. Los pechos de la joven adquirieron calor con las lentas y suaves cancias del hombre, que le enviaron ardientes llamaradas de pasión. El continuó explorando los esbeltos contornos femeninos, siguiendo

la redondeada curva de las caderas; el corazón de Eríenne comenzó a latir con violencia. Un gemido entrecortado escapó de los labios de la niña cuando las caricias masculinas se intensificaron, invadiendo la intimidad de su feminidad y enardecíendo sus sentidos con expectante ansiedad.

Él apoyó una mano sobre el hombro de la joven y le empujó la espalda contra el lecho; Erienne contuvo la respiración cuando los húmedos labios masculinos se movieron lentamente sobre los suaves capullos de sus pechos. Los besos del lord descendieron hasta posarse en la cintura y el abdomen, dejando, a su paso, un sendero de fuego que amenazaba con consumirla. La joven permaneció inmóvil, anhelante, mientras él se incorporaba en la oscuridad. Con las piernas entreabiertas, ella recibió la presencia masculina, luego lanzó una exclamación cuando la invasora calidez la penetró. Las manos de Erienne se deslizaron sobre los hombros del hombre, encontrando la cicatriz que la ayudaba a borrar el rostro de Christo her de la mente, Entonces, con movimiento hipnótico, las caras de él ***acariciaron las*** suyas, hundiendo la llameante espada, hasta convertirse en una dulce, extática tortura. En medio de su dicha, Erienne respondió arqueando la columna, y los ojos verde grisáceos la observaron, a la vez que ella deslizaba las manos hacía las caderas firmes y musculosas del hombre. En la mente de la joven, las familiares lagunas verdes brillaron victoriosas, pero ella no estaba en condiciones de ordenar obediencia a su razón, y en ese momento, no le importo cuál era la imagen que sus pensamientos creaban en la oscuridad.

En la quietud que siguió a la pasión, Erienne se acurrucó satisfecha bajo el calor de la inmensa figura masculina que tenía a su lado. Él se hallaba tendido de lado, con el rostro hacia ella

y el pie derecho extendido fuera del alcance de las sedosas piernas de la joven, que descansaban sobre los firmes muslos masculinos.

El único sonido que interrumpía el silencio era el sordo tictac de un distante reloj. Los pesados cortinajes que rodeaban la cama impedían el paso del menor destello, encerrando a ambos en oscura intimidad. Aun así, Erienne se sintió acosada por las v
y fugaces impresiones de un bien delineado perfil y unos cálidos ojos verde grisáceos.
-Has estado bebiendo -murmuró ella con suavidad.

-Sí -respondió él con voz áspera y susurrante, y la besó en la frente-. Temo que me atontó mi deseo por ti.

La joven sonrió en la oscuridad.
-Tu deseo tiene el aroma de un potente bebida.

-Mi tormento no se alivió con una o dos copas. La bebida sólo agudízó mis vehementes anhelos.

-¿Por qué no volviste a casa? Te estaba aguardando. Él respondió con una breve risita.

-Sí, y regresar a ti a plena luz del día hubiera sido realmente desastroso. ¿Acaso no comprendes lo cautivante que eres, mujer? -No entiendo -respondió ella, confundida.

-Estoy atrapado en la oscuridad, Erienne. Sólo puede venir a ti cuando la noche pueda ocultar mi rostro. Sin embargo, se anida en mí un ferviente deseo de tomarte entre mis brazos bajo la luz del sol, cuando pueda verte ruborizar con el calor de la pasión. Mi infierno es estar condenado a ser la bestia de la noche.

Transcurrió mucho tiempo antes de que se despertara en Erienne un cierto interés por la extraña figura que yacía a su lado en la cama. La respiración profunda y regular de su esposo le confirmó que se hallaba dormido y, como un cardo balanceándose en la risa, la mano de la joven se deslizó vacilante sobre el contorno masculino, para alcanzar las caderas y descender, con sumo cuidado, hasta que la cicatriz de una quemadura sobre el muslo la detuvo. No legó a descubrir hasta dónde se extendía la herida, pero no se atrevió a averiguarlo. Apartó la mano cuando un leve escalofrío le corrió por la espalda, y se preguntó si alguna vez lograría abandonar por completo sus escrúpulos.

El ornamentado carruaje personal de lord Talbot se-detuvo frente a la mansión Saxton una semana después del gran baile. Los dos lacayos saltaron a tierra y, mientras uno corría a
sujetar los caballos, el otro colocaba presuroso una pequeña escalerilla bajo la portezuela, antes de abrirla. Un zapato adornado con una hebilla dorada se asomó y se posó con cautela sobre el peldaño, seguido por la engalanada figura de lord Talbot. Al bajar, el hombre miró en derredor con arrogancia y se acomodó la suntuosa capa sobre los hombros. El lacayo se adelantó para golpear el gigantesco aldabón de la puerta de la mansión, mientras su señoría caminaba melindrosamente hacia la torre de entrada, cargando en la mano izquierda un paquete envuelto en seda.

Paine se presentó para escoltar a Talbot hacia la habitación contigua a la sala principal, donde lord Saxton y su dama recibírían a la visita.

Con la precisión propia de un avezado diplomático, Talbot abordó el tema que le habla llevado a la mansión.

-Debo disculparme por la tardanza de esta reunión. Sólo puedo alegar en mi favor la urgencia de otros asuntos y una falta total de cooperación por parte del clima.

La voz grave y susurrante le respondió con igual franqueza. -Bienvenido a Saxton Hall. -La mano enguantada señaló un sillón cercano-. ¿Por qué no se sienta aquí, junto al fuego? A la vez que Nigel Talbot tomaba el asiento ofrecido, sus ojos se posaron sobre Erienne, deleitándose con la increíble belleza de la joven.

-Es agradable volver a verla, lady Saxton, espero que haya estado usted bien.

-Muy bien, gracias-. La muchacha apenas inclinó la cabeza al corresponder al saludo.

-He traído algunos registros de las rentas que cobré en su ausencia-declaró Talbot al tiempo que mostraba el libro de balances-. Desde luego, usted comprenderá que ha habido gastos que tuvimos que deducir, y éstos alcanzan una considerable suma. Hemos tenido

que contratar algunos guardias para la protección de sus tierras y propiedades. Los animales de rapiña hubieran destrozado el lugar piedra por piedra, y además, no mucha gente acepta a traidores en su tierra.

La cabeza enmascarada se alzó, y la voz áspera de lord Saxton preguntó con tono severo:

-¿Traidores? ¿Qué quiere decir?

-Bueno, todos aquí saben que su padre vendió su apoyo a los escoceses. Se casó con la hija de aquel jefe... -Talbot agitó una mano, mientras trataba de recordar-. ¿Cuál era su nombre? Fue hace ya tanto tiempo que me temo que lo he olvidado.

-Seton -respondió lord Saxton con brusquedad-. Mary Seton.

Nigel Talbot le observó sorprendido.

-¿Seton? ¿Se refiere usted al mismo nombre de Christopher Seton?

-Sí. -El amo de la casa inclinó la cabeza-. El mismo. Mi madre y él son parientes.

-¿Son? -Nigel captó la repercusión de la palabra-. ¿Quiere usted decir que su madre aún sigue viva? -Cerró la boca, mientras el otro asentía y él trataba de ordenar sus pensamientos-. Lo siento, creí que la dama había muerto -murmuró, algo distante.

Lord Saxton se apoyó sobre su sólido bastón, exigiendo la atención del otro con su tenebroso aspecto.

-Aun cuando los asaltantes intentaron atraparnos y $m_at_{ar}$nos a todos, nosotros logramos escapar. Mi madre vive. Talbot frunció ligeramente el entrecejo.

-¿Y los hijos? ¿Qué sucedió con ellos?

El interés de Erienne se agudizó, intensificado por la mención de la palabra «hijos». Había vivido con la idea de que había un único hijo y, una vez más, se percató de lo poco que le había contado su esposo acerca de su familia. El lord parecía muy reservado al respecto, como renuente a compartir con ella esa parte de su vida. Aunque se mantuvo callada durante la conversación, escuchó con atención cada palabra, esperando extraer al na información que problablemente, de otra forma, nunca baría a obtener.

Lord Saxton se giró hacia un lado cuando contestó la pregunta,

-Ambos escaparon con ella.

-Presumo que es usted el mayor, puesto que lleva el título de lord -acotó Talbot-. Pero, ¿qué ocurrió con el menor? ¿Vive él todavía?

Los ojos ocultos tras la máscara se posaron sobre el hombre.

-Según creo, él goza de buena salud. En un futuro, tendrá usted la oportunidad de conocerle.

Nigel Talbot logró inclinar ligeramente la cabeza. -Por supuesto, eso me agradará mucho.

Lord Saxton agitó una mano enguantada hacia el libro de balances.

-Estábamos discutiendo las rentas que usted cobró. Si es ése el registro que lleva usted de ellas, me dedicaré a revisarlo en mi tiempo libre.

Talbot pareció reacio en entregárselo.

-Hay algunos gastos que me agradaría explicar.

-Sin duda tendré muchas preguntas que formularle tras haber estudiado sus cifras -respondió el anfitrión.

Erienne notó los esfuerzos de lord Talbot por controlar los tensos músculos de su rostro. El hombre estaba obviamente irritado, pero su anfitrión no le dejaba alternativa posible. Con ciertos reparos, Nigel entregó el libro.

-Tendré en cuenta que hubo alguna suma de dinero destinada a la protección de mis tierras -declaró lord Saxton, a la vez que apoyaba el libro sobre una mesa-. Y, si me surge alguna pregunta, será usted el rimero a quien acudiré. Por de pronto, enviaré a un hombre a buscar los documentos...

-Los... los he extraviado. -El rostro de Nigel Talbot enrojeció, mientras se esforzaba por encontrar una explicación-. Después de tanto tiempo, no esperará que recuerde ónde se encuentran.

-Soy un hombre paciente -le aseguró lord Saxton con un tono casi amable, a pesar de la aspereza de su voz-. ¿Cree que le bastarán dos semanas para encontrarlos?

Talbot balbuceó una respuesta. -No... no estoy... seguro.

-¿Un mes, entonces? Fijaremos un mes de plazo y veremos ué resulta. Le enviaré a mi administrador aproximadamente entro de un mes. Supongo que ese lapso será suficiente. -La mano enguantada cogió del brazo a lord Talbot con un gesto casi familiar, mientras le conducía hacia la puerta-. Llevará algún tiempo revisar todas las cuentas, pero deseo que sepa que nuestro hogar estará siempre abierto cada vez que usted o su encantadora hija decidan visitarnos.

-¿Stuart?

El lord se volvió ante la llamada de su esposa, que se le acercaba desde la salita,

-¿Sí, mi amor?

La expresión en el rostro de la joven revelaba confusión. -¿Por qué no me has contado que tenias un hermano menor?

Él le tomó ambas manos.

-Te espantarías, mi amor, si conocieras todos los secretos de los Saxton. Por el momento, cuanto menos sepas, mejor. -Entonces, hay algo que me ocultas -insistió ella.

-Con el tiempo, querida, te enterarás de todo lo que hay que saber acerca de mí y de mi familia. Hasta entonces, te ruego que confíes en mí.

-Es muy peligroso el juego que has iniciado con lord Talbot -le advirtió la joven-. Me asustas cuando deliberadamente le provocas.

La máscara de cuero profirió una risa asmática.

-Sólo le estoy ofreciendo algo de carne para masticar. Es la mejor forma que conozco de decidir si es en verdad un cordero o un lobo lo que se esconde bajo esa extravagante piel. Erienne sonrió con pesar.

-Su vestimenta es realmente algo recargada.

Lord Saxton apoyó ambas manos sobre el bastón y habló en un susurro sibilante.

-Sí, milady, y aunque el hecho no resulte tan agradable como desvertirte a ti, tengo intenciones de desnudar al hombre por completo.

## CAPÍTULO 17

Ese viernes siguiente, el landó de lord Saxton se detuvo frente a una indescriptible casa en Carlisle. La figura oscura se apeó del vehículo y alzó la cabeza par hablarle a Bundy, que permaneció en el asiento del cochero.

Después lord Saxton dio media vuelta y caminó hacia la entrada de la casa, golpeando enérgicamente la puerta.

Después de toda una tarde de charla y bebidas, Bundy regresó a la modesta casa de la ciudad y a la hora señalada de antemano, la puerta se abrió para dar paso al lisiado.

Antes de subir al carruaje, lord Saxton se giró para mirar la casa. En una ventana de un piso superior, se corrió una cortina y, un delicado pañuelo de dama se agitó en señal de despedida. El alzó la mano brevemente y luego trepó al vehículo, cerrando la portezuela tras de sí. Un instante después su bastón golpeó enérgicamente contra el techo del coche, y Bundy emitió un potente chasquido, instando a los caballos a emprender la marcha a toda velocidad.

Abandonaron Carlisle y, tras recorrer unos cuantos kilómetros, atravesaron la pequeña aldea de Wrae. Al dejar atrás la ciudad, Bundy aceleró l a marcha de los corceles; cuando cayó la noche, ya habían recorrido gran parte del trayecto de regreso a casa.

Avanzaron velozmente junto a un denso bosquecillo y, al pasar, otro ruido se sumó al murmullo de las ruedas: el sonido de unos cuantos cascos de caballo. Bundy miró nerviosamente por encima del hombro y vio un grupo de jinetes saliendo de los árboles. Golpeó el techo del coche con el mango de su látigo, Para luego dejarlo caer sobre el lomo de los caballos, forzándoles a emprender un enérgico galope.

La carrera se inició, Y las cuatro bestias con sus lustrosos arneses de cuero marcaron un paso endemoniado. Los perseguidores estaban resueltos a alcanzar el vehículo y detenerlo, pero el landó se mantenía siempre fuera de su alcance.

Más adelante apareció una curva pronunciada, que dejaría a la presa fuera de vista, y los cazadores aceleraron la marcha. Se abalanzaron hacia el recodo del camino y, por un momento, *per*dieron el paso, confundidos. El carruaje continuó avanzando y, sobre sus huellas, apareció un jinete encapuchado, con una amplia capa que revoloteaba en la brisa nocturna. El caballo era negro, lustroso, y su crín y cola flameaban como estandartes de ébano al viento. La confusión de los perseguidores fue reemplazada por la decisión de derribar al intruso, y aceleraron el paso de sus monturas. La aparición alzó un brazo, y con una inmensa pistola los apuntó. Un destello, un estruendo y, con un gruñido chillón, uno de los hombres cayó al suelo. El otro brazo del fantasma se levantó, empuñando otra arma. Al poco tiempo, otro hombre se cayó de su corcel, rodando bajo los cascos de los restantes caballos.

El jinete solitario guardó las pistolas en las fundas de las monturas y, profiriendo un punzante aullido, mostró un centelleante sable. Espoleó al potrillo y se abalanzó sobre los perseguidores, dispersándolos en un vuelo salvaje con, repetidos azotes de su espada. Antes de que los maleantes recuperaran el aliento, otro cayó, atravesado fatalmente desde el hombro a la cadera. El sable volvió a brillar bajo la luz de la luna y se ocultó momentáneamente en el pecho de otro hombre.

Uno de los hombres gritó cuando la ensangrentada espada *le* abrió el brazo hasta el hueso. Las riendas cayeron de sus matos agarrotadas y el caballo salió disparado, saltando sobre el ***suelo*** rocoso hasta estrellarse contra un bajo muro de piedra. Incontrolable en medio de su pánico, el corcel arrojó al jinete sobre las rocas. Entonces, el devastador fantasma impulsó su endemoniado corcel hacia los únicos tres que aún continuaban intactos, pero ellos hicieron girar sus monturas y escaparon, temerosos de recibir también el castigo.

Detrás del muro de piedra, el hombre herido trató de huir arrastrándose, al ver que la fantasmagórica figura se le acercaba. El hombre lloró por clemencia, y el jinete nocturno se detuvo un instante, para observar al miserable cobarde. Con la agilidad de un pájaro, el noctámbulo se apeó de su montura, y su capa voló desde sus hombros al modo de gigantescas alas. Se agachó, con el rostro aún oculto bajo su larga capucha, y tomó el euelb de la camisa del hombre. La prenda se desgarró de un solo tirón y, para el asombro del herido, el otro le envolvió el brazo coa un ajustado vendaje. El espectro se puso de pie y sacó el sable, para luego apoyar' la punta sobre la hierba.

-Puede que vivas. -El tono fue áspero y ofuscado- Una penosa odisea para un miserable cobarde como tú, pero eso dependerá de lo que me digas en los próximos minutos.

El bandido miró a su alrededor con nerviosa ansiedad. El carruaje se había detenido a los lejos sobre la ruta, pero el cochero parecia reacio en volver y se mantenía a una prudente distancia.

-¿Tenéis algún campamento? -preguntó el jinete nocturno. -Sí, uno pequeño -respondió el hombre con voz trémula. En cualquier momento, la espada podría alzarse y arrebatarle la vida como lo había hecho con Timmy Sears-. Ya no quedan más campamentos grandes por aquí. Todos estamos acabados ahora, y sólo el capitán sabe dónde se guardan los suministros. Y también el botín -agregó voluntariamente-. No nos permitirán coger nada hasta que usted sea atrapado, eso es lo que dijeron. -Una vez proporcionada la información, el hombre se acurrucó junto a las rocas, afrontando las probabilidades de su destino.

-Si se pusieran de acuerdo, podrían volverse contra su capitán -dijo la terrible voz con tono despectivo-, pero tengo entendido que el precio de la rebelión para los de tu clase suele ser la muerte. Te perdonaré la vida. Está en ti malgastarla. Mi consejo es que tomes un caballo y huyas hacia el sur de lnglaterra. Y luego, reza para que los espías de tu capitán note descubran.

El hombre tembló y se encogió, cerrando los párpados con fuerza y meneando suavemente la cabeza, mientras profería un sonido leve, chillón. Cuando volvió a abrir los ojos, se encontraba solo. Incluso el carruaje había la.,

Un caballo ensillado pastaba en las cercanías, y no necesitó otro incentivo. El jinete endemoniado había dicho una verdad. Entre sus compañeros se sabía que cualquiera que osara desobedecer las órdenes del capitán no encontraría jamás una segunda oportunidad.

La diminuta llama de la vela chisporroteó ante la ráfaga que atravesó la habitación, cuando Erienne caminó hacia la estantería de libros que revestía la pared opuesta. Se hallaba en la pequeña biblioteca en busca de un volumen que había encontrado varios días atrás, mientras curioseaba en el ala clausurada. Erienne se levantó el cuello de la bata y miró a su alrededor en busca de alguna abertura por donde pudiera penetrar la ráfaga. Caminó hacia las ventanas y las encontró firmemente cerradas. Entonces, advirtió que la diminuta llama de su vela había dejado de oscilar.

La joven dio media vuelta hacia la estantería, y un punzante escalofrío le corrió por la espalda. Le parecía imposible que una ráfaga pudiera soplar entre los estantes; sin embargo, al detenerse

junto a ellos, la llama de la vela que sostenía en la mano se había inclinado bruscamente.

Erienne avanzó lentamente, sin apartar la mirada de la brillante luz. Cuando se acercó, la diminuta llama comenzó a encogerse y a danzar sobre la mecha. El corazón de la joven empezó a latir con violencia. Se detuvo frente a los estantes y un remolino de aire hizo girar su bata, rozándole las piernas desnudas. Sostuvo la vela junto al sector de donde provenía la ráfaga, y la luz casi se extinguió. Una malla de alambre se hallaba inserta en las puertas y, al mirar al través, Erienne notó que, en esa sección, los estantes se encontraban algo inclinados hacia un lado. La joven abrió la puerta y empujó uno de los anaqueles ladeados.

Entonces, toda la estantería se deslizó hacia atrás, permitiendo el paso de una mayor corriente de aire. Erienne comenzó a temblar, porque la ráfaga era tan helada como el viento frío del invierno.

La joven sofocó su primer impulso de escapar hacia su recámara y volvió a empujar el borde de los estantes. Los anaqueles giraron, descubriendo un pequeño recinto, donde reinaba una completa oscuridad, fuera de la tenue luz de la vela. Sumamente tensa, Erienne atravesó la puerta para introducirse en un angosto corredor. Levantó la vela y miró a su alrededor. Una escalera conducía a un piso inferior y, con ciertos reparos, la joven comenzó a bajar los peldaños, temblando ante la corriente de aire que penetraba por el ruedo de su bata. El corazón le palpitó con fuerza y su respiración se hizo irregular por la tensión que la embargaba.

I Descendió por las escaleras hasta llegar a la base y volvió a alzar la vela para inspeccionar los alrededores. Le pareció encontrarse en una larga y estrecha cueva que se extendía hacia una luz tenue y distante. La brisa helada invadió sus ropas, pero ella a enas lo advirtió, mientras seguía avanzando hacia el débil reflejo de luz. Al acercarse al final, advirtió que el pasadizo terminaba en curva, y era de esa zona donde provenía la iluminación.

Temblorosa, tanto por el frío como por sus propias aprensiones, la joven apagó la vela y caminó por el recodo del pasillo. Entonces, se detuvo y contuvo la respiración. La alta figura de un hombre vestido de negro se movía más allá del farol que colgaba de un ancho inserto en uno de los muros. Ella sólo pudo verle la espada, pero reparó en que todas sus ropas eran oscuras, desde la camisa de mangas largas hasta las elegantes botas. Los movimientos del hombre le resultaron familiares, pero sólo cuando él se giró bajo la luz, se dio cuenta de cuán bien lo conocía.

-¡Christopher! -La exclamación se escapó de los labios de Erienne.

Él alzó la cabeza y, con los ojos apenas entornados hacia la luz, se acercó a la joven con una pregunta.

-¿Erienne?

-Sí, soy Erienne -confirmó ella, experimentando una serie de dispares emociones: primero, alivio. uego, placer, temor y, finalmente, furia. Y se aferró a la furia para ocultar los sentimientos más tiernos-. ¿Qué está haciendo usted aquí?

Los ojos verdes brillaron al apreciar la belleza de la joven que acababa de penetrar el círculo de luz. Al alzar la mirada, él sonrió y emitió una sencilla respuesta.

-Explorando.

-¿Explorando? ¿En la casa de mi esposo? ¡Cómo se atreve, Christopher! ¿Acaso no tiene dignidad? -Erienne tuvo que realizar un enorme esfuerzo para mantener su actitud airada. Había temido no volver a verlo jamás, y el recuerdo de ese hecho no podía ser fácilmente desechado.

-El sabe que estoy aquí -respondió Christopher con tono despreocupado- Pregúntele cuando regrese.

-Eso haré.

Él volvió a dirigirse a ella con una pregunta. -¿Cómo logró encontrar el camino hasta aquí? La joven se encogió de hombros y se giró.

-No podía dormir, y fui a la antigua biblioteca para buscar un libro. Percibí una ráfaga que provenía de la estantería y descubrí el pasadizo.

-Debería haber cerrado mejor los estantes la última vez que los usé -meditó él en voz alta.

Erienne se volvió para mirarlo con expresión sorprendida. -¿Quiere decir que esta noche entró por algún otro lado? Christopher esbozó una lenta sonrisa.

-¿Supuso que me arriesgaría a la tentación de pasar junto a su recámara? Entré desde el exterior.

Aun cuando un ligero rubor afluyó a sus mejillas, la joven no pudo evitar formular la pregunta.

-¿Y también resistió la tentación de pasar frente a la recámara de Molly?

Christophe$_r$ frunció el entrecejo al toparse con la mirada distante de la niña.

¨¿Molly? Por favor, señora. Soy algo más exigente que eso. Erienne se sintió invadida por una súbita sensación de feliidad, pero la ocultó tras una segunda pregunta, agitando la mano para señalar los alrededores.

-¿Para qué se utiliza este pasadizo?

-Para lo que sirva. La madre de su esposo lo usó para escaparse con sus hijos cuando el antiguo lord fue asesinado. -Pero, ¿para qué lo está utilizando usted ahora? ¿Por qué ha venido usted aquí?

-Será mejor que no averigüe la respuesta a esa pregunta. -Enarcó las cejas y miró al a joven fijamente-. Y confío en que no le hablará a nadie de esto, excepto a Stuart. -Aguardó expectante una contestación.

-¿Es usted ladrón? -preguntó ella con brusquedad. Él soltó una breve carcajada.

-No precisamente.

Erienne se sintió decepcionada ante la reticencia del hombre a responder, y el tono de su voz reveló su frustración. -Ojalá alguien pudiera explicarme qué está ocurriendo aquí. -Es todo parte de una antigua lucha --dijo él con un suspiro-, y los detalles no siempre resultan muy claros.

-Me agradaría oírlos, Christopher -insistió ella-. Ni siquiera Stuart confía en mí, y tengo derecho a saber, no soy una niña.

La sonrisa de Christopher se intensificó, al tiempo que sus ojos devoraron el cuerpo de la joven.

-En eso tiene razón, señora. -Luego, su sonrisa se desvaneció y su expresión se hizo más seria-. Pero, por otra parte, debo ser extremadamente cauteloso. Mi vida depende de ello.

-¿Acaso cree usted que yo hablaría con alguien si eso significara su muerte? -preguntó la joven, ofuscada.

-Usted ya ha manifestado el odio que siente por mí, milady -le hizo notar-, y jamás me ha dado razones para confiarle ni¡ vida.

Erienne le miró fijamente a los ojos.

-Yo no le deseo ningún daño, Christopher.

El meditó la respuesta durante un largo rato y luego preguntó súbitamente:

-Su padre. ¿Le debe usted fidelidad a su padre? -Yo no le debo nada a ese hombre.

-Es usted muy fría -observó él.

Erienne se sintió algo confundida en el súbito cambio de tema y trató de regresar a la conversación que ella había iniciado. -¡Mi padre no merece nada... ! -Entonces, bajó la cabeza, siguiendo la mirada de Christopher,y advirtió que los capullos de sus pechos se erigían tensos bajo la delicada tela de su bata.

Una ola de vergüenza acaloró sus mejillas y se giró, cruzando los brazos sobre el busto y gruñendo su frustración contra el hombre.

Christopher rió y tomó su chaqueta para cubrir a la joven. -La prefiero descubierta y dulce -le murmuró al oído con ternura-, y con el cabello suelto.

Erienne se sintió sofocada por la proximidad del hombre. Todo su ser comenzó a temblar con violencia,pero sabía que el menor indicio de debilidad sólo conduciría al desastre.

-Estaba a punto de explicarme la historia de esta cueva -le recordó por encima del hombro.

Él soltó una breve risita y se apartó, frotándose las manos mientras se paseaba por toda la cueva.

-Supongo que, primero, debería darle una breve reseña del antiguo lord Broderick Saxton era un hombre pacífico, instruido, atrapado en las encarnizadas luchas entre ingleses y escoceses. -Caminó hacia el final de la cueva con aire pensativo, cerrando la pesada puerta y regresando para detenerse frente a la joven-. Hace aproximadamente unos cincuenta años, hubo un violento levantamiento de jacobítas. Algunos escoceses, la mayoría proveniente de las Tierras Bajas, apoyaron a la corona inglesa; mientras que los de las Tierras Altas, comandados por Bonnie Charne, alzaron sus espadas y prometieron liberar sus terrenos. La frontera se desplazó en varias ocasiones, y Saxton Hall quedó atrapada en medio de esa lucha entre ambos bandos. El lord de la mansión buscó establecer un convenio pacífico entre sus parientes y los ingleses. Su propio padre era inglés y su madre pertenecía a un clan de las Tierras Altas de Escocia. Debido a su lealtad, se le permitió conservar las tierras cuando la contienda finalizó y Cumberland pasó a formar arte de Inglaterra. Algunos le guardáron rencor y dijeron toda clase de perversidades en su contra. El se casó con Mary Seton, también miembro de un clan de las Tierras Altas, y ella le dio dos hijos. Unos años más tarde, cuando el menor aún no había cumplido los diez, una banda de hombres llamaron al antiguo lord fuera de la mansión, después de que la familia ya se había retirado a dormir. Cuando el lord salió de buena fe, el líder del grupo le asesinó, antes de que él pudiera sacar su espada. Algunos sostienen que fueron los de las Tierras Altas quienes se le acercaron para llevar a cabo su venganza.

Christopher hizo una larga pausa, ensimismado en sus pensamientos, y luego prosiguió con la historia.

--Otros afirman que no fueron las bandas del norte, sino un grupo de ingleses que odiaban a los escoceses y sentían celos de él.

Christopher dejó escapar una breve risita burlona. -Encontrármelo ahora podría resultar muy interesante. probable que hasta llegara a retarme a duelo para defender el honor de su esposa. -Enarcó una ceja al mirar a la joven-. ¿Acaso sufriría usted si él llegara a lastimarme?

-¿No se da usted cuenta de que algo así podría suceder? -preguntó ella, furiosa ante la increíble petulancia con que el hombre desechaba la posibilidad.

-No se inquiete, mi amor -la tranquilizó él con una sonrisa-. Si lo oigo venir, correré, y, con 1o torpe que es, jamás logrará alcanzarme. -Estrechó la delicada figura contra su cuerpo y sonrió frente a la mirada reprobadora de la joven-. Me agrada sentirla entre mis brazos.

-Compórtese, señor -le amonestó Erienne con brusquedad, ignorando los violentos latidos de su corazón.

-Eso intento, señora. De verdad que lo intento.

Con cierta timidez, ella le rodeó el cuello con el brazo se relajó contra su imponente pecho, al tiempo que sostenía el farol para iluminar el camino. Christopher permaneció en silencio al subir las escaleras y, aunque mantuvo la mirada apartada, la ¡o. ven pudo percibir el calor de los implacables ojos verdes. En pocos instantes, alcanzaron el corredor que conducía a la otra sala p sin errar la dirección, él giró por el pasillo que los llevaría hasta la recámara de lady Saxton.

Erienne observó ese hecho y recordó la noche en que Christopher se había detenido frente a su puerta.

-Usted parece conocer muy bien esta casa. Incluso el camino hacia mi recámara.

-Sé dónde se encuentran las habitaciones del lord y que usted se aloja en ellas -respondió él, mirándola a los ojos. -Creo que jamás volveré a sentirme segura en esta mansión -declaró ella, con más verdad que sarcasmo.

Una sonrisa diabólica iluminó el rostro de Christopher. -Nunca me atrevería a imponerle mi voluntad, milady. -He tenido que defenderme con demasiada frecuencia para

creer en esas palabras -afirmó la joven.

El se detuvo frente a la recámara, y, tras girar el picaporte, abrió la puerta con el hombro. Llevó a la niña hacia el interior e hizo una breve pausa junto a la mesa para permitir que ella depositara allí el farol. Luego, prosiguió su camino hacia la cama.

-Yo no soy sino un hombre con una dosis normal de vitalidad -declaró-. ¿Puede culpárseme por admirar a una mujer de extraordinaria belleza?

Las cobijas se hallaban desdobladas, y Christopher depositó

a la joven sobre la suavidad de las sábanas. Sus ojos verdes buscaron las profundidades color amatista y encontraron en ellas una incertidumbre que le confundió y, al mismo tiempo, le fascinó. Fue eso lo que lo obligó a apartarse, aun cuando anhelaba expresar sus sentimientos. Sintió un irresistible deseo de besar esos dulces, delicados labios y satisfacer sus pasiones, mientras la diminuta llama de la vela iluminaba esas os enormes lagunas violáceas. Sin embargo, habría mucho que perder si actuaba con insensatez, y aún no estaba dispuesto a arriesgarse.

Galantemente, se llevó los dedos de la joven a los labios y dejó caer en ellos un tierno cálido beso. Luego, dio media vuelta, cogió el farol y se marcó definitivamente de la recámara. Transcurrió mucho, mucho tiempo antes de que Erienne lograra aplacar sus temblores.

Las campanadas del reloj de la sala marcaron el paso de media hora antes de que Erienne oyera las inseguras pisadas de su esposo acercándose por el corredor. La joven observó la

puerta hasta que apareció la oscura figura, y se sorprendió ante la súbita culpa que experimentó en su interior. Reacia en aceptar la idea de estar sucumbiendo al persistente galanteo del yanqui, palmeó la cama, invitando a lord Saxton a sentarse a su lado. Cuando él obedeció, ella se incorporó sobre las rodillas para abrazarlo, apoyándole la mejilla sobre el hombro.

-¿Te enojarás conmigo si te cuento que descubrí un pasadizo hacia la cueva? -susurró Erienne.

El lord giró su cabeza encapuchada, como sorprendido ante tal afirmación.

-Entonces, te ruego discreción, querida. Sería lamentable que alguien más lo descubriera.

-El secreto está seguro en mí.

-Eres una esposa fiel, Erienne. Sin duda, mejor de lo que merezco.

-¿Vienes a acostarte? -le instó ella, deseosa de desechar el recuerdo de ese momento en que Christopher la había mirado a los ojos y sus emociones habían librado una terrible batalla.

--Sí, mi amor. Permíteme apagar las velas.

-¿No las dejarás encendidas para que yo pueda conocerte mejor? Con la luz, probablemente el rostro del otro dejara de acosarla. Cada vez la atemorizaba más su propia imaginación que lo que pudiera ocultarse tras la máscara de su marido.

-Con el tiempo, cariño. Con el tiempo.

Más tarde, la joven se encontró acurrucada contra el pecho de su esposo; completamente satisfecha, aunque más atormentada que nunca. Esta vez, las impresiones de Christopher Seto, habían sido mucho más intensas, acosándola incesantemente mientras Stuart le hacía el amor.

Las efímeras incursiones del rostro del yanqui en sus momentos más íntimos con su esposo la hacían víctima de una acusadora conciencia.

-¿Stuart?

-¿Sí, mi amor? -susurró él en la oscuridad.

-Farrell vendrá mañana, y prometiste ayudarlo una vez más con las pistolas. ¿Te molestaría enseñarme a mí también?

Su esposo le contestó con otra pregunta. -¿Para qué, mi amor?

-Me agradaría aprender a disparar... si acaso alguna ***vez llegara*** el momento en que fueras sacado de esta mansión por la fuerza. Si puedo, quiero ser capaz de defenderte.

-Si ése es tu deseo, querida. No veo nada de malo en ello. Al menos, podrás protegerte a ti misma si algo llegara a suceder. -¿Puedes enseñarme a disparar tan bien como lo haces tú? -preguntó ella con entusiasmo.

Él soltó una estruendosa carcajada.

-¿Qué, y permitir que te vuelvas en mi contra cuando te enfades conmigo? -Hizo una pausa y advirtió que su esposa hablaba en serio-. Esa habilidad, querida, se adquiere con años de práctica y la apremiante necesidad de defenderse la vida. Yo sólo puedo enseñarte el uso y el cuidado de las armas. Lo otro viene con el tiempo. -Posó los labios sobre el cuello de la joven-. Es como el amor. Sólo se perfecciona con una esmerada práctica.

Al finalizar la tercera semana, la joven ya empezaba a disparar con razonable precisión. Farrell había regresado a Mawbry el lunes anterior y, en los días siguientes, ella contó con la com
pleta atención de su esposo, la cual fue brindada con generosa familiaridad. La presión de un brazo contra sus pechos para ayudarla a apuntar; el roce de las caderas masculinas contra sus nalgas; o una mano enguantada ajustando la culata del pedreñal, mientras la otra descansaba accidentalmente sobre su busto. Este íntimo contacto era una muestra del placer que experirnentaba él al reclamar a la joven como suya y, cuando esos dedos de cuero acariciaban sus partes más íntimas, ni un rastro de temor o repulsión perturbaba la serenidad de la joven. Sólo esa atormentadora imagen en un rincón de su mente no le permitía descansar.

La curiosidad de Erienne sobre la cueva se acrecentó. No podía olvidarla, ni se sentía satisfecha con las explicaciones de Christopher. En los días siguientes al descubrimiento, la joven
se había percatado de que él sólo le había proporcionado una breve reseña histórica de la familia y había evitado responder las preguntas concernientes a las funciones actuales del pasadizo. Cuando hizo el intento de interrogar a lord Saxton al respecto, él se encogió de hombros y le aseguró que todas sus dudas serían satisfechas en un breve lapso.

El lord se había marchado por todo el día y los sirvientes se encontraban limpiando la otra parte de la mansión, cuando la idea de la cueva volvió a impulsarla hacia la antigua biblioteca. Esta vez, se preparó para la exploración y, provista con un farol del establo y una abrigada pañoleta del armario, se lanzó a la exploración. Se deslizó con rapidez a través de la abertura de los estantes y la cerró tras sí cuidadosamente.

La angosta escalera la condujo al nivel inferior, y continuó su camino, dejando atrás el recodo y acercándose al área donde había encontrado a Christopher. Esta vez, el corredor se hallaba vacío y, mirando en derredor, no descubrió nada más interesante que unas cuantas riendas colgadas de una barra, una silla de madera, un armario cerrado y, junto a éste, un par de botas negras. Caminó por entre los escasos muebles y se dirigió hacia la puerta que había visto cerrar a Christopher. Esta estaba hecha de pesados tablones y sólo se encontraba trabada por un tablón que podía levantarse fácilmente de ambos extremos. Un delgado, tenue haz de luz se filtraba por debajo del portal, tentando a la joven a abrirlo.

En un primer instante, se sintió algo confundida, puesto que lo único que encontró fue una densa mata de matorrales. Apenas había suficiente lugar para pasar, pero arrambándose a un lado Erienne logró atravesar la abundante maleza y se encontró frente a un pequeño bosquecillo sobre la ladera de una colina que, gradualmente, se alejaba de la mansión. Sobre

la masa de árboles, pudo ver varias de las gígantescas chimeneas que emergían de los empinados techos. La densa mata de arbustos cubría la tierra, ocultando cualquier rastro que pudiera haber dejado un caminante, pero en un largo tramo de nieve podían verse las impresiones recientes de unas pisadas masculinas. Las huellas eran demasiado cortas y anchas para ser de Christopher,y puesto que tampoco pertenecían a su esposo, Erienne llegó a la conclusión de que alguien más conocía el pasaje secreto.

Curiosa, la joven alzó la cabeza para inspeccionar la campiña. No vio nada fuera de lo común: una colina cubierta de árboles, un pequeño arroyo serpenteado a través del valle, unas rocas irregulares proyectándose desde la cuesta. Estaba a punto de regresar, cuando un rápido movimiento furtivo atrajo su atención.

Observó atentamente entre los árboles, preguntándose si sólo habría sido su imaginación. Entonces, volvió a verlo: era un hombre, vestido con ropas de tonos opacos, que saltaba de arbusto en arbusto, casi oculto ente las oscuras sombras del bosque.

El corazón de Erienne comenzó a palpitar con fuerza. Por alguna razón, esa figura baja y fornida le resultaba familiar, y sintió curiosidad por averiguar de quién se trataba. Se levantó las faldas y corrió por la ladera, sin detenerse un instante, resbalando y deslizándose por la hierba húmeda. La brisa helada atravesó la pañoleta e intensificó el rubor de sus mejillas. A su paso, las ramas tiraban de sus prendas y le deshacían el elegante peinado. El hombre continuó, ignorando la presencia de su perseguidora. Al salir de un espeso matorral, Erienne hizo una pausa y se ocultó tras un arbusto, al ver que él se detenía para ech ar un vistazo en derredor. El hombre miró por encima del hombro en dirección a la joven, y ella contuvo la respiración al ver el rostro de Bundy a través de una enmarañada red de ramas. Se llevó una mano a la boca y se encogió, preguntándose qué asuntos secreto habría llevado allí al sirviente y por qué razón no se encontraba él con su esposo. Ella hubiera jurado que ambos habían partido juntos en el carruaje.

Bundy continuó su camino, saltando a través del arroyo que zigzagueaba por entre los árboles, y Erienne descubrió hacia dónde se dirigía. Una diminuta cabaña se levantaba al pie de una colina, apenas visible tras un pequeño bosque. Un alto, frondoso seto la bordeaba y, por detrás, asomaban las ruedas de un coche. Un pequeño sendero se extendía entre los árboles, deteniéndose cerca del vehículo.

Bundy se deslizó a través del cerco, pero la vegetación era tan densa que impedía ver lo que se ocultaba detrás. Erienne se sobresaltó al oír un potente relincho y un súbito golpeteo de cascos, como si un caballo se hubiese sorprendido ante la aparición del hombre. La joven oyó la risa de Bundy y luego el chirrido de una bisagra, similar al ruido que produce una puerta al abrirse. Confundida, dejó su escondite y se lanzó a correr hacia el arroyo. Allí se detuvo por un instante, hasta que encontró un camino de rocas que le permitió cruzarlo.

Se acercó al seto y aminoró la marcha con cautela. Aun así, el resoplido y el penetrante relincho de un caballo reveló que el animal había ercibido su presencia.

¡Q ue díáblos te ocurre, Saracen! -exclamó Bundyr--Tranquilizate. El caballo volvió a relinchar y, según el sonido de sus cascos, se movió nerviosamente hacia adelante y atrás.

-Ahh, ya sé qué ha lastimado tu orgullo. El amo te abandonó y tomó a tu rival, ¿eh? Bueno, no debes sentirte rechazado, mi fino v precioso potrillo. Él te reserva para lo mejor, eso hace. Ello es innegable.

Erienne espió a través del cerco y vio un animal imposible de olvidar. Un brillante potrillo negro sacudía la cabeza con agitación y caminaba inquieto por el pequeño corral. Tenía un aspecto majestuoso, arrogante, que pocos corceles podrían igualar. El animal se detuvo un instante, con las orejas levantadas, y sus inmensos, vivaces ojos

miraron en dirección a la joven. Luego, soltó un resoplido y continuó moviéndose, haciendo revolear su larguísima cola.

Erienne apartó la mirada de la magnífica bestia para inspeccionar el área protegida por el cerco. Había dos corrales diferentes, separados por un camino. Seis caballerizas cerradas se levantaban junto a la cabaña, dos de las cuales se comunicaban por una puerta con los corrales. Cuatro corceles iguales se hallaban guardados en los establos más pequeños, mientras que el mayor, opuesto al de Saracen, se encontraba vacío.

Erienne frunció el entrecejo con aire pensativo. La cabaña se hallaba en las tierras de su esposo, pero ella jamás había tenido idea de que existiera. Bundy, sin embargo, parecía muy familiarizado con el lugar, al igual que con los animales. Al igual que la apartada cabaña, el hombre solía ser muy reservado, excepto con lord Saxton.

La joven se apartó de los arbustos e inició su regreso hacia el arroyo. Dado que la lealtad de Bundy hacia su esposo era evidente, no creía que el sirviente pudiera provocarles ningún daño. Sin lugar a dudas, lord Saxton conocía el lugar y, fuera lo que fuese lo que este hombre y Christopher Seton hacían, no podía ser ilegal.

Le resultó difícil descubrir nuevamente la entrada al pasaje, y tuvo que retroceder dos veces sobre sus pasos para encontrar los arbutos que la cubrían. Varios minutos más tarde, se encontró en la recámara, desembarazándose del sucio vestido. Volvió a ponerse presentable y, tres horas después, le informaron de la llegada de su esposo. Corrió a recibirlo en la puerta y se detuvo en la torre de entrada para observar el carruaje, que se dirigía a la mansión. A medida que éste se acercaba, la sorpresa de Erienne aumentaba, porque los cuatro caballos que lo tiraban eran muy similares a los que había visto en los establos de la cabaña. Aun cuando no había inspeccionado el vehículo que asomaba tras la Pequeña casa, el landó de su marido se veía casi idéntico.

Los ojos de Erienne se posaron en el cochero, y un súbito escalofrío le recorrió la espalda. ¡Bundy estaba conduciendo! La mente de la joven comenzó a trabajar rápidamente, tratando de encontrar una explicación lógica a ese dilema, pero-sus esfuerzos resultaron vanos. Lord Saxton había estado fuera durante toda la tarde. Entonces, ¿cómo podía Bundy encontrarse con él?

La sonrisa que había preparado para recibir a su esposo no fue más que un pálido reflejo de su anterior predisposición. $S_{us}$ ojos revelaron su consternación e, incapaz de afrontar la mirada de la máscara, la joven se giró hacia la torre cuando él se acercó, permitiéndole que la cogiera por la cintura. No podía sospechar que lord Saxton estuviera enredado en algún romance clandestino, pero algo extraño estaba sucediendo allí. Las piezas no encajaban correctamente, y ella sólo pudo preguntarse qué misterio involucraba a su marido, a Bundy y a Christopher Seton.

## CAPÍTULO 18

Poco antes del crepúsculo de la tarde siguiente, Erienne se encontraba en la torre de la entrada, observando el landó alejarse de la mansión. La joven sentía curiosidad por saber hasta

dónde se extendería el trayecto y la intrigaba el secreto que rodeaba a la pequeña cabaña y el magnífico corcel negro allí oculto. Numerosas preguntas habían comenzado a acosarla. Las acusaciones de lord Talbot y el alguacil concernientes al jinete nocturno le vagaban por la mente. Pese a su manifiesta confianza, no podía olvidar la imagen de Ben nadando en su propia sangre junto a una figura negra, enmascarada, sujetando un cuchillo ensangrentado en la mano. La idea la atemorizaba y debilitaba la fe que había depositado en su esposo.

Cuando el carruaje desapareció de su vista, un irresistible impulso creció en su interior. Tenía que averiguar si el vehículo se detenía en la cabaña. Tal vez, si encontraba allí a su esposo, él le contaría ué estaba sucediendo y entonces, con suerte, ella podría desear todos sus temores. Necesitaba asegurarse. ¡De cualquier forma! ¡No importaba cómo!

Una vez más, buscó un farol y una pañoleta de lana, y se dirigió al pasadizo. Las diferentes aberturas y recovecos ya le resultaban familiares, y caminó hacia el recodo con más confianza. Una luz brillaba desde el área donde había encontrado a Christopher y, con suma cautela, apagó su farol y tomó sigilosamente la curva. El pasadizo estaba vacío, pero al acercarse a la luz oyó un sonido leve detrás de la puerta y vio girar el picaporte. Estuvo a punto de lanzar una exclamación cuando apareció Christopher con paso firme, vestido con las mismas ropas oscuras con que le había visto la última vez. El parecía muy seguro de sus pasos, ya que se dirigió directamente hacia el armario cerrado y, arrodillándose, colocó una llave en el cerrojo. Erienne contuvo la respiración y le observó sacar un par de pistolas y un largo sable, enfundado en una lujosa vaina. Christopher se acomodó el cinturón que contenía la espada alrededor de sus delgadas caderas y luego afirmó las pistolas en los estuches de cuero. Entonces, volvió a cerrar el armario y desapareció rápidamente por la puerta, permitiendo a Erienne apoyarse relajada contra el muro.

Los pensamientos de la joven comenzaron a girar en un caótico frenesí. Nada bueno podría resultar de las armas que el hombre había extraído del armario. De hecho, la sola imagen de las pistolas y el sable presagiaba un peligroso conflicto. Pero, ¿con quién? ¿Con otro Timmy Sears? ¿O con algún decrépito anciano borracho?

De pronto, una corriente helada paralizó el corazón de Erienne. El jinete noctámbulo vestía de negro y aparecía en la oscuridad, para ejecutar sus crímenes por medio de una espada y derramar la san re de sus víctimas por la tierra. Christopher tenía un sable, y levaba ropas negras. Oculto en una pequeña cabaña, había un poderoso corcel negro que podía volar con la velocidad del viento. La combinación del hombre y bestia era, sin duda, temible.

Erienne salió de las sombras y encendió su farol, para luego regresar apresuradamente por el pasadizo. No había tiempo que perder si deseaba averiguar las intenciones de Christopher. Si caminaba hasta la cabaña, para cuando lograra llegar, hombre y potrillo se habrían marchado, dejando todas sus preguntas sin respuesta. Y ella necesitaba averiguar si sus temores eran, o no, infundados.

Sólo cuando entró en el establo para sacar a la yegua Morgana, se percató de cuán arriesgado era cabalgar en la noche vestida de mujer. Mientras meditaba sobre el próximo paso a seguir, su mirada se posó sobre una ropa que se hallaba colgada de una soga frente a la caballeriza. Entre la escasa variedad de prendas, había una camisa, una chaqueta corta y unos calzones de muchacho, todos de tamaño suficientemente adecuado para ella.

Ignoró su propia montura y eligió una para hombre. Montó con la ayuda de un pequeño barril vacío, espoleó los flancos de la yegua y abandonó el establo, alejándose de la casa en dirección a la cabaña. El crepúsculo había bañado la campiña de un intenso tono purpúreo, pero las crecientes sombras de la noche devoraban ávidamente la tenue luz. Sólo por accidente, logró Erienne divisar la figura oscura de un jinete, montado sobre un caballo negro, cabalgando por el camino a considerable distancia. Con la certeza de que se trataba de Christopher Seton, la joven se lanzó a la caza. No pretendía darle alcance, ni creía poder lograrlo si la persecución se transformaba en una carrera. Su sola intención era averiguar qué se proponía el hombre y si ella tenía alguna razón para sospechar que él era el temible vengador nocturno.

La luna rompió sus vínculos con la tierra y se elevó hacia las alturas, para lanzar su luz plateada sobre la campiña, revelando el aradero de la figura negra. Erienne la siguió sobre valle y colina , a través de arroyos y charcos, a veces, divisando apenas a su presa sobre una lejana cuesta. La distancia entre ambos se amplió y ella comenzó a preocuparse cuando perdió el rastro del hombre. El camino giraba en una curva y continuaba bordeando un arroyo poco profundo. Resuelta a ganar terreno, Erienne condujo a la yegua a través del agua. Los cascos del animal repiquetearon sobre el lecho rocoso, y los ecos retumbaron por entre los árboles que rodeaban el camino. Fue un acto de pura insensatez, puesto que el perseguido se había detenido más adelante entre as sombras.

Christopher alzó la cabeza al oír la cercanía de otro jinete. Él se había percatado de que alguien le había seguido, y decidió poner punto final a ese juego. Hizo girar al potrillo y comenzó a avanzar paralelamente al camino. Sabia el lugar justo donde encarar al sujeto.

Al salir del arroyo, Erienne condujo a la yegua por la cuesta y luego se lanzó hacia el camino a un trote rápido. Había perdido el rastro del jinete oscuro y la idea de que él pudiera haber tomado otra dirección la impulsó a acelerar la velocidad de su corcel. Se encontraba atravesando un pe ueño terraplén rodeado de árboles, cuando una figura negra se alanzó sobre ella desde la maleza. La joven profirió un violento grito cuando una mano firme la sacó de su montura.

Christopher advirtió de inmediato su error, puesto que el cuerpo que cargaba era demasiado suave y liviano para pertenecer a un hombre. Giró en el aire para recibir el impacto de la caída y proteger así la frágil figura femenina. Al mismo tiempo, un furioso relincho penetró el aire de la noche, cuando él arrebató las riendas de la mano de la dama y tiró violentamente de la embocadura del caballo.

No bien se detuvo sobre el polvo del camino, Christopher alzó la cabeza para ver el feroz retroceso de las patas blancas de la yegua. Reconoció al animal de inmediato y entonces supo quién era la intrusa. Previendo una enloquecida venganza del corcel, se arrojó sobre la indómita gata que había atrapado. El enérgico caballo dio un salto por encima de ambos cuerpos y se alejó en la misma dirección en que había llegado.

La mirada de Christopher se fijó sobre su salvaje presa. En un frenético esfuerzo por liberarse, Erienne arañó el rostro de su opresor con las uñas e intentó arrancarle el cabello con violentos puñetazos. El se vio en apuros para defenderse, hasta que logró atrapar los rebeldes brazos de la joven, utilizando su gigantesc$_o$ tamaño para dominar a lady Saxton.

Erienne quedó firmemente atrapada en el medio del camino. Sus enloquecidos forcejeos le habían revuelto el cabello y las ropas hasta un punto indecoroso. Su camisa y chaqueta se habían abierto durante la lucha, dejando sus senos desnudos contra el firme pecho masculino. El simple par de calzones que llevaba puestos no lograba amortiguar la creciente presión ejercida sobre sus delicadas caderas. Se hallaba sujeta cara a cara con su capturador y, aun cuando el rostro se encontraba en penumbras, no cabían dudas sobre su identidad, ni sobre la sonrisa lasciva que, con seguridad, se estaba dibujando en sus labios.

-¡Christopher! ¡Bestia! ¡Suélteme! -Forcejeó con furia, pero todos sus esfuerzos fueron vanos.

Los dientes de Christopher brillaron en la oscuridad tras su amplia sonrisa.

-No, señora. No, hasta que prometa controlar su pasión. Me temo que en poco tiempo podrían llegar a irritarme sus esmeradas atenciones.

-¡Lo mismo digo, señor! -replicó la joven.

Él respondió con un exagerado suspiro de desaliento. -Es una lástima. Ya comenzaba a disfrutar el momento. -¡Eso he notado!-exclamó ella sin pensar y luego se mordió el labio, deseando que él no interpretara el significado de sus palabras.

Christopher lo interpretó. No podía ignorar el efecto que el cuerpo semidesnudo de la dama tenía sobre él, y respondió con una nota de humor en la voz.

-Puede usted condenar mis pasiones, señora, pero le aseguro -Sí-asintió son provocadas.

-~i -asintió Erienne con tono burlan-, por cada una de las faldas que se encuentra a su paso.

-Le juro que no es precisamente una falda lo que me atrae en este momento. -Sujetó las muñecas de la joven con una sola mamo y le señaló el cuerpo con la otra, para luego proseguir con aire pensativo-: Se trata más bien de un par de calzones. ¿Cómo es esto? ¿Acaso mi emboscada se ha convertido en un muchacho de establo?

La indignación de Erienne aumentó ante el. desparpajo con que él la acariciaba, como si tuviera todo el derecho a hacerlo-i Suélteme, ... eh ... eh ...asno! -Fue ése el término más insultante que se le ocurrió en el momento-. ¡Suélteme! -¿Asno, dice?-se mofó Christopher-. Señora, perimítame recordarle que los asnos sirven para montar y, en este instante,

es usted quien está cargando mi peso. Ahora bien, sé que las mujeres están hechas para cargar, ya sea con sus esposos o con la simiente que ellos plantan, pero yo no diría que usted tiene la forma, ni siquiera el aspecto, de un asno.

Erienne hizo rechinar los dientes con impaciencia. No toleraba la costumbre de ese hombre de convertir el comentario más e en una demostración de ingenio. Y ya no podría soportar simple más el contacto de ese imponente cuerpo masculino.

-¿Me haría el favor de soltarme?

. -Seguro, cariño. -Christopher obedeció, como si su única intención fuera satisfacer cada deseo de la dama. Ayudó a la joven a ponerse de pie y muy solícitamente le sacudió el polvo del trasero.

-¡Suficiente! -gritó ella. Los calzones estaban demasiado gastados y apenas si le brindaban alguna protección frente al íntimo contacto de esa poderosa mano.

Christopher se enderezó, pero no alzó la mirada para afrontar la de la joven y, al seguir la dirección de los ojos verdes, Erienne descubrió sus pálidos senos completamente desnudos bajo el escote abierto de su camisa. Con una exclamación de sorpresa, ella se acomodó la prenda y se apresuró a atar las cintas. Entonces, la mirada de Christopher descendió para observar con asombro las caderas femeninas.

-¿Podría decirme por qué se pasea usted con este ridículo disfraz?

Erienne se apartó y, una vez solucionado el problema de la camisa, comenzó a sacudirse el polvo con petulancia.

-Hay muchos -le respondió con tono severo- que se abalanzarían sobre una mujer que pasea sola durante la noche, y mí idea fue vestirme de muchacho para pasar inadvertida. No sabía que temía usted la costumbre de arrojarse como un lunático sobre cualquier transeúnte.

Los ojos de Christopher acariciaron la espalda de la joven y admiraron la forma en que los calzones ajustaron su trasero cuando Erienne se agachó para recoger el tricornio.

-Usted no era un simple transeúnte, milady -le hizo notar él-. Usted venía siguiéndome. ¿Por qué razón?

Ella se giró para responderle.

-¡Sí! Eso hacía y, por lo que veo, ¡alguien debería seguirlo constantemente para averiguar en qué perversidad se halla usted involucrado!

¯¿Perversidad? -preguntó Christopher con tono inocente sorprendido-. ¿Podría decirme por qué cree usted que estoy involucrado en alguna perversidad?

La joven agitó la mano para señalar la vestimenta negra del hombre.

-Corcel negro. Ropas negras. Cabalgando durante la noche. Usted parece tener los mismos hábitos que el jinete nocturno. Christopher sonrió con sarcasmo.

-Y, por supuesto, supone usted que me dedico a asesinar a personas pobres y humildes durante sus horas de sueño. Erienne le miró con expresión desafiante.

-Justamente estaba a punto de preguntárselo. -Inspiró hondo para afirmar la voz-. Si fuera usted el jinete nocturno, ¿por qué querría matar a Ben?

Él le respondió con otra pregunta.

-Si yo fuera el jinete nocturno, ¿podría ser tan tonto de asesinar a un hombre que conocía la identidad de mis enemigos? ¿Lo consideraría usted un acto sensato, señora? ¡No! Sería muy estúpido. Pero si fuera yo uno de aquellos a quienes el hombre podría identificar, entonces, tendría una buena razón para silenciarlo antes de que revelara sus historias.

Erienne no se atrevió a soltar un suspiro de alivio, porque aún quedaban otros nombres en la lista de víctimas asesinadas. -¿Y qué me dice de Timmy Sears?

-¿Qué pasa con él? -inqutnó Christopher-. ¡Un ladrónl ¡Un asesino! -Se encogió de hombros-. Tal vez, incluso, uno de los que prendieron fuego a Saxton Hall.

-¿Le mató usted? -preguntó la joven.

-¿Acaso supone que si fuera yo el jinete nocturno, sería tan tonto como para asesinar a quien no hacía más que revelar las historias, lugares y nombres de mis enemigos? Eso

tampoco sena muy sensato, señora. Creo que el error de Timmy Sears consistió en confesar demasiados secretos a sus amigos. Al no contar con la santidad de los clérigos, éstos lo enviaron ante el tribunal divino.

-¿Y las otras personas asesinadas? -insistió ella.

-Si yo fuera el jinete nocturno, intentaría protegerme hasta el punto de matar a aquellos que tratan de arrebatarme la vida. Y eso no lo considero asesinato.

-Usted es el jinete nocturno, ¿verdad? -dijo la joven coa convicción.

-Señora, si el alguacil se presentara ante usted y le preguntara lo mismo sobre mi persona, ¿qué podría decirle con certeza? ¿Por qué habría yo de confesarle nada y convertirla luego en ***una*** posible mentirosa?

Erienne le observó, sintiéndose súbitamente confundida. No podía tolerar la sola idea de verlo colgado. Ese hecho la ate-

morizaba tanto como si su propia vida estuviera amenazada. Tal vez, incluso más.

-Tenga en cuenta que no he hecho ninguna confesión, señora.

-Pero tampoco ha negado nada -acotó la joven.

Él sonrió y extendió las manos en un gesto de inocencia. -Tenía que atender unos negocios y, con las múltiples historias de bandidos que rondan por aquí, tomé todas las precauciones posibles para pasar inadvertido y, desde luego, escogí un caballo veloz. ¿Qué más puede usted decir en mi contra? -No siga desperdiciando el aliento, señor Seton. Estoy convencida de que usted es la persona que está buscando el alguacil. Aún no comprendo sus razones, pero espero que sean honorabl$_{es}$. -Aguardó por alguna aseveración, pero pronto se percató de que no oiría ninguna. Sacudió su tricornio y miró a su alrededor en busca de su caballo, pero no vio señales del mismoHa ahuyentado usted a mi yegua. ¿Qué haré para regresar a casa ahora?

Christopher alzó la cabeza y dejó escapar un silbido grave, intermitente. En el silencio de la noche, se oyeron unos cascos de caballo. Entonces, Erienne soltó una exclamación al ver al brillante corcel negro galopando hacia ellos. La veloz carrera del potrillo le hizo preguntarse si alguna vez pararía. Por seguridad, se ocultó con cautela detrás de Christopher, aferrándose con fuerza a la camisa del hombre cuando la bestia se detuvo de un salto frente a ellos. Temerosa del brioso temperamento del caballo, la joven contuvo la respiración cuando fue depositada en la montura y aceptó agradecida la presencia del yanqui a sus espaldas. Le permitió estrecharla contra su musculoso cuerpo y, en ese momento, no le importó que los raídos calzones no le brindaran suficiente protección contra el íntimo contacto masculino.

Aún con el tricornio en la mano, se sacudió el cabello a fin de recogerlo bajo el sombrero, pero ante el exagerado ataque de tos de Christopher, se giró para echarle una mirada interrogante por encima del hombro y le encontró con una apenada sonrisa entre los labios.

-Creo, milady --comenzó a decir entre risas-, que ha juntado usted algo del polvo del camino. Me temo que ambos necesitaremos un baño después de esto.

Erienne enarcó las cejas con suspicacia, y Christopher amplió su sonrisa.

-Baños separados, desde luego. Jamás osaría manchar su pureza virginal con el espectáculo de un hombre desnudo.

-¡Yo no soy virgen! -protestó Erienne, l enseguida, sintió vilmente moro icada por la carcajada de hombre. Trató de ocultarse bajo el sombrero, pero en su prisa por colocárselo, éste cayó sobre el camino.

-Entonces, ¿no le molestaría un baño en una tina común? -preguntó él alegremente. Luego, se inclinó hacia adelante y le susurró al oído-: Le diré que la idea aprisiona mi imaginación.

Erienne se estremeció, y una ola de calor le recorrió todo el cuerpo.

-Usted, señor, tiene una imaginación muy perversa. -No, señora -negó Christopher-. ¡Vívida, sí! Pero nada perversa.

-Es obvio que usted puede ser fácilmente... -Hizo una pausa, buscando una palabra más sarcástica y descriptiva que "estimulado».

-¿Excitado? -inquirió él.

La joven lanzó una exclamación. -¡Ciertamente, no!

-¿Acaso cambió usted de opinión? Antes dijo que ante una simple falda yo...

-¡Ya sé lo que dije!

-El tema parece inquietarla bastante, milady.

-Me pregunto por qué -replicó ella con evidente sarcasmo. Le resultaba imposible ignorar el sensual contacto del hombre contra su figura.

-¿Porque le atrae mi cuerpo, quizás? -preguntó Christopher con fingida inocencia.

Erienne contuvo la respiración, sumamente irritada. -¡Soy una mujer casada, señor!

Él exhaló un prolongado suspiro. -¡Otra vez con eso!

-¡Oh, es usted insufrible! ¿Por qué no me deja en paz? -¿Acaso yo le pedí que me siguiera? -protestó él. Erienne soltó un fuerte gemido de frustración. -¡Lamento haberlo hecho!

-¿Por qué? ¿Se ha hecho daño? -Atrajo a la joven más intensamente contra su cuerpo-. Yo la encuentro muy bien, sin embargo.

-Christopher, si no me asustara tanto este caballo, le abofetearía -le amenazó ella.

-¿Por qué? Sólo le pregunté por su salud.

-¡Porque se está aprovechando de la situación! ¡Quíteme ya las manos de encima! -Le retiró la palma que él le había apoyado sobre el muslo-. ¿Nunca se cansa de jugar al libertino?

-Ese juego me divierte y excita, señora -le susurró Christopher al oído, con una breve risita.

Erienne abrió la boca para increparle, pero se contuvo. Ese hombre siempre parecía tener preparada una ingeniosa respuesta. Si bien le resultó difícil, se abstuvo de proseguir con la discusión y permitió que el paseo continuara en silencio.

La luna vertía su luz plateada sobre las colinas y valles, brindando a Christopher un fascinante espectáculo. Cada vez con más frecuencia, sus ojos verdes se posaban sobre las cintas de la camisa de la joven, que descubrían las suaves, redondeadas curvas de sus pe ichos.

Erienne se sentía muy frustrada por su incapacidad de apartarse del libidinoso yanqui. El parecía bastante excitado con el íntimo contacto y, aunque lo intentaba, le era imposible ignorar esa turbadora presencia masculina.

Ya se estaban acercando a Saxton Hall cuando la joven se atrevió a hablar nuevamente.

-Dejé mi vestido en el establo -comentó-. Tendré que regresar allí para vestirme.

-Yo recogeré sus ropas -se ofreció Christopher-. Sólo dígame dónde están.

Erienne no encontró ninguna razón lógica para oponerse y le explicó con cuidado dónde había ocultado las pren as. -Déjelas en el pasadizo -le ordenó-. Yo iré a buscarlas más tarde.

En un lapso aparentemente breve, la joven se encontró en su recámara, sumergida en una tina de agua tibia y reconfortante. Aggie había despedido a Tessie, permitiendo a la doncella retirarse por la noche, al tiempo que ella se quedaba a doblar las cobijas de la cama, escoger un camisón y ayudar a la joven ama. La mujer dejó dos cubos de agua fresca junto a la bañera y, con el propósito de regresar cuan Erienne comenzara a lavarse el cabello, se retiró a buscar más toallas.

La joven oyó el ruido de la puerta al cerrarse tras el ama de llaves. Luego, casi como un eco, las distantes campanadas del reloj anunciaron las once. Se incorporó, sorprendida, porque la velada le había parecido increíblemente breve. Lord Saxton regresaría en cualquier momento y no sabría cómo explicarle la mora de su baño. Sí osaba mencionar a Christopher, sus ojos podrían delatar su fascinación por el hombre.

Rápidamente, se humedeció el cabello, se puso el jabón perfumado y comenzó a frotárselo. Los ojos le picaron cuando un reguero de espuma empezó a caerle por la frente, y se echó agua al rostro para aliviar la molesta comezón. Con los párpados fuertemente cerrados, buscó a ciegas el cubo lleno al costado de la tina. Entonces, oyó que la puerta se abría y volvía a

cerrarse. Aggie, ven a ayudarme, por favor -gritó la joven-. Me ha entrado jabón en los ojos y no puedo encontrar el cubo de agua para enjuagarme el cabello.

La inmensa alfombra de la recámara amortiguó el sonido de las pisadas, y Erienne sólo percibió una presencia !unto a la tina. El cubo se alzó y ella inclinó la cabeza, aguardando el líquido tibio. Éste cayó, y la niña se extendió el cabello enjabonado para enjuagarlo. El segundo cubo fue vaciado antes de que pidiera una toalla. Luego de escurrirse los mechones empapados, se incorporó y, al recibir el lienzo seco, se lo envolvió alrededor de la cabeza. Sólo entonces, se echó hacia atrás, exhaló un suspiro y abrió finalmente los ojos, para encontrar el rostro sonriente de Christopher Seton.

-¡Christopher! -Su asombrada exclamación fue seguida por un arrebato de pánico, a la vez que se llevaba una mano al busto, mientras que con la otra intentaba cubrir su feminidad-. ¡Retírese! ¡Fuera de aquí!

El se inclinó para coger la bata de la joven.

-Parecía usted muy afligida, mílady, y creí poder ayudarla. -Le mostró la prenda con naturalidad-. ¿Necesita esto?

Si bien tuvo que exhibir de nuevo su desnudez al aceptar la oferta, Erienne le arrebató la bata sin demora para estrecharla contra su pecho. Sus ojos lanzaron llamaradas cuando extendió un brazo en dirección a la puerta.

-¡Fuera! ¡Fuera de aquí! ¡Ya!

-Pero Aggie está en el corredor -sostuvo Christopher con una sonrisa casi imperceptible. El espejo le brindaba la imagen de una figura extraordinariamente bien formada-. Vine a traerle la ropa, pero ella se acercó por las escaleras, y tuve que ocultarme aquí para no ser visto.

-¡Le dije que las dejara en el pasadizo! -exclamó la ¡oven, indignada.

-Pero allí abajo hay ratas y toda clase de sabandijas, señora. -Movió los ojos con picardía a la vez que especulaba con los escrúpulos de la joven-. No quise que esas repugnantes criaturas anidaran en sus ropas.

Erienne juzgó la excusa razonable, ya que la sola idea de refugíar roedores en sus prendas le provocaba escalofríos, pero se apresuró a preguntar:

-¿Y qué sucederá si Aggie lo encuentra aquí?

Christopher se encogió de hombros en un gesto despreocupado.

-Cerré la puerta con llave. Sin duda, la dama creerá que su esposo ha regresado y se marchará.

-¿Y si llegara Stuart? -inquirió Erienne, irritada-. Se está usted arriesgando a enfrentarse a un duelo de pistolas.

Él sonrió y volvió a mirar hacia el espejo, admirando la delgada curva de la cintura de la joven y sus redondeadas caderas. -Ya me preocuparé cuando llegue el momento.

Erienne se volvió con suspicacia y ahogó una exclamación al ver su cuerpo desnudo reflejado en el plateado cristal. Soltó un violento bramido de ira y enfrentó al hombre con un puño cerrado, pero su brazo fue atrapado y sujeto contra sus denodados esfuerzos por liberarse.

-Ahora la tengo, milady. -Sus ojos brillaron sobre su amplia sonrisa-. Y no logrará liberarse de mí hasta que hay ¯a escuchado lo que tengo que decir.

-¿Acaso cree que puede entrar aquí como un lunático, sin ningún respeto por el decoro, y obligarme a escucharlo? -Su ira aumentó ante la posibilidad de que él pudiera considerarla presa fácil para sus caprichos. ¿Piensa que, sólo por lo que sucedió en el carruaje, tiene derecho a faltarme el respeto en mi propia recámara? ¡Pues no, señor! No deseo oír ninguna de sus confesiones. ¡Insisto en que se retire antes de que Stuart le descubra aquí!

Erienne salió de la tina, colocándose la bata con violentas sacudidas, y estaba a punto de abandonar el receptáculo del baño, cuando unos brazos de. acero la levantaron del suelo y la alzaron contra un musculoso pecho.

-Erienne, escúcheme -le ordenó Christopher, repentinamente serio.

Las lagunas azul violáceas lanzaron chispas de fuego. No estaba dispuesta a rendirse, por temor a que los sucesos del carruaje se repitieran, esta vez, con resultados mucho más devastadores,

-¡Gritaré si no se marcha en este mismo instante! Le juro que lo haré, Christopher.

Los músculos de las mejillas del hombre se tensaron. Christopher se percató de que lo que tenía que decir sería mejor presentado en un momento más sereno, pero hubiera deseado expresarlo por fin.

-La dejaré en su sacrosanta cama, señora --gruñó-, pero primero hay algo que quiero de usted, ¡y lo tendré!

Su boca descendió hacia los labios de la joven. A Erienne, el corazón le dio un vuelco, cuando advirtió las intenciones del Yanqui. Hizo un débil intento por volver el rostro, consciente de los devastadores efectos de ese beso, pero los ojos verdes la penetraron, paralizándola. Entonces, los labios masculinos se posaron sobre los suyos con un calor húmedo, apasionado, que, como una cometa, encendió todo su ser en llamas. Fue un beso salvaje, arrollador, que excitó cada nervio de la joven y sofocó su frágil resistencia bajo la pesada carga de una indómita pasión. La boca de Christopher exploró en la de ella, invadiendo su dulce tibieza, hasta devorar incluso las zonas más íntimas de su ser. Las piernas de Erienne comenzaron a temblar, pero él no dejó de besarla.

Pareció haber transcurrido una eternidad cuando Christophe$_r$ alzó por fin la cabeza. Entonces, sus ojos ardieron en los de ella y, sin pronunciar una sola palabra, la llevó hasta la cama. Erienne era consciente de su vulnerabilidad y no creyó poder alzar una mano para detenerlo si él decidía poseerla. La mirada verde grisácea se apoderó de su mente, y apenas tuvo conciencia del momento en que Christopher la depositó sobre el lecho. Cuando él se dio media vuelta, las emociones de la joven oscilaron desde una pizca de alivio, hasta una completa decepción. No deseaba que se fuera, pero tampoco podía edirle que se quedara. En un breve instante, Christopher llegó asta la puerta y se marchó.

Erienne se cubrió con las cobijas hasta los hombros y se acurrucó formando un ovillo, sintiéndose increíblemente angustiada. Los acontecimientos de la noche habían desgarrado sus emociones, y no cesaba de temblar. Todo su cuerpo parecía un arco tenso, que no dejaba de vibrar aun cuando la flecha lo había abandonado. Apretó los dientes con fuerza contra el torbellino de emociones, pero sus esfuerzos no lograron calmarla.

Con un gemido de frustración, se incorporó y se quitó la toalla de la cabeza, para arrojarla al suelo. El cabello húmedo sobre la espalda la hizo estremecer, y corrió a acurrucarse sobre una banqueta delante de la chimenea. Permaneció allí, con la cabeza sobre las rodillas, cepillando su larga cabellera para secarla frente al calor del fuego. El calor de las lamas le hizo entrar en calor, pero no logró aliviar la tensión de sus nervios.

Regresó a la cama y se forzó en pensar en algo tranquilizante. Una figura oscura se convirtió en el centro de su atención, e imaginó la enorme forma inválida de su esposo, al tiempo que intentaba apartar sus ensoñaciones sobre Christopher de su obstinada razón. La imagen deforme llamó a su conciencia y, leotamente, cesaron los temblores.

A fin de favorecer la paz de sus pensamientos, comenzó a rememorar todos los meses y momentos vividos dede su primer encuentro con lord Saxton. Los recuerdos empezaron a vagar por su mente, creando imágenes oscuras, indistintas, combinándose unos con otros, hasta conver

tirse en un confuso torbellino de sucesos, que perdieron contacto con la realidad. Como a través de una densa neblina, Erienne vio unos colmillos largos y afilados acercándose para matar, y luego lluvias de agua salpicando tras el paso de unos veloces cascos de caballo. Una figura encapotada se apeó del brioso corcel y caminó hacia ella por el lecho del arroyo.

r La joven dejó escapar un suave suspiro al acurrucarse en los protectores brazos del sueño. Su razón había fijado el curso, y las imágenes continuaron el camino. Se encontró en medio de ondulantes cortinajes, perdida en su interminable longitud. Aturdida, corrió hacia uno y otro lado, pero los tonos pálidos de una tela de seda la tomaron prisionera. Entonces, a través de un velo claro, una sombra oscura, encapotada, se le acercó vacilante. Intentó escapar, pero no encontró salida, y la figura se aproximó más y más, hasta que su mundo se convirtió en un vacío ennegrecido. Indefensa, atontada, quiso sentarse, o incororarse, o gritar, pero, paralizada en las tierras del más allá, no ue capaz de moverse.

Unos brazos poderosos la rodearon, y sintió el vibrante calor de un cuerpo masculino sobre la espalda. Su mente luchó por despertar, ya que ningún sueño jamás la había atrapado de una manera tan audaz. Aun cuando sus ojos sólo vieron el oscuro vacío del sueño, sus sentidos confirmaron el hecho de que la realidad se le había acercado en la forma de un hombre. Sin embargo, la fantasía aún seguía firmemente entrelazada en la red de la razón, y no logró separarlas: para ella, él era sólo oscuridad, cálida y viva, pero sin fig ura o rostro que pudiera identificar. Se sintió atrapada por el súbito temor de que el bellaco hubiera regresado para tenderse en su cama, y se incorporó con una suave exclamación. Una mano se la retuvo, y un susurro áspero la calmó.

-No, nunca huyas de mí, mi amor. Acércate, y refúgiate un momento entre mis brazos.

Erienne se relajó y se giró hacia él, y permanecieron juntos, abrazados, las suaves, redondeadas curvas femeninas contra los firmes, musculosos contornos masculinos. La cabeza de él descendió, y la joven contuvo la respiración cuando unos labios húmedos se posaron sobre sus pechos. Las caricias fueron lentas, seductoras, y los sentidos de Erienne remolinearon en un vuelo salvaje, vertiginoso, que la dejó jadeando sin resuello. La realidad cesó de existir. Él se transformó en un sinfín de imágenes para ella: un apuesto amante, un esposo deforme, una figura negra y encapotada que la rescataba de los afilados colmillos de unos sabuesos.

Erienne le sintió incorporarse sobre su cuerpo, y se estre. meció cuando las manos del hombre acariciaron la redondez de sus pechos, para deslizarse hasta las curvas de sus caderas y luego ascender por la parte interna de sus muslos. Una apremiante necesidad comenzó a crecer en el interior de la joven, Un arrollador anhelo que exigía ser satisfecho. Extendió las ni~ para atraerlo hacia sí, y le acarició el ensortijado vello del pe. cho. Los músculos bajo sus palmas aparecían firmes y potentes y, maravillada, deslizó los dedos para admirar la forma siempre oculta a su mirada. Se arrodilló frente a él y se desplazo ligeramente para situarse entre sus poderosos muslos. Se inclinó para besarlo en el cuello y, con los senos, le rozó su musculoso pecho. Dejó caer su larga cabellera sobre los hombros masculinos y, rodeándole la nuca con los brazos, se tendió sobre él. La respiración del hombre se detuvo, y su corazón comenzó a latir con violencia.

-Bésame -le suplicó Erienne con voz susurrante. Deseaba que él borrara el beso de Christopher de sus labios y colocara allí el suyo, para que ninguna imagen de otro hombre volviera a inmiscuirse en la intimidad de la pareja.

Los labios masculinos le acariciaron el hombro, y luego él la hizo tumbarse nuevamente sobre la cama para besarle los pechos. La joven se sintió algo decepcionada ante la negativa de él a

la boca sobre sus anhelantes labios, pero no pudo negar ladevastadora pasión que despertaban los besos cálidos, húmedo que acariciaban su cuerpo. El se tendió sobre ella, que le recibe con agrado. Todo su ser ardía en el deseo de abrazarlo y alentarlo a poseerla. Apoyó la cabeza contra el pecho de su esposo cuando él obedeció, y el calor de su masculinidad despertó en ella usa apremiante necesidad, tan intensa, que creyó no poder tolerarla. Sus dedos encontraron la familiar cicatriz, y le acarició la espalda, al tiempo que emitía un suave gemido de placer y curvaba las cadenas hacia él.

Erienne susurró un nombre y, por un instante, el universo se detuvo. El hombre se apartó, pero ella se alzó hacia él, con la cabeza inclinada hacia atrás, su larga cabellera cayendo como un torrente de seda sobre la cama. El le besó el dulce y delicado cuello y comenzó a moverse una vez más, elevando a la joven hacia ese sobrecogedor momento de éxtasis, hasta que ella ex- clamó y contuvo la respiración.

La cordura volvió gradualmente, y Erienne regresó a la tierra. Percibió un movimiento a su lado, y su mano alcanzó a rozar h espalda del hombre cuando abandonó la acogedora madriguera La joven reunió sus últimos restos de energía para girarse hasta la luz de su mesa de noche y, desde allí, corrió los cortinajes, en el mismo instante en que se cerraba la puerta.

-¿Stuart? -Sólo logró articular un susurro, y observó fijamente las crepitantes, danzarinas llamas, preguntándose qué lo habría impulsado a partir. Era su costumbre permanecer durante la noche, y ella necesitaba el calor de ese cuerpo a su lado. La intimidad entre ambos había sido sumamente placentera y, esta vez, ningún rostro la había acosado, ninguna imagen de...

Una idea paralizó el corazón de Erienne y una súbita sensación de pánico invadió su mente cuando recordó el nombre que había susurrado, ¡ése no era el de Stuart.

En completa desdicha, la joven giró y enterró el rostro en la almohada, sintiendo un ardoroso rubor sobre las mejillas. -¡Oh, Stuart! -gimió-, ¡qué he hecho!

## CAPÍTULO 19

La mañana llegó, y Erienne trató de levantar su ánimo con un cuidadoso arreglo de su persona. Hubiera preferido quedarse en su recámara hasta asado el mediodía, pero sabía que ése sería el comportamiento de un cobarde, y no deseaba prestarse a tal fallo. Se puso un vestido azul claro y, con cintas entrelazadas en el cabello, ofreció un espectáculo encantador a su marido cuando atravesó tímidamente la gran sala. El aguardó junto a su sillón frente a la chimenea, y Erienne presintió una inminente condena en esa mirada implacable. Se deslizó en el sofá opuesto al de su marido y esbozó una sonrisa leve, vacilante, antes de observar fijamente el cálido fuego, sin atreverse a mirar a la máscara.

Las explosivas diatribas que esperaba nunca llegaron. ***Sólo*** hubo un prolongado silencio, y ella supo que debía afrontar su responsabilidad. Respiró hondo y alzó la mirada, aguardando valientemente cualquier pregunta de su esposo.

-Buenos días, mi querida -la saludó la voz ronca con tono casi jovial-. Mis disculpas por haberte dejado tan bruscamente anoche.

Erienne se sorprendió ante el buen humor de su esposo y no logró encontrar una causa justificada. Él, con seguridad, le había oído susurrar el nombre de su primo, percatándose de que su esposa deseaba a otro hombre mientras él le hacía el amor.

-He pensado que hoy podrías disfrutar de un paseo a Carlisle. ¿Te agradaría?

-Desde luego.

-Bien. Entonces, partiremos una vez hayas tomado el desayuno.

-¿Deberé cambiarme de ropas? -preguntó ella, titubeante-No. Así estás encantadora. Una extraordinaria joya para el deleite de mis ojos. Aunque hay alguien allí que deseo que conozcas, tendremos oportunidad de conversar tran unos en el trayecto. Ya es tiempo de que ponga mi casa en oren.

Erienne se paralizó, porque esas palabras presagiaban Infortunio. Por lo visto, su esposo aún no había terminado con ella.

Lord Saxton se giró hacia la mesa, donde había sido instalado el servicio para la joven.

-Ven, Erienne. Debes de estar famélica.

No pudo probar más que uno o dos bocados y, cuando llegó Paine a anunciar que Bundy requería hablar con el amo, ella se sintió aliviada de poder hacer a un lado el plato sin provocar ninguna pregunta. Regresó frente a la chimenea y comenzó a beber lentamente su té, mientras aguardaba a su esposo.

Las campanadas del reloj acababan de marcar un cuarto de hora, cuando lord Saxton retornó a la sala. El hombre se detuvo junto al sillón de su esposa para ofrecerle sus disculpas.

-Lo siento, queri a, pero tendremos que posponer nuestra visita a Carlisle. Un asunto muy urgente requiere mi atención y, aun cuando me apena dejarte ahora, no puedo evitarlo. No sé con certeza cuándo, o regresaré.

Erienne no cuestionó la buena fortuna que la había salvado del terrible enfrentamiento. Continuó sorbiendo su té y, poco a poco, su tensión se fue aliviando. El landó fue llevado hasta la entrada de la mansión. Ella lo oyó alejarse otra vez, y permaneció en la quietud que siguió en la sala, como aquél a quien le han suspendido temporalmente la pena capital.

Al relajarse, la invadió la modorra y, consciente del escaso descanso de la noche anterior, subió las escaleras y regresó a su recámara. Luego de quitarse el vestido, se acurrucó bajo las cobijas de la cama y se sumergió sin esfuerzos en un muy necesitado sueño.

Los primeros tonos rosados comenzaban a pintar al oeste del cielo, cuando Erienne se despertó de su siesta. Se sentía totalmente renovada y llena de una energía que le demandaba al

guna actividad más allá de las obligaciones comunes de un ama de casa. Pensó en la yegua Morgana y, aun cuando no tenía intención de repetir la tontería de perseguir a Christopher, la idea de cabalgar le resultó muy atractiva.

Sin titubear un instante, se vistió con el atuendo de montar propio de una dama. Ya había tenido bastante del disfraz de muchacho y prefería gozar de los privilegios de su sexo si ese bellaco taimado volvía a aparecer. Sin embargo, recordó su enfrentamiento con Timmy Sears y se armó con un par de pistolas, por si acaso aún quedaban otros como él acechando por esas tierras.

Erienne estaba admirando a la yegua cuando Keats apareció en el establo.

-Señora, el amo impartió estrictas órdenes de no dejarla a usted sin protección. Y puesto que no puedo permitirle partir sin

recibir luego una severa reprimenda, ¿le molestaría que la acom- pañara en el paseo?

Erienne estaba a punto de dar su consentimiento cuando avistó a un jinete que cabalgaba por el sendero de acceso a la mansión. La joven se acercó a la puerta y observó la figura, hasta identificarla. La imagen de Farrell sobre el caballo le provocó una inmensa felicidad. El muchacho había comprado el animal con el dinero que él mismo había ganado, pero el hecho de que hubiese recuperado la confianza suficiente para volver a montar fue lo que produjo mayor placer a su hermana.

-Mi hermano está aquí -anunció la joven a Keats-. Le pediré que me acompañe en la cabalgata.

-Muy bien, señora. Le ensillaré la yegua de inmediato. Cuando Farrell se acercó a la torre de entrada, Erienne le llamó y agitó una mano para atraer su atención. El la vio y condujo el animal por el sendero hasta donde se encontraba su hermana.

-Buenas tardes -le saludó ella con tono alegre-. Necesito una escolta y, como lord Saxton no se encuentra en casa, me preguntaba si podría abusar de tu gentileza y pedirte que me acompañaras a cabalgar por un rato.

-¿Lord Saxton no está? -preguntó Farrell con un marcado tono de desilusión. Había llevado consigo su pequeña colección de armas con la esperanza de poder practicar algo de tiro.

Erienne rió al descubrir el largo mosquete y las tres pistolas que llevaba su hermano en la montura.

-Sé que soy sólo tu hermana y, por esa razón, no puedo reemplazar al que, obviamente, has venido a ver.

Farrell sacudió la cabeza hacia el sendero y sonrió con buen humor.

-Vamos. Es lo menos que puedo hacer por una hermana. La joven aceptó la mano que la ayudó a trepar a la montura y se acomodó las faldas y la capa antes de asentir con la cabeza en dirección a su hermano. El muchacho se adelantó, eligiendo el camino durante un corto lapso, y luego se detuvo, girándose para sonreír a la joven.

-Te estás volviendo muy seguro de ti mismo, ¿verdad? -preguntó ella con una carcajada. Se sentía orgullosa por todos los logros de su hermano y sabía que era a Stuart a quien tenía que agradecer por haber sacado al muchacho de su caparazón.

-¿Echamos una carrera? -le desafió Farreli con algo de su antiguo entusiasmo por la vida.

Erienne miró a su alrededor. Sabía que se hallaban en la ruta hacia el sur, pero la noche había extinguido la luminosidad del crepúsculo y, luego de la experiencia de la noche anterior, temía alejarse demasiado de la mansión sin una mayor protección. Los bandidos eran conocidos por sus despiadados ataques contra los indefensos, y ella no tenía deseos de convertirse en víctima de ninguna clase de violencia.

--Será mejor que regresemos respondió-. No me di cuenta de que se estaba haciendo tan tarde.

-Corramos hasta la cima de la colina -insistió su hermano-- Luego, volveremos.

Erienne espoleó los flancos de la yegua, dejando atrás sus carcajadas cuando el caballo se lanzó a volar. Farrell soltó un aullido y salió tras la muchacha. El sonido de la felicidad de los jóvenes se sumó al estruendoso galope de los caballos y al potente silbido del viento. Erienne se entregó de lleno a la carrera, estimulando a Morgana con ligeros golpecitos de su látigo. Farrell logró darle alcance y se le adelantó por medio cuerpo cuando llegaron a la cumbre de la colina.

De pronto, un disparo estalló en el aire, seguido por otras varias explosiones. Farrell tiró con violencia de las riendas, deteniendo bruscamente a su corcel, y Erienne tardó menos de un segundo en imitarlo. Ambos permanecieron inmóviles, atentos al menor sonido, mientras sus ojos buscaban alguna señal entre las oscuras sombras del crepúsculo. Un grito de horror quebró el silencio, culminando en un sollozante, suplicante «¡No!., y sonó otro disparo. Los ecos retumbaron a través de la colina y a ellos se sumó el suave, penetrante sonido de un llanto, que se ahogó. de repente, como si un golpe lo hubiera silenciado.

Erienne se estremeció e intercambió una rápida mirada con Farrell. Entonces, ambos jóvenes condujeron sus caballos hacia la sombra de una hilera de robles que bordeaban el camino y avanzaron hacia la cresta de la colina. Un jinete vestido de oscuro se encontraba inmóvil sobre la cuesta y, desde allí, vigilaba el camino. Farrell hizo un ademán con la mano y Erienne se detuvo, pero el centinela no gritó una advertencia. Tras unos instantes, una voz distante llamó al hombre y, después de un breve intercambio de palabras, hizo que el caballo siguiera a su compañero, abandonando su puesto.

Los suspiros de alivio de los hermanos Fleming se entremezclaron con el silencio. Sin alejarse del refugio que suponía la sombra de los árboles, continuaron ascendiendo, hasta llegar a la cima de la colina, desde donde podían observar el valle. Allí, en medio del camino, se había detenido un carruaje; varios hombres vestidos de negro trabajaban, alrededor del vehículo, bajo la luz de unos faroles. Un caballo yacía muerto a un lado, y el resto de los animales estaban siendo apartados. Las portezuelas del coche se encontraban abiertas, y Erienne ahogó una exclamación al ver que la amarillenta luz de las lámparas iluminaba el cuerpo de un hombre elegante, cuya cabeza se inclinaba inánime desde el interior del vehículo. El cochero y el lacayo se hallaban tirados sobre el camino. La única sobreviviente era una muchacha que había sido salvajemente atada al balancín del coche con los brazos extendidos. Por las carcajadas divertidas de sus capturadores, la joven había sido rudamente manoseada y despojada de sus joyas. Las sollozantes súplicas de la niña se ahogaban en las estruendosas risotadas de los hombres.

Farrell obligó a Erienne a, internarse aún más en la sombras, para ocultarse de la luz de la luna, y le habló en un susurro apremiante:

-La matarán... o le harán algo peor... ¡No puedo aguardar por ayuda!

-Son más de una docena, Farrell. ¿Qué podemos hacer? -¿Por qué no vas en busca del alguacil? Mientras tanto, yo veré si puedo contenerlos... de alguna manera.

-Sería una locura intervenir sin ayuda -protestó Erienne. -Dame tus pistolas -susurró él, extendiendo la mano para recibirlas, e hizo un gesto de impaciencia cuando ella dudó-. ¡Date prisa!

Erienne tenía otra idea y la expuso.

-Farrell, quizá podamos enfrentarlos juntos. ¿Ves aquellos árboles sobre la. colina, cerca del carruaje? Podemos utilizarlos como escudo y situarnos detrás de los maleantes. Si logramos acercarnos y disparar a dos o tres, puede que los otros huyan antes de lastimar a la niña. Tú no puedes disparar una pistola y sostener las riendas del caballo al mismo tiempo.

-Tienes razón, desde luego -murmuró Farrell-. No sirvo de mucho con un solo brazo.

-Ahora no tenemos tiempo para eso, Farrell -le suplicó su hermana-. La muchacha nos necesita a ambos.

-Con todo el alboroto que están haciendo esos ladrones, todo un regimiento podría avanzar entre los árboles sin que ellos lo advirtieran. -Soltó una risita jactanciosa-. ¿Estás preparada, Erienne?

-¡Sí! -respondió ella en voz baja. Condujo la yegua a lo largo de la cresta de la colina, hasta que pudieron penetrar entre los árboles y la maleza.

Encontraron una posición ventajosa sobre un suave declive [al] lado del camino, cerca del carruaje; allí desmontaron para ocul- tarse tras el escudo de árboles y peñascos. Abajo, el llanto sordo
de la niña se confundía con las risotadas y gritos de los bandidos. Los hombres habrían abandonado a la muchacha por el momento, mientras destrozaban el equipaje y saqueaban sin miramientos los cuerpos de los muertos.

-Erienne, ¿puedes oírme? -preguntó Farrell en un suave murmullo.

-Sí.

-Si logramos ahuyentar a los maleantes, yo bajaré a buscar a la niña. Tú quédate aquí y trata de mantenerlos alejados, hasta que yo consiga liberara y luego, vete volando de aquí. ¿Has comprendido?

-No te preocupes -le aseguró ella con frialdad-. Eso es precisamente lo que pienso hacer. Cabalgaré como si el mismo diablo me estuviera siguiendo. ¿Tienes un cuchillo para liberar a la joven?

-Sí. Y, por una vez, compórtate como una niña buena. -La voz de Farrell fue apenas audible, pero su hermana captó la nota de humor.

Farrell se alejó para situarse detrás de un árbol, y Erienne aguardó el estallido de la pistola de su hermano que representaría la señal. Ella se encontraba tan tensa, que se preguntó si sería capaz de acertar en algún blanco, pese a las meticulosas instrucciones de su esposo. La horripilante escena que había presenciado en esos últimos instantes le reveló las razones que podrían impulsar a Christopher a cabalgar durante las noches. Aun cuando él no había confesado ser el temido fantasma, Erienne no podía ignorar las evidencias que había visto, y juró ser más comprensiva hacia la causa del yanqui en el futuro.

De pronto, sonó el disparo de Farrell, y los dedos de la joven oprimieron tensos el arma. Sintió un temblor nauseabundo en el estómago cuando vio a dos figuras caer bruscamente junto al farol. Uno de los ladrones profirió un violento bramido, y todos se alejaron de la luz, pero demasiado tarde. Erienne sabía que la vida de la niña dependía de la rapidez de su pistola, y no perdió un solo instante. Esta vez, trató de no pestañear al disparar la bala, pero eso fue todo lo que pudo hacer para mantener el arma firme. Su sorpresa fue tan grande cuando vio caer a otro hombre, que casi mira hacia atrás para ver si Farrell había disparado simultáneamente. Entonces, oyó unos rápidos movimientos por el otro lado, y supo que su hermano se estaba situando en otro lugar. Erienne se humedeció los labios, y comenzó a cargar. Temblaba tanto como rezaba, y tuvo que realizar un tremendo
esfuerzo para controlarse y poder terminar la tarea. El ensordecedor rugido del mosquete de Farrell rasgó el aire y el grito que lo siguió hizo estremecer a Erienne. Ella alzó la mira de su arma, pero encontró vacío el pálido círculo de luz. Buscó con los ojos, y el reflejo de la luna le permitió ver un leve movimiento en la base del barranco. Clavó l a mirada en la oscuridad, hasta que la sombra resultó ser un hombre trepando en dirección hacia ella. La joven se agachó lentamente, empuñó la culata de la pistola con ambas manos y apuntó hacia el cuerpo en movimiento. El sujeto alzó la cabeza para mirar hacia atrás y, esta vez, Erienne cerró los ojos con fuerza y apretó el gatillo. El estruendo la ensordeció, pero no lo suficiente ara anular el violento sonido del cuerpo rebotando en veloz caída por el declive. Desechó las sangrientas imágenes de sus pensamientos, cuando vio a Farrell gateando hacia su caballo.

Erienne recargó con rapidez y aguardó en medio del terrorífico silencio, mientras que, con los ojos, buscaba entre las sombras alguna señal de un bandido. Oyó al caballo abalanzarse entre los árboles y, tras de un instante, pudo divisar a su hermano. El muchacho emergió de la oscuridad, avanzando a toda velocidad hacia el carruaje y, al acercarse a la niña, se arrojó de su corcel, sujetando las riendas con la mano izquierda mientras corría hacia la joven. Se detuvo junto a ella y comenzó a cortar las gruesas cuerdas que la sujetaban.

Erienne vigiló atentamente, alerta ante cualquier movimiento que pudiera resultar un blanco para su arma. No percibió ningún sonido alarmante, pero, de repente, fue atrapada por la espalda. Una mano pasó por encima de su hombro ara arrebatarle la pistola y el mismo brazo la presionó contra la irme pared de una roca. Antes de que ella pudiera gritar, una mano enguantada le tapó la boca y una voz brusca y áspera le habló:

-Niña loca, ¿qué es lo que trata de hacer? ¡Súbase a ese condenado rocín y márchese de aquí antes de que la maten!

El brazo la hizo girar, y entonces, fue liberada. Erienne contuvo la respiración cuando vio la inmensa figura que tenía delante de sí. La capa que la envolvía se mezcló con la oscuridad de ébano y, aunque intentó ver la capucha entre las sombras, no encontró siquiera evidencias de que allí debajo se ocultaba un rostro.

-¿Christopher? -preguntó con tono vacilante. -¡Fuera! ¡Fuera de aquí! -le ordenó
él.

La cabeza encapuchada se giró ligeramente hacia el camino.os figuras habían emergido de las sombras y se acercaban a Farrell por detrás. El muchacho ya casi había terminado de liberar a la niña y parecía no haber advertido la presencia de los hombres.

-¡Maldición!

El juramento provino de la oscura capucha y, entonces, en un instante, el jinete nocturno desapareció. Erienne se sobresaltó cuando le vio aparecer un segundo más tarde sobre un inmenso caballo negro. Hombre y bestia emergieron de la oscuridad y parecieron remontar vuelo cuando pasaron junto a la joven. Los cascos del potrillo lanzaron chispas al golpear contra el suelo rocoso; se oyó un bramido ronco y penetrante. Del brazo extendido de la veloz figura oscura procedió un destello y el estruendo de una pistola. Uno de los ladrones cayó con un grito, y el arma descendió.

Entonces, la mano volvió a aparecer, sujetando una larga y brillante espada de acero. El sable giró en lo alto brevemente, y el punzante grito de batalla se repitió. El caballo avanzó a toda velocidad, al tiempo que el segundo bandido arrojó su cuchillo y se apresuró a sacar y amartillar su propia pistola. El sable descendió cuando la figura pasó a su lado. El arma cayó, y el hombre se tambaleó unos pocos pasos y se desplomó lentamente en el suelo.

El jinete nocturno se acercó a Farrell, que interrumpió su tarea y retrocedió, agitando su ridículo y corto cuchillo. El jinete encapuchado le ignoró y arrojó uno de los faroles hacia el camino, donde se estrelló apagándose. Otro siguió el mismo trayecto, aterrizando en el mismo lugar y encendiendo el aceite derramado. El fantasma se detuvo y miró a Farrell por un instante, luego señaló a la niña, cuyas muñecas continuaban atadas al carruaje.

-¡Libérala y vete de aquí! -El sable señaló la colina y la voz, aunque suave, reveló un inconfundible tono de autoridad¡Y llévate a tu tonta hermana contigo cuando te marches!

El corcel negro se movió alrededor del coche y la espada volvió a girar. El último farol voló por los aires para estrellarse sobre el camino.

Sólo quedó en el lugar la luz de la luna y de las pequeñas llamas que consumían el aceite desparramado, y ninguna de ellas era suficiente para iluminar a las figuras que rodeaban el carruaje.

En un instante, Farrell logró liberar a la niña y trató de subirla a su caballo. Luego de infructuosos intentos, él mismo trepó a la montura, dejando un estribo libre para la muchacha, y le mostró el brazo inválido.

--Mi brazo es inútil. Sujétate a él y yo te empujaré hacia araba. Usa el estribo.

La niña obedeció y, en un santiamén, se encontró detrás del muchacho sobre el caballo. Sin esperar a que él le ordenara sujetarse, los brazos de la joven rodearon firmemente la cintura de Farrell.

El muchacho espoleó su corcel y éste se lanzó a la carrera. Un proyectil fue disparado desde los árboles, pero no logró alcanzarlos. Él tiró de las riendas cuando se acercó al barranco donde había dejado a Erienne y soltó un alarido. El jinete nocturno le siguió y vociferó una orden breve, severa, que no admitió desobediencia.

-¡Fuera! ¡Fuera de aquí!

Erienne ya se había internado en el bosque y, con la ayuda de un tronco, había montado sobre la yegua. Impulsó al caballo a volar, deslizándose entre las sombras de los árboles. El jinete nocturno espoleó su potrillo, manteniéndose detrás de la veloz figura de la joven, pero sin apartarse del camino. Allí se encontraba él, cuando Erienne echó una rápida mirada por encima del hombro. Cuando la muchacha desapareció detrás de la colina, el jinete encapuchado se detuvo e hizo girar el caballo hacia un lado para impedir cualquier posible persecución. Mientras aguardaba, recargó tranquilamente su pistola y recorrió con la mirada el claro que acababa de abandonar.

Unos sonidos sordos quebraron el silencio, cuando uno de los maleantes se arrastró cautelosamente por entre la maleza. Una figura se acercó a la luz del fuego, y luego otra. El jinete nocturno observó a sus presas, que se congregaron como una bandada de pájaros acercándose al alimento.

-Sí -murmuró el jinete para sí-, necesitan otro escarmiento.

Blandió el sable sobre su cabeza y azotó los flancos de su corcel, profiriendo su penetrante aullido de guerra. Sólo bastó la aparición del fantasma abalanzándose sobre ellos, el ensombrecido brillo del sable en la oscuridad de la noche y el ominoso galope de los inmensos cascos, para sofocar la baladronada de los asaltantes. Uno de los ladrones gritó una advertencia, a la vez que emprendía la huida. Los otros chocaron unos con otros en su alocada carrera y, una vez más, buscaron refugio en la maleza; todos, excepto uno.

El intrépido bandido sacó una pistola con la mano izquierda y una espada con la derecha, para sujetar ambas en lo alto cuando el espectro avanzó hacia él. Allí estaba el experimentado soldado, que no se dejaba vencer por el pánico ante cualquier adversidad.

-¡Estúpidos! -gruñó-. ¡No es más que uno! ¡Y vosotros no sois capaces de quedaros y luchar! ¡Yo mismo me encargaré de él!

-¡Es todo suyo, capitán! -gritó una voz desde la maleza.

A pocos metros de distancia, la inmensa bestia negra se detuvo. El ladrón desvió la mirada del sable de su oponente, para encontrar una amenazante pistola de arzón en la otra mano.

-Muy bien, señor Fantasma -le desafió el hombre con valentía-, ¿será ésta una guerra de plomo? -Alzó ligeramente la pistola-. ¿O de acero? -Saludó a su adversario con un rápido giro de su espada.

Aun cuando el maleante llevaba un lienzo para cubrirse el rostro, la sombra de la noche reconoció las frases bruscas y el sutil acento de su oponente.

-Milord alguacil, al fin nos encontramos.

-¡Ajá! Conque me conoce usted, amigo. -El tono sarcástico se transformó en una carcajada despectiva-. Ese conocimiento le costará la vida. ¿Cómo lo prefiere? ¿Con el sable?

-No, tengo otra arma para hacer frente a la suya -respondió la voz susurrante.

Primero, el sable ,y luego, la pistola, fueron guardadas en sus respectivas fundas. El fantasma nocturno hizo girar su caballo para utilizarlo como escudo, y luego desmontó. Esperó a que Allan Parker enfundara su pistola y entonces, golpeó al potrillo para que se apartara. Desenvainó luego un delgado estoque, cuya afilada punta lanzó un destello azul plateado bajo la luz de la luna. Entonces, con naturalidad, correspondió al saludo.

Parker se agachó ligeramente para extraer una daga de la bota. El estilo del duelo estaba muy claro. Sería al modo de los caballeros borgoñeses: una violenta embestida para acercar y enfrentar ambas armas y luego, atrapar la delgada espada del adversario, o hundirle la propia entre las costillas.

El fantasma negro tomó el extremo de su larga capa y se envolvió con ésta el brazo, para formar una especie de escudo que, al mismo tiempo, podría enredarse fácilmente en una daga. Parker advirtió la maniobra y se percató de que no se enfrentaría a un simple oponente, sino a alguien versado en el arte de las armas. También tomó nota de las pequeñas pistolas que el hombre llevaba en el cinturón. Sin lugar a dudas, este duelo sería un verdadero desafío a la muerte.

Las espadas se entrelazaron en un ligero juego, pero luego de los primeros enfrentamientos, el alguacil se tornó más cauteloso. -No soy tan fácil como Timmy Sears, ¿eh? -preguntó el fantasma con una risita despectiva.

Parker tambaleó, pero se recobró rápidamente. -¿Cómo... ?

-~A quién más podría haber recurrido Timmy después de mi visita? Usted es el capitán de los ladrones y, naturalmente, el único que él hubiera buscado para hacer sus confesiones. Fue un tonto al contarle a usted todo lo que había desembuchado. Eso le costó la vida.

El espadón azul comenzó a tejer un intrincado dibujo y, pese a los considerables esfuerzos del alguacil, su hambrienta lengua se acercaba cada vez más a su cuerpo. De pronto, un agudo dolor paralizó su brazo izquierdo y un violento tirón envió la daga volando hacia la hierba.

Al mismo tiempo que intentaba protegerse, Parker se sintió atrapado or el repentino convencimiento de que esa sombra implacable le mataría con facilidad cuando estuviera en

sus deseos hacerlo. Un ligero sudor brilló en el rostro del alguacil y sus labios temblaron con la opresión de ese nuevo descubrimiento.

-Luego le llegó el turno a Ben -prosiguió el jinete nocturno-. Débil, ningún desafío para un hombre con su habilidad, milord alguacil.

Parker respiró agitadamente, sin responder. Un agudo dolor había comenzado a crecer en su hombro derecho, mientras esquivaba una y otra estocada de su adversario.

-¿Le opuso Ben mucha resistencia? -le preguntó el enemigo encapuchado con tono reprobador-. ¿O lo atrapó mientras dormía?

El alguacil jadeaba y el sudor le resbalaba por la frente. Por primera vez en la vida, sabía que se enfrentaba a alguien que podía matarlo.

-Usted es demasiado joven para ser el que busco. Hay otro que conserva las ropas limpias, mientras usted ensucia sus manos en actos inmundos. ¿Lord Talbot, quizá?

-¡Ba... bastardo! -exclamó Parker-. ¡Luche como un hombre! ¡Muestre su rostro!

-El verlo significa la muerte, milord alguacil. ¿Acaso no lo sabía? -se mofó el jinete con una carcajada burlona.

La mirada de Parker se posó momentáneamente detrás de su adversario, y casi sonrió. Reunió nuevas energías y se lanzó sobre el oponente con furia salvaje. Su espada descendía, hacía remolinos y arrestaba, pero una y otra vez era interceptada, sin encontrar carne dispuesta a ser atravesada.

De repente, se oyó un violento grito, y dos de los ladrones se lanzaron al ataque desde las sombras, pero el jinete nocturno se agachó rápidamente y esquivó el ataque. Un brazo le quitó la capucha de la cabeza, antes de que los dos maleantes se estrellaran en el aire y cayeran aturdidos detrás de él. El jinete entrecruzó su empuñadura con la del alguacil, resistiendo su ataque, y ambos se enfrentaron cara a cara.

--¡Usted! -exclamó Allan.

Christopher Seton rió frente al rostro del alguacil. -Muerte, milord alguacil. Pero

más tarde.

Lo empujó con violencia, y el hombre se tambaleó hacia atrás, estrellándose contra cuatro maleantes que avanzaban a toda velocidad. Todos cayeron en un enmarañado tropel sobre el suelo al mismo tiempo que Christopher rasaba salvajemente el aire con la espada. Un agudo, penetrante silbido desgarró el silencio de la noche, y el potrillo acudió al instante. Christopher envainó su sable y, agarrándose a la crin del corcel, con un fuerte impulso, montó la veloz montura.

El alguacil se levantó y, con una violenta maldición, extrajo la pistola de su cinto. Bajó la mira del arma para enviar un estruendoso proyectil en busca del escurridizo fantasma nocturno, pero no logró su objetivo. Volvió a maldecir y miró a su alrededor. Otro hombre se hallaba arrodillado sobre el polvo, apuntando un largo mosquete al mismo blanco. Allan le arrebató el arma y disparó.

Christopher sintió un duro impacto en su costado derecho, antes de oír el rugido del mosquete. Las riendas se soltaron de su aterida mano derecha, y él se tambaleó hacia un lado de la montura. La tierra pareció una oscura mancha borrosa bajo sus ojos, lista para absorberlo, pero luchó por conservar el equilibrio. Con la mano izquierda, se aferró a la crin y, con increíble fuerza de voluntad, se incorporó nuevamente. La velocidad del corcel disminuyó cuando él se desplomó sobre la montura.

El alguacil profirió un violento aullido, ordenando a sus hombres a montar sus caballos.

-¡Tras él, estúpidos! ¡No le dejan escapar!

-¡Corre, Sarracen! ¡Corre! -gruñó Christop her, sacudiéndose hasta lo más íntimo con cada paso del corcel-. ¡Muéstrales tu fuerza, muchacho! ¡Corre!

El potrillo avanzó sin el control de su amo, manteniéndose sobre el camino, que era terreno más llano. Se oyó un grito detrás, y una bala casi los alcanza. Sarracen aumentó la velocidad pareció remontar vuelo, al tiempo que el alguacil guiaba a sus hombres en una desenfrenada carrera bajo la luz de la luna.

El camino descendía al atravesar la colina, para zigzaguear luego a través del valle, girando hacia la izquierda al empezar a serpentear por los montes más bajos. Una vez que perdieron de vista a los perseguidores, Christopher le habló al potrillo, instándolo a continuar con trote lento. El hombre se inclinó hacia adelante y logró tomar una rienda primero y luego otra, recuperando así algo de control. Aminoró aún más el trote del corcel lo condujo hacia un bosquecillo. Allí se detuvo y, bajo el refugío de los árboles, se envolvió con la capa cuidadosamente su pierna derecha, ardiente y pegajosa, por temor a que la sangr$_e$ dejara rastros evidentes, fáciles de seguir en la mañana.

Erienne se había rezagado deliberadamente, permitiendo que Farrell abriera la marcha. Al advertir que la figura encapotada ya no la seguía, se detuvo en una loma distante y observó atentamente el camino, esperando que él apareciera. Intentó ver a través de las sombras que formaban las veloces nubes, tratando de identificar algún movimiento de un hombre o una bestia. Por un instante, sus ojos la engañaron y creyó ver la figura de un jinete, pero cuando la luz de la luna barrió el camino un instante después, la forma había desaparecido. Alzó la cabeza al oír un sonido distante y escuchó con *atención,* hasta que éste *se* convirtió en el estruendoso galope de unos caballos avanzando a toda velocidad.

Erienne espoleó la yegua, instándola á la carrera. Su capa voló contra *el* viento y, al subir la cuesta y ver la veloz figura alada, los asaltantes se levantaron en un confuso griterío. El estampido de una pistola rasgó el aire, pero el proyectil no logró alcanzar a la muchacha.

Más adelante, en el camino, Farrell detuvo su caballo y lo hizo girar, percatándose entonces de la ausencia de su hermana. El disparo había estallado a lo lejos, pero el ruido retumbante que lo siguió le aconsejó ocultarse en la oscuridad. El muchacho se envolvió el brazo inválido con las riendas y revisó la carga de sus armas. Entonces, tras ordenar silencio a la joven con quien compartía su montura, se dispuso a esperar.

Tras unos instantes que se hicieron eternos, apareció Erienne, y Farrell alzó la pistola al ver el grupo de jinetes que la perseguía. El muchacho disparó, y los maleantes se detuvieron bruscamente, levantando una nube de polvo. Farrell guardó la pistola y extrajo el largo mosquete. Apoyó el arma sobre su brazo inválido y apuntó cuidadosamente a su blanco. El disparo sonó, y uno de los ladrones se encogió profiríendo un violento bramido. El hombre se tambaleó un instante sobre la montara hasta lograr controlar su caballo y salir a todo galope en dirección opuesta. Sus compañeros abandonaron la caza con la misma rapidez; todos a excepción del intrépido alguacil, que les gritó Iremos espaldas.

-¡Regresad, cobardes! ¡Puede que perdamos uno o dos hombres, pero si nos mantenemos unidos, lograremos atraparlo! ¡Os ordeno que regreséis!

Una grosera réplica le fue lanzada por encima de un hombro.

--¡Es usted muy estúpido si cree que nos quedaremos a recibir el primer disparo de ese diablo! ¡Recíbalo usted!

Farrell ya había tomado su segunda pistola y disparó de nuevo. Labala pasó junto al oído de Parker y, convencido de que la prudencia era el mejor ingrediente del valor, emprendió la retirada tras sus secuaces.

Erienne vio a los últimos bandidos internarse en la oscuridad de la noche. Experimentó un gran alivio al percatarse de que los hombres habían abandonado la persecución, pero una mayor ansiedad la asaltó. ¿Cuál sería el paradero de Christopher? Si la banda asesina había salido en su búsqueda, ¿dónde se encontraba él? ¿Estaría herido en alguna parte? ¿Necesitaría ayuda?

Farrell cabalgó junto a su hermana hasta llegar a las tierras de Saxton Hall. Entonces, Erienne le indicó que siguiera.

-Lleva a la muchacha a la mansión -le ordenó-. Aggie sabrá qué hacer para ayudarla. Yo iré enseguida.

La joven esperó hasta perder de vista a su hermano, para luego llevar a la yegua entre los árboles y conducirla en dirección a la cabaña. La luna lanzaba su luz sobre los troncos desnudos, creando oscuras imágenes que se confundían con la maleza, dificultando la

elección del camino. Erienne escudriñó las sombras con atención, casi esperando algún repentino movimiento que la sorprendiera; sólo fue *consciente* de su tensión cuando llegó a la cabaña. Las ventanas estaban firmemente cerradas y ninguna luz escapaba por los postigos que pudiera delatar la presencia de algún ocupante. Ningún sonido, ningún movimiento. Ninguna señal del landó de su esposo. Decididamente, el lugar parecía abandonado.

Sin apartarse del césped para amortiguar el sonido de los cascos del caballo, Erienne se dirigió hacia la parte trasera de la cabaña. Un suave resoplido procedente de los arbustos atrajo su atención. Si allí estaba Sarracen, entonces Christopher tendría que hallarse, sin duda, por los alrededores. Se apeó de la yegua y se abrió paso entre el follaje. La puerta del cercado chirrió ligeramente al abrirse, y el sonido hizo alzar las orejas del corcel que ocupaba el corral opuesto al de Sarracen. El animal observó a la joven con atención y emitió un suave relincho mientras asomaba su cabeza sobre la cerca. Erienne acarició el cuello del caballo, que se tranquilizó en el acto. Estaba demasiado oscuro para identificarlo, así que fue en busca de un farol. Encontró uno en el interior del estado y lo encendió. En un instante, la diminuta llama se tornó más intensa. Bajo esa luz, reconoció al animal como el potrillo bayo de Christopher. La caballeriza y el corral de Sarracen estaban vacíos, confirmándose así la identidad del fantasma nocturno, pero eso no apaciguó las inquietudes de Erienne. Necesitaba estar segura de que Christopher no se b, Baba en dificultades.

El potrillo comenzó a corvetear en su corral mientras que al otro lado de los arbustos la egua respondió con un nervios$_o$ resoplido. Entonces, el caballo b ayo se detuvo de repente y se giró hacia la maleza con la cola rígida, las orejas levantadas y los ollares abiertos. Aun cuando su reacción podría haber sido provocada por la cercanía de la yegua, Erienne no desechó la posibilidad de que pudiera haber por allí alguien o algo más.

La joven se deslizó entre los arbustos con el farol y encontró a la yegua mirando fijamente hacia los árboles. Su lámpara lanzaba una luz tenue sobre los primeros troncos, pero más allá la oscuridad era impenetrable. Al acercarse, Erienne advirtió una figura negra que se movía; un fuerte resoplido provino de las sombras de ébano. Detrás de la joven, la yegua agitó la cola y corveteó hasta el límite de sus fuerzas.

Erienne se armó de coraje y. caminó hacia los árboles. -¿Christopher? --preguntó en un susurro-. ¿Está usted allí?

Sintió un escalofrío al no recibir respuesta. Tal vez, no se trataba de Christop her. Quizás, estuviera herido o muerto en alguna parte, y ése fuera uno de los bandidos que había regresado a capturarla.

Su interés por Christopher la animó a avanzar. No importaba qué o quién podría ocultarse en el bosque; estaba dispuesta a buscar asta encontrarlo.

No había caminado más que unos pocos pasos entre los árboles, cuando se detuvo y se llevó una mano a la boca, horrorizada. El potrillo negro se le acercó, cargando en el lomo una alta figura encapotada, que se balanceaba inestablemente sobre la montura.

-Oh, no -gimió Erienne, No tuvo necesidad de ver la sangre para saber que Christopher estaba herido. Bajo la luz del farol, el rostro del hombre apareció pálido y contraído. Los párpados caían cansadamente sobre los ojos, carentes de su acostumbrado brillo.

Chrístopher sonrió con dificultad y trató de calmar el miedo de la joven.

-Buenas noches, loca...

El esfuerzo agotó sus últimas fuerzas y el mundo comenzó a girar en un lento torbellino, volviéndose muy oscuro. Con un grito de horror, Erienne soltó el farol y corrió hacia él, ue empezaba a caerse de la montura. Rodeó a Christopher conos bra
zos, pero el enorme peso del gigantesco cuerpo la arrastró al suelo con él. En un momento de ansiedad, la joven estrechó la cabeza del hombre contra su pecho y sollozó, angustiada:

--Oh, mi querido Christopher, ¿qué le han hecho?

r La apremiante necesidad le devolvió la cordura, y sus manos t$_e$mblorosas se movieron con angustiada rapidez. Se acercó el farol y comenzó a buscar la herida bajo la capa, sacando la pegajosa $_c$amisa de los calzones. La helada espada del pánico invadió a la niña cuando vio el

agujero que había produci o el disparo. Continuó inspeccionan o y, en la espalda, encontró el lugar por donde habla penetrado la bala. El pavor aumentó, pero luchó por controlarse, sabiendo el daño que causaría a Christopher si se dejaba llevar por el pánico. Sus manos temblaban mientras rasa las enaguas. Apretó un trozo de la tela contra la herida para ener la sangre y, con el resto, le vendó firmemente la cintura. Un sonido chirriante de una puerta al abrirse llegó desde la cabaña, y Erienne se giró, viendo a un hombre que, con un farol en la mano, se acercaba por el sendero. El sujeto miró hacia el reflejo que emanaba de la lámpara de la joven y, estirando el cuello para ver entre los árboles, preguntó con tono suave:

-¿Es usted, amo?

-¡Bundy, Bundy! ¡Ven, ayúdame! -gritó Erienne al reconocer la voz-. El señor Seton está herido. ¡Date prisa! Vacilantes rayos de luz atravesaron la oscuridad cuando el sirviente corrió hacia la joven. No hizo preguntas cuando vio la desvalida figura tendida junto a ella, sino que se arrodilló de inmediato junto a Christopher. Luego, levantó un débil párpado del herido y revisó brevemente el trabajo de la niña, antes de volver a incorporarse.

-Será mejore lo llevemos hasta la casa, donde Aggie pueda atenderlo -le dijo él con apremio.

Bundy abrió la marcha entre los árboles en dirección a la mansión y ella lo siguió, sin apartar su mirada ansiosa de Christopher. Cuando llegaron a la pesada puerta que cerraba la entrada al pasadizo secreto, el sirviente cargó al hombre inconsciente sobre sus hombros.

La joven le guió con cuidado a través de la entrada y sostuvo el farol en lo alto para iluminar el camino, mientras avanzaban apresuradamente por el corredor. Para Erienne, pareció que transcurría una eternidad antes de que alcanzaran la estantería de la biblioteca.

--Busque a Aggie, señora -le ordenó Bundy-. Ella sabrá qué hacer con el señor Seton; es de toda confianza.

Los pies de la joven parecieron volar al descender por las es

caleras. Al llegar a la torre de entrada, Erienne se detuvo, ya que vio a Farrell junto a la chimenea de la gran sala. Aminoró el paso con cautela, intentando pasar sin que el lo notara. No tuvo éxito.
-¿Cómo has entrado? Te estuve esperando y al ver que no regresabas, pensé que tendría que salir a buscarte. Y ahora te encuentro aquí. ¿Cómo has logrado subir las escaleras sin que yo te viera?
Erienne no podía confiar el secreto a su hermano y decidió inventar una excusa.
-Tal vez, estabas con la muchacha cuando yo llegué. A propósito, ¿cómo está ella?
-Pobrecita, mataron a su padre y parece que no che cal dejar de llorar. Aggie la acostó en la cama y le dio un pone e caliente. Dijo que eso la ayudaría a dormir.
La mente de Erienne comenzó a girar a toda velocidad. Si Farrell encontraba a Christopher herido en la casa, podría llevar las noticias al alguacil. El ponche de Aggie podría brindar una solución a su dilema. Con tantas cosas en juego, necesitaba mantener a su hermano ajeno a todos los acontecimientos que tendrían lugar en la mansión.
-Tú también tendrías que probar uno de los ponches de Aggie, Farrell. Te ayudará a descansar y comprobarás que logra maravillas en hacer recuperar las fuerzas. Por la mañana, te levantarás nuevo y listo para reunirte con la joven.
El rostro de Farrell enrojeció de repente. El muchacho no había sido ciego a los encantos de la niña. Esos inmensos ojos oscuros y los abundantes bucles rojizos que rodeaban el rostro pálido y delicado, formaban una imagen difícil de olvidar.
-Su nombre es juliana Becker-murmuró él con tono distante-. Tiene apenas diecisiete años.
Erienne ya comenzaba a inquietarse por su tardanza en regresar junto a Christopher.
-Si no te importa cenar solo, Farrell, ordenaré a uno de los sirvientes que te lleve una bandeja de comida a tu habitación. Me temo que estoy demasiado nerviosa para comer y me iré a dormir tan pronto como pueda. -La última frase la lanzó por encima del hombro, mientras caminaba apresuradamente hacia la cocina. Por fin encontró al ama de llaves.
-Aggie, necesito tu ayuda --exclamó Erienne con ansiedad-. El señor Seton ha sido herido y Bundy dijo que tú podrías atenderlo.
-¿Es grave? ¿Lo sabe usted, señora? -preguntó Aggie con inquietud, al tiempo que corría por el pasillo junto a su ama. -Tiene un espantoso agujero en un costado -respondió la
joven, preocupada-. La bala le atravesó la espalda, y parece haber perdido mucha sangre.
El ama de llaves no perdió un instante con interrogatorios. Se alzó las faldas y se lanzó a la carrera, sin aminorar el paso hasta que giró por el pasillo que conducía a la recámara de lord Saxton. l.a puerta se encontraba entreabierta, y Erienne no pudo evitar la sorpresa cuando la mujer entró sin detenerse. El asombro de la joven aumento cuando vio a Bundy inclinado sobre Christopher, que se hallaba tendido sobre la cama. Las cobijas habían sido retiradas y unas toallas le cubrían la zona vendada. El herido se encontraba totalmente desnudo, excepto por una sábana que cubría la parte inferior de su cuerpo. La capa y las ropas negras se hallaban tiradas en el suelo junto a las altas botas de montar.
Bundy se apartó cuando el ama de llaves se acercó a la cama. La mujer retiró el vendaje improvisado y examinó la herida. Erienne se detuvo y se estremeció cuando los dedos de Aggie conmocionaron la inconsciencia del herido. Christopher se ¿-retorció de dolor, a la vez que un penoso gemido escapó de sus pálidos labios; Erienne contuvo un dolorido sollozo con su mano.
Jamás se había dado cuenta del mucho afecto que sentía por el yanqui hasta ese momento en que lo veía indefenso y necesitado. El siempre había parecido

increíblemente fuerte, omnipotente, sin requerir jamás la ayuda de nadie. La joven experimentó una inmensa necesidad de manifestar sus sentimientos, y su tormento fue el no poder acariciarlo, o susurrarle las palabras que expresarían su amor.

-La bala lo atravesó, es verdad -afirmó Aggie-, pero la herida no parece estar infectada. -Se lavó la sangre de las manos y señaló la chimenea-. Necesitaremos una marmita de agua sobre el fuego y algunas toallas limpias.

-¿No deberíamos mudar al señor Seton a otra habitación? -preguntó Erienne con inquietud. Después de haber murmurad o el nombre de Christopher mientras su esposo le hacía el amor, temía que Stuart regresara a casa y encontrara a su rival tendido en su cama. No podía estar segura de que lord Saxton no se volviera violento y lastimara aún más a su primo.

Bundy echó una rápida mirada al ama de llaves y, tras aclararse la garganta, escogió las palabras con cautela.

-Lord Saxton estará ausente durante varios días, de manera que no creo que haya inconveniente en que el señor Seton ocupe esta habitación hasta entonces. Estará más seguro aquí. Los sirvientes pensarán que su señoría ha caído enfermo y no se atraverán a husmear por la recámara. Será mejor no despertar in. debidas sospechas.

-Mi hermano siente una gran aversión por el señor Seton -declaró Erienne- Si descubre al yanqui aquí, podría hacer correr el rumor de que está herido. Balo tales circunstancias, Aggie, creo que sería conveniente que le preparases uno de tus pon. ches.

La mujer asintió con una rápida inclinación de cabeza. -Ahora mismo me haré cargo, señora. Por favor, ocúpese del señor Seton en mi ausencia. Traeré mis hierbas y pociones medicinales de la cocina.

Bundy salió junto al ama de llaves para buscar una olla de hierro, dejando a Erienne sola junto al enfermo. La joven se encargó de cortar una vieja sábana en vendajes y limpió suavemente la sangre de la herida. Luego, sumergió las fuertes y debas manos de Christopher en una palangana y, con sumo cuidado, le lavó las manchas de los dedos. Los besó y, al hacerlo, unas lágrimas asomaron en sus ojos. Ahora comprendía más claramente sus emociones y, aunque no podía afirmar cuándo había comenzado a nacer su amor, sabía con certeza que había empezado a amar a Christopher Seton hacía tiempo. Y, sin em6argo, también había crecido en ella un profundo cariño por su esposo.

La inquietó descubrir que podía sentir afecto por dos hombres al mismo tiempo. En varios as ectos, les amaba de manera diferente. Pero, por otro lado, también había-momentos en que le era imposible separarlos uno de otro. Christopher era vigoroso, seductor, apuesto, un hombre del que cualquier mujer podría enamorarse fácilmente. Lord Saxton, por otra parte, había ganado su cariño, aun careciendo de todas esas cualidades.

¿Estaba acaso el amor por su esposo basado en la compasión? Erienne desechó la idea rápidamente. Había sentido lástima por Ben, pero de ninguna manera podía afirmar que había amado al anciano. Lord Saxton le hacía sentirse como una verdadera esposa e, indiscutiblemente, como una mujer. Y, sin embargo, eta en la cúspide de ese sentimiento donde ella había tenido más dificultades para borrar a Christopher de la mente. En ocasiones, mientras hacía el amor con su esposo, había sido acosada por impresiones tan reales del otro hombre, que había debido toco la cicatriz de la espalda para confirmar que era Stuart, y no Christopher, quien se encontraba con ella. Sólo podía pensar que su deseo por el yanqui era tan intenso que había transferido ese rostro y ese nombre a quien únicamente se acercaba a ella en la oscuridad.

Aggie y Bundy regresaron, y Erienne permaneció cerca mientras la mujer atendía la herida. Le retiró con cuidado la sangre coagulada, para luego aplicar un suave bálsamo blanco bajo los vendajes que cubrían el costado y la espalda de Christopher. Todo fue firmemente sujeto con varias tiras que rodeaban el pecho del enfermo, y reforzado con otra vena alrededor del hombro.

Una vez finalizada la penosa tarea, Erienne se dejó caer en un sillón junto a la cama. Rechazó las súplicas de ambos sirvientes sobre regresar a su propia recámara y descansar allí hasta la mañana.

-Pasaré aquí toda la noche-afirmó la joven con tono firme. Al no encontrar forma de convencer a su ama, Aggie finalmente le ofreció:

-Señora, yo vigilaré al señor Seton mientras usted va a refrescarse un poco. Luego, podrá volver cuando esté lista. -Señaló con la mano las ropas sucias de la joven-. Se sentirá mucho más cómoda con un camisón y una bata limpias.

-¿Estás segura...? --comenzó a decir Erienne, preocupada, pero fue incapaz de expresar sus temores.

-El estará bien, señora-la tranquilizó el ama de llaves, palmeándole el brazo de manera afectuosa-. Es un hombre fuerte y vigoroso y, con algo de atención y descanso, volverá a estar como nuevo en poco tiempo.

Erienne se rindió y permitió que la mujer la condujera hasta la puerta.

-Regresaré en unos minutos -le prometió.

En efecto, regresó al poco tiempo, y volvió a tomar su lugar junto a la cama, dispuesta a pasar allí las largas horas de la noche. Recogió las piernas y apoyó la cabeza y los hombros sobre el colchón. Entonces, comenzó a dormitar, sobre la acogedora calidez de la cobija de piel.

El amanecer ya había comenzado a arder en el cielo del este, cuando Christopher por fin se movió. La joven se despertó de inmediato y alzó la cabeza, viendo que la estaba observando. Los ojos de ambos se fundieron durante una eternidad, y Erienne pudo sentir los latidos de su corazón cuando las profundidades verdes parecieron penetrarle hasta el fondo del alma.

-Tengo sed -susurró con voz ronca.

Ella le alcanzó un vaso de agua, y colocándole un brazo detrás de la espalda, lo sostuvo con todas sus fuerzas, mientras Christopher aplacaba su sed. Al tiempo que la joven dejaba la copa a un lado, él alzó la mano para acariciarle la mejilla y luego enredó los dedos en los abundantes rizos oscuros.

-Te amo -le susurró. Volvió a observarla durante un momento largo e interminable. Luego, se acostó sobre la almohada con un suspiro y cerró los ojos. Sus dedos entrelazaron los de ella, en un gesto que no hizo más que confirmar sus palabras. Unas lágrimas asomaron en los ojos de Erienne, y volvieron a desgarrarse sus emociones. Se sentía agradecida de que su esposo no estuviera allí, puesto que habría presenciado su profundo cariño por este hombre.

Christopher vagó a través de las profundidades del sueño a medida que el día se transformó en noche y el sol volvió a nacer en la mañana siguiente. Se despertó una vez que la estrella matutina había tomado su lugar preponderante en las alturas. Aggie se presentó con un tazón de calo para el inválido y le acomodó las almohadas.

Christopher durmió durante la mayor parte del día y la noche, despertando a intervalos para beber agua o caldo. Al tercer día, la fiebre le subió y los temores de Erienne se intensificaron. Pero Aggie la tranquilizó, afirmando que no era ése un hecho inusual en un herido. El ama de llaves encargó a la joven la tarea de limpiar la piel del enfermo con agua tibia, aparentemente sin inmutarse por el hecho de que la dama de la mansión llevara a cabo una labor tan íntima con un hombre que no era su esposo. Mientras Christopher dormía, Erienne encontró el trabajo sumamente turbador. Con libertad para admirar y tocar el cuerpo casi desnudo del hombre, la joven se sor os ante la frecuencia con que su mirada acariciaba los anuos hombros, el imponente pecho, la delgada cintura y el firme abdomen. No se atrevía a destaparlo más allá de las caderas y la sola idea de hacerlo provocaba un intenso rubor en sus mejillas, aun en la intimidad de la habitación.

Conservar la compostura mientras Christopher se hallaba despierto fue otra severa prueba, aun cuando él no estaba totalmente lúcido. Su apuesto rostro se encontraba sonrojado por la fiebre y sus ojos verdes se veían algo vidriosos y excesivamente cálidos al posarse sobre la joven. Aun así, Erienne no pudo ignorar los efectos de su presencia cuando su propia mirada inocentemente se desvió hacia la zona cubierta por la sábana. El color bañó súbitamente sus mejillas y, al alzar los ojos, se encontró con la mirada tranquila e imperturbable de Christopher.

La joven salió apresuradamente de la habitación y, una vez en su recámara, abrió una ventana para que el aire helado aplacara el calor de su rostro. Luchó contra su sentimiento de culpa, porque en los últimos días no había logrado ignorar la flagrante sensualidad de ese hombre, ni la salvaje y arrolladora corriente de excitación que provocaba cada intercambio de miradas, cada caricia, cada palabra entre ambos.

Alguna vez, le había odiado por causas que ella creía justificadas, pero el sentimiento se había ido disipando gradualmente. No podía olvidar que él había arriesgado la vida para salvar a Farrell y a la joven Becker. La fuerza del odio se había esfumado, dejando a Erienne presa de emociones más tiernas. Entonces, el amor, ese peligroso, aterrador y poderoso sentimiento, había comenzado a alojarse en su interior como un tigre salvaje, fijando para siempre su guarida en la mente y el corazón de la joven.

Erienne se mantuvo alejada de la recámara del amo durante el resto del día, dejando a Bundy y Aggie solos en la ejecución de las tareas. Le aseguraron que la herida estaba cicatrizando sorprendentemente bien y la fiebre se había disipado. Al caer la noche, la mente de la joven estaba tan agotada con la batalla librada en su interior, que no pudo sino buscar el cálido refugio de su cama y rezar por el pronto regreso de su esposo. De esa manera, podría fijarlo más firmemente en sus pensamientos y borrar de una vez por todas al yanqui.

Arrullada por el cálido fuego, Erienne se deslizó a través de recuerdos; algunos, claros; otros, más vagos. La imagen de una figura encapotada sobre un brioso corcel negro tomó forma a partir de los acontecimientos de los últimos días y luego la forma oscura se transformó en su esposo, inclinándose para alzarla del agua helada del arroyo. Detrás de él, se encontraba el mismo potrillo negro y, de repente, la máscara de cuero se convirtió en una oscura capucha.

Erienne soltó una exclamación y dio una vuelta sobre la cama, para observar el recinto con ojos dilatados, a la vez que su mente quedaba atrapada en un súbito y vertiginoso torbellino. ¿Acaso era ésta otra locura? ¿Había su pasión conferido un rostro a aquello que nunca antes lo había tenido? ¿Era éste un sueño? ¿Una esperanza surgida del deseo?

Sus pensamientos lucharon por encontrar la claridad en medio de sus confusos recuerdos. No lograba formarse una imagen o figura definida que identificara a quien la había rescatado del arroyo. Se había grabado en ella la impresión de un oscuro jinete alado apeándose de su corcel, pero al analizarla con atención, se percató de que jamás había visto a Stuart sobre un caballo. La sospecha de que la figura era Christopher suscitó otra pregunta. ¿Qué había visto ella junto al fuego esa misma noche? ¿El contorno deforme de un lisiado? ¿O sólo la forma distorsionada de un hombre normal? Si Christopher resultaba ser tanto el jinete nocturno como aquél que la había rescatado aquella tarde, entonces, ¿qué más era en realidad ese hombre? Sin duda, algo más que el libidinoso calavera que siempre había aparentado ser. Un temor comenzó a gestarse en el interior de la joven, pero rechazó la idea como ridícula. Aun cuando Stuart sólo se había acercado a ella en la oscuridad, había logrado formarse una imagen de él, quizás algo confusa, pero aun así, familiar. Una pierna deforme, una espalda cicatrizada y una voz áspera formaban parte ya de ese hombre, y no coincidían con la apariencia mucho más apuesta de Christopher Seton.

Las desordenadas piezas del enigma giraron en la mente de Erienne, pero ningún fragmento encalaba con el otro para brindarle una visión más amplia de la verdad. El incesante remolino de pensamientos la agotó, y se dejó llevar por la suave sensación del cansancio. Ninguna pesadilla invadió sus sueños, sólo el interminable torbellino de preguntas, temores y dudas.

## CAPÍTULO 20

Erienne se levantó descansada y caminó alegremente hacia el tocador. Mientras se cepillaba el cabello, sin embargo, sus pensamientos volvieron a acosarla. Su mano se detuvo cuando la confusión le hundió sus afiladas y persistentes garras en la mente. La resolución de llegar al meollo del asunto creció en su interior, y abandonó la habitación para dirigirse hacia la recámara del amo. Estaba dispuesta a enfrentarse a Christopher abordando el tema de su rescate en el arroyo. Ya se había acercado a la puerta, cuando se detuvo, confundida, al oír la voz de Aggie a través del sólido panel de madera. El tono de la mujer era suave e indistinto, pero apremiante, medio acusador, medio suplicante. Erienne se sintió de inmediato avergonzada al advertir su papel de escucha oculto y apoyó la mano en el picaporte, girándolo ruidosamente.

Al abrir la puerta, encontró a Christopher semisentado contra las almohadas con una huella de sonrisa divertida en los labios, en un semblante obviamente mejor que el del día anterior. Aggie se encontraba de pie junto a la cama, con las mejillas enrojecidas y los brazos en jarras. Al ver a la joven, él tosió ligeramente y el ama de llaves se ocupó en retirar la bandeja del desayuno, aunque sus labios permanecieron apretados y su rostro extrañamente ruborizado. Erienne restó importancia al asunto, puesto que no le costaba imaginarse a la mujer regañando al hombre por no cuidarse debidamente, o por ocuparse de alguna actividad no autorizada, lo cual, al menos a los ojos de Aggie, sería imperdonable.

-Iré a buscar agua caliente a la cocina para atender la herida, lady Saxton. -El ama de llaves hizo hincapié en el título, al tiempo que lanzaba una mirada arrogante hacia el hombre¿Me haría el favor de retirar el vendaje usado mientras tanto?

Erienne asintió, cada vez más confundida. La acostumbrada efusividad de la mujer se hallaba aparentemente ausente y la causa no parecía tener una explicación lógica. Si se trataba de celos por respeto a lord Saxton, entonces, ¿por qué, pensó la joven, le asignaba a ella semejante labor?

Aggie le alcanzó unas tijeras y tras un último gesto altivo hacia el inválido, se retiró rápidamente de la habitación. Aun antes de que se cerrara la puerta, Erienne percibió la mirada de Christopher y, cuando se giró hacia él, encontró un hambreen esos ojos verdes, que no tenía nada que ver con una necesidad del estómago. El pulso de la joven se aceleró, y lo disimuló bajo una expresión reprobadora.

-Si desea que lo atienda, señor Seton, insisto en que ejercite un mayor grado de control, al menos, en presencia de otros. La pobre Aggie es increíblemente fiel a Stuart, y no creo que pueda seguir tolerando sus insolentes galanteos.

Sin inmutarse por la reprimenda de la joven, Christopher se señaló el vendaje.

-¿Está usted segura de que tiene estómago para esto? Erienne se sentó en el borde de la cama, junto al costado izquierdo de Christopher.

-Atendí el brazo de Farrell durante bastante tiempo. Le ga. rantizo que podré encargarme de esto también. -Sus labios se curvaron en una sonrisa de pesar-. Sin embargo, le su iero que se mantenga quieto, o podría verme tentada a arrancare un pedazo de pellejo en compensación.

---Como usted ordene, milady. -Extendió los brazos, entregándose por completo a los cuidados de la joven y le apoyó accidentalmente una mano en la cabeza, cuando ella se

inclinó para retirarle la banda que sujetaba el vendaje. Al sentir los dedos de Christopher acariciándole la espalda, Erienne le cogió por la muñeca y depositó la mano sobre el colchón.

-Tampoco yo toleraré sus jugarretas, señor Seton -lo amonestó.

Una lenta sonrisa se dibujó en los labios del enfermo. -Está siendo usted terriblemente formal, milady. ¿Acaso le ha tomado antipatía a mi nombre de repente?

-No deseo alentar su descarada indiferencia hacia mi condición de mujer casada, eso es todo-le explicó Erienne con tono vivaz-. Está siendo demasiado impertinente en presencia de Aggie, y es obvio que ella está algo quisquillosa con usted.

-¿Y cree usted que llamándome «señor Seton» va a impedir que la desee? -le preguntó, acariciándola con los ojos-. Sabe muy poco de mí... o de los hombres... si supone que con meras palabras puede sofocar lo que siento por usted. No es un siniple apetito carnal lo que me consume, Erienne, sino un arrollador deseo de tenerla conmigo en todo momento, de sentir su suavidad bajo mis manos, de reclamarla como mía. No, ningún título formal puede enfriar lo que arde en mi interior.

La joven lo observó maravillada, sin habla. El hombre había ₜepresentado tan bien el papel de enamorado desesperado, que no podía sino considerar sus palabras como otra artimaña para ₙuebrar la barrera que existía entre ambos y sumarla a ella a la larga lista de conquistas. Aun así, las frases habían surtido efecto para recordar a Erienne sus propios deseos. Él estaba allí cada vez ue ella cerraba los ojos, acosándola con su presencia, y no logra a sofocar el anhelo de abrazarlo y besarlo sin limitaciones.

La mirada de Christopher la penetró, implacable, prometiéndole algo que Erienne no podía aceptar con la conciencia tranquíla. Pese a la calma exterior de la joven, sus pensamientos se dieron a la fuga, y olvidó por completo lo que deseaba discutir con él. Sus manos temblaron cuando se inclinó para iniciar su tarea, y tuvo que concentrarse para controlarlas cuando insertó la punta de la tijera en las vendas. Cortó el vendaje y retiró cuidadosamente la tela. Un leve escalofrío le recorrió la columna al ver la viscosa sustancia negra y verdosa que rodeaba la herida. Tuvo que extraer los últimos trozos de tela con suma cautela para impedir un nuevo flujo de sangre. Si bien trabajó con increíble paciencia, sabía que cada uno de sus movimientos provocaba un intenso dolor en el herido. Aun así, él no torcía un solo músculo cada vez que ella alzaba los ojos, encontrando sólo esa extraña e impenetrable mirada y esa enigmática sonrisa en los labios del hombre.

-Dé la vuelta hacia mí -le ordenó y, cuando Christopher obedeció, se inclinó sobre él. Entonces, le retiró el vendaje que cubría la herida de la espalda y le lavó con cuidado la sangre coagulada. La palangana de agua tibia se hallaba colocada sobre la cama, junto al herido y, cuando Eríenne se acercó para escurrir la venda, la mano de Christopher la cogió por los hombros, haciéndola descender hasta apoderarse de sus labios. Fuera de equilibrio, la joven no pudo apartarse inmediatamente, y fue atrapada por un ardiente beso que consumió su fría determinación babo el calor de una irresistible pasión. La boca de Christopher se movió sobre la de ella con un anhelo que ávidamente buscó una idéntica respuesta. La arrolladora ola de excitación invadió a Erienne y, con ésta, la necesidad de corresponderle, pero la repentina intrusión de una máscara negra la impulsó a apartarse con una súbita exclamación. La joven se incorporó con las mejillas enrojecidas por la vergüenza de su propio ardor.

Christopher la desafió con una sonrisa burlona.

-Debe de haberme leído el pensamiento, señora. Era precisamente ése el obsequio que deseaba.

-Tiene usted en verdad mucho coraje para tomarse semejantes libertades en la casa de mi esposo -lo regañó ella con voz entrecortada, tratando de recuperar el aliento-. Terminará por destruirse a sí mismo si continúa insistiendo en esta tontería--, La reprimenda sólo pareció divertir a Christopher, ya que su sonrisa se amplió. Erienne dudó entonces en que alguna vez lograra desalentar las tendencias libertinas de ese hombre. Tras recuperar algo de su control, hizo un gesto con la mano, que aún no cesaba de temblar-. Señor, si es usted tan amable de ponerse sobre el otro lado, le retiraré el vendaje.

Christopher apoyó la palma izquierda sobre el colchón para que la joven pudiera extender el brazo por debajo. Incluso entonces, Erienne tuvo que realizar un tremendo esfuerzo para ignorar la cercanía del hombre y controlar los violentos latidos de su corazón. Tras buscar durante un instante, encontró el hediondo vendaje y lo retiró. Sonó un ligero golpe a la puerta y, ante la respuesta de la joven, Bundy entró.

Eso permitió a Erienne excusarse y transferir su responsabilidad al cuidado del otro. Agradecida por la interrupción, la joven se retiró, buscando refugio en la intimidad de su propia recámara. Al cerrar la puerta tras sí, una tortuosa ansiedad la invadió, pero no pudo definir las causas. Pese a todas sus resoluciones, sólo había logrado esclarecer un enigma: la identidad del jinete nocturno. Le complacía que la causa de Christopher fuera justa; sin embargo, se sentía acosada por la sombra sin rostro que la había rescatado del arroyo. Ya no podía creer que hubiera sido lord Saxton, y temía que incluso allí una fantasía de Christopher estuviera reemplazando a Sitian, tal como lo había hecho en aquellos velados encuentros íntimos con su esposo.

Precisamente allí, sobre la antigua cama, había recibido a lord Saxton durante las noches. Mientras sus ojos recorrían el corúnaje de pana, su mente emprendió una vertiginosa carrera. últimamente, había comenzado a fantasear demasiado acerca de Christo her mientras su esposo le hacía el amor. Algo en esos acaloraos abrazos le había recordado al yanqui y ahora esas ilusiones empezaban a derramarse en su matrimonio, entremezclando alguna vez firmes certidumbres con confusas imágenes de ambos primos. ¿Sería acaso la maldición de la sangre Fleming? ¿Lograría ella alguna vez mantenerse fiel a un hombre? ¿O su propio deseo continuaría creando fantasías de otro mientras su esposo la tomaba entre sus brazos? Vio la imagen de la inexpresiva máscara de cuero inclinándose para besarla y, lentamente, como antes, ésta se convirtió en el apasionado rostro de aquél que la acosaba.

La mente de Erienne se rebeló y, de inmediato, fue atrapada

por otro pensamiento, que la dejó sin aliento debido a su brusca aparición.

¡Seton! ¡Saxton! ¿Primos? ¿O hermanos? Había habido dos hijos en la familia Saxton. Stuart era el mayor, pero, ¿dónde escaba el menor? ¿No podía ser él el hombre que ella conocía como Christopher Seton? ¿Qué mejor forma de tender una trampa a los maleantes que habían incendiado la mansión que tomar el lugar de lord uno, y permitir que el otro representara el papel de justiciero enmascarado? Si eran hermanos, tal vez, trabajaban juntos para vengar las penurias del lisiado. Christopher, el más ágil de los dos, empuñaba su espada y pistola en nombre de la justicia tras el disfraz de fantasma nocturno, mientras el otro atemorizaba los corazones de los bandidos con su sola presencia. Los responsables del incendio habían intentado matarlo y el mero conocimiento de su fracaso les atormentaba.

Una sonrisa irónica curvó los labios de la joven ante la confirmación de sus nuevos descubrimientos. Christopher tenía libre acceso a la mansión y la conocía bien, puesto que allí había nacido.

Sentada a los pies de la cama, buscó con ahínco, pero no encontró nada. Su mente dio vuelcas en un vertiginoso remolino. Aún no la había abandonado la sospecha de que había algo más allí, algo que ella no alcanzaba a comprender. Se frotó las manos, y se estremeció, al recordar el momento en que había retirado el vendaje. Su palma derecha acarició la izquierda, suavemente, como si se tratara de la espalda de Christopher. Entonces, súbitamente, se percató de lo que había tocado. Una rugosa cicatriz atravesaba el hombro del yanqui. No muchas noches atrás, había rozado esa misma cicatriz en la espalda de Stuart, durante el clímax de su pasión.

Una penosa negativa escapó de sus labios cuando descubrió la verdad. ¡Su esposo había enviado a otro a su cama en su reemplazo! En una lenta sucesión de imágenes, rememoró los instantes íntimos que habían compartido, cuando sus propias manos habían explorado el cuerpo masculino para satisfacer su curiosidad de esposa, o cuando las expertas caricias de su marido habían extraído suspiros de placer de sus labios, tal como lo había hecho Christopher en el carruaje.

Erienne ya no pudo seguir mirando hacia las burlones ventanas y se dio la vuelta hundiendo el rostro en las cobijas de la cama. Las colchas ensordecieron sus ahogados, chillones sollozos. Sintió un intolerable dolor en el pecho y no logró aliviar la abrasadora vergüenza que la embargaba. ¡Había sido vilmente utilizada( ¡Embaucada! Sus manos agonizantes se aferraron a la manta como garras, y lloró, hecha un ovillo, deslizándose h$_{asta}$ arrodillarse en el suelo. Se llevó la cobija a los oídos, como si quisiera sofocarlas risotadas burlonas que retumbaban en su cabeza. ¡Había sido utilizada! ¡Habían jugado con ella! ¡Tontal ¡Tonta! ¡Tonta!

La joven se puso de pie, y una llama de ira ardió en su. corazón. Se enfrentaría al bellaco y, de estar su esposo allí, lo increparía a él también. ¡Esa montaña de farsas había terminadol De pronto, olvidó su angustia. Tenía una tarea por delante y no cabía duda de que podría ejecutarla a la perfección.

Un sonido provino del corredor, y Erienne se acercó a la puerta para escuchar. Bundy y, Aggie acababan de abandonar la habitación del amo, y sus voces se hicieron más suaves al pasar frente a la recámara de Erienne. El libertino había quedado solo y, esta vez, no podría escapar. Ella no le permitiría evadir nuevamente las preguocas.

Con tal resolución, Erienne atravesó el pasillo en un instante y,. tras entrar en la recámara del amo, trabó la puerta con cerrojo, a fin de im edir cualquier interrupción. Deliberadamente, retiró la llave y la dejó caer en el corpiño de su vestido, para luego volverse hacia aquél que había decidido enfrentar.

Christopher se encontraba sentado en la cama, bebiendo un humeante pichel de coñac y miel, una poción recetada por Aggie a aliviar la incomodidad del nuevo vendaje. Había observado entrada de Erienne por encima del borde del tazón y ahora acababa de bajarlo para atravesar a la joven con una mirada divertida.

--¿Se aseguró de cerrar bien la puerta, señora?

Hubo suficiente sarcasmo en la pregunta para acrecentar la ira de Erienne. Aun así, se forzó en mantener la calma cuando caminó con paso decidido hasta los pies de la cama.

-Hay uno o dos asuntos que debo arreglar con usted, señor. -El tono fue terminante, y Christopher enarcó las cejas ante la severa actitud de la joven.

-Y yo con usted, señora. -Sonrió y alzó el pichel para beber otro sorbo de la potente, bebida.

-Sé quién es usted -declaró ella sin más preámbulo. Christopher detuvo el brazo en el aire y la miró, sorprendido, con los labios entreabiertos para recibir el borde del vaso.

-Sé que usted y Stuart son hermanos. -Una vez abordado el tema, Erienne se apresuró a atacar-. No puedo entender el porqué, pero lo sé todo. Usted parece ser mucho más que la criatura de la noche que ni siquiera yo había descubierto hasta ahora. Por alguna razón, mi esposo le permitió complacerme en
su lugar. No comprendo por qué usted se encontraba en su cama la pamera noche, pero a partir de entonces, ha sido siempre ustedquien ha venido a mí y, oculto en la oscuridad, ha puesto un bebé bastardo en mis entrañas.

Christopher se atra antó bruscamente y el pichel tembló en su mano antes de que o dejara de lado. Tosió para aclararse la garganta y enarcó una ceja, mientras intentaba recuperar el habla.

-Señora, sus noticias no podrían hacerme más feliz, pero le rogaría que fuera algo más dulce al decirlas. Casi muero asfixiado.

-¡Dulce! -exclamó Erienne con furia, olvidando la compostura ante el espontáneo humor del hombre-. ¿Acaso fue usted dulce al jugar conmigo como lo hizo?

-Erienne, mi queri o amor...

-¡No me llame querido amor»! -bramó ella-. ¡Pervertido! ¡Ladrón de virtuosidades femeninas! ¡Usted me usó! ¡Abusó de mí haciéndose pasar por otro!

-Mi amor -dijo él con voz tierna-. Puedo explicarlo si me lo permite.

-¡Claro que lo hará, señor! ¡Y es por eso que he venido! ¡A oír sus explicaciones! ¡Vamos! ¡Dígame por qué razón me engañó!

Christopher. abrió la boca ara hablar, pero unas fuertes pisadas en el corredor y un violento golpe sobre la puerta lo detuvieron.

-¡Es urgente que hable con usted! -grito Bundy a través del sólido panel de madera.

Erienne frunció el entrecejo, y una obstinada resolución creció en su interior.

-No lo dejaré entrar -afirmó.

El puño de Bundy volvió a golpear la puerta. -¡El alguacil se acerca!

Christopher comenzó a deslizarse hacia el borde de la cama. -Erienne, cariño, abra la puerta. Hablaremos del asunto más tarde... en privado. Le doy mi palabra.

Al ver la urgencia de la situación, Erienne se rindió y buscó en el corpiño del vestido hasta encontrar la llave. Luego la colocó rápidamente en el cerrojo y abrió la puerta.

-Lo siento, milady.

-¿Dónde están ellos? -p reguntó Christopher sin rodeos. Bundy se detuvo junto a la cama.

-A apenas algo más de un kilómetro -dijo con voz agitada-. Keats se hallaba afuera haciendo ejercitar a uno de los caballos y los ha visto venir.

-¡Maldición! -murmuró Chrístopher, y su rostro se de, formó en una mueca cuando intentó moverse.

-Debes ocultarlo, Bundy -se apresuró a sugerir Eríenne—. Llévalo hasta el pasadizo.

-Ella tiene razón. No pueden verme aquí -declaró Chri, topher-. Parker se encargaría de que yo no viviera más de una semana, y ni siquiera lord Saxton lograría encontrar ayuda pan entonces. Mis ropas, Bundy. ¡Enseguida!

Retiró las cobijas y se puso de pie con una mueca, ignorando el hecho de que debajo del vendaje se encontraba totalmente des- nudo. Erienne, en cambio, no pudo ignorarlo. La imagen de esa figura alta, de caderas delgadas y hombros anchos provocó una ardiente ola de calor en sus mejillas. Giró sobre los talones y >e retiró de la habitación, cerrando violentamente la puerta tras de sí. La avergonzaba que él pudiera tratarla de una forma tan íntima, casi ultrajante, frente a uno de los sirvientes. Sus pensamientos giraron, una vez más, en un vertiginoso torbellino y, luego de entrar en el dudoso refugio de su recámara, comenzó a pasearse por toda la habitación.

Una leve sensación de pánico la invadió al percatarse de que, en ausencia de lord Saxton, sería ella quien tendría que recibir al alguacil. La seguridad de Christopher dependía de su habilidad para ocultar su zozobra y no delatar el ardid. Respiró hondo en un esfuerzo para recuperar la calma y se aferró a una imagen de majestuosa dama. Alzó el mentón con actitud altiva. Ella era lady Erienne Saxton, se dijo, el ama de la mansión de su esposo, y no se dejaría intimidar en su propia casa.

Volvió a abrir la puerta y regresó a la recámara del amo, donde sólo encontró a Aggie, quien, con increíble prisa, arreglaba las cobijas de la cama y ordenaba la habitación. Al detenerse junto a la entrada, Erienne pensó que, probablemente, el ama de llaves sabía más de la mansión y sus ocupantes que cualquier otro ajeno a la familia.

Ese era el momento y lugar, decidió la joven, para esclarecer una de sus últimas dudas.

-¿Aggie?

La mujer se volvió de inmediato. -¿Sí, señora?

Erienne extendió una mano para señalar el volumen que yacía sobre el escritorio de su esposo.

-Una vez me dijiste que ese libro contenía registro de todos los nacimientos acontecidos aquí, en esta casa o en sus tierras. Si yo llegara a consultarlo, ¿encontraría el nombre de Christopber registrado como el hermano menor de la familia Saxton?

Aggie retorció las manos con repentina consternación y apartó la mirada nerviosamente. . Erienne leyó la respuesta en esa agitada reacción e intentó aliviar la evidente angustia de la mujer.

-Está bien, Aggie, comprendo tu lealtad a la familia, y no pretendo que reveles nada que yo ya no haya adivinado. -Por -Por f avor, señora -le suplicó el ama de llaves-, escuche al amo hasta el final antes de pensar mal de él.

-Oh, yo estoy dispuesta a escucharlo -le aseguró Erienne, pero temía haber comenzado a abrigar ideas muy dudosas acerca del amo de la mansión.

La joven dejó a la mujer y caminó hacia las escaleras, con el propósito de atender a las visitas en la sala. Paine se encontraba en su puesto junto a la puerta de entrada, y ella lo saludó con una amable inclinación e cabeza al pasar junto a él. Atravesó la arcada que conducía a la gran sala y entonces se paralizó. Sentado tranquilamente en su acostumbrado sillón junto a la chimenea, se encontraba lord Saxton, con la mirada detrás de la máscara fija en la entrada y las manos enguantadas entrelazadas sobre el mango del bastón. Aunque lisiado y con cicatrices, él encarnaba la más temible figura de un hombre.

Eríenne balbuceó una desordenada disculpa. -Yo no... no fui informada de tu regreso.

-Nuestras visitas están al llegar. -El áspero susurro no fue rudo, sólo categórico e inexpresivo-. Acércate y siéntate junto a mí. -Su mano izquierda señaló brevemente un sofá, antes de volver a apoyarse sobre el bastón.

La joven se acercó al sillón indicado y se sentó erguida sobre el borde, pero la posición delató aún más el temblor de sus rodillas. Sus nervios estaban tensos como las cuerdas de un clavicordio y se puso de pie, para detenerse junto al sofá de su esposo, con la mano apoyada sobre el respaldo. Así, aguardaron en silencio, el majestuoso lord y su pálida y rígida dama, mientras el inmenso reloj de la sala marcaba el transcurso del tiempo con enloquecedora lentitud.

Erienne se sobresaltó ligeramente cuando desde el exterior llegó el ruido de varios cascos de caballo, que se acercaban por el sendero y se detenían frente a la torre de entrada. Paine giró el picaporte, pero antes de que pudiera mover la puerta, ésta se abrió violentamente para dar paso a la brusca irrupción del alguacil Parker, seguido muy de cerca -de hecho, demasiado cerca- p$_{or}$ Haggard Bentworth, ese compinche siempre dispuesto para la batalla. Toda una masa de sujetos aparecieron detrás y se agolparon en la entrada.

Allan Parker avanzó con paso ofuscado a través de la arcad$_a$, Entró en la habitación y, con el ceño fruncido, observó la escen$_a$ que se desplegaba delante de sus ojos. Luego, saludó al amo y ama de la mansión con una breve inclinación de cabeza y llamó por señas a uno de sus hombres.

-Sargento, haga que los hombres registren la casa y ponga un guardia en la puerta. Luego, asegúrese de que los que están afuera son...

Sus palabras fueron interrumpidas por un doble chasquido y, tanto él corno el sargento, se volvieron con cautela para enfrentar a su anfitrión. Ambos se encontraron frente a la implacable míra de un par de inmensas pistolas. La habilidad de lord Saxton con las armas era bien conocida en todo el condado, y ninguno de los dos reunió el coraje necesario para poner a prueba tal destreza a tan escasa distancia.

-Nadie registra esta casa si no es bajo mi palabra o la del rey. -La voz áspera de lord Saxton retumbó por las paredes de la habitación-. Yo no he impartido tal orden, pero si nene usted la autorización del otro, entonces, me agradaría verla.

Ambos hombres retiraron cuidadosamente las manos que habían apoyado sobre las fundas de sus propias armas, al tiempo que Parker, con un decidido cambio de actitud, se apresuró a disculparse y explicar.

--Mil disculpas, milord. -Se quitó el sombrero en honor a la dama y dio un codazo al sargento hasta que éste lo imitó-. No tengo ninguna orden de la corona, pero mi intención es requerir su permiso para el registro. Estamos buscando al jinete nocturno. Hace varios días, se cometió un miserable crimen, y tenemos pruebas de que fue Christopher Seton el bellaco que envió al juez Becker a la tumba, asesinó vilmente a los cocheros y secuestró a la joven hija.

Erienne avanzó, con la mano en alto para expresar. su acalorada negativa,, pero su paso fue súbitamente bloqueado por una mano enguantada que sujetaba una pistola. Ella miró a su esposo con furiosa ansiedad.

-Pero no es...

-Calla. -El suave susurro fue sólo audible para los oídos de Erienne- Contrólate, mi amor. Confía en mí.

La joven regresó a su lugar, pero cuando volvió a apoyar la mano sobre el respaldo del sillón, se aferró a éste con tal fuerza, que sus nudillos se tornaron blancos bajo la pálida piel.

El alguacil prosiguió al recuperar la atención de lord Sáxton. -También se busca al hombre por los asesinatos de Timmy Sears y Ben Mose, sin mencionar un sinfín de delitos menores. -Se frotó el dorso de su mano izquierda vendada-. Se dice en la aldea que el hombre es pariente suyo.

-¿Está usted seguro e sus acusaciones, alguacil? -La voz retumbante soltó una ligera risita-. Christopher Seton con pistolas, puedo creerlo, pero parece ser un papanatas demasiado torpe para ser habilidoso con una espada. .

Parker ocultó la mano izquierda bajo la chaqueta y se encogió de hombros.

-Al menos, lo suficientemente habilidoso como para vencer a un viejo borracho y a un mozo pendenciero, totalmente inexperto en armas blancas. .

Una mordaz carcajada provino de la inexpresiva máscara. -¿O a un anciano juez que sale en defensa de su hija? -La voz ronca y áspera adoptó un tono preocupado-. ¿Su mano, señor? ¿Se ha lastimado?

El alguacil enrojeció y masculló una excusa.

-Me ... me corté. No es más que un pequeño tajo.

Lord Saxton desmontó los percutores y guardó las pistolas. -Permitiré que sus hombres registren la casa. Sólo dígales que se apresuren. Mi ama de llaves no tomará a bien que esas botas embarradas, pisoteen todo el lugar.

-Desde luego, milord. -Parker sacudió la cabeza hacia el sargento-. Ocúpese de eso.

El sargento caminó delante de sus hombres y agitó el brazo en diversas direcciones a medida que daba las órdenes. Cuando todos se hubieron dispersado, él mismo subió las escaleras, dejando que el alguacil fisgara en los rincones de la sala.

Lord Saxton se movió con cuidado en su sillón para dirigirse a Erienne.

-Mi querida, ¿serías tan amable de servir un coñac para el alguacil?

Sin decir palabra, la joven caminó hacia el aparador, luchando por controlar la tensión, que había agotado la fuerza de sus piernas, Luego de verter la bebida del botellón, se giró con la copa en la mano, pero su esposo le hizo un nuevo gesto.

-Un poco más, mi amor. Es un día espantoso y, sin duda, el alguacil necesitará tonificarse para la cabalgada del regreso. Parker contempló la encantadora figura femenina cuando recibió la copa, preguntándose cómo la joven podía contentarse con semejante esposo. Recordó la dificultad de Avery para encontrar un candidato que la complaciera y no pudo sino creer que la niña representaba de maravillas la farsa de la devoción. Una segunda copa había sido ofrecida y aceptada por el alguacil cuando los hombres regresaron a la sala.

-No hay señales de ningún hombre herido en la casa, señor -anunció el sargento.

-¿Satisfecho, alguacil? -inquirió lord Saxton. El hombre asintió con reticencia.

-Siento haberle causado tantas molestias, milord. Buscaremos al bellaco en otra parte, pero si llegara a venir aquí, le ruego lo detenga y envíe a un hombre a informarnos.

La máscara no respondió, y el alguacil empujó a Haggard delante de sí. Erienne se mantuvo en su lugar, escuchando la partida del grupo, hasta que un abrumador silencio inundó la mansión. Lord Saxton hizo un ademán para indicar a Aggie que se acercara y, cuando la dama obedeció, le habló en voz muy baja. La mujer se enderezó, echó una rápida mirada a su ama y se retiró presurosa de la habitación.

Una vez solos, lord Saxton se levantó lentamente de su sillón y se dirigió a su esposa.

-Me agradaría hablar en privado contigo, querida. ¿Serías tan amable de acompañarme hasta mi recámara?

r Ahora que el momento de la verdad se hallaba cerca, Erienne no se sintió tan segura de querer afrontarlo. Considerando que Christopher acababa de dejar la recámara, la joven se preguntó si debería conducir a su esposo a algún otro lugar, pero la sos-echa de que Aggie ya le hubiera contado todo acerca del yanqui hizo permanecer en silencio. Con actitud sumisa, Erienne atravesó la sala y luego se detuvo en la entrada para aguardar a Stuart, que avanzaba a un paso mucho más desgarbado que el habitual. Al subir las escaleras, él pareció excesivamente cansado. La joven se adelantó para abrir la puerta de la recámara y se sorprendió al ver que las cobijas de la cama ya estaban abiertas y las almohadas a~ijadas contra la cabecera. Era obvio que Aggie ya había entrado allí para preparar la habitación, y Erienne no pudo evitar una pregunta cuando lord Saxton pasó a su lado con su lento y va-cilante paso.

-¿Estás enfermo?

-Cierra la puerta con llave, Erienne -le ordenó él y, sin satisfacer la curiosidad de su esposa, caminó cuidadosamente hacia un sillón junto a la chimenea.

-¿Me sirves un coñac, querida?

La petición la sorprendió y, dirigiendo una mirada curiosa a su marido, alargó los brazos para quitar la tapa del botellón de cristal que, junto con varias copas, se encontraba apoyado sobre una bandeja de plata. Erienne sirvió el coñac y percibió la mirada de su esposo al entregarle la bebida. No podía ignorar el hecho de que él jamás había bebido ni comido nada en su presencia, ya

que, al hacerlo, se vería obligado a quitarse la máscara. Incapaz de controlar sus temblores, la joven regresó apresuradamente hacia el escritorio y alzó la tapa de cristal para colocarla nuevamente en su lugar.

-Entonces, querida...

Erienne se giró para enfrentarlo, con el corazón palpitante y la pieza de cristal desesperadamente sujeta entre las manos, aunque ni siquiera advirtió que la tenía.

dices que he permitido entrar a otro hombre en mi cama.

Erienne abrió la boca para hablar. Su primer impulso fue balbucear alguna sandez que pudiera limar la aspereza de esa medio afirmación, medio pregunta. Sin embargo, no logró pensar en nada y su garganta seca no produjo ningún sonido. Observó, entonces, atentamente la tapa de cristal, haciéndola girar con lentitud en la mano, sin atreverse a enfrentar la mirada de su esposo.

Detrás de la máscara, lord Saxton observó a su esposa con detención, consciente de que, en los próximos instantes, fijaría la base para el resto de su vida, o convertiría a ésta en una cáscara vacía. Después de ese instante, ya no podría echarse atrás.

-Creo, querida -sus palabras hicieron sobresaltar a la joven-, que, cualquiera que sea el precio, es hora de que conozcas a la bestia de Saxton Hall.

Erienne tragó saliva y sujetó la tapa del botellón con increíble fuerza, como si quisiera extraer coraje de la pieza de cristal. Bajo la atenta mirada de la joven, lord Saxton se quitó la

chaqueta y el chaleco. Luego, apoyó el talón de la bota derecha sobre la punta de la izquierda y, lentamente, deslizó el pesado y deforme estorbo fuera del pie. Ella frunció el entrecejo, sumamente confundida, al no poder detectar un defecto. El flexionó la pierna un momento, antes de despojarse de la otra bota.

Los movimientos del lord parecieron dolorosos cuando comenzó a quitarse los guantes, y los ojos de Erienne se clavaron en las largas, bronceadas y perfectas manos que se alzaron para desprender las cintas de la máscara. La joven se giró ligeramente, tirando la tapa que se estrelló contra el escritorio, cuando él tomó el yelmo de cuero y lo retiró con un único movimiento. Ella se arriesgó a echar una rápida mirada y exclamó con asombro al encontrar aquellos claros ojos sonriéndole con infinita calma.

-íChrístopher! ¿Qué...? -No logró formular la pregunta, pero su mente comenzó a girar con frenesí, tratando de encontrar alguna explicación lógica.

El hizo un esfuerzo y se levantó del sillón.

-Christopher Stuart Saxton, lord de Saxton Hall. -Su voz ya no revelaba un solo dejo de aspereza-: Para servirte, milady.

-Pero... pero, ¿dónde está... -sólo entonces comenzó a comprender la verdad y, al pronunciar el nombre, su tono fue suave, casi inaudible- ... Stuart?

-No hay más que uno, querida. -Él se le acercó, y sus ojos claros exigieron la atención de la joven-. Mírame, Erienne. W. rame detenidamente. -Se inclinó hacia ella, sin un rastro de humor en su delgado y austero rostro-. Y dime otra vez si crees que yo podría permitir a otro hombre en tu cama mientras aún respiro.

Esta revelación era tan diferente a la que ella había supuesto, que Eríenne tuvo dificultad para comprender los hechos que le eran presentados. Ahora sabía ue los dos eran sólo uno, pero su razón no lograba atar los caos sueltos, y las quejumbrosas preguntas escaparon de sus labios.

-¿Cómo? ¿Por qué?

-El que creíste que era lord Saxton está muerto. Era mi hermano mayor, Edmund. El llevó el título antes que yo, pero cuando se incendió el ala este, quedó atrapado entre las llamas. Su criado lo encontró... o, más bien, encontró lo que quedaba de él... entre las ruinas, y lo enterró en una tumba sin lápida sobre el despeñadero que mira a la ensenada. -Los músculos de sus mejillas se contrajeron revelando el caudal de furia contenida-. Yo estaba en alta mar en esa época, y las cartas con la noticia de su muerte nunca llegaron a mí. Cuando vine a Inglaterra, me informaron que había sido asesinado.

-¿Muerto? ¿Tres años atrás? -repitió Erienne, aturdidaEntonces, cuando me casé, ¿fue en realidad usted...?

-Sí, querida. No podía cortejarte de otra forma, ni tampoco se me ocurrió un mejor plan para confundir a aquellos que incendiaron la mansión que resucitar al hermano mayor, que, según ellos, estaba muerto. Tú me diste la idea del disfraz cuando dijiste que preferías desposarte con un lisiado deforme.

Erienne miró en derredor, incapaz de fijar su mirada húmeda en un solo objeto, al tiempo que su mente giraba en un loco frenesí. Christopher se acercó para abrazarla, pero ella lo esquivó.

-Por favor... no me toque -le dijo entre sollozos, y corrió hacia las ventanas, rehusando lanzar una sola mirada en dirección al hombre. Una tremenda sensación de culpa embargó a Christopher cuando avanzó para detenerse detrás de la joven. Vio cómo sus esbeltos y delicados hombros temblaban bajo el silen
cioso llanto l la respiración entrecortada; y un punzante dolor le atravesó e corazón.

-Ven, mi amor...

¡Mi amor! -Erienne se volvió, y sus ojos llenos de lágrimas lanzaron llamaradas-. ¿Soy de veras su amor, una esposa respetada, que puede dar a luz a hijos con orgullo y nombre noble? ¿O soy sólo un tierno bocado que ha tomado usted por placer? ¿Una mujerzuela tonta, capaz de satisfacer sus necesidades por una o dos noches, quizá? ¡Cómo se debe de haber divertido jugando conmigo!

-Erienne... escucha...

-¡No! ¡Nunca más volveré a escuchar sus mentiras! -Se secó las lágrimas que corrían por sus mejillas con el dorso de la mano, y luego apartó a Christopher que, una vez más, intentó cogerla del brazo-. ¿Era eso lo que buscaba? ¿Una amante para pasar sus ratos de ocio? ¡Sí! Una tierna vigen que lo entretuviera mientras viviera aquí, en estos áridos climas del norte. Fue ésa su primera propuesta, ¿no es verdad? -Caminó hacia él, contoneando las caderas sugestivamente, mientras sus ojos ardían tras el velo húmedo de lágrimas. Entonces, le asió por la camisa y quitó los faldones de la tela fuera de los calzones-. ¿Cuánto gana una buena ramera en todo el tiempo que yo he estado con usted? ¿Cincuenta libras? Eso fue lo que usted pagó por mí, ¿no es así? Es muy difícil recordar. Usted lo que dio con una mano, lo tomó con la otra.

Christopher enarcó una ceja, algo turbado ante el genio de la mujer que había desposado.

-No una suma tan miserable, señora.

Erienne deliberadamente malinterpretó la respuesta.

-¿Oh? Entonces usted debe considerar que me compró por una verdadera bagatela si la mayoría de las prostitutas ganan mucho más que eso. -Sus labios se curvaron en una presuntuosa sonrisa y sus ojos se volvieron cálidos y oscuros-. ¿Acaso no valgo más ahora que he aprendido algunos de los deberes? Tal vez, mi lenguaje es demasiado refinado. -Inclinó el busto sobre Christopher y frotó seductoramente el muslo sobre el de él, al tiempo que le deslizaba una mano debajo de la camisa y le acaricia a la delgada cintura-. ¿No valgo más que un par de libras la noche, amo?

Christopher la devoró con una desfachatada mirada, capaz de dar tanto como recibía, pero, luego de una breve reflexión, decidió que no sería prudente tentar demasiado al destino. La joven tenía todo el derecho de estar enfadada, y a él le convenía resistir pacientemente la tormenta.

-¿Qué pasa, amo? -preguntó Erienne con un fingido tono de pesar al ver que no lograba una sola respuesta por parte de él-. ¿Es que no soy suficientemente buena?-Le rodeó el cuello con el brazo y le tomó una mano, para estrecharla contra sus senos y frotar lentamente la palma contra el pezón-. ¿Acaso no le agrado?

-Claro que sí, señora -respondió Christopher con calma. Luego, alargó un brazo y abrió la puerta del armario, extrayendo un fajo de documentos que exhibió frente a los ojos de la joven-. Este es el resto de los recibos que obtuve al pagar las deudas de tu padre en Londres. -Arrojó los papeles en dirección a la cama, sin importarle que se desparramaran por el suelo-. Suman más de diez mil libras.

-¿Diez mil? -repitió Erienne con asombro.

-Sí, y hubiera duplicado esa suma de ser necesario. No podía tolerar la mera idea de verte casada con otro hombre. Entonces, cuando tu padre me prohibió participar en la subasta, adopté mi legítimo título de lord Saxton y envié a un representante para que hiciera las ofertas por mí.

La joven se apartó, no dispuesta a rendirse.

-Usted me engañó. Y engañó a mi padre... y a Farrell... y a toda la aldea. Nos engañó a todos -concluyó entre sollozos y, una vez más, sus ojos se llenaron de lágrimas-. Cuando pienso en todas esas noches en que vino a mí... me tomó entre sus brazos... y todo ese tiempo se estuvo riendo de mí. ¡Cuánto se debe de haber reído de todos nosotros!

-Cariño, yo nunca me reí de ti. Te deseaba, y no se me ocurrió otra forma de tenerte.

-Podría habérmelo dicho... -insistió Erienne.

-Tú me odiabas, recuérdalo, y te burlabas de mis roposiciones. -Christopher se quitó la camisa y la arrojó acta un lado. Se frotó los nudillos contra la palma de la mano, al tiempo que comenzó a pasearse por la habitación, tratando de encontrar las palabras que pudieran apaciguar la ira de la joven-. Vine al norte para averiguar la identidad de los asesinos de mi hermano y en el transcurso de esa aventura, conocí a una dama cuya belleza cautivó mi corazón. Ella me atrapó tan firmemente como una sirena del mar, y la deseé como jamás había deseado a una mujer. El destino quiso que, desde un principio, todo estuviera mal entre nosotros, y fui condenado a ignorar a la única dama que quería. Las advertencias sólo agudizaron mis deseos de poseerla. Me acerqué a ella cuantas veces pude y, aunque sus palabras solían destruir mis esperanzas, llegué a vislumbrar una remota posibilidad de que, con el tiempo, podría entregarse a mí.

-Alzó el brazo derecho y, con la otra mano, se frotó el vendaje, como si quisiera aliviar un fuerte dolor-. Sin embargo, pronto llegó el momento en que ella desposaría a otro hombre. Entonces, tuve que elegir... o la dejaba ir y lamentaba para siempre el no haber tenido tiempo de enamorarla, o me presentaba como la bestia y aprovechaba un ardid que también podría ayudarme en otra parte. Cuanto más meditaba en el asunto, más posibilidades de éxito le encontraba. La farsa me pareció increíble, y me permitiría cortejar a la dama a mi placer.

La voz de Erienne tembló por la emoción.

-Y entonces, me embaucó, haciéndome creer que me había casado con una horripilante bestia. Si usted de veras hubiera sentido cariño por mí, Christopher, me hubiera contado toda la verdad. Hubiera venido a mí para apaciguar mis temores. Pero, en cambio, me dejó sufrir durante las primeras semanas de nuestro matrimonio, cuando yo estaba tan atemorizada ¡que deseaba morir!

-¿Acaso te hubiera aliviado el descubrir que, en realidad, te habías casado conmi o? -inquirió él-. ¿O hubieras regresado con tu padre para halarle en mi contra? Yo debía resolver este asunto de la muerte de mi hermano y no tenía forma de saber si podía confiar en ti. Muchos habían intentado matarnos. Mi madre viajó a las colonias después del atentado contra la vida de sus hijos. Estaba atemorizada, porque la mano de nuestro enemigo parecía extenderse más y más. Contrató a un hombre con una hija para que navegara con ella, y viajó bajo el nombre de él. Cuando llegó a las colonias, adoptó su apellido de soltera e inició una nueva vida para todos nosotros. Le atemorizaba que regresáramos, pero así tenía que ser. La

rebelión de las colonias se interpuso, pero aun así, cuando se reanudaron las relaciones amigables, mi hermano vino a reclamar su legítimo lugar como lord. Nada había cambiado. El sólo vivió aquí un corto tiempo, y ellos llegaron con sus antorchas y no le dieron cuartel. Yo estaba decidido a ser más cauteloso, incluso con la mujer de la que me había enamorado. Su padre no era de confiar, y ella, a menudo, había manifestado el odio que sentía por mí.

Las lágrimas nublaron la visión de Erienne, y se secó con rabia los senderos húmedos que continuaban surcando sus mejillas.

-Traté desesperadamente de convertirme en una esposa honorable, pero todo ese tiempo no fui más que una pieza en su plan de venganza.

-Justicia, querida, y juró que la conseguiré, aunque veo que el alguacil está trabajando con ahínco para destruirme.

-¿Alían Parker? -La joven olvidó su furia por el momento y observó a Christopher con asombro-. ¿Acaso no trabaja él en pos de la justicia, también?

-No querida. Él es a quien los bandidos llaman capitán. Él dirigió el ataque contra el carruaje de los Becker y fue así como se enteró de que yo era el jinete nocturno.

Erienne no pudo dudar de esa acusación, aun cuando el impacto fuera grande; pero ella también tenía algunas denuncias que h acer.

-Usted ha estado involucrado en muchas farsas. La del jinete nocturno no es la única. -Su implacable angustia era evidente en el tono de su voz-. Representó conmigo el papel de galón libertino y trabajó asiduamente para destruir mi honor y el respeto de mí misma. Me sedujo en el carruaje. Jugó conmigo allí y también me hubiera poseído, dejándome creer que yo estaba engañando a mi esposo. Luego, más tarde, cuando vino a esta cama, me hizo el amor y me volvió a embaucar, permitiéndome pensar que se trataba de otro hombre.

Christopher enarcó las cejas.

-Mi deseo por ti, Erienne, era muy difícil de controlar. Te veía como un hombre anhela ver a su esposa... en el baño... en la cama... siempre tan cerca de mí, y tan increíblemente bella, que se me tornó una tortura el solo mirarte. Me encontré firmemente apresado en una trampa. Jamás soñé que te entregarías a mí en el papel de lord Saxton y, cuando viniste, por mi vida, no pude negarme a tus súplicas en ese momento, aun cuando sabía que el poseerte haría más difícil la revelación de la verdad. Tras satisfacer mis necesidades, sólo te deseé mucho más, y temí perderte por completo.

-¿Tiene usted idea de todo lo que sufrí debido a su charada? -preguntó Erienne con voz entrecortada por la emoción-. Cada vez que venía a mí como lord Saxton, me atormentaban las imágenes de Christopher Seton. Me resultaba imposible separar a los dos en la mente. ¿Y ahora me dice que no fue más que un plan? ¿Se da cuenta acaso de que estuvo a punto de volverme roca?

-Lo siento mucho. -Los ojos de Christopher se posaron sobre la joven con expresión tierna y anhelante-. Jamás estuve seguro de tu afecto hasta que susurraste mi nombre en la oscuridad.

La confusión embargó a Erienne. Sabía que Christopher era el hombre que quería; sin embargo, los métodos que él había utilizado para ganarla le parecían deshonrosos. Sin embargo, de no haber sido así, ella se hubiera visto desposada con Harford
Newton o alguno de los muchos candidatos que había despreciado.

Había detestado a Christopher después de la subasta por no haber intentado nada para salvarla de un matrimonio repugnante. ¿Podía ahora sentirse molesta porque él había hecho exactamente eso?

-Me dijo usted tantas mentiras -dijo la joven entre sollozos-, que me pregunto si puedo creerle ahora.

Clnstopher se le acercó.

-Te amo, Erienne. Creas lo que creas, jamás te mentí sobre eso.

Erienne retrocedió, sabiendo que se desmoronaría si él llegaba a tocarla, y aún quedaba.rnucho que aclarar.

-¡Pero me mintió sobre todo lo demás! Me dijo que tenía cicatrices...

-Y es verdad. Tengo la cicatriz que me dejó el disparo de tu hermano... y otra media docena de...

-¡Afirmó haber sufrido quemaduras!

-Eso también es verdad. Hubo un incendio a bordo de uno de mis buques y, al intentar extinguirlo, un grumo de alquitrán en llamas se me pegó a la pierna. Me dejó-una cicatriz, no demasiado grande -miró a la joven con una leve sonrisa-, pero suficiente para satisfacer la curiosidad de una dama.

Erienne le observó aturdida, hasta que recordó aquella noche en que le había pasado la mano por el muslo mientras él dormía y, de repente, se percató de que no había estado dormido en absoluto: Entonces, se volvió bruscamente.

-Usted afirmó que era el primo de lord Saxton.

-Si haces memoria, mi amor, Anne dijo que los Seton y los Saxton eran primos, lo cual es verdad. Tú supusiste el resto. Yo sólo continué representando la farsa.

---Oh, y qué bien lo hizo, señor -se mofó ella-. ¡En la cama! ¡Fuera de la cama! Me tuvo de todas maneras, ya fuera como lord Saxton, o como Christopher Seton.

Él sonrió.

-Milady, no estaba dispuesto a arriesgar un premio tan valioso.

Christopher avanzó hacia la joven, y ella se refugió detrás de la mesa de noche. El muro detuvo su retroceso, y no encontró forma de escapar a la acechante bestia. Los ojos verde grisáceos ardieron en su interior, derritiendo su resistencia. Comenzó a pensar entonces que, al fin y al cabo, Christopher era su esposo y no sería incorrecto entregarse a sus caricias, a sus besos y a todo lo demás que él tuviera en mente. Aun así, su orgullo había sido herido e intentó imponer obediencia a su razón, ya que, en su mente, ese hombre merecía una severa reprimenda.

Una mano de acero la rodeó de la cintura y la estrechó contra ese pecho firme, musculoso. Erienne decidió mantener una actitud pasiva en ese abrazo y no intentó forcejear cuando la boca masculina se inclinó hacia la suya. Sin embargo, no bien los labios se rozaron, la joven se percató de que la idea era ridícula y de que había sobrestimado su capacidad de control, porque el beso la atravesó con toda la potencia de una bala. Los labios de Christopher, exigentes, apremiantes, le enviaron pe leños escalofríos de placer, encendiendo cada fibra de su ser, asta dejar todo su cuerpo en llamas por el deseo. El mundo de Erienne comenzó a girar, y se sintió perdida en un limbo de ensueño, donde sólo importaba la cercanía de ese pecho musculoso y la protección de esos poderosos brazos. De pronto, se descubrió rodeando el cuello de Christopher con sus propios brazos y devolviendo el beso con un fervor que delató su propio anhelo. Sus dedos rozaron la familiar cicatriz, y dejó de lado los últimos vestigios de resistencia. Después de todo, no tenía por qué representar el papel de dama herida, cuando se sentía tan, tan satisfecha con el giro de los acontecimientos.

Christopher alzó la cabeza y retrocedió hacia la cama, arrastrando a la joven consigo.

-Es de día -murmuró Erienne, echando una mirada hacia las ventanas.

-Ya lo sé. -Sus ojos verdes lanzaron llamaradas de pasión hacia el interior de la joven, obligándola a seguirlo. No hubo necesidad de palabras. Ya no se hallaban condenados a la oscuridad, y él la deseaba en ese momento. Cuando sus piernas chocaron contra el borde de la cama, Christopher se detuvo y volvió a inclinar el rostro hacia su esposa. Una vez más, sus labios se apoderaron de los de ella, al tiempo que sus manos comenzaron a tirar de los broches de sus calzones.

-¿Me desabrochas el vestido, por favor? -susurró Erienne contra la boca de él. Christopher alzó la cabeza y la respuesta ardió en sus ojos. La joven se giró y se levantó la larga cabellera. Él hizo deslizar el vestido sobre los hombros, y Erienne sintió un escalofrío de placer cuando las manos masculinas le acariciaron la piel desnuda. Los poderosos labios reemplazaron a los

dedos, y ella inclinó la cabeza hacia adelante, cerrando los ojos en éxtasis, cuando los tibios besos le recorrieron la nuca. Erienne se agachó para despojarse del corpiño de su traje, liberando los brazos de las mangas. La cama chirrió cuando Christopher se sentó sobre el borde, y ella lanzó una mirada por encima del
hombro para encontrarlo desembarazándose de los calzones. El los arrojó hacia un costado, y la joven advirtió la mueca de dolor que comprimió el rostro de su esposo al reclinarse sobre las almohadas. La dolida expresión pronto desapareció, y él no pareció preocuparse por la exhibición de su masculinidad mientras aguardaba a la joven.

-Es usted muy lenta, señora -la regañó Christopher con una sonrisa burlona, y ella se sobresaltó al recibir una ligera palmadita en el trasero.

Erienne debió luchar para sofocar sus inseguridades. Hasta el momento, sólo había hecho el amor en la oscuridad y, aunque sus manos estaban familiarizadas con ese masculino cuerpo, el verlo desnudo a plena luz del día era bastante turbador. Pese a las cicatrices, ese hombre era un espécimen sumamente atractivo, pero, dado que ella era su esposa, tendría que habituarse a verlo sin el adorno de las ropas.

Erienne sonrió al mirar a su esposo,, convencida de que la tarea no le resultaría tan difícil.

-Milord tendría que estar curando sus heridas en lugar de aventurarse en semejante actividad.

-No hay cuidado, señora. -Su sonrisa fue casi lasciva aún tengo una o dos cosas que enseñarte en la forma de complacer a un hombre.

-¿Me permitirá complacerlo, milord? -se mofó ella con ternura.

La pasión en la mirada de Christopher le encendió la sangre en llamas.

-Es ése mi más íntimo deseo, señora.

E I Los labios de la joven se curvaron en una sonrisa sublime y sus ojos se hicieron oscuros y cálidos, prometiendo mucho más de lo que él jamás había esperado. Erienne se movió sensualmente, y los ojos verde grisáceos no dejaron de mirarla. Deliberadamente, ella deslizó los tirantes de la enagua sobre los hombros para descubrir sus senos, mientras se inclinaba para desatar los lazos de la cintura. Cuando se agachó para despojarse el vestido, el corsé presionó las redondeadas curvas de sus pechos. El traje cayó a sus pies y los tirantes descendieron, exhibiendo una orción de un suave capullo rosado sobre el encaje de la enagua. ras arrojar el corsé sobre los calzones de su marido, se encogió ara permitir que la última prenda se deslizara sobre sus caderas acia el suelo.

Los ojos de Christopher ardieron con deseo al recorrer los suaves y pálidos senos, descendiendo luego hacia la delgada curva de la cintura y las largas y esbeltas piernas. Él extendió una mano
como invitación, y a su vez, los ojos de la joven se deslizaron por la larga figura masculina, dejando al hombre sin aliento al detenerse con manifiesta admiración. Erienne se arrodilló en la cama junto a él y se inclinó para besarlo. Sus delicados labios se deleitaron con el potente sabor del coñac, al tiempo que su curiosa mano detenía la resfa¡ ración de su esposo con el placer que provocaba. La boca de joven descendió hacia el musculoso pecho, donde el corazón latía con violencia, y luego regresó al cuello, acariciando dulce y lentamente la piel. Los dedos de Erienne continuaron explorando, y la fuerza de la pasión Amenazó con desmoronar el muro de control de Christopher. El era como un leño a punto de encenderse y las caricias de su esposa, la llameante antorcha que chisporroteaba a su lado.

Christopher alzó a la joven y la sostuvo deliberadamente en el aire para admirarla con ex resión dulce y anhelante. Él percibió la ola de calor cuando a sedosa figura femenina se apoyó sobre su cuerpo y vio en esos ojos azul violáceos una mirada tierna y limpia. Erienne se movió contra él de manera cautivante, haciendo girar las pasiones de ambos con vertiginosa velocidad. Fue un momento destinado a suceder; un instante en que los dos se unieron, fundidos por el amor, y como las estrellas en el cielo, o los peces en el agua, incapaces de existir el uno sin el otro. Ella era de él; él era de ella. El mundo podía desintegrarse y, aun así, ellos seguirían siendo uno. Los conflictos y rencores se esfumaron, y susurrantes palabras de

cariño se entremezclaron con suspiros de éxtasis cuando ambos quedaron atrapados en una sublime expresión de amor.

## CAPÍTULO 21

Erienne tenía la impresión de que apenas acababa de comenzar un día, cuando éste ya se había marchado. En las noches, solía acurrucarse en los brazos de su esposo y, cuando no se despertaban las pasiones, descansaba sobre el musculoso pecho, para sentir las caricias de los masculinos labios sobre la frente o junto al oído. Aprendió a conocer el rostro de su marido, la forma en que los labios de Christopher se curvaban en una sonrisa cuando estaba involucrado en alguna travesura. Aprendió, también, que había algo de vileza en él, cuando la alzaba entre sus brazos sin aceptar negativa, y sus besos eran feroces y exigentes; su pasión, devastadora. El ardiente entusiasmo de ese hombre la dejaba sin aliento, pero totalmente satisfecha de la cálida seguridad de su abrazo. En esos momentos siguientes al clímax de pasión, cuando aún podía percibir el calor de su esposo consumiéndose en su interior, Erienne miraba el rostro del hombre; y los ojos verde grisáceos brillaban con amor. Christopher era el marido que toda mujer deseaba tener, y ella no lograba salir de su asombro al saber que le pertenecía.

Excepto Bundy y Aggie, ninguno de los sirvientes conocía la verdad. Cuando la recámara del amo se hallaba vacía, Aggie la cerraba con llave, y nadie osaba entrar en las habitaciones de Erienne sin permiso. Todos se preguntaban la razón del aislamiento del lord y su esposa y, pese a sus múltiples conjeturas, nadie llegaba a acercarse siquiera a la verdad. Cuando lord Saxton por fin descendió al reino de la tierra con la esposa a su lado, todas las preocupaciones e inquietudes se disiparon. Incluso entonces, empero, algunos detectaron un ligero cambio en el ama. Atribuyeron el alegre estado de ánimo de la joven a la recuperación de su esposo y continuaron admirando su devoción frente a un hombre tan aterrador.

Transcurrieron dos semanas más y, como una señal desde las profundidades del infierno, el aislamiento de la mansión se quebró. El destartalado carruaje de Mawbry se acercó chirriando por el camino, detrás de un viejo rocín y tambaleándose sobre sus bamboleantes ruedas al girar por el sendero hasta detenerse frente a la torre. Avery descendió primero, dejando que Farrell se encargara del equipaje.

Paine acudió a las llamadas y, tras permitir la entrada de las visitas en el vestíbulo, ayudó solícitamente a Farrell con sus molestas cargas, ganándose así una sombría expresión por parte del padre.

El amo no se ha sentido muy bien en estas últimas semanas -anunció el sirviente-. Ahora, se encuentra en su recámara, almorzando con el ama. ¿Serían tan amables de aguardarlos en la sala?

Avery echó al hombre una mirada displicente y, al hablar, trató de que su tono no sonara demasiado esperanzado. -¿Dice que su señoría está enfermo? ¿Algo grave? -Supongo que fue bastante serio por un tiempo, señor. El ama casi no se apartó de su lado, pero él se está recuperando muy bien. -Paine extendió los brazos para tomar las armas de Farrell-. Le subiré esto con las maletas, señor. -Se volvió hacia Avery-. ¿Usted también se quedará?

El alcalde tocó ligeramente su propio equipaje y se aclaró la garganta.

-Sí, pensé que, mientras Farrell estuviera aquí, yo podría pasar algún tiempo con mi hija.

-Muy bien, señor. Regresaré por su equipaje cuando hayan preparado una habitación para usted.

Erienne bajó las escaleras a toda velocidad, alisándose el cabello y arreglándose el vestido. Se detuvo frente a la arcada que conducía a la gran sala y allí descubrió que, en la prisa, no había terminado de abrocharse el corpiño, y se tomó un respiro para recuperar el aliento y corregir su aspecto. Tenía las mejillas sonrojadas y se sentía ligeramente inquieta, porque los golpes de Aggie en la recámara del amo habían llegado en un momento de lo más inoportuno. El almuerzo se había dejado enfriar sobre la pe quena mesa, mientras que las tendencias amorosas de Christopher habían calentado a ambos. La inoportuna interrupción y el anuncio de que el alcalde había llegado para quedarse, había caído sobre la pareja como un balde de agua fría, y ambos se habían separado en desordenada prisa.

Erienne atravesó la sala, adoptando una máscara de serenidad para saludar a sus parientes. Se acercó a su hermano y, de puntillas, le dio un beso en la mejilla, para luego volverse y sonreír

a su padre.

-¿Cómo ¿Mejor?

está tu brazo, Farrell? -le preguntó después

El muchacho se animó ligeramente.

-Estuve en York hace unas cuantas semanas. Como recordarás, pedí prestado el carruaje de lord Saxton para el viaje. Allí conocí a un cirujano experto en heridas de bal a. El cree que el proyectil aún sigue allí, atascado en la articulación, y que podría ser eso lo que está obstruyendo el movimiento. Opina que habría que extraer la bala, pero existe el riesgo de perder el brazo. --Alzó el miembro mencionado y se encogió de hombros-. No sé qué es peor, un muñón truncado o un brazo inútil.

-Le preguntaremos a lord Saxton. Él conoce a muchos cirujanos. -La joven tomó asiento y le indicó a su hermano que se sentara en el sillón conti uo-. Pero, cuéntame, ¿cómo has estado con la señorita... -el razo inválido se dirigió torpemente contra ella, junto con el golpe, Erienne percibió la advertencia en el ceño fruncido del muchacho- ...señor... eh... el que te iba a contratar en la oficina naviera en Wirkínton? -Fue eso lo único que se le ocurrió para salvar la situación-. ¿Cuál era su nombre?

-Señor Simpson. -Farrell asintió lentamente con la cabeza y sonrió, al tiempo que saboreaba su vino-. Ahora estoy pensando en buscar trabajo en York, de manera que deseché esa Idea. -Extendió la copa en dirección a Avery-. Desde luego, nuestro padre está seguro de que mi intención es abandonarlo.

La joven rió y le tiró de la manga a su hermano, inclinándose hacia él y hablándole como si fuera a decirle una confidencia. -A él se le cae la baba por ti, Farrell. Mímalo al hombre ahora que se está haciendo viejo.

Avery se levantó del sillón, irritado.

Los ojos de Erienne brillaron divertidos. La sospecha de que su hija se estaba burlando de él resultaba intolerable para el alcalde, y trató de sofocar la alegría de la joven con un comentario punzante.

-En la aldea se rumorea que tu querido señor Seton es el jinete nocturno. -Para su decepción, la sonrisa de la niña permaneció inalterable. Entonces, decidió hacer un nuevo intento-. En realidad, Allan piensa que podría estar gravemente herido, o incluso muerto, puesto que últimamente no se le ha visto armando alboroto por allí.

Erienne se encogió de hombros con desinterés.

-Con todo el mundo buscándolo por la campiña, ya tendrían que haberlo encontrado. El alguacil vino a registrar esta casa...

-¿Eh? -Avery se puso rigido-. ¿Por qué vendría Allan aquí en busca de ese asqueroso bribón?

-¿No lo sabías? -preguntó Erienne con un perfecto disfraz de inocencia-. Los Saxton y los Seton son primos. Christophe$_r$ ha visitado varias veces la mansión desde mi boda. Incluso fue mi escolta en la fiesta de lord Talbot.

-¿Fue qué? -bramó Avery y luego, sumamente irritado, preguntó-: ¿Quieres decir que tu esposo te confió a ese bas-do o?

Los platos retumbaron sobre la mesa, y Erienne miró por encima del hombre para ver a Aggie manipulando con torpeza los cubiertos. Los labios de la mujer se hallaban firmemente apretados y, cuando alzó los ojos, fue para lanzar una mirada fulminante hacia el alcalde.

-Debo ir a ver qué está demorando a lord Saxton. En mi ausencia, Aggie os servirá. Por favor, disfrutad de la comida. Avery no desconocía los procedimientos para servirse el pan y el vino que habían sido colocados sobre la mesa y, con ambas manos ocupadas, señaló con el mentón a su hija, que ya se retiraba de la sala.

-Allí va a limpiar el trasero de su majestad, sin duda. -Lanzó una mirada fulminante a Aggie, a quien se le escapó una exclamación de sorpresa, y prosiguió, desafiante-. Probablemente, la mocosa tenga que bañarlo como a un bebé.

El resto de la tarde transcurrió en calma. Los huéspedes fueron llevados hasta los establos, donde admiraron algunas majestuosas yeguas pura sangre.

Después el grupo se dirigió al estudio, donde el vanidoso lisiado se sumergió en las protectoras sombras que rodeaban el clavicordio y, tras quitarse los guantes, interpretó una larga serie de melodías.

Para el gran alivio del alcalde, Paine entró a anunciar que la cena estaba servida. Los cuatro se reunieron alrededor de la mesa iluminada con la luz de las velas: lord Saxton, en el inmenso sillón de la cabecera; Erienne, junto a su esposo y los otros dos hombres, en el lado opuesto.

Tanto Farrell como Avery, notaron enseguida que sólo había vajilla para ellos dos, mientras que la joven apenas aceptaba una copa de vino.

-¿No comes con nosotros esta noche? -preguntó Farrell a Erienne.

Erienne sonrió y comenzó la respuesta con una disculpa. -No es mi intención ofenderos, Farrell. -Extendió el brazo hacia la mano enguantada que tenía a su lado y• la estrechó con cariño-. Mi esposo, como sabes, prefiere cenar en privado y, esta noche, he decidido acompañarlo.

Al llegar la noche siguiente, Avery se había animado lo suficiente como para abandonar su cuarto en busca de la recámara de Eríenne. Ya era tarde, y todo el mundo se había retirado

a sus aposentos. El hombre había decidido que ésa sería su única oportunidad de encararse con su hija en privado, puesto que Farrell planeaba regresar a Mawbry a la mañana siguiente.

Se acercó y apoyó un oído sobre el panel de madera. Para su decepción, oyó a la joven hablando con tono apagado, pero aun así, permaneció, esperando que sólo se tratara de un sirviente. Una carcajada masculina provino de la habitación, y Avery casi cae por la sorpresa, antes de recuperar la compostura y volver a apoyar la orea contra la puerta.

La airada respuesta de Erienne disipó cualquier duda acerca de la identidad de su acompañante.

-Christopher, no te rías. ¿Cómo puedo concentrarme en buscar un nombre para nuestro bebé si te burlas de esa forma?

Los ojos de Avery se dilataron y su rostro adquirió un tono carmesí. Pariente o no, lord Saxton había sido muy estúpido al confiarle su esposa a ese bribón. No era de extrañar que la joven se viera tan feliz con lord Saxton, cuando ese bellaco de Seton trepaba por entre sus muslos durante las noches.

Avery abandonó el pasilló y regresó a su habitación. Lo único bueno que podía ver en ese adulterio era el hecho de que su hija, probablemente, estuviera dispuesta a pagar una considerable suma para mantener oculta su infidelidad, y eso podría resultar muy beneficioso para él.

Erienne abandonó los brazos de su esposo y bajó al piso inferior a temprana hora de la mañana. La sorprendió encontrar a su padre aguardándola. La expresión en el rostro del hombre

la inquietó. Tenía los labios fruncidos con actitud pensativa y la cabeza hundida en el cuello de su levita, lo cual le confería el aspecto de una tortuga presumida. La mirada de Avery siguió fijamente a su hija cuando atravesó la habitación y, al acercarse a su padre para entregarle una taza de té, Erienne creyó detectar una sonrisa despectiva.

-¿Ocurre algo malo, padre? -Probablemente.

La joven se acomodó en el sillón opuesto al del alcalde y comenzó a sorber tranquilamente su té.

-¿Hay algo de lo que deseas hablar? -Podría ser.

Erienne no deseaba impulsar a su padre hacia una conversación que, sin duda, culminaría en autocompasión, y se dispuso a aguardar, mientras continuaba bebiendo su té.

Avery reclinó la cabeza contra el respaldo del sillón y deslizó la mirada por las valiosas piezas, tapices y retratos que revestían los imponentes muros.

-Pareces muy satisfecha contigo misma, pequeña. Por lo visto, vivir aquí con su señoría te ha sentado muy bien.

-Me siento muy feliz, padre. Tal vez, más de lo que puedes imaginarte.

-Oh, me lo imagino, claro que sí. -Hundió el mentón en el cuello de la levita y esbozó una sonrisa obviamente complacida.

Erienne observó a su padre, preguntándose qué nueva idea estaría ese hombre saboreando.

-¿Hay algo más que desees saber?

El contempló sus cortos, regordetes dedos por un breve instante.

-Nunca me perdonaste por haberte vendido en la subasta, ¿verdad?

-Detesté la forma en que me vendiste -admitió ella. Una leve sonrisa curvó sus labios cuando se alisó las faldas-. Pero eso no me ha dado más que cosas buenas. Amo al hombre con quien me casé y llevo a su hijo en mi...

-¿Es de él? -preguntó Avery con brusquedad-. ¿O de ese bastardo que tenías anoche en tu habitación?

La mirada de Erienne se alzó angustiada y el corazón le dio un vuelco.

-¿Qué quieres decir?

-Anoche fui a hablar contigo, y tenías a ese diablo de Seton en tu recámara, justo delante de las narices de tu esposo. Y os oí hacer bromas sobre el bebé que habíais hecho juntos. Tú llevas al bastardo de Seton en la barriga, no al hijo de tu esposo.

Erienne sintió un intenso calor en las mejillas. Deseaba con desesperación revelar la verdad, pero sabía ue eso no sería más que una imprudencia. Era mejor que su pare la creyera infiel, antes que arriesgar la vida del hombre que amaba.

-No puedes negarlo, ¿eh? -La sonrisa entre desdeñosa y satisfecha de Avery destrozó el orgullo de la joven-. Te has estado comportando como la mujerzuela de Seton y te has quedado embarazada. Por supuesto, no está en tus planes confesarle a lord Saxton que la simiente que ha sido plantada en tus entrañas no le pertenece.

Erienne soportó los despectivos sarcasmos de su padre en silencio, aun cuando se sintió consumir en su interior.

-Supongo que querrás detener mi lengua también. -La miró atentamente-. Me sería más fácil si demostraras más con$_s$ideración por mí, enviando algún trozo de cordero o algún suculento ganso de vez en cuando. Pues yo hasta tengo que cocinarme mis propios víveres, sin una mano que me ayude, y lavarme la ropa, y ordenar la casa. Con todos los sirvientes que tienes aquí, no veo en qué podría perjudicarte enviar a alguien que, cui e de mí, Pero, por otra parte, cualquier persona que enviaras pretendería alguna paga, y yo tengo poco dinero para gastar. En cuanto a eso, también necesitaría una chaqueta nueva, un par de zapatos y algunas monedas para llenar el bolsillo. No estoy pidiendo demasiado, tú entiendes, sólo lo suficiente para vivir más cómodo.

-¿Cómo te atreves a intentar sacarme dinero? -¡Maldición, niña! ¿Qué harías sí yo informara a lord Saxton de tu infidelidad con ese bastardo de Seton?

El alcalde lanzó una mirada fulminante a la joven y hubiera continuado hablando, pero el sonido de una pesada suela de zapato arrastrándose contra el piso de piedra lo hizo volverse. Averv observó aturdido a lord Saxton, quien se acercaba a ellos desde la torre, deslizando su pesada bota sobre el suelo. El recién llegado se detuvo junto a su esposa y se dirigió al alcalde.

-¿Oí mencionar mi nombre? -Su voz ronca y áspera llenó el repentino silencio de la habitación-. ¿Hay algo que desea decirme, alcalde?

Averv miró nerviosamente a Erienne, y se sorprendió ante la serenidad de la joven. Le pareció ue ella casi lo desafiaba a hablar. El alcalde no pudo articularas palabras, aun cuando lord Saxton aguardó pacientemente la respuesta. Su señoría era la persona a quien él más temía irritar. Sabia muy bien que el hombre adoraba a Erienne y no recibiría con agrado el informe de su infidelidad. Entonces, encolerizado, podría derramar toda su ira sobre aquél que había revelado la noticia.

-Mi niña y yo teníamos una pequeña discusión, milord. -Avery se aclaró la garganta-. Nada que ver con usted. -Todo lo que afecte a mi esposa me concierne, alcalde -le aseguró lord Saxton con un tono casi amable-. Temo que mi cariño por Erienne tiende a ser algo excesivamente posesivo. Usted comprende, ¿no es así?

Avery asintió con la cabeza, sin atreverse a decir una sola palabra contra la joven. Con seguridad, *ese* hombre no estaría dispuesto a escuchar sus consejos de forma indulgente.

## CAPÍTULO 22

Unos suaves golpes sonaron en la puerta de la casa del alcalde

-¡Lady Saxton! -Avery• retrocedió y agitó un brazo hacia el interior en un burlón gesto de cortesía-. ¿Será capaz de entrar en mi humilde residencia?

Al pasar, Erienne recorrió con los ojos el desordenado estado de la cabaña. Era evidente que su padre no tenía la ambición de poner la casa en ordenen más de un aspecto.

-¿Has venido a visitarme, o es a Farrell a quien deseas ver? El muchacho viajó a York, y sólo Dios sabe cuándo regresará. -He venido a verte a ti, padre.

-¿Oh? -Avery cerró la puerta y se acercó a la joven para observarla con asombro, como si encontrara la respuesta difícil de creer.

-Estuve pensando sobre lo que hablamos. -Erienne no logró esbozar una sonrisa cuando extrajo un pequeño monedero del interior de la capa-. Y, aunque detesto ser amenazada, he decidido ofrecerte un pequeño donativo para tu confort.

-¡Eso es muy amable de tu parte! -El alcalde soltó una risita despectiva y caminó hacia la sala. Mientras se servía una bebida, habló por encima del hombro--. Es curioso que hayas decidido venir justo hoy.

Erienne siguió a su adre hasta la habitación y retiró una camisa arrugada de un sifón, antes de acomodarse en el borde. -¿Por qué te parece tan curioso?

-El alguacil vino a verme.

-¿Oh? -Esta vez, le tocó a ella utilizar el monosílabo con tono interrogante, y aguardó a oír lo que se proponía ese bandido.

-Sí. -Avery caminó hacia la ventana y observó a través del cristal, para hablar con tono pensativo-. Tuve una larga discusión con el hombre. Parece que lord Talbot se ha disgustado conmigo por alguna tontería y ha amenazado con despedirme. -Al no recibir respuesta de su hija, prosiguió-. Necesitaba encontrar alguna forma de aplacarlo, y pensé que, quizá, si el al
fa y yo atrapábamos a tu amante y lo ahorcábamos frente a la gente de la aldea, lord Talbot decidiría perdonarme.

Un suspicaz terror trepó como una bestia salvaje por el pecho de Erienne, y su repentina cautela fue evidente en el tono de su voz.

-¿Qué has hecho, padre?

Avery se paseó con indiferencia por toda la habitación, hasta detenerse entre la joven y el vestíbulo. Allí, pareció afirmarse en su lugar encogiéndose de hombros con aire despreocupado.

-Le conté a Allan Parker todo lo que sabía... sobre ti y tu amante, eso quiero decir.

-¿Cómo pudiste? -Erienne se puso en pie en un arrebato de ira-. ¿Cómo pudiste traicionar tan tranquilamente a tu propia hija?

Avery soltó un resoplido. -Tú no eres hija mía, niña.

La joven separó ligeramente las piernas y se cruzó de brazos. -Tú no eres hija mía. Eres la mocosa de ese irlandés. Erienne sacudió la cabeza con incredulidad.

-Mi madre jamás te hubiera engañado con otro hombre. Avery soltó una risita burlona.

-La simiente ya estaba plantada antes de que yo conociera a tu mamá. Ella se había enamorado del sujeto, y se casó con él contra los deseos de la familia. Menos de dos semanas después, el hombre fue colgado.

Una expresión sombría frunció el entrecejo de Erienne, y luego se desvaneció, al ser reemplazada por una sonrisa de pesar. -¿Y tú, padre? No, nunca más ese título. Me dirigiré a ti de cualquier otra forma, menos ésa. -Se detuvo y corrigió la frase-. Y usted, señor, me ha atormentado a mí durante todos esos años.

-¿Yo? -Avery sacudió la cabeza, confundido-. ¿Qué quieres decir, niña?

-Probablemente, nunca llegué a comprenderlo, pero me acaba de quitar una pesada carga de encima. Todos estos años, creí que su sangre era mía, y me siento muy aliviada de que no sea así. -Volvió a guardar el pequeño monedero debajo de la capa y se acercó al hombre, mirándolo fijamente a los ojosLe daré una advertencia, alcalde. Yo no seré tan clemente como mi madre. Si usted provoca la muerte de Christopher Seton, sólo viviré para verlo ahorcado a usted y a muchos otros de su calaña.

Avery se preguntó dónde habría encontrado la mocosa ese temple de acero. Por su parte, él sentía algo de aprensión, puesto que estaba convencido de que la niña estaría dispuesta a cumplir con cada una de sus palabras.

-Le daré otro pequeño consejo como compensación por todos sus tiernos cuidados, señor -agregó Erienne, acentuando las últimas palabras con desdén-. Si usted no llegara a colgarse con sus propias manos, le sugiero que se mantenga apartado del alguacil Parker y sus amigos.

-¿Y por qué, si puede saberse? Dímelo -le ordenó él con tono burlón, sumamente ofendido ante las palabras de la joven-. Tal vez, tu noble Saxton tenga un confortable puesto para un anciano. Una vez que sea revelada toda la historia, ¿crees que querrá seguir escuchando a su esposa? ¿Por qué habría yo de separarme de mis amigos sólo porque me lo dice una adúltera?

Los ojos de Erienne brillaron con una frialdad que podría haber congelado al hombre hasta los huesos.

-Yo ya le he advertido. Usted hará lo que le plazca. Allan Parker no tiene amigos, y puede que él también aprenda algo nuevo sobre horcas antes de que todo esto llegue a su fin.

-¿Y cómo será eso, lady Saxton? -preguntó una nueva voz desde atrás-. ¿Quién me enseñará algo nuevo sobre horcas? La joven giró sobre los talones y su respiración se contuvo cuando Allan Parker entró con paso tranquilo en la habitación. Un par de sus secuaces lo seguían. La puerta de la cocina se cerró detrás de ellos, y el ruido la hizo sobresaltar. Enenne se volvió para escapar, pero el brazo de Avery se alargó y la atrapó con firmeza. El desgarrador grito de la joven fue sofocado por la mano del alguactl, que se apoyó despiadadamente sobre su boca. Uno de los hombres arrancó una cuerda de los cortinajes y, mientras Parker colocaba una mordaza sobre los labios de la joven, el otro le ataba rudamente las muñecas. El alguacil la arrojó sobre una silla y luego agitó el pulgar en dirección a la puerta. -Fleming, líbrate de ese carruaje, y de su cochero -le ordenó con brusquedad-. Envíalos a casa. Diles que ella se queda a pasar el día aquí.

El interés de Avery era imperioso. No podía olvidar el monedero que la joven había guardado bajo la capa, y no deseaba perder la posibilidad de otros que pudieran llegar.

-Ustedes no serían capaces de lastimar a mi pequeña niña, ¿verdad?

-Claro que no, Avery. -Parker apoyó el brazo sobre los hombros del otro y lo guió hasta la puerta, donde le explicóPero con un anzuelo como éste, lograríamos atrapar al señor Seton. Eso pondría a lord Talbot de nuestro lado, ¿eh?

Avery asintió con entusiasmo ante tamaña sagacidad y abrió
la puerta, al tiempo que el alguacil se apartó hacia un lado. El alcalde se aclaró la garganta y gritó:

-¡Oiga, señor Tanner! El cochero se giró. -¿Sí, señor?

-Eh... mi hija desea pasar el día conmigo. Dijo que se fuera usted a casa.

Tanner y el lacayo se intercambiaron inquietas miradas y, con el ceño fruncido, el cochero se acercó lentamente a la cabaña. -Lord Saxton me ordenó vigilar a su mujer. Debo aguardar hasta el regreso de la señora.

Avery lo despidió con la mano, a la vez que dejaba escapar una ronca carcajada.

-No tema, muchacho. Ella estará bastante segura con su propio padre. -Señaló con un dedo en dirección a la posada-. Tómese una cerveza o un licor para calentarse las entrañas. Dígales que lo pongan a la cuenta del alcalde, y yo le enviaré a su ama en el coche de alquiler antes de que oscurezca. Ahora, márchese.

Tanner se sentía reacio en partir, pero no tenía mucho sentido continuar discutiendo. Trepó al asiento del cochero y, con un chasquido, puso en marcha sus caballos. Los hizo pasar frente a la posada sin detenerse y los forzó a acelerar el paso hasta alcanzar un veloz galope al dejar atrás los suburbios de Mawbry.

Avery regresó a la sala y trató de evitar la mirada acusadora de Erienne. El rostro de la joven se veía enrojecido por encima de la mordaza, y sus ojos brillaban con una promesa de venganza.

Parker se frotó el mentón con aire pensativo y observó a su prisionera.

-Al fin y al cabo, lady Saxton es la amante de un conocido criminal y una adúltera. Ésa es suficiente razón para mantenerla en cautiverio y, entretanto, haremos correr el rumor para que llegue a oídos de Seton que ha sido atrapada. Eso lo traerá hasta nosotros. -Se volvió hacía uno de los hombres-. Tú. Ve hasta la cochería y alquila el carruaje. Asegúrale al cochero que no necesítaremos sus servicios y que le devolveremos el vehículo antes de que oscurezca.

Poco después un sonido de ruedas desencajadas anunció la llegada del destartalado carruaje. Tras una rápida mirada a través de la ventana, Parker cogió a Erienne del brazo y la levantó bruscamente de la silla.

-Venga, milady. Permítame escoltarla hasta el carruaje.

Se encontraban atravesando el jardín, cuando ella abandonó su sumisa actitud y hundió uno de sus tacones sobre la bota del otro. Antes de que él pudiera reaccionar con algo más que un grito de dolor, la joven giró y, con las manos atadas, lo golpeó con fuerza en la garganta, justo allí donde la nuez de Adán se proyecta hacia adelante. El golpe cortó la respiración del hombre, que se tambaleó con una mano en el cuello, a la vez que trataba desesperadamente de recuperar el aire.

El intento de escapar de Erienne fue rápidamente frustrado or el secuaz que los había seguido desde la cabaña. Con brazos argos y gruesos, el hombre la alzó y la arrojó hacia el interior del carruaje. La joven cayó sobre el asiento e inmediatamente comenzó a arañar la portezuela opuesta con el propósito de abrirla, hasta que el hombre entró y la arrastró hacia el lugar próximo a él. Erienne aún no estaba vencida. Giró sobre el asiento y comenzó a darle patadas con sus agudos tacones donde pudo, hasta que un inmenso puño le alcanzó la mandíbula y oscureció súbitamente todo su mundo.

Avery cerró la puerta y caminó hacia la cocina.

De pronto, se detuvo con los ojos dilatados, al percatarse de que el alguacil se había llevado el único vehículo disponible en la aldea.

-Pero, ¿cómo abandonaré Mawbry si no tengo caballo? -Prueba caminando.

El sarcasmo provino de la cocina, y Avery se paralizó de terror cuando su mirada se deslizó desde las botas hasta las prendas pardas de la figura que se encontraba de pie, junto a la puerta. Las piernas del alcalde comenzaron a temblar antes de que reconociera a su hijo.

-¡Farrell! ¡Por Dios, muchacho! Casi me matas del susto. -Lo he oído, padre. -El sarcasmo no había abandonado la voz de Farrell-. Vi al alguacil y a sus hombros escabullirse a hurtadillas por esta puerta, y he oído... lo suficiente. -Bueno, Farrell, mi muchacho. -Avery trató de engatusarlo con halagos-. Nuestras desgracias han terminado, y ahora necesitaré tu caballo,

-Has vuelto a venderla. -El tono categórico del joven ig-noró la súplica de su padre-. Y, esta vez, por una simple miseria.

-Habrá más, muchacho. ¡Mucho más!

Farrell observó fijamente al alcalde y un nuevo descubrimiento le iluminó la mente.

-Tú hiciste trampas realmente a Seton con los naipes, ¿no es así?

-Bueno, el hombre no necesitaba el dinero. -La voz de
Avery adquirió una nota de lamento-. Él tenía tanto, y nosotros tan poco... .

-Y, por esa razón, permitiste que me batiera a duelo para defender un honor inexistente, sin preocuparte por las posibles consecuencias. -Echó una mirada a su brazo inválido-. Tu orgullo no podía aceptar un arreglo con el yanqui.

-¡Yo no tenía dinero para pagarle al hombre!

-¡Y entonces vendiste a Erienne en la subasta! -Frunció los labios en un gesto de hastío-. Me revuelve el estómago pensar que yo también tomé parte en eso.

-No creas que yo me siento mejor, muchacho, ¡pero era la única formal

-¡Tú la vendiste entonces! ¡Y la has vuelto a vender ahora! ¡A tu propia hija!

-¡No es mía! -gritó Avery, casi en cuclillas, tratando de hacer entender al obstinado muchacho.

-¿Qué? -Farrell se le acercó, hasta que sólo unos centímetros separaron las narices de ambos. Los ojos del joven, al igual que los de su padre, lanzaban llamaradas de furia.

-¡Esa niña nunca fue mía! ¡Es sólo la mocosa de un rebelde irlandés!

-***¡Ella es mi hermana!*** -bramó Farrell.

-¡Sólo medio... medio hermana! -insistió Avery-. ¿Acaso no lo entiendes, muchacho? Tu madre se acostó con un bastardo irlandés y se llevó de regalo a la cría. ¡Erienne es de un fulano! ¡No mía!

La ira de Farrell aumentó. ***¡Mi madre no era de esa clase!***

-0h, ella se casó con el bastardo, eso hizo -reconoció Avery-. Pero, aun así, ¿no lo entiendes, muchacho? Tú y yo.., somos de la misma sangre. ¡Tú eres mío!

Los labios del joven se curvaron en una mueca de desprecio. -Tú nos traicionaste a todos, a mi madre, a mi hermana... a mí... Nos hundiste a todos en la pobreza con tu amor por la bebida y el juego.

-Yo te crié en mis rodillas -protestó Avery-. Y te mostré una buena parte de los placeres de la vida. Te cargué hasta casa a tempranas horas de la mañana cuando estabas demasiado ebrio para caminar.

-¡En los últimos meses, Erienne ha hecho más por mí, que lo que tú jamás siquiera pensaste hacer en toda mi vida! -lo acusó Farrell-. ¡Ella me brindó comprensión... y amor... y deseos de valerme por mí mismo... y la fuerza para dejar de sentir lástima de mí y culpar a otros de mi estado

-¿Apoyas a esa mocosa en contra de tu propio padre? -bramó Avery.

-¡Desde ahora, has dejado de serlo! -El tono de voz de Farrell se suavizó, para tornarse extremadamente cauto cuando prosiguió-. Me iré de esta casa y fijaré mi residencia en York, donde me desposaré en poco tiempo. Usted, señor, no será bienvenido ni en la boda ni en mi casa. Desde ahora, señor, lo abandonaré a su suerte, cualquiera sea la que logre encontrar.

-Pero, muchacho, tú sabes que necesito un caballo. Lord Saxton vendrá...

Farrell asintió.

-¡Sí! Lord Saxton vendrá. Si fuera usted, señor, trataría de encontrar un profundo, muy profundo agujero donde esconderme. -Giró sobre sus talones y atravesó con paso airado la cocina, para luego gritar por encima del hombro-: ¡Buenos días, señor!

Farrell Fleming espoleó su caballo para girar a toda velocidad por la última curva que conducía a Saxton Hall. El carruaje se encontraba en el sendero de acceso a la mansión, y los

corceles se veían muy sudados, a causa de la vertiginosa marcha a la que, seguramente, Tanner los había forzado. El landó personal de lord Saxton se acercaba a la torre de entrada conducido por un lacayo, al tiempo que Keats corría hacia el vehículo más grande para subir apresuradamente al asiento del cochero. El muchacho tiró de las riendas, obligando a los cuatro animales a avanzar hacia los establos, para dejar libre el lugar frente a la puerta que seria ocupado por el landó.

Farrell detuvo su propio caballo delante de la casa y, casi instantáneamente, sus pies tocaron la tierra. Se abalanzó hacia la entrada y abrió con violencia la puerta, donde casi atropella a Paine, que se acercaba para dar paso a su amo.

-Lord Saxton... -dijo Farrell sin aliento, al ver a quien buscaba dando saltos desde la sala hacia la torre. Bundy y Tanner lo seguían jadeantes, tratando de alcanzar al agitado amo.

-No tengo tiempo ahora, Farrell -respondió lord Saxton sin rodeos, aminorando sólo ligeramente el paso-. Erienne no regresó con el carruaje cuando fue a ver a tu padre, y estoy preocupado por su seguridad. Debo ir hacia allá.

Bundy y Tanner lograron esquivar al muchacho y corrieron a subirse al asiento delantero del landó. Lord Saxton se dispuso a seguirlos, pero el joven lo tomó del brazo.

-Mi hermana no está allí, milord.

-¿Qué? -El amo de la mansión se detuvo y la inexpresiva
rnáscara giró para observar al muchacho-. ¿Qué dices? -La voz había perdido su habitual aspereza, pero aún retumbaba en el interior de las aberturas.

Farrell soltó el brazo del lord y se frotó la frente

-Muy a mi pesar, milord, me temo que el alcalde entregó a Erienne al alguacil.

Lord Saxton gruñó entre dientes.

-¡Debí haber matado a ese... ! -Con sorprendente agilidad, giró sobre sus talones, agitando el pesado bastón a la manera de un sable-. ¿Y Talbot? ¿Dónde está él?

-Me pareció oír que no se encontraba en la aldea. -¿Dónde se llevaron a Erienne?

-No sé -respondió Farrell con tono vacilante. -¿Hacia dónde se dirigieron?

-Lo siento. -El joven reconoció la verdad tímidamenteYo estaba en la cocina y no pude ver.

Por un momento, lord Saxton giró la cabeza de cuero de lado a lado, como un toro encolerizado buscando a un escurridizo enemigo. Luego, se irguió y gritó hacia la entrada:

-¡Bundy!

El hombre saltó del asiento del carruaje y se le acercó corriendo.

-¿Sí, milord?

-Envía hombres con caballos veloces hasta Carlisle, Wirkinton, por la ruta hacia York, ¡en todas direcciones! Haz que busquen el rastro de... -Se volvió hacía Farrell con una tacita pregunta, y el muchacho proporcionó la información requerida.

-El coche de alquiler de la aldea. Ellos se lo llevaron sin el cochero.

-¡Tanner!

-¿Sí, milord? -El hombre ya se había acercado a la puerta. -No saldré todavía. Prepara el carruaje y disponte para partir en cualquier momento.

-¿En qué puedo ayudar, milord? Erienne es mi hermana. Tengo que hacer algo. . -Ayudarás, Farrell -le aseguró el lord-. Necesito a alguien que cabalgue hasta Wirkinton y le entregue una carta al capitán Damels del buque Cristina.

-Pero ése es el barco de Seton. ¿Cómo...? -Farrell parecía muy confundido-. ¿Por qué querría usted la ayuda del yanqui cuando Erienne... quiero decir...? -No encontró las palabras para culmínar la frase. Si lord Saxton ignoraba la verdad sobre la infidelidad de su esposa, Farrell juró no ser él quien la revelaraDesde luego que iré. Haré cualquier cosa que pueda ayudar.

## CAPITULO 23

Claudia golpeó la misiva contra la palma de la mano, picada por la curiosidad de conocer el mensaje que ésta contenía. Le había asegurado al mensajero que la entregaría a su padre tan pronto como él regresara, pero incluso entonces, dudaba que pudiera leer el contenido. En ocasiones, su padre se volvía muy reservado y rehusaba informarle de sus asuntos. últimamente, había oído fragmentos de conversaciones con Allan Parker, y le había intrigado la frecuente mención del nombre de Christopher.

Con aire pensativo, tocó el sello que aseguraba el pergamino y caminó hacia la chimenea para acercar la carta al calor del fuego. La cera se ablandó y, rápidamente, la joven llevó la misiva al escritorio de Talbot, donde, con suma cautela, retiró el sello de la parte inferior del papel.

Con ansiedad, desplegó el pergamino y, a medida que sus ojos leían las palabras, sus labios comenzaron a articularlas, para pronunciarlas entre rechinantes dientes.

-«.. me informó que su hija, lady Saxton, está embarazada con un hijo de Seton. He capturado a la joven como anzuelo para atraer al yanqui. La mantendré prisionera hasta su llegada a las ruinas del castillo del extremo oeste de la ensenada. Allan Parker.

El rostro de Claudía se contrajo con una mueca salvaje. Arrojó violentamente el pergamino y salió furiosa del estudio de Talbot, sin importarle cuál sería la reacción de su padre al advertir semejante intromisión. Necesitaba descargar su ira contra esa perra Saxton, y nada lograría detenerla en esa causa.

Media hora más tarde, Claudia estaba lista para salir, pero cuando el mayordomo abrió la puerta, apareció en ella la figura de un hombre a quien todos temían; lord Saxton.

-He venido a ver a lord Tal...

Lord Saxton interrumpió su anuncio al percatarse de la enrojecida figura femenina en la escalera. En repentino pánico, Claudia miró en derredor, buscando algún lugar donde escapar, pero se paralizó cuando el lisiado, pasando frente al azorado mayordomo, caminó con su andar vacilante hasta detenerse al pie de la escalera y observar a la joven.

-Señorita Talbot -la voz áspera de. lord Saxton pareció revelar una nota despectiva-, esperaba que su padre hubiera regresado, pero usted misma puede proporcionarme la información que necesito.

-¡No sé adónde la llevaron! -mintió ella con tono chillón. -Ahh. -Lord Saxton se apoyó sobre el bastón e inclinó la cabeza enmascarada con actitud pensativa-. Entonces, usted sabe por qué vine.

Claudia se mordió el tembloroso labio y, sin atreverse a responder, se quitó nerviosamente los antes.

-Señorita Talbot, acérquese le ordenó lord Saxton con tono severo y terminante.

Ella obedeció y bajó cautelosamente la escalera, pero no logró apartarse del último peldaño. No hubo necesidad. Él mismo se le acercó, impulsándola a encogerse para escapar de esa terrorífica presencia.

-¿Sabe usted adónde el alguacil ha llevado a mi esposa?

La palabras, aunque aterradoramente tranquilas, vibraron en el interior de la joven. Captó en ese tono áspero varias secuencias que la forzaron a interesarse por su propio bienestar.

-Charles... -gimió, presa del pánico.

Lord Saxton se volvió, al tiempo que el sirviente avanzó con unos pocos pasos vacilantes.

-Quédese donde está si le interesa conservar la salud. No toleraré interferencias.

Charles retrocedió el mismo número de pasos y, necesitando hacer algo, cerró la puerta nerviosamente. Claudía palideció cuando la cabeza enmascarada volvió a girar, y percibió el severo brillo detrás de las aberturas de los ojos.

-¿Y bien? -bramó él-. ¿Lo sabe?

-Alían envió una nota a mi padre -se apresuró a explicar la joven-.- No tenía idea de lo que ese hombre había hecho hasta que la leí. La tiene en una vieja cabaña abandonada en algún lugar al sur de York, según creo. Justo en este momento, iba a ocuparme del bienestar de Erienne. ¿Hay algún mensaje...?-Se detuvo cuando los ojos detrás del cuero se endurecieron, y supo que él había captado su mentira.

-Si no tiene inconvenientes, señora Talbot, iré con usted. Mi carruaje puede seguirnos.

-Pero... -Claudia buscó alguna excusa para negarse, pero percibió la mirada fulminante del hombre en esa inalterable sonrisa de cuero, y se sintió firmemente atrapada-. ¿Sabe usted que su esposa ha sido embarazada... por ese traidor de Christopher Seton?

El airado brillo de los ojos no se inmutó. -¿Me oyó usted?

-Sí, la oí. -La cabeza encapuchada asintió lentamente-, Tengo mucho que hablar con mí esposa.

Claudia enarcó las cejas cuando una repentina idea le atravesó la mente. Tal vez, lograría satisfacer, en cierta medida, su sed de venganza guiando a esta bestia de hombre hasta la otra mujer. El podría enfurecerse con Erienne, y ella tendría oportunidad de presenciar la paliza que la mujerzuela merecía. Una sonrisa se dibujó en los labios de la joven al pensar en tan justo castigo. Una vez que lord Saxton hubiese terminado con su esposa, Christopher Seton no desearía volver a verla y, desde luego, ella, Claudía, se apresuraría a ofrecerle sus condolencias ante la pérdida de una amante.

La joven agitó una mano casi alegremente para indicar al lisiado que la siguiera.

-Venga conmigo, entonces. El viaje será largo, y debemos partir ahora, si deseamos llegar al castillo antes del mediodía.

## CAPITULO 24

El terreno se hacía árido y rocoso a medida que el carruaje que llevaba a Claudia y lord Saxton se acercaba hacia la costa occidental, con vista a la ensenada Solwav. Apartadas del borde

y tras el resguardo del risco, se extendían las ruinas de un antiguo castillo, agazapadas como una liebre herida sobre la árida ladera de roca.

Hacia esa desmoronada estructura se dirigieron. El coche de Saxton se detuvo a unos cien metros de distancia, más allá del alcance de un mosquete normal. Tanner giró en semicírculo, volviéndose hacia el lado opuesto del edificio, listo para escapar cuando la necesidad así lo requiriera. El carruaje de los Talbot, en cambio, continuó la marcha, ascendiendo dificultosamente la cuesta, hasta atravesar el puente de madera que cruzaba el foso del castillo. Un potente grito anunció su llega da, al tiempo que el vehículo entró en un gigantesco patio repleto con los escombros de los alguna vez orgullosos muros. A la derecha, un pórtico de madera servía de entrada a las barracas. A la izquierda, sólo el primero y segundo rival de la atalaya permanecían intactos, mientras que los pisos superiores se habían desmoronado. Frente a ellos, yacía en desorden la torre central. Allí, se había dispuesto un lugar para albergar los caballos y, junto a éste, otro espacio para aparcar los carruajes.

Allan Parker salió de las barracas con aire despreocupado y observó la entrada del conocido coche, hasta que éste se detuvo. Lord Talbot había corrido a buena velocidad para finalizar sus asuntos en York y llegar antes del mediodía, pensó Allan, mientras se dirigía a saludar a su jefe.

El lacayo se apresuró a desplegar la escalerilla y, enseguida, abrió la portezuela. Entonces, apareció una falda color carmesí y un inmenso sombrero de plumas del mismo tono. Allan gruñó mentalmente y apretó los *dientes* al reconocer a la última persona a quien deseaba ver en ese momento. Pronto recuperó su aplomo y procedió a comportarse *según* dictaban las reglas de educación, fingiendo una sonrisa complacida y extendíendo una mano para ayudar a Claudia en su descenso. Su buenaventura se perdió en el aire, ya que, si acaso la presencia de la mujer no era suficiente para ofuscarle, una segunda figura ocupó rápidamente la abertura de la puerta. Parker observó con evidente confusión a lord Saxton, que dejó caer su pesado pie deforme a la tierra.

-Usted me sorprende, lord Saxton -declaró el alguacil, expresando directamente sus pensamientos-. Es usted la última persona que hubiera esperado ver aquí.

Una risa áspera provino de la máscara.

-La señorita Talbot me informó sus intenciones de visitar a mi esposa y, dado que nuestros propósitos eran idénticos, consideré prudente que ambos viajáramos juntos a través de estas hostiles tierras. Traje mi propio carruaje, como podrá ver si se digna a mirar, y varios hombres como protección. Oh-alzó una mano para subrayar el

comentario-, mis hombres están muy bien armados, alguacil, y tal vez, algo más que ligeramente inquietos. Usted conoce las historias que andan corriendo por ahí. -Agitó sus dedos enguantados con indiferencia-. Si alguno de sus hombres llegara a... eh... acercarse demasiado, no puedo responder por las consecuencias.

Esta vez, le tocó reír a Parker. En cierta forma, admiraba la audacia del lisiado.

-En boca de la mayoría de los hombres, señor, consideraría eso una advertencia, incluso una amenaza.

-Olvídelo, señor-lo tranquilizó lord Saxton-. Deséchelo de la mente. No fue mi intención insinuar nada semejante. Sólo sé que mis sirvientes han estado muy inquietos últimamente. Usted sabe, los bandidos, este jinete nocturno, y todos estos asesinatos. Son estos tiempos muy difíciles, tenebrosos y atemorizadores.

Lord Saxton advirtió la presencia de una media docena de hombres de aspecto brutal y atuendo desaliñado, que habían abandonado las barracas para acercarse al lugar detrás del alguacil. Todos observaban al enmascarado con desmesurada curiosidad, y varios señalaban a Claudia, acercando las cabezas para murmurar comentarios con sonrisas lascivas. La niña estaba habituada a un estilo de gente más distinguido y pronto se puso algo inquieta bajo las libidinosas miradas de esos hombres.

-Vine a ver a la hija del alcalde, y eso es lo que pretendo hacer ahora -declaró la joven, y luego preguntó malhumorada-: ¿Dónde está?

El alguacil la ignoró por el momento.

-¿Y usted, lord Saxton? ¿También ha venido bien armado? Me parece que la última vez que nos encontramos... -Se detuvo antes de finalizar el comentario.

Lord Saxton se apoyó torpemente sobre su pie deforme. -No traigo nada, excepto esto. -Entregó el bastón al hombre y luego, se abrió la capa y la chaqueta-. Puede registrarme si lo desea. No tengo otra arma, a menos que usted vea algo que yo no he notado.

Allan sostuvo el bastón en la mano.

-Realmente temible como arma. -Giró en vano el mango de plata-. Pero se lo devolveré. Tal vez, la tentación -habló con voz fuerte y por encima del hombro- lo impulse a utilizarlo con insensatez.

Arrojó el bastón a su dueño y rió, mientras sus hombres festejaban la broma con estruendosas carcajadas y acariciaban las culatas de sus propias pistolas con esperanzado regocijo.

-Bueno, entonces -prosiguió lord Saxton con un suspiro Impaciente-, tal como sugirió la señorita Talbot, vayamos a ver de inmediato a lady Saxton.

-Como quiera. -Parker ofreció un brazo a Claudia y le habló al otro por encima del hombro-. Haga el favor de seguirme, señor. -Los condujo sin pausa, y fue sólo el melindroso paso de Claudia lo que permitió a lord Saxton mantenerse a la par. Con todo, trastabilló varias veces cuando su bastón se atascó en las piedras flojas, y cada tropezón fue seguido de una risotada burlona proveniente del porche de las barracas.

El alguacil se adelantó por los mugrientos peldaños que conducían a la antigua torre para abrir la puerta de la habitación que se encontraba en el interior.

Una vez allí caminó hacia los primeros peldaños que ascendían en espiral a lo largo del muro.

-Por aquí, por favor, pero tengan cuidado -les advirtióComo pueden ver, no hay barandilla. -Los condujo por la escalera hasta llegar a una pesada puerta que bloqueaba el camino. Los peldaños continuaban al otro lado de esa puerta, pero culminaban con el cielo azul enmarcando la desmoronada piedra. Parker introdujo la llave en un cerrojo que sujetaba una gruesa barra, colocada al través de la entrada.

El dispositivo, al igual que la ventanilla enrejada, se encontraba en la parte superior de la puerta y tenía el aspecto de haber sido agregado recientemente. El alguacil se

inclinó hacia la abertura y le habló a la prisionera. -Milady, he regresado. Y le he traído compañía.

El alguacil alzó a Erienne al tiempo que aparecía Claudia en el vano.

-¡No necesito la compañía de la señorita Talbot más que la... ! -Se detuvo abruptamente cuando lord Saxton apareció por la puerta, inclinando la cabeza al pasar bajo la escasa altura del marco-. ¡Nooo! ¡Oooh, nooo! -gimió ella-. ¿Por qué has venido?-

Eh! ¿Es esa la forma de saludar a un esposo? -La regañó Parker. Se volvió hacia el otro hombre con una fingida mirada compasiva-. Ella no parece demasiado feliz de verlo, milord. Tal vez, hubiera preferido que el yanqui viniera en su lugar.

-Bájela -le ordenó lord Saxton con tono severo. -Seguro, milord. -Parker obedeció con gran amabilidad y conservó su sonrisa, mientras observaba a la pareja.

Erienne se hubiera arrojado a los brazos de su esposo, pero el bastón del hombre se alzó bruscamente y la detuvo. -Quédese donde está, señora. No me dejaré conmover por los lloriqueos de una adúltera. -Su terminante tono no permitió desobediencia, y Claudia sonrió complacida, al tiempo que el lord prosiguió-. He venido a oírlo de sus propios labios. ¿En verdad se acostó con el yanqui y albergó la simiente de ese traidor en sus entrañas?

Erienne asintió con vacilación, consciente de que debía representar la farsa frente a los otros dos. Retorció ansiosa las manos y echó una mirada hacia Claudia, quien malinterpretó la causa de su inquietud. La mujer le lanzó una sonrisa presumida mientras se quitaba los guantes, y Erienne se volvió, una vez más, hacia su esposo para responderle tímidamente.

-Él fue muy persuasivo, milord. No pude resistirme. Insistió tanto, que por fin me convenció.

-¿Y usted lo ama? -preguntó la voz áspera.

Los ojos azul violáceos se enternecieron al toparse con el brillo oscuro oculto tras las aberturas de la máscara.

-¿Desearía que le mintiera, milord, y dijera que no? Con agrado pasaría el resto de mi vida en esta prisión si supiera que así él está seguro. Si se encontrara aquí conmigo ahora, lo instaría a escapar antes de que estos hombres lo atraparan.

-¡Qué generosa eres! -se mofó Claudia-. Luego, arrojó los guantes sobre la mesa y caminó con arrogancia hasta detenerse junto a la pareja. Apoyó sus cuidadas manos sobre su comprimida cintura y habló con una sonrisa presuntuosa en los labios-. ¿Serías tan generosa si supieras que tu adorado amante ha tenido relaciones con otras mujeres de los alrededores?

Lord Saxton renqueó por la habitación hasta enfrentar a la mujer. Claudia sintió un escalofrío en su interior, pero hizo a un lado su aversión por el hombre y volvió a dirigirse a la prisionera.

-Molly misma afirmó haber visto una mujer en la cama de Christopher Seton en la posada y, según las propias palabras del yanqui, él parece muy enamorado de la ramera.

Según los rumores, usted también ha disfrutado de la compañía del hombre, señorita Talbot -declaró lord Saxton con sequedad-, ¿Acaso usted también cayó en la trampa del yanqui y lo entretuvo mientras su padre se encontraba de viaje?

-¡Claro que no! --exclamó Claudia-. ¡Allan puede responder por las noches en que mi padre estaba fuera! Él .... -Se detuvo cuando el alguacil se aclaró la garganta violentamente, y entonces se percató de lo que acababa de revelar-. Quiero decir... él vino a ver si me encontraba bien...

Allan frunció los labios en una mueca divertida y expresó sus disculpas.

-Debo cumplir con mis obligaciones. Los dejaré permanecer unos instantes. -Caminó hacia la puerta y allí se giró, para lanzar una mirada en dirección a Claudia-. Como habrán notado, hay guardias abajo. Si necesitan algo, o deciden partir, ellos estarán ansiosos por ayudarlos.

La puerta se cerró y la sólida barra cayó en su lugar. Claudia caminó con paso firme por la habitación, mirando en derredor con desdén. Se detuvo junto a la delgada ventana de un rincón y esbozó una sonrisa despectiva al contemplar los harapos que cubrían la abertura.

-Realmente has caído en desgracia con el mundo desde la última vez que te vi, Erienne. nTú misma provocaste los chismes aquella noche en mi fiesta, cuando no hiciste más que arrojarte a los brazos de Christopher. -Se volvió para enfrentar a la otra mujer, enarcando una ceja con expresión burlona-. ¿Dónde está tu amante ahora? No lo veo correr en tu ayuda.

Lord Saxton pareció ignorar a la mujer mientras que, dulcemente, alzaba el mentón de su esposa con un dedo enguantado para inspeccionar la oscura magulladura en la mandíbula de la joven. Erienne se inclinó hacia él, deseosa de acariciarlo, pero temerosa de revelar sus emociones. Sus ojos azul violáceos, sin embargo, expresaron su amor.

Claudia se fastidió ante la indiferencia de la pareja y esbozó una sonrisa sarcástica.

-Por lo visto, han tratado a su esposa con rudeza, pero no es más de lo que ella merece por lo que le hizo a usted. Dejarse embarazar por ese traidor de Seton. Muy mal. Y no hablemos de todos los otros hombres con los que habrá estado, o si incluso sabrá si ese niño es en verdad del yanqui o no. Aunque supongo que eso, en realidad, no importa. Ella reconoce haberse acostado con el yanqui y haberle engañado a usted.

Lord Saxton apoyó el bastón contra la pierna e inclinó la cabeza encapuchada, para observar a Claudia con aire pensativo.

-¿Engañado? Por favor, dígame, señorita Talbot, ¿cómo puede un hombre engañarse a sí mismo?

Los ojos de Claudia se dilataron cuando él se llevó una mano enguantada a la garganta y comenzó a desatar las cintas. La joven soltó una exclamación cuando la otra mano se unió a la primera para retirar la máscara de cuero de la cabeza. Ella hizo un movimiento para escapar, pero el lord dio un paso adelante, impidiéndole la huida. Claudia lo observó, petrificada por el horror, mientras él terminaba de sacarse el yelmo del cuero. Entonces, la mente de la joven giró con repentina confusión cuando el apuesto rostro de Christopher Seton se descubrió ante sus ojos.

-¿Señorita Talbot? -la saludó él con tono reprobador.

La mirada aturdida de Claudia se volvió hacia Erienne, cuya inquietud no se había disipado.

-Pero, ¿dónde está... -su reacción no fue diferente de la de Erienne al descubrir la identidad de su esposo- ...lord Saxton? Christopher sacudió la mano para señalarse a sí mismo y realizó una pequeña reverencia.

-Para servirla.

-¿Lord Saxton? -re itió Claudia con creciente estupefacción-. ¿Usted...? Pero él sus ojos se posaron sobre la pesada bota- es lisiado.

-Un mero truco, Claudia. Como usted ya habrá notado, yo no tengo tal defecto.

Los ojos de la mujer se entornaron cuando la situación se aclaró.

-Si cree que podrá escapar de aquí con su amante, ¡está muy equivocado!

-Amante no -corrigió Christopher, y esbozó una sonrisa ante la mirada inquisidora de la dama-. Erienne es mi esposa y legítima lady de Saxton Hall. Ella lleva a mi hijo en el vientre, y no ha estado con ningún otro. De eso, no tengo ninguna duda.

-¡Esposa de un traidor que pronto será asesinado! -replicó Claudia y abrió la boca, pero antes de que pudiera tomar suficiente aire para gritar, Christopher levantó el bastón y, tras el giro de una pequeña lengüeta, un delgado espadín se deslizó fuera de la vaina de madera. Súbitamente, Claudia se encontró frente al afilado extremo de la espada y, al levantar la mirada mientras cerraba con lentitud la boca, los ojos verde grisáceos la perforaron.

-Nunca he matado a una mujer-declaró él son suavidad. Pero, por otra parte, jamás me he sentido tan tentado. Le sugiero que permanezca lo más callada posible.

La voz de Claudia tembló al preguntar: -¿Qué piensa hacer?

Una lenta sonrisa curvó los labios de Christopher.

-He venido a rescatar a mi esposa y usted, señorita Talbot, va a ayudarme.

-¿Yo? -Los ojos oscuros de la joven se dilataron-. ¿Qué puedo hacer yo?

-Se dice que la sagacidad acude cuando se la llama. -La sonrisa de Christopher se intensificó-. Señorita Talbot, ¿sería tan amable de quitarse el sombrero?

Sumamente confundida, Claudia obedeció.

-Y ahora, señorita Talbot, si no le importa, sáquese también el vestido. -Christopher ignoró la indignada exclamación de la joven y se volvió hacia su esposa-. Erienne, debemos aprovechar tu parecido con nuestra compañera. Sé que son algo llamativas, pero, ¿te repugnaría usar las ropas de otra? -La respuesta llegó en la forma de una sonrisa y una rápida sacudida de cabeza; entonces, él volvió a mirar a la otra mujer, revelando su ira con el entrecejo fruncido-. Mi querida Claudia, no tiene por qué temer. Yo no me veré tentado ante nada que pudiera usted exhibir. Pero le insisto: el vestido, por favor.

La joven lo observó con furia y entreabrió los labios como si estuviera a punto de gritar. El extremo de la espada dibujó un ocho en el aire, atrayendo su completa atención con su afilada punta. Una nota de temor reemplazó a la ira en la expresión de Claudia, y sus manos comenzaron a moverse para desprender los broches y cintas del traje. Esta clase de captura no era precisamente la que ella había imaginado.

Christopher extendió una mano hacia Erienne y, sin una sola palabra, ella le entregó la misma cuerda que había sujetado sus muñecas dos días atrás. No bien el vestido cayó al suelo, él entrelazó los brazos de Claudia y se los ató contra el pecho, haciendo el nudo final bajo los codos para que ella no pudiera desatarlo con los dientes.

-En cuanto abandonen esta habitación -siseó Claudia con furia-, ¡ellos los descubrirán y los matarán a los dos! -Prefiero correr el riesgo de escaparme, antes que aguardar aquí a que nos maten -respondió Christopher con tono jovial y volvió a extender la mano hacia Erienne. Esta vez, ella le entregó la misma mordaza que la había silenciado y, en un instante, la tela servía la misma función con Claudia.

Christopher lanzó una mirada hacia la puerta y se sintió satisfecho al ver que la ancha espalda de Haggard cubría la abertura. Luego, cubrió los hombros de Claudia con su capa y le

colocó la capucha de cuero sobre la cabeza. Las quejas de la joven fueron amortiguadas por la mordaza y la máscara, y él la condujo forcejeando hacia la destartalada mesa. Giró el respaldo de una de las sillas en dirección a la puerta y allí acomodó a su prisionera. Entonces, Erienne arrancó los tirantes de su enagua ara usarlos como ligaduras. Con éstos, Christopher ató las caras y piernas de Claudia a la silla y luego cerró la capa para ocultar as cuerdas. Cuando retrocedió, él agitó la espada frente a la máscara, donde estaba seguro de que la prisionera podía verla.

-Ahora, silencio -susurró-. Un solo ruido, y su padre vivirá más que usted, al menos, por algunas horas.

Los ojos tras la máscara lo siguieron cuando él caminó hacia la cama. Allí, extendió los brazos para recibir a su esposa, que se le entregó ansiosamente. Los labios de ambos se unieron en un beso que, al parecer de Claudia, reveló más pasión de la que permitían las circunstancias.

-Oh, mi amor -murmuró Erienne, al tiempo que Christopher le besaba la frente-, temía que vinieras y, sin embargo, deseaba que lo hicieras.

El dejó caer una lluvia de besos sobre las mejillas de su esposa, saboreando la cercanía de su amada mientras podía. -Hubiera venido antes de haber sabido dónde te ocultaban. No esperaba esto de tu padre, pero él tendrá que explicarse. Te lo juro.

Erienne sacudió la cabeza y respondió con el mismo tono susurrante.

-El no es mi verdadero padre.

Christopher la apartó para observarla sorprendido. -¿Qué quieres decir?

-Mi madre se casó con un rebelde irlandés y quedó embarazada antes de que a él lo colgaran. Avery, luego, se desposó con ella, sabiendo la verdad, pero nunca le contó a mamá que había sido él quien había dado la orden final para que colgaran a mi verdadero padre.

Christopher le apartó los bucles de la mejilla con infinita dulzura.

-Yo sabía que eras demasiado hermosa para ser hija de ese hombre.

Erienne se acurrucó contra el pecho de su esposo y le rodeó la cintura con los brazos.

-0h, Christopher, eres todo para mí. Te amo, querido.

El alzó el mentón de la joven y sus ojos absorbieron la rebosante devoción que vio en las profundidades color amatista. -Y yo te amo a ti, milady. Tal vez, incluso más de lo que creía hasta que te apartaron de mí. -Le besó dulcemente la magulladura de la mandíbula-. Me encargaré de que estos bandidos paguen por esto.

-No importa, Christopher. Siempre y cuando te tenga a ti y a nuestro bebé, todo lo demás no importa.

-Ahora la fuga debe ser nuestra mayor preocupación. Tenemos que prepararnos. -Se apartó de su esposa y, tras sacarse la chaqueta y el chaleco, tiró del pesado trozo de madera que confería a su bota derecha un aspecto deforme.

Erienne había logrado liberar apenas algunos de los diminutos botones que prendían su corpiño, cuando una forzada voz grave proveniente de Haggard anunció con tonos estridentes:

-¡El excelentísimo señor alguacil se acerca!

Erienne arrojó las prendas de su esposo y el vestido color carmesí en el retrete. Luego, se apresuró a abrochar el 'or'no no de su traje, al tiempo que Christopher agitaba el extremo de la espada frente a los ojos de Claudia para recordarle su presencia. -Recuerde, bastará con un pequeño tajo en la garganta.

Enseguida, contradijo su amenaza al atravesar la habitación y estrecharse contra el muro junto a la puerta. Erienne abandonó sus esfuerzos por abrochar, una vez más, los botones del vestido y se sentó frente a Claudia, al otro lado de la mesa, para servir rápidamente el té y colocar una taza delante de la otra mujer.

-No bebas con demasiada prisa, mi querida. Podrías atragantarte.

El alguacil subió lentamente los últimos peldaños y lanzó una pregunta a Haggard.

-¿Todo bien?

-¡Sí, señor! -bramó el otro con demasiada potencia.

Allan Parker dio un respingo y caminó alrededor del hombre, observándole como si se tratara de un extraño gato blanco y púrpura. Luego, miró a través de la ventanilla enrejada, pero no hizo ningún intento de abrir la puerta.

-¿Dónde está Claudia?

Erienne se incorporó y caminó hacia la entrada, advirtiendo cómo los ojos del alguacil se clavaban en su corpiño entreabierto. También percibió la mirada de Christopher, pero se abstuvo de mirar en esa dirección por temor a delatarlo. La joven hizo un gesto para señalar el excusado y fingió un tono avergonzado.

-Claudia no se siente muy bien. El largo viaje... en el carruaje, supongo. -Señaló la figura encapuchada junto a la mesa, que se inclinó hacia adelante y emitió un gruñido apagado-. Lord Saxton también está algo indispuesto.

-Puedo comprender por qué -respondió Parker significatívamente. Luego, sus ojos devoraron a Eríenne con descaro-, ¿Ha reconsiderado mi propuesta? Lord Talbot llegará en más o menos una hora, y usted tendrá que haber tomado una decisión para entonces.

-Shhh! -Ella lanzó una mirada hacia la figura enmascarada-. Lo oirá.

-Ya no importa -le aseguró él.

Erienne lo miró con expresión interrogante. -¿Qué quiere decir?

Parker se encogió de hombros.

-Su esposo me ha despertado la curiosidad de saber qué se oculta tras la máscara. Créame, antes de que él abandone este recinto, veré qué se esconde detrás de ese yelmo de cuero.

Eríenne se retorció las manos de una manera inquieta, ansiosa.

-Estoy segura de que no quedará muy complacido con lo que allí encuentre.

-Aun así, estoy dispuesto a satisfacer mi curiosidad -prometió él. Luego, se volvió hacia Haggard y le ordenó con rudeza-: Llámame cuando la señorita Talbot esté lista para partir.

Tras esa orden, dio media vuelta v bajó apresuradamente por las escaleras. Haggard avanzó hacia la puerta y, una vez más, su ancha espalda cubrió la abertura. Erienne dejó escapar un largo suspiro y miró a su esposo para aceptar el vestido carmesí que él le ofrecía.

-¡Rápido ahora! -le susurró Christopher con tono apremiante-. ¡Vístete!

Claudia forcejeaba contra las ligaduras y él se le acercó, enfrentando la furibunda mirada de su prisionera con una sonrisa. -Lo siento, señorita Talbot, pero me temo que deberá tolerar la máscara un rato más.

-¡Mmmmm! -Ella sacudió la cabeza frenéticamente. Christopher volvió a guardar la espada en el bastón y se acomodó tranquilamente en la silla opuesta a Claudia, al tiempo que aguardaba a su esposa, deleitándose con el espectáculo que brindaba Erienne mientras se vestía en la esquina próxima a la puerta. Aun cuando el vestido le quedaba flojo en la cintura, se ajustaba firmemente en el busto. Desde luego, no había tiempo que perder en un arreglo adecuado. Con increíble prisa, la joven se recogió el cabello, y luego de sujetarlo con algunos ganchillos, se colocó el sombrero.

-¿Cómo me veo? -preguntó, preocupada, mientras caminaba ara detenerse frente a su esposo. No pudo evitar preguntarse asta dónde lograrían continuar con el engaño.

-El color te sienta bien, querida. -Extendió una mano para tomar el pliegue vacío de la cintura y miró a la joven con una sonrisa-. Quizás, incluso llegues a llenarlo en unos pocos meses.

Un resoplido irónico retumbó dentro de la máscara y la figura encapotada se retorció cuando Claudia volvió a forcejear bajo las ligaduras. Christopher, impávido, tomó a Erienne y la sentó sobre sus rodillas. Deslizó un brazo alrededor de la cintura de la joven y dejó caer el otro sobre su regazo. Entonces, una vez más, ambos saborearon un largo, dichoso beso, mientras la ira de la otra mujer crecía a pasos agigantados.

El estentóreo anuncio de Haggard interrumpió el feliz momento.

-¡Ya viene la comida!

Se oyeron unas pisadas en las escaleras, y Eríenne se incorporó para caminar hacia la ventana del rincón, al tiempo que Christopher tomaba el bastón y se escabullía hacia el retrete. La llave giró en el cerrojo y la uerta se abrió para dar paso a dos hombres desaliñados. Uno e ellos entró, cargando una bandeja con varios tazones del acostumbrado guiso, mientras que el otro se quedó vigilando en la puerta junto con Bentworth.

-Pon la comida sobre la mesa -ordenó Haggard innecesaríamente, y luego dio un codazo a su compañero en las costillas-. Será mejor que mantengas vigilado a su señoría -le advirtió, torciendo la boca-. Un hombre que usa una máscara, siempre está tratando de ocultar algo detrás.

El otro no captó la lógica de tal afirmación por admirar la figura femenina vestida en color carmesí. Luego de ajustarse los calzones, caminó dándose aíres hacia Eríenne. De cerca, la hija de Talbot se veía más bonita de lo que él creía, y se aclaró la garganta para expresar la idea.

-Mi nombre es Irving... su señoría, y quiero que sepa que, en mi opinión, es usted una mujer hermosa.

Erienne miró en derredor nerviosamente, al ver que tanto el hombre como Haggard se le acercaban. El que cargaba la bandeja depositó su carga y estaba a punto de colocar los tazones sobre la mesa, cuando advirtió que el enmascarado meneaba rápidamente las rodillas. La capa se abrió, descubriendo una buena porción de una enagua. La cabeza encapuchada se agitó enérgicamente y, con curiosidad, él se acercó para retirar la máscara. No oyó a quien lo atacó por detrás. Un sólido golpe del bastón de Christopher en la nuca le oscureció el mundo y, antes de que se desmoronara por completo, fue arrastrado hacia el retrete.

Eríenne miró alternativamente a Haggard y al libidinoso guardián, tratando de esbozar una alentadora sonrisa que mantuviera el interés de los hombres, pero Irving echó una mirada por encima del hombro ante el sonido casi imperceptible de algo que se arrastraba. Entonces, vio las botas de su compañero desaparecer tras la puerta del excusado.

-¡Eh! ¿Qué está pasando? -preguntó, llevándose una mano a la pistola del cinturón mientras caminaba hacia el retrete. Haggard siguió a su compañero, mientras Erienne se apresuró a tomar la pata rota de una silla. La joven no supo a cuál de los dos hombres golpear, pero dado que Bentworth se hallaba más cerca, lo escogió como víctima.

Alzó el palo para lanzarlo con fuerza sobre el cráneo del hombre, pero, ante su asombro, él mismo levantó su propia arma y la dejó caer sobre la cabeza de Irving. Luego de volverse con una sonrisa hacia Erienne, que aún no se había recuperado de su estupefacción, Haggard tomó con rapidez la pistola de la mano de su víctima y se la arrojó a Christopher, que acababa de salir del baño.

-¿Cuántos? -preguntó Seton, mientras revisaba la carga de su arma.

-Hay tres abajo. Probablemente, Parker esté con el resto en las barracas.

Eríenne cerró la boca cuando su esposo se le acercó para borrar su perplejidad con una presentación.

-Por si aún no te lo han presentado, mi querida, él es Haggard Bentworth. Aunque nadie lo conocía como tal, él fue el sirviente de mi hermano. Un hombre muy leal, te lo aseguro.

-Es un placer --dijo Erienne, luchando por controlar una repentina humedad de sus ojos, y extendió una mano hacia el hombre,  ue la tomó e inclinó la cabeza.

-El pacer es mío, señora, y siento no haber podido decírselo antes. -Se volvió hacia Christopher y se encogió de hombros-. Tampoco pude escaparme para informarle a usted dónde se la habían llevado, milord -le explicó-. Ellos no confiaban en mí.

-Tal vez, tu corazón no es lo suficientemente malvado para estos bandidos. -Christopher sonrió y luego señaló la puerta-. Será mejor que hagamos subir a otro para nivelar la lucha.

Haggard le quitó el chaleco al hombre inconsciente y se lo entregó a Christopher, quien se lo colocó rápidamente. juntos cargaron a Irving hacia el retrete y lo depositaron al lado del compañero. Luego de repetir a Claudia la advertencia, Christopher tomó su lugar junto a la puerta, mientras que Erienne

caminó hacia la ventana y Haggard se dirigió hacia para gritar hacia abajo.
-Eh, muchachos, la señorita Talbot quiere algo de vino con la comida. Tráiganle aquella botella que apartamos para su señoría.
Bentworth entró en la habitación y se detuvo junto a la mesa. Al cabo de un instante, unas pisadas pausadas subieron por la escalera. Un bellaco corpulento se detuvo en la entrada y extendió la botella, sin realizar el intento de penetrar en la recámara. Haggard inclinó la cabeza hacia la figura vestida de carmesí.

-Su señoría quiere hablar contigo.

El hombre se apartó el sombrero de la frente y observó el interior de la habitación con suspicacia.

-¿Dónde están Irving y Bates?

Haggard agitó una mano hacia donde Christopher se hallaba agazapado contra el muro próximo a la puerta.

-Allí está tu hombre.

Ante la imposibilidad de ver a nadie, el corpulento sujeto entró en el cuarto. Su cabeza se inclinó hacia atrás cuando un firme puñetazo le golpeó el rostro y, enseguida, la culata de una pistola cayó violentamente sobre su nuca. Christopher cogió el exánime cuerpo y lo arrastró hasta el retrete para sumarlo a su colección de víctimas. Luego, cogió el sombrero del hombre y se lo hundió hasta las cejas.

-¿Quedan des, has dicho? -preguntó a Haggard, mientras se colocaba la pistola en el cinturón. El otro asintió-. Entonces, ¡vámonos ya!

juntos abandonaron la habitación. Christopher permaneció en la retaguardia, mientras que Haggard se adelantó tambaleándose por las escaleras. Erienne aguardó nerviosa, oyendo las risotadas de ambos, a medida que se acercaban al nivel inferior.

Sólo uno de los hombres alzó la mirada de la manta cuando Haggard apareció.
-Vamos, Haggie -le invitó con una breve risita-. Nece
sitamos tu dinero para que esto sea un buen juego.
El segundo hombre se giró y apenas logró emitir un breve chillido advertencia, antes de que el puño de Christopher le hiciera girar la cabeza. El bandido cayó al suelo y, al mismo tiempo, Haggard avanzó para bajar violentamente la pistola sobre el cráneo del primero. La otra víctima rodó y se arrastró para buscar su arma, pero Christopher le aprisionó el brazo bajo su bota y le volvió a bajar la cabeza de un puñetazo. Tras caer en un tranquilo e imperturbable sueño, el hombre abandonó la lucha.

Christopher recogió todas las armas y se las colocó en el cinturón, para luego regresar con Haggard al piso superior. El alivio de Erienne fue evidente en la expresión de su rostro. Su esposo la cogió de la mano y se inclinó hacía la mesa donde Claudia pudiera verlo.

-Ha llegado el momento de dejar su agradable compañía, señorita Talbot. Puede quedarse con la capa y la máscara, desde luego, como compensación por su vestido o, si usted lo prefiere, como recuerdo de nuestra eterna gratitud. Muéstreselos a su padre cuando llegue y dígale que lord Christopher Stuart Saxton ha venido a estas tierras para vengar la muerte de su hermano y de su padre. La ambición de poder y fortuna ha sido la ruina de lord Talbot.

El gruñido de la joven fue ensordecido por la mordaza, y sus pies giraron como si quisiera patear a su apresor. Miró al hombre a través de las aberturas del cuero de tal forma, que si las miradas pudieran matar, él hubiera caído en un millón de diminutos pedazos.

Christo her se tocó apenas la frente con los dedos en un gesto de despedía.

-Buenos días, señorita Talbot.

En las barracas, uno de los bandidos se apoyó contra el marco de la puerta y observó a los dos hombres y a la dama que abandonaban la torre.

-¡Eh, mirad eso! -dijo con una risotada-. Ese Haggard no puede ni caminar sin tambalearse. Casi se estrella con el trasero de esa perra Talbot.

-No es más de lo que ella merece -murmuró Parker, al tiempo que se apartaba el sombrero de los ojos. Había estado dormítando frente al fuego con los pies apoyados en un pequeño banco, mientras aguardaba los avisos de Haggard.

Transcurrió un largo momento de silencio y luego el hombre volvió a reír.

-Allí está otra vez. Les juro que se matará antes de atravesar el portalón de la entrada.

-¿El portalón? -Alían apoyó los pies en el suelo cuando súbitamente se incorporó en su asiento-. El coche de los Talbot está junto al establo, no en el portalón. -Caminó hacia la puerta ara ver él mismo la escena y, entonces, sus ojos se dilataron con uría-. ¡Estúpido! -bramó-. ¡Esa es lady Saxton, no Claudía! ¡Y Seton! ¿Cómo diablos hizo ese...? ¡A las armas, idiotas! ¡A las armas, os digo! ¡Están huyendo!

Los hombres se dispersaron por todas partes en tremenda

confusión, estrellándose unos con otros mientras buscaban las pistolas. Las violentas órdenes y el alboroto sirvieron de advertencia para los otros tres. Ya casi llegaban a la entrada y corrieron hacia el portalón. Erienne se alzó las faldas hasta la altura de las rodillas, mientras Christopher la arrastraba consigo. El sombrero rojo de plumas voló para marcar la salida de la carrera.

No bien atravesaron la entrada, Christopher soltó un penetrante silbido que pareció taladrar la quietud de todo el condado.

-¡Corran! -gritó a sus compañeros-. ¡El carruaje se acercará! Yo veré sí puedo desanimar a los bandidos.

-¡Oh, por favor, Christopher! -gimió Erienne con temor-. ¡Ven con nosotros!

-¡Haggard, ocúpate de ella! -ordenó él.

El hombre tomó a la joven del brazo y la aparto del lado de su esposo, obligándola a correr por la ladera. Christopher se detuvo a una corta distancia del portalón y apuntó con una de las pistolas. La bala atravesó la entrada y apenas rozó a Parker, que dirigía el ataque. Otro disparo penetró una ventana entablíllada y retumbó violentamente en el interior de la habitación. El estampido impulsó a los hombres a tirarse a tierra para buscar refugio. Eso fue suficiente por el momento para mantenerlos ocupados y temerosos de levantar las cabezas.

-¡Arriba, cobardes! -gritó Allan cuando ningún otro tiro fue disparado-. ¡A los caballos! ¡Seguirlos! -Sus ojos se llenaron de ira al ver que los hombres dudaban y, sin previo aviso, alzó la pistola y di s aró contra el techo de madera, ganando la completa atención sus secuaces-. ¡Tras ellos, malditos, o el siguiente tiro será para uno de vosotros!

Hubo un frenético alboroto hacia la puerta cuando los hombres la atravesaron en masa, todos ansiosos por obedecer las órdenes de inmediato. Una vez que dejaron atrás la entrada de las barracas, se tropezaron unos con otros en su desesperación por abalanzarse hacia los caballos.

Los zapatos de Erienne no estaban hechos para correr sobre las irregulares piedras, pero aun así, la joven sorprendió a Haggard con su velocidad, al ver que Christopher les seguía. Él los alcanzó rápidamente cuando el carruaje emergió de entre los árboles. Tanner había animado a los caballos con varios azotes de su látigo, y los animales avanzaban a toda marcha. El corazón de Erienne dio un vuelco cuando Christopher volvió a detenerse a unos cuantos metros del foso del castillo. La bala de un mosquete cayó junto a él y otra voló por encima de su cabeza, al tiempo que tres hombres atravesaban la entrada con sus caballos.

Christopher no pareció tener prisa para apuntar, pero cuando lo hizo, su movimiento fue rápido y seguro. El arma rugió y se desplazó, lanzando una nube de humo, y el primer jinete cayó de su corcel. Los compañeros del bandido se detuvieron cuando Christopher dirigió la

mira de otra pistola hacia ellos. Ambos se arrojaron desde sus caballos hacia una hondonada, sin preocuparse por el lecho rocoso ni el dolor que eso les produjo.

El carruaje continuó avanzando, y el estampido del veloz galope rasgó el aire cuando Tanner chasqueó el látigo encima de las cabezas de los corceles. Casi instantáneamente, el cochero tiró de las riendas para detener a los animales junto a los dos que corrían hacia ellos.

-¿Dónde está lord Saxton? -preguntó Tanner a gritos. -¡Ese es lord Saxton! -respondió Bundy, señalando a Christopher, que velozmente se acercaba a los otros dos con sus larguísimas zancadas-. ¡Ese es él sin la máscara!

-¡Pero ése es el señor Se...!

-¡Saxton! -bramó Bundy, al tiempo que tomaba un par de rifles yanquis que tenía a su lado para arrojárselos a Christopher, quien acababa de llegar junto al carruaje.

Mientras algunos hombres aún continuaban persiguiendo caballos sueltos en el patio del castillo, otros ya habían montado y atravesaban el puente que cruzaba el foso. Christopher se arrodilló junto al coche, al tiempo que Haggard ayudaba a subir a Erienne. El lord humedeció el cañón de su rifle y luego se lo colocó rápidamente contra el hombro. El arma rugió y,aunque la nube de humo fue pequeña, uno de los hombres aulló cayó de la montura. Él tomó el otro rifle, y un segundo bando se tambaleó hasta caer.

Haggard había trepado al interior del carruaje, y un mosquete rugio, siguiendo el segundo disparo de Christopher.

-¡Les dimos! -gritó el sirviente con entusiasmo, a la vez que su amo subía al vehículo. No bien los pies del lord abandonaron la tierra, Tanner agitó las riendas y puso en marcha los caballos.

El alguacil Parker agitó un brazo hacia el coche.

-¡Tras ellos! ¡No los perdáis de vista! ¡Sé hacia dónde se dirigen, pero quiero pisarles los talones durante todo el camino! -Mientras algunos otros hombres montaban en sus corceles para emprender la persecución, él se dirigió hacia uno con un violento grito-. ¡Ve a buscar más ayuda! ¡Nos reuniremos en Saxton Hall! ¡Yo partiré hacia allá después de ocuparme de la mocosa Talbot!

Parker hizo rechinar los dientes mientras atravesaba el patio
hacia la torre. Hacía más de cinco años que servía a lord Talbot, aunque sólo durante tres había ejercido como alguacil. El disfraz los había hecho reír a ambos, pero al menos había ayudado a alejar las sospechas de él. Había sido idea suya incendiar el ala este de la mansión, después de que Edmund Saxton se había torpado accidentalmente con su campamento para reconocerlo entre los salteadores. Talbot había aceptado el plan, desde luego, puesto que, desde el principio, había odiado a la familia Saxton y codiciado sus propiedades y fortuna. Unos cuantos años atrás, su señoría había dirigido su propio asalto a Saxton Hall para asesinar al antiguo lord, una vez que su cargo de traición contra Broderick Saxton había sido desechado en Londres por carecer de pruebas. Si bien Talbot tenía amigos en la corte que aún continuaban defendiendo su causa para echar a los Saxton de sus tierras, la familia también parecía contar con contactos igualmente poderosos que luchaban por restablecer el honor de la casa Saxton.

Pese a los tremendos esfuerzos de Talbot, sin embargo, todo parecía ahora desbaratarse. Christopher Seton era, en gran parte, culpable. Al parecer, el hombre sólo había puesto los pies sobre las tierras del norte para atormentarlos. Había asustado de muerte a Sears, y Timmy, tan fuerte como era, había ido a balbucearle al alguacil todo lo confesado al jinete nocturno. El pobre no había llegado a revelar los nombres de los líderes y, por lo tanto, había tenido que ser asesinado, antes de que desembuchara semejante información. Ben Mose también había sabido más de lo debido y, por esa razón, fue liquidado. Y ahora, con Seton libre para infligir venganza por el secuestro de su mujer, los infortunios seguramente se multiplicarían. Claudia sería el primer obstáculo que vencer.

Parker caminó por entre los cuerpos inertes de sus secuaces en la torre y subió las escaleras de tres en tres. Entró en la celda con cautela y frunció el entrecejo ante el espectáculo que se

brindó frente a sus ojos, especialmente ante la figura negra que se encontraba junto a la mesa. Con el sable en la mano, se le acercó por detrás sigilosamente y, con un rápido movimiento, le arrebató la capucha de cuero. El elaborado peinado de Claudia Talbot lo recibió, antes de que la joven volviera la cabeza y le lanzara una mirada fulminante. Los ojos oscuros de la niña parecieron chisporrotear con ira. Allan le aflojó la mordaza, pero se percató de su error cuando ella lo atacó con una venenosa perorata.

-¡Estúpidos! ¿Acaso no se dieron cuenta de que Christopher los estaba embaucando? ¡El es lord Saxton!

La sorpresa del alguacil se desvaneció enseguida cuando empezó a comprender la verdad. ¡Por supuesto! ¿Cómo no se le había ocurrido? Timmy Sears había jurado que el jinete nocturno era el lord de Saxton Hall que había regresado de la tumba para atormentarlo.

Instantes más tarde, ambos atravesaban el patio hacia el carruaje de Talbot.

-No será un lugar adecuado para una mujer -sostuvo él. -¡Insisto! Quiero ver el rostro de Erienne cuando usted termine con su esposo.

Parker suspiró, resignado. Ya sabía que ninguno de los Talbot era precisamente clemente, sin más bien sanguinario, cuando se proponían infligir venganza.

-Usted tiene su coche y yo no puedo detenerla, pero su padre se enfurecerá conmigo si algo malo llega a sucederle. Claudia alzó ligeramente la cabeza para mirar más allá del alguacil y, entonces, esbozó una sonrisa arrogante.

-La cul a de esto, al menos, no recaerá sobre usted. Allí viene mi pare. El me llevará consigo.

Allan soltó mentalmente un suspiro de alivio y fue a recibir el carruaje que ya se acercaba desde el portalón. Aun antes de que el vehículo se detuviera, lord Saxton se asomó a la ventanilla.

-¿Es el coche de Saxton con el que me he cruzado en el camino? -preguntó.

-¡Sí! -respondió Parker-. Y debemos seguirlo. Lord Saxton no es otro que Christopher Seton.

El carruaje atravesó el puente de madera y enseguida gano velocidad.

El veloz grupo de caballos no dejaba de avanzar, conduciendo el carruaje de lord Saxton a través de los valles y colinas, siempre perseguidos por la barabunda de jinetes que corrían tras ellos.

De esa forma, el cortejo llegó a las tierras de Saxton. Los arrendatarios permanecieron inmóviles en sus lugares, observando la escena boquiabiertos. Fue el estampido de un rifle yanqui proveniente del familiar carruaje de Saxton, y la consecuente caída de uno de los maleantes, lo que reveló la seriedad de la situación. La ira ardió en los corazones de los campesinos al advertir que otro lord Saxton estaba siendo amenazado. Todos se prepararon para el ataque, asiendo horquillas, hachas, guadañas, palos, viejos mosquetes y una heterogénea colección de todo aquello que pudiera servir como arma.

El carruaje Saxton se abalanzó hacia la torre de la entrada y

se detuvo bruscamente cuando Tanner puso los frenos y tiró con fuerza de las riendas. Mientras Haggard y Bundy impedían el avance de los perseguidores, Christopher abrió la portezuela con violencia y se apresuró a bajar. Lue o se volvió para ayudar a Erienne a descender y recogió los rifes, para seguir a su esposa a través de la puerta principal. Bundy y Haggard avanzaron por detrás, al tiempo que Tanner apartaba el vehículo de la línea de fuego.

El grupo fue recibido en la gran sala por Paine, quien pareció algo confundido ante la presencia de Christopher Seton, en lugar del amo de la mansión. Tras él, Aggie se lanzó a llorar, tomando el delantal con ambas manos para llevárselo a la boca. Tessie se encontraba en el fondo, feliz de ver a la joven señora, pero aturdida ante la actitud

del ama de llaves. Hacía apenas unos instantes, antes de oír el sonido de las ruedas, la anciana la había tranquilizado, asegurándole que todo terminaría bien. Tal vez, ante la ausencia de lord Saxton, pensó Tessie, el ama de llaves presentía que alguna desgracia había acontecido a su amo y ya comenzaba a llorar la pérdida.

-Bueno, bueno, Aggie -la tranquilizó la doncella, palmeando el hombro de la mujer-. Sin duda, el amo pronto llegará. No se apene así.

Aggie lanzó su lacrimosa mirada y observó a la niña como si hubiera recuperado el aplomo de repente.

-¿De qué estas hablando? El amo ya está aquí. Lord Christopher Saxton, él es.

-Oh. -Los inmensos ojos de Tessie se volvieron hacia quien se encontraba impartiendo órdenes a Bundy y Haggard para que ocuparan lugares cerca de las ventanas. Una ruptura de vidrio evidenció la presteza de los hombres por defender la mansión cuando destrozaron los cristales para introducir los cañones de los largos rifles yanquis.

Christopher observó los rostros de los que le rodeaban, mientras estrechaba a su esposa bajo la protección de su brazo. Incluso el cocinero se encontraba allí, sonriendo de oreja a oreja.

-Todos a uellos que lo deseen, son libres de partir. Erienne puede enseñares el camino para escapar.

-¡No! -La negativa provino de varios labios a la vez y, entonces, él se percató de que Erienne también había hablado. Miró a la joven, y ella se aferró a él con una tenacidad que reveló sus intenciones tan intensamente como su palabra.

-No me apartaré de tu lado. No permitiré que mi bebé crezca sin un padre.

Aggie se explayó en el tema.

***-Cuando mataron*** al antiguo lord, la servidumbre fue enviada a un refugio seguro. El se enfrentó sólo a sus asesinos. Nos quedaremos, milord. Quizá, yo no pueda disparar uno de sus estrafalarios mosquetes, pero bien puedo agitar una endiablada escoba.

-Deben saber que yo soy el jinete nocturno -explicó Christopher para todos aquellos que aún no lograban salir de su confusión-. Yo soy el hombre que el alguacil ha estado buscando. Pero mi causa ha sido justa; mi intención era descubrir a los maleantes que Allan Parker y lord Talbot dirigían. Ellos mataron a mi padre, y ellos incendiaron el ala este de la mansión para asesinar a mi hermano. Muchos han sido víctimas de los bandidos, y yo sólo buscaba poner fin a ese reino de terror.

-¿De verdad es usted lord Saxton? -preguntó Tessie tímidamente.

Erienne rió y rodeó con los brazos la delgada cintura de su esposo para estrecharlo con fuerza.

-Sé que es difícil de creer, pero este hombre es el mismo que casi nos vuelve locas de miedo.

Un disparo proveniente del exterior atrajo la atención de todos hacia un asunto más serio. Cada uno corrió a escojer sus armas, algunas tan peculiares como las que habían reunido los campesinos. Mientras cargaba una pistola para tirar, Erienne se topó con los ojos de su marido que la observaban fijamente.

-Mi querida esposa-murmuró Christopher con dulzura-, es probable que, en pocos instantes, seamos ferozmente atacados. La puerta frontal, aunque sólida, no puede ser defendida como es debido, y en breves momentos, ellos vendrán a derribarla. Me complacería mucho si tú...

La cabeza de Erienne ya había comenzado a moverse antes de que él hubiera terminado. Extrañamente, ella no experimentaba nin n temor, ningún pánico. Ése era su hogar, y una inflexible terminación se afirmó bajo su serena apariencia.

-Permaneceré a tu lado. -Golpeó ligeramente la pistola con un dedo y le informó a su esposo con tono firme-: El hombre que se atreva a lastimarte no vivirá para ver el fin del día. Yo me encargaré de eso.

Hubo una fría severidad en la mirada de la joven que hizo que Christopher agradeciera el tenerla como esposa y no como enemiga.

Una especie de escudo se formó rápidamente para proteger a la brigada atacante, y la puerta sufrió la incesante embestida de un tronco de roble. Aun así, todo hombre que se apar
taba apenas de la defensa caía al lado del camino, derribado por una bala procedente de la mansión. Talbot permanecía tras el amparo de unos árboles cerca de la casa, fuera de la línea de fuego, pero no demasiado alejado, para poder luego atribuirse la victoria que parecía tan próxima. Su señoría observaba el curso de los acontecimientos con una sonrisa presuntuosa, mientras que Claudia contemplaba el espectáculo desde el carruaje.

-¡Derriben rápidamente esta maldita puerta! -aulló Allan. El tronco volvió a golpear el panel de madera y la puerta se partió.

La precipitada ola de ansiosos enemigos fue recibida en la mansión por fuego de pistolas disparadas a corta distancia. Los primeros bandidos cayeron, pero los otros avanzaron sobre los cuerpos de los compañeros muertos, al tiempo que Christopher, Haggard y Bundy se replegaron hacia la gran sala. Allí, los maleantes se enfrentaron a una nueva forma de ataque. Los oídos de todos retumbaron con las notas casi musicales de pesadas ollas de hierro asestadas contra sus cráneos. Aggie y Paine se encontraban en el medio del combate, mientras que el cocinero aguardaba nervioso algún blanco adecuado para su largo, terrorífico cuchillo. Los hombres tuvieron que resistir los violentos ataques del sable de lord Saxton, y los embistes algo más torpes de las espadas de Bundy y Haggard. Parker se abrió paso entre este revoltijo de guerreros experimentados y novatos, y se apartó de un salto. Su meta era lady Erienne, cuya captura le aseguraría la victoria, pero un solo paso en dirección a la joven lo enfrentó cara a cara con el dueño de la mansión y su larga y ensangrentada espada.

-Ha llegado la hora, lord Saxton -lo amenazó el alguacil, al mismo tiempo que extraía su daga, preparándose para el ataque.

-¡Sí! -respondió Christopher con una lenta sonrisa-. Durante demasiado tiempo ha devastado usted esta tierra, y ha conseguido escaparle al destino. Secuestró a mi esposa y la mantuvo prisionera con el solo propósito de provocarme a mí. Pues lo ha logrado. ¡Sí! ¡Ha llegado la hora!

Erienne se llevó una mano a la boca y el corazón comenzó a latirle con violencia en repentino pánico. El temor creció en el interior de la joven y no pudo sofocarlo al observar a su esposo incitar al enemigo con la ensangrentada espada. El arma dibujó un lento arco frente a los ojos de Parker.

-Muerte, milord alguacil -prometió Christopher-. ¡Muerte!

El alguacil se lanzó al ataque con toda su considerable destreza. El sable embistió, blandió, atacó, mientas la daga se mantenía lista para hundirse en la carne del otro. El largo claymor escocés de Christopher, tan pesado como el sable pero con un doble filo, resistió las embestidas del enemigo, enfrentando y avanzando con una amenaza propia.

Toda la sala vibró con el fragor de las espadas entrelazadas. que fue imitado por el conflicto cercano a la entrada. Talbot, sin saber hacia dónde dirigirse, se topó con la amenazadora mirada del cocinero. El cuchillo intimidó a su señoría y, bastante enemigo de los derramamientos de sangre cuando ésta le pertenecía, alzó su bastón y lo dejó caer sobre la cabeza del hombre, que se desplomó sobre las rodillas. Talbot se volvió, dispuesto a cambiar la dirección, al advertir que la mejor salida para la supervivencia se encontraba afuera, donde los campesinos estaban siendo derrotados. Empero, no bien giró para salir, se quedó paralizado; por la colina, dispuestos a ayudar a los arrendatarios, avanzaba otro ejército de salvajes comandados por Farrell y un hombre con chaqueta azul marino. Los nuevos atacantes tenían el aspecto de marineros y pronto se hizo evidente que se trataba de combatientes expertos. Talbot se volvió, una vez más, hacia el vestíbulo y le arrebató el cuchillo al cocinero. Bundy, Haggard y el resto de los sirvientes se hallaban demasiado ocupados luchando con los maleantes, como para notar que él comenzaba a escabullirse hacia la sala. Sus ojos se posaron casi con recogijo sobre la espalda de Christopher Saxton, que, valerosamente, luchaba por su vida. Talbot alzó el cuchillo y se lanzó al ataque, prefiriendo sorprender al hombre por detrás.

De pronto, la sala retumbó con un estruendoso sonido cuando Erienne decidió cumplir con su amenaza. Talbot se desplomó hacia atrás con la fuerza del proyectil que la joven disparó de la pistola, y Christopher se volvió sorprendido para ver al hombre caer con las piernas extendidas de una manera grotesca y• la mano levantada, aún sujetando el cuchillo. El alguacil aprovechó la ventaja y se abalanzó para asestar la estocada fatal, pero el sable fue derribado por el claymor cuando Christopher volvió a concentrar su atención.

Los ojos de lord Saxton destellaron con renovada intensidad, y el claymor se sumergió en el ataque. El arma cruzó como un relámpago bajo la defensa de Parker y luego se hundió. Un agudo dolor penetró el brazo izquierdo del alguacil, y la daga cayó al suelo. Resistió la siguiente embestida de su oponente, retrocediendo unos pasos. Otro ataque fue lanzado, y Allan lo esquivó, pero no hubo respiro, no hubo tiempo para el contraataque. Una nueva estocada llegó, y luego otra, y otra, hasta que los labios
de Allan Parker se fruncieron en un gruñido furioso ante la impotencia de su propia defensa. No sintió la embestida que le penetró las costillas y el corazón, apenas un ligero tirón en el chaleco cuando la espada se retiró. Toda la fuerza de sus brazos se disipó, y observó a Christopher con temblorosa sorpresa. De pronto, la sala se volvió oscura y su sable chocó contra el suelo, pero Allan Parker nunca supo que él también se desplomó junto al arma.

Hubo un silencio en Saxton Hall cuando Christopher miró en derredor. Aquellos pocos ladrones que habían logrado entrar y sobrevivir estaban siendo arrojados fuera de la mansión por la amedrentadora espada de Haggard Bentworth y, por el salvaje brillo en los ojos del hombre, todos sabían que sus amenazas eran serias. Christopher arrojó el claymor al suelo y extendió los brazos para recibir a Erienne, que se acurrucó en el imponente pecho para expresar su alivio entre suaves sollozos.

-Debo agradecer a miladp por defender mi espalda -susurró él junto al fragante cabello de su esposa-. Nuestro bebé aún podrá crecer con un padre.

El llanto de la joven se hizo más intenso cuando desahogó todas las tensiones del día y apaciguó sus temores. Erienne se abrazó fuertemente a su esposo, empapándole la camisa con sus lágrimas, y sintió las suaves caricias de esas manos viriles y el beso de esos tiernos labios contra su cabello.

Por fin, ella se calmó y, sin dejar de abrazarla, Christopher caminó hacia el exterior para detenerse frente a la mansión y permitir que el sol primaveral los calentara. Observaron a la multitud que había acudido en su ayuda y los ojos de Christopher se humedecieron cuando advirtió que los arrendatarios habían arriesgado la vida por él. Los campesinos se convencieron de que todo iría bien con la familia Saxton; habían encontrado a un lord en quien podían confiar. Al cabo de unos instantes, todos comenzaron a trabajar para retirar a los muertos. Les pareció que, al menos, entre sus propias fuerzas, sólo unos pocos habían sufrido heridas graves.

Bundy y Tanner cargaron a lord Talbot hacia el exterior, y un dúo de exclamaciones provino del carruaje cuando tanto Claudia, como Ave-, , que había estado todo ese tiempo oculto en la maleza, identificaron a la figura inerte y ensangrentada. Los marineros del Cristina ya habían pasado junto a Claudia, tras mirar brevemente en el interior del vehículo y asegurarse de que éste no significaba una amenaza. Por lo tanto, ninguno de ellos hizo el intento de detener el coche cuando la joven le ordenó a gritos al cochero que emprendiera la marcha.

La sensación de derrota llegó como un violento golpe para el hombre y la mujer. Avery no podía vislumbrar ninguna esperanza para su vida; estaba condenado a vagar con un eterno terror, siempre temeroso de aquel momento en que volviera a enfrentarse a Christopher Seton. ¿O era Saxton? Se encogió de hombros mentalmente. Uno era tan peligroso como el otro.

El porvenir de Claudia no era mucho más prometedor. En esos últimos días, la joven había descubierto lo suficiente como para confirmar la sospecha de que su padre había sido un ladrón y, tal vez, un asesino. Las pro ¡edades del lord, sin duda, serían confiscadas por la corona, y ella no podría tolerar la humillación de lo que luego acontecería. Sin nadie que la cuidara y consintiera con las riquezas de la vida, la joven no estaba muy segura de poder sobrevivir. Tal vez, lo mejor sería reunir toda la fortuna que pudiera encontrar en la mansión Talbot y luego viajar a cualquier parte.

Christopher observó la partida del carruaje y luego volvió la mirada hacia el par de hombres que se les acercaban. Eran Farrell y el capitán Damels; y mientras este último esbozó una amplia sonrisa, el primero frunció el entrecejo con expresión reprobadora al ver a la pareja. Christopher extendió una mano para saludar a su capitán y luego se dirigió al hermano de su esposa.

-Farrell, creo que no hemos sido presentados debidamente. -Christopher sonrió y le tendió la mano al muchacho-. Yo soy lord Saxton.

Los ojos del joven se dilataron y se dirigieron hacia el rostro sonriente de su hermana, al tiempo que el aceptaba mecánicamente la mano ofrecida.

-¿Lord Saxton? ¿El lord Saxton?

-Sí, yo soy el que usaba la máscara y caminaba renqueando -confesó Christo her-. Lo hice, en parte, para engañar a los maleantes, haciéndoles creer que el hombre que habían asesinado aún seguía vivo; pero, por otro lado, también deseaba desposar a tu hermana y no encontré otra forma de lograrlo. Espero que continúes apreciando la amistad que comenzó entre nosotros cuando me conocías como lisiado.

Farrell trató de unir todas las piezas y colocarlas en sus respectivos lugares.

-Usted está realmente casado con mi hermana, y es el padre de su...

Erienne se sonrojó al lanzar una mirada vacilante hacia el capitán, quien parecía estar disfrutando de toda la conversación. La sonrisa del hombre se intensificó cuando su esposo pronunció una respuesta.

-No necesitas agudizar tu destreza con las armas para vengar el honor de tu hermana -le aseguró Christopher al muchacho, y el brillo burlón de sus ojos se tornó más intenso-. Todo fue hecho correctamente, te lo juro.

La charla se interrumpió con la llegada de un coche se guido de un grupo de jinetes. Erienne reconoció a la comitiva de inmediato. Se trataba del mismo carruaje que los había pasado en su

regreso de Londres hacía algunas semanas, y la joven se sintió algo confundida ante la presencia del vehículo en la mansión. El coche avanzó por el sendero de acceso y se detuvo frente a la casa. Un lacayo corrió a abrir la portezuela y colocó la escalerilla para permitir el descenso del marqués de Leicester.

-¿Llegamos demasiado tarde? -preguntó el hombre con una sonrisa divertida en los labios. Enseguida, miró en derredor para contemplar la escena de los marineros que cargaban los cuérpos de los muertos para ap ilarlos en carros-. Según veo, no necesitaron mi ayuda en absoluto. Parece qué has logrado vencer a estos maleantes de una vez por todas. -Se volvió para dirigirse a los ocupantes del carruaje-. Señoras, éste es un espectáculo de lo más horripilante. ¿Están seguras de que quieren presenciarlo? -Deseo ver a mi hijo -afirmó una dulce voz femenina.

Christopher tomó a Erienne del brazo y la guió hasta el coche, al tiempo que el marqués extendía una mano para brindar ayuda a su esposa, que se encontraba sentada junto a laportezuela. No bien apoyó los pies sobre la tierra, Anne extendió los brazos hacia Erienne.

-Mi querida, ¡qué experiencia tan terrible debe de haber sido para ti! Nosotros no estábamos en casa cuando llegó la carta de Christopher y, cuando la encontramos aguardándonos, vinimos a toda prisa desde York, donde hemos estado viviendo desde que partimos de Londres. Por fortuna, mi hermana acababa de viajar desde Carlisle para quedarse con nosotros.

-¿Su hermana? -Erienne miró hacia el interior del carruaje y su rostro evidenció su sorpresa cuando la marquesa se apartó y la condesa de Ashford apareció en la portezuela. La mujer descendió y alzó la mejilla con actitud expectante para recibir un beso de Christopher. Luego, él guió a su madre hacia Erienne, que observó a la dama con total desconcierto. Los ojos verde grisáceos centellearon cuando lord Saxton se dirigió a su esposa. -Erienne, cariño, quiero que conozcas a mi madre.

-Pero usted es la condesa de Ashford. -La mente de la joven comenzó a girar con creciente confusión-. Recuerdo que estuvo en la fiesta. Jugó a los naipes conmigo.

La condesa sonrió con dulzura.

-Yo deseaba conocerte y, dado que mi hijo estaba resuelto a ocultarte su verdadera identidad, no pude revelarte que era su madre, aun cuando lo anhelaba profundamente. ¿Podrás perdonarme por el engaño?

Unas lágrimas asomaron a los ojos de Erienne, pero eran lágrimas de felicidad, y de repente, las dos mujeres se echaron a llorar juntas, abrazadas. La condesa se apartó, y con un pañuelo de encaje, comenzó a secar las gotitas que surcaban las mejillas de la niña, ignorando las que brotaban de sus propios ojos.

-Vine a vivir a Carlisle para estar cerca de mi hijo -explicó la dama entre sollozos-. He vuelto a enviudar, y me sentía muy sola en Londres sin él. Además de mi hermana, Anne, Christopher es la única familia que me queda, y tenía mucho miedo de que algo malo pudiera sucederle. Ordené a Haggard que lo vigilara todo lo posible.

-¿Usted regresó a Inglaterra para quedarse a vivir después de su boda? -inquirió Ertenne.

-Para entonces, mis hijos ya estaban crecidos, y el conde era un viejo amigo de la familia. Me pareció correcto casarme con él, aunque el único verdadero amor de mi vida fue Broderick.

Christopher colocó un brazo alrededor de los hombros de su esposa y esbozó una sonrisa en dirección a Mary.

-No he tenido oportunidad de contártelo, madre, pero vas a convertirte en abuela este año.

La dama contuvo la respiración, y su rostro se iluminó con repentina felicidad.

-Creo que un muchacho sería bonito. Pero, por otro lado, yo nunca tuve una niña. ¡Estaba tan ansiosa por que Christopher se desosara y echara raíces! Aggie y yo temíamos que eso nunca sucediera. Oh, Erienne, Erienne... -Las lágrimas volvieron a asomar a sus ojos-. Tú serás una excelente esposa para mi hijo. Sé que así será.

Esa misma noche, el silencio de la recámara del lord fue interrumpido por las susurrantes voces que murmuraban en la cama. Ertenne Saxton se encontraba acurrucada

en las firmes curvas del cuerpo de su esposo y, juntos, observaban las chisporroteantes llamas del fuego. De tanto en tanto, él deslizaba los labios para besarle la zona debajo de la oreja donde el pulso de la joven latía suavemente.

-Creo que me agradaría ir a América algún día -murmuró ella en la oscuridad-. Tu madre habló tanto de ese lugar durante la cena, que imagino que debe de ser un gran país. ¿Piensas que me será posible conocerlo?

-Todo lo que milady desee -susurró Christopher, hundiendo el rostro en el fragante cabello de su esposa-. Mi mundo siempre estará donde tú estés, y te seguiré por el sendero que tú me señales.

Erienne soltó una suave risa cuando él le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

-No, señor. Jamás te señalaré el sendero, porque mi mano siempre estará firmemente sujeta a la tuya. Somos uno solo de verdad, y con placer caminaré eternamente a tu lado, si tú así lo deseas.

-;Sí lo deseo? -La sorpresa fue evidente en el tono de Christopher cuando repitió las palabras-. ¿Acaso crees que he luchado durante estos meses sólo para colocarte detrás de mí, donde no pueda admirar tu belleza? No, miladv, a mi lado es donde deseo tenerte, siempre junto á mi corazón.